

Anthony Giddens

La estructura de clases  
en las sociedades avanzadas

Postfacio (1979)

Versión española de  
Joaquín Bollo Muro

Alianza  
Editorial

Título original:

*The Class Structure of the Advanced Societies*, 2nd Edition

Esta obra ha sido publicada en inglés por Hutchinson & Co., Ltd., Londres

Primera edición en "Alianza Universidad": 1979

Sexta reimpresión en "Alianza Universidad": 1996

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Anthony Giddens, 1973, 1980

© Ed. cast.: Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1979, 1983, 1989, 1991, 1993, 1994, 1996

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15, 28027 Madrid; teléf. 393 88 88

ISBN: 84-206-2236-2

Depósito legal: M. 21.619-1996

Compuesto en Fernández Ciudad, S. L.

Impreso en Lave. Los Llanos, C/ Gran Canaria, 12, Humanes (Madrid)

Printed in Spain

## INDICE

Prólogo .....	9
Introducción .....	12
1. La teoría de las clases en Marx .....	24
2. La crítica weberiana .....	44
3. Algunas teorías posteriores .....	58
4. Los críticos de Marx: una crítica .....	76
5. Revaloración del punto de vista marxiano .....	92
6. Replanteamiento de la teoría de las clases (I) .....	112
7. Replanteamiento de la teoría de las clases (II) .....	135
8. El problema del desarrollo capitalista .....	160
9. La mediación institucional del poder y la mediación del control .....	180
10. El crecimiento de la nueva clase media .....	206
11. La clase obrera en la sociedad capitalista .....	233
12. El socialismo de Estado y la estructuración de clases .....	263
13. La clase y el partido en la sociedad socialista estatal .....	282
14. Las clases en la sociedad contemporánea .....	302
15. El futuro de la sociedad clasista .....	325
Postfacio (1979) .....	348
Obras citadas en el texto .....	384

## PROLOGO

El prólogo de un libro se escribe siempre al final, y normalmente es donde el autor, después de examinar el resultado de su trabajo, explica al lector el libro que habría escrito de haber podido vencer las evidentes insuficiencias del trabajo que tiene ante él. No intentaré ganarme la simpatía del lector de esta forma, y en vez de tratar de disculparme por los errores de esta obra (de los que soy totalmente consciente), señalaré únicamente algunos de los objetivos que me propuse cumplir, con la esperanza de que esto sirva para leer el texto lo más fácilmente posible. Todo el que tiene la temeridad de escribir sobre la teoría de las clases sociales se ve inmediatamente sumido en una controversia por la forma misma de enfocar el tema —por los materiales que escoge para analizar y por los que ignora, pues ningún estudio dentro de este campo puede referirse más que a una pequeña selección de la casi inagotable bibliografía que existe sobre el tema. Por tanto, quizá debiera empezar por subrayar algo evidente: que este libro se basa fundamentalmente en la tradición europea de la teoría de las clases. Lo que he tratado de hacer, en cierto modo, es utilizar conceptos procedentes de esta tradición para enfrentarlos con ella y construir así un nuevo esquema que sirva para analizar lo que a mi juicio continúan siendo los problemas fundamentales de la sociología. Intencionadamente me remito poco al extenso conjunto de obras de autores americanos que tratan de la «estratificación» —incluso a las de los que emplean el término «clase». Quedará perfecta-

mente claro para los que lean este libro que mis preocupaciones son en general muy distintas de las suyas.

Durante algún tiempo, el concepto de clase, como ha sido expuesto en los trabajos de los sociólogos no marxistas, parece haberse visto envuelto en una especie de atmósfera de enfermiza decadencia. Aunque no desean o no pueden abandonar totalmente el concepto, muchos de esos autores no están satisfechos con él como instrumento de análisis sociológico y piensan que, como la arquitectura victoriana, todo el atractivo que pudo tener en otro tiempo ha desaparecido al pasar la época que lo produjo. Sin que desee insistir en la analogía arquitectónica, debo señalar que en mi opinión esa desilusión en relación con el concepto de clase se basa en unas premisas falsas; si el concepto no puede servir para todo lo que hoy se pide de él, se debe a que los que primero lo colocaron al frente de la teoría social —incluido Marx— han exigido demasiado de él, y no a que haya quedado superado por los cambios sociales que se han producido desde el siglo XIX. Se afirma frecuentemente que, como se han realizado tantos esfuerzos posteriores a Marx para volver a formular el concepto de clase, cualquier nuevo empeño en ese sentido está destinado inevitablemente a aumentar la confusión que ya existe en lo que respecta a su empleo. Sin embargo, cuando inicié un análisis sistemático de la literatura más reciente sobre la teoría de la estructura de clases, quedé sorprendido por su dispersión, no en términos cuantitativos, sino en términos de penetración analítica. La confusión y la ambigüedad en el empleo del término «clase» son totalmente evidentes; pero los intentos significativos de revisar la teoría de las clases en profundidad que merezcan la pena son realmente muy pocos. He escogido para estudiar detalladamente sólo tres de dichos intentos: los que aparecen en las obras de Dahrendorf, Aron y Ossowski. La elección es, indudablemente, un tanto arbitraria, y he considerado sus ideas como representativas de gran parte de la literatura teórica existente en este campo —aunque la obra de Ossowski, *Estructura de clase y conciencia social*, se destaca quizás de los otros trabajos como un instrumento más original. Con la excepción de Max Weber, cuyos escritos constituyen uno de los principales puntos de referencia del libro, he evitado el examen directo de los trabajos de las primeras generaciones de críticos de Marx. He evitado también expresamente entrar en cualquier análisis extenso de la literatura marxista sobre las clases sociales, fuera de los trabajos del propio Marx. Esto no se debe a que entienda que esta literatura no ha proporcionado contribuciones sustanciales a la teoría de las clases. Aunque en realidad considero que la mayoría de las publicaciones marxistas han contribuido muy poco a esta cuestión, los trabajos de algunos autores marxistas recientes me

parecen significativos y valiosos. Si no los he estudiado detalladamente es porque mis desacuerdos con ellos se basan en las proposiciones más importantes que he desarrollado y éstas aparecen con suficiente claridad en las diversas fases de mi argumentación.

Los capítulos de este libro se dividen en cinco partes principales, aunque por supuesto los mismos temas aparecen en todos ellos. Los capítulos 1 a 4 tienen carácter introductorio y se ocupan de aspectos específicos de las teorías existentes sobre la estructura de clases. En vez de unir los capítulos 3 y 4, como en un principio pensé hacer, ofrezco en el primero de ellos un resumen breve y simple de las ideas de los tres «críticos de Marx» relativamente recientes que he mencionado antes, reservándome la valoración de los mismos para el capítulo siguiente. Así, el lector que esté ya familiarizado con los escritos de estos autores puede saltarse el capítulo 3 totalmente sin perder el hilo de la argumentación. En los capítulos 5, 6 y 7 desarrollo un nuevo análisis de la teoría de las clases dedicándome en los capítulos siguientes a aplicar algunos de los conceptos establecidos en ellos, primero a las sociedades capitalistas y luego a las sociedades socialistas estatales. Finalmente, dos capítulos con carácter de resumen presentan las principales conclusiones que deseo extraer de lo anteriormente expuesto.

Quisiera agradecer a Percy Cohen, Geoffrey Hawthorn, David Lockwood, Gavin Mackenzie y Gian Poggi sus agudos y útiles comentarios sobre el manuscrito original. Debo mucho a varias conversaciones mantenidas durante los últimos dos años con Geoffrey Ingham, Michael Mann, Ali Rattansi y Philip Stanworth. También deseo expresar mi gratitud a Bogdan Szajkowski, por su ayuda en la traducción de textos polacos y rusos; a Ronald Dore, por sus consejos sobre textos japoneses, y a Lesley Bower por sus múltiples formas de ayuda administrativa.

A. G.

*Cambridge.*

## INTRODUCCION

Se dice que la sociología moderna se encuentra en situación de crisis. Dicha opinión ha sido expuesta con amplitud considerable por Gouldner, en relación con la sociología académica u «occidental», y menos extensamente por Birnbaum, al escribir sobre el pensamiento social marxista contemporáneo<sup>1</sup>. Ahora los sociólogos se encuentran crónicamente sometidos a sus propias dudas y podríamos preguntar si existe algo realmente anormal en la actual situación de controversia o de torpor espiritual sociológico. La respuesta, a mi juicio, es que sí existe. La «crisis» —un término trillado y poco satisfactorio en sí mismo— de la sociología contemporánea es un síntoma de que nos encontramos en una importante fase de transición de la teoría social. En líneas generales, los orígenes de la situación actual no son difíciles de discernir. Dos grupos de factores, relacionados entre sí, se encuentran implicados en la misma. Uno consiste en los acontecimientos que, durante los pasados años, han roto el modelo de la «política de consenso» en las sociedades capitalistas: el incremento de los niveles huelguísticos en algunos países, las luchas de 1968 en Francia y la aparición de los movimientos de protesta estudiantiles. A esto deben añadirse los conflictos producidos dentro del mundo socialista y que culminan con la invasión soviética de Checoslovaquia. El segundo factor es la evidente pobreza de las formas teóricas domi-

<sup>1</sup> Alvin Gouldner, *The Coming Crisis in Western Sociology* (Londres, 1971); Norman Birnbaum, «The crisis of Marxist sociology», *Social Research* 2, 1968.

nantes en la sociología para explicar estos acontecimientos. La sociología académica, el funcionalismo estructuralista y su principal soporte interpretativo, las teorías sobre «el crepúsculo de las ideologías», aparecen vacíos y estériles ante el nuevo resurgir de los conflictos políticos y sociales en Occidente. Pero el marxismo, especialmente cuando se transmuta en ideología oficial del socialismo de Estado, parece igualmente incapaz de enfrentarse con los acontecimientos del pasado reciente.

Podemos distinguir cuatro respuestas principales, en el plano teórico, a estas circunstancias: cada una representa un esfuerzo para apartarse de las premisas implícitas en el funcionalismo estructural, pero cada una de ellas tiene también relación con el pensamiento marxista. La primera busca sustituir o complementar el funcionalismo estructural con la «teoría del conflicto» (a la que Dahrendorf llama «teoría de la coerción»). Este enfoque se manifiesta realmente a mitad de la década de 1950 y se originó puramente en una crítica intelectual del funcionalismo estructural: pero su popularidad ha recibido un considerable impulso en la última década. En manos de Dahrendorf, Lockwood y Rex, fue formulado como una respuesta a lo que esos autores consideran suposiciones inaceptables inherentes al funcionalismo estructural representado por las obras de Talcott Parsons. Según este punto de vista, los textos de Parsons proporcionan una explicación poco satisfactoria de los orígenes del «orden» social, porque no conceden importancia a los enfrentamientos de intereses producidos por las divisiones sectoriales dentro de la sociedad global: la «teoría de la integración» («teoría del consenso» o «del valor») necesita complementarse o entrelazarse con la «teoría del conflicto», tal como se puede deducir de algunos aspectos de la obra de Marx<sup>2</sup>. Las dificultades intrínsecas a este punto de vista son abundantes, y no las voy a estudiar aquí. Baste señalar que sus partidarios tienen puntos fundamentales en común con el tipo de posición teórica que pretenden atacar. La «teoría del conflicto», en mi opinión, representa la otra cara de la moneda del funcionalismo estructural, y se caracteriza por presentar la mayoría de sus mismas limitaciones.

Un segundo enfoque se ha relacionado íntimamente algunas veces con la «teoría del conflicto», pero en definitiva es totalmente dife-

<sup>2</sup> Para distintas exposiciones de esta idea, véase Ralf Dahrendorf, *Class and Class Conflict in Industrial Society* (Stanford, 1959) y «Out of utopia: toward the reorientation of sociological theory», *Essays in the Theory of Society* (Londres, 1968); John Rex, *Key Problems in Sociological Theory* (Londres, 1961); David Lockwood, «Some remarks on "The Social System"», *British Journal of Sociology* 7, 1956; «Social integration and system: integration», en G. R. Zollschn y W. Hirsch, *Explorations in Social Change* (Londres, 1964).



rente de la misma. Se trata de la opinión que resalta el enfrentamiento entre la sociología «conservadora» y la «radical». El punto de partida en este caso es más ideológico que sociológico; dado que, como se afirma en la misma, la mayor parte de la sociología académica, y en particular la teoría funcional estructural, está unida a un punto de vista ideológico «conservador», sus prejuicios y debilidades pueden ponerse de manifiesto mediante una perspectiva sociológica imbuida de una posición «radical». Este entoque encuentra graves problemas epistemológicos, ya que no está en absoluto claro cuál es la posición de la «sociología radical» en relación con su objeto. El marxismo siempre ha encontrado dificultades epistemológicas al tratar de sustentar la pretensión de ser al mismo tiempo un cuerpo teórico verificado empíricamente y una guía moral para la acción política: de aquí su tendencia siempre presente a disolverse en un positivismo rígido o alternativamente en un relativismo ético —tendencia que ha quedado vívidamente ilustrada en la disputa entre Kautsky y Bernstein. Pero las dificultades originadas por la concepción de una sociología «conservadora» *versus* una sociología «radical» son incluso más agudas, dado que queda implicado que no existe, como en el marxismo, una interpretación supuestamente revalidada de manera científica de la realidad social, sino dos interpretaciones ideológicas en competencia<sup>3</sup>.

El reconocimiento de semejantes problemas es lo que ha contribuido a precipitar una tercera reacción ante los actuales problemas de la sociología, que encuentra la solución en una aplicación narcisista de la sociología del conocimiento<sup>4</sup>. Al igual que el intento de construir una «sociología radical», representa una protesta contra el supuesto, considerado por la mayor parte de los críticos como intrínseco al funcionalismo estructural, de que la teoría social y la investigación sociológica son «neutrales» en relación con los fenómenos sociales que pretenden interpretar o explicar. Indudablemente es valioso y útil (como explicaré más adelante) examinar la historia del pensamiento social en función de los contextos políticos y sociales que han originado las principales tradiciones o modalidades de la teoría social. Pero no es necesaria una perspicacia especial para ver la *petitio principii* implícita en la noción de que semejante ejercicio puede por sí mismo producir un nuevo marco teórico para la sociología; la conversión de la sociología en una sociología del conocimiento es una empresa lógicamente imposible.

<sup>3</sup> Cf. John Horton, «The dehumanisation of anomie and alienation», *British Journal of Sociology* 15, 1964, y «Order and conflict: theories of social problems as competing ideologies», *American Journal of Sociology* 71, 1965-6.

<sup>4</sup> Cf. Robert Friedrichs, *The Sociology of Sociology* (Nueva York, 1970)

Por último, la desaparición relativamente súbita del funcionalismo estructural ha estimulado el resurgimiento de un tosco voluntarismo, ligado a lo que yo denominaría un abandono del análisis institucional. Las formas principales de la teoría social, se afirma, han considerado al hombre como *homo sociologicus*, criatura más que creador de la sociedad, como receptor pasivo de influencias sociales más que como un agente activo, voluntario que ha dado sentido a lo que de otra forma sería un universo moral sin rasgos. Si la acusación está en cierto modo justificada, las inferencias que se extraen de ella —que los aspectos más vitales de la existencia social son los relacionados con la trivialidad de la «vida cotidiana», por medio de las cuales el individuo da forma a su experiencia fenomenológica de la realidad social— racionalizan fácilmente un abandono de las cuestiones fundamentales que entraña el estudio de las formas sociales macroestructurales y de los procesos sociales. Si esto es cierto, simplemente abandonamos los problemas que han constituido siempre los principales estímulos de la imaginación sociológica. Una observación semejante puede hacerse en relación con los énfasis contenidos en las obras de ciertos escritores marxistas recientes. El resurgimiento contemporáneo de los estudios marxistas en Occidente, y la rehabilitación de autores como Lukács y Korsch, que durante la anterior generación cuestionaron el determinismo del marxismo «oficial», ha tenido muchas consecuencias beneficiosas. Junto a la tardía asimilación de la importancia de los primeros escritos de Marx para interpretar *El capital* y otras obras posteriores, nos ha dado una apreciación completa tanto de la simetría como de la sutileza del pensamiento de Marx. Pero ha producido también una forma de «marxismo» que, basándose casi en su totalidad en ideas tomadas selectivamente de los trabajos de juventud de Marx, ha introducido un voluntarismo que es tan parcial y defectuoso como el propuesto en algunas corrientes contemporáneas de la teoría social académica<sup>6</sup>.

No creo que ninguna de estas cuatro reacciones críticas al funcionalismo estructural proporcione lo que es más necesario en la presente situación —por muy importantes que puedan ser sus contribuciones a otros problemas básicos de la sociología. A mi entender, los orígenes de las limitaciones intelectuales del funcionalismo estructural han de buscarse mucho más lejos de lo que normalmente se supone<sup>7</sup>.

<sup>5</sup> Ver en particular Dick Atkinson, *Orthodox Consensus and Radical Alternative* (Londres, 1971); pero el éxito actual de la «etnometodología» es también significativo a este respecto.

<sup>6</sup> Ver, *inter alia*, Erich Fromm, *Marx's Concept of Man* (Nueva York, 1963).

<sup>7</sup> He empezado a tratar algunos aspectos del trasfondo de esta cuestión en una serie de recientes publicaciones acerca de la historia del pensamiento social.

Se pueden distinguir dos teorías sobre las fases principales de la evolución del pensamiento social en el siglo XIX y a principios del XX, una asociada a la sociología académica, la otra al marxismo. Ambas estiman que existe un cauce principal, una «gran divisoria» en esta evolución<sup>1</sup>. El punto de vista más ampliamente adoptado por la primera es el expuesto, con gran sofisticación técnica, en *The Structure of Social Action* de Parsons, y mucho más crudamente por muchos escritores posteriores. La «gran divisoria» en la historia del pensamiento social, de acuerdo con esta concepción, se encuentra en las obras de aquellos autores —principalmente Durkheim y Max Weber—, cuyas ideas más características fueron elaboradas en el período comprendido entre 1890 y 1920. Más específicamente, esos pensadores, así se supone, rompieron con la filosofía de la historia, especulativa y de inspiración ideológica que distinguió los escritos de sus predecesores: la sociología se convirtió en un terreno empírico, en un campo de estudio científicamente riguroso, en paridad con las disciplinas profesionales ya consagradas. Los que adoptaron este punto de vista han ignorado generalmente, como lo hace Parsons en su obra fundamental, los acontecimientos políticos y sociales que formaban el entorno en el que autores como Durkheim y Weber elaboraron sus aportaciones a la sociología. El cauce en el progreso del pensamiento social es considerado como un avance intelectual originado por el análisis lógico y empírico de los parámetros básicos del método sociológico.

La interpretación marxista ortodoxa —de nuevo, presentada con unos mayores o menores grados de sutileza— es inevitablemente bastante diferente, y tiende a considerar el entorno social en el que se produjeron los textos de la generación de 1890 a 1920, subrayando la importancia del mismo. Según este punto de vista, por supuesto, el cauce que separa la ideología y la filosofía de la ciencia en la comprensión por parte del hombre de su sociedad se encuentra en la obra de Marx. Las obras de los llamados «fundadores» de la moderna sociología se juzgan una respuesta burguesa a Marx: en términos sociales, una defensa intelectual del capitalismo ante la amenaza que significaba el crecimiento de los partidos revolucionarios marxistas a finales de

Véase especialmente: *Capitalism and Modern Social Theory* (Cambridge, 1971); *Politics and Sociology in the Thought of Max Weber* (Londres, 1972); la introducción a *Emile Durkheim: Selected Writings* (Cambridge, 1972); «Durkheim's political sociology», *Sociological Review* 19, 1971; «Four myths in the history of social thought», *Economy and Society* 1, 1972.

<sup>1</sup> Cf. «Four myths in the history of social thought», op. cit., *passim*.

<sup>2</sup> Sin embargo, Parsons fue claramente consciente de estas cuestiones y realizó diversos estudios acerca de la estructura social alemana.

siglo. Lejos de constituir las primeras contribuciones a una nueva sociología científica, los trabajos de Durkheim, Weber y sus contemporáneos constituyen un atrincheramiento de la ideología burguesa.

No quiero analizar aquí los méritos relativos de estos puntos de vista opuestos, sino únicamente señalar sus implicaciones para la identificación de las tareas de las que debe preocuparse la teoría social contemporánea. Los que han aceptado la posición más frecuente en la sociología académica, derivada o comparable a la expuesta por Parsons, han separado esencialmente la teoría social de las preocupaciones que originalmente (esto es, durante todo el siglo XIX y principios del siglo XX, y no sólo en el período de 1890 a 1920) inspiraron a todos los pensadores sociales más importantes: la naturaleza de la transformación que destruyó la sociedad «tradicional» y creó un nuevo orden «moderno». El estudio de Parsons sobre Pareto, Durkheim y Weber en *The Structure of Social Action*, por ejemplo, casi olvida por completo esta preocupación esencial, al interpretar sus obras como una declaración inmanente de un naciente esquema universal de la teoría y el método sociológicos. La creación de una «teoría general» abstracta es considerada, entonces, como el objetivo básico que debe alcanzar la sociología. Hasta qué punto es realizable dicho objetivo no se discute; lo importante es que el peso total del énfasis se ha separado del análisis del desarrollo. Se ha llegado a aceptar implícitamente que las características fundamentales de la sociedad «tradicional» (esto es, «preindustrial») y de la sociedad «moderna» son algo *conocido*. Así, si se admite un lugar para el estudio del «desarrollo», éste consiste en examinar los procesos por los que una sociedad dada pasa de un tipo a otro. Y este es el significado que el «desarrollo» tiene ahora en el discurso sociológico. Los países «subdesarrollados» son contrastados con los «desarrollados», como si los cambios sociales se detuvieran cuando una sociedad se industrializa —por el contrario, sucede que las sociedades industriales, incuestionablemente, introducen un ritmo de cambios sociales sin paralelo previo en la historia.

A primera vista, se diría que esto no podría ocurrir con el marxismo: porque Marx siempre insistió, sobre todo, en el desarrollo de las potencialidades humanas a través del cambio social y en la historia como clave para el entendimiento de la vida del hombre en sociedad. Pero el marxismo se ha visto ofuscado por su propia concepción de la «gran divisoria». Y sólo aquellos que han intentado atacar la ortodoxia oficial son los que realmente han intentado considerar el marxismo como un método más que como un conjunto de enunciados establecidos e incontrovertibles acerca de la sociedad clasista en general y del capitalismo en particular. Enfrentados con el hecho de que los procesos de cambio dentro del capitalismo desde la época de Marx

no han producido universalmente un impulso cada vez más concentrado hacia cambios revolucionarios, la respuesta del marxismo ha consistido en tratar de encontrar la explicación fuera de la propia sociedad capitalista, apelando a la teoría del imperialismo. Si no se ha conseguido superar el orden capitalista, ello no se ha debido a factores intrínsecos al desarrollo del capitalismo a partir del siglo XIX, sino que es consecuencia de la transferencia de los conflictos de clase a las relaciones entre las sociedades capitalistas y el mundo «subdesarrollado»; mediante la explotación de los países no industrializados, los efectos de la explotación de clase dentro de la sociedad capitalista se han visto mitigados o desviados. Cualesquiera que sean los elementos válidos de tal opinión, sus consecuencias han sido, una vez más, al igual que en la sociología académica, centrar la atención casi exclusivamente en las luchas de liberación de los países del «tercer mundo». El resultado es que, al menos hasta hace muy poco tiempo, las interpretaciones marxistas ortodoxas sobre el desarrollo del capitalismo en los setenta años de este siglo han evidenciado una esterilidad casi absoluta. El marxismo se encuentra aún menos preparado para investigar adecuadamente el desarrollo de aquellas sociedades en las que gobierna como principio fundamental de legitimación política.

Las corrientes dominantes dentro de la sociología académica y del pensamiento social marxista, por tanto, han actuado tanto unas como otras para impedir cualquier progreso significativo en nuestra comprensión de los problemas que estimularon las primeras grandes contribuciones a la teoría social moderna. Si la sociología se encuentra en un período de transición, se debe a que la principal orientación de la teoría social durante las tres últimas décadas no nos ha proporcionado los medios adecuados para emprender el análisis de estos problemas. Las poco rigurosas afirmaciones sobre el «crepúsculo de las ideologías» unidas a la mala utilización del término encubridor «sociedad industrial» se han considerado como análisis concretos dentro de la sociología académica, especialmente en los Estados Unidos. El marxismo ortodoxo, por otra parte, se encuentra en una situación parecida a la del hombre ciego que insiste en que no ha perdido la vista, a pesar de tropezar con los muebles y de ser incapaz de darse cuenta del lugar en que se encuentra.

La crisis de la sociología es también una crisis del socialismo, en sus dos formas principales, el marxismo y la social-democracia. Aunque no me voy a ocupar de esos problemas aquí de una forma directa, como modalidades de filosofía política, creo que los análisis que figuran en este libro son de una importancia inmediata en relación con sus pretensiones de ser guías para la acción política. Es necesario insistir también que este trabajo no constituye en modo alguno una

interpretación global del desarrollo de las sociedades avanzadas; ni tampoco un intento de análisis profundo del Estado moderno. Como investigación sobre el problema de la estructura de clases, examina sólo ciertos aspectos de estos fenómenos, y lo hace recurriendo a una larga tradición de estudios sobre la teoría de las clases. Algunas de las proposiciones que trataré de establecer son convencionales y han sido ya ampliamente aceptadas tanto por los pertenecientes a la corriente no marxista como por los marxistas; otras afirmaciones que contiene el libro serán ciertamente consideradas como heréticas tanto por una como por otra escuela de pensamiento.

No tengo inconveniente en afirmar que se necesitan nuevos puntos de partida en la teoría social contemporánea y que, sin embargo, hay que insistir en la investigación de lo que ha sido durante mucho tiempo el problema fundamental de la sociología —podría decirse, ~~el problema de la sociología~~<sup>10</sup>; la cuestión de las clases y del conflicto de clases. La lógica de semejante procedimiento es en sí misma evidente. Pero debo puntualizar que este libro no debe considerarse como el último de una abundante literatura que trata de «refutar» a Marx demostrando lo inapropiado de sus ideas en relación con un sistema industrial que ha progresado muchísimo desde el capitalismo del siglo XIX. Creo, sin embargo, que, fundamentalmente, en el tercio industrializado del mundo, vivimos en una sociedad que es a la vez «post-marxista» y «post-burguesa», aunque no en una sociedad «post-capitalista», ni mucho menos «post-industrial».

A fin de facilitar la lectura de lo que en algunos momentos puede resultar un texto muy denso, mencionaré algunos de los teoremas principales propuestos en el libro.

1. Los problemas de la teoría de las clases y de la interpretación del desarrollo de las sociedades avanzadas se han visto en el pasado enturbiados por comparaciones simplistas entre «sociedad tradicional» y «sociedad moderna» (o cualquier otro tipo de sinónimos que puedan emplearse para esos términos). Dichas comparaciones, que se encuentran muy profundamente enraizadas en la historia de la sociología desde el siglo XIX, se han expresado por lo general en forma de tipologías abstractas —«feudalismo» contra «capitalismo», *Gemeinschaft* contra *Gesellschaft*, «solidaridad mecánica» contra «solidaridad orgánica», etc. En otras palabras, para decirlo más claramente: lo erróneo no ha sido la creación de esas tipologías, que es perfectamente legítima y necesaria, sino su utilización como modelos interpretativos. Dos

<sup>10</sup> Respecto a los orígenes históricos del concepto de clase, véase Rudolf Hertzfeldt, *Die Entdeckung der Klassen* (Berlín, 1965).

suposiciones, normalmente latentes en vez de explícitas, han condicionado su aplicación: *a*) que la naturaleza característica de cualquier sociedad está fundamentalmente regida por su nivel de desarrollo tecnológico o económico; *b*) que consecuentemente la sociedad más desarrollada económicamente (comoquiera que se defina) ofrece, en todo momento, a las otras sociedades una imagen de su futuro en tiempo presente.

2. Cada una de estas proposiciones deben *rechazarse* en la forma expuesta anteriormente. Han supuesto un prejuicio para el progreso de la teoría de las clases que queda ilustrado, sobre todo, por el notable y con frecuencia citado contraste entre el tratamiento de la noción de clase por parte de los sociólogos americanos y el de los europeos. Los primeros se han mostrado notablemente reticentes sobre la utilidad del concepto, lo han identificado con el de «estratificación», y en muchas ocasiones han negado claramente su utilidad para la sociología contemporánea de una forma u otra<sup>11</sup>; los últimos han tendido a considerarlo esencial para sus análisis. Esto refleja, en mi opinión, diferencias reales y bastante profundas entre el desarrollo histórico de los Estados Unidos y el de las sociedades europeas. Mientras que esas diferencias se han señalado frecuentemente, su significado real para la teoría de las clases, y para la interpretación del desarrollo de las sociedades capitalistas, se ha perdido —precisamente debido a las suposiciones antes señaladas. Por esto, se ha deducido que o bien las sociedades europeas constituyen el «modelo» (Marx), y consecuentemente la estructura social de los Estados Unidos cambiará hacia estas formas en el futuro; o, lo que es mucho más corriente en nuestros días, que los Estados Unidos, como la sociedad tecnológica más sofisticada en el mundo de hoy, representan el «modelo» hacia el que se dirigen las otras sociedades.

3. Más que hablar de la «existencia» o «no existencia» de clases, deberíamos hablar de tipos y niveles de lo que denominaré *estructuración de clases*. Los factores que influyen en los niveles de estruc-

<sup>11</sup> Pasaje escrito en 1940, «en los Estados Unidos, la palabra "clase" es sinónimo de concepciones estereotipadas, y puede producir la impresión de que la persona que habla de "clase" se está moviendo al margen de las fronteras de la cultura americana, o indicar una adhesión a la doctrina "extranjera" del marxismo»: ver Charles H., la obra *Class and American Sociology* (Nueva York, 1969), pág. xi. Ver también Robert Nisbet, «The decline and fall of the concept of social class», *Pacific Sociological Review* 2, 1959, para una apología del planteamiento que relega el concepto de clase al cuarto de los trastos de la antigüedad social. Un estudio más reciente que critica el hecho de que «los sociólogos americanos han continuado esquivando y eludiendo la dimensión de la clase en sus análisis...» se encuentra en Leonard Reissman y Michael B. Halstead, «The subject is class», *Sociology and Social Research* 54, 1970.

~~La estructuración de clases no deben atribuirse única o fundamentalmente a la complejidad tecnológica o económica, y no se pueden deducir directamente de la denominación «sociedad de clases». El capitalismo, debido a causas que expondré más adelante, es intrínsecamente una sociedad clasista, y esto es cierto tanto para los Estados Unidos como para las otras sociedades; pero ello no invalida el hecho de que los niveles de estructuración de clases en ese país han estado, y parece ser que continuarán estándolo en un futuro previsible, más débilmente definidos que en la mayoría de los otros países capitalistas.~~

4. Las diferencias en el desarrollo de las sociedades capitalistas (y socialistas estatales) no deben considerarse simplemente, como ha ocurrido en el pasado, como consecuencia de la influencia de «valores culturales» divergentes; existen diferencias importantes que pueden apreciarse en la *infraestructura* socio-económica, pero están ocultas por el empleo de la etiqueta «sociedad industrial» tal y como se ha aplicado en la sociología reciente. No es el propósito principal de este libro identificar y tratar de clasificar éstas de forma exhaustiva —aunque deba ser una de las tareas urgentes con las que se enfrente una sociología comparativa revitalizada. Más bien me centraré sobre un número limitado de sociedades como fuentes de referencias empíricas para ilustrar mis opiniones. Al estudiar los países capitalistas, me referiré principalmente a materiales relativos a los Estados Unidos, Inglaterra, Francia y el Japón; al analizar las sociedades socialistas estatales, emplearé principalmente datos relativos a la Unión Soviética, Polonia, Checoslovaquia y Yugoslavia. El caso de Francia es particularmente significativo dado que al igual que muchos sociólogos académicos han visto en los Estados Unidos el posible futuro de otras sociedades, muchos marxistas han considerado a Francia —desde 1968— de modo similar. ~~Los acontecimientos de mayo de 1968 en Francia han revitalizado de nuevo la fe en la capacidad de la clase obrera para dirigir el cataclismo revolucionario que señalará el fin de la sociedad capitalista.~~ La realidad es más prosaica: existen factores específicos que han conformado el desarrollo de la sociedad francesa y que la diferencian (junto con Italia) de la mayoría de los otros países capitalistas; Francia se encuentra, en cierto sentido, en el extremo opuesto de los Estados Unidos. No es extraño que Francia e Italia hayan sido la fuente de las corrientes más estimulantes y originales del pensamiento marxista reciente; no es sorprendente tampoco que algunas de las ideas concebidas por estos autores (por ejemplo, la de la «nueva clase obrera» revolucionaria) parezcan menos acertadas cuando se aplican directamente, por ejemplo, a los Estados Unidos.

Señalar la existencia de diferencias crónicas en la *infraestructura* de las sociedades *no* significa estar de acuerdo con una primacía cau-



sal, universal y necesaria, de los propios factores infraestructurales. Por el contrario, pienso que debe asignarse a las influencias específicamente políticas, que condicionan a la vez que expresan dichas diferencias, un papel primordial a la hora de interpretar la formación y desarrollo de las estructuras de clase.

5. Esto nos lleva a una crítica de la llamada «teoría de la convergencia», que implica la concepción de que las diferencias entre las sociedades capitalistas y las sociedades socialistas estatales van disminuyendo, y que es distinta de las que normalmente se nos ofrecen. En realidad, «la teoría de la convergencia» es equivocada o errónea porque se ajusta a las dos suposiciones sobre el desarrollo social a las que ya me he referido y que he rechazado. Pero la misma importancia tiene, en mi opinión, que el debate se haya situado en un marco de referencia empírico que oscurece las ramificaciones de las cuestiones implícitas en el mismo. La mayor parte de las aportaciones a la controversia han establecido comparaciones entre los Estados Unidos, por una parte, y la Unión Soviética, por otra; pero esto significa en cierto modo —y con factores que complican las cosas, derivados del alcance de la dominación política de esos países sobre otros— comparar los casos *menos típicos* de cada tipo genérico de sociedad.

6. La «teoría de la convergencia» parece hoy día un tanto pasada de moda y desatinada, y ha sido abandonada, al menos en la forma ingenua en que se presentó hace una década, por muchos de sus antiguos seguidores. Pero se ha visto complementada por formas nuevas —o elaboradas recientemente— de la teoría tecnocrática, en especial por la teoría de la «sociedad post-industrial». Demostraré que éstas deben ser a su vez severamente criticadas, ya se empleen en relación con la sociedad capitalista o con la sociedad socialista estatal, o con ambas. Si Daniel Bell es el más persuasivo propagandista del capitalismo avanzado, Herbert Marcuse es el autor de su bomba publicitaria de más éxito. La teoría tecnocrática y la idea de lo que Roszak llama la «contracultura» son dos aspectos de las modernas resis del «crepúsculo de las ideologías».

7. En este libro propongo una visión un tanto herética, quizá no sobre el capitalismo como tal —esto es, como forma de organización económica—, pero sí sobre la *sociedad capitalista*. Marx seguía a la economía política ortodoxa cuando identificaba la culminación de la sociedad capitalista con la economía capitalista británica de principios del siglo XIX. En mi opinión, este análisis es en el mejor de los casos equivocado y en el peor falso. Pero prácticamente todos han aceptado este punto de vista, lo que lleva consigo la implicación lógica de que cualquier movimiento hacia la «intervención» estatal en la vida económica y, como muchos autores no marxistas han sugerido,

do, la aceptación de la legitimidad de la negociación colectiva en la industria y el reconocimiento de los derechos políticos de la clase obrera, representan cierta forma de superación parcial de la sociedad capitalista. La realidad es lo contrario; la sociedad capitalista sólo se desarrolla totalmente cuando tienen lugar estos procesos —aunque la cuestión del papel del Estado reviste cierta complejidad porque, como ha señalado Polanyi, el «mercado libre» fue, en cierto modo, una ficción incluso en la Inglaterra del siglo XIX, por no hablar de otros países donde el Estado desempeñó conscientemente un papel activo en la promoción del capitalismo industrial.

8. El socialismo de Estado no se considera propiamente como la superación de la sociedad capitalista, pero es, sin ninguna duda, significativamente diferente, como forma de «sociedad industrial», de la anterior. El contraste entre la sociedad capitalista y la sociedad socialista estatal es la demostración palpable de lo que llamaré la «paradoja del socialismo»: un dilema resultante de los dos elementos constitutivos de la teoría socialista, un enfrentamiento entre el principio de la regulación de la producción según las necesidades humanas, y el principio de la eliminación o reducción de la dominación explotadora del hombre sobre el hombre. Esto es, si se quiere, una expresión moderna del dilema clásico de la libertad frente a la igualdad pero manifestado de una forma muy específica.

## Capítulo 1

### LA TEORIA DE LAS CLASES EN MARX

Es Saint-Simon, antes que Comte, quien está considerado con más propiedad como padre de la sociología, a pesar de que este último diera su nombre a la nueva disciplina. Las ideas de Saint-Simon tienen una doble línea de descendencia, que conduce por una parte al positivismo de Comte, y desde éste, a través de Durkheim, a las modernas teorías de la «sociedad industrial»; y por otra al análisis y crítica del «capitalismo» como fue formulado por Marx y por las generaciones siguientes de marxistas<sup>1</sup>. Saint-Simon no fue un pensador sistemático. Sus escritos son caóticos y, con no poca frecuencia, contradictorios. Pero reunió los elementos de una teoría coherente de las clases sociales, situándola dentro del esquema de una interpretación del desarrollo de Europa desde la época clásica hasta la del industrialismo moderno. La sociedad, según Saint-Simon, atraviesa unos períodos de crecimiento, madurez y declive; cada tipo sucesivo de sociedad contiene el «germen de su propia destrucción», generado por su propio desarrollo interno. En la época contemporánea, sostiene, los conflictos de clases son cosa corriente, porque se trata de una era de transición: el feudalismo decadente aún no ha sido del todo destruido y la nueva sociedad industrial que emerge sólo se ha formado parcialmente. Saint-Simon identificaba el origen material de la nueva

<sup>1</sup> Véase Georges Gurvitch, «La sociologie du jeune Marx», *La vocation actuelle de la sociologie* (Paris, 1950), para una vigorosa defensa de la significación de las ideas de Saint-Simon en la evolución del pensamiento marxiano.

sociedad con el desarrollo de las comunas libres urbanas hacia el fin del período feudal; éstas crearon una «ciudadanía» urbana, independiente de la aristocracia feudal. Esta burguesía urbana formó el núcleo de la nueva clase de los industriels, que basaban sus pretensiones de poder en su propiedad de bienes muebles creados en la manufactura.

El empleo por Saint-Simon del término «*industriel*», así como su utilización de la noción de «clase» en general, no dejaba de ser contradictorio. En algunas ocasiones, hablaba de los industriales como de un subgrupo definido de la sociedad, una clase diferente de los proletaires. Más característicamente, sin embargo, consideraba a los industriels como la totalidad de los que intervienen en la producción industrial, oponiéndolos a los elementos «parasitarios» envueltos aún en las reminiscencias del orden feudal. La clase de los industriels comprendía así a cada individuo «que trabajaba para producir o para poner a disposición de los diferentes miembros de la sociedad una o varias formas de satisfacer sus necesidades o sus gustos materiales...» Es en este último sentido en el que Saint-Simon se refería a la clase industrial como eventualmente destinada a convertirse en la «clase única» de la sociedad. En la sociedad industrial, la dominación coercitiva de una minoría sobre la mayoría, que había caracterizado las formas sociales precedentes, sería sustituida por un orden libremente aceptado por todos sus miembros. El advenimiento de la sociedad industrial transfiere el impulso humano hacia el poder de la dominación sobre los hombres a la dominación de la naturaleza. De aquí que la sociedad de «clase única» sea una sociedad «sin clases» —aunque en modo alguno una sociedad igualitaria en términos de distribución diferencial de las recompensas. En la sociedad industrial, la «administración» de las cosas sustituiría al «gobierno» de los hombres: el Estado, como instrumento de dominación de clase, desaparecerá.

Es evidente que muchos de los principales elementos de la concepción de Marx sobre las clases y sobre el conflicto de clases se encuentran en Saint-Simon. Pero si Marx debe mucho a Saint-Simon, también se basó en otras tradiciones teóricas —incluyendo sobre todo, por supuesto, la filosofía alemana clásica y la economía política ortodoxa de Smith y Ricardo— y la teoría general que ideó es una síntesis inmensamente más interesante que la desarrollada por su predecesor. Ninguna idea importante en el pensamiento social es nunca producto de una sola mente; antes bien, el gran pensador da expresión concreta a concepciones que están germinando en el ambiente intelectual de su época. (En la mayoría de los escritos de Marx, como en los de Saint-Simon, el concepto de clase se emplea libremente sin

<sup>2</sup> Saint-Simon. *La physiologie sociale* (Ed. Gurvitch. París, 1965), pág. 141

ofrecer una definición formal. Hasta sus últimos años de vida, Marx no sintió la necesidad de brindar una exposición formal de los atributos de la clase; y el famoso fragmento sobre «las clases», que aparece al final del tercer volumen de *El capital*, acaba precisamente en el momento en que parece que va a ofrecer una exposición concisa sobre la naturaleza del concepto. Es evidente que éste es uno de los factores que han contribuido a complicar aún más las ya difíciles cuestiones envueltas en el debate en torno a la «interpretación» de las obras de Marx a este respecto: las características formales del concepto de clase en Marx han de deducirse de una variedad de escritos en los que analiza las relaciones de clase en contextos específicos.

Como la teoría de Saint-Simon, la teoría de las clases de Marx fue elaborada como parte de un intento por comprender la naturaleza de los cambios que habían transformado dramáticamente las estructuras sociales tradicionales de Europa. Pero lo que para Saint-Simon (como para Durkheim) constituía un período temporal de «crisis» en la transición entre el feudalismo y la sociedad industrial, se convirtió en los escritos de Marx en el elemento principal de un triple movimiento de feudalismo-capitalismo-socialismo. Con seguridad, el capitalismo para Marx es, en un aspecto importante, una «etapa» transitoria que ocupa el período entre el feudalismo y la más estable sociedad sin clases del futuro. Pero no se trata únicamente de una fase de «desorden» en el doloroso proceso de sustitución del feudalismo por el industrialismo; es una forma auténticamente nueva de sociedad, con su propia estructura característica y su propia dinámica interna. Marx no fue un crítico del «industrialismo», sino del «industrialismo-capitalista». El capitalismo debe ser afrontado y analizado en sus propios términos. El conflicto de clases no es indicativo, como lo era para los positivistas franceses, de las «discordancias de funciones» en el nacimiento de la sociedad industrial, sino que expresa el carácter más íntimo del capitalismo. La diferencia es fundamental. Porque según la primera opinión, el conflicto de clases es un fenómeno que cesará fundamentalmente por sí mismo, una vez que hayan desaparecido los últimos vestigios del feudalismo. En consecuencia, en las obras del más sofisticado representante de esta corriente de pensamiento, Durkheim, el estudio de las clases ocupa sólo un lugar relativamente menor. Marx coincidía con los teóricos de la «sociedad industrial» en que el advenimiento del industrialismo ponía de manifiesto la enorme riqueza que puede generar la actividad productiva humana: pero el carácter «contradictorio» del capitalismo, que se deriva en última instancia de su propia estructura de clases, sólo permite una limitada realización de los poderes creativos potenciales (tanto «materiales» como «culturales») que la producción industrial hace posible.

Dondequiera que la concepción de la «sociedad industrial», de una forma u otra, ejerce ascendiente sobre la sociología, la preocupación por las clases tiende a borrarse como algo que no afecta al orden inmanente. Este fue el caso de Saint-Simon: la cuestión de la «clase», y especialmente del «conflicto de clases», se aplica principalmente a la lucha entre los elementos «no productivos» del feudalismo moribundo y la «clase industrial» productiva, la «clase» única de la sociedad industrial. La nueva sociedad será una sociedad diferente, en términos de la distribución de recompensas materiales; pero las relaciones entre los diversos grupos en la división del trabajo será esencialmente compatible, dado que el acceso a las posiciones de empleo estará determinado no por un privilegio social heredado, sino por el talento y la capacidad. Cualquiera que sea la importancia posterior de la concepción de «sociedad industrial» en sociología —y ésta, por supuesto, es muy considerable— esta tradición del pensamiento social ha aportado relativamente pocas contribuciones de importancia a la teoría de las clases<sup>1</sup>.

### 1. Fundamentos del modelo de Marx

Según la teoría de Marx, la sociedad clasista es el producto de una determinada sucesión de cambios históricos. Las formas más primitivas de sociedad humana no son sistemas clasistas. En las sociedades «tribales» —o según la expresión de Engels, en el «comunismo primitivo»— se da sólo una división del trabajo muy pequeña y la propiedad que existe es poseída conjuntamente por los miembros de la comunidad. La expansión de la división del trabajo, junto con el mayor nivel de riqueza que produce, va acompañada del crecimiento de la propiedad privada; lo que lleva consigo la creación de un producto excedente del que se apropia una minoría de no productores que en consecuencia mantienen una relación de explotación *vis-à-vis* con la mayoría de los productores. Expresándolo en la terminología de los primeros escritos de Marx, la alienación respecto a la naturaleza que caracteriza la situación del hombre primitivo, cede su lugar a un mayor dominio sobre el mundo material, mediante el cual el hombre se «humaniza a sí mismo» y desarrolla su cultura; pero la disolución cada vez mayor de la alienación del hombre y la naturaleza se obtiene sólo al precio de la formación de unas relaciones de clase explotadoras —al precio de un aumento de la autoalienación humana.

<sup>1</sup> Esta es evidentemente una afirmación exagerada: las excepciones vienen fácilmente a la mente —así, Maurice Halbwachs, *The Psychology of Social Class* (Londres, 1958).

Marx no siempre tuvo cuidado de resaltar las diferencias entre el capitalismo y las formas anteriores de los sistemas de clases que lo habían precedido en la historia. Aunque toda la historia (escrita) «es la historia de la lucha de clases»<sup>4</sup>, esto evidentemente no significa que lo que constituye una «clase» sea lo mismo en cada tipo de sociedad clasista (aunque, por supuesto, toda clase participa de ciertas propiedades formales que la definen como tal), o que el proceso de desarrollo de los conflictos de clases sea igual en todas partes. En este sentido, las censuras de Marx a aquellos de sus seguidores que sostuvieron esto último no dejan de ser instructivas. Varios de los factores que caracterizaron los orígenes del modo de producción capitalista en la Europa occidental en el período post-medieval existían previamente en la Roma antigua, incluyendo la formación de una clase manufacturera mercantil y el desarrollo de los mercados monetarios. Pero a causa de otros elementos que existían en la composición de la sociedad romana, sobre todo debido a la existencia de la esclavitud, las luchas de clases adoptaron en Roma una forma que tuvo como consecuencia no la generación de una «nueva y más elevada forma de sociedad», sino la desintegración de la estructura social<sup>5</sup>.

Las diversas formas y resultados de los conflictos de clases en la historia explican las diferentes posibilidades producidas por el reemplazamiento de un tipo de sociedad por otro. Cuando el capitalismo sustituye al feudalismo, ello se debe a que un nuevo sistema de clases, basado en la manufactura y centralizado en las ciudades, ha creado una especie de enclave dentro de la sociedad feudal que finalmente llega a predominar sobre la estructura de base agraria de la dominación feudal. El resultado, sin embargo, es un nuevo sistema de dominación de clases, porque esta secuencia de cambios revolucionarios se basa en el desplazamiento parcial de un tipo de propiedad de los medios de producción (tierras) por otro (capital) —un proceso que, naturalmente, lleva consigo cambios importantes en la técnica<sup>6</sup>. Mientras que el capitalismo, como el feudalismo, lleva en sí mismo «el germen de su propia destrucción», y si bien esta tendencia autonegativa se expresa también en forma de luchas de clase manifiestas, el carácter subyacente de las mismas es bastante diferente del de aquellas que se dan en el período de declive del feudalismo. Los conflictos de clases en el capitalismo no representan la lucha de dos técnicas en

<sup>4</sup> Marx y Engels, «Manifiesto of the Communist Party», *Selected Works* (Londres, 1968), pág. 35.

<sup>5</sup> *Capital*, vol. 3 (Moscú, 1959), págs. 582 ss.

<sup>6</sup> Emplearé el término «técnica» en lugar de «tecnología», puesto que el primero tiene un sentido más amplio; pero conservaré el adjetivo «tecnológico» puesto que «técnico» tiene un significado establecido y diferente.

competencia, sino que en su lugar se derivan de la incompatibilidad entre una técnica productiva existente (manufactura industrial) y otros aspectos del «modo de producción»: a saber, la organización del mercado capitalista). El acceso al poder de una nueva clase no entraña el ascenso de una nueva forma de propiedad privada, sino que, al contrario, crea las condiciones bajo las cuales la propiedad privada queda abolida. El proletariado aquí es el equivalente a los «industriels» de Saint-Simon: porque se convierte en la «clase única» de la sociedad y su hegemonía significa la desaparición de todas las clases.)

El problema del empleo por Marx del término «clase» es complejo, dado el hecho de que no proporciona una definición formal del concepto. Para estudiar esta materia, es útil establecer una distinción entre los tres conjuntos de factores que dificultan el estudio del concepto marxiano de clase —factores que no han sido separados satisfactoriamente en la larga controversia sobre la cuestión. El primero de ellos se refiere simplemente a una cuestión de terminología —la variabilidad del empleo de la propia palabra «clase» en Marx. El segundo corresponde al hecho de que existan dos construcciones conceptuales que pueden deducirse de los escritos de Marx en relación con la noción de clase: un modelo abstracto o «puro» de dominación de clase, que se aplica a todos los tipos de sistemas clasistas; y unas descripciones más concretas de las características específicas de las clases en determinadas sociedades. El tercero concierne al análisis de Marx de las clases en el capitalismo, el caso que le interesa predominantemente: así como existen en Marx modelos «puros» de clase, existen también modelos «puros» y «concretos» de la estructura del capitalismo y del proceso del desarrollo capitalista<sup>7</sup>.

La cuestión terminológica, por supuesto, es la menos significativa de las tres cuestiones. El nudo de la cuestión estriba en que la terminología de Marx es imprecisa. Mientras que normalmente utiliza el término «clase» (*Klasse*), emplea también palabras tales como «estrato» y «estamento» (*Stand*) como si fueran intercambiables con el primero. (Más aún, utiliza la palabra «clase» para varios grupos que, desde un punto de vista teórico, son evidentemente sólo partes o sectores de «clase» propiamente dichos: así habla de los intelectuales como de las «clases ideológicas», del *Lumpenproletariat* como de la «clase peligrosa», de los banqueros y de los prestamistas como de la «clase de los parásitos») y así sucesivamente<sup>8</sup>.

<sup>7</sup> Cf. para un análisis detallado según estas líneas, Nicos Poulantzas, *Pouvoir politique et classes sociales de l'état capitaliste* (París, 1970).

<sup>8</sup> Ver *Capital*, vol. 1 (Mosú, 1958), pág. 446; «Manifesto of the Communist Party», *Selected Works*, pág. 44; *Capital*, vol. 3, pag. 332.



Lo que importa, sin embargo, es hasta qué punto esta vaguedad terminológica esconde ambigüedades conceptuales o confusiones.

Los elementos principales del «modelo abstracto» de Marx de dominación de clases no son realmente difíciles de reconstruir a partir de la totalidad de sus escritos. Se trata de un modelo dicotómico. En cada tipo de sociedad de clases existen dos clases fundamentales. ~~(Las relaciones de propiedad constituyen el eje de este sistema dicotómico: una minoría de «no productores», que controla los medios de producción, pueden utilizar esta posición de control para extraer de la mayoría de los «productores» el producto excedente que es la fuente de su subsistencia. La «clase» se define así en función de la relación entre los diferentes grupos de individuos con los medios de producción.)~~ Esto se encuentra integralmente ligado a la división del trabajo, porque es necesaria una división del trabajo relativamente desarrollada para la creación del producto excedente ~~sin el cual no pueden existir las clases.~~ Pero, como Marx deja claro en su inacabado estudio del final del tercer volumen de *El capital*, ~~la «clase» no debe identificarse con la fuente de ingresos en la división del trabajo;~~ esto nos llevaría a una pluralidad infinita de clases. Más aún, las clases no son nunca, en opinión de Marx, grupos de renta. Las modalidades de consumo, según Marx, están determinadas principalmente por las relaciones de producción. De aquí su crítica de esas variantes del socialismo encaminadas a asegurar algún tipo de «justicia distributiva» en la sociedad —que buscan, por ejemplo, la igualación de los ingresos: estas formas de socialismo se basan en premisas falsas, porque olvidan el hecho esencial de que la distribución se encuentra en último extremo regida por el sistema de producción. Así, es posible que dos individuos que tengan unos ingresos idénticos, y hasta las mismas ocupaciones, pertenezcan, sin embargo, a clases diferentes; como puede ser el caso, por ejemplo, de dos albañiles, uno de los cuales posee su propio negocio, mientras que el otro trabaja como empleado de una gran compañía.

— Es un axioma del modelo abstracto de clases de Marx que la dominación económica está unida a la dominación política. El control de los medios de producción proporciona el control político. Y así la división dicotómica de las clases es una división tanto de la propiedad como del poder; trazar las líneas de la explotación económica en una sociedad es descubrir la clave para la comprensión de las relaciones de dominación y subordinación que existen en esa sociedad. Así, las clases expresan una relación no sólo entre «explotadores y explotados», sino también entre «opresores y oprimidos». Las relaciones de clase son necesariamente inestables: pero

Toda clase dominante trata de estabilizar su posición imponiendo (con frecuencia y no por supuesto de una manera claramente consciente) una ideología que la legitime, que «racionalice» su posición de dominación económica y política y «explique» a la clase subordinada por qué debe aceptar esta subordinación. Este es el sentido de la afirmación muy citada de que

Las ideas de la clase dominante son las ideas dominantes en cada época; o, dicho en otros términos, la clase que ejerce el poder material dominante en la sociedad es, al mismo tiempo, su poder espiritual dominante. La clase que tiene a su disposición los medios para la producción material, dispone con ello, al mismo tiempo, de los medios para la producción espiritual, lo que hace que se le sometan, al propio tiempo, en general, las ideas de quienes carecen de los medios necesarios para producir espiritualmente<sup>9</sup>.

En el modelo abstracto, las clases se conciben como basadas en las relaciones de mutua *dependencia y conflicto*. La «dependencia» en este caso significa algo más que la mera dependencia material que presupone la división del trabajo entre las clases. En la concepción de Marx, las clases en el sistema dicotómico se encuentran en una situación de reciprocidad de forma que *ninguna clase puede escapar a esa relación sin perder su identidad como «clase» diferenciada*. Es este teorema, profundamente influido por la dialéctica hegeliana, el que une la teoría de las clases a la transformación de los tipos de sociedad. Las clases, según Marx, expresan el carácter fundamental de la sociedad: cuando una clase consigue, por ejemplo, elevarse de una posición de subordinación a una de dominación, consecuentemente efectúa una total reorganización de la estructura social. En el sistema dicotómico, las clases no son, por supuesto, «dependientes» unas de otras en el sentido de grupos que colaboran en un plano de igualdad; su reciprocidad es asimétrica, puesto que descansa en la extracción de plusvalía de una clase por otra. Mientras que cada clase «necesita» de la otra —dada la continua existencia de la sociedad en una forma invariable— sus intereses son, al mismo tiempo, mutuamente excluyentes y constituyen la base para el estallido potencial de luchas abiertas. El «conflicto» de clases se refiere, en primer lugar, a la oposición de intereses motivada por la relación de explotación inherente a la relación de clases dicotómica: las clases son así «grupos conflictivos». Este es, sin embargo, un punto en el que la terminología de Marx es de nuevo variable. Mientras que en su acepción normal una «clase» representa cualquier grupo que comparte la misma relación respecto a los medios de pro-

<sup>9</sup> Marx y Engels, *The German Ideology* (Londres, 1965), pág. 61

ducción, en independencia de que los individuos implicados sean conscientes de ello y actúen según sus intereses comunes. En ocasiones señala que un agrupamiento semejante puede considerarse propiamente como «clase» sólo cuando los intereses compartidos generan una conciencia y una acción comunes. Pero realmente no existe ninguna ambigüedad conceptual significativa. Por el contrario, con este énfasis verbal, Marx trata de destacar el hecho de que la clase sólo se convierte en un agente social importante cuando asume un carácter directamente político, cuando es el foco de una acción colectiva. Únicamente bajo ciertas condiciones una clase «en sí» se convierte en una clase «para sí».

La mayor parte de los elementos problemáticos que existen en la teoría de las clases de Marx se derivan de la aplicación de este modelo abstracto a formas históricas, específicas de sociedad —lo que equivale a decir que dependen de la naturaleza de las conexiones entre los modelos de clases «abstractos» y «concretos». La primera cuestión a considerar en este sentido, es la relación entre el sistema de clases dicotómico presupuesto por el modelo abstracto, y la pluralidad de clases que, como admite Marx, existe en todas las formas históricas de sociedad (clasista). Aunque Marx en ningún momento da una opinión explícita sobre esta materia, no existen serias dificultades en esta cuestión. Cada tipo histórico de sociedad (sociedad antigua, feudalismo y capitalismo) está estructurado en torno a una división dicotómica respecto a las relaciones de propiedad (representadas de la forma más simple en cada caso como una división entre patricios y plebeyos, señores y vasallos, capitalistas y asalariados). Pero mientras que esta división dicotómica es el «eje» fundamental de la estructura social, esta sencilla relación de clases se complica por la existencia de otros tres tipos de grupos, dos de los cuales son «clases» en un sentido estricto, mientras que el tercero se representa un caso marginal. Estos son: 1) Las «clases de transición» que se encuentran en el proceso de formación dentro de una sociedad basada en un sistema de clases que se está haciendo «antiguado»: el caso de la ascensión de la burguesía y del proletariado urbano «libre» en el feudalismo. 2) Las «clases de transición» que, por el contrario, representan elementos de un conjunto superado de relaciones de producción que se prolongan dentro de una nueva forma de sociedad —tal y como se encuentra en las sociedades capitalistas de la Europa del siglo XIX, donde las «clases feudales» mantienen una definida importancia dentro de la estructura social. Cada uno de los dos primeros ejemplos resulta de la aplicación de dos esquemas dicotómicos a una forma única de sociedad histórica. Representan, por decirlo así, el hecho de que un cambio social radical no se realiza

de la noche a la mañana, sino que constituye un largo proceso de desarrollo de forma que existe una superposición masiva de diferentes tipos de sistemas dicotómicos de clases. 3) La tercera categoría incluye dos ejemplos históricos principales: los esclavos del mundo antiguo y el campesinado independiente del periodo medieval y post-medieval. Estos constituyen «grupos de cuasi-clase», en el sentido de que se puede decir que comparten ciertos intereses económicos comunes; pero cada uno de ellos, por razones diferentes, se mantiene al margen del conjunto dominante de relaciones de clase dentro de las sociedades de las que forman parte. A estas tres categorías podemos añadir un cuarto «factor de complicación» del sistema dicotómico abstracto: 4) los sectores o subdivisiones de clase. Las clases no son entidades homogéneas respecto a las relaciones sociales a las que dan lugar: Marx distingue varias formas de diferenciación dentro de las clases.

Debe señalarse que ninguna de estas categorías supone sacrificar la concepción abstracta del sistema de clases dicotómico: pero permiten reconocer ~~la existencia de «clases medias» que en cierto modo se interponen entre la clase dominante y la subordinada. Las «clases medias» son bien del tipo transicional o bien segmentos de las clases principales.~~ Así, la burguesía es una «clase media» en el feudalismo, antes de ascender al poder, mientras que la pequeña burguesía, los pequeños propietarios, cuyos intereses son parcialmente divergentes de los del gran capital, forman lo que Marx algunas veces considera explícitamente como la «clase media» del capitalismo. Si la terminología es una vez más algo confusa, las ideas subyacentes son suficientemente claras.

La posición es más imprecisa en otro problema importante referente a la relación entre los modelos de clases «abstractos» y «concretos»: el de la transcendencia del desarrollo de los mercados para el análisis de las relaciones de clase. Si bien la producción de manufacturas para su intercambio en el mercado, junto con la formación de una economía monetaria, eran fenómenos que ya sucedían en la antigua Roma, son de suma importancia en relación con la transformación del feudalismo en la historia europea posterior. No cabe duda alguna de que estos fenómenos, en conjunción con la expansión de la división del trabajo a que dieron lugar, sirven para dar lugar a importantes diferencias entre el carácter asumido por las relaciones de clase en el capitalismo y en el feudalismo. Las principales características que sirven para diferenciar a las clases en estas dos formas de sociedad pueden reconstruirse a partir de varios escritos de Marx, pero él mismo no parece haber explorado completamente las implicaciones de sus opiniones en esta materia —un he-

cho que, quizá, pueda atribuirse ante todo a su relativa falta de interés por el desplazamiento del feudalismo por el capitalismo, en comparación con la esperada superación del capitalismo por el socialismo. Las discrepancias terminológicas en este punto probablemente indican una ambigüedad conceptual. Así, mientras que en la mayor parte de las ocasiones Marx habla de «clases feudales», en otros momentos expresa la opinión de que «el nacimiento de las clases es en sí mismo un producto de la burguesía»<sup>10</sup> y escribe, por ejemplo, hablando del declive del feudalismo «Die Bourgeoisie ist schon, weil sie eine Klasse, nicht mehr ein *Stand* ist, dazu gezwungen, sich national, nicht mehr lokal zu organisieren und ihrem Durchschnittsinteresse eine allgemeine Form zu geben»<sup>11</sup>. «La burguesía, por ser ya una clase y no un *estamento*, se halla obligada a organizarse en un plano nacional y no ya solamente en un plano local y a dar a su interés medio una forma general» (Marx y Engels, *La ideología alemana*). En este último caso Marx contrasta «clase» y «estamento» y mantiene que la «clase» sólo llega a existir con la formación de los mercados y con el surgimiento de una economía nacional. ¿Cuál de éstas es la auténtica línea del pensamiento de Marx?

La respuesta es ambas. En otras palabras, mientras que el feudalismo se basa en un sistema clasista, que se ajusta al «modelo abstracto» de clases, existen, sin embargo, contrastes importantes entre las clases feudales y las capitalistas examinadas a nivel concreto. El feudalismo, como el capitalismo, se construye sobre una relación de clases dicotómica, centrada, en este caso, en la posesión de la tierra. Pero esta estructura de clases difiere también en aspectos básicos de la creada por el advenimiento del mercado capitalista. La estructura de clases del feudalismo está mediatizada por los lazos personales de fidelidad, sancionados legalmente en la diferenciación entre estamentos. Estos no constituyen relaciones puramente «económicas»; en la estructura estamental, los factores económicos y políticos se confunden. Se trata, sobre todo, de un sistema basado principalmente en la comunidad local, a pequeña escala: la producción está subordinada fundamentalmente a las necesidades conocidas de la comunidad. La expansión del capitalismo, sin embargo, destruye inexorablemente tanto los vínculos y la fidelidad feudales como el carácter relativamente «cerrado» de la comunidad local. El capitalismo estimula el crecimiento de los mercados nacionales e internacionales: en la división del trabajo capitalista, el carácter in-

<sup>10</sup> *Ibid.*, pág. 95.

<sup>11</sup> Marx y Engels, *Werke*, vol. 3 (Berlín, 1962), pág. 62 (de *The German Ideology*).

dependiente de las regiones locales es socavado y la sociedad se unifica en un sistema único de productores interdependientes. Esto conduce a una separación de lo «económico» y de lo «político»: las relaciones de clase, regidas por lazos contractuales pasan a formar parte mediante el capital y el trabajo asalariado del mercado libre, convirtiéndose de este modo en relaciones puramente «económicas» en un sentido muy definido. El mismo proceso da lugar a la estructura diferenciada del Estado capitalista: «mediante la emancipación de la propiedad privada de la comunidad, el Estado se ha convertido en una entidad separada, al margen y fuera de la sociedad civil; pero no es nada más que una forma de organización que la burguesía necesariamente adopta tanto por razones internas como externas, para la mutua salvaguarda de su propiedad y de sus intereses»<sup>12</sup>.

A fin de investigar más ampliamente las características de las clases en el capitalismo es necesario examinar detenidamente la teoría de Marx del desarrollo capitalista.

## 2. Capitalismo y desarrollo capitalista

El modelo abstracto de Marx o modelo «puro» del capitalismo se expone principalmente en el primer volumen de *El capital*, en donde compara su método con el de un médico que observara el fenómeno que desea analizar «en su forma más típica y más libre de cualquier influencia perturbadora». Para ello considera el caso de Inglaterra como principal punto de referencia: porque Inglaterra es el «terreno clásico» del capitalismo<sup>13</sup>. Pero si bien el desarrollo británico proporciona los fundamentos de su análisis, intenta utilizarlo para establecer un tratamiento abstracto de los principios genéricos del modo de producción capitalista, «despreciando» todos los factores históricos, específicos que «ocultan el juego» del «mecanismo interno» del capitalismo.

El modelo abstracto del capitalismo de Marx parte de un difícil problema de la teoría económica —que, al menos así le parece, estaba completamente enmascarado en la teoría ortodoxa de la economía política. Se trata del problema del origen de la plusvalía. Dado el hecho de que la esencia del capitalismo se expresa en la relación de clases entre el capital y el trabajo asalariado, en virtud de la cual la clase obrera debe vender su fuerza de trabajo a la burguesía a

<sup>12</sup> *Ibid.*, pág. 79.

<sup>13</sup> «Preface to the first German edition of *Capital*», *Selected Works*, pag. 231.

cambio de sus medios de subsistencia, se deduce de los supuestos del modelo abstracto de clases de Marx que esta relación debe basarse en la apropiación de plusvalía por la clase capitalista. En formas anteriores del sistema de clases, el móvil explotador de las relaciones de clase es fácil de discernir: una determinada cantidad de producto es entregada, por ejemplo, por un vasallo a su señor. Pero el capitalismo, como destaca la economía política ortodoxa, ha «liberado» a los hombres de la sumisión a tales intercambios injustos. En el mercado capitalista, la obtención de plusvalía no hay que buscarla en la extracción directa del producto, a través de la apropiación forzosa o consuetudinaria del trabajo asalariado: el trabajo se «compra y vende según su valor» en el mercado, como cualquier otra mercancía.

Al resolver este «enigma» de la producción capitalista, Marx establece una clara conexión entre ciertas características esenciales de la situación de clase del trabajador asalariado y las exigencias estructurales del mercado capitalista. El capitalismo presupone lo que Marx llama una separación entre «el individuo personal y el individuo de clase»<sup>14</sup>. La «liberación» de los hombres de las obligaciones inherentes al feudalismo ha creado un nuevo tipo de dependencia de clase, en la que el carácter «económico» del trabajador se ve amputado o alienado de su carácter de ser humano integral. En el capitalismo, el trabajo se considera lo mismo que cualquier otra mercancía, como un producto que se compra y vende en el mercado. Pero lo que el trabajador vende, de hecho, es su fuerza de trabajo, una capacidad económica, que puede cuantificarse y fijarse según un patrón monetario común a los productos materiales de su trabajo. La plusvalía se explica por referencia al hecho de que, como la fuerza de trabajo del obrero es una mercancía, su «costo de producción» puede calcularse exactamente igual que el de cualquier otra mercancía. Este se obtiene por el costo de proporcionar al trabajador los suficientes ingresos como para «producir y reproducirse a sí mismo»: la diferencia entre esto y el valor total creado por el obrero es el origen de la plusvalía.

La constitución del trabajo en «puro valor de cambio» es así inherente al funcionamiento del capitalismo. Este, a su vez, presupone la separación del hombre «económico» del hombre «político». El capitalismo descansa en la «reciprocidad negativa» de la economía y de la política: la dominación de la burguesía como clase se asegura mediante las *libertades políticas* que 1) liberan el mercado de la influencia o control político, estableciendo una oposición en

<sup>14</sup> *German Ideology*, pág. 95

tre las apetencias egoístas (la búsqueda del beneficio) en la esfera económica, y la «participación universal» ofrecida en la esfera de la política; 2) permiten a las hombres, por tanto, disponer de sí mismos en el mercado como agentes «libres» (por contraste con su situación en el feudalismo, en el cual los hombres se veían atados por obligaciones que trascienden las consideraciones de mercado). El Estado capitalista de esta forma no es solamente un órgano que coordina y hace cumplir los contratos de los que depende el capitalismo. La misma existencia del Estado y de la política (en el sentido que la daba Marx) se fundamenta en las más íntimas condiciones de la producción capitalista.

La relación entre capital y trabajo asalariado, como se ha expuesto más arriba, implica, pues, la creación de un mercado libre competitivo tanto en el capital como en el trabajo. En *El capital*, Marx se propone la tarea de definir las «leyes» por las que este sistema se modifica desde dentro y preparan finalmente las condiciones para su superación por el socialismo. Existen, en el modelo abstracto, dos procesos de especial importancia: 1) la incipiente socialización de las fuerzas del mercado, que se manifiesta sobre todo en el crecimiento de las sociedades anónimas —«capitalismo sin capitalistas»—, y 2) la polarización de las clases, el capital y el trabajo asalariado. Se trata más bien de procesos relacionados que de unos procesos totalmente independientes, puesto que ambos se originan por la «lógica interna» de la tendencia del desarrollo del sistema capitalista. El primero, por supuesto, es fundamental, porque supone una transformación de los mismos principios en los que se basa el capitalismo. El capitalismo descansa, sobre todo, en la persecución individualista del beneficio en el mercado libre, por lo cual la producción va unida a la inversión del capital. El mercado capitalista es «anárquico» en el sentido de que no existe una organización social que medie entre la producción y el consumo. En la comunidad feudal —como en cualquier economía tradicional— la producción se subordina a las necesidades conocidas de la localidad. Pero este lazo se rompe con la llegada del mucho más extenso y complejo sistema de intercambio de mercancías que constituye el mercado capitalista. Según Marx, la dislocación entre la producción y el consumo es la causa de las crisis endémicas del capitalismo. En el capitalismo es posible, por primera vez en la historia humana, un considerable volumen de sobreproducción —«sobreproducción», claro está, que no está necesariamente en función de las necesidades reales, sino de la capacidad de los consumidores para adquirir las mercancías en cuestión.



La ocurrencia de crisis y los hundimientos de negocios que éstas provocan, proporcionan un impulso importante hacia la concentración y la centralización del capital como se manifiesta, por una parte, en el crecimiento de las grandes firmas a expensas de empresas más pequeñas y, por otra, en el nacimiento de Bancos estatales, entidades de crédito, etc. La relevancia de las sociedades anónimas se debe a que proporcionan una demostración palpable de que la industria moderna puede funcionar sin la intervención directa de la propiedad privada. Las sociedades anónimas, de este modo, como «desarrollo final de la producción capitalista», llevan a efecto «la abolición del modo de producción capitalista dentro del propio modo de producción capitalista»<sup>15</sup>. Esto no es el «socialismo», porque las sociedades anónimas funcionan aún dentro del marco general del mercado capitalista; pero no obstante representan el surgimiento de un conjunto de relaciones de producción totalmente distintas de aquellas que caracterizaban la estructura original del capitalismo.

Como consecuencia de su propio funcionamiento, por tanto, el capitalismo se transforma a sí mismo «desde dentro». Se ve equilibrado así por el movimiento hacia un nuevo tipo de orden económico y social; pero esto sólo se puede llevar a cabo por la acción revolucionaria de la clase obrera. En el modelo abstracto de capitalismo, el desarrollo del potencial revolucionario de la clase obrera está ligado a tres aspectos de la polarización de clases: a) la desaparición de aquellas clases y segmentos de clases que «complican» el sistema principal dicotómico de clases compuesto por el capital y el trabajo asalariado; b) la progresiva eliminación de sectores diversificados dentro de la propia clase obrera; c) la creciente disparidad entre la riqueza material del capital y la del trabajo asalariado (*Verelendung*: traducido habitualmente por «pauperización»). El primero de estos aspectos es, en cierto modo, asumido ya por el modelo abstracto, al menos por lo que se refiere a las «clases de transición» que permanecen como un residuo del feudalismo. Estas se ven destruidas con la llegada del capitalismo a su madurez, que vorazmente se traga todos los vestigios que quedan de la forma tradicional de sociedad. Pero el avance del capitalismo conduce también a la eliminación de la «subclase» de la pequeña burguesía, que se «hunde en el proletariado». La cada vez mayor homogeneidad interna de la clase obrera se deriva, según Marx, principalmente de la tendencia a la mecanización estimulada por el constante impulso hacia cambios tecnológicos que genera el capitalismo. El principal fenómeno es la desaparición del trabajo especializado; la tarea

<sup>15</sup> *Capital* vol 3, pág. 429

del trabajador especializado es asumida por la máquina y todo trabajo se ve reducido a operaciones sencillas y repetitivas.

Las opiniones de Marx sobre la tercera serie de factores —la llamada «tesis de la pauperización»— son especialmente difíciles de valorar. ¿Creía Marx que el capitalismo tiende a crear un empeoramiento absoluto en los niveles materiales de vida de los asalariados, o sostenía que el capitalismo crea una *relativa* disparidad entre las retribuciones que corresponden al trabajo y las que corresponden al capital? Afirmaciones palpablemente contradictorias se pueden encontrar con relativa facilidad en Marx. Así en *El capital* habla lisa y llanamente de la «acumulación de riqueza que se crea en uno de los polos» de la sociedad capitalista, en comparación con la «acumulación de miseria» en el otro «polo»<sup>16</sup>. En «Trabajo Asalariado y Capital», por otra parte, parece entender este contraste como una cuestión relativa:

Sea grande o pequeña una casa, mientras las que la rodean son también pequeñas satisface todas las exigencias sociales de una vivienda, pero, si junto a una casa pequeña surge un palacio, la que hasta entonces era casa se encoge hasta quedar convertida en una choza. La casa pequeña indica ahora que su morador no tiene exigencias, o las tiene muy reducidas; y, por mucho que, en el transcurso de la civilización, su casa gane en altura, si el palacio vecino sigue creciendo en la misma o incluso en mayor proporción, el habitante de la casa relativamente pequeña se irá sintiendo cada vez más incómodo, más descontento, más agobiado entre sus cuatro paredes<sup>17</sup>.

En realidad, la confusión sobre esta cuestión se deriva menos de los textos de Marx que de los de algunos de sus intérpretes posteriores, que no han distinguido adecuadamente entre el estudio que Marx hace del «precio del trabajo» y su análisis de la «población excedente relativa», el «ejército de reserva» de los trabajadores crónicamente desempleados. Es evidente en los presupuestos de la teoría general económica del capitalismo de Marx que, si bien pueden existir fluctuaciones en las ganancias del trabajo, estas ganancias nunca pueden alejarse demasiado del nivel que establece el teorema de que el trabajo se compra y vende «según su valor»: los salarios del trabajo no pueden sobrepasar las condiciones que proporcionan la subsistencia básica del trabajador. El aumento del «ejército de reserva» está relacionado con esto, dado que este conjunto de mano de obra desempleada constituye un recurso permanente que los patronos pueden utilizar para disminuir los aumen-

<sup>16</sup> *Ibid.*, vol. 1, pág. 615.

<sup>17</sup> «Wage Labour and Capital», *Selected Works*, pág. 84.

ros salariales del trabajador en épocas de prosperidad económica. Es el ejército de reserva el que representa el foco principal de la pobreza absoluta y de la privación que crea el capitalismo.

La distinción es importante porque, según Marx, no es el indigente crónico el que constituye el origen del impulso hacia la acción revolucionaria de la clase obrera. Por el contrario, los elementos más castigados por la pobreza en la sociedad observan una tendencia a adoptar actitudes reaccionarias y son susceptibles de ser manipulados por los intereses conservadores. El empeoramiento de la situación relativa del grueso de la clase obrera, por otra parte, junto con los aspectos de la «polarización» discutidos anteriormente, proporcionan la combinación de circunstancias que promueven el desarrollo de ~~la conciencia de clase del proletariado~~. Sin embargo, otros factores, endémicos también al modo de producción capitalista, facilitan la formación de la conciencia de clase. Entre éstos se incluyen la concentración de la clase obrera en las zonas urbanas y la creación de unidades productivas en gran escala, que proporcionan a los hombres una rápida percepción de su situación común — una percepción que se clarifica también por las súbitas privaciones que se experimentan en las crisis periódicas que sufre el capitalismo. Pero ~~la «conciencia de clase» sólo es importante cuando adopta una forma organizada y, más específicamente, una forma política~~. El propio carácter de la democracia burguesa, con su esfera rigurosamente delimitada de lo «político», posibilita unas formas de unión y de organización partidista que permiten plantear las reivindicaciones revolucionarias de la clase obrera.

Constituye un error considerar los principios establecidos por Marx en su modelo abstracto de desarrollo capitalista, como se hace con frecuencia, como «predicciones» sobre el futuro próximo de las sociedades capitalistas históricas. Las «leyes» que, según Marx, «funcionan con férrea necesidad hacia unos resultados inevitables» representan propiedades tendenciales intrínsecas a los mecanismos más profundos del modo de producción capitalista; pero esas «leyes» son, según sus palabras, «como todas las demás leyes, modificadas en [su] funcionamiento por muchas circunstancias»<sup>19</sup>. Dicho de otra manera, una comprensión teórica de las característi-

<sup>19</sup> «La moderna industria ha convertido el pequeño taller del maestro patriarcal en la gran factoría del capitalista industrial. Masas de trabajadores amontonados en la factoría, están organizados como soldados... Y este despotismo es tanto más mezquino, más vituperable, más indignante, cuanto mayor es la franqueza con que proclama que no tiene otro fin que el lucro.» «Manifesto of the Communist Party», *Selected Works*, pág. 41

<sup>20</sup> *Capital*, vol. 1, pág. 644

cas estructurales del mercado capitalista debe complementarse con estudios históricos de las características específicas de las sociedades concretas. Esto incluye a Inglaterra, sobre la que se basa el modelo abstracto; pero muchos de los escritos de carácter más histórico de Marx se refieren a los casos de Alemania y Francia.

La fuente inicial de las opiniones de Marx se encuentra, desde luego, en su temprana valoración del «retraso» del desarrollo social alemán. Alemania experimentó lo que constituyó, en cierto sentido, la primera «revolución» de los tiempos modernos —la Reforma—, pero fue una revolución confinada a la esfera de las ideas y de este modo preparó el camino para lo que Marx consideró como tendencia característicamente alemana a separar el campo de lo espiritual del de lo material. Los logros culturales de Alemania, que contrastan radicalmente con su bajo nivel de desarrollo económico y político, demuestran esa afirmación. Bajo la influencia de los jóvenes hegelianos, Marx trató de resolver esta contradicción mediante una crítica racional, a la manera de David Strauss y Bruno Bauer. Pero los acontecimientos que le obligaron a exiliarse en Inglaterra contribuyeron también a poner de manifiesto la necesidad de estudiar la «dinámica interna» del capitalismo que se encontraba más desarrollada en este último país. Mientras que en Inglaterra, como en Francia, la burguesía había empezado ya a ser una fuerza ascendente, en Alemania, en la primera parte del siglo XIX, «apenas había empezado su confrontación con el absolutismo feudal». Por lo que el objetivo principal, en Alemania, era apoyar a la sociedad burguesa, para que llevara a cabo el desplazamiento del «gobierno absoluto», con su «séquito de clérigos, profesores, señores feudales y funcionarios»<sup>20</sup>. Los contrastes entre esta situación y las condiciones existentes en Inglaterra y Francia dieron lugar a formas diferentes de Estado capitalista. Los distintos estudios de Marx sobre estas condiciones, a nivel histórico, contienen dos nociones parcialmente independientes sobre el cúmulo de circunstancias que pueden originar la transformación revolucionaria del capitalismo.

Una aparece en sus escritos, bajo formas ligeramente diferentes, al principio y al final de su carrera. Es la tesis de que el sometimiento de un país socialmente atrasado a la influencia de una tecnología industrial avanzada puede crear una conjunción explosiva de acontecimientos que produzca una «etapa burguesa» de la sociedad muy pasajera, a la que rápidamente siga una revolución socialista. Tal curso de acontecimientos es precisamente lo que Marx pronosticaba para Alemania en 1848. Pero una conjunción explosiva de circunstancias

<sup>20</sup> «Manifesto of the Communist Party», págs. 36-7

potencialmente similar reapareció décadas más tarde en Rusia —aunque en este caso Marx parece ser que había pensado que, siempre que una revolución rusa fuera la señal para una serie de revoluciones socialistas en los países industrialmente desarrollados de Europa Occidental, era posible que Rusia, debido a la supervivencia de la propiedad comunal en los *mir*, pasase directamente a una revolución socialista con éxito sin la intervención de una «etapa burguesa». Como quiera que sea, tanto en el caso de Alemania como en el de Rusia, no son las contradicciones internas del capitalismo las que generaron el impulso hacia un cambio revolucionario, sino más bien las contradicciones a que dan lugar un enfrentamiento relativamente súbito entre lo «tradicional» y lo «moderno». Cuando existe un proceso de cambio revolucionario en un país muy «atrasado», éste favorece la expansión de la revolución a las sociedades más avanzadas, cuya influencia puede repercutir de nuevo sobre el primero.

La segunda versión de la teoría del cambio revolucionario es la que se desprende directamente del modelo abstracto de desarrollo capitalista elaborado en *El capital*. En este caso, por razones ya indicadas anteriormente —esto es, la aglomeración del proletariado en zonas urbanas, la creación de condiciones homogéneas de trabajo, etcétera— (Las circunstancias que promueven la revolución se estimulan, no por un choque entre lo viejo y lo nuevo, sino por la maduración interna del propio capitalismo.)

¿Por qué fue entonces Francia en vez de Inglaterra, la que ocupó la atención de Marx durante la mayor parte de su carrera como el lugar probable de una conflagración revolucionaria? La respuesta dada por Marx es clara, si bien no totalmente convincente a la luz del análisis abstracto de *El capital*.

En Inglaterra, señala Marx, el proceso revolucionario que condujo al derrumbamiento del orden feudal se encontraba relativamente remoto históricamente, y significó la evolución hacia un sistema político «de compromiso» dentro del cual se acomodó la expansión del industrialismo. Francia, por el contrario, había experimentado el cataclismo de la revolución burguesa de 1789 y era la fuente original de la teoría política del socialismo. En Francia, el reciente acontecimiento de la revolución burguesa significaba que la sociedad se encontraba dividida aún en fragmentos diferentes, por lo que el papel de las clases «de transición» era especialmente importante. De aquí que la posición de la burguesía estuviera, desde el principio, amenazada por dificultades especiales y que el proceso de expansión capitalista produjera sus efectos en un proletariado sensibilizado de antemano hacia las posibilidades de la política revolucionaria. El carácter de las relaciones de clase en Francia, al menos

en los tres primeros cuartos del siglo XIX, se manifestaba en una especie de equilibrio, en el que el poder ejecutivo recaía en las manos de Luis Napoleón. Estos factores, por tanto, crearon un sistema socio-político de carácter frágil; como Engels escribió en 1891, «gracias al desarrollo económico y político de Francia desde 1789, la situación en París desde hace cincuenta años ha sido tal que no podía estallar en esta ciudad ninguna revolución que no asumiese enseguida un carácter proletario...»<sup>21</sup>.

La afirmación de Engels podría revisarse ahora para incluir en ella los ciento treinta últimos años. En los capítulos siguientes, volveré a discutir el desarrollo de la estructura económica y política de Francia; pero mantendré que la explicación de la naturaleza y el curso de este desarrollo, si bien debe empezar en los mismos factores histórico de los que se ocupó Marx, implica romper con algunas de sus ideas generales más fundamentales.

<sup>21</sup> «Introduction to *The Civil War in France*. *Selected Works*, pág. 252.

## Capítulo 2

### LA CRITICA WEBERIANA

En relación con los progresos más significativos llevados a cabo en la teoría de las clases a partir de Marx, debemos considerar aquellas formas del pensamiento social cuyos autores, si bien directamente influidos por las ideas de Marx, han intentado al mismo tiempo criticarlas o reformularlas. Esta tendencia se ha manifestado con mayor fuerza, debido a una combinación de razones intelectuales e históricas, en la sociología alemana, donde se han realizado una serie de intentos para efectuar una crítica fructífera de Marx —empezando por Max Weber, y continuando por autores tales como Geiger, Renner y Dahrendorf<sup>1</sup>. La crítica que de Marx hace Weber tiene especial importancia. Pero, sobre todo en el mundo de habla inglesa, el sentido auténtico del análisis de Weber ha sido con frecuencia mal interpretado. El procedimiento habitual ha sido comparar las ideas de Weber en «Clase, status y partido», un fragmento de su *Economía y sociedad*, con la concepción de clase supuestamente adoptada por Marx, en detrimento de este último. (Marx, se argumenta, considera la «clase» como un fenómeno puramente económico y, además, estima que los conflictos de clase son, en cierto modo, la consecuencia «inevitable» de los enfrentamientos entre intereses materiales.) No advierte, según esta opinión, que la distribución de

<sup>1</sup> Theodor Geiger, *Die Klassengesellschaft im Schmelztiegel* (Colonia, 1949); Karl Renner, *Wandlungen der modernen Gesellschaft* (Viena, 1953); Dahrendorf, *Class and Class Conflict in Industrial Society*.

intereses económicos que da origen a las clases no se corresponde necesariamente con los sentimientos de identidad comunitaria que constituyen el «status» diferencial. Así, el status, que depende de una evaluación subjetiva, es una «dimensión de la estratificación» separada de la clase y ambos pueden variar independientemente. Existe aún una tercera dimensión, continúa la argumentación, que Weber reconoce como un factor variable independiente en la «estratificación», pero que Marx considera como directamente dependiente de los intereses de clase. Se trata del factor «poder»<sup>2</sup>.

La validez de esta interpretación es difícil de valorar, porque no hay duda de que el propio Weber la acepta —o al menos algunos elementos de ella. Lo que frecuentemente se considera en la bibliografía sobre el tema como una crítica del «concepto de clase de Marx» en la realidad adopta como blanco principal de ataque una forma ampulosa y empobrecida de marxismo rudimentario. Pero esta especie de marxismo determinista era ya algo normal en la Alemania de la época de Weber y dado que el propio Weber cuestionó este determinismo, las verdaderas semejanzas y diferencias entre los dos análisis de las clases resultan difíciles de desentrañar<sup>3</sup>. La mejor forma de estudiar esta cuestión es seguir un esquema similar al empleado en el primer capítulo. Como ocurre con Marx, en los escritos de Weber las «clases» y el «desarrollo capitalista» se tratan como concepciones abstractas, que pueden separarse en parte de su estudio histórico específico sobre las características de las sociedades europeas particulares<sup>4</sup>.

### 1. Clase y grupos de «status»

En las dos versiones de «Clase, status y partido» que fueron incorporadas a *Economía y sociedad*<sup>5</sup>, Weber nos ofrece lo que no existe en Marx: un estudio explícito del concepto de clase. Hay dos aspectos principales en los que este análisis difiere del «modelo abstracto» de clases de Marx. Uno es corriente en la mayoría de des-

<sup>2</sup> Para una exposición convincente de esta concepción, ver W. G. Runciman, «Class, status and power», en J. A. Jackson, *Social Stratification* (Cambridge, 1968).

<sup>3</sup> Véase mi *Capitalism and Modern Social Theory*, págs. 185 sigs. y *passim*.

<sup>4</sup> Prescindo aquí de las cuestiones filosóficas y metodológicas que están implícitas en la crítica de Weber de la «filosofía de la historia». Ver Max Weber, *The Methodology of the Social Sciences* (Glencoe, 1949), págs. 68 sigs.

<sup>5</sup> *Economy and Society*, vol. 2 (Nueva York, 1968), pp. 926-40, y vol. 1, páginas 302-7.



cripciones sobre el tema: la diferenciación entre «clase», «status» y «partido». El segundo, sin embargo, como se estudiará más adelante, es igualmente importante: consiste éste en que, aunque Weber emplea para determinados propósitos un modelo dicotómico que en ciertos aspectos generales recuerda al de Marx, su punto de vista insiste, vigorosamente en una *concepción pluralista de las clases*. Así, su distinción entre «clases propietarias» (*Besitzklassen*) y «clases adquisitivas» (*Erwerbsklassen*) se basa en una fusión de dos criterios: «por una parte... el tipo de propiedad que puede emplearse como medio de pago, y, por otra... los tipos de servicios que pueden ofrecerse en el mercado», produciendo así una tipología compleja. Los géneros de propiedad que se pueden utilizar para obtener beneficios en el mercado, aunque divididos generalmente en dos tipos —creando clases propietarias (*rentier*) y adquisitivas (empresariales)— son altamente variables y pueden producir muchos intereses diferenciados dentro de las clases dominantes:

La propiedad de viviendas; talleres; almacenes; tiendas; tierra cultivable en pequeñas o grandes propiedades —una diferencia cuantitativa con posibles consecuencias cualitativas; la propiedad de minas; ganado; hombres (esclavos); la capacidad de disponer de instrumentos móviles de producción, o bienes de capital de todo tipo, especialmente dinero u objetos que puedan ser fácilmente cambiados por dinero; la capacidad de disponer de productos del trabajo propio o del trabajo de otros que varían según su posibilidad de consumirse; la capacidad de disponer de monopolios transferibles de cualquier tipo (todas estas distinciones diferencian las situaciones de clase de los propietarios).<sup>6</sup>

Pero las posiciones de clase de los que carecen de propiedad se diferencian también en relación tanto con los tipos como con los grados de «monopolización» de las «cualificaciones negociables en el mercado» que poseen. En consecuencia, existen varios tipos de «clase media» que se encuentran entre las clases «positivamente privilegiadas» (los propietarios) y las clases «negativamente privilegiadas» (los que no poseen propiedades ni cualificaciones negociables en el mercado). Mientras estos grupos son todos teóricamente no propietarios, los que poseen cualificaciones que tienen un determinado «valor en el mercado» se encuentran realmente en una situación de clase diferente respecto de los que no tienen nada que ofrecer sino su trabajo (no especializado). En las clases adquisitivas —esto es, las especialmente relacionadas con el surgimiento del moderno capitalismo— las calificaciones educativas tienen un significado es-

<sup>6</sup> *Ibid.* vol. 2, p. 928

pecial a este respecto; pero la monopolización de oficios especializados por trabajadores manuales es también importante.

(Weber insiste en que se debe establecer una clara distinción entre clase «en sí» y clase «para sí»: «clase» en su terminología se refiere siempre a los intereses de mercado, que existen con independencia de que los hombres sean conscientes de ellos. La clase es así una característica «objetiva» que influye en las oportunidades vitales de los hombres. Pero sólo bajo ciertas condiciones los que comparten una situación de clase común toman conciencia de ello y actúan de acuerdo con sus mutuos intereses económicos.) Al subrayar este aspecto, Weber, sin duda, intenta distinguir su posición de la adoptada por muchos marxistas que llevan a cabo lo que denomina una «operación pseudo-científica» en virtud de la cual los lazos entre clase y conciencia de clase se consideran como directos e inmediatos<sup>7</sup>. Dicha reflexión evidentemente subyace también en el énfasis que pone en los «grupos de status» (*Stände*) en contraposición con las clases. La oposición entre clase y grupo de status, sin embargo, no es como parece suponerse a menudo, sólo, ni quizá siquiera fundamentalmente, una distinción entre aspectos de diferenciación subjetivos y objetivos. Mientras que la clase se basa en diferencias en los intereses económicos en las relaciones de mercado, Weber en ningún momento niega que, en ciertas circunstancias determinadas, una clase puede ser una «comunidad» subjetivamente consciente.) La importancia de los grupos de status —que son normalmente «comunidades» en este sentido— se deriva de que se basan sobre criterios de agrupamiento diferentes de los que se derivan de las situaciones de mercado. (El contraste entre clases y grupos de status es descrito por él, en ocasiones, como una oposición entre lo objetivo y lo subjetivo; pero también entre producción y consumo.) En tanto la clase expresa relaciones implicadas en la producción, los grupos de status expresan relaciones implicadas en el consumo, en forma de «estilos de vida» concretos).

La afiliación de status puede trascender las relaciones originadas en el mercado, dado que la pertenencia a un grupo de status normalmente lleva consigo una variada gama de privilegios monopolistas. (No obstante las clases y los grupos de status tienden en muchos casos a estar íntimamente vinculados a través de la propiedad: la propiedad es un factor determinante en la situación de clase y proporciona también la base para seguir un determinado «estilo de vida».) El argumento del análisis de Weber no es que la clase y el status constituyan dos «dimensiones de la estratifica-

<sup>7</sup> *Ibid.*, p. 930.

ción», sino que «las clases y las comunidades de status representan dos formas posibles y competitivas de formación de grupos respecto a la distribución del poder en la sociedad». El poder *no* es, para Weber, una «tercera dimensión» comparable en cierto sentido a las dos primeras. «Afirma explícitamente que las clases, los grupos de status y los partidos son todos «fenómenos» de la distribución del poder»<sup>1</sup>. (El teorema que inspira su posición sobre esta cuestión es su insistencia en que el poder no se debe asimilar a la dominación económica —de nuevo, por supuesto, un punto de vista en oposición deliberada con el de Marx.) El partido, orientado a la consecución o el mantenimiento de una dirección política, representa como la clase y el grupo de status, un foco principal de la organización social que afecta a la distribución del poder en la sociedad. Sin embargo, esto sólo es característico del Estado racional moderno.

El examen abstracto de Weber de los conceptos de clase, grupos de status y partido, si bien proporciona el tipo de análisis conceptual conciso que falta en Marx, es, sin embargo, una exposición inacabada que difícilmente puede ofrecer algo más que una introducción mínima a los complejos problemas que se bosquejan en sus escritos históricos. En estos últimos, Weber señala diversas formas de inter-conexión compleja entre los diferentes géneros de relaciones de clase y entre las relaciones de clase y la afiliación a un grupo de status. En la historia de las sociedades europeas se ha producido un cambio total del carácter de los tipos predominantes de relaciones de clase y de conflictos de clases. Así, en la Antigua Roma, los conflictos de clases se derivaban principalmente de antagonismos existentes en el mercado del crédito, por los cuales los campesinos y los artesanos se endeudaban con los financieros urbanos<sup>2</sup>. En la Edad Media este fenómeno fue dando paso a la lucha de clases originada en el mercado de los productos, que llevaba consigo enfrentamientos motivados por los precios de los artículos necesarios para vivir. Con el desarrollo del moderno capitalismo, sin embargo, las relaciones establecidas en el mercado de trabajo adquirieron una importancia fundamental. Es evidente que tanto para Weber como para Marx, el advenimiento del capitalismo cambia radicalmente el carácter de las conexiones generales entre clases y sociedad. El nacimiento del contrato de trabajo como tipo

<sup>1</sup> *Ibid.*, p. 927.

<sup>2</sup> De hecho, Marx hace la misma observación (*Capital*, vol. 1, pp. 135-6), y menciona que luchas similares entre deudores y acreedores ocurrieron en la Edad Media. Pero arguye que «la relación monetaria de deudor y acreedor que existió en estos dos períodos reflejaba sólo el antagonismo profundo entre las condiciones económicas generales de la existencia de las clases en cuestión».

predominante de relación de clase va unido al fenómeno de la expansión de la vida económica y a la formación de una economía nacional, que es así característica del capitalismo moderno. En la mayoría de las formas de sociedad anteriores al capitalismo moderno, incluso en aquellas en las que existe un desarrollo considerable de la manufactura y el comercio, los grupos de status desempeñaban un papel más importante en la estructura social que las clases. Imponiendo diversas restricciones sobre los negocios, o monopolizando los privilegios del mercado a través de los grupos establecidos tradicionalmente, las afiliaciones de status, como se demuestra en los estudios de Weber sobre las civilizaciones orientales, impidieron directamente la formación de la producción capitalista moderna

## 2. La concepción del capitalismo

Aparte de una breve exposición en el conjunto de conferencias publicadas bajo el título de *Historia económica general*, no existe un planteamiento general en la obra de Weber de un «modelo abstracto» del capitalismo moderno y del desarrollo capitalista comparable al descrito por Marx en *El capital*. Pero dicho modelo se puede formular por deducción a partir de sus escritos. La importancia que se le ha dado a *La ética protestante* ha oscurecido algunos de los principales presupuestos del análisis de Weber y también ha contribuido a distraer la atención de algunas de las más significativas divergencias entre este análisis y el de Marx, trasladando, en cambio, el énfasis hacia un estéril debate acerca del «papel de las ideas» en la historia. Weber acepta una parte sustancial del enfoque marxiano de las condiciones subyacentes al nacimiento del capitalismo moderno en la Europa post-feudal. Estas condiciones incluyen el ascenso de una clase industrial urbana (Weber demuestra con cierto detalle, sin embargo, que la *autonomía política* de las comunidades urbanas es un fenómeno que tiene una profunda significación histórica en la Europa occidental) cuya transformación en empresarios capitalistas totalmente independientes presupone la formación de una masa de asalariados teóricamente «libres» despojados de sus medios de producción, que consecuentemente deben vender su fuerza de trabajo en el mercado a fin de ganar su manutención.

Dos rasgos principales del «modelo abstracto» de desarrollo capitalista moderno de Weber diferencian sus opiniones decisivamente, sin embargo, de las de Marx. El primero se encuentra en su análisis de la «expropiación». Para él, la «expropiación» del trabajador no se reduce sólo a la esfera industrial: es sólo un elemento

en un proceso mucho más extenso de «expropiación» que se da en todos los sectores institucionales fundamentales de la sociedad. La expropiación del trabajador del control de sus medios de producción es paralela a la separación de los funcionarios en el Estado del control de los «medios de administración», y en el ejército a la separación del soldado del control de los «instrumentos de guerra». El segundo factor es su enfoque de la «racionalidad». Mientras que para Marx existe una distinción esencial entre la «racionalidad de la técnica» y la «racionalidad de la dominación» (en el capitalismo la objetivación y la alienación tienden a asimilarse, pero se separan con la superación del capitalismo por el socialismo), para Weber éstas se hallan inevitablemente unidas dentro del proceso general de racionalización que entraña la expansión del orden capitalista moderno<sup>10</sup>. La racionalidad de la empresa capitalista moderna, en opinión de Weber, es quizá el factor individual más importante que distingue el tipo moderno de las formas económicas más tradicionales. De aquí que el capitalismo moderno sea inseparable de una contabilidad sistemática de los costos mediante la cual la empresa se mantiene en un nivel continuo y estable de funcionamiento.

Estos dos rasgos del capitalismo moderno están vinculados, no obstante, por la interpretación de Weber de la asociación entre el capitalismo moderno y la burocratización. La expansión de la burocracia lleva consigo la «expropiación del trabajador» —en el sentido que le da Weber— e implica la aplicación de la racionalidad a la organización de la conducta humana. De aquí que integre la «racionalidad de la técnica» y la «racionalidad de la dominación» principalmente en relación al concepto de burocratización. Las relaciones de clase entre el capital y el trabajo, aunque constituyen un componente esencial de la formación del capitalismo moderno, no revelan las características más fundamentales que distinguen a la sociedad burguesa del orden tradicional. Para Weber, la tendencia al aumento de la burocratización expresa el carácter integral de la época moderna: la racionalización de la conducta humana crea una división del trabajo sistematizada y jerárquica que no depende directamente de la estructura de clases capitalista. Así, mientras su análisis no se aparta del de Marx al reconocer, no tanto, una doble división entre feudalismo y «sociedad industrial», como una triple

<sup>10</sup> Herbert Marcuse, «Industrialisation and capitalism», en Otto Stammer, *Max Weber and Sociology Today* (Oxford, 1971). Según Weber, «la contabilidad capitalista presupone una tecnología racional, esto es, una tecnología reducida al cálculo en el mayor grado posible, lo cual implica mecanización» (*General Economic History*, p. 208).

clasificación de feudalismo-capitalismo-socialismo, la consecuencia de su posición es excluir definitivamente la posibilidad de cualquier reorganización radical del capitalismo. En otras palabras, la sustitución del capitalismo por el socialismo, que Weber reconoce ciertamente como algo que puede ocurrir en un futuro probable, extiende y completa las tendencias ya características del capitalismo en vez de originar una forma totalmente nueva de organización social. El riesgo de simplificar excesivamente las cosas se puede decir que mientras el modelo abstracto del desarrollo capitalista de Marx va de lo «económico» a lo «político», el modelo de Weber se deduce de un razonamiento opuesto, que emplea lo «político» como esquema para entender lo «económico»<sup>11</sup>. El surgimiento del Estado nacional moderno, con su cuerpo de funcionarios burocráticos, cuya conducta se rige por normas impersonales en vez de por los códigos tradicionalmente establecidos asociados al patrimonialismo, sirve como paradigma para el análisis weberiano de la burocratización en general. El Estado nacional, recalca, no es en modo alguno una simple «consecuencia» de la formación del capitalismo moderno, sino que precede a su nacimiento y contribuye a su desarrollo.

No está claro hasta qué punto Weber, en el plano abstracto, acepta el análisis del proceso de transformación económica de la economía capitalista expuesto por Marx en *El capital*. Ciertamente, Weber piensa que un sistema totalmente socializado deberá enfrentarse con determinados problemas económicos concretos que no se han planteado en el capitalismo<sup>12</sup>. Lo que está claro es que rechaza el análisis de Marx de las «contradicciones» en la *estructura de clases* capitalista —especialmente en la forma en exceso simplista en que fue expuesta por algunos de los principales teóricos marxistas de su época. Según Weber, la expansión del capitalismo moderno no conduce a una pauperización del trabajador, ya sea en un sentido absoluto o relativo; desde el principio de la era capitalista, la situación material de la clase obrera ha sido, por lo general, superior a la de los trabajadores rurales. Ni tampoco el proceso de desarrollo capitalista crea una estructura de clases cada vez más polarizada que entrañe la existencia de dos clases internamente homogéneas. Por el contrario, existe una tendencia hacia un sistema diversificado de relaciones de clase. La complejidad de las relaciones de mercado originadas por la división del trabajo capitalista crea una variedad de intereses económicos diferentes, pero super-

<sup>11</sup> Ver mi *Politics and Sociology in the Thought of Max Weber* (Londres, 1972), pp. 34 ss.

<sup>12</sup> *Economy and Society*, vol. 1, pp. 110-11

puestos —como se sugiere en la formulación de Weber de las *Erwerbsklassen*. El modelo de clases de Weber, que supone la posibilidad de niveles importantes de diferenciación de clase dentro de la categoría de los «no propietarios», tiene una significación particular para esta cuestión. En la medida en que ciertos grupos de trabajadores manuales se unen, a través de sus sindicatos, para monopolizar, o al menos controlar parcialmente el acceso a la posesión de determinadas cualificaciones negociables en el mercado, contribuyen a introducir fisuras en los intereses de clase de los niveles inferiores de la estructura de clases. Lo que es quizá incluso más importante, el aumento de la burocracia estimula un crecimiento progresivo de la proporción de trabajadores no manuales en el mercado de trabajo —trabajadores que ocupan puestos donde el reclutamiento se rige por la posesión de diversos grados de cualificación educativa. Esto crea un sector «de cuello blanco» en expansión, cuya situación de clase difiere sustancialmente de la de los trabajadores manuales.

En su estudio del concepto de clase, además de distinguir las puramente económicas *Besitzklassen* y *Erwerbsklassen*, se refiere también a lo que llama «clases sociales». Una clase social, en el sentido weberiano, está formada por un conjunto de situaciones de clase vinculadas entre sí por el hecho de que encierran posibilidades comunes de movilidad bien dentro de la profesión de los individuos o a través de las generaciones. Así, mientras un trabajador puede pasar de un trabajo manual no cualificado a otro semicualificado y el hijo de un trabajador no especializado puede llegar a ser un trabajador semiespecializado o quizá un trabajador especializado, las posibilidades de movilidad intra o intergeneracional hacia empleos no manuales son mucho más escasas. Aunque el concepto de «clase social» está relativamente poco desarrollado en los trabajos de Weber, sí tiene especial interés en relación con su modelo de desarrollo capitalista. Como él mismo señala, la noción de «clase social» está mucho más cerca de la de «grupo de status» que la concepción de clase puramente económica (aunque, al igual que sucede en la situación de clase económica, los individuos que se encuentran en la misma clase social no son necesariamente conscientes de este hecho). La noción de clase social es importante porque introduce un tema unificador dentro de la diversidad de las relaciones de clase que pueden derivarse de la identificación que hace Weber de la «situación de clase» con la «posición en el mercado». Si la última se aplica estrictamente, es posible distinguir una multiplicidad casi infinita de situaciones de clase. Pero una «clase social» existe sólo cuando estas situaciones de clase se unifican de

forma tal que crean un nexo común de intercambio social entre los individuos. En el capitalismo, Weber distingue cuatro grupos fundamentales de clases sociales: la clase de los trabajadores manuales, la pequeña burguesía; los trabajadores no propietarios de cuello blanco: «técnicos, varios tipos de empleados de cuello blanco, funcionarios de la administración —posiblemente con diferencias sociales considerables basadas en el coste de su formación—»; y los «privilegiados gracias a la propiedad y la educación»<sup>12</sup>. De estos grupos de clases sociales, los más significativos son la clase obrera, la «clase media» no propietaria y la «clase alta» propietaria. Weber coincide con Marx en que la categoría de los pequeños propietarios (*Kleinbürgertum*) tiende a restringirse progresivamente al aumentar el grado de madurez del capitalismo. El resultado de este proceso, sin embargo, no es por lo general, su «hundimiento en el proletariado», sino su absorción en la categoría cada vez más amplia de los trabajadores asalariados no manuales o manuales cualificados.

Insistir, por tanto, en que el modelo abstracto de clases de Weber es un modelo pluralista no significa sostener que no reconozca los lazos unificadores entre las numerosas combinaciones de intereses de clase que son posibles gracias a su concepción de la «situación de clase». Pero no cabe la menor duda de que su punto de vista enmienda drásticamente elementos importantes de la descripción de Marx de la tendencia típica del desarrollo de la estructura de clases capitalista. Incluso el modelo simplificado («clase social») de capitalismo difiere significativamente de la concepción marxiana al considerar a la «clase media» no propietaria como la categoría que tiende a expandirse más con el avance del capitalismo. Además, las clases sociales no constituyen necesariamente «comunidades», y pueden fragmentarse por divisiones de intereses que se derivan de diferencias en su posición en el mercado; y finalmente, como Weber demuestra en sus escritos históricos, la relación entre la estructura de clases y la esfera política es contingente.

La mayor parte de los escritos pormenorizados de Weber sobre las formas específicas del capitalismo de su época se centran en el caso de Alemania —un país en el que la confrontación entre un sistema agrario «feudal» y un naciente capitalismo industrial era mucho más aguda que en la mayoría de los otros países de la Europa occidental. Como Marx antes que él, Weber era absolutamente consciente de las diferencias que separaban el desarrollo social alemán del de Inglaterra y Francia. Al igual que Marx, con frecuencia utilizaba estos países como punto de referencia con los que comparar el

<sup>12</sup> *Ibid.*, p. 305.



«atraso» de Alemania; pero su valoración del significado de la transición de Alemania hacia la época moderna difiere considerablemente de la de su predecesor —y mientras que las ideas de Marx fueron, en conjunto, elaboradas con anterioridad a la unificación del país bajo la hegemonía prusiana, las de Weber parten de los residuos sociales y políticos de la formación del Estado nacional alemán integral.

La ascensión (¡y caída!) de Bismarck constituye para Weber el primer ejemplo de la significación independiente de lo «político» en comparación con lo «económico»). La unificación política del país se consiguió, no gracias a la dirección de los Estados alemanes «burgueses» más avanzados económicamente, sino como resultado de la política de poder bismarckiana que tenía su principal fuente de apoyo en los terratenientes *Junker* de la Prusia oriental. A continuación Alemania se convirtió en un período de tiempo muy rápido en un Estado totalmente industrializado sin llegar a convertirse en una «sociedad burguesa». Según su análisis, esta situación fue en gran parte el resultado del vacío político que produjo el gran éxito de la política de Bismarck después de que éste hubiera perdido el poder. Bismarck había debilitado sistemáticamente a los liberales, retrasado la educación política de la clase obrera al forzar a los socialdemócratas a permanecer al margen del marco constitucional del gobierno y, en general, había dejado al país huérfano de una dirección política capacitada. Así, a los ojos de Weber, era absurdo suponer —como hacían los marxistas más «vulgares» de la época— que el avance de la industrialización produciría inevitablemente la subida de la burguesía al poder. Por el contrario, los textos políticos weberianos desde principios de siglo en adelante constantemente vuelven sobre el tema de la continua subordinación de los elementos burgueses a los grupos de élite establecidos tradicionalmente.)

En este contexto, Weber consideraba como totalmente infundadas las esperanzas de alguno de los dirigentes del Partido socialdemócrata en el sentido de que una posterior evolución del capitalismo en Alemania conduciría en un futuro próximo a una «ruptura» o una crisis económica calamitosa que culminaría en un proceso de cambio revolucionario. En su opinión, el futuro inmediato de la clase obrera estaba necesariamente atado al de la burguesía. No se trataba, como Marx había esperado medio siglo antes, de que una revolución burguesa fuera seguida rápidamente por una proletaria: según Weber la clase obrera sólo podía asegurarse algún progreso real tanto en el aspecto económico como en el político dentro del marco de un orden burgués.) La aparición de una revolución socialista, como puso de relieve en sus escritos durante la revolución

de 1918-19, sólo podría conducir al establecimiento de un Estado burocrático osificado<sup>14</sup>. Para él, las esperanzas de los marxistas de que la burocracia estatal existente pudiera ser «aplastada» o transformada radicalmente por medio de una revolución política estaban completamente fuera de lugar. Una de las características esenciales de la burocracia, como Weber argumenta en sus textos más generales es que es «a prueba de fugas»: el intento de transformar una administración burocrática existente sólo sirve en último extremo para aumentar su poder.

### 3. Marx y Weber

Se puede decir que gran parte de la sociología de Max Weber constituye un ataque a la generalización marxista de que la lucha de clases forma el proceso dinámico principal del desarrollo de la sociedad. Este teorema es cuestionado por Weber, a nivel teórico, en dos aspectos principales: primero porque al considerar lo «político» como secundario y derivado, se exagera grandemente la importancia de las relaciones «económicas» dentro de la infraestructura de la organización social; segundo, porque no se acierta a reconocer el papel que han desempeñado en la historia las afiliaciones de status, creadas como bases para la formación de grupos mediante procesos que no dependen directamente de las relaciones de clase. Mientras que la mayoría de los autores posteriores —y en cierto modo el propio Weber especialmente en la medida en que pone en cuestión el «marxismo vulgar»— han considerado el segundo de estos puntos como el más importante, es el primero el que es más significativo, sobre todo en relación con la teoría del desarrollo capitalista.

El propio Weber aceptaba que es la «situación de clase» más que la «situación de status» lo que constituye «con mucho, el factor predominante» en el sistema de relaciones originado por el capitalismo moderno<sup>15</sup>. Reconocía que el capitalismo moderno es una «sociedad clasista» en dos sentidos: en que amplía vastamente el ámbito de operaciones del mercado más allá de lo que es característico en las formas anteriores de sociedad; y en que es un sistema que se basa en las relaciones entre el capital y el trabajo asalariado «libre». Pero su interpretación difiere de la de Marx en relación a la conexión entre

<sup>14</sup> Ver Wolfgang I. Mommsen, *Max Weber und die deutsche Politik, 1890-1920* (Tübinga, 1959), pp. 280-304.

<sup>15</sup> *Economy and Society*, vol. 2. pp. 930 ss.

estos aspectos. El elemento fundamental del (moderno) capitalismo no es su carácter clasista; la «ruptura» decisiva que separa el capitalismo del orden tradicional precedente es el carácter racionalizado de la empresa productiva capitalista, un fenómeno que permanece íntegro en cualquier forma de socialismo que pueda sustituir a la sociedad capitalista. El desarrollo de las relaciones de clase entre el capital y el trabajo asalariado que ciertamente presupone la expropiación del trabajador de un control directo de sus medios de producción, es sintomático de un proceso mucho más amplio, en vez de constituir el rasgo central de la nueva forma de sociedad que reemplaza al feudalismo.

Los textos de Marx sobre la naturaleza de las relaciones entre el Estado y la sociedad contienen una ambigüedad definida. (Por una parte, se plantea que el Estado no es más que el vehículo mediante el cual se realizan los intereses de la clase dominante: el Estado es únicamente un órgano de dominación de clase. Por otra, muchos de los comentarios de Marx sobre el Estado capitalista demuestran una conciencia de la importancia administrativa del Estado como «supervisor» de las operaciones de la producción capitalista.) La ambigüedad no es tan señalada como inicialmente podría pensarse, ya que es obvio que desea expresar que las propias funciones administrativas del Estado capitalista al asegurar el cumplimiento de las obligaciones contractuales de las que depende el trabajo en el mercado libre, son de importancia vital para el mantenimiento de las relaciones de clase entre el capital y el trabajo asalariado; el Estado proporciona un marco cohesivo para la estructura de clases inherente al modo de producción capitalista. (Pero, sin embargo, existe una diferencia de peso, que Marx nunca analiza coherentemente, entre la concepción 1) de que el Estado es, en un sentido directo, el instrumento de la dominación de clase y que, por tanto, la mayoría de sus características organizativas dependen del sistema capitalista de relaciones de clase, y 2) que el Estado es un órgano coordinador responsable de la totalidad de las operaciones administrativas de la sociedad dentro de la cual la relación de dominación de clase pertenece a la esfera económica «separada».) La teoría de la burocracia tiene una importancia focal a este respecto y la especial importancia de la utilización, por parte de Weber, de un modelo «político» en vez de «económico» se aclara, en gran parte, al comparar sus opiniones en esta materia con las de Marx.

En sus diversos escritos sobre la burocracia, Marx sin ninguna duda da más importancia a la primera de estas concepciones. (El Estado burocrático se describe como un desarrollo «parasitario» de la sociedad, como una expresión de la dominación de clase de la

burguesía, destinado, por tanto, a desaparecer cuando sea superada la sociedad clasista. Esta es, en realidad, la causa de que no haya en su obra nada más que una rudimentaria teoría de la burocracia, derivada de una simple «inversión» de la concepción hegeliana de la burocracia estatal como «clase universal». Mientras que Hegel argumenta que la burocracia representa los intereses generales de la comunidad frente a los intereses egoístas de la sociedad civil, Marx sostiene que el Estado burocrático es una manifestación de los intereses sectoriales de la clase dominante. De lo que se desprende que el «problema burocrático» se resuelve como un elemento de la desaparición de las clases y no exige un análisis especial. El punto de vista de Weber, por otra parte, insiste fundamentalmente en la segunda concepción antes mencionada: el Estado burocrático ofrece un paradigma de la forma típica de organización social que aparece con el nacimiento del capitalismo. Las relaciones de clase propias del capitalismo no son el factor determinante: la forma administrativa ejemplificada en el Estado burocrático constituye el marco que necesita la empresa económica «racionalizada». Weber no niega que la actividad del mercado capitalista, si se le permite funcionar «sin ninguna traba», actúa en favor del capital; pero la transformación de esta situación mediante la abolición de la propiedad privada de los medios de producción, no puede proporcionar los medios para la transformación total de la sociedad vislumbrada por Marx.

## Capítulo 3

### ALGUNAS TEORIAS POSTERIORES

#### 1. Dahrendorf: Las clases en la sociedad post-capitalista

La teoría de Dahrendorf sobre las clases y el conflicto de clases tal como está planteada especialmente en su *Las clases y su conflicto en la sociedad industrial*, se ocupa de temas previamente desarrollados por Geiger y otros, pero elaborados de manera diferente. Si bien expresa sus ideas en forma de una «crítica positiva» de Marx, finalmente alcanza una posición teórica que se desvía en aspectos muy importantes de la planteada por ese pensador<sup>1</sup>. Como Geiger (y por supuesto, Weber antes que él), Dahrendorf ofrece dos conjuntos relacionados de críticas de Marx, que se refieren a supuestas debilidades conceptuales en la noción de este autor de las «clases» y de los «conflictos de clases», por una parte, y en su modelo (abstracto) de desarrollo capitalista, por otra.

Según Dahrendorf, las obras de Marx se basan en una fusión ilegítima de elementos «sociológicos» y «filosóficos». Debemos establecer una estricta diferenciación entre aquellas proposiciones de Marx que, (en opinión de Dahrendorf, son «empíricas y falsables» y las que pertenecen a la «filosofía de la historia»). Proposiciones como que «el conflicto de clases origina el cambio social» pertene-

<sup>1</sup> La edición alemana de *Las clases y su conflicto* fue publicada en 1957. Ver también, Dahrendorf, *Marx in Perspektive die Idee des Gerechten im Denken von Karl Marx* (Hanover, 1953, tesis doctoral)

cen al primer tipo, mientras afirmaciones como «la sociedad capitalista es la última sociedad de clases de la historia», o el «socialismo conduce a una completa realización de la libertad humana» no son susceptibles de verificación o falsación a partir de los hechos<sup>2</sup>. La tarea del sociólogo es escoger las ideas de Marx que pueden incorporarse a una teoría empíricamente verificable de las clases.

En opinión de Dahrendorf, la conjunción de elementos «sociológicos» y «filosóficos» en los textos de Marx sirve para enmascarar una debilidad fundamental en la conexión que establece entre las clases y la propiedad privada. La «propiedad» se puede concebir de dos maneras: en un sentido amplio, como *control* de los medios de producción, sin tener en cuenta el modo específico en que se ejerce ese control, o, en un sentido más estricto, como el derecho de propiedad reconocido legalmente. La «propiedad» no es *aquello* que se posee, sino que se refiere a los derechos relacionados con el objeto. En el sentido amplio de propiedad, estos derechos están definidos de una forma general, y de aquí que se pueda afirmar que la propiedad es un «caso especial de autoridad». En este sentido, el gerente de una empresa industrial en una sociedad en la que se ha abolido la propiedad privada del capital, en la medida en que tiene un *control* directivo de la empresa, se puede decir que ejerce «derechos de propiedad». En el sentido más estricto, en cambio, la autoridad es un «caso especial de propiedad»: por ejemplo, la estructura de autoridad de la empresa depende de «quién posea los medios de producción» en sentido legal. Según Dahrendorf, el análisis de las clases y de la propiedad privada de Marx se refiere a esto último, a esta definición «estricta» de la «propiedad». La existencia de clases y, en consecuencia, la desaparición de las clases en la sociedad socialista, en la formulación de Marx, va unida a las condiciones sociales en las que el título legal de la propiedad se encuentra en manos de una minoría de individuos. En una sociedad en la que esté aboñida la posesión legal de la propiedad por individuos privados no pueden existir —por definición— clases.

Únicamente porque Marx emplea el concepto estricto de propiedad, puede integrar, de una manera al parecer plausible, los aspectos «sociológicos» con los «filosóficos» de su teoría:

Afirmando que las clases dependen de las relaciones de dominio y subordinación, y que esas relaciones dependen de la posesión o de la exclusión del capital efectivo privado convierte, por una parte, a la propiedad en el terreno empírico, y a las clases sociales en el terreno filosófico, por otra, en el factor central de su

<sup>2</sup> *Class and Class Conflict*, pp. 28 ss

análisis. Se puede rastrear paso a paso el proceso de pensamiento al que Marx ha sucumbido en este punto. No es el proceso intelectual del científico que busca sólo un conocimiento fragmentario y espera un progreso sólo fragmentario, sino el de un constructor de sistemas que de pronto se encuentra con que todo ajusta. Pues si la propiedad privada desaparece (hipótesis empírica), entonces ya no existen clases (truco de definición). Si ya no existen clases, no hay alienación (postulado especulativo). El reino de la libertad se realiza sobre la tierra (idea filosófica).<sup>3</sup>

Las confusiones inherentes a este razonamiento descalifican la concepción de clases de Marx, en su formulación originaria como esquema viable para el análisis de la estructura de clases de las sociedades modernas. Esto se demuestra además por la inadecuación del análisis marxiano frente a los cambios que han afectado al capitalismo desde finales del siglo XIX. El «capitalismo», tal como Marx lo conoció, se ha transformado: pero no a través de un proceso revolucionario, ni tampoco en la dirección que él profetizó. Aquí Dahrendorf introduce el concepto de «sociedad industrial», de la que el capitalismo es sólo un subtipo. El capitalismo es esa forma de sociedad industrial que se distingue por la coincidencia de la posesión legal de la propiedad privada y el *control* efectivo de los medios de producción en manos del empresario. En este tipo de sociedad, los dos sentidos de la «propiedad» se superponen uno al otro —lo que explica la incapacidad de Marx para distinguirlos en el nivel teórico. La forma moderna de sociedad no conserva ya esta característica, y por ello es bastante diferente del capitalismo como Marx lo conoció: si bien se trata todavía de una «sociedad industrial», es también una sociedad «post-capitalista».

Dahrendorf enumera los siguientes cambios como los más significativos en la transformación del capitalismo:

1) La descomposición del capital. Aunque, en el tercer volumen de *El capital*, Marx estudia el crecimiento de las sociedades anónimas y la «irrelevancia funcional del capitalista», no fue capaz de discernir su verdadero significado. En opinión de Dahrendorf, éste ha de ser entendido como un proceso de diferenciación de roles, la categoría general del «capitalista» se ha dividido en las dos categorías del «accionista» y el «gerente». Este proceso no representa un enclave socialista dentro del capitalismo; más bien constituye una separación progresiva de las dos formas de «propiedad» que estuvieron temporalmente unidas en la sociedad capitalista. La autoridad del ejecutivo empresarial no se basa en derechos legales de propiedad. (Dado

<sup>3</sup> *Ibid.*, pp. 30-1

que los intereses de los gerentes no son totalmente convergentes con los de los accionistas, se desprende que el resultado real del desarrollo de las sociedades anónimas es la fragmentación de la «clase capitalista» unitaria.

2) La descomposición del trabajo. Marx sostiene que la mecanización que lleva consigo la creciente madurez de la producción capitalista conduce a la eliminación del trabajo cualificado y así al aumento de la homogeneidad interna de la clase obrera. En realidad esto no ha sucedido. Por el contrario, se ha tendido hacia el mantenimiento, e incluso el aumento, del trabajo cualificado; y la categoría de los «semi-cualificados» se ha introducido entre la de los cualificados y la de los no cualificados. Lejos de ser cada vez más homogénea, la clase obrera se ha diversificado cada vez más: las diferencias en el grado de cualificación sirven de base para divisiones de intereses que trascienden la unidad de la clase como un todo. Así, la diferenciación interna en los niveles inferiores de la sociedad post-capitalista complementa lo que ocurre en los escalones más altos con la descomposición de la clase capitalista.

3) El crecimiento de una «nueva clase media». La expansión de las ocupaciones administrativas y no manuales es de nuevo un fenómeno no previsto por Marx. Pero mientras que la descomposición del capital y del trabajo asalariado es una consecuencia de los cambios sociales que han disgregado a estas clases anteriormente coherentes, «la "nueva clase media" nació en estado de descomposición»<sup>4</sup>. La llamada nueva clase media, según Dahrendorf, no es, en realidad, una clase diferente en absoluto, sino que está formada por dos sectores: los trabajadores que forman parte de una cadena administrativa de autoridad («burócratas»), y los que ocupan posiciones fuera de tales jerarquías (como los dependientes de comercio). El burócrata, ya esté situado en un nivel alto o bajo, participa del ejercicio de la autoridad y así su posición está directamente relacionada con la de los grupos dominantes en la sociedad; los trabajadores que pertenecen al segundo tipo de situación, por otra parte, están más cerca de la posición de los trabajadores manuales. Pero estos dos sectores de la «nueva clase media» se suman, por tanto, a la diversificación en la estructura de la sociedad post-capitalista ya implícita en los procesos gemelos de descomposición del capitalismo y de la clase obrera.

4) El aumento en los índices de movilidad social, que Dahrendorf considera como una de las características principales de la sociedad industrial. Los efectos de una amplia movilidad inter e intra-

<sup>4</sup> *Ibid.*, p. 56.



generacional son dobles. Primero, sirve para disminuir las fronteras entre las clases, y corroe así las rígidas barreras que, de otra forma, pudieran haberse alzado entre ellas. Segundo, la existencia de altos índices de movilidad social sirve para convertir el conflicto de grupo en competencia individual.<sup>3</sup> Los antagonismos de grupo —conflictos de clases— se disuelven en una lucha competitiva entre individuos por posiciones de valor dentro del sistema ocupacional.

5) La consecución de los «derechos de ciudadanía», encarnados en el sufragio universal y en la legislación del bienestar, para grandes masas de población. Estos no son simples privilegios formales, sino que surten efectos reales al reducir las disparidades políticas y económicas que se encontraban en el capitalismo decimonónico. La previsión marxiana de una polarización entre la suerte económica del capital y la del trabajo asalariado es de nuevo bastante distinta de la tendencia real del desarrollo: «al institucionalizar ciertos derechos ciudadanos, la sociedad post-capitalista ha desarrollado un tipo de estructura social que excluye tanto la forma "absoluta" como muchas formas más moderadas del privilegio y la privación»<sup>4</sup>.

6) La «institucionalización del conflicto de clases» mediante procedimientos reconocidos de arbitraje industrial. El reconocimiento del derecho de huelga, junto con la existencia de métodos mutuamente aceptados para resolver las diferencias, han tenido como consecuencia confinar los conflictos a la esfera de la propia industria, evitando que se conviertan en conflictos de clases.

Estos cambios sólo pueden entenderse correctamente si se abandona el punto de vista marxiano ortodoxo. Sin embargo, Dahrendorf afirma que deben mantenerse ciertos elementos de la concepción de Marx. El más importante se refiere a su insistencia en que cada sociedad (clasista) lleva dentro de sí conflictos que crean una presión hacia un cambio interno: existe una conexión inherente entre conflicto y cambio. En segundo lugar, Marx supone, con razón, que el conflicto social debe entenderse en términos de un modelo bipartidista: una teoría del conflicto de clase debe basarse en el reconocimiento de que, en cualquier situación de antagonismo, la lucha se desarrolla entre dos clases fundamentales. Si bien pueden existir coaliciones, hay siempre dos posiciones principales en una

<sup>3</sup> Ver Dahrendorf, *Conflict after class*, Conferencia Noel Buxton (Essex, 1967).

<sup>4</sup> *Class and Class Conflict*, p. 62. Aquí, como en otras partes del libro, empleo el adjetivo «marxiano» con referencia a lo que considero las ideas y contribuciones propias de Marx; usaré los términos «marxista» y «marxismo» para referirme genéricamente a los escritos de autores posteriores que se autoconfiesan seguidores de Marx.

situación en conflicto. Pero una vez aceptadas estas características formales del modelo de Marx, Dahrendorf repudia explícitamente la mayor parte del contenido sustantivo de la visión marxiana. La concepción de clase de Marx, como noción «sociológica» y como noción «filosófica», está ligada a la fusión que hace de los dos sentidos de la «propiedad». Si la parte «sociológica» de esta conjunción tiene alguna validez, ésta se limita al capitalismo europeo del siglo XIX. En su teoría de la historia, Marx universaliza una característica particular —la conexión entre la propiedad privada (en sentido estricto) y el control autoritario (en sentido amplio) que se daba en el siglo XIX. Una teoría de las clases y del conflicto de clases más apropiada, sugiere Dahrendorf, debe invertir esta relación. Esto es, más que definir la clase en términos de posesión de propiedad privada (concebida estrictamente), la relación entre propiedad privada y autoridad, a la que tanta importancia da Marx, debe considerarse como un caso especial de una relación mucho más amplia entre clase y autoridad. La «propiedad privada» de Marx debe entenderse sólo como un específico de unos derechos autoritarios de control más generales. La «clase», por tanto, debe definirse en términos de relaciones de autoridad: más que posesión contra no posesión de propiedad, la clase debe referirse a *posesión o exclusión de la autoridad*.

en toda organización social se confía a ciertas posiciones el derecho de ejercer control sobre otras posiciones a fin de asegurar una coerción efectiva... en otras palabras... existe una distribución diferencial del poder y la autoridad... esta distribución diferencial de la autoridad se convierte invariablemente en el factor determinante de conflictos sociales sistemáticos de un tipo que es afín al conflicto de clases en el sentido tradicional (marxiano) del término. El origen estructural de semejantes conflictos entre grupos debe buscarse en la distribución de roles sociales dotados de posibilidades de dominio y subordinación <sup>7</sup>.

La «autoridad», según Weber, se define como el derecho legítimo a dar órdenes a otros: la «dominación» representa la posesión de esos derechos, mientras que la «subordinación» es la exclusión de los mismos. Dentro de «asociaciones coordinadas imperativamente» —esto es, grupos que poseen una estructura de autoridad definida (por ejemplo, el Estado, una empresa industrial)— la posesión de la autoridad y la exclusión de la misma originan intereses opuestos. Esos intereses pueden no ser percibidos por los afectados: un «cuasi-grupo», en la terminología de Dahrendorf, es cualquier colectividad cuyos miembros comparten intereses latentes, pero que

<sup>7</sup> *Ibid.*, p. 165

no se organizan para la consecución de los mismos. Donde una colectividad se organiza con este propósito se convierte en un «grupo de intereses».

La utilidad de este *esquema*, en opinión de Dahrendorf, no se limita a su aplicación a las sociedades post-capitalistas: se puede utilizar también para explicar las características de la estructura de clases del capitalismo tal como fue descrito, en términos diferentes, por Marx. Así, se puede decir que el desarrollo de la empresa capitalista decimonónica ha estimulado el nacimiento de dos cuasigrupos, el capital y el trabajo. El carácter específico de la sociedad capitalista, sin embargo, se deriva del hecho de que los conflictos industriales y políticos quedaban «superpuestos». El conflicto entre el capital y el trabajo no quedaba confinado a la industria, sino que se extendía a la esfera política, dado que la autoridad política estaba muy cerca de la dominación económica. Como resultado de esta superposición de las divisiones de intereses, el conflicto de clases se convertía en algo particularmente intenso cuando empezaban a formarse grupos de intereses organizados para representar las reivindicaciones divergentes del capital y del trabajo asalariado. Pero la misma aparición de estos grupos de intereses y los cambios concretos que han contribuido a producir han minado la posibilidad del levantamiento revolucionario previsto por Marx.<sup>8</sup>

Con arreglo al esquema conceptual de Dahrendorf se deduce que la sociedad «post-capitalista» es necesariamente una sociedad clasista. Pero, no menos evidentemente, su sistema de clases es muy diferente del que es propio del capitalismo. (El más significativo de los diversos cambios mediante los que Dahrendorf trata de distinguir el «capitalismo» del «post-capitalismo» es la separación institucional de los conflictos industrial y político —un fenómeno que se deriva de la institucionalización de la negociación colectiva en la industria y de la consecución del sufragio universal en la esfera política.) Esto se manifiesta en que el conflicto industrial, generalmente, no tiene repercusiones directas sobre la acción política. Según Dahrendorf, «la noción de un partido obrero ha perdido su significado político».<sup>9</sup> No existe una conexión integral entre los sindicatos y los partidos «de los trabajadores» en los países occidentales: aquellos lazos que todavía existen son simplemente un residuo de la tradición. Lo mismo ocurre en los niveles superiores. La posición de autoridad que

<sup>8</sup> Dahrendorf reconoce, sin embargo, que «Los cambios que separan a las sociedades capitalista y postcapitalista no se deben enteramente a los efectos del conflicto de clase, ni han sido simplemente cambios en las pautas de conflicto» (*ibid.*, pp. 245-6)

<sup>9</sup> *Ibid.*, p. 275

ocupa el gerente de una empresa no implica una influencia política directa, esta última se sitúa independiente de las relaciones propias de la esfera industrial.

## 2. Aron: La sociedad industrial

Los diversos escritos de Aron sobre el desarrollo de la «sociedad industrial» tienen por motivo principal no tanto una crítica de Marx como una valoración comparativa de Marx y Tocqueville<sup>10</sup>. Tocqueville, de acuerdo con Saint-Simon, desde luego, veía el nuevo orden social que nacía en la Europa post-feudal no como el establecimiento de un nuevo conjunto de clases en conflicto, sino como el desarrollo de tendencias hacia la democratización y la nivelación. ¿Hasta qué punto el desarrollo de la sociedad a partir del siglo XIX ha demostrado la visión de Marx, al tender hacia la polarización de clases y el crecimiento de la intensidad de los conflictos de clases? Y, alternativamente, ¿hasta qué punto se ha realizado la previsión de Tocqueville de un crecimiento en la diferenciación social acompañado de un impulso progresivo hacia la liquidación de las desigualdades?

Estas cuestiones no se pueden responder, pone de relieve Aron, sin tener en cuenta el hecho de que han existido dos «camino» del desarrollo social en el mundo moderno —uno limitado a la evolución interna del propio capitalismo y otro, aunque no originado dentro de las sociedades capitalistas avanzadas, que pretende representar una superación del capitalismo. El contraste entre estas dos formas de sociedad, la capitalista y la socialista, no se puede entender, no obstante, sin reconocer que ambas comparten ciertos elementos comunes importantes como tipos de sociedad industrial. La definición abstracta más simple de «sociedad industrial» implica tres características principales: que la más amplia mayoría de la fuerza de trabajo se concentra en los sectores secundario y terciario; que existe un impulso constante en contraste con el carácter relativamente estático de las sociedades tradicionales hacia la expansión de la productividad, y en consecuencia, que existe un rápido incremento del índice de innovación tecnológica<sup>11</sup>. Si se adopta esta definición elemental de sociedad industrial, argumenta Aron, se dedu-

<sup>10</sup> Raymond Aron. *Democracy and Totalitarianism* (Londres, 1968); *18 Lectures on Industrial Society* (Londres, 1968); *Progress and Disillusion* (Nueva York, 1968); y especialmente *La lutte des classes* (París, 1964).

<sup>11</sup> *La lutte des classes*, pp. 22-3, cf. también *18 Lectures on Industrial Society*, pp. 73-6.

ce que ciertas fórmulas del análisis de Marx del capitalismo son también aplicables a las sociedades socialistas contemporáneas o a las sociedades de «tipo soviético».

Marx consideraba que una de las principales características del capitalismo era la acumulación de capital. Sabemos en la actualidad, por la evidencia de los hechos, que esto es una característica de toda sociedad industrial hasta el extremo de que éstas, obsesionadas por la ansiedad de aumentar la producción, se ven obligadas a invertir un volumen cada vez mayor de capital en maquinaria. De la misma manera, Marx consideraba que el trabajador estaba explotado porque no recibía en forma de salario la totalidad del valor producido por su trabajo. Pero, con independencia del régimen, esto es evidentemente necesario dado que una proporción del valor que crea debe ser reinvertida... En ambas sociedades (capitalistas y socialistas) ciertos individuos gozan de privilegios: esto es, reciben unos ingresos más altos que los de los trabajadores que se encuentran en el extremo inferior de la escala jerárquica. El fenómeno de la acumulación de capital o de la «explotación» es algo común a ambos tipos de sociedad industrial y no una característica de uno de ellos en contraste con el otro <sup>12</sup>

Esta «explotación» del trabajador se da en sociedades comprometidas con los ideales del igualitarismo democrático. Todas las sociedades industriales contemporáneas proclaman el gobierno del «hombre común»; pero al mismo tiempo originan desigualdades que contradicen los ideales que profesan. Pero esta «contradicción» se encuentra más próxima de lo que puede vislumbrarse en ciertas ideas de Tocqueville que de las derivadas de Marx.

Al igual que Dahrendorf, Aron distingue dos aspectos en la teoría de las clases de Marx: «las proposiciones fácticas» y «las proposiciones filosóficas» que se encuentran mezcladas en sus obras. Sólo las afirmaciones fácticas —por ejemplo «el sufrimiento material y moral de la clase obrera se acentúa y como consecuencia de esta situación los trabajadores se hacen más revolucionarios»<sup>13</sup>— se pueden examinar en relación con los desarrollos empíricos perceptibles que han ocurrido en la sociedad desde la época de Marx y son necesariamente de un orden diferente a las afirmaciones que expresan una filosofía metafísica de la historia. Esta distinción se relaciona directamente con el concepto de clase de Marx, pues existen, según Aron, dos definiciones de «clase» en este autor. La primera es la que considera la «clase» como algo referente al lugar que ocupa un grupo de individuos en el proceso de producción, una conceptualización que puede ser aceptada por un sociólogo no marxista. La segunda, sin embargo, liga la noción de cla-

<sup>12</sup> *La lutte des classes*, pp. 23-4

<sup>13</sup> *Ibid.*, pp. 51-2.

se a objetivos (irrealizables), tales como que la «dominación del hombre por el hombre» puede ser trascendida con la superación del capitalismo por el socialismo —concepciones que no pueden aceptarse a menos que se compartan *en su totalidad* las teorías de Marx. Es la conjunción de estos dos elementos en la obra de Marx, insiste Aron, lo que ayuda a explicar la continua fascinación de los pensadores sociales por la noción de clase. Pero esto está, a su vez, unido a la atracción que el marxismo ejerce por sí mismo, un fenómeno que Aron explica en términos «tocquevillianos». Las sociedades modernas en la medida en que son «democráticas», están expuestas a la «contradicción» entre su profesión de fe en la igualdad de los hombres y las manifiestas desigualdades políticas y económicas que existen entre ellos. «Las democracias industriales proclaman la igualdad de los individuos, en el trabajo y en el campo de la política. Ahora bien, en realidad, existe una gran desigualdad en los ingresos y en los modos de vida»<sup>14</sup>. La constante tensión entre el ideal y la realidad, y la visión de una sociedad en la que esto desaparece —mediante la acción revolucionaria de una clase despojada— explica el apasionado compromiso que el marxismo puede estimular.

Se deduce de esto, para Aron, que si bien las ideas de Marx expresan algunas de las aspiraciones producidas por esta tensión inherente a la sociedad industrial, no proporcionan un análisis satisfactorio de sus orígenes —incluso si nos olvidamos de la «filosofía de la historia» de Marx y nos limitamos a sus «proposiciones fácticas» sobre las clases y el conflicto de clases. La teoría de las clases de Marx, sugiere Aron, se basa principalmente en observaciones referentes sobre todo al proletariado, la «clase *par excellence*». En la Europa del siglo XIX, durante las primeras fases de la industrialización, el proletariado, excluido del poder político, trabajaba y vivía en unas circunstancias uniformemente degradantes, y aparecía como el modelo de una clase oprimida. Pero ninguna otra clase se ajusta a los criterios característicos que Marx trataba de aplicar. La «burguesía», por ejemplo, nunca ha sido un grupo tan claramente identificable, si se lo define como integrado por todos los que se encuentran por encima de la categoría (no claramente delimitada) del «pequeño propietario». Según Aron, cualquier teoría de las clases debe enfrentarse con el carácter indefinido de la propia realidad social: las «clases» son en muy pocas ocasiones unos grupos tan diferenciados y tan claramente identificables como lo era el proletariado del siglo XIX. La ambigüedad de los estudios conceptuales sobre las clases a partir de Marx refleja una condición

<sup>14</sup> *Ibid.*, p. 95

verdadera de la realidad. Esta «incertidumbre en la realidad social», afirma Aron, debe «ser el punto de partida de cualquier investigación sobre las clases sociales»<sup>15</sup>. Los sociólogos occidentales han estado obsesionados con los problemas de las clases, pero han sido incapaces de llegar a una definición aceptable de este fenómeno. La paradoja se resuelve en términos del análisis precedente: las sociedades industriales (de ambos tipos, capitalistas y socialistas) continuamente engendran desigualdades al tiempo que eliminan muchas de las formas de discriminación manifiesta que caracterizaban a tipos anteriores de sociedad que no estaban influidos por las ideas democráticas. Las relaciones de desigualdad, consagradas legalmente, por ejemplo, las que existían en los estamentos medievales, han sido abolidas; las estructuras jerárquicas de las sociedades industriales son más fluidas y están delimitadas con menos claridad. Más aún, estas estructuras son de un género complejo que implica una multiplicidad de fenómenos.

Bajo estas condiciones, por tanto, se pregunta Aron, ¿podemos hablar de la existencia de clases diferenciadas? Existen tres conjuntos de circunstancias en los que *no* podemos hacerlo: 1) Cuando el principio fundamental de la diferenciación jerárquica no es económico, sino religioso o racial. 2) Cuando el destino o las «oportunidades vitales» del individuo no dependen fundamentalmente del grupo al que pertenece dentro de la sociedad, sino exclusivamente de sí mismo: en otras palabras, cuando prevalece algo muy parecido a una total igualdad de oportunidades. 3) Cuando las condiciones socio-económicas de cada uno son fundamentalmente similares. Ninguno de estos tres conjuntos de circunstancias se da en el contexto de las sociedades industriales y en consecuencia «no es legítimo hablar de clases sociales, categorías socio-económicas (*ensembles*) definidas por una pluralidad de criterios y que constituyen grupos más o menos reales dentro de la totalidad de la sociedad»<sup>16</sup>. La equivocación «más o menos real» es deliberada. Si las clases constituyeran, como dio a entender Marx, grupos claramente definidos que producen normalmente una conciencia de unidad de clase, no existiría problema alguno. Pero de las cuatro clases principales que son reconocidas frecuentemente por los sociólogos como existentes dentro de las sociedades capitalistas no hay ninguna que tenga una forma claramente definida. La «burguesía» no «es una unidad cohe-

<sup>15</sup> *Ibid.*, p. 78. Ver también Aron, «La classe comme représentation et comme volonté» en *Les classes sociales dans le monde d'aujourd'hui*, *Cahiers internationaux de sociologie* 38, 1963.

<sup>16</sup> *Ibid.*, p. 356.

rente»; la «clase media» (o, como se dice a menudo, «las clases medias») constituye «una especie de cajón de sastre» en el que se mete a los individuos que no encajan en ninguna otra clase; el «campesinado» a veces se describe como una clase única y en otras ocasiones se le considera como compuesto de dos clases en relación con la posesión de propiedad (agricultores propietarios y trabajadores agrícolas). Incluso la clase obrera, que se aproxima más que ninguna otra a la noción de un grupo de clase unificado y distinguible, está lejos de ser una entidad homogénea si la consideramos tanto en función de criterios socio-económicos como de criterios de afiliación política.

Marx tenía razón, reconoce Aron, al pensar que las clases sólo se convierten en agentes importantes en la historia cuando manifiestan una conciencia de grupo unificada, expresada, especialmente, en el contexto de una lucha con otras clases. Si bien la clase obrera puede caracterizarse por unos objetivos compartidos y unos rasgos subjetivos, no manifiesta, en las modernas sociedades capitalistas, la forma de conciencia de clase necesaria para proporcionar el impulso que lleve a cabo un cambio fundamental de la sociedad. El papel del «mesianismo de clase», tal como se plantea en el marxismo, ha sido paradójico. Indudablemente ha desempeñado un papel esencial en la historia reciente y, en cierto sentido, se ha visto refrendado por los desarrollos sociales a partir de la época de Marx; pero al mismo tiempo ha quedado invalidado porque los que lo han adoptado, según la teoría, no deberían haberlo hecho. La influencia del marxismo, como catecismo organizativo político, ha estado en relación inversa al desarrollo capitalista. En conjunto, la clase obrera ha sido menos revolucionaria cuanto más avanzaban las fuerzas de producción capitalistas. El marxismo se ha convertido en una influencia promotora del proceso de industrialización en los países menos desarrollados más que en la expresión de las exigencias de una sociedad capitalista madura. Los países «socialistas» son los que han seguido un camino diferente hacia la sociedad industrial del adoptado por los países de la Europa occidental.

El desarrollo de la sociedad industrial, afirma Aron, debe entenderse en función de una distinción entre «etapas de crecimiento económico» y «modos de industrialización». En cada etapa de crecimiento económico encontramos el nacimiento de diferentes formas de «contradicción» que pueden resolverse según modos divergentes de control político y social. En la fase inicial de la industrialización, por ejemplo, es necesario promover una acumulación rápida del capital y de las inversiones, que sólo se puede lograr por algún tipo de régimen autoritario que reduzca el consumo de las grandes masas



de población. En este caso, la «contradicción» estriba en que el aumento de la (futura) prosperidad depende de la auto-abnegación de la generación presente. La forma adoptada por este fenómeno en el más temprano desarrollo del capitalismo en la Europa occidental difiere, sin embargo, sensiblemente de la que, legitimada dentro del marco del socialismo marxista, asumió en la Unión Soviética.

En una sociedad industrial desarrollada, ya sea «capitalista» o «socialista», la necesidad de una imposición autoritaria o forzosa de la abnegación sobre la población disminuye, pero el «dilema de Tocqueville» adquiere una importancia constantemente renovada: la nueva «contradicción» es la que existe entre la exigencia democrática de «nivelación» y la continua existencia de desigualdades.

### 3. Ossowski: Imágenes y conceptos de clase

En *Estructura de clases y conciencia social*, Ossowski intenta un examen general del criterio empleado, tanto en el pensamiento popular como en los análisis sociológicos más sistemáticos, para identificar las formas de «clases» (y las formas de «ausencia de clases»)<sup>17</sup> El lenguaje de «clases» señala Ossowski, está penetrado de metáforas espaciales que representan a la sociedad como un orden «vertical» de divisiones o de «capas» superpuestas. Pero esta representación vertical ha asumido una serie de tipos, y el objetivo de la obra de Ossowski es analizarlos.

El tipo más simple es la concepción «dicotómica» de la estructura de clases. La concepción de una división polarizada en dos clases principales dentro de la sociedad, demuestra Ossowski, aparece constantemente a lo largo de la historia. Existen tres modalidades principales en que se produce esta representación, que corresponden a las formas de privilegios según los que se distribuyen los beneficios: 1) Los «gobernantes y los gobernados»: una división de poder o de autoridad que se basa en una separación entre aquellos que mandan y aquellos que obedecen (la concepción de Dahrendorf de «clase», por supuesto, entra dentro de esta categoría). 2) Los «ricos y los pobres»: una diferenciación económica, que divide a los que poseen riqueza o propiedad de los que no la poseen. 3) Aquellos «para los que otros trabajan» y aquellos que forman las «clases trabajadoras»: una separación que resalta la *explotación* de un grupo por otro. Estas tres formas de representar una división

<sup>17</sup> Stanislaw Ossowski, *Class Structure in the Social Consciousness* (Londres, 1963).

de clases dicotómica no son, por supuesto, mutuamente excluyentes, aunque cuando se las encuentra juntas una de ellas tienda a ser considerada como dominante y determinante de las otras. La mayoría de los pensadores socialistas de los siglos XIX y XX, según Ossowski, han considerado la tercera categoría («explotación») como condicionante de una u otra de las dos primeras y, por consiguiente, han visto la abolición de la misma como el medio de eliminar las relaciones de clase explotadoras. Pero han existido excepciones importantes, entre ellas Saint-Simon. Dado que «la clase obrera» de Saint-Simon incluye a todos los «auténticos productores», tanto a los industriales como a los trabajadores asalariados sin propiedad su «sociedad sin clases» es bastante compatible con la existencia de importantes diferencias en el poder y en la riqueza<sup>18</sup>.

La existencia de «clases medias» se admite a veces en los esquemas dicotómicos, pero éstas se han considerado siempre como grupos secundarios, apéndices de uno u otro de los dos grupos principales de clases. Lo que Ossowski llama «esquemas de gradación», el segundo tipo principal de representación de la estructura de clase, difiere de las concepciones dicotómicas en que a una clase (o clases) media se la considera frecuentemente como la clase básica, estando determinada la posición de las otras clases por su relación con ella. En las formas dicotómicas de representación de las clases, por otra parte, cada clase se define en función de su dependencia respecto de la otra. En los esquemas de gradación, en cambio, la relación entre las clases es más de ordenamiento que de dependencia: esta especie de concepción se aplica normalmente de una forma más descriptiva que explicativa. Ossowski distingue dos tipos de esquema de gradación: el «simple» y el «sintético». En el primero, la representación de la estructura de clases se hace con arreglo a un criterio único, como la renta. Este era el caso, por ejemplo, de las categorías del censo romano: en la República, los ciudadanos se dividían según seis clases de renta. Los esquemas sintéticos implican un ordenamiento escalonado de clases similar, pero aplican una combinación de criterios para efectuar el escalonamiento. Esta es la concepción típica de la clase social, sugiere Ossowski, adoptada por la mayor parte de los sociólogos americanos contemporáneos. Así, los estudios de Warner, por ejemplo, muestran un esquema de gradación sintético que estima existen seis clases principales en la sociedad americana<sup>19</sup>.

<sup>18</sup> *Ibid.*, p. 27.

<sup>19</sup> W. L. Warner y P. S. Lunt, *The Social Life of a Modern Community* (New Haven, 1941).

La tercera forma principal de representación de las clases la llama Ossowski el «esquema funcional». En éste, la sociedad se considera dividida en grupos interrelacionados funcionalmente por la división del trabajo. Esta concepción reconoce, por lo general, la existencia de una pluralidad de clases; en vez de percibir las como grupos antagónicos, como suelen hacer las representaciones dicotómicas, o como un conjunto de divisiones escalonadas, como en los esquemas de gradación, las clases se consideran agentes interdependientes y cooperadores. Algunas interpretaciones sociológicas contemporáneas de los sistemas de clases son de esta especie: por ejemplo, las que identifican un conjunto de clases funcionalmente interdependientes, como los «gerentes», «los administrativos», los «trabajadores especializados», etc. —o, en un nivel más ideológico, la concepción de Stalin de «clases no antagónicas» en la Unión Soviética. Esas clases no se definen según una gradación uniforme basada en una escala: una clase dada difiere de una segunda en aspectos que son distintos de aquellos por los cuales la segunda clase difiere de una tercera.

La importancia de la teoría de las clases de Marx es que recoge elementos de los tres modos de representación de la estructura de clases en una teoría única y coherente: «los textos de Marx constituyen una especie de inmensa lente que concentra los rayos que proceden de diferentes direcciones y que es sensible tanto a la herencia de las pasadas generaciones como a los resortes creadores de la ciencia moderna»<sup>20</sup>. Los textos de Marx combinan el atractivo revolucionario inherente al esquema dicotómico con un análisis sistemático de otras propiedades de las relaciones de clase tal y como existían en las sociedades europeas contemporáneas de su época. La concepción dicotómica, según Ossowski, adquiere mayor relieve en los textos más propagandísticos de Marx, en los que trataba de potenciar el desarrollo de una conciencia revolucionaria. En sus escritos más académicos, sin embargo, se ve forzado a mitigar la claridad de la perspectiva dicotómica introduciendo clases «intermedias» y consigue llegar a una valoración descriptiva de las relaciones de clase en las sociedades históricas. Así, mientras, según Ossowski, las obras de Marx incorporan las tres principales formas de representar la estructura de clases —la dicotómica, los esquemas funcionales y de gradación— éstas están concebidas de una forma nueva, en función de la intersección de dos o más divisiones de clase dicotómicas<sup>21</sup>.

<sup>20</sup> Ossowski, *op. cit.*, p. 70.

<sup>21</sup> *Ibid.*, pp. 69 ss.

En los textos de Marx, por supuesto, las sociedades clasistas del presente se contraponen al orden sin clases del futuro. El concepto de «ausencia de clases» en realidad, señala Ossowski, tiene una historia tan larga como el de «clase». En la misma medida en que han variado las imágenes de las clases, así lo han hecho las nociones de ausencia de clases. En el mundo moderno, sin embargo, existen dos versiones de la ausencia de clases que son de especial importancia como ideologías políticas. Una de ellas simplemente supone un énfasis sobre el esquema funcional en tanto opuesto a cualquier otra modalidad competitiva de interpretar las relaciones de clase. A diferencia de los esquemas dicotómicos y de gradación, que subrayan la asimetría de las divisiones de clase, la concepción funcional implica la idea de que las clases se sustentan mutuamente. La insistencia en las conexiones funcionales, por tanto (como en la noción de «clases no antagónicas»), puede servir como forma de reducir el significado evidente de las divisiones de clase —no restando importancia a las desigualdades en la riqueza o el poder, sino poniendo de relieve la naturaleza cooperadora de las clases. Esta concepción difiere radicalmente de la versión de Marx de la «ausencia de clases», dado que esta última presupone una disolución mucho más profunda de las relaciones de clase. Pero lo que ha llegado realmente a predominar en la ideología política moderna es un desarrollo de la interpretación funcional de la ausencia de clases —y no sólo en las sociedades occidentales que profesan ideales democráticos liberales, sino también en los países socialistas que, nominalmente, hacen suyo el compromiso de alcanzar la sociedad sin clases de Marx.

La imagen americana de la «ausencia de clases no igualitaria», según Ossowski, se construye principalmente en torno a la noción de igualdad de oportunidades: cada uno, sin tener en cuenta sus orígenes, se supone que tiene la misma posibilidad, si posee la capacidad apropiada, de alcanzar los más altos puestos en el sistema ocupacional. La estructura de la sociedad soviética, como se refleja en la ortodoxia marxista, puede parecer bastante diferente. En realidad, existen grandes semejanzas:

El principio socialista de «a cada cual según sus necesidades» está en armonía con los dogmas del credo americano, que sostiene que cada hombre es dueño de su destino y que el status de un hombre queda establecido según sus méritos. El principio socialista permite concluir que existen oportunidades ilimitadas para el avance y la promoción sociales; lo que es similar al concepto americano de «movilidad social vertical». Los argumentos que se esgrimen contra la *uravnilovka* [igualdad de salarios] coinciden con los argumentos que aducen al otro lado

del Atlántico los que justifican la necesidad de la igualdad económica en una sociedad democrática<sup>22</sup>.

La principal diferencia entre los dos puntos de vista ideológicos, sugiere Ossowski, es que, según la opinión socialista, la «ausencia de clases no igualitaria» es sólo una fase temporal. Sin embargo, si bien el objetivo último es diferente, la distinción no es radical. Pues, de acuerdo con la teoría socialista, la transición a la «ausencia de clases igualitaria» ha de ser un proceso progresivo y no un proceso revolucionario —y la democracia liberal también prevee un continuo avance hacia una realización más completa del principio de igualdad de oportunidades.

La concepción de «ausencia de clases no igualitaria» comparte con cualquier esquema funcional una tendencia a apelar a los que desean defender un orden social existente. Las representaciones dicotómicas, por otra parte, con frecuencia tienen una connotación revolucionaria, dado que tienden a considerar las relaciones de clase como relaciones de carácter antagónico. Los esquemas de gradación, que son fundamentalmente descriptivos, son más neutrales que cualquiera de los otros dos. El hecho de que estos tres tipos de lenguaje reaparezcan a través de la historia y se encuentren tanto en el pensamiento ideológico como en las concepciones más sistemáticas de la sociología moderna, señala Ossowski, demuestra la ubicuidad de los intereses sociales que los originan. Esto no significa, sin embargo, que las formulaciones de la sociología puedan igualarse directamente a las imágenes populares de la estructura de clases. Antes al contrario, las concepciones más antiguas constituyen los antecedentes a partir de los que la preocupación por las clases como concepto sociológico pasó a dominar el pensamiento social desde finales del siglo XIX en adelante. La teoría de Marx, en especial, se basó en temas profundamente enraizados en la herencia cultural europea y relacionó el atractivo revolucionario de la concepción dicotómica con un análisis concreto de las relaciones de clase en el capitalismo decimonónico.

Pero como Dahrendorf y otros, Ossowski ve la importancia de la concepción de clase de Marx muy limitada a una forma de sociedad (por ejemplo, «el capitalismo primitivo») en la que el poder económico era la base de la organización social y política. Este tipo de sociedad, como anticipó Marx, resultó ser transitorio. Los cambios sociales que han ocurrido desde el siglo XIX, sin embargo, si bien en parte han sido modelados por las ideas de Marx se han

<sup>22</sup> *Ibid.*, p. 114.

apartado de la forma de desarrollo que él preveía. El socialismo, por una parte, se ha diferenciado del capitalismo porque no ha surgido, como creyó Marx, de este último; pero, en otro sentido, las dos formas de sociedad, la capitalista y la socialista, han evolucionado en una dirección similar. La concepción marxiana, en su formulación «clásica», no puede aplicarse hoy más provechosamente al análisis de la estructura de clases de las sociedades occidentales, que se han alejado mucho de una situación en la que la propiedad privada «gobierna», de lo que puede aplicarse a aquellas en que la propiedad privada ha sido formalmente abolida:

En situaciones en las que las autoridades políticas pueden abierta y eficazmente cambiar la estructura de clases; donde los privilegios que son más esenciales para el status social, incluyendo el de una mayor participación de la renta nacional, se otorgan por decisión de las autoridades políticas; donde una gran parte e incluso la mayoría de la población está incluida en una estratificación del tipo de la que se encuentra en una jerarquía burocrática —el concepto decimonónico de clase se hace más o menos anacrónico y los conflictos de clases dan paso a otras formas de antagonismo social<sup>23</sup>

<sup>23</sup> *Ibid.*, p. 184.

## Capítulo 4

### LOS CRITICOS DE MARX: UNA CRITICA

#### 1. Los críticos recientes

«Durante los ochenta últimos años», como ha señalado Bottomore, la teoría de las clases de Marx «ha sido objeto de una crítica despiadada...»<sup>1</sup>. Las obras de autores recientes como Dahrendorf, Aron y Ossowski, son en cierto sentido sólo la punta del iceberg. Pocas de las ideas desarrolladas en sus obras se refieren a materias que no tengan una larga tradición en la literatura crítica, que se remonta a la generación weberiana de «críticos de Marx». Por otra parte, gran parte de esta literatura es repetitiva y las contribuciones de los tres autores antes mencionados pueden considerarse como el resumen más significativo de las críticas más importantes de las ideas de Marx que se han desarrollado desde Weber. Como he subrayado al principio de este libro, existen dos cuestiones relacionadas en las obras de los que se ocupan de los análisis de Marx sobre las clases y el conflicto de clases: una se refiere a la validez de la interpretación de Marx del desarrollo o tendencia de la evolución del capitalismo y la otra a una crítica conceptual más abstracta de su noción de clase. Dado que están necesariamente relacionadas, no es ni conveniente ni posible separarlas por completo. Pero el problema del desarrollo capitalista sí plantea dificultades especiales

<sup>1</sup> T. B. Bottomore, *Classes in Modern Society* (Londres, 1966), p. 21

que se estudiarán en un capítulo posterior; en este capítulo nos ocuparemos principalmente de las críticas conceptuales de Marx.

La teoría de las clases de Marx, como los tres autores señalan, fue formulada en el contexto de una concepción de la *Praxis* política. Es evidente que sus escritos no pueden considerarse como un ejercicio puramente académico de interpretación social: no sólo están concebidos con una finalidad práctica, sino que posteriormente han ejercido una tremenda influencia política e ideológica en la sociedad. Estos factores, según los críticos de Marx, han dificultado tanto una adecuada exposición de sus propias ideas, pues las exhortaciones revolucionarias se confunden con los análisis razonados, como oscurecido la cuestión de la validez de su teoría, porque esta teoría se ha convertido en sí misma en un «hecho social». La situación se complica, como Dahrendorf puntualiza con firmeza, por la pesada capa de elementos «filosóficos» que permitió a Marx integrar sus estudios más concretos sobre las clases en su teoría de la superación del capitalismo por el socialismo. Es interesante señalar, sin embargo, que estos mismos factores han sido juzgados con frecuencia por los que simpatizan con Marx como una razón fundamental para defender su teoría. Se argumenta que la fuerza principal del punto de vista marxiano, que le separa de la «ciencia social académica», es su fusión de la teoría y la práctica. El marxismo, se dice, es un método más que un conjunto rígido de generalizaciones y hallazgos. En consecuencia, la «validez» de las ideas de Marx ha de juzgarse en términos de su éxito en la *praxis*<sup>2</sup>. Los aspectos «filosóficos» de la teoría de las clases de Marx son, desde esta perspectiva, una parte necesaria de su carácter de análisis y crítica del capitalismo.

Los problemas planteados por estos temas se relacionan con la cuestión general de la verdadera naturaleza de la teoría sociológica y su relación con la práctica política, y, por tanto, se remiten a cuestiones que caen fuera de los objetivos de este libro. Tienen interés aquí sólo en la medida en que muestran de manera inmediata las dificultades de la interpretación de la concepción de la clase y del conflicto de clases en Marx. La cuestión es que ambas opiniones, la crítica y la favorable, tienden a subestimar la importancia de lo que Dahrendorf llama elementos «sociológicos» —en contraposición a los «filosóficos»— del pensamiento de Marx. Si Marx fue algo más que un científico social, también fue un científico social en mayor grado de lo que muchos de sus críticos o de sus seguidores le conceden.

<sup>2</sup> Cf. los primeros escritos de Lukács, especialmente *History and Class Consciousness* (Londres, 1971), pp. 1-26.



La explicación de Dahrendorf, en especial, es poco convincente. Según él, los elementos «filosóficos» en la obra de Marx se intercalan constantemente en las generalizaciones «sociológicas» hasta convertir estas últimas proposiciones «falsas o sin sentido». Un ejemplo que cita Dahrendorf es la creencia de Marx de que «todos los conflictos sociales y todos los cambios estructurales pueden explicarse en términos de antagonismos de clases», una generalización que «es tan insostenible como no permisible»<sup>3</sup>. Pero esto no constituye en modo alguno una interpretación correcta de los puntos de vista de Marx. Ciertamente, las obras de Marx contienen afirmaciones demasiado generales, especialmente sus trabajos más propagandísticos (sobre todo en el *Manifiesto comunista*), tales como la afirmación de que «la historia de todas las sociedades hasta nuestros días es la historia de las luchas de clases», pero es absolutamente evidente que esas afirmaciones no pueden considerarse aisladamente, fuera del contexto más elaborado en que aparecen. Además, el propio Marx rechazó, frecuente y expresamente, esa interpretación de sus ideas que consideraba a las mismas como una exposición de una filosofía de la historia característica: la filosofía debe ser sustituida por una «ciencia positiva, real» del desarrollo social, una ciencia cuyos resultados «de ningún modo proporcionan una receta o un esquema como hace la filosofía para componer nitidamente las épocas históricas»<sup>4</sup>. En lugar de separar, como intenta hacer Dahrendorf, los elementos «filosóficos» de los «sociológicos» en el pensamiento de Marx, es más conveniente distinguir, como se ha subrayado antes, el «modelo abstracto» de clases de sus análisis «concretos» de las relaciones de clases. Esta distinción que, en cierto sentido, se impone a Marx, es, no obstante, menos arbitraria que la utilizada por Dahrendorf. Desde este punto de vista, los aspectos de las ideas de Marx que Dahrendorf escoge como puntos principales de su ataque crítico aparecen bajo una nueva luz. Marx, evidentemente, no sostenía que «todos los conflictos sociales pueden explicarse en función de antagonismos de clases», si por ello se ha de entender que no han existido otras formas significativas de luchas de grupo en la historia. Tampoco mantuvo que los conflictos de clases que han ocurrido en el curso de la historia de las sociedades europeas occidentales hayan sido de idéntico contenido<sup>5</sup>.

<sup>3</sup> *Class and Class Conflict*, p. 129.

<sup>4</sup> *German Ideology*, p. 39.

<sup>5</sup> Dahrendorf escribe: «"La historia de todas las sociedades hasta nuestros días es la historia de la lucha de clases". Esta frase aparentemente empírica no es, en realidad, sino una reformulación del postulado filosófico que une

Según Dahrendorf, la debilidad de las formulaciones de Marx se manifiesta especialmente en el tratamiento que ofrece de la relación entre clase y propiedad privada. Al no poder aislar los dos sentidos del término «propiedad», Marx pudo efectuar una —espúrea— conexión entre su teoría de las relaciones de clase y su filosofía de la historia. Pero de nuevo esto es una interpretación en extremo dudosa. Si Marx no fue consciente de la distinción entre los dos sentidos de «propiedad», ¿cómo pudo llevar a cabo su análisis del significado de la sociedad anónima dentro del moderno capitalismo —un análisis que, de hecho, Dahrendorf estudia con cierto detenimiento? Pues la importancia del desarrollo de la sociedad anónima, como Marx trata de demostrar, es que crea una división entre el poseedor (legal) de la propiedad y el control efectivo de la empresa. La sociedad anónima muestra precisamente que estos dos sentidos de «propiedad» no deben confundirse. Aunque, al discutir las relaciones de clase, Marx no lleva a cabo una distinción terminológica entre «propiedad» (sentido estricto de la «propiedad») y «control» (sentido amplio de la «propiedad»), es a todas luces evidente que, al contrastar el «carácter de clase» del capitalismo con la «ausencia de clases» del socialismo, Marx no consideró, como afirma Dahrendorf, que esto constituye una transición que puede tener lugar simplemente mediante la abolición legal de la propiedad privada. La separación entre el título legal de la propiedad privada y el verdadero control de la empresa capitalista en la sociedad anónima ejemplifica grandes procesos de cambio que han sucedido dentro del capitalismo por los que la forma «clásica» de competencia «anárquica» dentro del mercado libre queda desplazada por una incipiente socialización de las relaciones de mercado. El socialismo implica la actualización de estos procesos incipientes dentro del capitalismo: la abolición legal de la propiedad privada, decretada a través de la acción revolucionaria de la clase obrera, sólo es posible gracias al conjunto de cambios que han contribuido ya a transformar el capitalismo desde dentro.

El enfoque de Dahrendorf, aunque dice estar basado en una reformulación de la teoría de las clases de Marx, realmente debe poco en concreto a las formulaciones de éste. Lo que Dahrendorf conserva en realidad de la concepción marxiana son dos consideraciones —ambas de carácter fundamentalmente formal: la aceptación de un modelo de «conflicto» de clases dicotómico, y el énfasis en que el objetivo de una teoría de las clases debe ser proporcionar una ex-

la alienación (y con ello toda la historia conocida), la propiedad privada y las clases» (*Class and Class Conflict*, p. 31).

plicación del cambio social.<sup>6</sup> Pero la esencia del concepto de clase de Dahrendorf, es evidentemente muy diferente de la de Marx<sup>6</sup>; y su efecto es despojar la noción de todas las connotaciones peculiares y tradicionales de este término en este último autor. La noción de clase, en la obra de Marx, así como en la de todos aquellos que han sido influidos por él, se refiere sobre todo al análisis de las interconexiones entre la economía y la sociedad, entre las relaciones económicas y las relaciones sociales. [El concepto de Dahrendorf al transmutar la noción de «división de clases» en la de «división de autoridad» no tiene una afinidad intrínseca con esos problemas.]

Sin embargo, se podría argumentar, por supuesto, que contribuye a aclararlos, utilizando los conceptos aceptados tradicionalmente. Pero se pueden formular al menos tres objeciones que ponen en entredicho la utilidad del esquema de Dahrendorf. En primer lugar, cuesta trabajo aceptar que las divisiones de autoridad puedan analizarse sin más en términos de una división dicotómica entre un grupo «dominante» y uno «subordinado»: aquellos que «poseen» o «comparten» la autoridad en contraste con aquellos que están desposeídos de la misma. [Aunque bajo ciertas circunstancias esto pueda ser cierto, lo más frecuente es que un sistema de autoridad —como se especifica en el estudio de Weber de las organizaciones burocráticas— implique una jerarquía escalonada de relaciones.] Los conflictos entre grupos *dentro* de la jerarquía pueden ser más importantes que los que se producen entre los que «tienen» autoridad y los que no la tienen; además es, por no decir cosa peor, una interpretación un tanto forzada que incluye al más humilde administrativo de la burocracia del gobierno dentro de la «clase dominante». En segundo lugar, no existe razón para suponer, aunque se admita que la autoridad puede ser considerada como una división dicotómica, que el ejercicio de la autoridad presupone una oposición (latente) de intereses entre los que son la autoridad y los que están sujetos a ella. [En la teoría de Marx existe una estructura definida de relaciones, que implica la creación y la apropiación de plusvalía, lo cual origina una necesaria oposición de intereses entre clases. Pero esta estructura falta en la concepción de Dahrendorf.] En qué medida una división dada de autoridad supone un conflicto de intereses no puede determinarse *en gros*, sino que depende tanto de la forma de organización de esa autoridad (por ejemplo, hasta qué extremo aquellos que están sometidos a la autoridad aceptan voluntariamen-

<sup>6</sup> Como el propio Dahrendorf recalca acertadamente: «Aunque la intención heurística y el enfoque general de la teoría (de Marx) de las clases puede y debe sostenerse, no ocurre así con respecto a la mayor parte de los otros rasgos de esta teoría» (*ibid.*, p. 126).

te su situación, qué mecanismo de representación y sanción poseen *vis-à-vis* de los «detentadores» de la autoridad, etc.; como de la naturaleza de los objetivos que la institución en cuestión trata de alcanzar.

En tercer lugar, el punto de vista de Dahrendorf implica lógicamente el reconocimiento de una pluralidad indeterminada de clases. Una clase «dominante» y una clase «subordinada» se pueden identificar en cualquier «asociación coordinada imperativamente»: esto es, cualquier organización que posea alguna especie de distribución de la autoridad. Así pueden existir clases en los clubs de cricket tanto como en las empresas industriales. Dahrendorf, por supuesto, reconoce que esto es así y limita su estudio a «las dos grandes asociaciones, el Estado y la empresa industrial»<sup>7</sup>. Pero esto, evidentemente, presupone algún criterio por el que semejantes organizaciones se reconocen como más «significativas» para el análisis de las clases que las otras; y esto a su vez nos retrotrae a ciertos elementos de los conceptos más tradicionales de las clases que Dahrendorf originalmente pretendía haber abandonado<sup>8</sup>. En los textos de Marx semejante criterio se establece por el marco teórico general dentro del cual se emplea el concepto de clase: a saber, el que analiza el papel fundamental de las relaciones económicas como condicionantes del resto de la estructura política y social.

Finalmente, el enfoque de Dahrendorf elimina completamente la posibilidad de una sociedad «sin clases». Esto es una afirmación trivial en sí misma, dada su concepción de la clase, pues debe concederse que alguna estructura definida de autoridad es siempre necesaria en cualquier tipo concebible de sociedad en gran escala. Lo importante es que la opinión de Dahrendorf olvida el contraste entre «clase» y «ausencia de clase» tal como se concebía en la teoría de Marx. Cualesquiera que sean los defectos que pueda haber en el tratamiento por Marx de estas cuestiones, el enfoque de Dahrendorf no nos proporciona los medios adecuados para resolverlos. En realidad, se puede acusar a Dahrendorf de rehuir los problemas implicados gracias a las mismas vaguedades terminológicas de las que acusa a Marx: «porque mientras la propiedad privada puede desaparecer (hipótesis empírica), esto no tiene absolutamente nada que ver con la existencia o desaparición de las clases (truco de definición)». Al intentar reformular el concepto de clase, Dahrendorf tira

<sup>7</sup> *Ibid.*, p. 168.

<sup>8</sup> Lenski también ha expuesto un concepto de clase que reconoce una pluralidad de clases; y sus ideas son susceptibles de objeciones similares. Ver Gerhard E. Lenski. *Power and Privilege* (Nueva York, 1966).

al niño con el agua de la bañera. Y si bien no nos convence el concepto de clase empleado por Marx a la hora de analizar satisfactoriamente el tipo de problemas que constituían el núcleo de sus preocupaciones, tampoco conseguiremos ninguna ventaja teórica significativa sustituyendo «clase» por «autoridad». Poseemos ya en sociología un marco conceptual lo suficientemente adecuado con el que analizar los sistemas de autoridad y de poco sirve confundirlo con la terminología de la «clase»<sup>9</sup>

La obra de Ossowski es más genuinamente original y aunque fundamentalmente no se trate de un intento de «revisar» el concepto de clase de Marx }mantiene una preocupación por un factor que es fundamental en la obra de Marx: el fenómeno de la «conciencia de clase» —aunque Ossowski se interese menos por la conciencia de la «unidad de clase» que por las imágenes cognoscitivas de la estructura de clases} Pero éstas, señala, están vinculadas de forma precisa: así, el «esquema dicotómico», cuando penetra y llega a formar parte de la ideología pública, tiende a estimular y reforzar una conciencia de solidaridad de clase por parte de la clase proto-revolucionaria<sup>10</sup>.

Pero Ossowski hace depender el sistema dicotómico demasiado estrechamente de su función social como propaganda revolucionaria. Insiste en que las concepciones dicotómicas de clase suelen implicar la presunción de un conflicto de intereses y de aquí que estén asociadas a un cuestionamiento revolucionario del orden existente. Pero esto no ocurre siempre así, ni en el lenguaje popular ni en los estudios sociológicos sobre la clase. El lenguaje dicotómico frecuentemente forma parte de representaciones de las relaciones de clase que están unidas a un punto de vista «conservador» y que permite representar las dos clases en cuestión más en armonía que en conflicto. Esto se encuentra frecuentemente en las imágenes alentadas por formas aristocráticas de gobierno, que señalan la capacidad natural y legítima de una cierta minoría para gobernar<sup>11</sup>. En el campo del análisis sociológico los esquemas dicotómicos «conservadores» (y en el contexto del análisis del conflicto) aparecen en los textos de los «teóricos de las élites» Pareto y Mosca. Más aún, incluso en

<sup>9</sup> Dahrendorf ha llegado, al parecer, a reconocer recientemente algunas de las dificultades inherentes a las concepciones desarrolladas en *Las clases y su conflicto en la sociedad industrial*. En 1967 señala: «el problema de la dirección del cambio (y, probablemente relacionado con éste, el de la esencia de los intereses de clase)... cae fuera de mi intento de reformular la teoría de clases» (*Conflict After Class*, p. 27).

<sup>10</sup> Ossowski, *op. cit.*, pp. 34-7.

<sup>11</sup> Ossowski acepta esto (por ejemplo, p. 35), pero no desarrolla este punto

Marx la connotación propagandística de la concepción de las dos clases se encuentra menos acentuada de lo que da a entender Ossowski. Mientras que se puede aceptar que la imagen dicotómica de las relaciones de clase en los escritos más específicamente políticos de Marx lleva consigo un pronunciado, y deliberado, llamamiento emocional, es importante subrayar, como se ha demostrado en el capítulo anterior, que el esquema de las dos clases es, ante todo, un modelo analítico abstracto que informa el pensamiento de Marx en todos sus trabajos. Según Ossowski, en el «Marx revolucionario, la concepción dicotómica de la estructura de clases es dominante», mientras que el «Marx teórico» tiende a basarse en los esquemas «funcionales» y de «gradación»<sup>12</sup>. Pero esto es confuso si no totalmente incorrecto; el esquema de las dos clases que se encuentra en relación directa con la teoría de la plusvalía es la base imprescindible de la estructura teórica elaborada en *El capital*.

Tampoco está claro por qué la interpretación de Ossowski de su «esquema funcional» —tres o más clases en una división del trabajo— supone que éste entraña una concepción de armonía entre las clases. Ciertamente, es fácil encontrar imágenes de estructura de clases que muestran este énfasis tales como el ejemplo citado de las «clases no antagónicas» de Stalin, pero la deducción no parece inevitable. En los casos en que la estructura social se representa según un esquema de tres o más clases, sigue siendo posible apreciar la existencia de conflictos endémicos entre ellas. Sin duda, se puede mantener que las clases en cuestión tenderán a formar «coaliciones» en circunstancias de enfrentamiento manifiesto; pero tales «coaliciones» pueden ser transitorias o de carácter cambiante y no subsumibles bajo un modelo de clases dicotómico. Las representaciones de esta especie son algo común en los escritos de los sociólogos: por ejemplo, en los análisis de la llamada estructura de castas del Sur de los Estados Unidos<sup>13</sup>.

Por añadidura, los conceptos de clase que emplean múltiples criterios no se conforman necesariamente, como Ossowski parece suponer, a su «esquema de gradación» descriptivo. Este es el caso, por ejemplo, de las categorías de Weber sobre la diferenciación de clases. De encajar éstas en algún lugar en la clasificación de Ossowski de las imágenes de clase, estarían mucho más próximas al esquema funcio-

<sup>12</sup> *Ibid.*, p. 79.

<sup>13</sup> Los principales grupos en cuestión en este caso son los negros, «los blancos pobres» y los terratenientes. Ver, por ejemplo, J. A. Dollard, *Caste and Class in a Southern Town* (New Haven, 1937).

nal. Pero la identificación de Weber de las «posiciones de clase» permite el reconocimiento de varias bases posibles de formación de clases. Puede haber una multiplicidad de «clases» diferentes en términos de agregados de individuos que comparten unas posiciones comunes en el mercado; las combinaciones más significativas de éstos pueden dilucidarse en el contraste existente entre *Besitzklassen* y *Erwerbsklassen*; y se podría desarrollar una clasificación más utilizando la concepción de Weber de «clase social». Todas estas diversas «clases» están, sin embargo, fundadas en la división del trabajo; no son (como las «clases» de Warner) ejemplos del esquema de gradación de Ossowski<sup>14</sup>.

Sin embargo, por muy útil o apropiada que pueda ser la clasificación de Ossowski de las formas de las imágenes de las clases para iluminar las representaciones de las clases en la ideología popular, no contribuye realmente a identificar las principales diferencias entre las formas en que se ha empleado el concepto en sociología. Mientras Ossowski está indudablemente en lo cierto al señalar la mutua influencia de la ideología popular y el pensamiento sociológico, la relación entre ambos permanece ambigua en su análisis y es confuso unir los dos como tiende a hacer. Así, mientras que el «esquema dicotómico», tal y como lo presenta, puede estar frecuentemente vinculado a alguna especie de intento revolucionario, como es evidente en el marxismo, existen numerosos usos de este esquema que no llevan consigo esta implicación —ni tampoco una claramente «conservadora». No es únicamente en Marx donde un modelo dicotómico de clases concuerda con el reconocimiento de la existencia de diversas clases en cualquier sociedad empírica. Así, las *Besitzklassen* y *Erwerbsklassen* de Weber constituyen una división dicotómica basada, siguiendo a Marx, sobre la propiedad y la exclusión de la posesión de los medios de producción; y el modelo dual de clases de Dahrendorf, cuando se aplica al análisis de cualquier sociedad dada, identifica numerosas «clases».

Aunque Ossowski mantiene que el concepto marxista de clase aplicable al capitalismo del siglo XIX ha perdido hoy mucha de su importancia, apenas indica qué es lo que debe sustituirlo o cómo puede ser modificado para su aplicación al mundo contemporáneo. Al final parece optar por un nominalismo extremo: «es posible aplicar la mayoría de los esquemas que hemos considerado, si no todos, a casi todas las sociedades clasistas. Las diferentes categorías con-

<sup>14</sup> W. L. Warner, *Social Class in America* (Chicago, 1949); Ossowski, *op. cit.*, páginas 47-55.

ceptuales corresponden a diferentes problemas»<sup>15</sup>. Esto es escasamente satisfactorio.

El problema del nominalismo, esto es, el de la «realidad» de las clases postuladas por los sociólogos, ocupa un lugar destacado entre las preocupaciones de Aron en su estudio de la «sociedad industrial». De hecho, al comparar la utilización marxiana del término «clase» con la que se emplea típicamente en la sociología americana —por ejemplo, en los textos de Warner— Aron etiqueta al primero de «realista» y a los últimos de «nominalistas». Según el primer punto de vista, señala Aron, la clase es una realidad histórica definida tanto en términos de su existencia como «hecho en la realidad material» que como de una conciencia de unidad por parte de los individuos que la componen. La otra opinión, por el contrario, es «nominalista» porque, dado que la «clase» está considerada como el equivalente de la «estratificación», no se la reconoce como una «totalidad real», sino que se la concibe como un agregado de individuos, que se diferencian unos de otros según varios tipos de criterios sociales y psicológicos<sup>16</sup>. Más que revivir viejos debates sobre si la clase es un «fenómeno real» o una «creación del observador»<sup>17</sup>, Aron opta por la opinión de que es la realidad en sí misma lo que es «equivoco»: las clases son pocas veces —si lo son alguna vez— los «actores auto-conscientes» de la teoría de Marx.

Esto se basa, sin embargo, en una evidente simplificación de la posición de Marx. Está suficientemente claro que la «conciencia de clase» puede adoptar y ha adoptado diversas formas; y lejos de ser la configuración «prototípica» de la conciencia de clase, la experiencia del proletariado se caracteriza por su singularidad. Según Marx, la acción revolucionaria de la clase obrera representa la primera y única ocasión en la historia en que las amplias masas de la población constituyen una clase «para sí». El anterior ejemplo del cambio revolucionario —la ascensión de la burguesía en la sociedad post-medieval— implicó sólo a segmentos de la clase subordinada; y su carácter fue muy diferente del proceso (optativo) de desarrollo de la conciencia de clase proletaria. La «conciencia de clase» de la burguesía, además, no adoptó la forma de una conciencia de solidaridad colectiva, sino que, por el contrario, se expresaba como una necesidad

<sup>15</sup> Ossowski, *op. cit.*, p. 176. «Por ejemplo, donde los ideólogos soviéticos ven dos clases no antagonicas y un "estrato" de intelectuales, un sociólogo americano o un ruso emigrado percibirán seis o diez clases como niveles de estratificación social» (p. 177).

<sup>16</sup> *La lutte des classes*, pp. 69-70.

<sup>17</sup> Cf. Theodor Geiger, *Die soziale Schichtung des deutschen Volkes* (Stuttgart, 1932), pp. 2 ss.



difusa de escapar a las limitaciones del feudalismo, manifestada en la lucha por la «libertad del individuo».

La utilidad del concepto de clase se vería radicalmente limitada si se confinase a la especie de concepción que Aron adopta en su polémica al evaluar el punto de vista marxiano. Si bien cabe sostener que algunos marxistas posteriores han llegado casi a adoptar este punto de vista<sup>18</sup>, lo cierto es que esta concepción no se atiene al espíritu de la obra de Marx. El proletariado no es tanto, como señala Aron, la «clase *par excellence*», como la «clase que acabará con todas las clases». En este sentido, el contraste que Ossowski traza entre los esquemas «dicotómicos» y los de «gradación» está más cerca de la verdad que la oposición que hace Aron entre puntos de vista «realistas» y «nominalistas»: mientras que para los que escriben dentro de la tradición marxiana, la «clase» se considera como un concepto explicativo, la identificación de «clase» y «estratificación» implica normalmente que se está empleando en una forma descriptiva. En los estudios de Aron nunca queda claro hasta qué punto se debe atribuir un significado explicativo a la noción de clase.

La «elección» entre los dos enfoques del problema de la clase elude lo que es quizá la cuestión principal de la obra de Marx: la naturaleza de la «sociedad clasista» y su posible superación. El argumento del análisis de Marx del capitalismo estriba en que éste constituye una forma de economía y sociedad que está construida *en términos* de una relación de clases. Pero al empezar con una concepción de la sociedad industrial, Aron realmente prejuzga las cuestiones planteadas por la visión marxiana<sup>19</sup>. Una «sociedad clasista» para Aron es bien aquella que se distingue por el continuo predominio de desigualdades en la renta, el prestigio, el estilo de vida o bien aquella que se caracteriza por la existencia de grupos de clase unificados «que actúan históricamente». En el primer sentido es evidente que cualquier sociedad moderna, ya sea existente o concebible de un modo realista, debe ser necesariamente una sociedad clasista; en el segundo sentido ninguna sociedad lo es: el proletariado es la única «clase» identificable que realmente se ajusta al caso y sólo en períodos intermitentes. Ninguno de estos casos agota el abanico de posibilidades implícito en el análisis marxiano de la dominación de clases.

<sup>18</sup> Por ejemplo, Lukács. Ver Georg Lukács, *op. cit.*

<sup>19</sup> Así, Aron menciona en un punto «la ficción de que el control de los medios de producción determina la relación de clases...» (*Progress and Disillusion*, p. 39).

Aron contribuye muy poco a la reconceptualización de la noción de clase y a fin de cuentas parece identificar directamente «clase» con «estrato», aunque admite que los «estratos» no son meramente agregados estadísticos útiles, sino que constituyen una «realidad psicosocial». Las sociedades modernas son «sociedades de clases» en tanto en cuanto están diferenciadas y estratificadas y en la medida en que dicha estratificación produce grupos cohesionados y auto-conscientes: «las clases existen más o menos... en tanto que existe la estratificación social (y ésta parece ser inseparable de la sociedad industrial), una interpretación en términos de clase siempre será posible»<sup>20</sup>. Pero debemos resistirnos a la tendencia a identificar «clase» y «estratificación» y a la opinión de que la clase es un «tipo» particular de estratificación. Este enfoque, como la identificación de Dahrendorf de clase y autoridad<sup>21</sup>, conduce inevitablemente a la conclusión de que todas las sociedades son «sociedades clasistas» y oscurece algunos de los principales problemas planteados por la obra de Marx.

## 2. Max Weber

De todos los intentos que se han hecho para revisar el concepto de clases después de Marx, el llevado a cabo por Weber ha disfrutado, mercedamente, de la mayor popularidad. A diferencia del de Dahrendorf, el enfoque de Weber comparte mucho más que una semejanza formal con el establecido por Marx, dado que Weber acepta que «"la propiedad" y "la carencia de propiedad" son... las categorías básicas de todas las situaciones de clase»<sup>22</sup>. De hecho, es fácil exagerar el grado en que sus opiniones se apartan de las de Marx, tanto más cuanto que, si ampliamos el concepto de «situación de mercado», la opinión de Weber podría expresarse afirmando que las cualificaciones negociables en el mercado constituyen una forma de «propiedad» de la que el individuo puede disponer para asegurarse una determinada contrapartida económica.

Una dificultad importante de la concepción de Weber, sin embargo, es la misma con la que se enfrenta Dahrendorf: esto es, que implica el reconocimiento de un número indefinidamente extenso de «clases». Una «clase» se refiere a cualquier agregado de individuos

<sup>20</sup> *Ibid.*, p. 33.

<sup>21</sup> Dahrendorf, sin embargo, nos advierte específicamente contra la confusión entre «clase» y «estratificación».

<sup>22</sup> *Economy and Society*, vol. 2, p. 927.

que comparten una situación común de mercado, en función de los bienes o de las capacidades que poseen. Pero la escala de «bienes y capacidades» poseídas por los individuos es extremadamente variable y uno podría llevar esta opinión a su *reductio ad absurdum* suponiendo que cada individuo lleva al mercado una combinación levemente diferente de propiedades o de habilidades y, por tanto, que existan tantas «clases» como individuos concretos participan en las relaciones de mercado. En la práctica, por supuesto, son sólo las diferencias más importantes entre situaciones de mercado de los individuos las que se deben tener en cuenta para catalogar las «diferencias de clase». Pero incluso entonces podemos quedarnos con un número de «clases» muy amplio —como las que están incluidas dentro de la clasificación de Weber de *Besitzklassen* y *Erwerbsklassen*. Mientras que puede ser útil para algunos propósitos recurrir a semejante esquema complejo, en general, es demasiado abultado como para que pueda ser de aplicación universal y, de hecho, Weber, no parece hacer uso del mismo en todos sus escritos empíricos.

Cuando utiliza el término «clase» en el conjunto principal de sus obras, normalmente parece emplearlo en dos sentidos: 1) en un sentido claramente marxiano, como cuando habla de «burguesía», «campesinado», «clase obrera», etc. 2) Para referirse a lo que, en su estudio conceptual de la cuestión en *Economía y sociedad*, denomina «clase social». La relación entre estas dos connotaciones de «clase», sin embargo, es oscura, dado que el análisis de Weber del concepto de «clase social» es extremadamente precipitado. Más aún, la definición de este último concepto parece en parte anular la formulación inicial de «clase» como un agregado de las situaciones comunes de mercado. Puesto que la noción de «clase social» sólo aparece en el segundo y posterior estudio de las clases y los grupos de status, la conclusión a deducir es que llegó a darse cuenta de las imprecisiones de la versión anterior. Pero como la última formulación, en cierto modo, abandona la opinión de que la clase se refiere únicamente a los intereses económicos en el mercado, tiende a difuminar la clara línea divisoria que Weber trató originariamente de establecer entre la situación de clase y los grupos sociales y formas de acción que podían desarrollarse entre los que compartían posiciones comunes en el mercado.

Weber indudablemente estableció su concepto de «posición de clase» principalmente con el fin de diferenciar tajantemente su punto de vista del de Marx —y especialmente de ciertas variantes del marxismo que eran corrientes en su época.

Considerar conceptualmente a la «clase» con la misma valoración que la «comunidad» conduce a error. El que hombres en la misma situación de clase reaccionen regularmente con acciones de masas a situaciones tangibles como las económicas en el sentido de aquellos intereses que son más adecuados a su término-medio es un hecho importante y, después de todo sencillo, para el entendimiento de los acontecimientos históricos. Sobre todo, este hecho no debe conducir a esa especie de operación pseudo-científica con los conceptos de «clase» e «intereses de clase» que se encuentra tan frecuentemente en nuestros días y que ha encontrado su expresión más clásica en la manifestación de un «autor de talento» de que el individuo puede equivocarse en relación con sus intereses pero que la «clase» es «infalible» en relación con sus intereses <sup>23</sup>.

Pero en su deseo de destacar el carácter contingente de la conciencia y la acción de clase, Weber proporciona pocas indicaciones sistemáticas de las condiciones bajo las cuales las relaciones de clase *originan* una toma de conciencia de una identidad mutua de intereses o una propensión a activar la organización sobre la base de los intereses de clase —aparte de decir que éstas se hallan «unidas a las tradiciones culturales generales» <sup>24</sup>. Si hubiese desarrollado más la noción de «clase social» tal vez podría haber logrado establecer un análisis más satisfactorio de los factores que influyen en que la clase se convierta en un fenómeno «subjetivo».

Las lagunas en el estudio de Weber de este punto se deben quizá en parte a su tendencia a confundir dos elementos en la distinción entre «clase» y «grupos de status». Un factor de su énfasis sobre la necesidad de separar conceptualmente los últimos de los primeros es indudablemente, una vez más, su voluntad de diferenciar el concepto de «clase» de la conciencia subjetiva de solidaridad. Ahora bien, la existencia de un «grupo de status», que depende de alguna forma de evaluación social de unos hombres por otros, presupone esa conciencia subjetiva. {Uno de los polos de la distinción entre «clase» y «grupos de status», se centra así en el contraste entre lo «objetivo» y lo «subjetivo»: [la «clase» es un fenómeno que opera independientemente de la percepción por parte del individuo de su situación, pues ésta viene dada por la estructura del mercado; el «status», por otra parte, se basa en la conciencia de afiliación y diferenciación de grupo] Pero las clases y los grupos de status se pueden distinguir también en virtud del hecho de que las primeras se crean en la esfera de la producción y los segundos en la del consu-

<sup>23</sup> *Ibid.*, p. 930. El «autor de talento» en cuestión es aparentemente Lukács.

<sup>24</sup> *Ibid.*, p. 929. Por supuesto, un análisis histórico de esta cuestión está incluido en los detallados estudios de las «religiones del mundo».

mo<sup>25</sup>. Ambos puntos de vista se basan claramente en la interpretación marxiana del papel de las clases en el desarrollo social, pero la segunda es probablemente más importante, porque se deduce de la misma que, en tanto los grupos de status desempeñan un papel fundamental en cualquier sociedad dada, la significación de las relaciones originadas en el proceso de producción —algo siempre esencial para Marx— se reduce de modo correspondiente.

La distinción entre estos dos aspectos del examen de Weber de los grupos de status es importante porque uno llama la atención sobre la «conciencia del status» como una forma de conciencia de diferenciación social que puede separarse de la que engendra la posición de clase, mientras que el otro señala la importancia de las formas de las estructuras de grupo que se originan fuera del orden económico. Si bien ambos aspectos pueden traslaparse, no son bajo ningún concepto la misma cosa. Así, los Estados feudales, fundados sobre discriminaciones establecidas por la ley, pertenecen a la última categoría y son evidentemente, en muchos sentidos, muy diferentes de las formas de conciencia de prestigio u honor diferenciales, etc., que pueden existir en la sociedad capitalista. El empleo de un único concepto (*Stand*) para abarcar a ambos conjuntos de fenómenos confunde tanto como aclara. Mientras que las relaciones de los grupos de status, según los analiza Weber, pueden referirse a elementos «feudales» que persisten dentro del capitalismo (como en el caso de ciertos aspectos del estilo de vida de los *Junkers*), estos elementos se distinguen de, digamos, la «conciencia de status» del «artista» o del «profesor» en comparación con la del «industrial»<sup>26</sup>

### 3. Conclusión

No ha sido mi intención al criticar a los críticos de Marx sostener que su obra no debe ser tomada en cuenta y emplearé algunas de sus ideas en el análisis subsiguiente de la teoría de la estructura

<sup>25</sup> Aunque Weber añade, críticamente, que esto contiene «alguna simplificación» (*ibid.*, p. 937).

<sup>26</sup> Esto no quiere decir, sin embargo, que los criterios legales se hagan irrelevantes para las discriminaciones de status con la desaparición de los estamentos; antes al contrario, la «igualdad» formalmente definida ante la ley es una condición de las diferencias «convencionales» de status (y también una condición, como insistiré en los siguientes capítulos, de la existencia de la propia sociedad clasista).

de clases. Pero sí quiero afirmar que sus escritos no contienen una formulación aceptable de esa teoría; ni ofrecen una valoración satisfactoria, por las razones que ya he discutido, de las inconsistencias del punto de vista marxiano. Es de esto último de lo que me ocuparé ahora.

## Capítulo 5

### REVALORACION DEL PUNTO DE VISTA MARXIANO

#### 1. La clase y la división del trabajo

Los orígenes del interés por la «clase» y por la «sociedad de clases» hay que buscarlos, naturalmente, en la «gran transformación» de las sociedades europeas: en el declive y en la desintegración final del feudalismo y en su sustitución por un nuevo orden económico y social. Marx desarrolló su concepción de clase en la creencia de que la liberación de los hombres de las restricciones que les imponía el feudalismo los había llevado a nuevas formas de esclavitud —basadas, sin embargo, no ya en un orden natural de dominación y subordinación de origen divino, sino producidas por las exigencias del mercado «libre» capitalista. En Europa, no hubo uno, sino varios «feudalismos»; pero dentro de las diferencias que existían tanto en los momentos culminantes del sistema como en el período «post-feudal»<sup>1</sup>, es posible distinguir una estructura institucional común que contrasta radicalmente con la forma de economía y de sociedad que la reemplazó.

1) En el feudalismo existía un «reparto autoritario del trabajo». Según el principio medieval *Unusquisque maneat in ea vocatione in qua dignoscitur vocatus*, cada hombre debía llevar a cabo obligatoriamente las tareas que entrañaba esa vocación, y sólo esa vo-

<sup>1</sup> Ver Marc Bloch, *Feudal Society* (Londres, 1961).

cación, a las que había sido destinado dentro de una jerarquía de ocupaciones sancionada por el poder divino. Con el declive del orden medieval, este principio desapareció: «los individuos son libres de emplear sus energías, sus capacidades y bienes según su voluntad»<sup>2</sup>.

2) Intimamente relacionado con esto se encontraba la fórmula que dividía la sociedad en estamentos legalmente diferenciados: «el signo distintivo de un miembro de un estamento determinado era precisamente el hecho de que no podía salir de su propio estamento y que, cualquiera que fuera el status del que disfrutara, estaba rígidamente controlado por las normas propias de su estamento. Estas normas afectaban a su misma situación dentro de la sociedad y abarcaban cualquier privilegio que pudiera tener, incluyendo el derecho de herencia, de matrimonio...»<sup>3</sup>. La abolición de los privilegios estamentales sancionados legalmente liberó a los hombres para la participación en un mercado competitivo de trabajo.

3) La economía feudal, basada en la comunidad señorial, implicaba principalmente que la producción se efectuaba para un conjunto de necesidades de consumo locales y conocidas. El desarrollo de la producción de bienes, con la concomitante expansión de la economía monetaria, inauguró el mecanismo del precio como vínculo entre productores y consumidores distantes en el espacio unos de otros.

4) Las pautas de dominación y de subordinación en la sociedad feudal, tanto a nivel de la comunidad señorial como en órdenes superiores de la sociedad, eran, sobre todo, de tipo personalista. *Hommage de corps*, los vínculos de fidelidad y de servidumbre, constituían el fundamento esencial de la estructura feudal; la sociedad estaba compuesta de «un vasto sistema de relaciones personales que se entrecruzaban de un nivel de la estructura social a otro»<sup>4</sup>. Semejante sistema era, evidentemente incompatible con uno basado en los principios impersonales del mercado que presupone una igualdad formal de oportunidades.

5) En el sistema feudal, el poder «económico» y «político» estaban fusionados; el declive del feudalismo fue acompañado y promovido por una incipiente separación de esas dos esferas institucionales, el comercio y la industria, por una parte, y el Estado, por otra.

<sup>2</sup> C. B. Macpherson, *The Political Theory of Possessive Individualism* (Londres, 1964), p. 51.

<sup>3</sup> Walter Ullmann, *The Individual and Society in The Middle Ages* (Baltimore, 1966), pp. 40-1.

<sup>4</sup> Bloch, *op. cit.*, p. 148.



6) El feudalismo, de carácter primordialmente agrario, estaba necesariamente ligado al campo. El surgimiento de un nuevo orden social y económico dependió del crecimiento de las ciudades, cuya existencia se fundamentaba, a su vez, sobre el comercio y la manufactura. Incluso en una época tan tardía como el siglo XIX, el término *bourgeois* (hurgués, ciudadano) se utilizaba para designar al habitante de la ciudad, al cual se consideraba completamente diferente del caballero, del clérigo o del villano<sup>3</sup>.

Si bien Marx deseaba presentar al feudalismo como un sistema de clase, al mismo tiempo estaba fuertemente influido por la profundidad de los contrastes entre el feudalismo y el capitalismo e intentó subrayarlos; de aquí su incertidumbre en la cuestión de aceptar una clara distinción entre «estamento» y «clase». Weber realizó esa distinción pero luego confundió de nuevo la cuestión al asimilar «estamento» y «status». La denotación del concepto de clase será estudiada detalladamente más adelante, pero en este momento conviene indicar que es preferible, en interés de la claridad conceptual, adoptar una nítida diferenciación entre estamento (y «sociedad estamental») y clase (y, por tanto, «sociedad clasista»). Las clases sólo se convierten en una realidad cuando las características antes señaladas del feudalismo son destruidas o socavadas. De este modo, podemos establecer, de una manera preliminar, ciertos parámetros generales que rigen la aplicación del concepto de clase. En primer lugar, las clases son grupos en *gran escala*. El nacimiento de las clases presupone una ruptura con el tipo de sistema económico y social, característico del feudalismo, así como con otros tipos de sociedad tradicional, basados fundamentalmente en la comunidad local auto-suficiente. Un factor decisivo que promueve esta superación de la comunidad local es la formación de las relaciones de mercado y la división del trabajo que permite la producción de bienes. En segundo lugar, las clases son más bien *agregados* de individuos que «grupos» sociales. Esto no significa que las clases no puedan dar lugar a grupos concretos con «fronteras» claramente definibles, formados por un conjunto común de interrelaciones que unen a sus miembros entre sí. Pero el que esto sea así o no, depende de varias condiciones adicionales. En tercer lugar, la aparición de las clases presupone la disolución de los vínculos personalizados de fidelidad o de obligación característicos de la sociedad feudal y su sustitución por relaciones «impersonales» de tipo contractual. Finalmente, las

<sup>3</sup> *Ibid.*, pp. 353 ss. Bloch señala que «se percibió que la característica dominante de la ciudad era que estaba habitada por un tipo especial de ser humano»

clases son nominalmente «abiertas»: es decir, la pertenencia a una clase no está determinada por una posición hereditaria respaldada por la costumbre o la ley<sup>6</sup>.

A fin de avanzar, sin embargo, debemos examinar algunas de las dificultades que plantea la teoría de las clases de Marx, en relación con el capitalismo y su prevista superación por el socialismo.

Marx utilizaba el término «capitalismo» en un sentido específico. Ha existido una tendencia general entre los historiadores económicos, tanto en la época de Marx como más recientemente, a buscar las huellas del capitalismo en la Edad Media<sup>7</sup> —y, también frecuentemente, a identificar su existencia en épocas anteriores de la historia. En este sentido, el «capitalismo» se compara normalmente con la formación de relaciones comerciales y de mercados monetarios, que implican operaciones de intercambio. Marx rechaza explícitamente esta opinión. Así, criticó al maestro de Weber, Mommsen, por ejemplo, basándose en que este último encuentra «un modo de producción capitalista en cada economía monetaria»<sup>8</sup>. Tampoco, según Marx, es satisfactorio sostener meramente que el capitalismo es un sistema de producción de bienes. Lo que realmente distingue al capitalismo como sistema económico es que la *misma* fuerza de trabajo se convierte en una mercancía, comprada y vendida en el mercado:

Las condiciones históricas de su existencia (esto es, de la existencia del capitalismo) no están en modo alguno dadas por la mera circulación de dinero y de mercancías. Esto sucede sólo cuando el propietario de los medios de producción y de subsistencia se enfrenta en el mercado con los trabajadores libres que venden su fuerza de trabajo. Y esta condición histórica comprende una historia del mundo. El capital, por tanto, anuncia desde su primera aparición una nueva época en el proceso de la producción social<sup>9</sup>.

La importancia de esto consiste en que relaciona la definición misma del capitalismo con la existencia de un sistema de clases que une el capital y el trabajo asalariado; y esto, a su vez, según Marx, crea una «super-estructura» total de relaciones sociales en la «sociedad burguesa». Existe evidentemente una diferencia entre la división que separa a la nobleza de la burguesía en la sociedad post-

<sup>6</sup> Georges Gurvitch, *Le concept de classes sociales de Marx à nos jours* (París, 1954).

<sup>7</sup> Ver, por ejemplo, Henri Pirenne, «The stages in the social history of capitalism», *American Historical Review* 19, 1913-14. Según Pirenne: «antes del siglo XIII encontramos un período de libre expansión capitalista» (p. 506).

<sup>8</sup> *Capital*, vol. 3, p. 914.

<sup>9</sup> *Ibid.*, vol. 1, p. 170.

feudal y la que separa a la burguesía y al proletariado en el capitalismo. En el primer caso, los dos grupos en cuestión no están vinculados entre sí en una relación de explotación fundada en la división del trabajo. La burguesía, por decirlo así, se desarrolla dentro de un enclave situado en el interior del sistema feudal pero no forma parte integrante del mismo. Los conflictos que surgen entre ella y la nobleza se derivan del crecimiento del poder económico y político de las ciudades frente al debilitamiento de la economía feudal. El conflicto entre burguesía y proletariado, por otra parte, tiene su origen en la relación explotadora que une a las dos clases y que constituye el núcleo esencial del capitalismo como sistema económico y social. La diferencia es de índole fundamental, y si bien es reconocida por Marx, sus implicaciones tienden a quedar ocultas dentro del marco general en función del cual intenta explicar el proceso de cambio revolucionario de un tipo de sociedad a la otra.

Este proceso supone la expansión de un nuevo conjunto de fuerzas de producción dentro de un conjunto existente de relaciones de producción, de forma que se origina una tensión creciente que eventualmente culmina en el derrocamiento revolucionario de las últimas<sup>10</sup>. Pero mientras que, en la transición del feudalismo al capitalismo, el carácter evolutivo de las «fuerzas de producción» comporta una serie de cambios en la técnica (manufactura y, posteriormente, «maquinismo» en la producción fabril) que hace posible el nacimiento de una nueva clase, no es este el caso con el desarrollo del socialismo a partir del capitalismo. El crecimiento de un nuevo conjunto de «fuerzas productoras» dentro del capitalismo se refiere al proceso por el cual una socialización incipiente de la producción amenaza con minar el sistema competitivo sobre el que se basa la economía capitalista. En gran medida las formas técnicas características del capitalismo permanecen bajo el socialismo. La obra de Marx ha sido interpretada frecuentemente como una especie de determinismo tecnológico, y aunque ésta es una interpretación difícil de defender, es indicativa de una oscuridad o fragilidad de su pensamiento sobre esta cuestión, que depende de tres de los principales conceptos implícitos en su «tesis materialista» general: los «medios de producción» (*Produktionsmittel*), las «relaciones de produc-

<sup>10</sup> Según el famoso enunciado de esta cuestión: «En una cierta etapa de su desarrollo, las fuerzas productivas materiales de la sociedad entran en conflicto con las relaciones de producción existentes, o —lo que no es sino una expresión legal de la misma cosa— con las relaciones de propiedad en cuyo seno habían funcionado hasta entonces. Estas relaciones se convierten de formas de desarrollo de las fuerzas productivas en sus obstáculos. Entonces comienza una época de revolución social» («Prefacio a *The Critique of Political Economy*», *Selected Works*, p. 182).

ción» (*Produktionsverhältnisse*), y el «modo de producción» (*Produktionsweise*). Marx normalmente emplea el primero como equivalente a técnica: la forma tecnológica según la cual la producción material tiene lugar en cualquier sociedad dada. El segundo se refiere a las relaciones sociales que, como señala Marx por contraposición a los economistas políticos, se presuponen siempre en cualquier tipo de actividad productiva; el tercero a la organización global de las relaciones sociales y técnicas que lleva envueltas un sistema de producción, y comprende así a los dos primeros (cf. *Produktionskräfte*: «fuerzas de producción»). La noción de las relaciones de producción posee una significación fundamental en este punto, pues representa la principal conexión conceptual en virtud de la cual la técnica se relaciona, en la obra de Marx, con el sistema sociológico total formado por una sociedad. Cuando Marx emplea el término, «relaciones de producción» se refiere por lo menos a tres conjuntos diferentes de relaciones socio-económicas: 1) Las que entraña el funcionamiento de una técnica de producción dada. Así, el trabajo de una correa transmisora coloca a los hombres no sólo en unas relaciones definidas con la máquina, sino también entre sí. Estas relaciones se pueden llamar «relaciones paratécnicas»<sup>11</sup>. 2) Las implícitas en las relaciones que existen entre las unidades productivas: como cuando se cambian bienes en un mercado. 3) Las implícitas en las relaciones entre producción y distribución (consumo).

En su estudio de los tipos de «modos de producción» que se han sucedido a lo largo de la historia, Marx tiende a asimilar todos estos conjuntos de relaciones o más bien a dar preeminencia a uno o a otro cuando se ajusta a algún argumento en particular que desea proponer. La famosa proposición de que «el molino de mano se asocia con el señor feudal; el molino de vapor con el capitalismo industrial»<sup>12</sup> es un ejemplo de esto. Tales afirmaciones proporcionan una base evidente a la pretensión de que el materialismo histórico de Marx es simplemente un determinismo tecnológico. Incluso admitiendo que fue escrita con ánimo polémico, la proposición es manifiestamente falsa; el molino de mano existía en otros sistemas además del feudalismo y el molino de vapor o las variantes modernas del mismo continuarán probablemente desempeñando un papel en el aparato tecnológico de la sociedad socialista. La cuestión es que la conexión entre las relaciones paratécnicas y las más amplias relaciones económicas que conlleva un sistema de producción

<sup>11</sup> Cf. H. B. Acton, *The Illusion of the Epoch* (Londres, 1962), pp. 162-4.

<sup>12</sup> *The Poverty of Philosophy* (Londres, n. d.), p. 92.

dado es variable; y el carácter del segundo depende menos de la naturaleza de las primeras que de las formas en que la coacción, la costumbre o la ley conforman las relaciones. Una cuestión similar puede plantearse con respecto a las conexiones entre producción y distribución y las relaciones sociales engendradas por éstas. En sus escritos teóricos generales, Marx normalmente considera las formas de consumo como casi completamente dependientes de las de producción; pero en otros lugares reconoce que las primeras influyen de un modo significativo sobre la producción en vez de estar moldeadas por ella<sup>13</sup>.

Estas insuficiencias o simplificaciones excesivas que se encuentran en las obras de Marx tienen dos orígenes. Uno es de carácter muy general y descansa sobre las premisas de su «materialismo». Al «invertir» la filosofía de Hegel, Marx parte del punto de vista de que «el hombre debe encontrarse en situación de vivir con la finalidad de "hacer historia"», esto es, que la producción es una condición necesaria para la existencia de la vida humana, y, por tanto, que cada sociedad presupone alguna forma de «economía». Si bien esto es incuestionable, de ello no se deduce, como Marx procede a hacer, que «la naturaleza de los individuos [y de la sociedad] depende de las condiciones materiales que determinan su producción»<sup>14</sup>. En otras palabras, no es legítimo pretender que, porque los hombres deban comer para vivir, el modo de vida esté necesariamente determinado por la forma en que producen lo que comen. Sea cierto o no esto último, sólo se puede descubrir mediante un análisis sociológico y económico directos de las formas concretas de sociedad. Todavía menos válido es mantener que la estructura característica de una sociedad dada está determinada por el tipo de técnica que se emplea en la producción. Mientras que la línea general del pensamiento de Marx es claramente contraria a cualquier tipo de determinismo tecnológico simple, el hecho de que no logre tratar adecuadamente las relaciones entre la técnica y otros aspectos de las «relaciones de producción» es un índice de la fragilidad inherente a su enfoque de la «infraestructura» y de la «superestructura». No es mi intención aquí entrar en nada que se parezca a una crítica global de la concepción marxiana del materialismo histórico, pero merece la pena subrayar que los defectos y ambigüedades de la visión de Marx proceden evidentemente, en parte, de una falta de claridad sobre la amplitud con que los fenómenos caracte-

<sup>13</sup> Ver, por ejemplo, el análisis de «Trabajo asalariado y capital», *Selected Works*.

<sup>14</sup> *German Ideology*, p. 32.

rísticos del capitalismo se pueden generalizar a todos los tipos de sociedad. El nacimiento del mercado capitalista expande grandemente el grado en que la «industria» influye en las formas generales de la conducta humana en la sociedad. Pero no es siempre evidente en Marx cuáles de estos aspectos son específicos del modo capitalista de producción y cuáles no lo son<sup>15</sup>; de aquí la duda ya mencionada en relación con la diferenciación entre «estamento» y «clase».

Los orígenes de estas insuficiencias en el pensamiento de Marx son menos importantes, sin embargo, que sus consecuencias para su teoría de las clases. Lo fundamental aquí es el problema de la división del trabajo, un concepto que Marx tomó de los economistas políticos. En sus primeros escritos Marx identifica el desarrollo de la división del trabajo con el origen de la alienación humana. La división del trabajo, aunque crea una riqueza material, «fragmenta» las capacidades del género humano. Marx no abandona esta opinión en sus escritos más maduros en los que trata de examinar, de una manera concreta, los procesos sociales y económicos que subyacen a lo que antes había llamado, de una manera difusa, la «alienación». El crecimiento de la división del trabajo, empero, «fragmenta al hombre» de dos formas principales, que Marx no distingue conceptualmente. En primer lugar, la división del trabajo promueve la especialización de la actividad ocupacional —un proceso que es llevado hasta sus últimas consecuencias por el crecimiento de la producción mecanizada en el capitalismo. En este sentido, la división del trabajo «subordina al hombre a la máquina», limitando la gama de actividades del trabajador a operaciones repetitivas rutinarias. Los efectos alienantes de la división del trabajo, desde este punto de vista, están íntimamente ligados a la creciente complejidad tecnológica<sup>16</sup>. Pero la expansión de la división del trabajo también «fragmenta al hombre» al dividir a la sociedad humana en clases. Las clases sólo llegan a existir cuando se crea un producto excedente, de forma que sea posible una división del trabajo entre los que producen y los que no lo hacen; y estos últimos queden situados en una relación de explotación *vis-à-vis* con los primeros. El carácter alienante de la división del trabajo en este sentido se expresa en el hecho de

<sup>15</sup> Esto ha originado importantes problemas de interpretación para los estudiosos del marxismo. Muchos de los primeros seguidores de Marx tuvieron una visión muy simple del asunto, asumiendo un alto nivel de generalización. Los planteamientos más sofisticados (por ejemplo, Lukács) mantienen una opinión más cautelosa.

<sup>16</sup> Me he referido a esto, en otras partes, como «alienación tecnológica», distinguiéndolo de una «alienación de mercado». Ver *Capitalism and Modern Social Theory*, pp. 228-9.

que, en virtud del desarrollo de un sistema de clases, los hombres se ven forzados en un grado sustancial a ceder el control sobre sus actos a otros.

En la sociedad socialista, según Marx, la alienación será superada y la división del trabajo, en el sentido de especialización ocupacional, desaparecerá junto con las clases. El vínculo entre estos dos procesos es, por supuesto, la abolición de la propiedad privada. No debe concluirse, sin embargo, que las dificultades de la teoría de Marx en este punto son resultado de un mero «truco de definición»; antes al contrario, se derivan de un fracaso en conciliar de manera satisfactoria los dos aspectos del carácter alienante de la división del trabajo, fracaso que, a su vez, procede, como se ha señalado antes, del incierto papel atribuido a la técnica. La especialización ocupacional por la que un hombre es, por ejemplo, un «soldador» mientras que otro es un «fontanero» o un «doctor», es ante todo consecuencia de un cambio tecnológico. Marx evidentemente lleva razón al sostener que la ascensión del capitalismo, que premia sobre todo la eficaz producción de beneficios, favorece en gran medida este proceso; y en este sentido, la tendencia hacia la diferenciación ocupacional tiene, ciertamente, una relación directa con el sistema de clases. Pero esto no es lo mismo que demostrar que la superación del sistema de clases hace necesaria, o incluso posible, la abolición de la división del trabajo, en el sentido más amplio. Pues, según Marx, el desarrollo del socialismo depende de la creación de una abundancia material que la tecnología desarrollada dentro de los modos capitalistas de producción establece como potencialidad, pero que no puede realizarse totalmente a causa de las limitaciones intrínsecas a ese modo de producción.

Es significativo que, en aquellos lugares de sus obras donde ofrece algo más que alusiones crípticas a una sociedad futura en la que la división del trabajo quede abolida, Marx tiende a dar preeminencia a las ocupaciones pre-industriales —como en el famoso pasaje en el que describe una sociedad «que le permita a uno hacer un día una cosa y mañana otra, cazar por la mañana, pescar por la tarde, criar ganado al atardecer, criticar después de cenar, tal y como tengo en mente, sin convertirse jamás en cazador, pescador, ganadero o crítico»<sup>17</sup>. A pesar de apoyarse en una perspectiva basada en la era pre-industrial, en su visión del nuevo orden económico y social que ha de sustituir al capitalismo, Marx evidentemente no desea alinearse con los que se oponen a la tecnología industrial *per se*. Pero el hecho de que recurra a tales analogías es indicativo de

<sup>17</sup> *German Ideology*, p. 45.

las dificultades no resueltas de sus opiniones sobre esta cuestión. Cuando habla de la «abolición» o desaparición de la división del trabajo, Marx normalmente emplea el término hegeliano *Aufhebung*, que significa «superación» más que «erradicación» en sentido corriente. Pero las únicas sugerencias que hay en su obra acerca de cómo puede ocurrir esta «positiva abolición» de la división del trabajo consisten en unas pocas generalizaciones, que constituirían lugares comunes en el siglo XIX, sobre la tendencia a la mecanización que eventualmente culminaría en una producción automatizada, gracias a la cual «el hombre se relaciona con el proceso [de trabajo] meramente como un supervisor y controlador»<sup>11</sup>.

Esto tiene una importancia directa para el problema, estudiado ampliamente por Dahrendorf, de la estructura de autoridad de la industria y del Estado en la sociedad socialista vislumbrada por Marx. En el capitalismo, las relaciones de autoridad en cada una de estas dos esferas descansan en último término sobre los derechos inherentes a la posesión y al empleo del capital. En ninguno de los dos casos estos derechos están legitimados como en la sociedad feudal como derechos naturales de una minoría específica; su legitimidad se deriva de los conceptos recientemente reconocidos de libertad y de igualdad. En la esfera de la economía, la libertad de contratación sanciona efectivamente la dominación del propietario del capital, dado que el trabajador asalariado se ve obligado a ponerse en manos del capitalista debido a las necesidades económicas. Esta posición de libertad nominal y de esclavitud real se ve reforzada y estabilizada por el Estado moderno que reconoce los derechos «políticos» del ciudadano, pero separa específicamente éstos de la industria. Así, en el análisis de Marx la estructura de autoridad de la industria capitalista se considera como derivada de los derechos, y por tanto de los poderes, del capital respaldados o sancionados por el Estado burgués. El problema de la influencia de la técnica sobre las relaciones de dominación y subordinación *dentro de la propia empresa industrial* recibe escasa atención. El punto de vista de Marx lleva implícito, por supuesto, que la realización de una sociedad sin clases producirá una reorganización total de la industria; pero dada la ausencia de un estudio directo del problema de la técnica, queda poco claro cómo se conseguirá esto. Es evidente que la aparición de la producción automatizada en gran escala será compatible con, o exigirá, nuevas formas de relaciones sociales dentro de las organizaciones industriales, pero Marx en ningún momento discute dichas posibilidades detalladamente. La cuestión es tratada por

<sup>11</sup> *Grundrisse der Kritik der politischen Ökonomie* (Berlín, 1953), p. 592.



Engels, que argumenta simplemente que una división estricta del trabajo es una necesidad de la moderna tecnología, y que a su vez esto presupondrá la misma especie de jerarquía de la autoridad en la empresa industrial bajo el socialismo que la que es característica del capitalismo: «la maquinaria automática de una gran fábrica es mucho más despótica de lo que han sido nunca los pequeños capitalistas que emplean a los trabajadores... Si el hombre, como consecuencia de sus conocimientos y de su genio inventor, ha dominado las fuerzas de la naturaleza, esta última se venga sometiéndolo, en la medida en que éste las emplea a un verdadero despotismo independiente de toda organización social»<sup>19</sup>. Mientras que parece claro, por las diversas referencias parciales que se hacen al problema en los *Grundrisse* y en otras partes, que el propio Marx no aceptaba semejante opinión, realmente las dificultades planteadas no están resueltas satisfactoriamente en sus escritos.

La resistencia de Marx a ofrecer muchos detalles sobre las formas sociales que serán características del socialismo (aparte de la «etapa de transición», que únicamente universaliza las relaciones inherentes al capitalismo, con el Estado asumiendo el papel del «capitalista») deja también poco claros otros aspectos de la posible organización de la industria, y ciertamente del propio Estado. Porque, suponiendo que Marx creyera que, incluso en la «etapa superior» del comunismo, la organización industrial aún pudiera llevar consigo una cierta distribución de la autoridad, existen pocas indicaciones en el sentido de cómo se relacionaría esto con la «abolición del poder político» de que habla Marx al referirse al Estado. Es evidente que la «abolición del poder político» debe entenderse en un sentido similar al de la «abolición de la división del trabajo»: no implica meramente la destrucción del Estado burgués, sino su reemplazamiento por una nueva forma de organización social que sintetiza elementos ya presentes en la estructura anterior. El Estado «desaparece» en el sentido de que se «subordina a la sociedad». Una clara muestra de lo que quiere decir Marx con esta última frase viene dada en su estudio de la organización de la Comuna de París. En la Comuna, «los órganos represivos del viejo poder gubernamental iban a ser amputados» con la institución del sufragio universal, con la posibilidad de revocar a los funcionarios en cortos periodos de tiempo, eligiendo a esos funcionarios de entre la masa de la población y pagándoles salarios equivalentes a los de los trabajadores. «La Comuna iba, por tanto, a servir como un estímulo para destruir los fundamentos económicos sobre los que descansa

<sup>19</sup> Engels, «On authority», *Selected Works*, vol. 1 (Moscu, 1958), p. 637.

la existencia de las clases y, por tanto, del dominio de clase. Con el trabajo emancipado, cada hombre se convierte en un trabajador y el trabajo productivo deja de ser un atributo de clase»<sup>20</sup>. Pero existen muy pocos estudios directos en la obra de Marx del problema planteado para este punto de vista por la distribución diferencial del conocimiento y de la cualificación técnicas —el equivalente al problema de la división del trabajo, impuesta aparentemente por exigencias de la técnica dentro de la esfera de la industria, y del factor, al que se da una importancia capital en el análisis de Weber, de los orígenes de la jerarquía burocrática.

En la obra de Marx, por tanto, el contraste entre el «carácter de clase» del capitalismo y la «ausencia de clases» del socialismo se torna una cuestión compleja, que encierra varios planos superpuestos; y su complejidad no está adecuadamente expresada en el concepto de clase que adopta Marx en su modelo abstracto basado en la propiedad frente a la no propiedad de los medios de producción. Estas complejidades permanecen en gran parte ocultas en el análisis de Marx por dos razones. Primero, porque adopta la noción de clase de otros autores anteriores sin examinarla demasiado. Y segundo, por su negativa a entrar en una descripción, salvo en los términos más generales, de la prevista «etapa superior» de la sociedad sin clases. Aunque la posición de Marx con respecto a esta cuestión concuerda indudablemente con sus críticas contra el «socialismo utópico», sirve, no obstante, para reforzar una falta de inclinación a analizar las implicaciones totales de la antítesis entre «sociedad clasista», por una parte, y «ausencia de clases», por otra. Podemos recordar el estudio de Dahrendorf en este punto. La cuestión no estriba en que la abolición formal de la propiedad privada se equipare a la ausencia de clases gracias a un «truco de definición», sino en que se trata solamente de un momento en un proceso complejo y prolongado de cambio social y económico.

## 2. La génesis del conflicto de clases

Se ha señalado ya que el proceso del conflicto de clases que acompaña a la superación del feudalismo por el capitalismo, tal como lo concibe Marx, difiere del que se produce por el desarrollo posterior del propio capitalismo<sup>21</sup>. La lucha entre la nobleza feudal

<sup>20</sup> «The civil war in France», *Selected Works* (1968 ed.), p. 294.

<sup>21</sup> Para una discusión de algunos problemas pertinentes, ver Paul Sweezy et al., *The Transition from Feudalism to Capitalism* (Londres, 1954).

y la burguesía ascendente, de hecho, no aparece en la clasificación de clases en conflicto que ofrece Marx en su resumen al principio de *El manifiesto comunista*, donde afirma que «hombres libres y esclavos, patricios y plebeyos, señores y siervos, maestros y oficiales, en una palabra: opresores y oprimidos se enfrentaron siempre, mantuvieron una lucha constante, velada unas veces y otras franca y abierta; lucha que terminó siempre con la transformación revolucionaria de toda la sociedad o el hundimiento de las clases en pugna»<sup>22</sup>. Aquí el criterio para la identificación del conflicto de clases es evidentemente el de la «dependencia explotadora» de una clase respecto de la otra en el modelo dicotómico; existe un conflicto directo de intereses que tiene su origen en la apropiación de plusvalía por una clase no productiva. (En el caso de la nobleza y de la burguesía, sin embargo, el conflicto de intereses se deriva de la necesidad de esta última de destruir las relaciones sociales y económicas características del orden feudal y de la necesidad de la primera de mantenerlas<sup>23</sup>.) Así, aunque la burguesía es, en cierto modo, una clase «subordinada» dentro de la sociedad post-feudal, en otro sentido constituye una clase «dominante», en función de la relación de explotación en que se encuentra con respecto al trabajo asalariado.

Está claro que, en contraste con la situación existente en la sociedad feudal, la relación entre burguesía y proletariado dentro del capitalismo implica *ambas* formas de conflicto de intereses; pero las dos no están diferenciadas en el análisis de Marx. La teoría de la plusvalía expone la relación explotadora existente entre el capital y el trabajo asalariado y muestra así que el capital entraña un sistema de clases de una especie equivalente al señalado en el pasaje de *El manifiesto comunista*. Pero la relación entre estas dos clases lleva consigo asimismo una «contradicción» incipiente y cada vez más acusada, que es, en cierto modo, paralela a la que existe entre el señor feudal y el capitalista —aunque, como he señalado antes, no implique un cambio claramente identificable en la técnica productiva, como ocurre en la transición del feudalismo. (En el caso del capital y del trabajo asalariado, el conflicto entre el modo de producción «antiguo» y «naciente» depende de la oposición entre la búsqueda individual del beneficio en un mercado competitivo y la socialización de las relaciones de mercado que interviene cada vez más con la creciente madurez del capitalismo.)

<sup>22</sup> «Manifiesto of the Communist Party». *Selected Works*, p. 36.

<sup>23</sup> Cf. Maurice Godelier, «Structure and contradiction in *Capital*», en Ralph Miliband y John Saville, *The Socialist Register* (1967).

El distinguir estas dos formas del conflicto de intereses entre las dos clases principales en el capitalismo, puede ser importante para dilucidar los orígenes y el carácter de la conciencia de clase del proletariado. En general, se puede afirmar que uno de los aspectos más débiles o más oscuros de la obra de Marx es el relativo a las relaciones entre clase y conciencia de clase —entre clase «en sí» y clase «para sí». En primer lugar, la utilización por parte de Marx del término «conciencia de clase» es muy variable. Abarca al menos tres conjuntos de circunstancias potencialmente diferentes: cuando los miembros de una clase dada comparten ciertas actitudes y creencias comunes sin tener en cuenta el contenido de esas actitudes y creencias; cuando los miembros de una clase son conscientes de pertenecer a una clase determinada y, por tanto, de compartir intereses de clase comunes; y cuando los miembros de una clase, o una cierta parte de ellos, se organizan activamente para la consecución de esos intereses.<sup>24</sup> Pero, lo que es más importante, Marx da sólo unas pocas indicaciones sobre las *condiciones* que rigen el desarrollo de la conciencia de clase del proletariado en cualquiera de estos sentidos. Una razón de ello, cabe argüir, es que, en el ejemplo histórico anterior del que se ocupa Marx —la transición del feudalismo al capitalismo— los factores implicados en la formación de la conciencia de clase de la clase ascendente son relativamente poco problemáticos. La burguesía nace en las ciudades y obtiene su posición de control de unos medios de producción independientes de los del feudalismo agrario; su conciencia de clase no se expresaba en forma de un reconocimiento generalizado de su papel en la historia ni siquiera de un conocimiento de los intereses colectivos de clase, sino más bien en términos de una lucha por los «derechos individuales». Ninguno de los otros grupos a los que se refiere Marx en el pasaje anterior como «opresores y oprimidos», sin embargo, llegaron siquiera a este nivel de conciencia de clase o desempeñaron un papel revolucionario en la historia. Así, por ejemplo, mientras que las rebeliones campesinas no fueron un fenómeno infrecuente en la Europa feudal y post-feudal, su milenarismo pocas veces originó una conciencia de que la estructura social terrenal podía cambiarse y sus objetivos concretos se limitaban normalmente a reivindicaciones económicas o a la aspiración de apartar a ciertos individuos de posiciones de poder.<sup>25</sup>

<sup>24</sup> Ver más adelante, pp. 127-28.

<sup>25</sup> Soy consciente de que esta afirmación es un tanto polémica, si se es partidario del punto de vista (que yo no acepto) de que las creencias milenaristas son representaciones fantasmales de la revolución de clase.

A pesar de los diversos reveses que sufrieron las esperanzas de Marx de que surgiera un proletariado con una conciencia de clase activa, especialmente en Inglaterra, no parece que abrigara nunca ninguna duda de que dicha conciencia llegaría a nacer. La explicación convencional de esto se basa en el supuesto «determinismo» de Marx y sostiene que, dado que creía que la revolución socialista era «inevitable» y que veía la conciencia humana como un «epifenómeno» del cambio material, no consideraba necesario examinar detalladamente las condiciones sociales que podían favorecer la aparición de la conciencia de clase del proletariado. Pero, con independencia de la validez de semejantes interpretaciones, el análisis que he desarrollado aquí sugiere una razón más específica. Marx tendía a unir dos conjuntos de fenómenos: 1) la relación de explotación existente entre burguesía y proletariado dentro del capitalismo (derivada del hecho de que todo lo que se apropia una clase del volumen total de producción es algo que se niega a la otra); y 2) la conciencia revolucionaria (no necesariamente la misma cosa que la experiencia de la explotación) que lleva consigo la posibilidad de una transformación radical del orden social y económico existente. Como se sugerirá más adelante (capítulo 7), la relación entre estos dos tipos de conciencia es mucho más endeble que lo que Marx implícitamente supone. Mientras que la primera es frecuente, si no crónica, en las sociedades de clase, la segunda es rara; y mientras que la existencia del segundo tipo suele comportar la existencia del primero, lo contrario no ocurre necesariamente. Incluso en los propios escritos de Marx sobre el posible desarrollo del capitalismo podemos distinguir, bastante claramente, estos dos conjuntos de factores en las pocas observaciones que hace acerca de las condiciones que facilitan el crecimiento de la conciencia de clase del proletariado. Así, por una parte, menciona factores tales como el aumento en la disparidad relativa entre los salarios del trabajador y el beneficio obtenido por el capitalista; el hecho de que el trabajador, bajo el estímulo de las necesidades económicas, se ve reducido progresivamente a la condición de mero «apéndice de la máquina», con las consecuencias alienantes que esto tiene para su disfrute del trabajo; y el crecimiento de un enorme «ejército de reserva» de trabajadores semi-permanentemente desempleados. A la segunda categoría pertenece la «simplificación» cada vez mayor de la estructura de clases por la eliminación de las clases de transición; la concentración de los trabajadores en organizaciones industriales en gran escala; el crecimiento de los medios nacionales de comunicación, que hace posible la formación de sindicatos centralizados y de partidos políticos obreros; y el proceso general de secularización alentado por el capitalismo

que permite un entendimiento totalmente racional de la misión histórica de la clase obrera. El problema en relación con estos últimos fenómenos es que expresan no las consecuencias específicas de la naturaleza explotadora de la interdependencia del trabajo asalariado y del capital, sino más bien el carácter del modo de producción que, engendrado por el propio capitalismo, habrá de sustituirlo eventualmente —esto es, un sistema de producción socializado, basado en la adaptación racional de la producción a las necesidades.

### 3. Trabajo productivo e improductivo

Algo fundamental en la concepción de Marx del materialismo histórico es la noción del «hombre como productor». El hombre se distingue de los animales tan pronto como empieza a producir; en el proceso de producción, modifica el mundo material a la vez que se cambia a sí mismo —poniendo de este modo en marcha un intercambio dialéctico que subyace en toda la cultura intelectual y tecnológica humana. El correlato de este énfasis general en la teoría de las clases es la idea del trabajo productivo como opuesto al trabajo improductivo, que Marx considera la razón de ser de la teoría del valor, tal y como fue formulada en la teoría económica clásica. La teoría del trabajo del valor fue ideada originalmente como un soporte de la opinión de los primeros economistas políticos de que la nobleza poseedora de la tierra era un grupo parasitario que se beneficiaba del trabajo de otros —supuesto que también inserta Saint-Simon en su contraste entre feudalismo y «sociedad industrial». Al denunciar el origen de la plusvalía en la economía capitalista, Marx trataba de volver la teoría del trabajo-valor contra sus propios defensores mostrando que la nueva sociedad que reemplazaba al feudalismo era todavía una sociedad dividida entre aquellos que creaban valor y aquellos que eran parasitarios respecto al valor creado por los otros.

Lo afortunada que pueda ser la descripción de Marx del valor o la plusvalía en términos de las exigencias técnicas de la teoría económica —al predecir los precios, etc.— no hace al caso. Lo que es importante son sus implicaciones para la teoría de las clases. Al discutir este punto es necesario recalcar el papel esencial de la teoría del trabajo del valor en la obra de Marx. No en vano se ha dicho de Marx que «fue el único ricardiano que llevó hasta sus últimas consecuencias la teoría del trabajo-valor»<sup>26</sup>. Pues incluso el propio Ri-

<sup>26</sup> George Lichtheim, *Marxism* (Londres, 1964), p. 172.

cardo, especialmente hacia el fin de su carrera, reconoció que otros factores además del trabajo creaban valor<sup>27</sup>. Marx no lo hizo, y si bien su coherencia en este sentido permitió clarificar elementos confusos u oscuros en las obras de sus predecesores, ello dio origen a importantes dificultades en el análisis de la estructura de clases del capitalismo. El trabajo productivo, esto es, el trabajo que crea valor, depende, según Marx, de la interacción entre la naturaleza y la fuerza de trabajo humana. Aquellos cuyo trabajo puede describirse en estos términos crean la plusvalía de la que viven los hombres que se ocupan de actividades «improductivas»; en el capitalismo, esto se refiere a la clase obrera, que produce los bienes que son comprados y vendidos en el mercado. Las operaciones del mercado, la circulación de mercancías o de dinero, mediante las cuales los bienes son convertidos en dinero o viceversa, es intrínsecamente improductiva. Aquellos cuyas ocupaciones consisten en la administración de estas operaciones viven de la plusvalía creada por el trabajador.

El resultado de esto, sin embargo, es relacionar la estructura económica del capitalismo demasiado íntimamente con la del feudalismo, como sistema de producción agraria. En una sociedad en la que la mayoría de la población está empleada en la agricultura, con un nivel próximo a la subsistencia, tiene algún sentido dividir la población en una masa de «productores» y en una minoría de «no productores» que, al vivir de la plusvalía creada por el grupo anterior, se encuentran en una posición de explotación en relación con los primeros; y esto proporciona una aproximación bastante exacta al eje fundamental de la estructura de clases de este tipo de sociedad. En el feudalismo el señor se apropia del producto excedente del campesino y lo utiliza directamente para su propio consumo. Pero no sucede así en el capitalismo, que depende de una economía monetaria para poder cambiar los bienes en un gran mercado. El complejo proceso de «distribución» es imprescindible para este último tipo de economía y para las otras formas de organización social que engendra. Si bien la teoría de la explotación desarrollada por Marx en relación con el origen de la plusvalía en el capitalismo le permite trazar un estrecho paralelismo entre el sistema clasista del

<sup>27</sup> Así escribió, hablando de sus *Principles of Political Economy*, que si tuviera que volver a escribir el capítulo sobre el valor, «reconocería que el valor relativo de las mercancías estaba regido por dos causas en vez de por una, a saber, por la cantidad relativa de trabajo necesario para producir las mercancías en cuestión, y por la tasa de beneficio durante el tiempo que el capital permanece inactivo y hasta que las mercancías son llevadas al mercado» (*Letters of David Ricardo to John Ramsey McCulloch*, Nueva York, 1895, p. 71).

capitalismo y el sistema que le precedió en la historia, contribuye también a oscurecer el significado de la estructura administrativa de la nueva sociedad.

En consecuencia, los trabajadores empleados en trabajos «no productivos» pero que, sin embargo, carecen de propiedad tienen una posición ambigua en la teoría de Marx. La afirmación de que Marx no fue consciente del crecimiento del «sector de cuello blanco» propiciado por la expansión del capitalismo no resiste un examen; de hecho, Marx se refiere a este grupo directamente en varios momentos de su obra. Pero no fue capaz de incorporar un tratamiento satisfactorio del mismo a su teoría. (Dado que los trabajadores en puestos administrativos son «no productivos» y su existencia depende de la apropiación de una porción del producto excedente del trabajo manual, parecería que en realidad forman parte de la clase dominante.) Pero, por otra parte, dado que se encuentran, al igual que los trabajadores manuales, apartados del control de sus medios de producción, deben vender su fuerza de trabajo en el mercado a fin de asegurarse sus medios de vida. Aparte de las dificultades que presenta el determinar qué género de afiliaciones manifiestas de tipo político y de clase debe esperarse que desarrollen, según la teoría de Marx, estos trabajadores, surgen problemas evidentes al comparar la «sociedad clasista» del capitalismo con el orden «sin clases» del futuro. Pues si el carácter «explotador» del capitalista viene dado por la extracción de plusvalía del trabajo productivo, entonces la abolición de la explotación en la sociedad sin clases aparentemente implicaría la vuelta a una situación en la que el trabajo cosecha la recompensa total del valor que ha creado. Pero esto es, a todas luces, imposible, dada la multiplicidad de funciones administrativas que entraña el modo de producción capitalista —funciones cuya importancia aumenta en vez de disminuir con el advenimiento de un mercado socializado. *Cualquier* forma de sociedad, por tanto, que dependa de la producción y el intercambio de bienes en gran escala, debe necesariamente implicar, con arreglo a la teoría económica de Marx, la extracción de plusvalía de la mayoría productora. Nada en la obra de Marx indica qué mecanismos controlarán la «tasa» de extracción de plusvalía en la sociedad socialista y cómo se distribuirá el valor acumulado. Con independencia de unas breves declaraciones en la *Crítica al Programa de Gotha*, que en cualquier caso se refieren sólo a la «etapa de transición» del capitalismo al socialismo, Marx evita el problema puesto que una vez más pertenece a aquellas cuestiones cuya solución se deja para la «etapa superior» del comunismo.



] El carácter insatisfactorio de la concepción marxiana del «trabajo improductivo» también ayuda a explicar el relativamente escaso desarrollo de la teoría de la burocracia en su obra. La burocracia es un «poder independiente» únicamente en la medida en que representa el interés de una sola clase en su dominación explotadora sobre otra; y Marx sólo estudia la burocracia en relación con el Estado y con su prevista superación por el socialismo; cualesquiera que sean las deficiencias del análisis de Weber de la burocracia (algunas de las cuales, como discutiré más adelante, pueden clarificarse el compararlas con el punto de vista marxiano), sirve para llamar la atención sobre problemas ampliamente ignorados por Marx.

#### 4. La forma de las relaciones de clase

Al identificar las dos clases principales del capitalismo, Marx simplemente se apoderó de la terminología de su época al emplear los términos «burguesía» o «capitalista», por una parte, y «proletariado» o «clase obrera», por otra. En relación con el «modelo abstracto» de clases de Marx, este esquema no presenta dificultades especiales; la burguesía está compuesta por aquellos que poseen y emplean el capital mientras que el proletariado lo constituye la masa de trabajadores sin propiedad que venden su fuerza de trabajo al grupo anterior. Sin embargo, en un nivel empírico, como bien sabía Marx, esta nítida simplicidad no es tan fácil de conciliar con la complicada estructura de las formas reales de la sociedad. En cada una de las principales sociedades europeas de la época de Marx (sin excluir la Francia «revolucionaria»), los grupos «precapitalistas» o las «clases de transición» mantenían su importancia en todos los niveles de la estructura social; y Marx reconocía que, en la mayor parte de las circunstancias, las clases son entidades internamente diversificadas antes que homogéneas. Pero, si bien estudió estas cuestiones con alguna amplitud en relación con el análisis histórico de sociedades específicas, realmente no las confrontó a un nivel teórico.

Una cuestión de cierto peso es la de la movilidad entre las clases —un fenómeno al que se da una gran importancia en la teoría de Saint-Simon. La opinión de Marx estaba determinada aparentemente por su actitud hacia la concepción de la «igualdad de oportunidades» como una ideología burguesa que enmascaraba la realidad de las relaciones de clase. En general, parece haber aceptado sin cuestionarlo demasiado que, si esa ideología fue en algún momento algo más que una mera ficción, lo fue sólo en las primeras etapas del desarrollo capitalista, en las que hombres de origen humilde se

convirtieron en empresarios capitalistas de éxito —aunque Marx se burlaba de los economistas políticos que consideraban la combinación de «iniciativa» y austeridad personal mostrada por tales *self-made men* como una explicación y como una legitimación del poder del capital. Pero con la posterior madurez del capitalismo como modo dominante de producción, el capital se auto-reproduce y, en consecuencia, las dos clases principales se convierten cada vez más en grupos que, en gran medida, se auto-reclutan a través de las generaciones. Excepto en unos pocos comentarios sobre el caso especial de los Estados Unidos, donde la fluidez del «intercambio entre las clases» retrasaba el desarrollo de la conciencia de clase del proletariado, Marx prestó poca atención a la posible influencia de la movilidad sobre las formas de relación de clases y de conciencia de clase al emplear las nociones recibidas de «burguesía» y «proletariado». Indudablemente la queja de Aron sobre el carácter un tanto indefinido de las clases en la teoría de Marx está justificada. El uso indiscriminado por parte de Marx del término «clase» le permite deslizarse sobre algunas de las dificultades que encierra esta cuestión: si, por ejemplo, el significado fundamental de «burguesía» es lo suficientemente claro —al referirse a los poseedores de capital en gran escala— Marx también utiliza frecuentemente la palabra en un sentido mucho más amplio y en una forma mucho menos definida —incluyendo en ella a varias categorías de personas, tales como los funcionarios del gobierno, abogados, etc., que se supone que están en algún sentido al servicio de los intereses de este grupo más restringido. La importancia del problema es más que formal. Porque un teorema fundamental en la obra de Marx es la subordinación del poder político respecto del poder económico, tal y como se manifiesta en la propiedad del capital. Pero al modificar su empleo de «clase» para incluir a veces tanto categorías políticas como económicas, Marx frecuentemente tiende a dar por supuesto algo que habría que demostrar.

Me ocuparé de estos y de otros problemas especialmente en los dos capítulos siguientes, dedicando el capítulo 8 a llevar a cabo un estudio general del desarrollo capitalista.

## Capítulo 6

### REPLANTEAMIENTO DE LA TEORIA DE LAS CLASES (I)

Una gran parte de la abigarrada historia del concepto de clase ha de entenderse en función de las cambiantes preocupaciones de los que han empleado la noción, preocupaciones que reflejan diversos cambios de orientación dentro de la propia sociología. Apenas si es necesario insistir en que, en la obra de Marx, este concepto es el elemento fundamental de una interpretación generalizada de la sucesión de los diferentes tipos de sociedad a través de la historia; y que la originalidad de la aplicación del mismo por parte de Marx no estriba tanto en la elaboración de la propia noción como en su intento de demostrar cómo la estructura de clases del capitalismo origina un nuevo orden sin clases. Decir sencillamente que utiliza la palabra «clase» en un sentido «explicativo» mientras que muchos autores posteriores han procurado emplearla como una categoría «descriptiva», es falsear el punto principal de la cuestión cuando se compara el empleo marxiano del término con los posteriores intentos de enmendarlo o reconstruirlo dentro de un esquema sociológico no marxista. La fuerza motriz esencial en el empeño de Marx y lo que da a su pensamiento una gran parte de su atractivo irresistible se encuentra en la tesis de que el carácter íntimo del capitalismo (paralelizado, por supuesto, en el análisis de otros tipos de sociedad anteriores, la sociedad antigua y la feudal) se revela demostrando la naturaleza de la relación de clase entre capital y trabajo asalariado. El concepto de clase, como lo empleó Marx, tiene poco significado cuando se le saca del contexto del

esquema general, y, como he indicado en el último capítulo, las debilidades y las dificultades que van unidas al concepto marxiano se derivan principalmente de aspectos de la teoría de Marx frecuentemente considerados como separables de su uso de la noción de clase como tal.

Intentaré mostrar que se puede conseguir una fructífera reconceptualización de la noción de clase tomando como punto de partida estos aspectos de la obra de Marx; pero que tal reconceptualización debe ampliarse para que pueda incluir las nociones de «sociedad clasista» y «ausencia de clases». Esto, a su vez, implica una revitalización de ideas que, si bien forman parte del armazón conceptual marxiano, han sido abandonadas en gran parte por los sociólogos no marxistas.

### 1. Propiedades formales del concepto de clase

En el capítulo anterior he sugerido ya ciertos atributos generales que deben considerarse como características preliminares de la «clase», a saber, que una clase es un agregado en gran escala de individuos compuesto por relaciones definidas impersonalmente y nominalmente «abierto» en su forma. Llegado este momento debemos avanzar hacia una definición más positiva del concepto de clase.

Uno de los aspectos más confusos de la mayor parte de la bibliografía sobre el tema es que mientras que algunos enfoques (por ejemplo, el de Marx) suponen la existencia de sólo un número limitado de clases en cualquier tipo de sociedad dada, otros reconocen una multiplicidad indefinida de clases. Esto se refleja en el lenguaje cotidiano de la sociología: mientras que algunos autores hablan, por ejemplo, de «clase obrera», otros se refieren a «clases trabajadoras». Debería estar claro que el empleo de una concepción dicotómica de clase, como un «modelo abstracto», no conduce necesariamente al reconocimiento de un número restringido de clases. Que sea cierto o no lo señalado en último lugar depende de la naturaleza del criterio que se emplee como eje de la dicotomía. Dado que la concepción marxiana pone el acento sobre la propiedad o la exclusión de la propiedad de los medios de producción, se produce inevitablemente una imagen relativamente simple de la estructura de clases empírica, sólo complicada por la existencia de «clases de

<sup>1</sup> El empleo de Marx al respecto es variable: a menudo habla de las «clases trabajadoras», «clases dominantes».

transición». El análisis weberiano es más complejo; mientras las *Besitzklassen* y *Erwerbsklassen* conservan el criterio de propiedad de los medios de producción, se introduce el factor adicional de la «cualificación negociable en el mercado», diferenciando así entre los que no tienen propiedad. Finalmente, el empleo por Dahrendorf de la posesión o la exclusión de la autoridad, aunque intrínsecamente constituye un modelo simple, produce un número potencialmente casi infinito de clases cuando se aplica a cualquier sociedad existente.

Como puntualiza Ossowski, los modelos dicotómicos han sido empleados generalmente por los que desean subrayar la relevancia del conflicto de clases. Pero, como ya he señalado, la conexión no es absolutamente necesaria; los esquemas dicotómicos pueden emplearse y han sido empleados por los que desean acentuar la armonía natural entre las clases. Lo que relaciona un modelo dicotómico con una concepción de conflicto de clases es que se supone que la división dicotómica en cuestión entraña una oposición de intereses entre dos clases, lo cual a su vez tiende a implicar la existencia de unas relaciones de explotación entre ellas, por las que una clase es capaz de asegurarse ciertos beneficios a expensas de la otra. La insuficiencia más importante de las interpretaciones dicotómicas de la estructura de clases es que, por su misma naturaleza, dificultan desde un punto de vista conceptual el reconocimiento de la existencia de las clases «medias». El esquema marxiano responde al problema de las clases medias de dos formas (véase anteriormente la página 33). Una, considerándolas como parte de un orden de clases dicotómico de un tipo diferente. En este sentido, la burguesía es una clase media en relación con la sociedad post-feudal. Pero esto, en realidad, es negar que la burguesía sea una clase «media» en el sentido de una clase que se interpone entre otras dos en un sistema único de clases; y, por supuesto, nadie ha sugerido nunca que se llame al proletariado una clase «media». La otra forma de enfrentarse con la dificultad en la teoría de Marx es considerar como «clase» lo que, en realidad, por referencia a la orientación global del pensamiento marxiano, únicamente es un segmento de clase. Así, la pequeña burguesía, si ha de considerarse como una clase independiente de la gran burguesía, lo es en virtud de una diferencia en la escala de las empresas que se poseen, no porque se encuentre en una posición de explotación *vis-à-vis* de esta última.

Ninguna de estas soluciones es totalmente satisfactoria ni tampoco logra comprender a ese grupo que siempre ha escapado a un análisis adecuado en términos marxistas: la «nueva clase media» del capitalismo. Si se acepta, sin embargo, que el abandono del modelo dicotómico no entraña necesariamente el renunciar a la noción

de conflicto de clases, entonces se desprende que la mayoría de los problemas tradicionales del análisis de las clases desarrollado desde el punto de vista marxista pueden ser acometidos desde un esquema diferente —junto con otros problemas que Marx elude o que no pueden ser analizados fácilmente desde su óptica. La alternativa más evidente en la literatura que hemos revisado anteriormente es la establecida por Weber. Pero, por las razones ya expuestas, no es aceptable tal y como está. Los diversos planos de las dos formulaciones weberianas del concepto de clase no quedan siempre definitivamente resueltos (esto es, las relaciones entre la formulación general de la «posición de clase» en su primera exposición y la tipología de las *Besitzklassen* y *Erwerbsklassen* en su estudio posterior). Además, no especifica claramente cómo la variedad potencialmente muy amplia de «posiciones de clase» diferentes va a reducirse a un número de clases lo suficientemente manejable como para explicar los componentes principales de la estructura social y del proceso de cambio social.

Al clarificar algunas de estas cuestiones podemos partir de una premisa que es fundamental tanto para Marx como para Weber: en el capitalismo, *el mercado es intrínsecamente una estructura de poder* en la que la posesión de ciertos atributos da ventajas a algunos grupos de individuos en relación con otros. Aun cuando es una estructura de poder, el mercado *no es un sistema definido normativamente de autoridad* en el que la distribución del poder, como tal, está legitimada. (Los derechos de la propiedad, y de la venta del trabajo, son derechos de la alienación o disposición de *bienes* («mercancías» en el sentido marxiano), que apuntalan el sistema de poder, no a pesar, sino por el hecho de que se especifican en términos de libertad de intercambio económico.) El funcionamiento de las relaciones de mercado evidentemente presupone la existencia de unos acuerdos normativos (en último extremo sancionados por el Estado) que definen las condiciones generales que rigen la formación de las relaciones contractuales, etc.; pero estas normas especifican meramente las fronteras de la estructura. El mercado es así un sistema de relaciones económicas que se basa en la fuerza de negociación relativa de los diferentes grupos de individuos. El desarrollo del capitalismo destruye la diferenciación entre el mercado de trabajo y el de mercancías que existe en las formas más rudimentarias de economía, dado que el propio trabajo se convierte en una mercancía. Esta es la base, por supuesto, del modelo dicotómico de Marx; los que carecen de propiedad están casi por completo despojados de poder en la negociación en comparación con los propietarios de los medios de producción. Al aceptar que «la propiedad y la falta de

propiedad son las categorías básicas de todas las situaciones de clase», Weber adopta la misma óptica, aunque procede a sugerir más adelante que podemos identificar otros atributos que crean diferencias de clase entre los que carecen de propiedad.

El defecto de la reinterpretación weberiana del punto de vista de Marx es que no es lo suficientemente radical. Aunque Weber reconoce el carácter insatisfactorio del enfoque marxiano, en especial en lo que se refiere a la categoría indiferenciada de los que carecen de propiedad, no llega lo suficientemente lejos en el desarrollo de las implicaciones de su propia concepción. Dahrendorf ha sugerido que podemos poner sobre los pies el concepto de propiedad de Marx en función de su relación con el de autoridad; las implicaciones de los análisis de Weber son, sin embargo, que la concepción de propiedad se puede «invertir» o generalizar de una forma diferente, que no sacrifique los fundamentos económicos del concepto de clase. La «propiedad» se refiere, no a ninguna característica de los objetos físicos como tales, sino a derechos que están relacionados con ellos, y que a su vez confieren ciertas capacidades al «propietario». En el mercado, por supuesto, la importancia del capital como propiedad privada radica en que confiere ciertas capacidades muy definidas a su poseedor en comparación con los que son «no propietarios» —los que no son poseedores de sus medios de producción. Pero podemos percibir inmediatamente que, incluso en el enfoque marxiano, la noción de «no propiedad» es algo así como un nombre equivocado. Porque si la «propiedad» se concibe como un conjunto de capacidades de acción en relación con el funcionamiento del mercado, es evidente que el trabajador asalariado posee dichas capacidades. La «propiedad» del trabajador asalariado es la fuerza de trabajo que pone en venta al entrar en la relación contractual. Si bien esto le coloca fundamentalmente en una posición de desventaja en la negociación competitiva con respecto al dueño del capital, esto no constituye simplemente una relación de poder de dirección única: el patrono necesita de la «propiedad» que posee el trabajador asalariado y debe atender al menos mínimamente a las exigencias de éste —si quiere evitar la retirada colectiva de la fuerza de trabajo como posible sanción. Sería apartarse demasiado de la terminología usual el referirnos tanto al capital como a la fuerza de trabajo del obrero como «propiedad»; y, de todos modos, la cuestión es más bien que la «propiedad» (capital) es un caso particular de capacidad para determinar el resultado de la negociación y no a la inversa. Así pues, continuaré hablando más adelante de «propiedad» (de los medios de producción) en un sentido convencional y utilizaré el término «capacidad de mercado» de una manera inclu-

siva para referirme a todas las formas de atributos relevantes que los individuos puedan aportar a la negociación.)

Es un hecho elemental que allí donde la posesión de la propiedad se concentra en manos de una minoría y en una sociedad en la que la masa de la población está empleada en la producción industrial, la inmensa mayoría pone, en consecuencia, su fuerza de trabajo en venta en el mercado. Debido a su énfasis general sobre el «trabajo productivo», y a causa de su previsión de que la reducción de las operaciones productivas a un nivel de cualificación homogéneo es algo intrínseco a la naturaleza misma de la moderna tecnología, Marx no logró comprender el significado potencial de las diferencias en la capacidad de mercado que no se deriven directamente del factor propiedad. Tales diferencias, parece claro, dependen del valor de escasez de lo que el individuo «posee» y puede ofrecer en el mercado. Como indica Weber, la posesión de «cualificaciones» reconocidas —incluyendo las educativas— es el principal factor que influye en la capacidad de mercado. Las diferencias en la capacidad de mercado pueden emplearse, como han indicado varios autores recientes, para asegurarse beneficios económicos distintos de los ingresos como tales. Estos comprenden, principalmente, seguridad en el empleo, posibilidades de promoción en la profesión y una gama de «beneficios marginales», tales como derechos de pensión, etc.<sup>2</sup> De la misma forma que las capacidades que los individuos aportan al proceso de negociación se pueden considerar como una forma de «propiedad» que intercambian en el mercado, así estos beneficios materiales se pueden concebir como «bienes» que se obtienen mediante la venta de la fuerza de trabajo.

En la estructura de mercado del capitalismo competitivo, todos los que participan en el proceso de intercambio están en un cierto sentido en conflicto (de intereses) con los demás para acceder a los escasos beneficios. El conflicto de intereses puede crearse por la existencia de muchas especies de capacidades de mercado diferentes. Más aún, las posibles relaciones entre formas «con propiedad» y «sin propiedad» de capacidad de mercado son diversas. Las inversiones especulativas en propiedades pueden, por ejemplo, ser una de las ventajas específicas del mercado utilizadas por los que ocupan determinados empleos (así, los directivos con frecuencia pueden utilizar «sus conocimientos internos» para beneficiarse de transacciones so-

<sup>2</sup> Ver, por ejemplo, David Lockwood, *The Blackcoated Worker* (Londres, 1958), pp. 202-4; Frank Parkin, *Class Inequality and Political Order* (Londres, 1971).



bre la propiedad). El propio Marx, por supuesto, reconocía la existencia de conflictos persistentes de intereses dentro de los grupos propietarios: especialmente, entre los sectores financiero e industrial de la gran burguesía y entre ésta y la pequeña burguesía.

¡Hemos aludido ya, al referirnos a Weber, a la dificultad de identificar «clase» con capacidad común de mercado. Aun cuando el concepto de Weber de «situación de mercado» logra evitar con éxito alguna de las rigideces del esquema marxiano, tiende a implicar el reconocimiento de una engorrosa pluralidad de clases. ¡Se diría que existen tantas «clases», y tantos «conflictos de clases», como diferentes posiciones de mercado. El problema, sin embargo, no estriba en reconocer la diversidad de las relaciones y conflictos creados por el mercado capitalista como tal, sino en llevar a cabo la *transición teórica de dichas relaciones y conflictos a la identificación de las clases como formas estructurales*. El carácter, poco satisfactorio y mal definido, de las relaciones entre la «posición de clase», la tipología de las *Besitzklassen* y *Erwerbsklassen* y las «clases sociales» en la obra de Weber ha sido ya mencionado. Pero el problema no se reduce, en absoluto, al esquema teórico de Weber. Marx era, ciertamente, consciente del carácter problemático de los lazos existentes entre la clase como conjunto latente de características generadas por el sistema capitalista y la clase como entidad dinámica e histórica, como «agente histórico». Pero su oposición entre clase «en sí» y clase «para sí» es, ante todo, una distinción entre las relaciones de clase como agregado de conexiones económicas, por una parte, y la conciencia de clase, por otra. Este énfasis estaba dictado en gran parte por el carácter de los intereses de Marx, que consistían, sobre todo, en entender y promover la aparición de una conciencia de clase revolucionaria en el seno del sistema capitalista. Aunque sería faltar a la verdad sostener que Marx ignoraba esto por completo, cabe señalar que apenas prestó atención a los modos en que las clases, basadas en un conjunto de relaciones económicas, llegan a ser o se «expresan» a través de formas sociales definidas.

Tampoco el tema ha sido tratado adecuadamente en las obras de los autores posteriores. De hecho, uno de los principales dilemas de la teoría de las clases —que ocupa un lugar central, por ejemplo, en los estudios de Aron— es el de identificar la «realidad» de la clase. No sólo ha habido una considerable controversia sobre si la clase es una categoría «real» o «nominal», sino que muchos han aducido que, dada la dificultad o imposibilidad de establecer las «fronteras» entre las clases con un cierto grado de claridad, debemos abandonar la noción de clase como concepto útil desde un punto

de vista sociológico<sup>3</sup>. Sólo Dahrendorf parece haber intentado resolver el problema dentro del marco de una teoría general de las clases, y puesto que su identificación de clase con divisiones de autoridad es inaceptable, su análisis no sirve de gran cosa.

Los principales problemas de la teoría de las clases, en mi opinión, no se refieren tanto a la naturaleza y aplicación del propio concepto de clase, como a lo que, a falta de término mejor habré de denominar *estructuración de las relaciones de clase*<sup>4</sup>. Después de Marx la mayoría de los intentos de revisar la teoría de las clases han tratado de llevar a cabo esta tarea, fundamentalmente, refinando, modificando o sustituyendo con una noción totalmente diferente el concepto de clase marxiano. Si bien es útil seguir y desarrollar algunas de las ideas de Weber a este respecto, los puntos oscuros más importantes en la teoría de las clases se refieren a los procesos mediante los cuales las «clases económicas» se convierten en «clases sociales», y cómo a su vez estas últimas se relacionan con otras formas sociales. Como Marx insistentemente señalaba al criticar las premisas de la economía política, todas las relaciones económicas, y cualquier tipo de «economía», presuponen un conjunto de relaciones sociales entre los productores. Al defender la necesidad de conceptualizar la estructuración de las relaciones de clase no deseo en absoluto cuestionar la legitimidad de esta visión, sino más bien llamar la atención sobre *los modos en que* las relaciones «económicas» se transforman en estructuras sociales «no económicas».

Una causa de la ambigüedad terminológica y de la confusión conceptual en la utilización del término «clase» se debe a que se ha empleado frecuentemente para referirse tanto a una *categoría* económica como a un conjunto especificable de agrupamientos sociales. Así, Weber emplea el término en estos dos sentidos, aunque trata terminológicamente de indicar la diferencia entre «clase» (como una serie de «posiciones de clase») y «clase social». Pero para insistir en que el estudio de la clase y del conflicto de clases debe ocuparse de la interdependencia entre la economía y la sociedad, no es necesario identificar el término «clase» con las divisiones y los intereses originados por el mercado como tal. En consecuencia, en lo que resta de este libro, emplearé el término en el sentido weberiano de «clase social» —adecuadamente explicado. Aun cuando pueden existir una multiplicidad indefinida de intereses intersectoriales engen-

<sup>3</sup> Ver Robert A. Nisbet, «The decline and fall of social class», *op. cit.*

<sup>4</sup> Lo que denomino estructuración de clase, Gurvitch lo llama negativamente «résistance à la pénétration par la société globale». Georges Gurvitch, *Le concept de classes sociales de Marx à nos jours* (Paris, 1954), p. 116 y *passim*.

drados por las diferentes capacidades del mercado, sólo existe, en una sociedad dada, un número limitado de clases.

Puede ser útil en este momento definir lo que *no* es una clase. Primero, no es una «entidad» específica —esto es, una forma social delimitada en el sentido en que lo es una firma comercial o una universidad— y no posee una identidad sancionada públicamente. Es extremadamente importante recalcar esto, dado que el uso lingüístico establecido frecuentemente nos lleva a aplicar verbos activos al término «clase»; pero el sentido en el que una clase «actúa» en una cierta forma o «percibe» elementos de su entorno al igual que un agente individual, es altamente elíptico y esta especie de empleo verbal debe evitarse siempre que sea posible. Del mismo modo quizá sea erróneo hablar de «afiliación» a una clase, puesto que esto puede implicar la participación en un «grupo» definido. Esta forma de expresión, sin embargo, es difícil de evitar y no intentaré hacerlo en adelante. En segundo lugar, la clase ha de distinguirse del «estrato» y la teoría de las clases del estudio de la «estratificación». El último comprende lo que Ossowski llama un esquema de gradación, entraña un criterio o conjunto de criterios por el que los individuos pueden ser ordenados descriptivamente según una escala. La distinción entre clase y estrato es de nuevo una cuestión de cierta importancia y se relaciona directamente con el problema de las «fronteras» de la clase. Pues las divisiones entre estratos, desde el punto de vista analítico, pueden trazarse con mucha precisión, puesto que se pueden situar en una escala de medida —como, por ejemplo, con el «estrato de renta». Las divisiones entre clases no son *nunca* de este tipo; ni tampoco se prestan a una fácil visualización en términos de cualquier escala ordinal de «más alto» y «más bajo», como sucede con los estratos —aunque, una vez más, este tipo de imágenes no pueden evitarse totalmente. Finalmente, debemos distinguir claramente entre clase y élite. La teoría de las élites, formulada por Pareto y Mosca, se desarrolló, en parte, como un rechazo consciente y deliberado del análisis de clases. Los teóricos de la élite sustituyen el concepto de relaciones de clase por la oposición entre «élite» y «masa»; y en lugar de la yuxtaposición marxista entre sociedad clasista y ausencia de clases adoptan la idea de una sucesión cíclica de las élites *in perpetuo*. Su empleo de términos tales como «clase gobernante» y «clase política» son de hecho confusos e ilegítimos. Más adelante argumentaré, sin embargo, que el concepto de élite no es, en absoluto, incompatible con la teoría de las clases; por el contrario, despojado de ciertas connotaciones que algunas veces la han hipotecado, la noción es de importancia esencial.

## 2. La estructuración de las relaciones de clase

Inicialmente, es útil distinguir la estructuración *mediata* de las relaciones de clase de la *inmediata*. Con el primer término, me refiero a los factores que intervienen entre la existencia de unas capacidades de mercado dadas y la formación de las clases como grupos sociales identificables, esto es, que operan como formas de relación «total» entre el mercado, por una parte, y los sistemas estructurados de relaciones de clase, por otra. Al utilizar la última expresión me refiero a los factores «localizados» que condicionan o moldean la formación de la clase. La estructuración mediata de las relaciones de clase se rige sobre todo por la distribución de las posibilidades de movilidad que existen dentro de una sociedad dada. La movilidad ha sido considerada algunas veces como si fuera posible en gran parte separarla de la determinación de la estructura de clases.<sup>5</sup> Según el famoso ejemplo de Schumpeter, las clases pueden concebirse como vehículos capaces de transportar constantemente «pasajeros» diferentes sin cambiar de forma en ningún momento. Pero aunque la analogía sea irresistible a primera vista, no soporta un examen detenido, especialmente dentro del esquema que sugiero.<sup>5</sup> En general, cuanto mayor sea el grado de «cierre» de las posibilidades de movilidad —tanto intergeneracionalmente como dentro de la profesión del individuo— mayores son las facilidades para la formación de clases identificables. Porque el efecto del cierre desde el punto de vista del movimiento intergeneracional es proporcionar la *reproducción* de las experiencias vitales comunes a través de las generaciones; y esta homogeneización de la experiencia se ve reforzada hasta un punto en que el movimiento del individuo dentro del mercado de trabajo se ve confinado a ocupaciones que producen un abanico similar de resultados materiales. [En general, podemos afirmar que la estructuración de las clases se ve facilitada *en la medida en que el cierre de la movilidad existe en relación a cualquier forma específica de capacidad de mercado.*] Existen tres clases de capacidad de mercado que puede decirse son importantes a este respecto: la posesión de la propiedad de los medios de producción; la posesión de cualificaciones educativas o técnicas; y la posesión de fuerza de

<sup>5</sup> Podemos, sin embargo, estar de acuerdo con Schumpeter en que «La familia, no la persona física, es la verdadera unidad de la clase y de la teoría de clase» (Joseph Schumpeter, *Imperialism. Social Classes*, Cleveland, 1961). Esto, de hecho, es totalmente compatible con la idea de que la movilidad es fundamental para la formación de clase.

trabajo manual.} En la medida en que éstas tienden a estar unidas a pautas cerradas de movilidad intergeneracional e intrageneracional, la situación deriva hacia la consolidación de *un sistema básico de tres clases* en la sociedad capitalista: unas clases «alta», «media» y «baja» u «obrero».} Pero, como se ha indicado previamente, es una característica intrínseca del desarrollo del mercado capitalista el que no existan limitaciones legalmente establecidas o prescritas formalmente sobre la movilidad y de aquí que se deba insistir en que no existe nunca nada que ni siquiera se aproxime a un cierre completo. A fin de explicar el nacimiento de clases estructuradas, debemos considerar además los orígenes inmediatos de la estructuración.

¶ Existen tres fuentes relacionadas de estructuración inmediata de las relaciones de clase: la división del trabajo dentro de la empresa productiva; las relaciones de autoridad dentro de la empresa; y la influencia de lo que llamaré «grupos distributivos».} Ya he sugerido que Marx solía utilizar la noción de «división del trabajo» en un sentido muy amplio para referirse tanto a las relaciones de mercado como al lugar que ocupaban las tareas ocupacionales dentro de la organización productiva. Aquí emplearé el término únicamente en este segundo y más específico sentido. En el capitalismo, la división del trabajo en la empresa se rige en principio por la promoción de la eficacia productiva en relación con la maximalización de beneficios; pero aunque responde a las mismas exigencias que el mercado capitalista en general, la influencia de la división del trabajo debe separarse analíticamente como una causa distinta de estructuración ( y como se estudiará más adelante, como una influencia significativa sobre la conciencia de clase). } La división del trabajo, claro está, puede ser la base de la fragmentación así como de la consolidación de las relaciones de clase. Facilita la formación de clases hasta el punto de que crea grupos homogéneos que se agrupan de modo análogo a aquellos que alienta la estructuración mediata. Dentro del orden industrial moderno <sup>6</sup>, la influencia más significativa sobre la estructuración inmediata en la división del trabajo es indudablemente la de la técnica. El efecto de la técnica industrial ( más recientemente, sin embargo, modificada por la introducción de los sistemas cibernéticos de control) es crear una separación decisiva entre las condiciones de trabajo de los trabajadores manuales y las de los no manuales. El «cuidado de la máquina», de una forma u otra, independientemente de que requiera un alto nivel de cualificación manual, tiende a crear un entorno laboral bastante diferente

<sup>6</sup> Ver más abajo, pp. 313-18

del del empleado administrativo y normalmente refuerza un alto grado de separación física entre los dos grupos<sup>7</sup>.

Este efecto de la división del trabajo se traslapa así estrechamente con la influencia de la estructuración mediata de las relaciones de clase a través de la distribución desigual de las posibilidades de movilidad; pero es, a su vez, reforzado potencialmente por el sistema de autoridad típico de la empresa. En la medida en que los trabajadores administrativos participan en la elaboración o simplemente en la ejecución de las normas de autoridad tienden a separarse de los trabajadores manuales que están sujetos a esas normas. Pero la influencia de las diferencias de autoridad es también fundamental como factor que fortalece la estructuración de las relaciones de clase en los niveles «superiores». La propiedad, en otras palabras, confiere ciertas capacidades de mando fundamentales, llevadas al máximo dentro de la actividad «empresarial» en su forma clásica. En la medida en que esto sirve para sostener una división en la «cúspide», en el control de la organización (algo que se ve manifiestamente influido, pero no destruido del todo, si son ciertas algunas de las suposiciones propuestas por los partidarios de la teoría de la separación entre «la propiedad y el control») apoya la diferenciación entre clase «alta» y «media».

La tercera fuente de estructuración inmediata de las relaciones de clase nace en la esfera del consumo antes que en la de la producción. Según las interpretaciones tradicionales de la estructura de clases, incluyendo las de Marx y Weber, la «clase» es un fenómeno de la producción: las relaciones establecidas en el consumo son, por tanto, absolutamente distintas y secundarias con respecto a las que se forman en el contexto de la actividad productiva. No existe razón para apartarse de esta concepción general. Pero, sin desechar el punto de vista de que las clases se basan en última instancia en la estructura económica del mercado capitalista, es todavía posible considerar las formas de consumo como una influencia de gran peso sobre la estructuración de clases. Las nociones de Weber de «status» y «grupos de status», como he señalado antes, confunden dos elementos distintos: la formación de grupos de consumo, por una parte, y la formación de tipos de diferenciación social que se basan en alguna especie de valor no económico que proporciona una escala de «honor» o «prestigio», por otra. Si bien las dos pueden coincidir a menudo, no tienen por qué hacerlo de una forma necesaria, y merece la pena distinguir las terminológicamente. Así, llamaré «grupos distributivos» a aquellas relaciones que entrañan

<sup>7</sup> Lockwood. *The Blackcoated Worker*. *op. cit.*

formas comunes en el consumo de bienes económicos, independientemente de si los individuos implicados llevan a cabo cualquier tipo de evaluación consciente de su honor o prestigio en relación con otros; el «status» se refiere a la existencia de semejantes evaluaciones y un «grupo de status» es, entonces, cualquier conjunto de relaciones sociales que deriva su coherencia de la aplicación de éstas<sup>8</sup>.)

En lo que atañe a estructuración de clases los grupos distributivos son importantes en la medida en que se relacionan con los otros conjuntos de factores que hemos distinguido antes, en una forma tal que refuerzan las separaciones típicas entre las formas de capacidad de mercado. Los grupos distributivos más significativos son, en este sentido, aquellos formados a través de la tendencia hacia la segregación por comunidades o barrios. Semejante tendencia no se basa, generalmente, sólo en diferencias de ingresos, sino también en factores tales como el acceso a hipotecas sobre la vivienda, etc. La creación de «barrios de clase obrera» y «barrios de clase media» específicos, por ejemplo, se promueve naturalmente si a los dedicados al trabajo manual se les niegan los préstamos para comprar viviendas mientras que los que se ocupan de trabajos no manuales encuentran pocas dificultades para obtener dichos préstamos. Cuando la industria se sitúa fuera de las principales zonas urbanas, se desarrollan frecuentemente «comunidades de clase obrera» homogéneas en virtud de la dependencia de los trabajadores respecto de las viviendas que proporciona la compañía.

En resumen, en la medida en que las diversas bases de la estructuración de clases mediata e inmediata se superponen, las clases existirán como formaciones distinguibles. Lo que quiero decir —como se verá detalladamente en los próximos capítulos— es que *la combinación de las causas de estructuración mediata e inmediata que aquí se distinguen, crea una estructura de clase triple que es genérica de la sociedad capitalista*. Pero el modo en que esos elementos se fusionan para formar un sistema de clases específico en una sociedad dada, difiere significativamente según las variaciones en el desarrollo económico y político. Parece, pues, evidente que la estructuración no es nunca una cuestión de todo o nada. El problema de la existencia de diferentes «fronteras» de clase, por tanto, no es algo que pueda definirse *in abstracto*: uno de los objetivos específicos del análisis de clase en relación con las sociedades empíricas

<sup>8</sup> Cabe señalar que sería muy posible seguir subdividiendo la noción grupo de status: por ejemplo, con arreglo a si las evaluaciones del status en cuestión son hechas fundamentalmente por personas exteriores al grupo, y rechazadas por los de dentro, etc.

debe ser necesariamente el de determinar en cualquier caso dado, cuán fuertemente establecido está el «principio de clase» como modo de estructuración. Más aún, el funcionamiento del «principio de clase» puede implicar asimismo la creación de formas de estructuración dentro de las principales divisiones de clase. Un ejemplo de ello es el de lo que Marx denomina la «pequeña burguesía». En función del análisis precedente, es bastante fácil ver por qué la posesión de una pequeña propiedad de los medios de producción puede llegar a diferenciarse tanto de la clase alta como de la («nueva») clase media. Si sucede que las posibilidades de movilidad, ya sean intergeneracionales o intrageneracionales, desde una pequeña a una gran posesión de propiedad son escasas, esto probablemente mantendrá aislado al pequeño propietario de los miembros de la clase alta como tal. Pero el hecho de que goce de un control directivo en una empresa, por pequeña que sea, sirve para distinguirlo de los que forman parte de una jerarquía de autoridad en una organización más grande. Por otra parte, los ingresos y los otros beneficios económicos de la pequeña burguesía son bastante similares a los del trabajador de cuello blanco y, por tanto, pueden pertenecer a grupos distributivos similares. Una segunda influencia potencialmente importante sobre la formación de las clases se encuentra en el factor de la diferencia de cualificación dentro de la categoría general del trabajo manual. El trabajador manual que ha llevado a cabo un aprendizaje o un período comparable de entrenamiento, posee una capacidad de mercado que le coloca aparte del trabajador no cualificado o semi-cualificado. Este caso será estudiado detalladamente más adelante; es suficiente con indicar en este momento que existen ciertos factores que promueven la estructuración sobre la base de esta diferenciación en la capacidad de mercado (por ejemplo, que las posibilidades de movilidad intergeneracional entre los trabajadores manuales cualificados y los trabajadores de cuello blanco son considerablemente más altas que las de los trabajadores no cualificados o semi-cualificados).

Hasta ahora me he referido a la estructuración en una forma puramente formal, como si la clase pudiera definirse en términos de relaciones que no tienen «contenido». Pero esto evidentemente no es suficiente: si la clase se convierte en una realidad social, esta situación debe manifestarse en la formación de pautas comunes de conducta y de actitud. Desde el estudio de Weber de las clases y de los grupos de status, la noción de «estilo de vida» se ha venido a identificar normalmente como algo meramente relativo a la forma en la que un grupo de status expresa sus deseos de diferenciación. Sin embargo, en la medida en que existe una marcada convergen-



cia de las causas de estructuración antes mencionadas, las clases también tenderán a manifestar estilos comunes de vida.

Se puede establecer aquí una distinción inicial entre «reconocimiento de clase» (*class awareness*) y «conciencia de clase»<sup>9</sup>. Podemos decir que en tanto que la clase es un fenómeno estructurado, existirá la tendencia a un reconocimiento común y a aceptar unas actitudes y creencias similares, ligadas a un estilo de vida común, entre los miembros de la clase. El «reconocimiento de clase», en el sentido en que se emplea el término aquí, *no* implica una aceptación de que esas actitudes y creencias signifiquen una afiliación particular a una clase o de que existan otras clases, caracterizadas por actitudes, creencias y estilos de vida diferentes; la «conciencia de clase», por el contrario, tal y como empleo esta noción, implica ambas. La diferencia entre «reconocimiento de clase» y conciencia de clase es de índole fundamental, porque el primero puede adoptar la forma de *una negación de la existencia o de la realidad de las clases*<sup>10</sup>. Así, el «reconocimiento de clase» de la clase media, en la medida en que implica creencias que premian la responsabilidad y los logros individuales, es de este orden.

Dentro de las sociedades étnica y culturalmente homogéneas, el grado de estructuración de clases se halla determinado por la interrelación existente entre las fuentes de estructuración identificadas previamente. Pero muchas, si no la mayoría, de las sociedades capitalistas no son homogéneas en estos aspectos. Tradicionalmente, en la teoría de las clases, las divisiones raciales o religiosas han sido consideradas como otros tantos «obstáculos» para la formación de las clases como unidades coherentes. Esto puede ocurrir a menudo, siempre que estas divisiones den lugar a tipos de estructuración que se separan de los establecidos por el «principio de clase» (como fue típicamente el caso de las batallas que libró la retaguardia del feudalismo contra las fuerzas que propiciaban el nacimiento del capitalismo). La idea de que las divisiones étnicas o culturales sirven para diluir u obstaculizar la formación de clases es algo que está muy explícitamente señalado en la separación que hace Weber entre «clase» (económica) y «grupo de status». Pero esta concepción,

<sup>9</sup> No es, por supuesto, lo mismo que la «inconsciencia condicionada por la clase» de Lukács; pero creo que Lukács está en lo cierto al distinguir «niveles» de conciencia de clase cualitativamente diferentes. Lukács, *op. cit.*, pp. 52 ss.

<sup>10</sup> Cf. Poulantzas, *op. cit.* Es engañoso, sin embargo, hablar de *classes sans conscience*, como hace Crozier. Ver Michel Crozier, «Classes sans conscience ou préfiguration de la société sans classes», *Archives européennes de sociologie* 1, 1960; también «L'ambiguïté de la conscience de classe chez les employés et les petits fonctionnaires», *Cahiers internationaux de sociologie* 28, 1955.

en parte al menos, deriva su fuerza lógica del contraste entre estamento, como categoría constituida legalmente, y clase, como categoría económica. Si bien cabe acordarse, no obstante, que las bases de la formación de las clases y de los grupos de status (en el sentido en el que he empleado estos conceptos) son diferentes, aun así la tendencia a la estructuración de clases puede recibir un considerable impulso siempre que la clase coincida con el criterio de pertenencia a un grupo de status —en otras palabras, donde la estructuración derivada de la organización económica que «se traslapa», o, en términos de Dahrendorf se «super-imponē», sobre la que se deriva de categorizaciones valorativas basadas en diferencias étnicas y culturales<sup>11</sup>. Cuando esto es así, la misma afiliación a un grupo de status se convierte en una forma de capacidad de mercado. Tal situación frecuentemente ofrece la causa más poderosa posible de estructuración de clases, desarrollando claras diferencias en las actitudes, en las creencias y en el estilo de vida entre las clases. Donde las diferencias étnicas sirven como una capacidad de mercado «descalificadora», de forma que los pertenecientes a la categoría en cuestión se encuentran principalmente dedicados a las ocupaciones peor pagadas o entre los desempleados o semi-empleados crónicos, podemos hablar de la existencia de una *infraclasse*<sup>12</sup>.

### 3. La contradicción y génesis de la conciencia de clase

En la sección previa, se ha efectuado una distinción entre «reconocimiento de clase» y «conciencia de clase». Se puede decir que, mientras que la estructuración de clases presupone la existencia del «reconocimiento de clase», la existencia de la conciencia de clase es problemática. Implica, en primer lugar, la identificación, aunque sea vagamente definida, de otra clase o de otras clases: la percepción de la identidad de clases supone la apreciación de características que diferencian la clase a la que se pertenece de otra u otras. Pero es posible

<sup>11</sup> O, por emplear otra terminología, cuando existe «sobredeterminación» (Louis Althusser, *For Marx*, Londres, 1969, pp. 89-128).

<sup>12</sup> El *Lumpenproletariat* de Marx, según este uso, sólo es una *infraclasse* cuando los individuos en cuestión tienden a proceder de medios étnicos diferenciados. Leggett se ha referido a la *infraclasse* como la «clase obrera marginal», definiéndola como una «subcomunidad de trabajadores que pertenecen a un grupo étnico o racial subordinado que normalmente está proletarizado y sufre una fuerte discriminación» (John C. Leggett, *Gangs, Race, and Labor*, Nueva York, 1968, p. 14).

clasificar diversos «niveles» de conciencia de clase <sup>13</sup>. La forma menos desarrollada de conciencia de clase es la que simplemente entraña *una concepción de identidad de clase y, por tanto, de diferenciación de clase*. Esto puede distinguirse de un nivel de conciencia que implica una concepción del conflicto de clases: *cuando la percepción de la unidad de clase está ligada a un reconocimiento de la oposición de intereses con otra clase u otras clases*. La relación con el primer nivel de conciencia de clase se puede expresar, empleando un término socrático, como una relación *mayéutica*; en otras palabras, es fundamentalmente, un proceso de desarrollo y clarificación de ideas que están latentes en las percepciones de la identidad de clase y de la diferenciación de clase. Esta distinción no es la misma, sin embargo, que la señalada por Marx entre clase «en sí» y clase «para sí». En primer lugar, la distinción marxiana no separa la estructuración de clase de la conciencia de clase (tal y como he definido el último término). Pero, lo que es más importante en el contexto de lo que aquí estamos discutiendo, Marx no hace ninguna discriminación entre conciencia de clase como percepción de un conflicto de intereses y lo que designaré como tercer nivel de conciencia —a saber, *conciencia de clase revolucionaria*. En contraposición a la conciencia del conflicto, ésta implica *un reconocimiento de la posibilidad de una reorganización total en la mediación institucional del poder* (véase más adelante páginas 138-39), *y la creencia de que semejante reorganización puede ser llevada a cabo a través de una acción de clase*. En las obras de Marx (aunque no en las de Lenin) el nacimiento de una conciencia de clase revolucionaria se supone una consecuencia directa de la conciencia del conflicto de los intereses de clase, por no decir algo totalmente inseparable de la misma. Constituirá una parte fundamental de mi argumento aquí, no obstante, que esto no es así; que las condiciones que subyacen en la génesis de la conciencia revolucionaria de clase son diferentes de aquellas que entraña la formación de la «conciencia del conflicto».

En las controversias que han rodeado el marxismo desde finales del siglo XIX, el problema del «papel de las ideas», en relación con

<sup>13</sup> Alain Touraine, *La conscience ouvrière* (París, 1966), p. 17: «Existe un gran número de combinaciones posibles de los tres principios, entre los cuales un ensamblaje muy particular constituye la conciencia de clase: *el principio de identidad* que es, mejor aún que la definición de un grupo de pertenencia, la definición de una contribución, de una función social y, por tanto, el fundamento de las reivindicaciones; *el principio de oposición*, es decir, la definición del grupo antagonista y más precisamente aún, la de los obstáculos para el control de los trabajadores sobre sus obras; *el principio de totalidad*, que define el campo social en el que se sitúa la relación definida por los dos principios precedentes.»

el «materialismo» de Marx, ha ocupado una posición destacada. Porque, como puede verse, si los factores que gobiernan el cambio social están localizados en la infraestructura y si las ideas son, en cierto modo únicamente una «reflexión» del substrato, entonces el nacimiento de la conciencia de clase es simplemente un epifenómeno del verdadero proceso de movimiento que transforma un tipo de sociedad en otro. Tal posición aparentemente desplaza al hombre de su propia historia y conduce a las dificultades endémicas que encuentra el materialismo dialéctico ortodoxo para reconocer el carácter activo o voluntarista de la conducta humana. La publicación relativamente reciente de los primeros textos de Marx y la revitalización del pensamiento marxista a que ha dado lugar, ha liquidado eficazmente esta interpretación<sup>14</sup>. La concepción que se universaliza en el materialismo dialéctico es, en realidad, considerada por Marx como históricamente contingente —y, más específicamente, como una expresión de la reificación característica del pensamiento burgués. Es precisamente una recuperación de la capacidad del sujeto para separar la reificación de la objetivación, lo que debe verse (según Marx) como la premisa para la transformación del capitalismo. En la opinión de Marx, pues, la conciencia no es el «efecto» de la actividad humana en el mundo material, sino que constituye la atribución de significados que guía la conducta y que es inseparable de esa conducta. }

En líneas generales esto puede considerarse como un marco teórico adecuado para el análisis de la conciencia de clase. Al explicar los orígenes de las diversas formas de «reconocimiento» y de conciencia de clase no hay necesidad de verse envuelto en controversias estériles sobre la relación entre lo (llamado) «material» y lo «ideal», como si se tratase de explicaciones competitivas de la conducta. La estructuración de clase necesariamente se expresa a sí misma en términos de acción orientada hacia unos significados; el tratamiento marxiano de la conciencia de clase es incompleto no porque sea «mecánico», o considere las ideas como meros «epifenómenos», sino por otras razones. } La estructuración de clase, por tanto, implica siempre, bien un «reconocimiento» de clase o una conciencia de clase. } El problema, al menos por lo que se refiere a la clase obrera en el capitalismo, es determinar las condiciones que facilitan el desarrollo de la conciencia conflictiva o revolucionaria. } Debe quedar claro que, según el argumento señalado antes, esto constituye al mismo tiempo un problema de estructuración —o más bien de las *formas* específicas de estructuración a través de las que

<sup>14</sup> Ver mi *Capitalism and Modern Social Theory*, cap. 14 *et passim*.

se manifiesta la conciencia de clase; cualquier nivel de conciencia de clase puede evidenciarse en la conducta de todos o de la mayoría de los miembros de una clase o sólo en ciertos sectores o grupos dentro de ella (sindicatos, partidos políticos, etc.).

Al analizar los orígenes de la conciencia de clase es útil llevar a cabo una distinción entre *conflicto* y *contradicción*<sup>15</sup>. Ambos términos aparecen en la obra de Marx, pero éste no estableció una clara distinción entre ellos. Como sociedad clasista, el capitalismo se alza sobre un conflicto de intereses entre capital y trabajo asalariado; es esta oposición de clases, en la teoría de Marx, la que se considera como la causa última de las más características «contradicciones» sociales y económicas en virtud de las cuales el modo capitalista de producción se ve minado desde dentro, por el crecimiento del conjunto de fuerzas productivas que constituye el socialismo incipiente. Utilizaré la expresión «conflicto» de clases para referirme a una oposición de intereses de clase: la «conciencia de conflicto» implica el reconocimiento de semejante oposición de intereses. El término «contradicción», sin embargo, lo emplearé para designar una discrepancia entre *un modo existente* y *un modo inmanente de control industrial*. Por «control industrial», entiendo la mediación del control (véase más adelante, páginas 138-39) dentro de la empresa en cualquier nivel específico de la estructura de autoridad. Será una parte fundamental de mi argumentación en los últimos capítulos el que la estabilidad de la sociedad capitalista depende del mantenimiento de un aislamiento de la economía y de la política de forma que las cuestiones de organización industrial aparezcan como «no políticas». De hecho, cualquier amenaza al sistema de control industrial tiene repercusiones inmediatas de carácter político. Me propongo exponer la tesis en este libro de que la conciencia del conflicto tiende a convertirse en conciencia revolucionaria sólo *cuan- do el conflicto de clases se origina en la contradicción*, y que lejos de existir una correspondencia necesaria entre éstos y la madurez avanzada de la sociedad capitalista, como se supone en la teoría de Marx, únicamente coinciden bajo condiciones que son distintas de aquellas a las que Marx dio más importancia.

Debemos considerar en primer lugar los factores que influyen en el desarrollo de la conciencia del conflicto. En gran parte, se puede decir que se refieren a todo aquello que favorece la *visibilidad* (transparencia) de la estructuración de clases. Este es el caso, por

<sup>15</sup> Esto quizá puede considerarse como un caso particular de la distinción que hace Lockwood entre problemas de «integración social» y de «integración del sistema».

ejemplo, de las características del capitalismo que, según Marx, facilitan el nacimiento de un proletariado «para sí», tales como los efectos «homogeneizadores» de la mecanización sobre la tarea del trabajador o la importancia de la fabricación en gran escala como medio de agrupar a una masa de trabajadores en un lugar determinado. En cada uno de estos ejemplos, las condiciones de existencia de los individuos tienden a convertir sus características comunes de clase en algo claramente visible. No sucede así con el campesinado, al cual Marx, hablando de la Francia del siglo XIX, comparaba con un «saco de patatas»: el carácter aislado del entorno laboral del campesino suele impedir la percepción de que comparte unos intereses comunes de clase con otros. Pero otros aspectos de la estructuración de clases, a los que Marx prestó poca atención, pueden influir o incluso afectar decisivamente la visibilidad<sup>16</sup>. Así, como recalcó Weber, el trabajador manual puede frecuentemente sentir más hostilidad hacia el gerente industrial, que es de quien recibe las órdenes y con el cual se encuentra en un contacto relativamente directo, que hacia el dueño de la fábrica o más todavía hacia el que se encuentra en una posición más remota, como el banquero o el financiero. La visibilidad se acentúa normalmente cuando existe una coincidencia de clase y criterio de grupo de status, especialmente donde este último implica una diferenciación étnica. La conciencia de conflicto, por supuesto, no necesita ser recíproca, y, de hecho, este es normalmente el caso por lo que se refiere a la relación entre la clase obrera y la clase media en la sociedad capitalista. La afirmación de los intereses de clase por parte de la clase obrera choca con el «reconocimiento» de clase típico de la clase media, cuyos miembros tienden a percibir el orden social en términos de nociones individualistas de «logros personales» e «iniciativa», etc.<sup>17</sup>.

La percepción de la identidad de los intereses de clase en oposición a otra clase o clases naturalmente favorece el desarrollo de organizaciones u órganos dedicados al fomento de sus intereses. Son tales órganos, por supuesto, los que Marx consideraba como destinados a proporcionar la vanguardia del movimiento de la clase obrera. Y es indudable que, en los sindicatos y en los partidos políticos, la conciencia de conflicto puede clarificarse y ser más precisa de lo que normalmente es la conciencia de clase más difusa del

<sup>16</sup> Cf., sin embargo, la observación de Engels de que «la pobreza a menudo habita en callejuelas ocultas, cerca de los palacios de los ricos; pero, en general, se le asigna un territorio separado, donde apartada de la vista de las clases más favorecidas, sobrevive como puede» (Friedrich Engels, *The Condition of the Working Class in England in 1844*, Londres, 1968, p. 26).

<sup>17</sup> Ver más adelante, pp. 217-18.

trabajador de base. Estos órganos se encuentran entonces en una posición desde la que pueden, a su vez, influir e intentar dirigir la conciencia de clase de las masas. Si bien la propia institucionalización de los órganos, nominalmente establecidos para promover ciertos intereses de clase, pueden proveer un factor ulterior que intervenga entre el miembro de la clase y el verdadero avance de sus intereses, en líneas generales ésta es una interpretación aceptable de los procesos que supone la agudización de la conciencia del conflicto. Lo que no queda suficientemente explicado es por qué semejante conciencia debe adoptar una forma revolucionaria.

Si el factor más importante que acelera la conciencia de conflicto es la *visibilidad* de las diferencias de clase, el factor más importante que influye en la conciencia revolucionaria es la *relatividad de la experiencia* dentro de un sistema dado de producción. La conciencia revolucionaria, como la he definido, entraña una percepción del orden socio-económico existente como «ilegítimo» y un reconocimiento de modos de acción que se pueden adoptar para reorganizar este orden sobre nuevas bases. Semejante percepción es, casi siempre, exclusiva de los componentes de los grupos crónicamente subprivilegiados cuyas condiciones de trabajo permanecen estables a través del tiempo. Su creación implica un marco por referencia al cual los individuos pueden distanciar su experiencia del aquí y ahora, de la realidad social «dada», y vislumbrar la posibilidad de una realidad que difiera radicalmente de ésta. El término «privación relativa» se aplica de forma inadecuada en este contexto. La experiencia de la privación (que es necesariamente «relativa», dado que un individuo que se siente privado debe, en algún sentido, orientarse según un estándar de legitimidad) es simplemente un elemento en la imagen; el resentimiento difuso sólo adquiere un carácter revolucionario cuando se funde con un proyecto concreto, por muy vagamente formulado que esté, de un orden alternativo que pueda llevarse a la práctica.

Ahora bien, en la teoría marxiana, como ya he indicado, el conflicto que procede de la división de intereses en las relaciones de clase se une con el que se deriva de la contradicción. Esto contribuye a explicar el origen de lo que en ocasiones se considera como un punto oscuro en la concepción de Marx del desarrollo de la conciencia de clase del proletariado en el capitalismo: esto es, por qué tiene que orientarse la revuelta de la clase obrera hacia una superación *institucional* del orden existente. La respuesta, evidentemente, es que la clase obrera es la portadora de un nuevo «principio» de organización social y económica cuya puesta en práctica contradice el que regula el funcionamiento del modo de producción capitalista.

Pero no está del todo claro cómo los miembros de la clase obrera se dan cuenta de esto. El análisis de Marx en este punto tiende a remitirse a los resultados de la dependencia explotadora del trabajo asalariado en relación con el capital y, por tanto, a los efectos de la «depauperación» tal y como se manifiestan en la relativa inmovilidad de los salarios y en el crecimiento del ejército de reserva industrial. Sin embargo, como se ha mencionado en el capítulo 1, existe también una segunda teoría marxiana de la revolución, que tiene en cuenta, en cambio, el choque entre un orden agrícola «atrasado» y el impacto de la técnica «avanzada». Lo que quiero decir es que es esta clase de situación la que realmente tiende a ser la razón fundamental de la formación de la conciencia revolucionaria de clase en vez de la anterior. En tales circunstancias, el nacimiento de contradicciones se produce de una manera abrupta y clara y tiene consecuencias que afectan a todos los aspectos de la vida del trabajador, creando así lo que cabe estimar como el paradigma para el desarrollo (potencial) de la conciencia revolucionaria en el mundo moderno.

Dos cosas deben señalarse en este contexto. En primer lugar, la creación de una conciencia revolucionaria de clase no ocurre necesariamente, como presumía Marx, al menos en su concepción del nacimiento de un proletariado revolucionario, como fruto de la *madurez* del capitalismo, como una mera agudización de la conciencia del conflicto. Sus orígenes son diferentes, y no existe razón para sostener que se encuentra intrínsecamente unida a los tipos de condiciones sociales que intervienen en la producción o agudización de la conciencia de conflicto —un hecho que tiene importantes implicaciones y que se estudiará más adelante. En segundo lugar, se deduce que los orígenes de la conciencia revolucionaria tenderán a estar ligados, bien a aquellos grupos que se encuentran en los márgenes de «incorporación» a una sociedad basada en la técnica industrial (por ejemplo, campesinos cuyo modo tradicional de producción ha sido socavado), o, a la inversa, a aquellos implicados en los sectores de producción técnicamente más progresivos.

Gran parte de la bibliografía sobre el tema, por supuesto, se ocupa principalmente de la conciencia de clase como fuente de impulso para la acción política, entendiéndolo por ello la formación de los partidos de la clase obrera con algún tipo de programa revolucionario. Si bien no deseo soslayar en modo alguno las cuestiones que plantea esta situación, no me propongo discutir en detalle los fenómenos que subyacen a la organización de los partidos. Creo que Lenin estaba fundamentalmente en lo cierto al afirmar que «la clase obrera, por sus propias fuerzas, únicamente es capaz de producir



conciencia trade-unionista»<sup>18</sup>, pero es un error suponer que ésta pueda transformarse en una conciencia revolucionaria principalmente por medio de una activa dirección del Partido. Existen importantes elementos de verdad en la opinión de Rosa Luxemburgo sobre los orígenes de la conciencia revolucionaria en comparación con la de Lenin. Porque si podemos estar de acuerdo con Lenin en que la conciencia revolucionaria no surge «espontáneamente» de la madurez de la producción capitalista, también tenemos que aceptar que los factores que producen semejante conciencia entre la base no sólo tienen que ver con el carácter de la dirección política y han de buscarse en las condiciones de trabajo de la clase obrera como tal.

<sup>18</sup> V. I. Lenin. *What is to be Done?* (Oxford, 1963), p. 63

## Capítulo 7

### REPLANTEAMIENTO DE LA TEORÍA DE LAS CLASES (II)

#### 1. Elites y poder

Como insiste Marx, la estructura de mercado del capitalismo depende de una forma determinada de poder político, de una forma específica del Estado. En este sentido, Poulantzas tiene toda la razón al aducir que «la clase social es un concepto que indica los efectos de una totalidad de estructuras, las expresiones de un modo de producción o de una formación social en las acciones de aquellos que son sus portadores: es un concepto que designa los efectos de la estructura total en el campo de las relaciones sociales»<sup>1</sup>. De manera abstracta la forma del Estado capitalista depende de una separación de las esferas de hegemonía política y económica, garantizada en términos de derechos de propiedad privada. Pero, como he señalado, aparte de sus estudios históricos sobre el «bonapartismo», Marx prestó poca atención al carácter de las relaciones entre el poder económico y el político. Esto puede expresarse de nuevo como un problema de *mediación*. Ciertamente, una de las notas más características de la perspectiva marxiana es su tesis de que, especialmente en el capitalismo (pero también, en un sentido general, en los anteriores sistemas de clases), el campo de lo «político» está subordinado al de lo «económico». Lo que permanece relativamente oscuro en Marx es la forma específica de esta dependencia, y

<sup>1</sup> Poulantzas, *op. cit.*, p. 69

cómo se expresa concretamente en la dominación de la clase dirigente<sup>2</sup>. La importancia de esto, como he subrayado antes, no se limita únicamente al análisis de la estructura social del capitalismo, sino que se relaciona directamente con la cuestión del carácter de sistema sin clases del socialismo. Tiene que ver, además, con cuestiones puestas de manifiesto por la crítica de la óptica marxiana sugerida por las «teorías elitistas» de fin de siglo. El fundamento de esta crítica, en las obras de autores como Pareto y Mosca, se puede conceptualizar como un intento de transformar el concepto marxiano de clase, basado en las relaciones de producción, en una diferenciación esencialmente *política* entre aquellos «que gobiernan» y aquellos que «son gobernados» —una transmutación que fue, en realidad, posible en parte por la ausencia de una definición sistemática en la teoría de Marx de los modos a través de los cuales la hegemonía económica de la clase capitalista se «traduce» en la dominación política de la clase dirigente. Pues si se trata simplemente de que el control económico produce directamente el poder político, la vía queda expedita para afirmar que en el socialismo, como en el capitalismo (y, de hecho, en cualquier otro tipo concebible de sociedad compleja), todo aquel que controla los medios de producción adquiere la dominación política como clase dirigente. El movimiento histórico del capitalismo al socialismo se concibe entonces como una mera sucesión de «clases dirigentes» («élites»), como en la «teoría elitista» clásica, o más específicamente como el nacimiento del tipo de clase dirigente «gerencial» o «tecnocrática» descrita en la obra de Burnham y más recientemente en alguna de las variantes de la teoría de la «sociedad tecnocrática»<sup>3</sup>.

El debate entre el punto de vista marxiano y la «teoría de las élites» se ha complicado aún más en los últimos años por el empleo de conceptos procedentes de esta última, tales como el de «élite de poder», como si fueran sinónimos de «clase dirigente». Antes de examinar con cierto detalle la naturaleza de los vínculos entre el poder económico y el político en relación con la teoría de las clases de Marx, será útil clarificar el empleo de los términos «clase dirigente», «élite», «élite de poder», «clase gobernante», etc., lo que implica, en parte, un examen más minucioso que el efectuado en los capítulos precedentes de la estructuración de la clase alta.

<sup>2</sup> Muchos autores marxistas posteriores o se han mostrado satisfechos con las afirmaciones más generalizadas sobre esta cuestión, o han querido repicar y estar en la procesión insistiendo en que el capitalismo está dominado por una clase dominante que, de hecho, no «domina» cf. otra vez Poulantzas, *op cit.* páginas 361 ss.

<sup>3</sup> Ver, más adelante, pp. 302-07

En el análisis que sigue, me ocuparé principalmente de desarrollar un conjunto de formulaciones que iluminen las diferencias conceptuales más significativas, en vez de seguir el uso terminológico convencional —si se puede decir, en cualquier caso, que hay una práctica convencional en un campo en el que ha existido tanta confusión<sup>4</sup>. Sugeriría que, teniendo en cuenta las distinciones expuestas más adelante, puede existir una «clase gobernante» sin ser necesariamente una «clase dirigente»; que puede existir una «élite de poder» sin que haya necesariamente una «clase dirigente» o una «clase gobernante»; que puede haber lo que llamaré un sistema de «grupos de liderazgo» que no constituyan una «clase dirigente», una «clase gobernante» o una «élite de poder»; y que *todas* estas formaciones sociales son, en principio, compatibles con la existencia de una sociedad que sea «capitalista» en su organización. Para empezar, es necesario establecer algunas precisiones elementales acerca de la noción de «élite». Tal y como se ha empleado en ocasiones, «élite» puede referirse a aquellos que están «a la cabeza» en cualquier categoría dada de actividad: a actores y deportistas tanto como a «líderes» políticos o económicos. Existe evidentemente una diferencia, sin embargo, entre los primeros y los segundos, y es que los primeros están «a la cabeza» con arreglo a cierta escala de «fama» o «logro», mientras que el segundo sentido del término puede considerarse como referente a personas que se encuentran a la cabeza de una organización social específica que posee una estructura de autoridad interna (el Estado, una empresa económica, etc.). Emplearé el término «grupo de élite» en este último sentido para designar a aquellos individuos que ocupan posiciones de autoridad formal a la cabeza de una organización o institución social; y «élite» de un modo más general para referirme tanto a un grupo de élite o a un conjunto de grupos de élite.

En estos términos, se puede decir que un aspecto principal de la estructuración de la clase alta concierne, en primer lugar, al proceso de movilidad o de reclutamiento de las posiciones de élite y, en segundo lugar, al grado de «solidaridad» social dentro y entre los grupos de élite. La estructuración mediata se refiere así a la medida en que el proceso de reclutamiento para las posiciones de élite es «cerrado», en favor de aquellos que proceden del sector que disfruta de propiedades. La estructuración inmediata depende fundamentalmente de la frecuencia y carácter de los contactos sociales entre los miembros de los grupos de élite. Estos pueden adoptar

<sup>4</sup> En esta sección del capítulo me he basado en parte de mi artículo «Elites in the British class structure», *Sociological Review* 20, 1972.

varias formas, incluidas la formación de conexiones a través de matrimonios o la existencia de otros lazos de parentesco, el predominio de las relaciones personales basadas en la amistad o en el trato, etcétera. Si el grado de «integración» social de los grupos de élite es alto, normalmente se dará también un alto grado de solidaridad moral que caracteriza a la élite como un todo y, probablemente, un bajo índice de conflictos latentes o manifiestos entre los distintos grupos. Nunca ha existido ninguna élite, por solidaridad que fuera, que se haya visto libre de conflictos y de luchas; pero el grado de intensidad del conflicto declarado ha variado ampliamente, y así es razonable hablar de diferencias en la solidaridad de los grupos de élite.

Combinando estos dos aspectos de la estructuración, podemos establecer una tipología de las formaciones de élite.

		RECLUTAMIENTO	
		<i>Abierto</i>	<i>Cerrado</i>
Integración	Baja	élite solidaria	élite uniforme
	Alta	élite abstracta	élite establecida

Una élite «uniforme» es aquella que comparte los atributos de tener una pauta restringida de reclutamiento y constituir una unidad relativamente estrecha. Apenas si es necesario insistir en que las clasificaciones implícitas no son en absoluto tajantes. Se ha indicado que incluso entre las aristocracias tradicionales nunca se dio una pauta completamente «cerrada» de reclutamiento, algo a lo que sólo se ha logrado acercar el sistema de castas indio: todas las élites abren sus filas en alguna medida a los individuos de estratos inferiores, mejorando así su estabilidad. Una forma relativamente cerrada de reclutamiento, sin embargo, puede proporcionar el tipo de proceso de socialización coherente que produce un alto nivel de solidaridad entre (y dentro de) los grupos de élite. Pero es relativamente fácil vislumbrar la existencia de ejemplos que están más cerca del caso de una élite «establecida», donde tenemos una pauta relativamente cerrada de reclutamiento, pero sólo un nivel bajo de integración entre los grupos de élite. Aparentemente, una élite «solidaria», tal como se define en la clasificación, puede asimismo im-

plicar una combinación de elementos inverosímil, dado que puede parecer difícil obtener un alto grado de integración entre grupos de élite cuyos miembros tienen una procedencia de clase diferente. Pero en tanto que este tipo de formación social es probablemente raro en las sociedades capitalistas, al menos algunos de los países socialistas estatales encajan claramente dentro de esta categoría: el Partido Comunista es la principal vía de acceso a las posiciones de élite y si bien proporciona un cauce de movilidad para individuos que proceden en proporciones substanciales de los niveles bajos, asegura al mismo tiempo un alto grado de solidaridad entre los grupos de élite<sup>5</sup>. Una élite «abstracta», que entraña tanto un reclutamiento relativamente abierto como un bajo nivel de solidaridad de élite, independiente de su realidad empírica, se aproxima mucho a la imagen de ciertas sociedades capitalistas contemporáneas tal y como se describen en los escritos de los teóricos de la llamada «democracia pluralista».

El distinguir diferentes tipos de formaciones de élite no nos permite por sí mismo conceptualizar el fenómeno del poder. Al igual que en el caso de la estructuración de clases, podemos distinguir dos modos de mediación de las relaciones de poder en la sociedad. Al primero lo llamaré la mediación *institucional* del poder; al otro, la mediación del poder en términos de *control*. Por mediación institucional de poder entiendo la forma general del Estado y de la economía dentro de la cual los grupos de élite se reclutan y estructuran. Esto se refiere, entre otras cosas, al papel de la propiedad en la organización general de la vida económica, a la naturaleza del marco legal que define los derechos y obligaciones económicos y políticos y a la estructura institucional del propio Estado. La mediación del control concierne al verdadero poder (efectivo) de llevar a cabo una política y de tomar decisiones que ostentan los miembros de los grupos de élite particulares: hasta qué punto, por ejemplo, los dirigentes económicos pueden influir en las decisiones adoptadas por los políticos, etc. Para expresarlo de otra manera, podemos decir que el poder tiene dos aspectos: un aspecto «colectivo», en el sentido de que los «parámetros» de cualquier conjunto de relaciones de poder dependen del sistema total de organización de una sociedad; y un aspecto «distributivo», en el sentido de que ciertos grupos son capaces de ejercer su voluntad a expensas de otros<sup>6</sup>. La mediación del control se expresa así en forma de poder

<sup>5</sup> Ver más adelante, pp. 286-88.

<sup>6</sup> Cf. Talcott Parsons, «On the concept of political power», *Proceedings of the American Philosophical Society* 107, 1963. El error en el análisis de Par-

«efectivo», que se manifiesta en la capacidad de tomar o de influir en la toma de decisiones que afectan a los intereses de dos o más partes de un modo diferente en cada caso.

Podemos separar conceptualmente dos factores variables al analizar el poder efectivo (esto es, el poder como algo distinto de la «autoridad formal») en relación con los tipos de formación de élite. El primero corresponde a la medida en que ese poder está «consolidado» en las manos de los grupos de élite; el segundo, al «ámbito» del poder ejercido por los que se encuentran en posiciones de élite. Mientras que el primero designa las limitaciones del poder efectivo, que se derivan de restricciones impuestas desde «abajo», el segundo se refiere al grado en que el poder está limitado *a causa de que sólo se puede ejercer en relación con un conjunto de cuestiones restringidas*. Así se suele sostener que es característico de las sociedades capitalistas modernas que presenten limitaciones muy estrechamente definidas en relación con cuestiones sobre las que los grupos de élite pueden ejercer control<sup>7</sup>. Combinando estos dos aspectos del poder efectivo en la forma en que lo ejercen los grupos de élite, se puede establecer una clasificación de formas de estructuras de poder. Como la tipología previa, ésta expone una combinación abstracta de posibilidades; no hace falta decir que no se trata más que de una categorización elemental de un conjunto muy complejo de fenómenos y que las etiquetas que se aplican aquí no agotan en modo alguno la variedad de características que frecuentemente se subsumen bajo estos términos.

AMBITO

*Amplio*

*Restringido*

Poder consolidado	autocrático	oligárquico
Poder difuso	hegemónico	democrático

Según estas definiciones, la consolidación del poder efectivo es mayor donde no se encuentra restringido a límites definidos claros.

sin embargo, estriba en menospreciar el hecho de que las consecuencias del aspecto «colectivo» del poder son asimétricas para los diferentes grupos de la sociedad.

<sup>7</sup> Como en las «élites estratégicas» de Keller. Ver Suzanne Keller, *Beyond the Ruling Class* (Nueva York, 1963).

mente en términos de su «alcance lateral» («ámbito» amplio), y en donde se concentra en manos de la élite o de un grupo de élite. La posesión del poder es «oligárquica» antes que «autocrática» cuando el grado de centralización del poder en manos de los grupos de élite es elevado, pero el ámbito de aplicación limitado. En el caso del control «hegemónico», aquellos que se encuentran en posiciones de élite ejercen un poder que, aunque no se encuentra claramente definido en su alcance ni limitado a un ámbito restringido de cuestiones, es «superficial». Un orden «democrático», según estos términos, es aquel en el cual el poder efectivo de los grupos de élite se halla limitado en ambos aspectos.

Finalmente, aunando las clasificaciones antes formuladas, podemos establecer una tipología total de las formaciones de élite y del poder dentro de la estructura de clases. Esto hace posible una clarificación de los cuatro conceptos ya mencionados —«clase dirigente», «clase gobernante», «élite de poder» y «grupos de liderazgo». Debe resaltarse que éstos cubren parcialmente algunos de los usos habituales en la bibliografía sobre las clases y la teoría de las élites. El término paretiano «clase gobernante» no es aquí, como en la propia obra de Pareto, un sustitutivo para el término marxiano «clase dirigente»; en este esquema, una clase gobernante está «un escalón más bajo», tanto en términos de formación de élite como de posesión de poder, con respecto a una «clase dirigente».

	<i>Formación de élite</i>	<i>Posesión de poder</i>
Clase dirigente	élite establecida/uniforme	autocrática/oligárquica
Clase gobernante	élite establecida/uniforme	hegemónica/democrática
Élite de poder	élite solidaria	autocrática/oligárquica
Grupos de liderazgo	élite abstracta	hegemónica/democrática

En este esquema, el caso «más fuerte» de clase dirigente se define como aquel en el que una élite uniforme posee un poder «autocrático»; el caso más débil es aquel en el que una élite establecida posee un poder «oligárquico». Cuando una pauta de reclutamiento relativamente cerrada está vinculada al predominio de restricciones definidas sobre el poder efectivo de los grupos de élite, existe una clase gobernante, pero no una clase dirigente. Una clase gobernante está a punto de ser una clase dirigente cuando una élite uniforme detenta un poder «hegemónico» y está próxima a convertirse en un sistema de grupos de liderazgo cuando una élite establecida posee



un poder «democrático». Cuando una clase gobernante lleva consigo la combinación de una élite establecida y de un poder «hegemónico», se halla cerca de convertirse en una élite de poder. Una élite de poder se distingue de una clase dirigente en virtud de las pautas de reclutamiento, al igual que una clase gobernante de un sistema de grupos de liderazgo. Estos últimos se dan donde los grupos de élite poseen sólo un poder limitado y donde, además, el reclutamiento de la élite tiene un carácter relativamente abierto.

En lo que atañe a la mediación de control, esta clasificación deja indefinida la primacía relativa del poder de cualquier grupo de élite con respecto a otros grupos. Esto se puede expresar conceptualmente como algo referente al carácter de la *jerarquía* que existe entre los grupos de élite. Existe una jerarquía entre los grupos de élite en la medida en que uno de esos grupos ejerce un poder de ámbito más amplio que el de los otros y, por tanto, está en posición de ejercer un cierto grado de control sobre las decisiones tomadas por los demás. Así, puede ocurrir que la élite económica, o ciertos sectores de la misma, sean capaces de condicionar significativamente las decisiones políticas mediante el empleo de la «influencia», «el incentivo», etc., o del control «directo» de las posiciones políticas —por ejemplo, gracias al hecho de que miembros de la élite económica ocupan también posiciones políticas. Cabe referirse a todas estas formas de obtener o de luchar por el control denominándolas los *medios de intercambio* entre los grupos de élite. El examen de los medios de intercambio que operan entre los grupos de élite en cualquier sociedad dada a fin de determinar qué tipos de jerarquía de élite existen, constituye precisamente una de las tareas fundamentales del análisis de las formaciones de élite.

Es evidente que las formas de jerarquía de élites presentes en una sociedad no son independientes de la mediación institucional del poder; pero es un error suponer, como probablemente han hecho la mayoría de los autores, que ambas son inseparables desde un punto de vista analítico. En otras palabras, los alineamientos básicos de la política y la economía que hacen posible la existencia de las clases son compatibles con diversas relaciones posibles entre las élites y el poder —algo que no está lo suficientemente claro ni en la teoría de Marx ni en la de Weber del Estado capitalista. La concepción marxiana, ya sea en su versión más simple o en su versión más sutil<sup>3</sup>, considera al Estado esencialmente como una «expresión» de las relaciones de clase originadas en el mercado. El poder político «desaparece» cuando el Estado capitalista es superado, por

<sup>3</sup> Ver pp. 56-7

que este Estado representa o coordina directamente el sistema de dominación de clases. En general, el tratamiento de Marx del Estado se encuentra muy enraizado en la tradición del pensamiento social del siglo XIX, basado tanto en la economía política como en el saint-simonismo, que concibe al Estado como subordinado a la sociedad y que, en consecuencia, tiende a considerar al primero como susceptible de ser «reducido» a sus condiciones de dependencia con respecto a la última —en el caso de Marx a las relaciones de clase. Por esto Marx no reconoce la posible existencia del Estado como fuerza independiente: está cerca de reconocerlo únicamente cuando afirma que en el fenómeno del «bonapartismo», en donde existe un «equilibrio» de clases, el Estado se independiza temporalmente de la subordinación a los intereses de cualquier clase determinada. Por el contrario, una gran parte de la sociología de Weber se interesa por el papel del Estado como agente que actúa sobre la sociedad. No es una burda simplificación decir que, mientras que Marx considera el Estado en función de sus presupuestos sobre la infraestructura económica de la sociedad, Weber tendía a considerar esta infraestructura en términos de un paradigma que se deriva de su análisis del surgimiento del Estado. Para Weber el «principio de clase» está subordinado al «principio burocrático». El examen de las diferencias en cuestión entre el punto de vista de Marx y el de Weber reviste una importancia crítica para la estimación de los factores que subyacen en cualquier yuxtaposición de «clase» y «ausencia de clases».

Weber no rechaza la noción de una «sociedad sin clases»: si bien durante toda su vida se opuso al advenimiento del socialismo (al menos, en su forma marxista) en Alemania, lo vislumbró como una posibilidad concreta, aunque no deseable. Lo que específicamente repudiaba era el concepto marxiano de que la eliminación del sistema de clases capitalista pudiera producir cualquier disminución en «la dominación del hombre por el hombre»; por el contrario, habría de conducir a una mayor extensión de dicha dominación, manifiesta no en forma de restricciones o mecanismos coactivos del mercado, sino en términos de la expansión del dominio burocrático del Estado sobre la vida de los individuos. Las inconsistencias existentes en las opiniones respectivas formuladas por Marx y Weber sobre la estructura de clases en relación con el Estado son complementarias. En la concepción marxiana, el «poder» político existe sólo en la medida en que «traduce» la asimetría coercitiva de las relaciones de clase; en la perspectiva de Weber, en cambio, cualquier forma (racionalizada) de sistema de autoridad, que implique la coordinación de las actividades de los hombres dentro del orden eco-

nómico y político, ahonda necesariamente la subordinación de las masas a los dictados de unos pocos. Retrospectivamente, parece bastante evidente que mientras Marx dio demasiada importancia al «principio de clase», Weber sobrevaloró, por dos razones, la significación del «principio burocrático». La primera es simplemente el relieve que cobró la cuestión del «legado de Bismarck» —la hegemonía de la burocracia prusiana que resulta de la ausencia de una dirección política fuerte en Alemania— como fuente de estímulo para sus escritos sociológicos. La segunda razón se relaciona con la importancia de la oposición entre carisma (irracional) y racionalización en su obra. La burocracia aparece como la aplicación de la racionalidad a la esfera de la actividad humana y representa, por tanto, un polo de una antítesis que permea la totalidad de la sociología de Weber.

Sin intentar analizar todas las dificultades planteadas por las diversas opiniones de Weber sobre la burocracia, podemos identificar dos problemas que están latentes en sus diferencias con Marx acerca del carácter del Estado moderno. 1) ¿Bajo qué condiciones se separa el Estado de la sociedad y, por tanto, no es «responsable» ante ésta? 2) ¿Bajo qué condiciones expresa el Estado una asimetría de intereses de clase? En el análisis de Marx estas dos cuestiones se supone que son la misma; el Estado es un «poder independiente» y separado sólo porque y en tanto que representa los intereses de una clase frente a las otras. Para él, la respuesta a la primera cuestión viene dada por la respuesta a la segunda. Para Weber, por el contrario, la respuesta a la segunda es tan sólo un caso particular de la que se da a la primera.

Al hablar del carácter «separado» o «independiente» del Estado en el capitalismo, y al comparar esta situación con la que se prevee en la superación del Estado bajo el socialismo, Marx ni quiso afirmar que esta «separación» reside meramente en su diferenciación institucional de las otras estructuras de la sociedad ni sostuvo que su sustitución significara su «destrucción» como institución diferenciada. De aquí que el tipo de crítica ingenua que comúnmente se esgrime contra la perspectiva marxiana —que en cualquier orden industrial moderno, ya sea capitalista o socialista, la esfera de las actividades emprendidas por el Estado necesariamente aumenta en vez de disminuir y que, consecuentemente, es absolutamente imposible suponer que el Estado pueda ser «erradicado»<sup>9</sup>— no tenga una perti-

<sup>9</sup> Este es el tipo de crítica hecho por Durkheim (aunque no contra Marx específicamente): ver *Professional Ethics and Civic Morals* (Londres, 1957), páginas 51 ss.

nencia inmediata. El Estado está «separado» de la sociedad precisamente en la medida en que no es «responsable ante» ésta. La cuestión de la superación del Estado, por tanto, gira en torno a la superación de los modos mediante los cuales el Estado es puesto al servicio de intereses sectoriales en vez de los de la colectividad en su conjunto. El «problema burocrático», para Marx, es uno de estos modos de subordinación del Estado a intereses sectoriales: es decir, a intereses de clase. Por limitado que pueda ser el análisis de Marx de la burocracia en algunos aspectos, no es, en modo alguno, tan completamente estéril como generalmente se supone cuando se le compara con la formulación de Weber sobre esta cuestión; es la opinión de Weber, que vincula la «separación» del Estado con su carácter de sistema burocrático, la que parece más ingenua y simplista. El punto de vista de Marx contiene varias indicaciones concretas relativas al carácter contingente del «principio burocrático», y, por tanto, también con respecto a la forma de su superación con la «abolición» del Estado en el socialismo.

Puede considerarse como axiomático que la forma institucional del capitalismo (tanto para Marx como para Weber) se manifiesta como un «tipo puro» en la medida en que el papel del Estado se limita a la regulación de obligaciones contractuales. Así, el Estado capitalista (como subrayan tanto Marx como Weber) presupone necesariamente una dicotomía entre el orden económico, que queda abierto al juego de las fuerzas del mercado, y el orden político —una dicotomía entre el «hombre económico» y el «hombre político». El error en que incurren ambos, desde perspectivas opuestas, es suponer una flexibilidad muy escasa en la gama de posibles relaciones entre el «Estado capitalista», definido en estos términos, y la mediación del control. La cuestión del carácter «separado» del Estado no puede ser entendida adecuadamente ni en función de la autonomía burocrática de los funcionarios ni en términos de una serie de necesidades claramente definidas que emanan del libre juego de las relaciones de mercado.

## 2. La naturaleza de la explotación de clase

Una sociedad clasista, en la obra de Marx, no es meramente una sociedad en la que existen clases, sino una en la que las relaciones de clase nos proporcionan la clave para entender la estructura social en general. El modelo dicotómico de Marx facilita los fundamentos necesarios para la teoría de la sociedad clasista; la propiedad como algo opuesto a la no propiedad de los medios de produc-

ción es el eje fundamental a lo largo del cual la «infraestructura» se relaciona con la «super-estructura». Pero el empleo del concepto marxiano de clase, al intentar explicar las nociones de «sociedad clasista» y «ausencia de clases», no es suficiente: porque conduce a la conclusión sugerida por el «truco de definición» de Dahrendorf de que la superación de la sociedad clasista viene dada simplemente por la abolición formal de la propiedad privada. Los conceptos de «sociedad clasista» y «ausencia de clases» se convierten así en algo considerablemente más complicado de lo que parecían a primera vista.

La teoría de la sociedad clasista de Marx depende evidentemente en gran parte de la forma en que busca relacionar el modelo dicotómico con una concepción de la «explotación». La sociedad clasista tiene necesariamente un carácter explotador, ya que la existencia de una estructura de clases se basa en la apropiación por parte de una minoría improductiva de la plusvalía producida por la masa de la población. Sin embargo, es importante reconocer que, para Marx, el carácter de clase del capitalismo está, en varios sentidos, más claramente definido que en el caso del feudalismo, en el que aún existe un cuerpo de campesinos libres que, en cierto sentido, se encuentran «fuera» de la estructura de clases; incluso los siervos mantienen en buena medida el control de sus propios medios de producción, y la dominación política y económica se funden en un sistema de producción personalizado y de tipo local. En el capitalismo, el «principio de clase» aparece como la médula misma de la estructura social en general, y es esto precisamente lo que hace posible, en virtud de un proceso de transformación dialéctica, preveer el surgimiento de un orden sin clases. Esto es así debido a que, en el análisis tendencial de Marx del «movimiento» del modo de producción capitalista, el modelo dicotómico de clases pierde cada vez más su carácter de tipo abstracto y se confunde con la proyectada realidad del desarrollo capitalista.

El abandono del modelo dicotómico marxiano significa necesariamente descartar la diferencia entre trabajo productivo e improductivo y la teoría adjunta de la plusvalía, como la base sobre la que se compara el carácter explotador de la sociedad clasista con un orden sin clases. Las propias dificultades de Marx con el concepto de trabajo productivo proporcionan una amplia demostración de los problemas creados por esta noción. Así, critica a Adam Smith por considerar trabajo productivo sólo aquel que crea bienes materiales, y afirma en *Las teorías de la plusvalía* que: «entre estos trabajadores productivos se encuentran, por supuesto, todos aquellos que contribuyen de una forma u otra a la producción de las mercancías.

desde el verdadero trabajador al gerente o ingeniero [como individuos distintos del capitalista]»<sup>10</sup>. Pero el propio Marx no fue demasiado consecuente con este empleo del término y difícilmente se puede culpar a los autores posteriores por no haber señalado que la concepción de Marx es diferente de la de su predecesor. Más aún, incluso si el «trabajo productivo» se interpreta en un sentido amplio, parece claro que se debe excluir a aquellos que están ocupados en la distribución, así como a los funcionarios administrativos del Estado<sup>11</sup>.

Los inconvenientes inherentes a la distinción entre trabajo productivo e improductivo pueden resolverse hasta cierto punto ampliando el significado de «producción» hasta incluir no sólo la actividad de aquellos ocupados directa o indirectamente en la creación de mercancías materiales, sino también las diversas formas de «producción intelectual» propias de las ocupaciones de los sectores administrativos o de servicios. De hecho, Marx frecuentemente emplea el adjetivo «productivo» para aplicarlo a una gama muy amplia de actividades (hablando, por ejemplo, del crimen «productivo» desde un punto de vista criminal). Pero esto no hace sino falsear la aplicación específica de la distinción entre trabajo productivo e improductivo a la teoría de la explotación y comprometer la teoría de la plusvalía. Las controversias a que ha dado lugar el concepto de plusvalía desde el balance crítico de la economía marxiana efectuado por Böhm-Bawerk hacia finales del siglo XIX, no han reflejado de un modo característico la importancia central del mismo para la concepción marxiana de la clase. El rechazo de la teoría de la plusvalía por los economistas ortodoxos se ha basado en su aparente incapacidad para predecir los precios. Pero en realidad descansa sobre una repudiación explícita o implícita del énfasis marxiano sobre la producción como origen del valor; el valor es interpretado en términos de «utilidad marginal» en la esfera del consumo. Semejante concepción no deja de estar relacionada, por supuesto, con el predominio del «socialismo distributivo» en la mayoría de los países occidentales: esto es, con el socialismo que se basa principalmente en el intento de reducir las disparidades en la renta. Desde el punto de vista de Marx, sin embargo, la predicción de precios es una cuestión muy secundaria, si es que tiene alguna significación. La importancia de la teoría de la plusvalía; el «secreto» del capitalismo, radica en que demuestra que el carácter explotador del sistema capitalista, como el de los sistemas clasistas que le han precedido, se funda-

<sup>10</sup> *Theories of Surplus Value*, vol. 1 (Londres, 1964), p. 152.

<sup>11</sup> *Ibid.*, pp. 389-400.

menta en la esfera de la producción. La concepción de la plusvalía se ha de juzgar así no sólo, ni siquiera principalmente, en términos de hasta qué punto es capaz de producir respuestas satisfactorias a toda la suerte de cuestiones que ocupan la atención de los economistas ortodoxos modernos, sino más bien en función de su importancia como teoría de la explotación en la sociedad clasista<sup>12</sup>.

La forma más útil de aproximarse al problema de la explotación de clases es trazando la filiación de la teoría de la plusvalía a partir de la concepción de la alienación establecida en los primeros escritos de Marx. Se sostiene frecuentemente que la noción de alienación, tal y como fue expuesta por Marx en los *Manuscritos económicos y filosóficos*, gira en torno a un contraste filosófico entre el «hombre en la naturaleza» (no alienado) y el «hombre en la sociedad» (alienado) —una perspectiva que se supone abandonaría posteriormente al desarrollar una visión basada en el análisis empírico del desarrollo histórico. La cuestión del lugar que ocupa el concepto de alienación en la obra de Marx, y el debate erudito estrechamente relacionado con la misma acerca del grado de continuidad entre los «primeros» escritos y las obras de la «madurez», plantea cuestiones que ni siquiera podemos tocar aquí<sup>13</sup>. Pero debe señalarse que la dualidad sugerida antes no es, en realidad, cierta por lo que se refiere al tema principal del estudio de Marx sobre la alienación en los *Manuscritos* de París. El análisis expuesto allí es ya un análisis histórico. Las facultades humanas, insiste Marx, son absolutamente diferentes de los apetitos «dados» y estáticos del animal, porque se crean a través del desarrollo en el tiempo de la cultura del hombre; incluso las exigencias biológicas de la alimentación, la bebida, etc., se transforman como resultado de la asociación en la sociedad. La alienación, pues, debe ser entendida no como una versión secularizada de la «pérdida de la gracia», sino como algo referente a la separación del hombre de sus propias facultades y capacidades (originadas socialmente). Esto sólo tiene sentido si se considera en el trasfondo del desarrollo total de la sociedad humana desde sus formas primitivas al nacimiento del capitalismo. Mientras que la evolución de la sociedad hasta el capitalismo inclusive, progresivamente amplía los poderes productivos del hombre y, por tanto, la gama de sus capacidades para encontrar satisfacción y realización, ésta sólo se

<sup>12</sup> Es evidente que una «diferencia paradigmática» está implícita aquí; la crítica de la teoría de la plusvalía dada en las economías ortodoxas implica en primer lugar y ante todo un cambio de orientación, más que una confrontación con la visión marxiana en sus propios términos.

<sup>13</sup> Para una de las discusiones recientes más sofisticadas, ver Ernest Mandel *The Formation of the Economic Thought of Karl Marx* (Londres, 1971).

produce bajo condiciones de trabajo que impiden o inhiben el uso de esas capacidades. Esta tensión entre los aspectos creadores y embrutecedores de la vida en sociedad alcanza su máxima expresión en el modo de producción capitalista, que aumenta grandemente la riqueza productiva pero al mismo tiempo impide su utilización al servicio de las necesidades humanas.

Ya en sus primeros trabajos Marx expuso la opinión de que la propiedad privada, engendrada por la división del trabajo, es la «forma material» en la que se expresa la alienación. El desarrollo del pensamiento de Marx, desde *La ideología alemana* en adelante, puede considerarse como un intento de llevar hasta sus últimas consecuencias —por medio de un análisis concreto en vez de una antropología filosófica— las implicaciones de esta proposición. El concepto de alienación, tal y como lo emplea Marx en los *Manuscritos*, es de carácter omnicomprensivo; en sus escritos posteriores, el concepto se diferencia en términos más específicos y precisos. La teoría de la plusvalía es crucial a este respecto, porque proporciona la clave de la relación entre el destino del trabajo asalariado y el carácter «interno» del capitalismo como sistema de explotación clasista. Como crítica de la economía política, *El capital* está basado en la suposición de que el análisis de los economistas ortodoxos oculta de la vista que el hecho de que «el trabajo se compra y se vende como un verdadero valor» no significa que el intercambio entre capital y trabajo asalariado no sea un intercambio de explotación. Se trata de una crítica de la economía política *en sus propios términos*; y, en este sentido, el capitalismo se basa en un sistema de clases explotador en tanto en cuanto el trabajador pierde parte de su producto en calidad de plusvalía. Pero *El capital* es también una crítica de la economía política en un sentido mucho más amplio —en uno que sólo puede ser entendido adecuadamente en el contexto de los primeros trabajos sobre la alienación. Considerado como parte de una empresa (inacabada) más ambiciosa<sup>14</sup>, el análisis de las relaciones de clase que contiene la obra es el aspecto focal de una separación más generalizada entre el «hombre productor» y los «productos» de su actividad.

Es esta separación, trataré de demostrar, la que puede considerarse como base de una teoría del componente explotador de la estructura de clases —en una forma que se aparta de los teoremas

<sup>14</sup> *El capital* constituye sólo un aspecto de un proyecto enciclopédico concebido por Marx en sus años de juventud que habría de resultar en «una serie de opúsculos independientes» que complementarían la crítica de la economía política con la «crítica del derecho, la moral, la política, etc.» (T. B. Bottomore, *Karl Marx, Early Writings*, Nueva York, 1964, p. 63).



económicos específicos que encierra la noción de plusvalía de Marx y que en su lugar emplea la noción weberiana de «oportunidades vitales». Definiré la «explotación» como *cualquier forma socialmente condicionada de producción asimétrica de oportunidades vitales*. Las «oportunidades vitales» pueden entenderse aquí como las oportunidades que un individuo tiene de participar de «bienes» culturales o económicos creados socialmente que existen típicamente en cualquier sociedad dada. En estos términos es claro que cada sociedad, con la posible excepción de las bandas más primitivas, lleva consigo relaciones explotadoras. Aunque la reducción de las formas de explotación puede ser un objetivo hacia el que el hombre puede luchar de una manera realista, no existe posibilidad, en esta concepción, de su superación final. En este sentido, la visión que sugiero es distinta del tratamiento marxiano de la alienación. Pero tiene en común con éste la premisa de que la explotación implica una separación entre la *creación* social de las facultades humanas, por una parte, y la *negación* social del «acceso» a esas facultades, por otra. Al utilizar anteriormente el término «bienes», no era mi intención proponer que la «explotación» pueda equipararse meramente a las desigualdades en la distribución de los beneficios materiales como se infiere en el «socialismo distributivo». La cuestión es más fundamental, se trata de una asimetría en la distribución de las facultades (creadas socialmente) para utilizar las recompensas disponibles: y, claro está, el que éstas se consideren o no como tales. Es evidente que las oportunidades vitales cobran forma por la disponibilidad de recompensas materiales (por ejemplo, riqueza, renta, «bienes» en el sentido convencional); pero no podemos contentarnos con esto, dado que el empleo que se hace de esas recompensas depende de otros aspectos de la «producción cultural», interpretada en un sentido amplio, a través de la cual se moldean los gustos y las aptitudes<sup>15</sup>.

Si bien, según la concepción expuesta, toda forma desarrollada de sociedad lleva en sí relaciones de explotación, es deducible que la explotación de clase sólo representa un modo de organización de esas relaciones. En las estructuras clasistas, el sistema de explotación funciona a través de las diferencias en la capacidad de mercado. En la medida en que esto se manifiesta en términos de variaciones en el nivel de recompensas materiales, no presenta una especial

<sup>15</sup> Cf. Gorz: «en una sociedad dada y en un nivel dado de desarrollo la noción de pobreza designa la totalidad de posibilidades (fundamentalmente culturales, sanitarias, médicas) y de riqueza que son denegadas a un individuo al mismo tiempo que se le presentan como la norma potencialmente válida para todos» (André Gorz, *Strategy for Labor*, Boston, 1968, p. 22).

dificultad el especificar el carácter explotador de las relaciones de clase. Pero estas variaciones tienden también a interrelacionarse con otros modos de explotación menos directamente «económicos». Dos factores pueden mencionarse como de particular importancia. El primero es el de la educación. Se puede asegurar que en la sociedad moderna, el sistema educativo es una de las fuentes principales de las capacidades e inclinaciones de la masa de la población. Las diferencias en el acceso al sistema educativo o la dominación de ciertas zonas clave o niveles de educación por una clase determinada, es así un modo fundamental (y típico) de la explotación de clases. El segundo es el del entorno laboral: en otras palabras, la relación que existe entre las diferentes capacidades del mercado y la naturaleza de la tarea a realizar en la división del trabajo. La situación laboral tiene un significado doble: no sólo ciertos tipos de trabajo pueden ser aburridos y rutinarios, y, por tanto, «deshumanizadores» en el sentido marxiano<sup>16</sup>, sino que la exposición habitual a semejantes condiciones de trabajo puede por sí misma producir el efecto de embrutecer unas capacidades preexistentes o latentes en el trabajador que éste podría ejercitar en otras zonas de su vida activa.

### 3. El concepto de sociedad clasista

El que una sociedad sea o no una «sociedad clasista» no es una cuestión sencilla ni un fenómeno de todo o nada, sino que depende de una serie compleja de factores. Debería quedar claro que, según el esquema de conceptos que he desarrollado en este y en los anteriores capítulos, una sociedad «carente de clases» no es necesariamente una sociedad «sin clases». Esto coincide, por otra parte, con la teoría de la clase de Marx, tal y como se desprende de la concepción de la producción excedente: cada tipo de sociedad que sucede a la forma original «tribal» (sociedad antigua, feudalismo y capitalismo) es una sociedad clasista. La sociedad tribal constituye una sociedad sin clases, porque no existe formación de producto excedente que pueda servir como base de un sistema de dominación de clases<sup>17</sup>. Pero desde el punto de vista que he intentado establecer, el feudalismo no es una sociedad de clases: más bien se debería denominar una sociedad «pre-clasista», como lo son otras formas de orden tra-

<sup>16</sup> Cf. *ibid.*, pp. 125 ss.

<sup>17</sup> El «modo de producción asiático» no es considerado por Marx como una sociedad de clase. Se ha aducido, sin embargo, que debería estimarse como tal, aun ateniéndose estrictamente a las premisas marxianas. Ver Karl A. Wittfogel, *Oriental Despotism* (New Haven, 1957).

dicional que no están dentro del ámbito de los mercados capitalistas. El «comunismo primitivo» debería considerarse también como dentro de esta categoría. Por contraste, una «sociedad sin clases», en el sentido en que empleo el término, presupone una economía avanzada. Al decir esto no quiero afirmar que la ausencia de clases presuponga, por tanto, un movimiento del orden:

pre-clasista      clasista      sociedad sin clases.

Antes al contrario, una sociedad sin clases, aunque comparte algunas de las características esenciales que separan un orden de clases de una sociedad pre-clasista, no es en sí misma una sociedad en la que las relaciones de clase son preeminentes en la estructura social en su conjunto.

Al utilizar la expresión «preeminentes en la estructura social en su conjunto», deseo mantener el énfasis marxiano sobre la *trascendencia explicativa* de la clase como base de la noción de sociedad clasista. Una sociedad clasista no es una en la que simplemente existen clases, sino una en la que las relaciones de clase son de importancia primordial para la interpretación explicativa de grandes zonas de la conducta social. Así, aunque se daban diversas formas embrionarias de relaciones de clase en la sociedad post-feudal, ésta solamente se convirtió en una sociedad clasista con la hegemonía del mercado capitalista. De igual modo también sería posible identificar la existencia de relaciones de clases en una sociedad que mereciera la aplicación del calificativo «sin clases». En ambos casos tendría perfecto sentido analizar sectores de la estructura social utilizando conceptos de clase; pero con ello sólo sería posible iluminar nada más que algunos aspectos limitados de la organización social en su totalidad<sup>15</sup>. De esto se deduce, no obstante, que no existen unas líneas divisorias absolutas, en casos empíricos dados, entre sociedad «pre-clasista» y «clasista», por una parte, o entre sociedad «clasista» y «ausencia de clases», por otra.

Los rasgos que distinguen la sociedad pre-clasista de la sociedad clasista pueden determinarse por la generalización de aquellas características ya explicadas previamente al referirnos al declive del feudalismo europeo (páginas 92-5). En la sociedad pre-clasista, la distribución de las tareas ocupacionales se rige primordialmente por costumbres o normas establecidas por la tradición, basadas más en

<sup>15</sup> Esta observación se ajusta a la realidad de muchas sociedades contemporáneas «subdesarrolladas» [*sic*]. Ha habido numerosos intentos de llevar el análisis de clase más allá de los límites usuales, por ejemplo, en los estudios de las «nuevas naciones» de África.

la «adscripción» que en la «realización» o «cumplimiento» de las tareas. La economía es ante todo local, esto es, la producción satisface fundamentalmente las necesidades de la comunidad local. La existencia del capital mercantil o de la producción artesanal en pequeña escala no causa, generalmente, ninguna alteración esencial en esta situación, porque dada la naturaleza esencialmente local de la sociedad pre-clasista, la mayoría de las relaciones de dominación y de explotación están personalizadas y se estructuran primordialmente a través de afiliaciones de parentesco. Esto significa que las esferas del poder «económico» y «político», en el sentido moderno, tienden a ser inseparables —una proposición aplicable incluso cuando existe una forma desarrollada de Estado, que es inevitablemente patrimonial.

El surgimiento de las clases en la sociedad pre-clasista se produce por la aparición de aquellos factores que Macpherson consideraba como creadores de una «sociedad de mercado simple» —que, no obstante, debe ser entendida como una forma transitoria que todavía no constituye una sociedad clasista<sup>19</sup>. Una «sociedad de mercado simple» es aquella en la que la adscripción consuetudinaria ha cedido su lugar, al menos en una parte sustancial, a una división del trabajo, en la que la posición ocupacional está abierta al «libre» juego de las inclinaciones o preferencias de los individuos. Tal sociedad ha superado —de nuevo en un grado sustancial— las limitaciones de las relaciones de producción y consumo de tipo local, mediante la extensión de lo que Marx llama «producción de mercancías simple». En una «sociedad de mercado simple», sin embargo, el productor individual retiene un cierto control sobre sus medios de producción. La formación de una sociedad clasista se basa sobre todo en la desaparición de este control: en la expansión de un mercado competitivo de trabajo que abarca a la masa de la población económicamente activa. En este sentido, la sociedad clasista va unida al nacimiento de lo que Marx muy correctamente diagnosticaba como el fundamento esencial del orden capitalista moderno. Como hemos dicho, esto representa sólo una relación abstracta: muchos factores pueden desempeñar un papel efectivo, por supuesto, en la transición hacia una sociedad clasista totalmente desarrollada.

En este punto es necesario precisar más concretamente el concepto de sociedad clasista. Está claro que su existencia depende de

<sup>19</sup> Macpherson. *The Political Theory of Possessive Individualism*, pp. 51-3. Sin embargo, podríamos cuestionar la afirmación de Macpherson de que «para los propósitos del análisis económico los rasgos más esenciales son los referentes a la sociedad de pleno mercado» (p. 51).

una forma definida de mediación institucional del poder: es decir, presupone una «separación» entre la política y la economía de forma que quede al menos un margen considerable para el juego de los mecanismos del mercado sin las trabas que supone un control político activo. El grado de trascendencia explicativa de las relaciones de clase depende en un sentido fundamental del desarrollo de esta situación; pero lo uno no puede deducirse directamente de lo otro. En otras palabras, dentro de la *categoría general* de «sociedad clasista», puede haber una considerable variación en los modos específicos en los que el análisis de clase es pertinente de cara a explicar los otros aspectos de la estructura social. Aparte del carácter adoptado por las conexiones globales entre la economía y la política podemos distinguir cuatro conjuntos de factores (interrelacionados, y, por tanto, sólo independientes desde una perspectiva analítica) que determinan esto: 1) La naturaleza y los tipos de la estructuración de clases. 2) El carácter y los tipos de la conciencia de clase (o «reconocimiento» de clase) que corresponden a las distintas formas de estructuración. 3) Las formas adoptadas por el conflicto de clase manifiesto —en qué medida, por ejemplo, está «institucionalizado» en la negociación colectiva en el campo de la industria, o en competencia rutinaria entre partidos de clase organizados en el campo de la política. 4) El carácter típico de la explotación de clase.

Destaco estos puntos a fin de subrayar el hecho de que la identificación de cualquier sociedad dada como una «sociedad clasista» no exime —como frecuentemente se ha supuesto, especialmente por parte de los autores marxistas— de la responsabilidad de examinar de un modo concreto la naturaleza de las relaciones de clase que existen dentro de ella. Una vez dicho esto, estas cuatro características (variables) pueden reconocerse como las características distintivas principales de la sociedad clasista. La estructuración de clases, naturalmente, representa el modo a través del cual las disparidades en la capacidad de mercado se convierten en «realidades sociales» y, por tanto, condicionan o tienen influencia en la conducta social del individuo. Pero la existencia de la estructuración de clases presupone siempre al menos un «reconocimiento» de clase, si no una conciencia de clase, e implica así la existencia de diferentes «culturas» de clase dentro de una sociedad. Como se ha indicado previamente los aspectos «visibles» de la estructuración de clases pueden desempeñar un papel más significativo que el reconocido generalmente por los autores de la teoría de las clases en la génesis o el mantenimiento de las diferencias en el «reconocimiento» y la conciencia de clase —y ciertamente son estos aspectos de la sociedad clasista los que frecuentemente llaman la atención de los observa-

dores o comentaristas literarios<sup>20</sup>. Pero de importancia predominante desde un punto de vista sociológico son los tipos de conflicto manifiesto relacionados con las oposiciones de intereses ocasionadas por las diferentes formas de la capacidad de mercado. Se puede aceptar que tanto en el sentido de la división crónica de intereses como en el de una existencia persistente de luchas manifiestas, el conflicto de clases es endémico en una sociedad de clases. La eliminación del conflicto de clase, latente o manifiesto, sólo se puede conseguir por un proceso superior de reorganización de la sociedad: hasta este punto debemos reconocer, con Marx, que una sociedad sin clases constituye por necesidad un tipo significativamente distinto de una sociedad clasista. Esto no quiere decir, no obstante, que la superación de la sociedad de clases implique de alguna forma la superación del conflicto o incluso su disminución; significa sólo que dicho conflicto ya no puede describirse como «conflicto de clases» y procede de causas diferentes. La misma observación puede aplicarse a la explotación, el cuarto factor. En una sociedad clasista, la estructura de clases es el eje primordial alrededor del cual tiene lugar el reparto explotador de los «bienes» creados socialmente. Consecuentemente, aunque se rechace la teoría marxiana de la plusvalía, podemos convenir en que la explotación de clases es inseparable de una sociedad clasista e imposible de erradicar dentro de ella. Pero la creación de una sociedad carente de clases no trae consigo el fin de «la explotación del hombre por el hombre», aunque una vez más los orígenes y, hasta cierto punto, el carácter de la explotación será diferente.

#### 4. La noción de ausencia de clases

La teoría de la sociedad sin clases ha adoptado diversas formas en la historia del pensamiento social del siglo XIX. Marx no es de ninguna manera el único autor que ha concebido esta posibilidad, ni tampoco es su versión de un orden sin clases la única que se ha vislumbrado como una posible forma futura de organización social por aquellos que vivieron durante el período de la «gran transformación». La concepción de Marx, como he señalado, estaba muy fuertemente influida por la interpretación de Saint-Simon de la proyec-

<sup>20</sup> La fascinación de Marx por las novelas de Balzac procedía indudablemente del carácter agudo y mordaz de las observaciones del novelista acerca de las costumbres en la burguesía francesa. Marx intentó llevar a cabo un estudio de Balzac como el «anatomista de la cultura burguesa» —aunque este fue un proyecto que ni siquiera llegó a comenzar.

rada sociedad «de clase única». Esta última concepción es indudablemente la que, aparte de la desarrollada por Marx, ha sido expuesta más frecuentemente, por los escritores posteriores —el ejemplo más reciente es el concepto de «ausencia de clases no igualitaria» de Ossowski. La noción de la sociedad «de clase única» viene a ser algo así como una perspectiva inversa de la que he propuesto aquí. Mientras que, según el punto de vista que he desarrollado, el feudalismo es una sociedad pre-clasista y le sucede (en Europa) la sociedad clasista, en la versión saint-simoniana (aunque no en la sugerida por Ossowski) el feudalismo es el epítome mismo de la sociedad clasista y es sucedido, previsiblemente, por una sociedad sin clases. Es evidente, pues, que la concepción de ausencia de clases que he expuesto en esta sección debe poco o nada a cualquier variante del punto de vista saint-simoniano. Si bien una situación de «ausencia de clases no igualitaria», aun cuando fuera algo más que, como sugiere Ossowski, una forma prevaleciente del lenguaje ideológico moderno, podría influir sobre el grado de estructuración de clases en una sociedad, no es por sí misma una condición suficiente para la ausencia de clases.

Las dificultades que presenta la concepción marxiana de la sociedad sin clases estriban no tanto en los atributos básicos que la caracterizan, en la medida en que se pueda decir que éstos han sido claramente enunciados, sino en los rasgos que se suponen vinculados de una forma necesaria a los mismos. Sólo ciertas suposiciones inherentes a la perspectiva marxiana hacen plausible la visión de que la transformación de la estructura de clases capitalista, y la creación de una sociedad sin clases, proporcionarán una base para una reorganización total de la división del trabajo (y, por ende, para la superación de la alienación). Los problemas se derivan de la tendencia de Marx, ya discutida antes, a combinar varios factores separables bajo el concepto general de «división del trabajo». El resultado, dentro del contexto de la teoría de las clases, es que elementos que son, de hecho, aspectos contingentes de la estructuración de clases en el capitalismo son considerados como relacionados necesariamente con el sistema clasista (en el sentido marxiano del término). Los más importantes de éstos son aquellos que he denominado anteriormente «relaciones paratécnicas». El punto más débil de la interpretación de Marx de la oposición entre sociedad clasista y ausencia de clases se refiere a la proposición de que la superación de la sociedad clasista conduce necesariamente o incluso proporciona la base para un cambio radical en aquellos aspectos de la división del trabajo que intervienen en la esfera de las relaciones paratécnicas. Esta última esfera es de importancia fundamental en la estructu-

ración de las relaciones de clase en la sociedad capitalista; pero de esto *no* se deduce que la abolición de las clases pueda entrañar una alteración importante en las relaciones paratécnicas. Los errores en la concepción marxiana sobre este punto proceden en gran parte de una asimilación errónea de «capitalismo» e «industrialismo» —una cuestión que será estudiada con mayor amplitud en el próximo capítulo.

En función de los conceptos que he expuesto antes, se desprende que la condición básica para la formación de una sociedad sin clases es el establecimiento de una forma del Estado que trascienda la división entre las características «económicas» y «políticas» de la sociedad clasista. Esto implica definitivamente la abolición de la propiedad privada de los medios de producción; pero el elemento crucial que subyace a este proceso es la sustitución de la «mano invisible» de los mecanismos de mercado por el control directivo de la producción y la distribución. La mediación institucional del poder, que es esencial para la existencia de una sociedad clasista en la que el Estado funciona como garante de las relaciones contractuales, se sustituye por una en la que el Estado asume el control directivo general de las empresas industriales. Decir esto, insisto, no significa sostener que una sociedad sin clases pueda surgir sólo de una sociedad clasista totalmente desarrollada —o, siguiendo la terminología marxiana, que el socialismo se basa en la superación dialéctica de un capitalismo desarrollado. Por el contrario, uno de mis principales argumentos en la última parte de este libro habrá de ser que las únicas formas de sociedad en el mundo moderno que se acercan a una situación de ausencia de clases son aquellas que nunca han sido sociedades clasistas totalmente desarrolladas.

Las ulteriores características de un orden sin clases se pueden derivar por inferencia de los cuatro componentes señalados como atributos principales de la sociedad clasista. El primero es una falta de estructuración de clase. Este factor evidentemente no es absoluto, sino relativo, al menos por lo que se refiere a cualquier sociedad real. Una sociedad sin clases comparte con una sociedad clasista su carácter de sistema supra-local, con todas las complejidades económicas y sociales que esto lleva consigo; y no es previsible la posibilidad de eliminar completamente el funcionamiento de los mecanismos del mercado. En cualquier caso empírico que se aproxime al tipo de una sociedad sin clases existirá probablemente un cierto desarrollo de estructuración de clases. Pero ésta ni tendrá tanta influencia ni estará tan claramente definida como en el caso de las sociedades clasistas. Es necesario subrayar otro punto más. Algunas de las fuentes de estructuración de clases en las sociedades clasistas



tas se pueden presentar en sistemas sin clases (por ejemplo, como he mencionado antes, un conjunto comparable de relaciones paratécnicas). Estas pueden desempeñar un papel al crear similitudes en la estructura, dentro de ciertos sectores institucionales de la sociedad; pero su impacto, alternativamente, puede ser muy diferente porque no operan dentro de un marco de estructuración de *clases*. El caso de la influencia de las relaciones paratécnicas puede en realidad servir como ilustración de ambas posibilidades. Se puede decir, como sostendré de hecho en la parte final de este libro, que existen paralelismos en algunos aspectos definidos de las estructuras sociales de las sociedades clasistas contemporáneas, por una parte, y las sociedades sin clases, por otra, que deben buscarse en el hecho de que comparten un sistema común de relaciones paratécnicas. Pero éste no es un paralelismo «necesario», como afirman los que postulan la idea de la «lógica» inherente de la industria moderna; está fuertemente condicionado por la circunstancia de que, en ambas formas de sociedad, existe una dedicación abrumadora a objetivos semejantes de máximo crecimiento económico y máxima productividad. Más aún, argumentaré que la conexión entre la estructura de clases y las relaciones paratécnicas propias de la sociedad clasista lleva consigo que se puede hacer poco, dado el marco general de este tipo de sociedad, para cambiar el sistema existente. En las sociedades sin clases, por el contrario, la potencialidad de cambio existe, se convierte en realidad o no.

De igual manera, en la sociedad sin clases podemos esperar encontrar sólo un bajo nivel de conciencia de clase y especialmente de conciencia de conflicto. Esto no es lo mismo que la ausencia de «conciencia de grupo sectorial» en otras formas, ni tampoco hay razón alguna por la que esto no se pueda expresar, en determinadas circunstancias, como un reconocimiento de las divisiones de intereses entre categorías específicas de individuos o colectividades. No existe tipo de sociedad, sin excluir las más sencillas, que esté libre de choques de intereses o de conflictos manifiestos; en una sociedad sin clases, existen necesariamente fuentes crónicas de oposición de intereses, que no pueden sino conducir frecuentemente a luchas manifiestas. Apenas es necesario añadir que esto es aplicable tanto a cualquier tipo futuro de sociedad sin clases concebible como a las existentes en la actualidad. Dada la naturaleza fragmentaria e inconclusa de los comentarios de Marx sobre la «etapa superior» del comunismo —esto es, la sociedad sin clases genuina que ha de suceder a la «etapa de transición» en el paso del capitalismo al socialismo— no está claro si, en algún sentido, llegó a prever la desaparición del conflicto endémico en una sociedad sin clases totalmente realizada

Ciertamente, algunos marxistas posteriores han extraído esta conclusión, y según ciertas interpretaciones de la noción de alienación, como «enajenamiento del hombre por el hombre», si la «etapa superior» de la sociedad comunista ha de realizar la superación de la alienación, quizá sea plausible afirmar que esto implica la desaparición del conflicto social. En cualquier caso, si algo de esto fue dicho en alguna ocasión por Marx, es completamente distinto de lo que yo he afirmado.

Dado que ya he expresado una opinión del mismo estilo acerca del carácter de la explotación, considero innecesario insistir en mayor medida que estas observaciones son aplicables en este caso. Como sucede con el conflicto, sostener que la superación de la sociedad clasista no lleva consigo el fin de la explotación no quiere decir que se niegue la existencia de diferencias importantes y altamente significativas a este respecto entre la sociedad clasista y la sociedad sin clases. Pero estas diferencias deben examinarse concretamente; y quiero afirmar que no creo que la sociedad sin clases tenga *necesariamente* un carácter menos explotador que la sociedad clasista. El fundamento de esta proposición se hace, en mi opinión, patente en la línea del análisis teórico desarrollado a lo largo de este libro; y se encuentra íntimamente relacionado con problemas de la interpretación del desarrollo capitalista, que hasta ahora hemos dejado de lado, pero con los que debemos enfrentarnos ahora.

## Capítulo 8

### EL PROBLEMA DEL DESARROLLO CAPITALISTA

#### 1. «Capitalismo» y «sociedad industrial»

El término «capitalismo», casi tanto como el de «clase», ha sido empleado con varios sentidos por parte de sociólogos e historiadores<sup>1</sup>. Pero lo que hace al caso en este momento es únicamente considerar ciertas cuestiones planteadas por la comparación entre las formas en que el concepto de capitalismo fue empleado por Marx y por Weber, respectivamente. Marx, como he precisado antes, emplea el término en un sentido específico —para referirse esencialmente a un sistema de producción en el que la fuerza de trabajo es una mercancía intercambiable en el mercado con el capital. La concepción weberiana del capitalismo es más compleja, ya que utiliza la noción de dos formas: en un sentido muy general (por ejemplo, «capitalismo de aventureros»), de modo que la empresa capitalista puede identificarse en diversos períodos y situaciones en el pasado, y en un sentido más próximo al de Marx («capitalismo moderno»), según el cual el capitalismo es algo peculiar del mundo occidental postfeudal. Pero si bien Weber reconoce, como ya he señalado anteriormente que la creación del mercado libre de trabajo, en el que

<sup>1</sup> Un número no despreciable de historiadores económicos, han negado que el concepto tenga alguna aplicación histórica de utilidad. Cf. Prefacio de R. H. Tawney's a la segunda ed. de *Religion and the Rise of Capitalism* (Londres 1948), pp. VII-XIII.

los trabajadores sin propiedad tienen que vender su fuerza de trabajo a los patronos a cambio de sus medios de subsistencia, constituye un componente básico y necesario del capitalismo moderno, esto no expresa —como lo hace para Marx— su carácter fundamental. Se trata únicamente de un elemento que permite alcanzar un alto grado de cálculo racional en la empresa económica. Esto coincide con el hecho de que, según Weber, el proceso de «expropiación» de los trabajadores de sus medios de producción no se limita a la esfera de la industria, sino que, en forma de separación de los «medios de administración», ocurre en todas las instituciones primordiales de la sociedad capitalista. El rasgo central del capitalismo moderno debe buscarse en su carácter de sistema de producción rutinaria racionalmente calculada —ejemplificada en los principios de organización formalmente racionales de la empresa capitalista. La mayor parte de los contrastes teóricos significativos entre las interpretaciones del rumbo general del desarrollo de las sociedades avanzadas, que ofrecen Marx y Weber, respectivamente, proceden de esta diferencia.

Ni Weber ni Marx dieron demasiada importancia a trazar una distinción clara entre «capitalismo» e «industrialismo». El énfasis de Weber sobre la significación del cálculo racional en la moderna empresa económica pone de manifiesto naturalmente la íntima conexión existente entre el desarrollo del capitalismo, por una parte, y la extensión de la mecanización y de la producción fabril, por otra. De los dos últimos factores, el primero representa la racionalización de la técnica, el segundo, la racionalización del *trabajo* humano en relación con la máquina. Estos desarrollos, como Weber pone de relieve, son propiciados principalmente por la dinámica expansionista inherente al capitalismo moderno. En este sentido, su opinión no difiere esencialmente de la de Marx, que afirma que el crecimiento del capitalismo desde el siglo XVIII en adelante proporcionó la presión que efectuó la transmutación de la «manufactura» en «maquinismo». Por ende, tanto Marx como Weber, veían una intrincada y necesaria relación entre máquina y fábrica. En palabras de Weber: «la característica que distingue realmente la fábrica moderna es en general... la concentración de la propiedad del lugar de trabajo, de los medios de trabajo, de las fuentes de energía y de las materias primas en una misma mano, la del empresario»<sup>2</sup>. La diferencia básica entre los dos pensadores es que mientras para Weber la racionalización de la

<sup>2</sup> *General Economic History* (Nueva York, 1961), pp. 224 ss.; también Jean Baechler, «Essai sur les origines du système capitaliste», *Archives européennes de sociologie* 9, 1968.

técnica, que encuentra su mejor expresión en la máquina, resume el carácter intrínseco del capitalismo moderno como estructura económica y social, para Marx esta racionalización de la técnica es, en un sentido muy importante, algo secundario y subordinado al atributo central del capitalismo como sistema clasista.

Ambos puntos de vista respecto de las relaciones que existen entre el capitalismo y el industrialismo son, a mi entender, insuficientes; tampoco establecen las necesarias distinciones conceptuales de un modo satisfactorio —los dos dan por supuesto lo que de hecho necesita demostrarse mediante un análisis concreto. La concepción weberiana es deficiente porque se basa en el establecimiento de un vínculo engañoso entre la racionalidad de la técnica y la racionalización de la gestión organizada (burocracia), sin tener en cuenta suficientemente la posibilidad de que *ambos* aspectos de la racionalización dependan, al menos hasta cierto punto, de variaciones en la estructura de clases (es decir, la sociedad clasista en contraste con la ausencia de clases). El error del punto de vista marxiano es similar, excepto que la dirección del énfasis se invierte. Marx consideraba el proceso de industrialización como algo secundario y derivado del «capitalismo», en el sentido marxiano del término: se trata, por decirlo así, meramente del «resultado lógico» de los impulsos que lleva consigo el carácter clasista del modo de producción capitalista<sup>3</sup>. De aquí que, como ya he indicado antes, la influencia de la técnica y la estructura de las relaciones paratécnicas sean consideradas como necesariamente dependientes y subordinadas al sistema de clases.

El concepto de «sociedad industrial», al menos como ha sido utilizado frecuentemente a partir de Saint-Simon, lleva consigo ciertas afinidades con la forma en que Weber aplica su noción de «capitalismo» (moderno)<sup>4</sup>. Han existido, por supuesto, numerosos enfoques teóricos en la sociología que han empleado la idea de la «sociedad industrial» desde Saint-Simon, y las concepciones de esta naturaleza que han desarrollado estos enfoques son muy diversas. Pero todas

<sup>3</sup> Cf., por ejemplo, la interpretación más reciente de Oliver C. Cox *The Foundations of Capitalism* (Londres, 1959), p. 407: «Podemos formular la hipótesis de que las condiciones de la revolución industrial eran inherentes a la organización societal de las comunidades capitalistas existentes (en los siglos XVIII y XIX). Se había convertido en uno de los desarrollos inevitables del capitalismo».

<sup>4</sup> Una de las afirmaciones más explícitas de Weber es la elucidación de la conexión entre la contabilidad capitalista, esencial para su caracterización de capitalismo moderno, y la tecnología mecánica: «la contabilidad capitalista presupone una tecnología racional, es decir, una tecnología reducida al cálculo en el mayor grado posible, lo cual implica una mecanización» (*General Economic History*, p. 208).

ellas comparten la suposición de que lo que distingue a las sociedades contemporáneas de las formas tradicionales es un complejo de relaciones económicas y sociales modeladas en última instancia por la técnica industrial moderna. Así, al igual que la interpretación weberiana del capitalismo desde la óptica del cálculo racional, pero de un modo más directo, el concepto de «sociedad industrial» trasciende la interpretación de las sociedades avanzadas en función de las clases —y, de nuevo, tiende a llevarnos a un punto de vista que da por sentados teotemas que en realidad requieren una verificación empírica.

Necesitamos, por tanto, formular una diferenciación conceptual clara entre «capitalismo», «industrialismo» (e «industrialización») y «sociedad industrial» —aunque en realidad no voy a utilizar el último de estos términos en este libro por razones que se señalan más adelante. Si bien la concepción de la «Revolución Industrial» ha dado lugar a numerosos debates, existe probablemente un acuerdo sustancial sobre los componentes fundamentales del industrialismo. El industrialismo implica, ante todo, la transformación del trabajo humano por la aplicación de fuentes inanimadas de energía a la actividad productiva. Pero en tanto que esto puede considerarse como una representación correcta de su rasgo más esencial, otros factores aparecen asociados con éste, el más importante de los cuales es la proximidad física de los trabajadores, junto con la maquinaria, en un lugar de trabajo claramente circunscrito: a saber, la fábrica<sup>2</sup>. Por tanto, definiré el industrialismo como *la transferencia de fuentes de energía inanimada a la producción por mediación de la organización de la fábrica*. La industrialización es, pues, el proceso, o el conjunto de procesos, gracias al cual el industrialismo viene a desempeñar un cometido fundamental en la vida económica de cualquier sociedad dada. En estos términos, la noción de «sociedad industrial» se puede aplicar para designar un orden social en el que el industrialismo predomina en la producción de bienes para el mercado dentro de la economía. En su empleo más frecuente, no obstante, el concepto supone mucho más que esto. Dado que, a mi modo de ver, ciertas de estas presunciones adicionales necesitan una revisión crítica, trataré de evitar la confusión utilizando en su lugar el término «sociedad avanzada», a pesar de sus connotaciones evolucionistas posiblemente ambiguas, para

<sup>2</sup> Estudios más extensos acerca del industrialismo pueden encontrarse, por ejemplo, en Bert F. Hoselitz y Wilbert E. Moore, *Industrialisation and Society* (La Haya, 1968); William A. Faunce, *Problems of an Industrial Society* (Nueva York, 1968); Georges Friedmann, *Industrial Society* (Glencoe, 1955); y en un plano totalmente diferente, Lewis Mumford, *The Myth of the Machine* (Londres, 1967).

referirme a cualquier orden, clasista o carente de clases, que haya superado la «sociedad de mercado simple».

Previamente he señalado que, según el esquema de conceptos elaborados en este libro, existe una íntima conexión entre «capitalismo» y sociedad clasista. Pero, por razones a las que ya he aludido, la conceptualización marxiana del capitalismo no sirve. No sólo, al basarse en la noción general de «modo de producción», es incapaz de separar el capitalismo del industrialismo de manera satisfactoria, sino que —como una cuestión relacionada— está directamente ligada al concepto marxiano de clase, y si este último debe abandonarse, la especificación derivada del «capitalismo» debe ser al menos considerada desde una nueva perspectiva. No obstante, al utilizar el término «capitalismo», no es ni necesario ni deseable abandonar todos los principios del punto de vista de Marx. Las características esenciales del capitalismo, en el sentido en que aplico la noción, son las siguientes. El capitalismo existe donde: 1) la producción se orienta primordialmente a la realización, o a la búsqueda de la realización, de un beneficio que revierte al capital privado. 2) Este proceso se organiza en forma de un mercado en el que las mercancías, incluyendo el propio trabajo, se compran y se venden con arreglo a los patrones del cambio monetario. En esencia, esta definición mantiene las características principales de la noción marxiana; salvo que en este caso el capitalismo no es un «modo de producción» (si la expresión hubiera de salvarse, se podría decir que el «capitalismo» más el «industrialismo» equivale a un modo de producción definido)<sup>6</sup>. Puede hablarse de la existencia de la «sociedad capitalista» cuando, como algunos marxistas han apuntado, el capitalismo se convierte en el modo «hegemónico»: es decir, cuando la parte principal del sistema económico de una sociedad se organiza según los dos conjuntos de fórmulas indicados. Mientras que la existencia de la sociedad capitalista presupone un alto nivel de industrialización, no se puede sostener lo contrario. En sentido estricto, por tanto, existe una diferencia muy significativa entre «capitalismo» y «sociedad capitalista» porque ésta, dado que implica el industrialismo, es de creación relativamente reciente, mientras que el primero no lo es. Si en gran parte de lo que resta de este libro empleo términos más o menos intercambiables, es para salvaguardar la variedad terminológica no porque haya olvidado las profundas diferencias que existen entre ellos

<sup>6</sup> Cf. Adorno, «die gegenwärtige Gesellschaft durchaus Industriegesellschaft ist nach dem Stand ihrer Produktivkräfte... Demgegenüber ist die Gesellschaft Kapitalismus in ihren Produktionsverhältnissen» (Theodor W. Adorno, *Aufsätze zur Gesellschaftstheorie und Methodologie*, Frankfurt, 1970, p. 157).

La definición del capitalismo que acabamos de reseñar naturalmente no implica que en cualquier economía real que se llame capitalista deba manifestarse algo así como la «competencia perfecta»; o que deba existir en cada sector de la producción un mercado competitivo; o que el Estado no dirija directamente amplios sectores de la economía. Más aún, esta definición no prejuzga la existencia de oligopolios o incluso monopolios en la economía capitalista. Aun en la más «organizada» de las economías capitalistas, la apropiación privada del beneficio, mediante la inversión de capital, continúa siendo el regulador último de la actividad productiva. Las situaciones de oligopolio o monopolio que implican hasta cierto punto la «administración» directa de los precios por parte de los productores, puede entrañar una «redistribución» de la renta del capital de las industrias más competitivas a las menos competitivas, pero no interfieren directamente las condiciones de la producción capitalista.

## 2. El capitalismo en la Europa del siglo XIX

Muchos de los que, desde la posición ventajosa del siglo XX, han criticado las supuestas «predicciones» de Marx relativas al futuro del capitalismo, lo han hecho de una manera bastante curiosa. La opinión de Dahrendorf sobre el nacimiento de la sociedad «post-capitalista» es un caso típico. El argumento parece ser el siguiente. Al analizar la estructura social y económica del capitalismo del siglo XIX, Marx tenía mucha razón en su diagnóstico de la dinámica fundamental de la sociedad capitalista en general, y en su interpretación de las clases y del conflicto de clases en particular. Pero el siglo XIX no es el siglo XX: desde la época de Marx hemos asistido a una serie de profundos cambios socio-económicos que hacen que sus opiniones sean hoy día superfluas. Es difícil, sin embargo, afirmar que Marx llevaba en gran parte razón sobre lo que ocurría en el contexto del siglo XIX, pero que, aplicadas al mundo moderno, sus opiniones son erróneas (o inaplicables). A menos que pensemos que lo que determina el curso del desarrollo social es puramente contingente, hay que admitir que Marx debe haberse equivocado en un grado sustancial desde el principio en algunas de las características dinámicas esenciales que atribuía a las sociedades europeas de cuya historia extrajo la mayor parte de sus conclusiones.

Aunque un examen detallado de estas cuestiones exigiría más espacio del que disponemos, es posible identificar dos fallos principales en el análisis de Marx del capitalismo decimonónico. El primero se refiere al modo en que intentó relacionar su «modelo abstracto»



de desarrollo capitalista con las sociedades existentes en su época. El segundo corresponde a ciertos errores en su teoría de las clases discutidos anteriormente. Aunque él (pero sobre todo Engels) dedicó alguna atención a los Estados Unidos, la mayor parte de las opiniones de Marx sobre el pasado y sobre el posible futuro del capitalismo se basaron en materiales procedentes de tres países europeos: Alemania, Francia e Inglaterra. Las tradiciones filosóficas de estos tres países, en el orden citado, representan las principales fuentes intelectuales de las que Marx dedujo el materialismo histórico: la filosofía clásica alemana, el pensamiento socialista francés y la economía política británica. Pero en cuanto a las observaciones más concretas realizadas para formular su modelo de desarrollo capitalista, el caso inglés tuvo una importancia fundamental. *El capital* se basa casi exclusivamente en una documentación referida a Inglaterra; y —al menos después de 1850— fue principalmente en el contexto de una teoría del desarrollo derivada de la sociedad británica en el que Marx trató de interpretar el desarrollo de los acontecimientos en los otros dos países.

La famosa afirmación incluida en el Prólogo a la primera edición alemana de *El capital*, dirigida al lector alemán que pudiera rechazar la importancia del desarrollo británico en relación con su propio país —*De te fabula narratur!*: de ti es la historia que se cuenta— expresa sucintamente el punto de vista de Marx. Inglaterra ejemplifica el desarrollo ascendente de la sociedad capitalista en su «forma más típica»<sup>1</sup>. Esto es cierto, debemos insistir en ello, no sólo para las observaciones históricas sobre el movimiento de los cercados, etc., sino para gran parte de la base en que se fundamenta la *teoría* económica recogida en *El capital*. Lo que no significa que Marx no fuera en cierto modo consciente de las profundas diferencias existentes en cuanto a la estructura social y económica entre Inglaterra y los otros dos países; por el contrario, como he dicho antes, siempre mostró un gran interés por el desarrollo contemporáneo de su patria, y tres largos ensayos históricos dan amplia idea de la profundidad de su preocupación intelectual en relación con los acontecimientos de Francia. Pero tras los *dénouements* de 1848, durante la etapa fundamental de su carrera intelectual adoptó la opinión de que la superación revolucionaria de la sociedad capitalista, tanto en lo que atañe al entendimiento teórico como a la realización práctica, depende de la *madurez* del modo de producción capitalista.

Los problemas inherentes a esta concepción, que fueron compartidos por muchos escritores contemporáneos de Marx, sólo se han percibido totalmente a la luz de la experiencia posterior, tanto del des-

<sup>1</sup> *Capital*, vol. 1, p. 8.

arrollo último de las tres sociedades europeas como de la formación moderna de las sociedades fuera de Europa. La cuestión radica en que en vez de ser el «modelo» de una evolución capitalista o industrial, Inglaterra es la excepción; o más exactamente, representa sólo una de las diferentes formas identificables de desarrollo en el nacimiento de las sociedades avanzadas<sup>8</sup>. En Inglaterra —sin duda como resultado global de un complicado (y aún muy controvertido) conjunto de antecedentes históricos específicos— el camino estaba preparado en el siglo XIX para la mutua acomodación del capitalismo y del industrialismo en un marco general de orden democrático burgués. En consecuencia, el proceso de industrialización tuvo lugar de una forma «no dirigida», mediante una multiplicidad de actividades empresariales en una «sociedad burguesa» relativamente estabilizada. Francia, en el siglo XIX, y probablemente desde entonces, estaba dominada por el legado de la revolución de 1789. Mientras Marx era perfectamente consciente de ello, e incluso consideraba la política francesa como la ejemplificación en cierto modo del Estado burgués, no consiguió analizar de forma adecuada las continuas diferencias en la *infraestructura*<sup>9</sup>, así como en la «super-estructura», que separaban la sociedad francesa de la británica. La historia francesa, durante el siglo XIX, estuvo condicionada por las persistentes rupturas entre lo que Marx llamaba elementos «retrógrados»: los grandes terratenientes, el campesinado, la Iglesia y el Ejército, por una parte, y los intereses industriales y comerciales en gran escala, por otra. El proceso de industrialización no sólo fue más débil y retrasado que en el caso de Inglaterra, sino que tuvo lugar en el marco de una sociedad que, en lugar de representar el orden burgués más «moderno», no se convirtió en una «sociedad burguesa» de forma plena hasta el período de republicanismo triunfante que precedió al cambio de siglo.

En Alemania, desde luego, la situación era también diferente. Se puede decir que el verdadero punto de partida de la carrera intelectual de Marx se encuentra en su preocupación, a principios de la década

<sup>8</sup> Para dos análisis relevantes, y parcialmente coincidentes, ver Barrington Moore, *The Social Origins of Dictatorship and Democracy* (Londres, 1969); y Alan Touraine, *Sociologie de l'action* (París, 1965).

<sup>9</sup> Uso este término sin intentar determinar su significado de forma precisa, para referirme a los patrones básicos de la organización económica (nivel tecnológico, forma de estructura social y modos de intercambio de las mercancías) predominantes en una sociedad dada. He mencionado ya algunas de las dificultades a que da lugar el empleo de este concepto en la teoría marxiana. Lo utilizo aquí con las calificaciones que han sido señaladas previamente —en concreto, entendiéndolo que la teoría de clases debe separar analíticamente aquellas características de la infraestructura que he identificado como las fuentes de estructuración de clase.

de 1840, por el «atraso» de Alemania en relación con Francia en el terreno político y con Inglaterra en el terreno del desarrollo económico. Durante más de la mitad del siglo XIX, Alemania siguió siendo un conjunto débilmente organizado de principados, más que un Estado nacional en el sentido moderno, y su nivel de desarrollo económico fue bajo. Marx predijo que una metamorfosis en esta situación sólo podía tener lugar mediante la producción de fuerzas socio-económicas que fueran tan turbulentas como para desbordar rápidamente la capacidad de control de una burguesía momentáneamente ascendente en favor de la creación, a corto plazo, de una sociedad socialista. Vivió lo suficiente para ver la unificación de Alemania y el período inicial de la expansión industrial alemana. Pero es muy difícil incluir estos acontecimientos, o la pauta de desarrollo de Alemania después de su muerte, en el esquema general de sus ideas. La unificación política de Alemania no se realizó bajo la dirección de los Estados alemanes «progresistas», en los que la industria y el comercio o las ideas políticas liberales estaban más fuertemente desarrolladas, sino bajo la dominación de la Prusia «semifeudal». El Estado nacional alemán se forjó, como recalcó Weber, haciendo de ello uno de los puntos focales de su pensamiento, mediante el ejercicio del poder militar. El proceso de industrialización, llevado a cabo en un plazo relativamente breve, fue dirigido en buena medida por un Estado en el que los grupos terratenientes tradicionales mantenían una posición de preeminencia.

Los desarrollos de Francia y de Alemania no pueden ser correctamente entendidos si se considera como prototipo la experiencia británica —y especialmente si ésta se generaliza en un contraste polar, genérico entre «feudalismo» y «capitalismo». Como he señalado previamente, Marx partía de los teóricos de la «sociedad industrial» al vislumbrar una triple progresión feudalismo-capitalismo-socialismo antes que una oposición entre sociedad «tradicional» y sociedad «moderna». Pero esta última doble oposición se encuentra en la obra de Marx en forma de una antítesis generalizada entre «feudalismo» y «capitalismo» que constituye la principal división histórica que en su opinión ha tenido lugar. Nada es más intrínseco al pensamiento del siglo XIX que esta antítesis, versiones de la cual informan las obras de prácticamente todos los principales pensadores sociales de la época. Nada cabe objetar a dichos conceptos que separan, de alguna forma, los dos lados de la «gran transformación», el «tradicional» y el «moderno», siempre que se consideren exclusivamente como tipos generales cuya utilidad debe ser examinada en relación con una diversidad de casos. Pero, de hecho, tanto Marx como la mayoría de los otros pensadores de la época mostraron una tendencia a basarse en un caso

empírico para elaborar sus tipologías —y luego a cometer la falacia (y esto se aplica menos a Marx que a algunos de los otros) de la «concreción desplazada» al considerarlos como si pudieran ser aplicados *in toto* a la explicación de ejemplos históricos específicos<sup>10</sup>.

Quizás el elemento más importante en el contraste de Marx entre «feudalismo» y «capitalismo» que empaña su interpretación de la Europa del siglo XIX es el de los grupos de élite agrarios o terratenientes. Centrándose sobre todo en el caso de Inglaterra, Marx consideró a éstos bien en forma de aristocracia post-feudal, irresistiblemente marginada por el advenimiento del capitalismo, o en forma de *rentiers*, que constituyen un sector de la clase dirigente capitalista. Incluso en Inglaterra, no obstante, la élite aristocrática terrateniente conservó una fuerte posición económica y especialmente política durante más tiempo de lo que previó Marx. Pero en Alemania, en la forma de *Junkers*, continuaron desempeñando un papel decisivo hasta bien entrado el siglo XX: y el examen de cómo ocurrió esto es esencial para la comprensión del desarrollo social y político de este país. La Alemania de principios de siglo merecía ciertamente el apelativo de «sociedad capitalista»; pero su estructura económica y social y su historia desde la última mitad del siglo XIX en aspectos importantes muestra un paralelismo más cercano al Japón que a cualquier otro país europeo. La otra cara de la moneda es el relativo olvido de Marx de la «clase retrógrada»: el campesinado. Incluso con anterioridad a las revoluciones socialistas del siglo XX, el campesinado ha desempeñado un papel fundamental en la composición de la forma adoptada por las sociedades avanzadas —y, de nuevo, la temprana «desaparición» tanto del campesinado enfeudado como del independiente en Inglaterra ha demostrado ser más la excepción que la regla<sup>11</sup>.

En un sentido más general, factores específicamente *políticos* han desempeñado un papel mucho más importante en el desarrollo posterior de las sociedades avanzadas del que Marx les atribuyó<sup>12</sup>. La duradera preeminencia de elementos «tradicionales» en las sociedades capitalistas a principios del siglo XX está íntimamente relacionada con la ascensión del nacionalismo. Se ha señalado frecuentemente, y con acierto, que Marx dio poca o no demasiada importancia a la po-

<sup>10</sup> Por supuesto, esta afirmación plantea importantes cuestiones metodológicas; pero éstas no pueden ser analizadas aquí. Para un enfoque que pone en tela de juicio el uso de las dicotomías establecidas de «lo tradicional» y «lo moderno», véase Reinhard Bendix, «Tradition and modernity reconsidered» *Embattled Reason, Essays on Social Knowledge* (Nueva York, 1970).

<sup>11</sup> Cf. Barrington Moore, *op. cit.*, pp. 453-83 y *passim*.

<sup>12</sup> Una vigorosa defensa de esta concepción puede encontrarse en Reinhard Bendix, *Nation Building and Citizenship* (Nueva York, 1964).

sible influencia del nacionalismo en el desarrollo de la historia moderna. Pero esto constituye sólo uno de los diversos aspectos de la cuestión. No es necesario adoptar la opinión extremista que reduce el conflicto de clases a una manifestación de la lucha por conseguir la «ciudadanía» política para darse cuenta de que existe una sustancial validez en la afirmación de que el intento por asegurarse la total incorporación a la vida política por parte de la clase obrera (y su éxito) es de importancia básica para el desarrollo de las sociedades capitalistas. En cierto sentido, Marx estaba evidentemente acertado al considerar el nacionalismo y el socialismo como principios competitivos y mutuamente excluyentes; pero en un sentido explicativo, al trazar el desarrollo de éstos como movimientos de masas dominantes a finales del siglo XIX, se hace a todas luces evidente que ambos están íntimamente relacionados y que, hasta cierto punto, se nutren de fuentes similares.

Cualquier estudio del desarrollo de Inglaterra, Francia y Alemania en los primeros años de este siglo debe brindar una interpretación del hecho de que mientras que un fuerte movimiento obrero floreció en cada una de esas sociedades, en el de los dos últimos países existió un fuerte componente de conciencia de clase revolucionaria, mientras que en el del primero no lo hubo. Exactamente lo contrario de lo que cabría esperar de aplicarse el precepto *De te fabula narratur!* La discrepancia se puede entender, no obstante, si se coloca en el contexto sugerido antes. La contrapartida del movimiento obrero revolucionario en Francia y Alemania fue un conservadurismo agresivamente nacionalista. La creación de un orden burgués liberal constituyó un proceso prolongado, amenazado en dos frentes. En Inglaterra (como, en un contexto diferente, en los Estados Unidos) la interpenetración del naciente industrialismo con una estructura social muy específica permitió una acomodación relativamente estable entre las diversas clases; ni el socialismo revolucionario ni el conservadurismo militantes cobrarían la misma fuerza que en los otros dos países europeos.

Pero estos fenómenos sólo pueden interpretarse parcialmente en estos términos: llegados a este punto, es útil pasar a examinar un segundo factor que compromete el tratamiento marxiano del capitalismo decimonónico. Un tema que aparece con frecuencia en las críticas a la obra de Marx es el de que sus obras contienen un cierto número de «predicciones» clave que se refieren al curso proyectado del desarrollo capitalista —predicciones que no se llegaron a materializar. Ahora bien, es indiscutible que, al menos durante gran parte de su carrera, Marx esperaba que la muerte de la sociedad capitalista ocurriera en un futuro próximo —aun cuando sus previsiones acerca del

carácter de la situación que probablemente precipitaría el fin cambiasen según el desarrollo concreto de los acontecimientos en los países europeos. Pero es igualmente evidente que la mayor parte de lo que se han tomado por «predicciones» sobre el futuro del capitalismo son de hecho consideradas por Marx como propiedades tendenciales del desarrollo capitalista, cuya actualización se ve influenciada por acontecimientos contingentes. Para analizar la validez de estas hipotéticas características del capitalismo no es suficiente indicar las divergencias en el desarrollo efectivo de las sociedades capitalistas desde la época de Marx: se debe llevar a cabo también una valoración del significado *teórico* de estas divergencias en relación con aquellas propiedades que Marx consideraba imanes al capitalismo como «modo de producción». De las características tendenciales del capitalismo identificadas por Marx, tres revisten una particular importancia: 1) la tesis de que la madurez gradual de la economía capitalista da lugar a una disparidad relativa cada vez mayor entre los beneficios económicos que revierten al trabajo asalariado y los que se apropia el capital; 2) la teoría de que el capitalismo está sujeto a crisis endémicas de sobreproducción, que adquieren con el paso del tiempo un carácter cada vez más catastrófico; y 3) la concepción de que el capitalismo «socava sus propios cimientos», puesto que su funcionamiento continuo consolida los procesos de concentración y centralización de capitales (y debido a ello tiende —aunque el propio Marx no empleara el término— hacia «el capitalismo monopolista»).

Desde la última parte del siglo XIX, los ingresos reales del grueso de un amplio sector de la estructura ocupacional que Marx definía como «trabajo asalariado» han aumentado sensiblemente en todas las sociedades capitalistas. Este hecho, de tremenda importancia si la «tesis de la depauperación» se considera como una «predicción» específica relativa al futuro del capitalismo, pierde parte de su significación, al menos en relación con el punto de vista marxiano, si se reconoce que según la teoría económica de Marx, lo fundamental es la incapacidad crónica del trabajo asalariado para aumentar su participación relativa en la incipiente riqueza productiva del capitalismo. Pero la incompatibilidad de esta creciente prosperidad con esta teoría es difícil de poner en duda, porque la proposición principal que subyace en la concepción marxiana es que, debido a las exigencias genéricas del sistema económico capitalista, los ingresos correspondientes al trabajo asalariado no pueden elevarse a largo plazo muy por encima del nivel de subsistencia. Pero semejante alza ha ocurrido y no puede explicarse ni en función de la «cláusula escapatoria» que Marx incluye, de que lo que constituye la «subsistencia» puede ser influido por definiciones culturales variables, ni en función de las teorías

posteriores del imperialismo<sup>13</sup>. Como han señalado frecuentemente los economistas, es posible, no obstante, salvar algunos de los principios fundamentales de la teoría económica marxiana a expensas de sacrificar la conclusión que deseaba extraer de ellas, y gracias a ello conciliarla con el hecho del aumento en los ingresos reales del trabajo asalariado. Uno de los temas principales de la teoría económica marxiana del capitalismo (que tampoco debe considerarse como una «predicción» concreta) es que existe una tendencia a la disminución de la tasa de beneficios del capital. Admitiendo, por tanto, que la tasa de plusvalía permanece constante, se deduce que el aumento de la productividad del trabajo debe traer consigo una elevación en los salarios reales<sup>14</sup>.

Cualquiera que sea la validez de esta interpretación teórica, los hechos parecen hoy bastante claros. Aunque era incorrecto suponer que el carácter intrínseco de la economía capitalista origina una divergencia cada vez mayor entre los beneficios obtenidos por el trabajo asalariado y el capital, no estaba tan lejos de la verdad como muchos críticos de Marx han supuesto. A pesar de los distintos tipos de esquemas impositivos, dirigidos a la redistribución de la riqueza y de la renta, que se han introducido en todas las sociedades capitalistas, en la mayor parte de los casos se han producido sólo cambios marginales en las diferencias relativas que existían a finales del siglo XIX. Lo que parece ser genérico al capitalismo es una disparidad estable entre los beneficios económicos que corresponden a las clases principales —dentro de esto se pueden incluir no sólo la diferencia entre propietarios y no propietarios, sino también entre la clase media y la clase obrera en lo que se refiere al ingreso efectivo<sup>15</sup>. En realidad los ingresos reales de ambas clases han aumentado muy considerablemente durante los últimos cien años; pero más que afectar significativa-

<sup>13</sup> El examen marxista reciente más sofisticado de estos problemas es Ernest Mandel, *Marxist Economic Theory* (Londres, 1968, 2 vols.).

<sup>14</sup> Para una exposición de este punto de vista, ver Joan Robinson, *An Essay on Marxian Economics* (Londres, 1966), p. 36.

<sup>15</sup> La medición de la distribución de la riqueza y los ingresos constituye, por supuesto, una cuestión polémica y una generalización amplia como ésta ha de ser obviamente situada en la perspectiva de las diversas controversias que rodean a este asunto. Según Kalecki, sin embargo, en Gran Bretaña la proporción salarial en la renta nacional ascendía al 41 por 100 en 1880 y al 42 por 100 en 1935; otras estimaciones indican que, en el período de 1870-1950, la parte correspondiente a los salarios nunca llegó a superar el 42 por 100, y, en ciertas ocasiones, descendió hasta un 37 por 100. M. Kalecki, «The distribution of the national income», *Essays in the Theory of Economic Fluctuations* (Londres, 1939); E. H. Phelps Brown y P. E. Hart, «The share of wages in national income», *Economic Journal* 62, 1952.

mente a las diferencias relativas, este proceso simplemente ha elevado el nivel general. Particularmente importante es la aparente estabilización en la distribución de la propiedad: a pesar de las teorías que postulan el advenimiento de un «capitalismo popular», que se distingue por una difusión cada vez más amplia de la propiedad, se ha visto claramente en los últimos años —incluso en los Estados Unidos, donde esta opinión se ha expuesto más frecuentemente— que la realidad es, más bien, la marcada continuidad de la concentración pre-existente de la propiedad en manos de una pequeña minoría de la población (aunque en este sentido el grado de concentración nunca ha sido tan alto en los Estados Unidos como el observado normalmente en los países europeos). Si los «niveles superiores» de las sociedades capitalistas han cambiado desde el siglo XIX, la cuestión debe plantearse en función de un declive en la preeminencia de la propiedad en relación con el control económico, como consecuencia del desarrollo de las sociedades anónimas, en lugar de en función de un cambio en la distribución de la propiedad como tal.

Se ha escrito tanto acerca de la teoría marxiana de las crisis capitalistas que no hay necesidad de hacer otra cosa que recapitular algunos de sus temas principales. Durante muchos años, la esperanza de que el capitalismo encontraría su fin en una crisis catastrófica definitiva no fue infrecuente entre los marxistas —y hasta la década de 1930, ésta no era una sugerencia inverosímil. En la propia obra de Marx, no obstante, semejante acontecimiento no está previsto específicamente y de hecho los factores que realmente producen las crisis permanecen en cierto modo oscuros. Marx no escribió nada que se aproximara a una descripción comprensiva de la naturaleza de las crisis y probablemente consideró que representan el resultado final de una serie de factores inter-relacionados que no pueden reducirse a una simple fórmula. Pero las condiciones subyacentes que diagnosticó como productoras de la tendencia general de la economía capitalista a sufrir crisis periódicas son lo suficientemente claras, y, en un sentido amplio, pueden aceptarse como correctas (si bien, a la luz de los análisis económicos modernos, muy simplistas). El capitalismo difiere de la sociedad pre-clasista en que rompe la relación inmediata entre producción y consumo que predomina en el último tipo de orden social, donde la producción está aparejada a las necesidades locales conocidas. En el sistema capitalista, a través del desarrollo de la economía monetaria, las transacciones están regidas por las fuerzas impersonales del mercado. Hay, pues, una «anarquía» inherente al capitalismo, porque no existe un órgano definido que ajuste la producción al consumo. La búsqueda de beneficios del capital es la forma principal por la que se



mantiene cierto equilibrio entre la producción y el consumo; una crisis tiene lugar esencialmente cuando no se consigue un nivel suficiente de rendimiento en la inversión y cuando se produce un significativo volumen de «superproducción», creando un círculo vicioso de disminución del poder del consumo mediante el despido de trabajadores y una baja ulterior en la tasa de ganancias. El desarrollo de estos procesos, señala Marx, eventualmente vuelve a crear las condiciones de equilibrio, aunque a una capacidad productiva más baja, haciendo posible, así, una nueva reactivación de la producción<sup>16</sup>.

El propio Marx analizó el origen de un conjunto de elementos que, solamente por una extensión relativamente pequeña de su argumento, pueden servir en parte para contrarrestar la «anarquía» de la producción capitalista: esto es, la tercera serie de propiedades tendenciales del capitalismo antes citadas —la tendencia hacia la concentración y la centralización. En tanto existe algo semejante a una situación monopolista en cualquier sector de la producción, las organizaciones económicas son potencialmente capaces de regular los precios y, por tanto, los beneficios de una forma directa y, aunque sólo sea por la exclusión de productos alternativos, de regular las necesidades de los consumidores; y la centralización del mercado, manifiesta en el dominio que ejerce un limitado número de organismos financieros o de crédito, puede introducir un grado importante de regulación en las operaciones del mercado. Lo que Marx no percibió, indudablemente debido en gran parte a los errores de su análisis general del Estado, era que la gradual madurez del capitalismo podía producir una forma diferente de «socavamiento parcial de sus propios comienzos» al estimular un aumento de la intervención estatal en la vida económica. La brillantez de los textos económicos de Keynes ha llevado a olvidar que la «revolución keynesiana» era tanto una expresión de los cambios que ya se estaban produciendo dentro de las sociedades capitalistas como un nuevo conjunto de medidas para reorganizar la economía capitalista. Históricamente, como he señalado, en algunos países capitalistas el Estado ha desempeñado un papel importante como estímulo al desarrollo económico, y así desde el principio se ha visto profundamente implicado en la vida económica. Pero es discutible que, del mismo modo que la aparición de dislocaciones o de crisis estimula la concentración y la centralización, sirva también para promover la intervención estatal en la actividad económica, porque el funcionamiento del capitalismo «sin trabas», riende, antes de nada, a crear «debilidades»

<sup>16</sup> En palabras de Marx, las crisis son «soluciones forzosas y momentáneas de las contradicciones existentes. Son erupciones violentas que restauran por un tiempo el equilibrio perturbado» (*Capital*, vol. 3, p. 244).

definidas en ciertos sectores de la economía: y éstos son frecuentemente los sectores en los que interviene el Estado. Más aún, el acontecimiento mismo y la magnitud cada vez mayor de las crisis evidencian la genérica inestabilidad del capitalismo si no se mantiene un control directo por parte del Estado sobre algunos de los aspectos fundamentales de la organización económica. Ciertamente, esto no es una exigencia originada en los mecanismos de la propia producción capitalista; es decir, implica un grado significativo de reconocimiento consciente por parte de los organismos gubernamentales de lo que hay que hacer para rectificar o aliviar la «patología» del sistema. Pero esto no es, después de todo, cualitativamente diferente de lo que ocurre en los procesos de reorganización económica, en forma de concentración y centralización, en el contexto de la «recuperación» de las crisis. La intervención estatal de tipo keynesiano no elimina, por supuesto, la tendencia a las crisis; significa que esta tendencia puede convertirse en una serie de fluctuaciones relativamente pequeñas entre el *boom* y la recesión.

A la luz de los acontecimientos posteriores incluso los críticos más severos de Marx no pueden negar que tenía razón al identificar la concentración y la centralización como tendencias fundamentales de la madurez de la producción capitalista. Lo que puede y debe ser cuestionado son las conclusiones que extrajo de esto en relación con la prevista superación del capitalismo por el socialismo. Marx vio en estos procesos la incipiente socialización del mercado, que habría de ser complementada por la ascensión de un movimiento obrero revolucionario, que se apoderaría de un sistema que ya había progresado considerablemente hacia la creación de los elementos de una economía socialista. Pero si estos dos conjuntos de cambios no están intrínsecamente relacionados —por razones que se detallan en los capítulos siguientes— entonces la imagen resultante es muy diferente. Lo que Marx denominaba cáusticamente «todo un sistema de estafa y engaño por medio de la promoción de la empresa, la emisión de acciones y especulación bursátil» se convierte no en una fase transitoria que media entre el «capitalismo clásico» y el socialismo, sino en la forma característica de la economía capitalista desarrollada.

### 3. El capitalismo y los orígenes del socialismo de Estado

He distinguido anteriormente dos tipos de situación relacionados (en los textos de Marx) con la superación revolucionaria del capitalismo que aunque se encuentran por necesidad estrechamente vinculados en su propio pensamiento pueden separarse analíticamente. Uno

de ellos se refiere al nacimiento de una clase obrera revolucionaria en el seno de las sociedades capitalistas más desarrolladas, el otro a los efectos desorganizadores del contacto entre un orden «atrasado» y uno «avanzado», como consecuencia de los rápidos cambios socio-económicos que pueden producirse por semejante contacto. Ambos, no obstante, presuponen la existencia de un «modo de producción capitalista» (en el sentido marxiano) altamente desarrollado, dado que la última situación sólo conduce a una revolución socialista si contribuye a precipitar un proceso de cambio revolucionario en las propias sociedades avanzadas. Con la ventaja de considerarlo *a posteriori*, podemos darnos cuenta ahora que ninguna de las dos «concepciones marxianas de la revolución» son satisfactorias. Ambas suponen una estrecha relación entre la conciencia y la actividad revolucionarias, por una parte, y la madurez del desarrollo capitalista, por otra. La realidad es que el tipo de proceso revolucionario que ha tenido lugar no sólo difiere sensiblemente del que vislumbró Marx, sino que como fenómeno general, está relacionado con las *primeras etapas* del desarrollo industrial capitalista antes que con las últimas. Este no es lugar para señalar las líneas maestras de una teoría general del cambio revolucionario, si es que esa teoría es posible de concebir. Sin embargo, tres observaciones son importantes en este punto: 1) la clase obrera (manual) tiene mayores probabilidades de alcanzar un alto grado de conciencia de clase revolucionaria en la fase inicial del proceso de industrialización. 2) El carácter o la forma de esta conciencia de clase, sin embargo, depende en un sentido muy significativo de amplios aspectos del marco socio-económico dentro del cual se produce la industrialización. 3) En los cambios revolucionarios «triumfantes» que han tenido lugar desde finales de siglo, el campesinado ha desempeñado típicamente un papel importante, por no decir crucial —no como una «clase retrógrada», sino como una fuente positiva de impulso de la actividad revolucionaria.

Los factores que tienden a estimular una conciencia de clase revolucionaria entre la clase obrera durante las etapas iniciales de la industrialización no son —en abstracto— difíciles de especificar. El desarrollo de la producción industrial conlleva la aparición de contradicciones normalmente mucho más pronunciadas que las que entraña la comercialización característica de la formación de una «sociedad de mercado simple» dentro de un sistema preclasista. Las relaciones paratécnicas características de la producción industrial no son sólo profundamente diferentes de las del agrarismo campesino y la manufactura «artesanal», sino que la transferencia de las últimas a las primeras, en la fase de «despegue» hacia el industrialismo, sucede normalmente con considerable rapidez. Más aún, esta transferencia impli-

ca un desarraigo mayoritario de los trabajadores de la comunidad rural estrechamente unida hacia un entorno urbano mucho más disgregado. El debate académico sobre si, desde un punto de vista puramente material, el nivel de vida (en Inglaterra) anterior a la revolución industrial era marginalmente más alto o más bajo de lo que fue posteriormente no afecta al hecho de que los cambios implicados originan la posibilidad de una profunda *experiencia* de privación —y del reconocimiento de posibles «órdenes alternativos». Dado el carácter del contraste entre las relaciones paratécnicas de la producción agraria y las que son características de la producción industrial, la atracción de la recién formada clase obrera hacia las ideas socialistas es fácilmente comprensible. El obrero, que procede de un sistema productivo en el que el trabajador mantiene un grado definido de control sobre sus medios de producción, se traslada o se ve arrojado a una situación donde —junto con una masa de otros trabajadores, con los que se encuentra en contacto visible— está sujeto a la disciplina «dada» de la fábrica y de la máquina<sup>17</sup>. Pero la naturaleza específica de esta conciencia de clase, el grado en que permanece latente o se encauza dentro de un movimiento obrero, y el papel del propio movimiento obrero, dependen en un grado sustancial del carácter total de la sociedad en cuestión, de los dos conjuntos de factores indicados previamente: el carácter de la estructura pre-industrial y la «trayectoria» del proceso de industrialización.

Las formas de cambio revolucionario que han conducido al establecimiento del socialismo de Estado son diversas, y no voy a intentar analizarlas aquí. Indudablemente éstas no pueden ser entendidas únicamente sobre la base de presupuestos socio-económicos; los factores políticos —y especialmente el impacto de la guerra<sup>18</sup>— han desempeñado un papel extremadamente significativo. Pero existen diferencias evidentes y muy acusadas entre el carácter de las sociedades en las que el socialismo de Estado se ha hecho realidad y aquellas que han seguido siendo capitalistas. En primer lugar, la sociedad capitalista es primordialmente una creación del siglo XIX (y de antes); el socialismo de Estado es un producto del siglo XX. La mayoría de las sociedades capitalistas contemporáneas experimentaron un «despegue» industrial en el siglo XIX, aunque fuera a finales del mismo. El socialismo de Estado, por otra parte, es algo mucho más reciente: la frase «socialismo en un solo país», como se aplicó a la URSS, tuvo un sentido lite-

<sup>17</sup> Cf. Alain Touraine, *La conscience ouvrière*, op. cit.

<sup>18</sup> Como Bendix ha señalado, las consecuencias de la guerra han sido más efectivas que la industrialización al destruir formas tradicionales de estructura social en algunos de los países capitalistas —muy especialmente en Alemania y Japón. Bendix, *Nation-Building and Citizenship*, op. cit., p. 212.

ral hasta hace menos de treinta años, e incluso la Revolución de Octubre tiene sólo poco más de medio siglo. Con algunas excepciones parciales (la República Democrática Alemana y Checoslovaquia), el socialismo de Estado se ha producido en sociedades que habían alcanzado sólo un nivel bastante rudimentario de desarrollo económico y en donde el campesinado constituía la masa de la población. Una clase obrera con conciencia de clase pudo haber desempeñado en Rusia un papel dirigente en la secuencia del cambio revolucionario, pero sólo dentro de este contexto. El carácter de las sociedades socialistas estatales desarrolladas varía tanto como el de las capitalistas, y debemos evitar explícitamente las clasificaciones simplistas tanto de unas como de otras. Pero es inevitable la conclusión de que el socialismo de Estado ha servido esencialmente como un esquema alternativo para el encauzamiento del proceso de industrialización característico del capitalismo decimonónico —un esquema que es particularmente apropiado en la época moderna, dada la existencia de una tecnología altamente desarrollada junto con la disponibilidad de líneas de acción deducidas de experiencias anteriores de las propias sociedades capitalistas<sup>19</sup>. Posteriormente en este libro, al referirnos algo extensamente a los casos de Polonia y de Yugoslavia a modo de ejemplos ilustrativos al objeto de examinar el carácter de las sociedades socialistas, ampliaré la denominación «sociedad avanzada» más allá de su marco de referencia legítima. Pero creo que es necesario tener en cuenta estos países a fin de documentar adecuadamente las ideas que deseo proponer. Sin embargo, prestaré atención fundamentalmente a los sectores industrializados de esas sociedades y no me ocuparé con detalle de sus poblaciones agrícolas —un procedimiento dudoso pero en este caso creo que defendible.

El término «socialismo de Estado» puede utilizarse para designar un amplio abanico de sociedades que han experimentado una revolución socialista, con independencia de su nivel de desarrollo industrial. El «socialismo de Estado», en el sentido en que empleo la noción, se refiere a *cualquier orden económico en el que los medios de producción estén formalmente socializados en manos del Estado*. Esto implica que el Estado asume el control directivo de la vida económica y que, consecuentemente, el criterio último de la regulación de la producción viene determinado por decisiones políticas. Semejante situación no excluye, por supuesto, la supervivencia de la propiedad pri-

<sup>19</sup> Al decir esto, no deseo dar a entender que la experiencia de las sociedades capitalistas es necesariamente peculiar del siglo XIX o del contexto europeo; y menos aún, que el socialismo de Estado de la Europa del Este ofrece el único modelo general de desarrollo industrial que pueden seguir las sociedades «subdesarrolladas» actuales.

vada de los medios de producción en ciertos sectores ni tampoco entraña (en el caso de que esto sea concebible) el abandono de los «mecanismos del mercado». Me ocuparé más adelante con algún detalle del carácter de la sociedad socialista estatal, pero en este momento debemos pasar a considerar la significación de los cambios que han tenido lugar en la estructura de clases de la sociedad capitalista desde principios de siglo.

## Capítulo 9

### LA MEDIACION INSTITUCIONAL DEL PODER Y LA MEDIACION DEL CONTROL

#### 1. ¿Existe aún la sociedad capitalista?

Entre la proliferación de textos sobre la cuestión podemos distinguir dos temas principales que se refieren a supuestos cambios en la mediación institucional del poder en las sociedades capitalistas desde el siglo XIX. Cada uno de ellos está íntimamente unido a la noción de que el capitalismo se ha transformado tan radicalmente durante los últimos setenta años que ahora vivimos en una sociedad «post-capitalista». Uno de los temas, recalcando el aumento de los «derechos ciudadanos», afirma que la aplicación de tales derechos a lo que constituye virtualmente la totalidad de la población adulta ha alterado el carácter del Estado capitalista. El otro se refiere más a la esfera económica y sostiene que la creciente dominación de la industria por un número limitado de grandes empresas ha modificado radicalmente los supuestos básicos de la economía y de la política característicos de la «sociedad capitalista» como tal. Este último punto de vista está íntimamente relacionado con la noción de «revolución de los gerentes», siempre que se entienda que este término no engloba interpretaciones tan precipitadas sobre la «desaparición del capitalista» como las del propio Burnham. Trataré de demostrar en este capítulo, sin embargo, que el problema del «auge del gerente sin propiedad» debe considerarse fundamentalmente como un problema relativo a la mediación de control y no a la mediación institucional del poder.

T. H. Marshall ha distinguido tres aspectos del incremento de los derechos ciudadanos: el civil, el político y el socio-económico. El primero comprende los «derechos necesarios para la libertad individual» (libertad de expresión, etc.) y la igualdad ante la ley; el segundo, los derechos de asociación política y de voto; el tercero, los derechos de bienestar económico y de seguridad social. Marshall admite que el temprano nacimiento de los derechos ciudadanos, especialmente de los incluidos en el primer apartado, era inherente a la creación misma de la sociedad capitalista, contribuyendo de este modo a la consolidación de la estructura de clases del capitalismo. En el siglo xx, sin embargo, esta relación se ha invertido, y «los derechos ciudadanos y el sistema de clases capitalista han vivido en estado de guerra»<sup>1</sup>. El argumento tiene una fuerza considerable y existe ciertamente una diferencia intrínseca entre el carácter de los derechos ciudadanos de tipo «civil» y los comprendidos en las otras dos categorías. En conjunto, el incremento de los derechos civiles —como señaló Marx— es un factor necesario para la sustitución de la sociedad pre-clasista por el capitalismo. La igualdad formal ante la ley y la libertad de contratación son principios generales que sancionan de forma efectiva la asimetría de clases del mercado capitalista. La lucha por conseguir la extensión universal de los otros tipos de derechos ciudadanos se produce de manera característica considerablemente más tarde y los efectos de su implantación parecen haber sido bastante diferentes. Como ya se ha apuntado, el auge de los movimientos obreros, en cierta medida, ha de entenderse en términos del esfuerzo por asegurarse una plena incorporación al Estado capitalista. El éxito en la consecución del derecho de sufragio universal (que, no obstante, tuvo lugar en épocas muy dispares según las diferentes sociedades)<sup>2</sup> fue a su vez una condición para el nacimiento de los partidos social-demócratas y el

<sup>1</sup> T. H. Marshall, *Class, Citizenship and Social Development* (Nueva York, 1964), p. 84; ver, asimismo, «The welfare state: a sociological interpretation», *Archives européennes de sociologie* 2, 1961.

<sup>2</sup> Cf. Dahrendorf: «mientras en los Estados Unidos la noción de ciudadanía tuvo una significación práctica desde la declaración de la Independencia, si no antes, su realización se encontraba todavía en sus etapas iniciales en Europa ciento veinte años después de la Revolución Francesa»; «Recent changes in the class structure of the European societies», en R. Graubard, *A New Europe?* (Londres, 1963), p. 295. Aceptar la validez de este aserto, sin embargo, no implica la adopción de la tesis de Lipset de que la ausencia de socialismo en la política americana depende «del hecho de que el igualitarismo y la democracia triunfaron antes de que los trabajadores fueran una fuerza política relevante» (Seymour Martin Lipset, *The First New Nation*, Londres, 1964, página 341).



aumento de los derechos de bienestar para las grandes masas de población.

Pero estos hechos se pueden admitir sin aceptar que el desarrollo de los derechos ciudadanos haya alterado verdaderamente la naturaleza básica de la mediación institucional del poder en la sociedad capitalista. En realidad, según trataré de demostrar, en ciertos aspectos importantes, tanto los tipos segundo y tercero de derechos ciudadanos, así como el primero, han servido más para estabilizar las diferencias de clase en la sociedad capitalista que para contrarrestarlas. Después de todo, como se ha señalado con frecuencia, Bismarck fundó en la práctica el moderno Estado de bienestar a fin de debilitar la oposición de la clase obrera y más específicamente para contrarrestar la atracción revolucionaria del partido social-demócrata. El argumento se puede generalizar mediante el mismo razonamiento de los partidarios de la tesis de la ciudadanía: a saber, que la concesión de las prerrogativas gemelas de lo que Bendix ha denominado la «idea plebiscitaria» (según la cual «todo individuo adulto debe tener derechos iguales bajo un gobierno nacional») y la «idea funcional» (según la cual «las diferencias de afiliación de unos individuos con respecto a otros se dan por sentadas y se acepta alguna forma de representación de grupo»)<sup>1</sup>, mitiga la oposición de la clase obrera a las condiciones generales de la producción capitalista. Si existe alguna verdad en la idea (defendida firmemente por Dahrendorf y otros) de que la formación de los partidos políticos de la clase obrera, por una parte, y el establecimiento de los sindicatos y el reconocimiento de formas de negociación colectiva, por otra, conducen a la «difuminación» del conflicto de clases (una tesis que, no obstante, como veremos, debe en cierto sentido invertirse), entonces esta difuminación puede considerarse como una consolidación de la forma institucional básica del Estado capitalista —la «separación» de las esferas política y económica— en vez de como una superación del mismo por el «post-capitalismo». Es más, pueden encontrarse argumentos para sugerir que las consecuencias prácticas de la implantación de los derechos ciudadanos del tercer tipo —medidas de bienestar y seguridad social— son un tanto diferentes de lo que normalmente se supone. En primer lugar, cabe señalar que el auténtico resultado de la extensión de las medidas de bienestar sirve a los intereses de la clase dominante al contribuir a aumentar al máximo la eficacia del trabajador. Segundo, como frecuentemente han señalado varios autores, el suministro de servicios de bienestar puede no constituir, como parece, un costo importante para los que no forman parte de la clase obrera. Es decir, los costos

<sup>1</sup> Bendix, *Nation-Building and Citizenship*, op. cit., p. 101

se sufragan principalmente a través de un proceso «de redistribución del ciclo vital», soportado fundamentalmente por los miembros de la propia clase obrera<sup>4</sup>. Si bien se puede reconocer que el incremento de los derechos de ciudadanía, sin duda, ha traído consigo cambios importantes en las sociedades capitalistas desde el siglo XIX, parece razonable deducir que estos cambios representan más una «culminación» o consolidación del desarrollo capitalista que una erosión del mismo.

Una defensa más convincente del punto de vista «post-capitalista» se puede plantear con referencia al carácter cambiante de la esfera económica como tal —es decir, a la significación de los procesos de concentración y centralización. Tres grupos de problemas cabe distinguir en este punto, al menos en la medida en que la interpretación de esos procesos se refiere a la mediación institucional del poder en la sociedad capitalista: el problema de la competencia y el del monopolio; la determinación de las consecuencias de la difusión de la posesión de la propiedad en las sociedades anónimas; y la evaluación de la más reciente «planificación» de mercado por parte del Estado.

Con la excepción parcial (y discutible) del Japón, en donde la anterior dominación *zaibatsu* de la economía fue rota hasta cierto punto después de la guerra, es imposible negar que el rumbo general del desarrollo de la industria en las sociedades capitalistas se ha dirigido hacia una concentración del capital industrial muy fuerte<sup>5</sup>. Esto se puede demostrar fácilmente utilizando varios tipos de índices, tales como el porcentaje de trabajadores en la fuerza de trabajo no agrícola según las dimensiones de la empresa. Así en Alemania, en 1905, el 20,3 por 100 de la fuerza de trabajo pertenecía a empresas de más de 200 empleados; en 1961, la proporción había subido al 45,1 por 100. En Francia, en 1906, el porcentaje de trabajadores empleados en empresas que tenían más de quinientos empleados era de 11,7; la cifra correspondiente a 1958 ascendía al 29,8. Las cifras de los Estados Unidos muestran que, en 1909, el 15,3 por 100 de todos los trabajadores pertenecían a empresas de más de mil trabajadores, mientras que en 1955, esta proporción había aumentado al 33,6 por 100<sup>6</sup>. En la cúspide de esta pirámide de la concentración industrial,

<sup>4</sup> Parkin, *Class Inequality and Political Order*, p. 125.

<sup>5</sup> El «programa de disolución» de la postguerra en el Japón se supuso que habría de alcanzar a 325 grandes empresas, de hecho, solamente once fueron realmente disueltas. Las tasas de concentración están aumentando otra vez: el capital agregado de las cien corporaciones más grandes en 1964 comprendía el 39 por 100 del total del capital corporativo en 1966, comparado con el 32 por 100 en 1953 (M. Yoshino, *Japan's Managerial System*, Cambridge, Mass., 1968, página 124).

<sup>6</sup> Citado en Ernest Mandel, *Marxist Economic Theory*, vol. 2, pp. 395-7.

un número pequeño de grandes firmas, las famosas «grandes corporaciones», poseen enormes activos que dan lugar a un incremento constante de la capacidad productiva de sectores fundamentales de la economía. Tanto debido al acusado tamaño de sus «grandes corporaciones» como a la especial posición que la economía americana mantiene con respecto al grado relativo de concentración<sup>7</sup>, los Estados Unidos han sido considerados frecuentemente como el «modelo». En *The Modern Corporation and Private Property*, Berle y Means trataron de determinar el crecimiento de las grandes compañías en los Estados Unidos y de calcular sus tendencias potenciales en el futuro. Como demostraron, el activo de las doscientas empresas mayores ha aumentado anualmente en un 5,4 por 100 desde 1909 a 1928, pero el activo de todas las firmas, considerado *in toto*, se ha incrementado sólo un 3,6 por 100 anualmente. Si esta pauta de crecimiento diferencial se mantenía, señalaban, las doscientas mayores empresas controlarían hacia 1970 toda la actividad económica<sup>8</sup>. Aunque la tendencia de desarrollo no ha llegado realmente hasta ese extremo, sí ha progresado ciertamente de forma considerable. Así, en 1962, las cinco compañías americanas más grandes poseían el 12 por 100 de todos los activos: las quinientas compañías más grandes poseían cerca del 70 por 100 de todos estos activos.

Sería absurdo negar que el crecimiento de la concentración ha producido cambios básicos en la organización de las economías capitalistas. Pero hablar, como han hecho muchos marxistas, de la llegada del «capitalismo monopolista» es demasiado simple. En primer lugar, debe señalarse que existen diferencias manifiestas entre las sociedades capitalistas, incluso entre las más avanzadas tecnológicamente hablando, respecto al nivel de concentración del capital industrial; y, por avanzado que esté el proceso de concentración, no existe sociedad que se aproxime siquiera a los pronósticos de Berle y Means y que no posea todavía una infraestructura importante de empresas más pequeñas. En segundo lugar, *existe* una diferencia entre «monopolio» y «oligopolio» —y el último es la situación característica de aquellos sectores de las economías capitalistas dominados por las grandes empresas. El «monopolio», al menos según la concepción marxista tradicional, en Hilferding, por ejemplo, representa la superación de la competencia capitalista; la socialización del mercado dentro de los confines del capitalismo, que anuncia la aparición de la producción socializada.

<sup>7</sup> Para una estimación comparativa de la concentración industrial, ver Joe S. Bain, *Industrial Organisation* (Nueva York, 1968).

<sup>8</sup> Adolph A. Berle y Gardiner C. Means, *The Modern Corporation and Private Property* (Chicago, 1932), pp. 40-1.

Pero, en realidad, incluso en el monopolio, persiste la competencia; en el oligopolio ésta puede ser incluso muy dura, dado que tiene lugar primordialmente entre dos o un número pequeño de competidores que «se enfrentan uno a otro» directamente. Dicha competencia puede adoptar diversas formas: una lucha por reducir costos a fin de aumentar al máximo el rendimiento frente a los competidores, a menudo estrechamente relacionada con ofertas para sobrepasar a los otros en las innovaciones tecnológicas —lo que Baran y Sweezy llaman la «dinámica del mercado compartido»; la competencia en torno a lo que se ha denominado el «efecto de la reputación»— el empeño por crear, en las mentes de los consumidores, una cierta imagen de la compañía como productor de «calidad»; la competencia entre sectores oligopólicos y no oligopólicos; y la «competencia derivada», por la cual la influencia del oligopolio en ciertos sectores de la economía, al elevar el nivel de beneficio de los mismos, intensifica la competencia en otros sectores que operan con tasas de beneficios más reducidas.

Sin embargo, ninguna de estas formas de competencia se basa en los precios de una manera clásica y existen pocas razones para discutir la proposición de que, en condiciones de oligopolio, prevalece la «secuencia revisada» de Galbraith. La gran corporación es un «fabricante de precios» más que un «aceptante de precios», y mediante la publicidad y la promoción trata de condicionar directamente las necesidades de los consumidores. Por añadidura, hay dos sentidos en los que el oligopolio tiende cada vez más a dominar el capitalismo moderno, además de los sectores industriales en los que se mantiene alguna forma de administración de los precios o de *price leadership*. Primero el oligopolio se encuentra normalmente más altamente desarrollado en la producción industrial, lo que le asegura una posición estratégica dentro de la economía, dado que las industrias primarias deben normalmente vender sus productos al oligopolio y el sector terciario, comercio y venta al por menor, dependen de él para el suministro de artículos. En segundo lugar, y en parte relacionado con este primer punto, los sectores competitivos son frecuentemente satélites de las industrias oligopólicas: o bien sus ventas dependen casi totalmente de las últimas o compran casi exclusivamente de ellas. Así, en los Estados Unidos, la industria altamente competitiva de piezas de automóviles necesariamente ha de vender la mayor parte de su producción a los cuatro grandes fabricantes de automóviles y se ve obligada a seguir a la principal de esas firmas en los precios de sus productos<sup>7</sup>.

<sup>7</sup> Alfred S. Eichner, «Business concentration and its significance», en Ivar Berg, *The Business of America* (Nueva York, 1968), p. 192.

El debate acerca de las implicaciones de estos fenómenos para la «revolución de los gerentes», desde la publicación del libro de Berle y Means, no se ha cerrado aún. Sin embargo, en la medida en que afectan a la mediación institucional del poder, en vez de al problema de la mediación del control, podemos distinguir dos conjuntos principales de cuestiones: la cuestión de si la «conducta» empresarial ha cambiado de alguna manera esencial con el auge de la gran corporación y la cuestión más general de en qué medida la «corporación gerencial» se encuentra aún vinculada de alguna forma a los intereses de la propiedad. Según una importante versión de la teoría moderna de la empresa, la gran compañía se distingue de una forma básica del negocio «empresarial» tradicional en que, mientras el último busca «aumentar al máximo» sus beneficios, la primera meramente los «satisface»<sup>10</sup>. Según esta opinión, la gran corporación o el grupo de gerentes que la dirige se preocupa sólo de mantener beneficios «satisfactorios»; fomentar la estabilidad y el crecimiento de la empresa y preservar o aumentar su fuerza en el mercado se convierten en los objetivos primordiales. Aunque las conclusiones que se han deducido de esto han sido diversas, las versiones más radicales de esta tesis sostienen que, al menos incipientemente, la satisfacción significa una desviación importante con respecto a las premisas del mercado capitalista.

En cualquiera de sus formulaciones radicales, el argumento no se sostiene tras un análisis detenido. En primer lugar, no está claro lo que cualquiera de los términos implicados realmente designa, y además la opinión parece basarse considerablemente en una comparación engañosa entre un modelo abstracto (maximización del beneficio empresarial bajo condiciones de absoluto conocimiento del mercado y óptima racionalidad) y la «conducta» postulada de las empresas reales en la economía moderna. Si la «maximización» se interpreta en este sentido, y todo lo que sea menos que eso es meramente satisfactorio, entonces es evidente que la satisfacción ha estado siempre a la orden del día en firmas de todos los tamaños. Aunque los resultados de una sustitución de los «beneficios» por el «crecimiento» puede tener consecuencias sustanciales para la teoría económica neoclásica, es erróneo suponer que señala una transformación importante en el carácter de la empresa capitalista. Esta conclusión ayuda a resolver la cuestión del papel general de la gran empresa en relación con la propiedad privada. Por muy difundida y fragmentada que pueda estar la propiedad por acciones, la gran corporación se encuentra necesariamente unida a la existencia de la propiedad privada. Esta afirmación en su sentido más

<sup>10</sup> Cf. R. Marris, *The Economic Theory of «Managerial» Capitalism* (Londres, 1964), pp. 266-77.

general implica que la firma, independientemente de su tamaño y de su capacidad para «fabricar» precios, sigue en última instancia sujeta a la exigencia de «la rentabilidad» en relación con la necesidad de asegurar a sus accionistas un nivel conveniente de beneficios a su inversión. Pero existe también la consideración más específica, que al menos expresa una posibilidad concreta, de que puede darse una asociación causal inversa a la que normalmente se ha supuesto que opera en las compañías «gerenciales»: que si los dividendos son bajos en dichas compañías no se debe a que se hayan separado de los intereses de la propiedad privada, sino a que las firmas de este carácter tienden a ser dominantes en aquellas industrias en las que los bajos dividendos y las altas ganancias invertidas en bienes de producción han sido cualidades que promueven especialmente la supervivencia o el éxito en el mercado<sup>11</sup>. En resumidas cuentas, aunque es indudable que la «revolución de los gerentes» es un fenómeno de peso dentro del capitalismo contemporáneo, *su significación atañe principalmente a la mediación del control* —un problema al que prestaré atención al final de este capítulo. En este momento, sin embargo, es necesario considerar los cambios recientes que contribuyen a promover la centralización del mercado capitalista a través de la acción del Estado.

La característica típica del keynesianismo en los años treinta fue la preocupación por asegurar un estado de cosas que se aproximara al pleno empleo en un nivel dado de capacidad productiva. Aun cuando el keynesianismo ha sido fundamental para contrarrestar la tendencia a la crisis periódica, como ha señalado Schonfield, no debe confundirse con las acusadas tendencias hacia la «planificación» que se han acelerado a partir de la última guerra. La característica de lo que él llama el «nuevo capitalismo» es que: «una variedad de fuerzas independientes se han combinado para incrementar los poderes disponibles del control sobre el sistema económico y al mismo tiempo para mantener el volumen de la demanda constantemente a un nivel muy alto»<sup>12</sup>. Esto equivale a decir que la planificación nacional a largo plazo ha sustituido al mero intervencionismo técnico del período anterior. Algún indicio de que esto constituye algo hasta cierto punto distinto del desarrollo de la intervención estatal en la vida económica de tipo keynesiano nos viene dado por el hecho de que los dos países que se han adaptado más fácilmente a las recomendaciones de Keynes, Inglaterra y los Estados Unidos, se han encontrado entre los que más han tardado en desarrollar esquemas más ambiciosos de planificación

<sup>11</sup> Una posibilidad sugerida por P. Sargant Florence, véase *Ownership, Control and Success of Large Companies* (Londres, 1961), p. 190.

<sup>12</sup> Andrew Schonfield, *Modern Capitalism* (Londres, 1969), p. 64.

estatal. En este sentido, las naciones que han marcado la pauta han sido, en general, aquellas en las que históricamente se ha dado un fuerte desarrollo del aparato estatal y de la burocracia. Francia y Japón son ejemplos de ello y presentan ambas algunos paralelismos sorprendentes, así como interesantes contrastes<sup>13</sup>. La autoridad formal del Estado sobre la empresa económica es más débil en el Japón que en la mayoría de las otras sociedades capitalistas. En realidad, la fuerte y compleja inter-conexión del Estado y de la industria en la sociedad japonesa hace posible un grado elevado, aunque un tanto fluctuante, de influencia gubernamental en la actividad de los negocios a través de la planificación sectorial. Pero existe menos industria nacionalizada que en la mayoría de los países europeos. Si bien el Estado tiene intereses sustanciales en el sector de las comunicaciones y el transporte (sin llegar a ejercer un monopolio total sobre este último) y, lo que es más importante, en la banca y en las finanzas, ha perdido muchos de sus antiguos poderes como consecuencia de la ocupación<sup>14</sup>. El mismo hecho de la derrota, sin embargo, hizo posible y necesario un plan de reconstrucción de post-guerra de tipo comprensivo que llevó directamente a una serie de esquemas macroeconómicos.

Entre los Estados europeos que han instituido una planificación del desarrollo a largo plazo, existen considerables diferencias en la posición formal de los organismos pertinentes. Se pueden distinguir dos tipos, el primero sería aquel en el que el aparato planificador se encuentra separado de la maquinaria administrativa del gobierno, como ocurrió en las etapas iniciales en Inglaterra; el segundo, aquel en el que el organismo responsable de la planificación está localizado en el corazón mismo de las instituciones de la administración pública. Este último es el caso de Francia e indudablemente refleja la continuidad de la tradición *dirigiste* de ese país. De un modo general, se puede decir que las sociedades que se ajustan al primer tipo han llegado a reconocer la necesidad de la planificación por medio de la aplicación a corto plazo de una política de empleo y de deflación, mientras que las del segundo tipo han avanzado en sentido opuesto, intentando asimilar la dirección económica a corto plazo dentro de los esquemas de planificación a largo plazo preexistentes. En Francia, al igual que en el Japón, las exigencias impuestas por la reconstrucción de la post-guerra proporcionaron el estímulo para la planificación moderna. Los

<sup>13</sup> *Ibid.*, pp. 71-87 (Schonfield no discute el caso de Japón en profundidad). La tradición de *étatisme* en Francia está claramente emparentada con la fuerte influencia de que han disfrutado las teorías de la «tecnocracia», desde Saint-Simon hasta nuestros días.

<sup>14</sup> Cf. William W. Lockwood, «Japan's "new capitalism"», *The State and Economic Enterprise in Japan* (Princeton, 1965), pp. 492-511 y *passim*.

esquemas de Monnet, puestos en práctica inmediatamente después de la guerra, se orientaban principalmente hacia la consecución de una revitalización acelerada de ciertos sectores básicos de la producción industrial; pero a partir de ahí la planificación se enfocó hacia un nivel macro-económico más amplio. Cualquiera que sea su punto de partida, hoy por hoy no existe virtualmente ninguna sociedad capitalista europea que no haya desarrollado algún tipo de compromiso respecto a la planificación económica a largo plazo por parte del Estado. En los Estados Unidos, desarrollos comparables han tardado más en aparecer<sup>15</sup>. Si bien existen algunos antecedentes de intentos de control en materia de precios y salarios a principios de la década de 1960, sólo muy recientemente ha existido un movimiento definido hacia una planificación macro-económica —un fenómeno que puede explicarse en parte en función de la gran independencia de la economía americana con respecto al comercio exterior en comparación con los países europeos.

Con independencia de que la planificación capitalista tenga éxito o no en asegurar unos índices altos y progresivos de crecimiento económico y en la contención de la inflación, es indudablemente cierto que el advenimiento de la planificación macro-económica en el capitalismo moderno constituye una evolución de la mayor importancia<sup>16</sup>. Pero no se puede interpretar aisladamente de los otros dos conjuntos de fenómenos examinados previamente. El crecimiento de las grandes corporaciones, con su orientación hacia la «secuencia revisada» y su carácter internacional, estimula al tiempo que demanda una nueva política por parte del Estado capitalista. Los objetivos económicos de la planificación capitalista están generalmente de acuerdo con los intereses de los grandes negocios particularmente en lo que se refiere a la planificación de la inversión futura, y frecuentemente en la distribución macro-económica global de los recursos. Por otra parte, el nacimiento de la planificación crea una serie de nuevos conflictos

<sup>15</sup> Sin embargo, como señaló Speier en 1937, la planificación microeconómica posee una larga tradición en los Estados Unidos: Hans Speier, «Freedom and social planning», *Social Order and the Risks of War* (Cambridge, Mass., 1969).

<sup>16</sup> Para un balance marxista de las implicaciones de la planificación, ver Bill Warren, «Capitalist planning and the state», *New Left Review* 72, 1972, páginas 16 ss.; para un punto de vista sustancialmente diferente, véase Michael Kidron, *Western Capitalism Since the War* (Londres, 1970). Como apunta Warren, la línea de opinión marxista de que el mantenimiento del pleno empleo y de la economía capitalista depende en gran medida de la producción de armamento no puede ser realmente conciliada con el hecho de que el nivel de gasto en armas, en relación con el producto nacional bruto, ha sido generalmente bajo en la Europa occidental, y ha descendido sin producir efectos económicos significativos.



potenciales entre el Estado y la industria, por un lado, y dentro de la estructura de clases de una manera más general. El papel de la social-democracia está estrechamente relacionado con esta cuestión. Los partidos social-demócratas han desempeñado, al menos en muchos países, un papel importante en la iniciación, desarrollo o apoyo de la planificación —por razones suficientemente evidentes. Los esquemas de crecimiento macro-económico no sólo necesitan el apoyo de los sindicatos, en particular, y la aquiescencia de la clase obrera, en general, sino que la ideología socialdemócrata es especialmente apropiada para la promoción de una regulación económica centralizada. Considerada globalmente, la conjunción del auge de la social-democracia, de las grandes corporaciones y del oligopolio, así como de la planificación estatal, constituye una serie encadenada de cambios que, si bien no representan exactamente el «post-capitalismo», son de carácter significativo. Al referirnos genéricamente al capitalismo del período de la post-guerra, por tanto, utilizaré los poco afortunados términos «neo-capitalismo» y «sociedad neo-capitalista».

## 2. La clase alta en la sociedad capitalista

Al examinar el carácter de la clase alta en las sociedades capitalistas hay que considerar tanto los parámetros generales de la estructuración de clases como los aspectos más particulares de la estructuración que he indicado antes —específicamente, las relaciones entre la clase alta y las formaciones de élites. Ha existido una tendencia definida en la literatura sobre los problemas generales de la teoría de las clases a suponer un nivel de «cierre» excesivamente alto en la estructuración de la clase alta de las sociedades capitalistas, especialmente en relación con el desarrollo histórico de estas sociedades. Esta opinión conduce fácilmente a la conclusión (como la enunciada por Dahrendorf, por ejemplo) de que, a partir del siglo XIX, ha tenido lugar un proceso radical de «descomposición» del carácter unitario de la clase alta. Pero, como Poulantzas ha subrayado muy acertadamente<sup>17</sup>, esta clase «monolítica» nunca ha existido. Ya fuera compartida o no por el propio Marx, la tendencia a expresarse en esta forma tiene sus orígenes sin duda en la propensión de los autores marxistas, especialmente Lukács y sus seguidores, a considerar las clases como «sujetos

<sup>17</sup> Poulantzas, *op. cit.*, p. 325. Como Poulantzas también resalta: «la concepción marxista rigurosa de la clase dominante no implica de ninguna manera la concentración empírica de las diversas funciones políticas en las manos de los miembros de una clase...» (*ibid.*, p. 361).

activos» que ejecutan diversas «tareas históricas» definidas. De esta forma, la «burguesía» o el «proletariado» aparecen como entidades homogéneas casi equivalentes a agentes individuales. Este tipo de opinión ha de abandonarse, o al menos ha de reconocerse explícitamente su distanciamiento de la realidad del desarrollo histórico de las sociedades capitalistas, si queremos efectuar un balance de la validez de la tesis de la descomposición de la clase.

El primer punto a tratar ya ha sido mencionado en el capítulo anterior: a saber, que cualquier análisis del desarrollo del capitalismo moderno a partir de la última parte del siglo XIX hasta la época presente debe reconocer la prolongada importancia de los grupos terratenientes «tradicionales» dentro de la estructura de clases. La reacción de tales grupos frente al mercantilismo primero y posteriormente frente al industrialismo es el factor clave que ha influido en la forma adoptada por la estructuración de la clase alta en las diferentes sociedades —excepto en los Estados Unidos en donde no se llegó al capitalismo a través de la disolución del feudalismo. En este sentido, Japón y Alemania de nuevo proporcionan uno de los tipos polares, pues en ambos casos la transición desde una *ständische Gesellschaft* a una sociedad industrial se llevó a cabo dirigida «desde arriba».

La formación de la clase alta en el Japón, naturalmente, debe entenderse teniendo en cuenta el largo período, que abarca aproximadamente desde 1600 a 1867, de la dominación de la familia Tokugawa, que llevó el sistema feudal japonés al punto culminante de su desarrollo. Si bien el fin de la época Tokugawa significó también el final del feudalismo japonés, el nuevo Estado nacional se vio decisivamente influido por sus residuos. El núcleo de la clase alta japonesa de la época post-Tokugawa procedía del grupo de los antiguos guerreros y no de la clase comerciante que había alcanzado una considerable preeminencia económica en las últimas etapas del feudalismo. La historia del Japón hasta la segunda guerra mundial es la de la penetración de la clase alta por los empresarios industriales, que permanecían, sin embargo, muy subordinados al *ethos* establecido. La mayoría de los que controlaban los grandes consorcios *zaibatsu* no procedían de las familias feudales<sup>18</sup>. La situación en Alemania a mediados del siglo XIX era evidentemente más compleja, tanto políticamente, en

<sup>18</sup> Cf. John M. Maki, *Government and Politics in Japan* (Londres, 1962), páginas 15 ss. Ver también J. C. Abegglen y H. Mannari, «Leaders of modern Japan: social origins and mobility», *Economic Development and Cultural Change* 9, 1960; R. P. Dore, «Mobility, equality, and individuation in modern Japan», *Aspects of Social Change in Modern Japan* (Princeton, 1967).

virtud de la dispersión de los diferentes principados, como económicamente, en razón del contraste entre el predominio de los pequeños campesinos al Oeste del Elba, y la existencia de los *Rittergüter*, los grandes patrimonios, al Este. El hecho de que Alemania quedara unificada políticamente bajo el dominio de Prusia consagró la influencia del elemento *Junker* en la clase alta hasta bien entrado el siglo xx —un ascendiente estabilizado, como en el Japón, por el monopolio aristocrático de la oficialidad del ejército y de la burocracia estatal. Una vez más igual que en Japón, pero en una forma mucho más ambivalente, el ascenso social de los industriales «plebeyos» a la clase alta se vio regido sustancialmente por su aceptación y por su orientación hacia el *ethos* de la aristocracia terrateniente. Como ha expresado Landes, «sublimaron sus ambiciones y mitigaron sus frustraciones en la lucha por la unidad y el engrandecimiento nacionales»<sup>19</sup>. Tanto en el Japón como en Alemania sería correcto afirmar que, hasta cierto punto, la clase alta, como señala Max Weber a propósito de los *Junkers*, «cavó su propia tumba»: es decir, eventualmente el predominio de los elementos aristocráticos se vio debilitado de forma inevitable por la afortunada transición al industrialismo. Pero en ningún caso esto anuló efectivamente su preeminencia como base de la estructuración de la clase alta. Esto se consiguió al fin únicamente en conjunción con las consecuencias del cambio político y de la guerra.

Si estas dos sociedades son ejemplos radicales de un proceso de desarrollo que fue, en un sentido muy definido, directamente opuesto a cualquier tipo de tendencia hacia el «aburguesamiento» de la clase alta, el papel de la aristocracia terrateniente en la estructuración de la clase alta en otras sociedades europeas ha sido también muy considerable. Esto quizá sea menos cierto por lo que se refiere a Francia, que, al menos en un sentido formal, eliminó su aristocracia con la revolución de 1789. Durante la mayor parte del siglo xix, los terratenientes y los *rentiers*, que despreciaban los negocios y el comercio, fueron la espina dorsal de la clase alta francesa: si su *ethos* era más burgués que aristocrático, su ideal fue el del *bourgeois vivant noblement*. Como en otros aspectos es probablemente Inglaterra la que

<sup>19</sup> David S. Landes, «Japan and Europe: contrasts in industrialisation», en Lockwood, *op. cit.*, p. 145. Como señala Landes, una gran diferencia entre las clases altas japonesa y alemana en el siglo xix consistió en que en el Japón: «la propiedad de la tierra nunca llegó a ser el símbolo de eminencia y prestigio sociales, el sello de la distinción, y, por tanto, no tuvo la atracción para los nuevos ricos que tuvo en Occidente, así que cuando Japón entró en la vía de la industrialización, los empresarios de éxito, cualquiera que fuera su origen social, no sintieron la necesidad de sellar su posición económica colocando una parte o toda su fortuna en propiedades» (p. 170).

constituye el caso polar por comparación con el Japón y Alemania. La más destacada característica de la clase alta británica de la segunda mitad del siglo XIX es la interpenetración de aristócratas, comerciantes e industriales —para los cuales el camino había sido pavimentado por un largo proceso de desarrollo que se remonta al siglo XVII. Ciertamente, el *ethos* dominante continuó siendo «caballeresco», lo cual se vio facilitado por el ennoblecimiento de los industriales o al menos de sus vástagos; pero la creación misma de la noción de «caballero» fue en un grado sustancial un producto del siglo XIX, y la aparición de las escuelas públicas aportó el *milieu* para llevar a cabo esta peculiar fusión de lo viejo y lo nuevo. De esta forma se produjo esa «mezcla de una cruda realidad plutocrática con el aroma sentimental de una leyenda aristocrática» que R. H. Tawney describió como la característica de la clase alta británica. De las principales potencias industriales del mundo, sólo Inglaterra tiene una aristocracia que, aun despojada de la mayor parte de su influencia política (aunque no totalmente) y convenientemente renovada, gracias a un flujo constante procedente de capas sociales más bajas, ha logrado mantener su posición dentro de la clase alta.

La situación en los Estados Unidos es en realidad un tanto diferente. No sólo la ausencia de un pasado feudal, sino también el tamaño del país, su carácter de «sociedad de inmigrantes» y la naturaleza dinámica de su expansión hacia el Oeste durante el siglo XIX, limitaron la estructuración de una clase alta claramente definida, excepto en los Estados del Sur. Una clase alta nacional sólo surgió hacia finales del siglo XIX e incluso hoy permanece centrada principalmente en la costa oriental. Algunos autores han argüido que el desarrollo relativamente cohesivo de la clase alta británica en torno a una «ética caballeresca» ha evitado, desde entonces, la creación de valores que atribuyan algún tipo de prestigio distintivo al mundo de los negocios<sup>20</sup>; lo que ha ocurrido en los Estados Unidos ha sido casi lo contrario: es decir, el nacimiento de lo que Baltzell denomina una «aristocracia de los negocios». En los Estados Unidos, al revés que en las sociedades europeas, el éxito en los negocios, ya sea en la industria, en las finanzas o en el comercio, ha dominado una posición clave en la formación de la clase alta. Esto no quiere decir que el *nouveau riche* sea inmediatamente aceptado en la «aristocracia de los negocios»: pero la dominación de los «viejos ricos» se fundamenta en una *larga* preeminencia en los negocios en lugar de en cualquier tipo de *ethos* que los condene o trascienda.

<sup>20</sup> J. P. Nettl, «Consensus or elite domination: the case of business», *Political Studies* 13, 1965.

Estas diferencias en el carácter general y en el grado de estructuración de la clase alta de las sociedades capitalistas persiste indudablemente todavía hoy, aunque de una forma atenuada y diferente, y el análisis detallado de estos cambios va más allá de lo que puede intentarse en este libro. En cualquier sociedad totalmente industrializada, el papel de la propiedad agrícola, incluso como soporte de un *ethos* general que actúa como principio de la estructuración de clases, declina necesariamente de una manera muy rápida. De aquí no hay que deducir, sin embargo, que la estructura de la clase alta en las diferentes sociedades, y en la misma medida la forma general de esas sociedades en su conjunto, «converja» evidentemente, aunque determinadas pautas de cambio comunes puedan discernirse fácilmente. A fin de analizar las más significativas de éstas, no obstante, parece conveniente pasar a un examen directo de lo que antes he denominado mediación del control.

### 3. La mediación del control y la «revolución de los gerentes»

Un examen de los textos sobre la tesis de la «revolución de los gerentes», como los de Dahrendorf, muestra que los elementos supuestamente implicados pueden ser clasificados útilmente según los tres aspectos de la formación de élite que señalábamos en el capítulo 7: reclutamiento de la élite, «solidaridad» y poder efectivo. En primer lugar, se ha sostenido que el surgimiento de los gerentes desprovistos de propiedad como segmento de la élite económica está asociado a cambios en los índices y canales de movilidad social. Así, Dahrendorf escribe:

[Para los gerentes]... existen dos pautas típicas de reclutamiento y ambas difieren radicalmente de las de los capitalistas y sus herederos. Una de ellas es la carrera burocrática... Más recientemente, una pauta distinta ha adquirido una importancia creciente. Hoy en día la mayoría de los funcionarios con cargo de gerentes en las empresas industriales han llegado a su posición gracias a alguna educación especializada y a títulos universitarios... es indudable que ambas pautas de reclutamiento —pero en especial la última— distinguen a los grupos de gerentes significativamente tanto de los propietarios-gerentes a estilo antiguo como de los meros propietarios al estilo moderno.

Esto tiende a producir, según Dahrendorf, un sistema más abierto de movilidad inter-generacional: « medida que la educación adquiere mayor importancia como vía de reclutamiento para los puestos de ge-

rentes, se incrementan las oportunidades de los individuos procedentes de las clases obrera o media de acceder a esas ocupaciones.

En segundo lugar, el auge de los gerentes introduce una fuente importante de disgregación y potencialmente de conflicto dentro de la élite económica en su conjunto. Una vez más es Dahrendorf quien expresa esta idea: «el efecto crucial de la separación entre la propiedad y el control en la industria [es]... que produce dos conjuntos de roles cuyos titulares se separan cada vez más en su perspectiva y actitudes hacia la sociedad, en general, y hacia la empresa, en particular»<sup>21</sup>. Se ha dado mucha importancia, especialmente por parte de los autores americanos, a las supuestas connotaciones de esta situación. Una divergencia en los ideales y en los valores, según se cree, tiende a reforzar las diferencias en los estilos de vida y en los contactos sociales: el «hombre organización» es ajeno al capitalismo empresarial. Esto a su vez conlleva un cierto conflicto de intereses, que frecuentemente conduce a luchas manifiestas —basadas principalmente en el hecho de que el ejecutivo se supone debe preocuparse menos por la consecución de altos beneficios para el capital que por el aumento de la productividad y de la seguridad de la corporación.

Finalmente, como núcleo central de la tesis, se piensa que el poder efectivo dentro de las grandes sociedades anónimas pasa a manos de los gerentes, convirtiendo los poderes que conservan los «propietarios» de la empresa en puramente nominales. Como consecuencia del crecimiento del oligopolio, este proceso se considera a menudo vinculado a un incremento en la *consolidación* del poder efectivo en manos de los gerentes. Los que controlan las grandes corporaciones, donde la dominación de los gerentes es proporcionalmente más completa, están gracias a ello en posición de controlar o de influir sobre amplios sectores de la industria y del mercado. Pero las conclusiones a que han llegado distintos autores con respecto a los efectos del control de la industria por parte de los gerentes sobre el *ámbito* [*issue-strength*] del poder ejercido por la élite económica, han sido un tanto dispares. Según la formulación extrema de Burnham, la teoría de la revolución de los gerentes entraña la conclusión de que la élite económica es la dominante en la jerarquía de las élites: que las decisiones políticas están directa o indirectamente controladas por la élite económica. Pero los partidarios menos radicales de la teoría extraen en cierto modo la conclusión opuesta: a saber, que si bien los gerentes pueden ejercer un poder consolidado sobre la propia esfera económica, su

<sup>21</sup> *Class and class conflict*, p. 46. «Capitalistas» en la primera cita son aquellos que fundan y controlan sus propias empresas; «herederos» son aquellos que han nacido con una posición semejante.

capacidad de influir en las acciones de los líderes políticos se ha hecho en realidad más limitada en lugar de extenderse, debido, en parte, a que en la actualidad la élite política amplía cada vez más su control sobre los asuntos económicos.

La opinión de que el advenimiento de la revolución de los gerentes ha traído consigo o está relacionada con un aumento de la movilidad social hacia posiciones de dirección económica, puede considerarse como parte de una concepción más amplia de la «democratización» del acceso a las posiciones de élite en general. La opinión es difícil de valorar satisfactoriamente a un nivel empírico, debido a la falta de materiales que nos permitan determinar los índices típicos de movilidad, ya sea intra o inter-generacional, salvo para períodos muy recientes. La influencia de la educación sobre la movilidad social hacia posiciones de élite es indiscutible, especialmente en el seno del neocapitalismo, cuya característica más acusada es la expansión masiva de la educación superior. Pero es importante señalar que la educación es un factor determinante tanto de la diferenciación como de la homogeneización de las oportunidades de movilidad. Quizá el caso más destacado sea la creación de las escuelas públicas inglesas en el siglo XIX, que sirvieron para facilitar un reducido monopolio del acceso a las posiciones de élite en lugar de favorecer la difusión de las oportunidades de movilidad. Existen ciertamente razones para dudar de que se haya producido, en la mayoría de los países capitalistas, un aumento muy pronunciado de las posibilidades de movilidad hacia posiciones de élite como consecuencia de la expansión relativamente reciente de la educación superior. Aunque es imposible una comparación en detalle, los estudios de los orígenes sociales de los ejecutivos muestran que en todas partes una mayoría, normalmente sustancial, de los dirigentes de los negocios, ya sean propietarios o carezcan de propiedad, proceden de una reducida capa social económicamente privilegiada. Lo mismo ocurre sin duda con los dirigentes políticos y con los altos funcionarios de la administración <sup>22</sup>.

Dos conclusiones generales parecen desprenderse del examen de la bibliografía sobre la movilidad social: 1) Existen significativas diferencias en el grado de «apertura» de la movilidad hacia posiciones de

<sup>22</sup> De una vasta bibliografía reciente, las siguientes obras pueden destacarse como ejemplos ilustrativos. J. C. Abegglen y H. Mannari, *op. cit.*; Akira Kubota, *Higher Civil Servants in Postwar Japan* (Princeton, 1969); W. L. Guttman, *The British Political Elite* (Londres, 1963); R. K. Kelsall, *Higher Civil Servants in Britain* (Londres, 1955); N. Diefontrie-Soubeyroux, *Les dirigeants de l'industrie française* (París, 1961); G. William Domhoff, *Who Rules America?* (New Jersey, 1967); Reinhard Bendix, *Higher Civil Servants in American Society* (Boulder, 1949).

élite tanto entre los diferentes grupos de élite dentro de la misma sociedad como entre grupos de élite comparativamente semejantes de sociedades diferentes. Así, en Inglaterra, a pesar de la masiva dominación de las posiciones de élite ejercida por los que proceden de capas sociales privilegiadas desde un punto de vista socio-económico, existe una diferencia significativa en el grado de monopolio que ostenta la clase alta sobre las élites de instituciones como la iglesia y el ejército por comparación con la élite económica. Ocurre a la inversa, al parecer, en los Estados Unidos, donde el acceso a las posiciones de élite en el ejército, por ejemplo, está mucho más abierto que en los sectores políticos o económicos<sup>23</sup>. Comparando el reclutamiento para las altas posiciones de gerencia en la industria británica y la japonesa, se diría que en el primer caso es más abierto que el segundo, pero sucede lo contrario por lo que se refiere al reclutamiento de los altos funcionarios de la administración en las dos sociedades. Cabe encontrar muchos contrastes semejantes y no existe indicio alguno de que se estén volviendo menos pronunciados<sup>24</sup>. 2) Los cambios que han ocurrido en los últimos setenta años, al crear pautas de reclutamiento para las posiciones de élite más abiertas, han favorecido muy probablemente las oportunidades de la clase media —tal vez incluso han producido una *disminución* efectiva de las posibilidades relativas de penetrar en las posiciones de élite de los individuos pertenecientes a la clase obrera. Todos los estudios sistemáticos sobre la movilidad social concuerdan en que la movilidad «a largo plazo», intra o inter-generacional, es muy rara en las sociedades avanzadas. Pero una vez más parece haber significativas diferencias entre las distintas sociedades a este respecto: así, la movilidad inter-generacional desde la clase obrera hacia posiciones de élite es considerablemente más alta en los Estados Unidos y en el Japón que en la mayoría de las sociedades europeas<sup>25</sup>.

<sup>23</sup> Morris Janowitz, *The Professional Soldier* (Nueva York, 1960), p. 209.

<sup>24</sup> Todas las comparaciones semejantes, por supuesto, son débiles en ausencia de materiales más adecuados que los que existen en la actualidad. Existe un contraste interesante, sin embargo, entre el papel de las universidades como vía de acceso a los puestos superiores de la administración en Gran Bretaña y en el Japón. En Gran Bretaña, Oxford y Cambridge proporcionan cerca del 48 por 100 de los que ocupan puestos de *assistant secretary* o cargos superiores en la administración, pero el reclutamiento parece menos abierto, en lo que respecta al medio socio-económico de procedencia, en el Japón, donde cerca del 80 por 100 de los que desempeñan puestos equivalentes provienen de la Universidad Imperial de Tokio. Ver Kubota, *op. cit.*, p. 71 y *passim*. Acerca de la extracción social de los dirigentes empresariales de las grandes corporaciones en el Japón de la postguerra, véase Yoshino, *op. cit.*, pp. 85-117.

<sup>25</sup> Peter B. Blau y Otis Dudley Duncan, *The American Occupational Structure* (Nueva York, 1967), p. 434.



Si bien han existido, desde fines del siglo pasado, ciertos cambios inconfundibles en las pautas de movilidad social en los niveles inferiores de la estructura de clases en las sociedades capitalistas por lo que se refiere a la movilidad hacia las posiciones de élite, los cambios ocurridos se han limitado en general a una erosión restringida de las fronteras entre la clase media y la clase alta. El caso de las élites económicas no parece constituir una excepción de este criterio general.

Pero esto no desacredita necesariamente la idea de que, en el seno de la élite económica, se ha desarrollado una fuente importante de cisma centrada en torno a la progresiva separación entre propietarios y gerentes. Como en el caso de los estudios de movilidad, es difícil especificar hasta qué punto existe una tendencia discernible en la dirección supuesta porque los materiales históricos pertinentes son escasos. Pero si semejante tendencia se estuviera produciendo, debería poder observarse con especial claridad en el neocapitalismo, que ha acelerado enormemente el desarrollo de las grandes corporaciones. Incluso aquí, el material descriptivo disponible es más bien inadecuado como base para alcanzar una visión fundamentada sobre una cuestión que ha suscitado controversias tan impresionantes<sup>28</sup>. Pero los datos existentes no respaldan la opinión expresada por Dahrendorf. No se puede negar que hay conflictos entre accionistas y gerentes; pero éstos no parecen ser más comunes que los que se dan entre bloques de accionistas y, en todo caso, probablemente lo son menos. Más que indicar que los gerentes y los propietarios «cada vez se distancian más en sus perspectivas y en sus actitudes hacia la sociedad, en general, y hacia la empresa, en particular», lo que la evidencia sugiere es algo totalmente distinto: que la homogeneidad general de creencias y de valores y el alto grado de solidaridad social, tal y como se manifiesta en los contactos inter-personales o en los lazos de amistad y matrimonio, son más perceptibles que cualquier división pronunciada. En este sentido, la opinión expresada por Meynaud con respecto a la industria francesa parece asimismo aplicable, con modificaciones relativamente pequeñas, a otras sociedades: «los factores que unen a propietarios de tipo familiar y gerentes profesionales son mucho más fuertes que los elementos que tienden a divi-

<sup>28</sup> Nichols ha señalado bastante acertadamente: «todavía carecemos de estudios de las relaciones entre las motivaciones del gerente y las creencias e intereses de los accionistas. ...Se deduce de la ausencia de dichos datos empíricos... que, en general, todos los participantes en la controversia propiedad-control se han visto forzados a tirarse de las inferencias extraídas de la estructura industrial y social» (Theo Nichols, *Ownership, Control and Ideology*, Londres, 1969, p. 62).

dirlos...»<sup>17</sup> Aceptar esto no equivale a adoptar el punto de vista expuesto en *The Power Elite* por Mills, que exagera en gran medida el grado de armonía dentro de los «círculos superiores» de la sociedad americana, en general, y dentro de la élite económica, en particular. Las luchas y los enfrentamientos entre las diferentes facciones son más la regla que la excepción en las altas esferas del orden económico; nada está más fuera de la realidad que presentar una imagen «conspirativa» de consenso cooperativo sin fisuras (como suelen hacer los críticos de la sociedad occidental, como Mills, con respecto a las sociedades capitalistas y los críticos de las sociedades socialistas de Estado con respecto al papel del Partido Comunista). Más aún, en términos de nivel de solidaridad entre grupos de élite, antes que dentro de la propia élite económica, pocas dudas puede haber de que en los Estados Unidos existe un grado considerablemente mayor de fragmentación, aunque no necesariamente de conflicto manifiesto, entre sectores de élite que en la mayoría de las otras sociedades, y no es accidental que ese país haya sido la fuente principal de las teorías «pluralistas». Considerados en relación con la tipología de las formaciones de élite que he sugerido antes, los Estados Unidos se aproximan más que cualquier sociedad europea o que el Japón al caso de una «élite abstracta», pero es probablemente más exacto calificarlos de poseedores de una «élite establecida». Inglaterra, por otra parte, probablemente se sitúa en el otro extremo, manteniendo aún una «élite uniforme», mientras que la mayoría de las otras sociedades capitalistas occidentales se sitúan en algún punto intermedio entre los dos ejemplos citados.

El problema de las consecuencias del auge de los gerentes sobre el poder corporativo ha sido estudiado tan extensamente en los años recientes —un estudio que de nuevo se basa fundamentalmente en inferencias a causa de la inadecuada documentación y de la dificultad de comprobar empíricamente de las cuestiones clave— que sólo es necesario aislar algunas conclusiones del debate. En primer lugar, como muchos autores han señalado, incluso en las sociedades neocapitalistas más desarrolladas, las empresas familiares distan mucho de haber desaparecido por completo, sin excluir empresas que figuran entre las más grandes en una economía dada. En segundo lugar, como los críticos marxistas han subrayado consecuentemente desde la primera aparición de *The Modern Corporation and Private Property*, incluso en las grandes sociedades anónimas donde la propiedad está

<sup>17</sup> Jean Meynaud, *La technocratie* (París, 1964), p. 169.

muy dispersa, el control de un bloque minoritario de acciones puede proporcionar, y así sucede frecuentemente, un poder efectivo sobre el destino de la compañía<sup>28</sup>. Además, mediante el empleo de técnicas tales como la «pirámide» de empresas, semejante control puede ramificarse considerablemente más allá de la compañía inmediata en cuestión. En tercer lugar, el término «control», en el contexto de la frase «separación entre propiedad y control», es ambiguo. Si por «control» se entiende la ejecución de la administración diaria de la corporación, entonces es irrefutable que la separación de la propiedad y del control es algo que se ha conseguido en la gran mayoría de las grandes compañías de todas las sociedades capitalistas. Si, en cambio, el término se interpreta como «poder efectivo», la afirmación anterior se hace considerablemente más problemática, dado que lo que importa en este caso es la capacidad y la disposición de los accionistas para intervenir directamente en la dirección de la empresa si lo consideran necesario para el avance de sus intereses. En cuarto lugar, una proporción muy considerable de gerentes «sin propiedad» resultan ser propietarios después de todo, aun cuando el porcentaje de acciones que poseen los directores de las grandes compañías no es generalmente muy elevado (según los cálculos de Florence en Inglaterra, la proporción media de acciones ordinarias poseídas por los directores de las grandes compañías es aproximadamente el 1,5 por 100).

Pero estos cuatro puntos son todos calificaciones o aditamentos a la conclusión general, hoy en día aceptada muy ampliamente por autores de distinta concepción teórica, de que la extensión del control de los gerentes en el sentido de poder efectivo para determinar la política que ha de gobernar el destino de la gran corporación, es un fenómeno característico de todas las economías neo-capitalistas. En las grandes corporaciones la propiedad de acciones funciona como, en frase de Baran y Sweezy, «un billete de entrada para pasar al interior», en donde se detenta el poder corporativo real. Aunque pueden existir algunas disputas sobre el grado preciso de la extensión del control por parte de los gerentes, los principales problemas que se plantean se refieren a las consecuencias que tiene para la estructura del poder dentro de la empresa, y más especialmente para la relación entre las

<sup>28</sup> Las estimaciones de la proporción típica de acciones necesarias para alcanzar esto, sin embargo, varían ampliamente. Mientras algunos autores consideran que cualquier porcentaje superior a un 5 por 100 del total otorga control, otros (cf., por ejemplo, Sargent Florence, *Ownership, Control and Success of Large Companies*, op. cit.) elevan la proporción hasta un 30 por 100. Es evidente, sin embargo, que todo criterio estadístico tiene en gran medida un carácter arbitrario; la significación de un porcentaje dado de acciones dependerá de numerosas características variables de las compañías particulares.

élites política y económica en la sociedad neo-capitalista. Por lo que se refiere al primer punto, sin duda alguna el crecimiento de las grandes corporaciones produce una «consolidación», en el sentido en el que he definido previamente este término, del poder económico, concentrado en manos del grupo de gerencia —es decir, tanto en términos del grado de control directivo dentro de la corporación como en términos del poder económico engendrado por la influencia oligopolística sobre las condiciones del mercado. Contrariamente a la teoría de Galbraith, no hay razón para suponer que el aumento del control por parte de los gerentes vaya unido a una difusión del poder económico en el seno de una nueva «tecno-estructura». Según Galbraith, a causa de la indispensabilidad de la información científica y técnica para la corporación moderna, los que poseen el conocimiento especializado de dicha información adquieren un poder cada vez mayor dentro de la organización: «No son los gerentes los que deciden. El poder efectivo de decisión está en manos fundamentalmente del personal técnico de planificación y del resto del personal especializado»<sup>29</sup>. Pero esto confunde indispensabilidad y poder, un error que Max Weber señaló hace mucho tiempo: si el ser indispensable necesariamente confiere poder, entonces en una economía de esclavos los esclavos serían los dominadores.

La consolidación del poder económico no implica que, en la jerarquía de los grupos de élite, el nacimiento del neo-capitalismo conduzca a la preeminencia de la élite económica sobre la élite política. Indudablemente, con el advenimiento de la planificación capitalista, los medios de intercambio entre los grupos de élite se hacen más claros e inmediatos. Como en tantas materias relacionadas con el estudio de las élites, nos faltan los datos necesarios que podrían sentar las bases de un análisis más preciso; pero parece plausible suponer que la tendencia general de las sociedades capitalistas, desde principios de siglo, se ha dirigido hacia una reducción de lo que he llamado el «control directo» de las posiciones de élite, al menos en lo que se refiere a la relación entre las élites económica y política. Sin embargo, esto se ha visto compensado, especialmente en el neo-capitalismo, por el crecimiento de mecanismos formalizados para el ejercicio mutuo de influencia: es decir, por el desarrollo de comités asesores y reglamentarios que relacionan las decisiones políticas e industriales. A grandes rasgos, esto constituye un esfuerzo por parte del mundo de la política por extender su control sobre la industria, una empresa que ha tenido cierto éxito en todas las sociedades capitalistas, incluso en los Estados Unidos, donde la resistencia de la élite económica ha sido probable-

<sup>29</sup> John Kenneth Galbraith, *The New Industrial State* (Londres, 1967), p. 77.

mente más fuerte. El intento de establecer y mantener tales fuentes institucionales de intercambio de élites produce inevitablemente nuevas fricciones y choques entre los dirigentes políticos y económicos, y crea coaliciones de intereses móviles que buscan influir en las decisiones políticas; pero, en general, la principal característica de la mediación del control en la sociedad neo-capitalista es el ascendiente cada vez mayor del control político sobre la toma de decisiones en la esfera económica.

Dentro de la propia política, se pueden discernir fácilmente dos fenómenos principales como característicos del neo-capitalismo, ambos consecuencia de la pérdida de influencia de las asambleas electivas: el creciente poder de los funcionarios de la administración, por una parte, y el del gabinete, o de ciertos círculos del gabinete<sup>30</sup>, por otra. Estas tendencias afectan a todos los partidos en el poder, independientemente de que dependan normalmente de coaliciones cambiantes, como en Francia, o, como en el caso de Inglaterra, sean dos los partidos que predominen de un modo masivo; pero estas tendencias son particularmente funestas para los partidos social-demócratas. Se ha escrito mucho, desde Michels, sobre la tendencia de los partidos social-demócratas a «desradicalizarse», especialmente los que consiguen llegar al poder. Si bien uno de los factores importantes en este proceso es evidentemente la necesidad que tiene un Partido que acepta la mediación institucional del poder existente de acomodarse a las limitaciones que éste necesariamente impone, se ve también muy afectado por la trascendencia decreciente de las asambleas electivas. Por un lado, el poder de los funcionarios, que siempre tiende, por razones que Weber especificó muy claramente, a oponerse a todo intento sustancialmente innovador de modificar el orden socio-económico existente, normalmente actúa como una poderosa fuente de presión hacia la moderación. Igualmente importante, sin embargo, aunque por razones diferentes, es el papel dominante del gabinete en el seno de la asamblea electiva. El proceso de *embourgeoisement* de los políticos social-demócratas, señalado por Michels, está típicamente concentrado de manera especialmente destacada en los escalones más altos de la direc-

<sup>30</sup> R. H. S. Crossman ha argumentado recientemente que lo que Bagehot percibió como el «secreto eficiente» de los políticos británicos, el gobierno del gabinete tras la fachada de la democracia parlamentaria, ha sido reemplazado hoy en día por el gobierno «de primer ministro». Pero aun si esta situación pudiera ser verificada respecto de la política británica, es problemático hasta qué punto podría generalizarse a otros casos. Pero, en lo que concierne a la cuestión más general, cf. Luhmann: «Politische Planung ist darüber hinaus ein Prozess, mit dem die Grenze zwischen den beiden wichtigsten Teilsystemen des politischen Systems, Politik und Verwaltung, überschritten wird...» Niklaus Luhmann, *Politische Planung* (Opladen, 1971), p. 81

ción<sup>31</sup>. Contrariamente a su interpretación, sin embargo, de que los políticos social-demócratas procedentes de la clase media o de la clase alta son normalmente más radicales que los procedentes de la clase obrera, parece ser que en realidad ocurre lo contrario<sup>32</sup>; y, suponiendo que sea así, se deduce que el poder efectivo en los gobiernos social-demócratas se halla en manos de los menos dispuestos a poner en práctica los aspectos más radicales de los programas socialistas a los que el Partido puede haberse comprometido nominalmente.

Las categorizaciones de las formaciones de élite y de la detentación del poder que he sugerido en el capítulo 7 son evidentemente esquemáticas, y se ofrecen fundamentalmente como una forma de aislar algunos de los elementos que normalmente se han confundido, o han permanecido latentes, en las confrontaciones entre el marxismo y la teoría de las élites —como una forma de probar el hecho de que han existido y existen importantes variaciones dentro de las sociedades capitalistas en el carácter de las relaciones entre la clase alta y la mediación del control en las esferas política y económica. Esto es admitido hoy día incluso por autores marxistas. Así, Miliband escribe que:

El capitalismo avanzado en el siglo xx ha proporcionado el contexto para el dominio nazi en Alemania y para Stanley Baldwin en Inglaterra, para Franklin Roosevelt en los Estados Unidos y para esa especial forma de autoritarismo que prevaleció en el Japón durante los años treinta. El capitalismo, la experiencia lo ha demostrado una y otra vez, puede producir o, si esta última expresión se considera demasiado tópica, puede acomodarse a muchos tipos diferentes de régimen político, incluyendo los más ferozmente autoritarios<sup>33</sup>.

En general, sin embargo, los autores marxistas no han podido analizar con éxito estas diferencias dentro de los esquemas teóricos que han adoptado: de aquí el empleo de una fraseología como la de Miliband de que el capitalismo puede «acomodarse» a formas diferentes de «régimen político». El «capitalismo» no es ni ha sido nunca esa especie de orden monolítico que da a entender esta cita; aun en el caso de que se defina en términos puramente económicos, han existido continuas e importantes diferencias en la «infraestructura» de las sociedades capitalistas (una cuestión que examinaremos más adelante), y los sistemas políticos de esas sociedades, incluso antes del advenimiento del neo-capitalismo en época reciente, han desempeñado un

<sup>31</sup> Documentación sobre Gran Bretaña puede encontrarse en Guttman, *op. cit.*

<sup>32</sup> Cf. Parkin, *op. cit.*, pp. 130-6.

<sup>33</sup> Ralph Miliband, *The State in Capitalist Society* (Londres, 1969), p. 21.

papel básico como condicionantes de esas diferencias. La tipología de la detentación del poder que he desarrollado anteriormente puede aplicarse lógicamente a cualquier grupo de élite: pero si admitimos que la tipología tiene una correspondencia precisa con la esfera política, el fascismo alemán y japonés, dos de los casos mencionados por Miliband, se aproximaban estrechamente al tipo «autocrático». El surgimiento de gobiernos «autocráticos» muy similares en esas dos sociedades, sin embargo, no se puede comprender si éstos se consideran, por decirlo así, meros apéndices que de alguna forma se añaden en ciertos casos al capitalismo —del mismo modo que tampoco pueden explicarse, como solían hacer las antiguas interpretaciones marxistas, como el «punto culminante», o el resultado final natural, del desarrollo capitalista.

Con respecto a las sociedades neo-capitalistas de hoy, se puede aventurar la generalización de que las élites políticas en su mayor parte están distribuidas entre las categorías «oligárquica» y «hegemónica», con una definida tendencia a avanzar en dirección de esta última. Los Estados Unidos son probablemente los que más cerca se encuentran del polo «democrático»; y aunque la imagen descrita por alguno de los teóricos políticos pluralistas exagera definitivamente tanto el grado de apertura del reclutamiento de la élite como la fragmentación de la misma en esa sociedad, sigue siendo posible considerar la mediación del control en los Estados Unidos de nuestra época como algo cercano a un sistema de «grupos de liderazgo». En la mayor parte de las otras sociedades neo-capitalistas, todavía tiene sentido hablar de la existencia continuada de una «clase dirigente» o «clase gobernante», tal como he definido esos conceptos. La terminología no es especialmente importante; lo que es significativo son las diferencias en la mediación del control entre las sociedades capitalistas, que han de ser examinadas en los capítulos siguientes en relación con las variaciones en otros niveles de la estructura de clases.

A pesar de la evidencia que demuestra la existencia de un proceso continuo de concentración de la propiedad en las sociedades capitalistas, y a pesar de la hoy en día abundante investigación que demuestra la importancia del mismo en la reproducción de las oportunidades vitales de una generación a otra, muchos autores han afirmado que ya no existe una «clase alta» discernible. Una razón para ello puede encontrarse en la tendencia —que es también muy fuerte en el marxismo, debido a su insistencia en que el feudalismo y el capitalismo son sociedades clasistas— a comparar implícitamente la clase alta en la sociedad contemporánea y los grupos de status (especialmente la aristocracia feudal) que han existido en épocas anteriores de la historia. Existen razones importantes que tienden a impulsar a los últimos,

con frecuencia de una manera deliberada, a acentuar su diferenciación del resto de la sociedad. En cualquier forma de sociedad en donde la dominación política y económica esté legitimada en función de algún principio aristocrático, o de «derecho natural», los intereses del grupo dominante consisten en asegurar el reconocimiento de sus derechos de poder *realzando* su propia visibilidad social. El caso de la clase alta en la sociedad capitalista es bastante diferente. La famosa afirmación de Veblen acerca del «consumo conspicuo», la decadente auto-exhibición de una pseudo-aristocracia, es más la excepción que la regla; en las sociedades modernas, al contrario que en los tipos anteriores de orden social, se da una fuerte presión sobre los miembros de la clase alta para negar el funcionamiento del «principio de clases» y, por tanto, para ocultar su propia particularidad como clase separada y aislada. La «invisibilidad» de la clase alta en la sociedad capitalista no debe considerarse, sin embargo, como producto de una estrategia consciente, como se puede entender en cierto modo la «visibilidad» de la aristocracia en épocas anteriores; antes bien, es la expresión natural del grado de monopolio que mantiene la clase alta respecto al acceso a las posiciones de élite en una forma de sociedad en la que prevalecen ideales de «igualdad de oportunidades» políticas y económicas.



## Capítulo 10

### EL CRECIMIENTO DE LA NUEVA CLASE MEDIA

Existe un breve pasaje, hoy en día famoso, en el «cuarto volumen» del *Capital*, *Teorías de la Plusvalía*, en el que Marx critica a Ricardo por haber olvidado «el número constantemente creciente de las clases medias, aquellos que se encuentran entre el trabajador, por una parte, y el capitalista y el terrateniente, por otra». Estas clases medias, afirma Marx, «son una carga que soporta la base trabajadora y que aumenta la seguridad social y el poder de los diez mil que se encuentran arriba»<sup>1</sup>. La afirmación es enigmática, a pesar de algunos intentos recientes para que aparezca de otra forma<sup>2</sup>, porque no se aviene con la orientación básica del pensamiento teórico de Marx, ya sea sobre las clases, en general, o sobre la «clase media», en particular. Debe atribuirse a la notable presciencia de un hombre cuyas concepciones con frecuencia rompían los límites de las formulaciones teóricas con las que pretendía disciplinarlas. Es incuestionable que describe un aspecto fundamental de la realidad social moderna; y lo mismo puede decirse de la más característica concepción marxiana de que el desarrollo capitalista muestra una tendencia a la disminución de la significación proporcional en la estruc-

<sup>1</sup> *Theories of Surplus Value*, vol. 2 (Londres, 1969), p. 573.

<sup>2</sup> Cf. Martin Nicolaus, «Proletariat and middle class in Marx: Hegelian choreography and the capitalist dialectic», *Studies on the Left* 7, 1967. El análisis del autor de los problemas de Marx respecto a la «clase media» se basa en lo que considero una separación errónea entre el interés de Marx por «el mercado» en sus primeros escritos y la teoría de plusvalía en sus posteriores obras.

tura de clases de aquellos a los que normalmente denominaba «pequeña burguesía». De ahora en adelante, sin embargo, denominaré a este grupo, «antigua clase media», utilizando el término «clase media» sin más calificaciones tanto para referirme a los trabajadores no manuales sin propiedad como a los trabajadores «de cuello blanco».

El declinar de la antigua clase media, si bien un fenómeno identificable y definido en las sociedades capitalistas a partir del siglo XIX, no se ha producido de la forma radical que probablemente esperaban Marx y los marxistas posteriores. No sólo existen, incluso en la actualidad, diferencias de peso entre las sociedades contemporáneas por lo que se refiere al tamaño relativo de la antigua clase media, sino que su declive ha adoptado la forma de una curva que desciende lentamente antes que la de una aproximación progresiva al punto cero. Bernstein y Lederer, dos de los primeros autodenominados marxistas que trataron sistemáticamente de resolver los problemas planteados a la teoría marxista ortodoxa por la aparición del sector de cuello blanco, se sintieron casi tan desorientados ante la obstinada persistencia de la antigua clase media como ante el crecimiento de la nueva. Pero, por importante que pueda continuar siendo la antigua clase media en algunos países, no cabe la menor duda de que el fenómeno de mayores consecuencias desde principios de siglo ha sido el aumento masivo relativo del sector de cuello blanco<sup>3</sup>.

A pesar del acuerdo general acerca del declive de la vieja clase media, las comparaciones estadísticas entre los distintos países son muy difíciles de llevar a cabo. Los economistas modernos no se han interesado demasiado por las pequeñas empresas y los materiales estadísticos pertinentes son extremadamente incompletos y desiguales. Las cifras sugieren, sin embargo, una pauta general aplicable, aunque con amplias diferencias, a la mayoría de las sociedades capitalistas: se trata de la disminución relativa constante de los pequeños negocios (categoría, que engloba las pequeñas granjas, las em-

<sup>3</sup> La atención prestada a lo que Lederer y Marschak llamaron «Der neue Mittelstand» en la Alemania de los años veinte y comienzos de los treinta se relaciona obviamente con los problemas internos de la socialdemocracia y el ascenso del nazismo. Cabe señalar que la teoría «oficial» de la derechista y antisemítica *Deutschnationale Handlungsgehilfen-Verband* insistió en la importancia de la participación del trabajador de cuello blanco en el ejercicio de la autoridad empresarial y la existencia de oportunidades de promoción, como forma de diferenciarle del trabajador manual. Para las obras sociológicas básicas de este período, véase Emil Lederer y J. Marschak, «Der neue Mittelstand», *Grundriss der Sozialökonomik*, vol. 9 (1), 1926; y Lederer, *Die Privatungestellten in der modernen Wirtschaftsentwicklung* (Tübinga, 1912).

presas industriales y de venta al por menor) desde las décadas finales del siglo XIX hasta los primeros años treinta; desde entonces el declive continúa, pero de una forma considerablemente más reducida. En comparación con las grandes empresas, sin embargo, los pequeños negocios manifiestan típicamente un índice muy alto de facturación<sup>4</sup>.

Existen también problemas para llevar a cabo comparaciones entre las diferentes sociedades en cuanto al crecimiento total del sector laboral de cuello blanco, pero la tendencia general es tan notable que pueden pasarse por alto para nuestros propósitos. El avance relativo del sector de cuello blanco ha sido más acentuado en los Estados Unidos, nación que recientemente ha sido proclamada la primera «sociedad de clase media»<sup>5</sup>. La veracidad de este aserto, en el sentido de que el número de trabajadores de cuello blanco supere al de los trabajadores manuales, depende del criterio que se emplee para llevar a cabo las discriminaciones pertinentes entre las diversas categorías ocupacionales. Así, una estimación reciente (1969) las coloca en paridad, suponiendo cada una de ellas un 48 por 100 del total de la fuerza del trabajo; si, no obstante, sólo se tiene en cuenta, la fuerza de trabajo masculina, los trabajadores manuales sobrepasan a los empleados no manuales en un 54 frente a un 41 por 100. Ciertamente, en términos de la proporción de trabajadores de cuello blanco en la población activa en su conjunto, pocos países capitalistas están en condiciones de igualar a los Estados Unidos. Las cifras de Inglaterra, en el año 1959, muestran que un 29 por 100 del total de la fuerza de trabajo eran trabajadores no manuales, un incremento de sólo un 1 por 100 con respecto a 1951, y un 7 por 100 más que en 1921. En el Japón, en 1963, los trabajadores de cuello blanco alcanzaban el 27 por 100 de la población laboral no agrícola, un incremento del 24,5 por 100 en relación con 1944<sup>6</sup>. Se ha supuesto normalmente que las diferencias entre los Estados Unidos y países como Inglaterra y el

<sup>4</sup> Para unas comparaciones entre naciones, ver Bert F. Hoselitz, *The Role of Small Industry in the Process of Economic Growth* (La Haya, 1968).

<sup>5</sup> Vide Joseph Bensusan y Arthur J. Vidich, *The New American Society* (Chicago, 1971), para una exposición de la última de una extensa línea de supuestas «revoluciones» desde Burnham en adelante: la «revolución de la clase media».

<sup>6</sup> Las cifras referentes a los Estados Unidos calculadas por Gavin Mackenzie a partir de datos de los censos americanos; el 4 por 100 adicional y el 5 por 100 representan a los trabajadores agrícolas. Otros datos están tomados de Guy Routh, *Occupation and Pay in Great Britain, 1906-60* (Cambridge, 1965); y Solomon B. Levine, «Unionisation of white-collar employees in Japan», en Adolf Sturmthal, *White-Collar Trade Unions* (Urbana, 1966).

Japón son simplemente una cuestión de «desfase», indicativa del bajo nivel del desarrollo técnico de estos países —y que, por tanto, en este caso son los Estados Unidos los que muestran a las otras sociedades «la imagen de su propio futuro». Pero existen algunos indicios de que esto puede ser un error o al menos una simplificación, porque parece haber tenido lugar una estabilización del crecimiento relativo del sector de cuello blanco en los Estados Unidos durante la pasada década; y un fenómeno similar parece también haber sucedido en otras sociedades, siempre de acuerdo con la proporción considerablemente más baja de trabajadores no manuales que caracteriza esas sociedades en comparación con los Estados Unidos. Un caso ilustrativo es el de Inglaterra, citado antes; otro es el de Francia, en donde el índice apenas ha cambiado durante los últimos doce años<sup>7</sup>.

Pero, por supuesto, ya de por sí es engañoso considerar a «los trabajadores de cuello blanco» como una categoría diferenciada; la expansión general del sector de cuello blanco en las sociedades capitalistas esconde diferentes niveles de crecimiento para las diversas sub-categorías de empleo. Mientras que el incremento relativamente temprano del sector de cuello blanco se refería principalmente al aumento de las ocupaciones de tipo administrativo y comercial, en el neo-capitalismo las ocupaciones que muestran índices recientes de desarrollo más elevados son aquellas que las estadísticas de censo agrupan bajo la denominación «profesionales y técnicos», aun cuando éstas no abarcan en ningún lado más que a una pequeña minoría de la totalidad de trabajadores de cuello blanco.

### 1. Las condiciones de la estructuración de la clase media

En las sociedades capitalistas la diferenciación entre las capacidades de mercado que confieren las cualificaciones técnicas y educativas y las de tipo manual o la pura fuerza de trabajo, no sólo ha adoptado en todas partes la forma de diferencias tajantes en la renta, sino también en otras modalidades de recompensas económicas. Solamente en lo que atañe a los ingresos, aunque se han producido ciertos cambios internos importantes dentro de la categoría general de los trabajadores de cuello blanco en su conjunto, se ha dado una estabilidad general en las diferencias entre los

<sup>7</sup> Michel Crozier, *The World of the Office Worker* (Chicago, 1971), pp. 11-12; y «White-Collar unions —the case of France», en Sturmhil, *op. cit.*, páginas 91-2.

ingresos medios de los trabajadores no manuales y los de los trabajadores manuales, es decir, siempre que se compare la distribución real de los ingresos a principios de siglo con la de hoy, puesto que, en los períodos intermedios, se han producido fluctuaciones sustanciales. Así, tanto en Inglaterra como en los Estados Unidos la diferencia entre los trabajadores manuales y no manuales disminuyó durante la primera guerra mundial, y de nuevo en la guerra posterior, y se ha reestablecido desde entonces.

Los cambios significativos que han ocurrido, hoy en día bien documentados, se refieren, primero, a una relativa disminución de los ingresos de los trabajadores administrativos dentro del sector de cuello blanco, y en segundo lugar, al desarrollo de cierto grado de «traslapamiento» en los márgenes entre los trabajadores no manuales y los manuales<sup>9</sup>. Pero a partir de estos cambios en las estadísticas del ingreso bruto se ha levantado una inmensa mitología en gran parte de la literatura técnica sobre las clases, así como en la prensa diaria. La aparente confluencia de los beneficios económicos que corresponden a trabajadores manuales y no manuales adquiere un aspecto muy diferente si los hechos se estudian más atentamente. En primer lugar, no ha desaparecido la superioridad tradicional del trabajador de cuello blanco en lo tocante a seguridad en el empleo: en general, los trabajadores no manuales continúan disfrutando de una mayor seguridad, aun cuando, por razones que se examinarán en los capítulos siguientes, existe algún motivo para suponer que ciertas categorías de trabajadores manuales podrán disfrutar cada vez más de condiciones contractuales más favorables en el futuro. En segundo lugar, las pautas típicas de los salarios profesionales generales son bastante distintas en las dos categorías. No es sólo el hecho de que a los trabajadores de cuello blanco se les ofrece más gama de oportunidades de promoción que, en cambio, se les niega a los trabajadores manuales, lo que está en cuestión en este caso. Incluso dejando esto aparte, los salarios de los últimos característicamente experimentan una «curva descendente» que los de los primeros, que a menudo tienen incrementos anuales garantizados, por lo general no experimentan. Así, Fogarty muestra que, en Inglaterra, los trabajadores manuales no cualificados alcan-

<sup>9</sup> Cf. Routh, *op. cit.*; Robert K. Burns, «The comparative economic position of manual and white-collar employees», *The Journal of Business* 27, 1954; US Department of Labor, *Blue Collar/White Collar Pay Trends. Monthly Labor Review*, June 1971; y Crozier, *The World of the Office Worker*, pp. 12-15. Para una evaluación del grado en que los impuestos progresivos sobre la renta afectan a estos contornos de la renta, véase Parkin, *Class Inequality and Political Order*, pp. 119-21.

zan el punto culminante de sus ingresos por término medio a los treinta años de edad, y a partir de entonces va disminuyendo de un 15 a un 20 por 100 hasta la edad del retiro; los trabajadores especializados tienden a alcanzar su techo salarial unos diez años después, y posteriormente sus ingresos experimentan un descenso de un 10 a un 15 por 100<sup>9</sup>. Por añadidura, la duración de la semana laboral de los trabajadores manuales es mayor que la de los empleados no manuales: en 1966, en Inglaterra, los primeros tenían una media de cuarenta y cuatro horas semanales en comparación con las treinta y ocho horas de los trabajadores de cuello blanco<sup>10</sup>. En tercer lugar, una proporción considerablemente mayor de los que trabajan en ocupaciones no manuales disfrutaban de beneficios marginales de diversos tipos, tales como pensiones y seguros de enfermedad: en la mayoría de los países estos trabajadores también obtienen beneficios por exenciones de impuestos como resultado de la participación en tales prestaciones<sup>11</sup>.

Aunque existen variaciones en estos fenómenos entre las diferentes sociedades, especialmente si tenemos en cuenta el caso del Japón, éstas no modifican el cuadro global de la situación. Si consideramos la totalidad de los beneficios económicos que pueden conseguir los trabajadores manuales y los no manuales, la idea de que está teniendo lugar algún tipo de fusión de los dos grupos puede rechazarse inequívocamente. El traslapamiento se limita a segmentos de las ocupaciones manuales cualificadas, por una parte, y de ocupaciones comerciales o administrativas, por otra. Pero la carac-

<sup>9</sup> M. P. Fogarty, «The white-collar pay structure in Britain», *Economic Journal* 69, 1959. Hamilton destaca que las estadísticas que se refieren a los trabajadores manuales cualificados a menudo incluyen a los capataces, cuyos sueldos son en general sensiblemente superiores a los de los trabajadores cualificados como tales; los capataces deben considerarse más apropiadamente como supervisores, como trabajadores no manuales: Richard Hamilton: «The income difference between skilled and white-collar workers», *British Journal of Sociology* 14, 1963. En lo que atañe a la «curva descendente» de la renta, sin embargo, Mackenzie indica que esto probablemente es válido para una cierta proporción de trabajadores administrativos, así como para los trabajadores manuales: ver Gavin Mackenzie, «The economic dimensions of embourgeoisement», *British Journal of Sociology* 18, 1967, p. 32; este artículo examina críticamente el trabajo precedente de Hamilton.

<sup>10</sup> George Sayers Bain, *The Growth of White-Collar Unionism* (Oxford, 1970), n. 59.

<sup>11</sup> Una investigación en Gran Bretaña en 1961 mostró que, mientras el 86 por 100 de los trabajadores de cuello blanco estaban acogidos a esquemas de seguro de enfermedad sólo el 33 por 100 de los trabajadores manuales lo estaban: HMSO, *Sick Pay Schemes* (Londres, 1964). Ver también *The Industrial Society, Status and Benefits in Industry* (Londres, 1966); ciertos aspectos de este trabajo son criticados por Bain, *op. cit.*, p. 64.

terística principal de estas últimas profesiones es el hecho de que en todas partes están siendo cada vez más monopolizadas por las mujeres, un hecho de suma importancia a la hora de considerar la naturaleza de la frontera entre la clase obrera y la clase media (véase más adelante página 229). Así, en Inglaterra, que parece marcar la pauta en este sentido, la proporción de mujeres en puestos de trabajo de cuello blanco ascendió de un 30 a un 45 por 100 entre 1911 y 1961; pero se encuentran casi totalmente agrupadas en puestos de trabajo de ventas y administrativos, aquellos que Lockwood denominó, quizá de una manera algo arcaica, ocupaciones «de blusas blancas». De hecho, se ha postulado recientemente, a propósito del trabajo administrativo, que «en el futuro, los pocos hombres que permanezcan en empleos administrativos serán "estudiantes" que se abren camino, y el administrativo masculino tradicional como profesión se extinguirá»<sup>12</sup>.

Al investigar los factores que relacionan estas diferencias en las capacidades del mercado con la estructuración de clases, tenemos la suerte de poseer cierto número de estudios transnacionales bastante detallados de la movilidad social que, no obstante las dificultades metodológicas implícitas, nos permiten alcanzar algunas conclusiones definitivas por lo que se refiere a la estructuración mediata de las relaciones de clases que diferencian a la clase obrera de la clase media. En las sociedades capitalistas, desde el final del siglo XIX, ha existido típicamente un grado considerable de movilidad inter-generacional a través de la línea no manual/manual; pero esto se explica primordialmente en función de la expansión relativa del sector de cuello blanco. Sin embargo, la tesis promovida originalmente por Lipset y Bendix —de que los índices de movilidad inter-generacional desde el trabajo manual al no manual tienden a ser básicamente similares en las sociedades avanzadas— es evidentemente una simplificación excesiva, por no decir algo completamente erróneo. Así, como muestra S. M. Miller, existen significativas diferencias, aun si se excluye a las sociedades socialistas de Estado, entre los distintos países con respecto a la *configuración* [*patterning*] de las oportunidades de movilidad. Algunas sociedades tienen índices bajos de movilidad inter-generacional ascendente y descendente a través de la línea no manual/manual; algunas muestran índices considerablemente más elevados de movilidad hacia arriba y hacia abajo, mientras que otras, en fin, presentan combinaciones distintas de estos índices. Uno de los hallazgos más significativos

<sup>12</sup> Enid Mumford y Olive Banks, *The Computer and the Clerk* (Londres, 1967), p. 21.

de las investigaciones sobre la movilidad social es que virtualmente todo movimiento a través de la división no manual/manual, ya sea ascendente o descendente, inter o intra-generacional, es de «corto alcance»: es decir, tiene lugar de una forma que minimiza las diferencias conseguidas en la capacidad de mercado<sup>13</sup>. Así, tiene algún sentido hablar, como lo hace Parkin, del funcionamiento de una especie de «zona amortiguadora» entre las dos clases: la mayor parte de la movilidad tiene lugar dentro y fuera de esta zona, que actúa como parachoques de toda tendencia hacia el colapso de las diferencias de movilidad que separan a las dos. Las investigaciones sobre la movilidad social, que incluyen estudios cronológicos, indican que no se han producido muchos cambios en los índices de movilidad entre los trabajadores manuales y no manuales en el período posterior a la primera guerra mundial.

En conjunto, los descubrimientos de esos estudios muestran de manera concluyente la importancia de la estructuración mediata como fuente principal de diferenciación de clase entre los trabajadores manuales y los no manuales en las sociedades capitalistas. Pero esto sólo puede separarse desde un punto de vista analítico de las diversas bases de estructuración inmediata, que de hecho contribuyen a explicar los orígenes de las variaciones observadas en las oportunidades de movilidad. Entre estos orígenes, la división del trabajo característica de la empresa productiva y las relaciones paratécnicas asociadas con ella, tienen un carácter primordial, y evidentemente están vinculadas al sistema de relaciones de autoridad propio de la empresa, aunque, asimismo, deben analizarse por separado de éste.

Está perfectamente claro que, desde los primeros comienzos de la moderna fábrica en gran escala, ha existido una disparidad genérica entre el trabajador de cuello blanco y el de cuello azul —sugerido por éstos mismos términos, así como por la terminología de trabajo «no manual» y «manual»— en lo que atañe a los atributos propios de cada tarea en la división del trabajo. Como ha subrayado Lockwood, el trabajador administrativo, con una capaci-

<sup>13</sup> S. M. Miller, «Comparative social mobility», *Current Sociology* 1, 1960. Blau y Duncan muestran que, en la estructura social americana, al menos, el primer trabajo tiene una influencia básica en la movilidad alcanzada: aunque la movilidad total experimentada por aquellos que comienzan sus carreras en ocupaciones de cuello blanco puede ser la misma que la de aquellos que comienzan en trabajos manuales. Los primeros suelen experimentar una movilidad *neto* superior, aun si ésta se estima en relación con la ocupación de sus padres (Peter M. Blau y O. D. Duncan, *The American Occupational Structure*, Nueva York, 1967).



dad de mercado relativamente débil, ha gozado típicamente de condiciones laborales que tienen mucho más en común con las de los gerentes de nivel superior que con los de los trabajadores al pie de la máquina. Los empleados administrativos trabajan en la «oficina», que en general se encuentra materialmente separada del taller, y a menudo se eleva por encima de éste, de forma que los oficinistas pueden físicamente «mirar de arriba abajo» a los obreros. Mientras que la naturaleza de las tareas del trabajador manual frecuentemente implican un trabajo duro y agotador en condiciones que requieren ensuciarse las manos y la vestimenta, el administrativo trabaja normalmente en un entorno relativamente limpio, en una tarea que simplemente implica la manipulación de materiales simbólicos. Incluso los trabajadores administrativos, muy separados de la gestión de nivel superior, pueden no tener contacto alguno o sólo indirecto o muy pequeño con los trabajadores manuales, dado que el capataz normalmente es el canal principal de comunicación entre la oficina y el taller. En palabras de Lockwood: «La premisa de cooperación en el trabajo entre los administrativos y los directivos es el aislamiento social del oficinista con respecto al trabajador manual. La perfección de la separación de estos dos grupos de trabajadores es quizás el rasgo más destacado de la organización industrial»<sup>14</sup>. Evidentemente, el grado en que esto es así varía, tanto en relación con el tamaño de la empresa como con respecto al sector industrial particular a la que ésta pertenece; pero el principio general es válido y se aplica también al caso de la industria japonesa, en donde la organización de la empresa es en algunos otros aspectos bastante diferente de la que es típica de las sociedades occidentales; aunque en Japón la separación entre el trabajador de cuello blanco y el manual en la empresa ha sido reforzada históricamente por la discriminación de status entre *shokuin* y *koin*.

En su análisis, no obstante, Lockwood asimila estos aspectos de las relaciones paratécnicas en la organización de la fábrica moderna con las relaciones de autoridad en la empresa. Pero si bien estos factores pueden estar íntimamente vinculados en el seno de la forma característica de la organización productiva en las sociedades capitalistas, e incluso en las sociedades avanzadas en general, es importante establecer una distinción general entre ellos. Porque, simplificando un poco las cosas, se puede decir que, mientras que toda modificación sustancial de un sistema de relaciones paratécnicas necesariamente implica la alteración en las técnicas pre-existentes de producción, un cambio en el sistema de autoridad no entraña inevi-

<sup>14</sup> David Lockwood, *The Blackcoated Worker*, p. 81.

tablemente una modificación en la técnica —un hecho que adquiere una importancia primordial a la hora de valorar ciertas posibilidades de «democracia industrial» tanto en las sociedades capitalistas como en las socialistas. La estructura de la autoridad en la empresa no debe considerarse ni como una parte inseparable de las relaciones paratécnicas de la moderna producción industrial ni, siguiendo a Dahrendorf, como un «sistema de clase» *sui generis*, sino como un factor que promueve la estructuración de las relaciones de clase. En este último aspecto, podemos aceptar el esquema de Lockwood, en el que se contempla la autoridad como un elemento significativo que contribuye a una diferenciación general de clase entre los trabajadores de cuello blanco y los de cuello azul. En todas las sociedades capitalistas, la estructura de autoridad en la empresa industrial es básicamente jerárquica dentro de la dirección; pero los trabajadores manuales se enfrentan a la dirección como un grupo sujeto a órdenes directivas, sin formar ellos mismos parte de la jerarquía de mando. Como indica Lockwood, incluso los trabajadores administrativos participan en tal jerarquía y, en consecuencia, tienden a ser considerados por los trabajadores, y a considerarse a sí mismos, como «pertenecientes a la dirección»: los administrativos, en opinión de Croner, participan en la delegación de la autoridad, mientras que, incluso aquellos trabajadores de cuello azul con las capacidades de mercado más favorables, los trabajadores manuales especializados, no lo hacen <sup>15</sup>.

El grado en que lo que denomino estructuración de clase se ve en algún sentido influido «primordialmente» por las relaciones establecidas dentro de la empresa, o alternativamente el grado en que se ve condicionado en primer lugar y sobre todo por factores extrínsecos a la organización productiva en sí misma, ha dado lugar recientemente a grandes polémicas. No obstante, hasta los mismos protagonistas de la discusión tienen que admitir que no se trata de una cuestión de simple determinismo, en cualquiera de los dos casos, y para mi propósito es suficiente señalar que existen necesariamente *inter*-conexiones definidas entre los factores intrínsecos y extrínsecos, que en un estudio más detallado podrían enumerarse fácilmente con mayor precisión. El más importante de estos factores que promueven una diferenciación general entre los trabajadores de cuello blanco y los de cuello azul son los grupos distributivos formados por los «agrupamientos» de barrio y ciertos tipos de formación de grupos de status. La tendencia al agrupamiento por barrios induda-

<sup>15</sup> Fritz Croner, *Die Angestellten in der modernen Gesellschaft* (Colonia, 1962), pp. 34 ss.

blemente varía sustancialmente en relación con las diferencias en el tamaño y densidad de las zonas urbanas y con las diferencias en las estructuras sociales y políticas globales de las sociedades capitalistas. Así, la existencia de una amplia infraclase, como sucede en Estados Unidos, condiciona parcialmente cualquier contraste claro entre «barrios de clase media» y «barrios de clase obrera», aunque en ningún sentido obvia la cuestión. Más aún, la discriminación de clases en un barrio puede ser contrarrestada en la medida en que las entidades nacionales o locales intervengan en el «mercado libre de la vivienda» mediante una planificación de los barrios. Pero la fuerza de la tendencia hacia la separación por barrios es innegable, especialmente en las sociedades capitalistas «de larga tradición», como Inglaterra, y se ve respaldada por el hecho de que la mayor seguridad en el empleo característica de los trabajadores de cuello blanco generalmente les permite obtener hipotecas y préstamos para la vivienda con mayor facilidad<sup>16</sup>.

Evidentemente, la discriminación de clases por barrios no es nunca completa, y se dan diferencias entre barrios dentro de las categorías de clase principales: como representa, por ejemplo, la existencia de los llamados barrios de clase obrera «bajos» y barrios obreros respetables, que hace patente un reconocimiento (al menos en lo que se refiere a los «respetables»), de un status discriminatorio definido entre los diferentes tipos de zonas de viviendas. Pero esto complica en vez de socavar la línea de demarcación predominante, concentrada más fuertemente en la división entre trabajadores de cuello blanco y trabajadores de cuello azul. Las diferencias entre los barrios indudablemente tienen un efecto importante en la «visibilidad» de las relaciones de clase, a cuyo significado general se ha aludido antes. Cuando se pide a la gente que dibuje «mapas fenomenológicos» de los distritos de la ciudad, éstos muestran grandes zonas en blanco que representan los barrios de los que tienen poco conocimiento —y entre los que existe normalmente una distorsión pronunciada en términos de clase.

<sup>16</sup> Un ejemplo interesante de un intento de reducir la diferenciación de clase en cuanto a la vivienda en Gran Bretaña es recogido por Leo Kuper, *Living in Towns* (Londres, 1953). Aunque reconoce la existencia de la discriminación de clase en la organización del vecindario en Japón, Dore insiste en su estudio de un barrio de Tokyo en que, como él señala: «El "modo tradicional" japonés, como opuesto al modo "occidental", es todavía un criterio de alguna importancia para dividir a unos hombres de otros, y no concuerda necesariamente con las líneas divisorias basadas en el status económico» (R. P. Dore, *City Life in Japan*, Londres, 1958, pp. 12-13).

Las diferencias en la organización de los barrios están directamente ligadas con las connotaciones de explotación de las relaciones de clase, aparte de aquellas que pertenecen a la esfera económica en sí —especialmente en la medida en que estas diferencias influyen sobre la distribución de las oportunidades educativas. En este sentido, los mecanismos que gobiernan el proceso por el cual se forman los «círculos viciosos» de la privación se conocen hoy en día perfectamente bien. Las familias de la clase obrera son más grandes en su tamaño medio que las de la clase media, y el contacto parental directo es menor —un fenómeno que, en tanto influye sobre la capacidad verbal de los niños, puede tener efectos duraderos sobre su capacidad intelectual. Las actitudes de los padres hacia la educación entre la clase obrera, además, tienden a ser frecuentemente desfavorables. En lo que respecta a las escuelas, un equipo pobre y los pocos medios en las zonas no privilegiadas van unidos a un personal docente poco cualificado y un entorno educativo en el que los problemas del control tienen precedencia sobre el desarrollo intelectual como tal.

Una serie de estudios bastante recientes y bien conocidos realizados en los países europeos han demostrado que el «reconocimiento» de clase, más que la conciencia de clase, es la perspectiva cognitiva típica de la clase media<sup>17</sup>. La «imagen de la sociedad», como la denomina Willener, del trabajador de cuello blanco implica una percepción jerárquica de los niveles ocupacionales que se distinguen por diferencias en la renta y el status, una generalización evidente del sistema jerárquico de autoridad en el cual se encuentra situado el trabajador no manual. Los movimientos ascendentes o descendentes en el seno de esta jerarquía se perciben como decididos por la iniciativa y la energía demostrada por cualquier individuo particular. En concordancia con este «individualismo» existe un deseo general de aceptar la «gratificación diferida» como una inversión necesaria para asegurar posibles recompensas futuras. Semejante «imagen de la sociedad» no excluye inevitablemente la posibilidad de una identificación de clase subjetiva, pero impide definitivamente la forma-

<sup>17</sup> Las principales obras son: Alfred Willener, *Images de la société et classes sociales* (Bern, 1957); Heinrich Popitz et al., *Das Gesellschaftsbild des Arbeiters* (Tübingen, 1957). Véase asimismo Dahrendorf, *Class and Class Conflict*, páginas 280-9; John Goldthorpe et al., *The Affluent Worker in the Class Structure* (Cambridge, 1969), pp. 116-56; Hansjürgen Daheim, «Die Vorstellungen vom Mittelstand», *Kölner Zeitschrift für Soziologie und Sozialpsychologie* 12, 1960; Siegfried Braun y Jochen Fuhrmann, *Angestelltenmentalität* (Neuwied, 1970). Esta última obra, sin embargo, pone en tela de juicio algunas de las concepciones tradicionales.

ción de ciertos niveles de «conciencia de clase», tal y como he definido este término anteriormente. El conflicto y la lucha desempeñan un papel en este conjunto de imágenes, pero primordialmente en forma del esfuerzo del individuo para asegurarse una posición social acorde con su talento y laboriosidad, no como una especie de confrontación de clases.

Las conexiones que, según cabe suponer, existen entre tal «reconocimiento» de clase y las fuentes de estructuración inmediata de la clase media citadas son fáciles de ver. Pero, en dos aspectos, es igualmente fácil generalizar demasiado rápidamente a partir de la experiencia europea: al tratar lo que es una vez más esencialmente una imagen abstracta o un «modelo ideal» del «reconocimiento» de clase de los trabajadores de cuello blanco como si fuera aplicable *en bloc* a la clase media en los diferentes países europeos; y no estudiar con la suficiente atención las sociedades no europeas en donde estas pautas aparecen con menos nitidez. La primera cuestión es importante en relación con la evaluación de las interpretaciones recientes de los cambios que, según algunos observadores, están ocurriendo en los niveles inferiores del sector de cuello blanco, y que en cierto sentido «proletarizan» el trabajo administrativo. Como en el debate sobre la separación de la propiedad y el control, hay un peligro palpable de que la realidad existente sea contrastada con lo que de hecho es una concepción «típica-ideal» del pasado, haciendo así parecer que han tenido lugar transformaciones más acusadas de lo que realmente ha sucedido. El provincianismo que supone tomar en consideración solamente ejemplos europeos se demuestra claramente al examinar el caso del Japón, donde el «individualismo» de las perspectivas del trabajador de cuello blanco occidental se ve atemperado por una fuerte dosis de «colectivismo». El *sararyman* japonés en una gran empresa, aunque para poder entrar en ella tiene que pasar unos exámenes muy competitivos, tiende a aceptar una «imagen de la sociedad» que insiste en la importancia de la lealtad hacia el grupo, más que en los logros individuales<sup>18</sup>.

## 2. Fuentes de diferenciación dentro de la clase media

Podemos distinguir dos fuentes principales de diferenciación dentro del conjunto de la clase media: las que tienen su origen en diferencias en la capacidad del mercado, y las que se derivan de

<sup>18</sup> Cf. Ezra F. Vogel, *Japan's New Middle Class* (Berkeley, 1963), pp. 142-62; v. Chie Nakane *Japanese Society* (Londres, 1970), pp. 115 ss.

variaciones en la división del trabajo. El tipo más significativo de diferencias en la capacidad del mercado consiste sin ninguna duda en la que existe entre la capacidad de ofrecer conocimientos técnicos negociables en el mercado, conocimientos simbólicos especializados y reconocidos públicamente, y la oferta de una competencia simbólica general. La mercabilidad de los conocimientos acrecentada por la imposición sistemática de un «cierre» controlado a las posibilidades de acceso a esos puestos de trabajo, una característica particular de las ocupaciones profesionales. El crecimiento de las ocupaciones profesionales ha sido especialmente destacado en las sociedades neo-capitalistas. En los Estados Unidos, por ejemplo, la proporción de trabajadores profesionales en la población activa masculina casi se triplicó entre 1950 y 1970, y una tendencia similar puede observarse en otras sociedades, aun cuando la proporción total de profesionales en la fuerza de trabajo no se aproxima a la de los Estados Unidos (cerca de un 15 por 100). Si bien las profesiones evidentemente comparten ciertos elementos en común con otras asociaciones ocupacionales, notoriamente con los sindicatos que intentan imponer un control sobre la distribución de las capacidades de mercado, en otros aspectos son bastante diferentes de éstas. La asociación profesional funciona no sólo como un medio de control ocupacional, sino que también busca establecer unas normas éticas que rijan los «estándares de conducta» generales<sup>19</sup>.

Aunque la existencia de las profesiones plantea ciertos problemas controvertidos al análisis sociológico, la profesionalización no ofrece mayores dificultades para la teoría de las clases. No se puede decir lo mismo, sin embargo, de otras fuentes de diferenciación dentro de la clase media, que han sido motivo de que muchos autores duden de la posibilidad de aplicar un término tan genérico como el de «clase media». El término parece tener una utilidad clara en relación con los trabajadores de cuello blanco dentro de organizaciones donde esos trabajadores son parte de un «cargo» definido y, por consiguiente, de una jerarquía burocrática de autoridad. ¿Pero qué ocurre con los trabajadores cuyas tareas no son principalmente «manuales», y que no están insertos tan claramente en una jerarquía fácilmente identificable y que si bien pueden ser frecuentemente relacionados con las profesiones, no pertenecen a ellas? Como C. Wright Mills señala: «las viejas profesiones de la medicina y el derecho se hallan aún en la cúspide del mundo profesional, pero hoy día alrededor de ellas se encuentran hombres y mujeres con nuevas pro-

<sup>19</sup> Terence J. Johnson, *Professions and Power* (Londres, 1972), pp. 54 ss.

fesiones. Existen una docena de tipos de "ingenieros sociales" y de técnicos mecánicos, una multitud de «Viernes» femeninos, ayudantes de laboratorio, enfermeras tituladas y no tituladas, delineantes, estadísticos, trabajadores sociales. En el mundo de las ventas, que en ocasiones parece coincidir con la nueva sociedad en su conjunto, se encuentra la dependienta de papelería en un gran almacén, el agente de seguros, el corredor, el publicitario que ayuda a otros a vender a distancia»<sup>20</sup>. ¿Qué tienen en común, si es que tienen algo, semejante variedad de ocupaciones unas con otras o con el trabajador de cuello blanco de oficina? Adoptando el concepto de Renner y modificándolo para sus propios fines, Dahrendorf ha argumentado que los elementos comunes deben encontrarse en el hecho de que los trabajadores de cuello blanco constituyen una «clase de servicio» que «proporciona un puente entre los que mandan y los que obedecen»<sup>21</sup>. Pero esto apenas es convincente. Lo que parece representar es un intento de encontrar un lugar para un concepto de «clase media» dentro de la empresa más general de Dahrendorf de unir la teoría de las clases con un esquema de autoridad dicotómico, y de aquí que comparta los errores inherentes a esa concepción general. Pero más especialmente, no logra resolver adecuadamente el problema de la heterogeneidad de los «servicios» ofrecidos por los que ocupan la diversidad de empleos que menciona: no es particularmente esclarecedor saber que lo que un delineante comparte con un asistente social es que ambos forman parte de un «puente entre los que mandan y los que obedecen».

El defecto principal en la concepción de la «clase de servicio», en este último sentido, es que *no distingue adecuadamente entre la clase y las divisiones del trabajo*; o, dicho de otra forma, no distingue entre los dos aspectos de la división del trabajo: la diferenciación de ocupaciones en relación con las divergencias en la capacidad del mercado, por una parte, y en relación con las divergencias en las relaciones paratécnicas, por otra. El segundo, como he destacado, debe considerarse como uno de los componentes fundamentales de la estructuración de clases sobre la base de la capacidad del mercado: si puede ser una fuente de la homogeneización de las relaciones de clase, también puede serlo de *diferenciación* en la estructuración de clases, incluso cuando estén implicadas capacidades de mercado similares. Lo mismo cabe decir en relación con los sistemas de autoridad que Dahrendorf trata de convertir en el eje fundamental

<sup>20</sup> C. Wright Mills, *White Collar* (Nueva York, 1951), p. x.

<sup>21</sup> Dahrendorf, «Recent changes in the class structure of European societies» *op. cit.*, pp. 248-9

de la propia estructura de clases. Así un delineante y un asistente social pueden tener una capacidad de mercado parecida, en relación con los beneficios económicos que sus cualificaciones les pueden reportar cuando las ofrecen para su venta en el mercado, pero su posición en la división del trabajo, en el sentido en que he empleado el término, puede ser muy diferente; y ambos pueden diferenciarse del administrativo de la gran organización en el hecho de no pertenecer tan claramente a un «nivel» específico dentro de una jerarquía de autoridad.

### 3. La sindicación de los trabajadores de cuello blanco

Si la relativa expansión del sector de los trabajadores de cuello blanco ha representado un obstáculo fundamental para la teoría marxista, se debe en gran parte al hecho de que los trabajadores no manuales han mostrado una «falsa conciencia de clase». Esta expresión puede referirse al menos a dos conjuntos de fenómenos diferentes: el predominio general del «reconocimiento de clase» entre los trabajadores de cuello blanco; y la resistencia aparentemente mayor de los trabajadores de cuello blanco a asociarse en sindicatos ocupacionales en comparación con los trabajadores manuales (junto con una renuencia, cuando forman sindicatos, a afiliarse con los trabajadores de cuello azul).

Los índices de sindicación de los trabajadores de cuello blanco difieren, de hecho, muy considerablemente según los distintos países, y lo mismo sucede en lo que respecta al grado de separación de los sindicatos de trabajadores de cuello blanco de los trabajadores manuales. Lo que parece ser universal es que el nivel de sindicación del sector de cuello blanco, en cualquier país dado, es siempre más bajo que el de los trabajadores de cuello azul: Japón, sin embargo, es una sociedad que puede considerarse como una probable excepción a la regla. Según una estimación de los 9,3 millones de trabajadores sindicados en el Japón en 1963, al menos el 35 por 100 pertenecían al sector de cuello blanco —una proporción más alta que la que representaba el mismo sector dentro de la fuerza de trabajo en su totalidad. Japón difiere también de los países occidentales en otros aspectos de la sindicación. En general, entre estos países, parece ser que los sindicatos de trabajadores de cuello blanco se han colocado a la cabeza en relación con los sindicatos de trabajadores manuales por lo que se refiere a los niveles de sindicación. Los países donde los trabajadores de cuello azul están altamente organizados, como ocurre en Suecia, tienden también a presentar índices



relativamente elevados de sindicación entre los trabajadores de cuello blanco; otras sociedades, como Inglaterra, muestran niveles más bajos en ambos sectores. Aun en los casos en los que se ha dado un grado considerable de afiliación sindical «mixta», esto es, cuando los trabajadores manuales y no manuales pertenecen a los mismos sindicatos, la afiliación de cuello azul ha sido la que ha desempeñado un papel más activo. Pero en el movimiento obrero japonés la situación ha sido la inversa, desempeñando los elementos de cuello blanco un papel más estable, y siendo aquellos sectores económicos en los que el sector de cuello blanco se ha expandido más rápidamente desde la guerra donde el sindicalismo ha prendido más fuertemente. Por contraste con las sociedades occidentales, la sindicación «mixta» es antes la regla que la excepción en el Japón, algo que sin duda alguna está íntimamente relacionado con el hecho de que es la empresa, más que la ocupación, lo que normalmente reviste una mayor importancia en la conciencia tanto de los trabajadores de cuello blanco como de los de cuello azul <sup>22</sup>. Como fenómeno de masas, la sindicación de los trabajadores de cuello blanco en el Japón data fundamentalmente del período de la postguerra, con una afiliación concentrada en sindicatos de «ámbito empresarial»; aunque cerca de un 20 por 100 de la afiliación sindical total se encuentra en sindicatos exclusivamente de cuello blanco, estos afiliados trabajan en su mayoría en sectores en donde sólo están empleados trabajadores no manuales. Dentro de los sindicatos de empresa la mitad de la dirección sindical procede de grupos de trabajadores de cuello blanco y sólo ha habido un pequeño número de casos en los que los trabajadores de cuello blanco hayan roto con esos sindicatos para formar sus propias asociaciones <sup>23</sup>. Aunque existen tensiones dentro de la organización sindical contemporánea en el Japón, tensiones que proceden en un grado sustancial de divisiones entre los sectores manual y no manual, no hay indicio alguno de que exista una tendencia pronunciada hacia el desarrollo de un movimiento sindical de trabajadores de cuello blanco.

Francia es uno de los pocos países occidentales en el que existe una tradición de estrecha integración de los trabajadores manuales y no manuales en el seno del movimiento obrero. Es quizás signifi-

<sup>22</sup> Según Taira, el 87 por 100 de los sindicatos japoneses son de tipo empresarial, y aproximadamente un 80 por 100 de los trabajadores organizados están afiliados a éstos. Koji Taira, *Economic Development and the Labor Market in Japan* (Nueva York, 1970), p. 168.

<sup>23</sup> Solomon B. Levine, «Unionisation of white-collar employees in Japan» en Sturmfthal, *op. cit.*, p. 238. Respecto al desarrollo de sindicalismo de empresa, ver también Levine, *Industrial Relations in Postwar Japan* (Urbana, 1958).

cativo que, como ha señalado Crozier, el término francés *employés*, que normalmente se aplica a los trabajadores no manuales, se pueda utilizar para referirse a todos los trabajadores dentro de una empresa; no existe un término genérico que se corresponda con *Angestellte*, o con «trabajadores de cuello blanco» (o el menos frecuentemente utilizado «trabajador de chaqueta negra»). Los primeros sindicatos de vendedores y administrativos, la *Chambre syndicale fédérale des employés*, constituida en la última parte del siglo XIX, fueron de orientación radical y tomaron parte en la fundación de la central sindical CGT en 1895<sup>24</sup>. En periodos posteriores, los sindicatos de trabajadores de cuello blanco han desempeñado un papel en diversos períodos de conflictividad laboral, tales como las huelgas generales de 1919 y 1936<sup>25</sup>. A partir de la guerra, estos sindicatos, como los sindicatos de trabajadores manuales, se han dividido según líneas ideológicas, y de acuerdo con ellas se han afiliado a las organizaciones comunistas, socialistas o cristianas, siendo las dos últimas las más importantes. En la mayor parte de las otras sociedades capitalistas, sin embargo, existe un grado muy marcado de separación e incluso de antagonismo, entre los sindicatos de trabajadores de cuello blanco y los de cuello azul, incluso cuando se encuentran adscritos nominalmente a las mismas federaciones; Inglaterra es un caso típico. Los sindicatos de trabajadores de cuello blanco en Inglaterra, en líneas generales, han considerado a los sindicatos de trabajadores manuales como su modelo y con la excepción de la Asociación Nacional de Funcionarios Locales del Gobierno (hasta 1964), se han adherido generalmente al TUC. Pero al mismo tiempo han mantenido en su mayor parte cuidadosamente su identidad independiente y han seguido siendo conscientes de la tarea de proteger sus intereses específicos.

¿Por qué existen índices de sindicación, en lo que se refiere a la afiliación sindical, generalmente más bajos entre los trabajadores de cuello blanco que entre los trabajadores manuales? En lo que atañe a esos grupos de trabajadores no manuales que disfrutan

<sup>24</sup> Cf. Edouard Dolléans, *Histoire du mouvement ouvrier* (París, 1953), vol. 2, pp. 13-56.

<sup>25</sup> Según Crozier: «es desde este período (1919-20) que podemos fechar la gran alianza del mundo administrativo francés con la causa de los trabajadores. Seguramente, esta unidad siguió siendo extremadamente vaga y hubo de vencer innumerables resistencias. Oficialmente, sin embargo, ya nunca podría ser puesta en cuestión. Los sindicatos católicos, que hasta entonces permanecieron dudosos, finalmente mostraron que en el momento decisivo estaban del lado de los huelguistas. Aun los empleados administrativos de los bancos, últimos reductos de la respetabilidad burguesa, se pusieron de su parte...» (*The World of the Office Worker*, p. 46).

de formas relativamente privilegiadas de capacidad de mercado, no parece haber dificultades para contestar a esta pregunta dado que sus intereses económicos, su lugar en la jerarquía de la empresa, y su «reconocimiento» de clase, contribuyen claramente a distanciarlos de un compromiso sindical o de una acción colectiva. Pero sindicatos fuertemente desarrollados y ocasionalmente militantes, en vez de asociaciones profesionales, no constituyen algo completamente desconocido entre los que disfrutaban de capacidades de mercado privilegiadas, (por ejemplo, los pilotos de líneas aéreas), aunque sean relativamente raros. Un análisis de los factores que influyen en el nivel de sindicación de las ocupaciones cuyas capacidades de mercado están más cerca de las de los trabajadores manuales (de los cuales los trabajadores administrativos pueden considerarse como el ejemplo más ilustrativo) debería arrojar también luz sobre estos otros casos.

Es un hecho bien establecido hoy en día que en los últimos años una serie de cambios han afectado a la posición económica de los administrativos, en comparación con los niveles más altos de la clase obrera. Los más importantes de esos cambios son: un declive relativo en la renta y en otras ventajas económicas de los administrativos *vis-à-vis* los grupos más opulentos de los trabajadores manuales; y una transformación del carácter de las tareas y, por tanto, de las relaciones paratécnicas anteriormente características de los administrativos en la división del trabajo. Es claro que varios factores de larga duración han acortado las diferencias económicas entre los administrativos y las secciones más «opulentas» de la clase obrera. La consecución de una alfabetización casi universal ha disminuido la capacidad de mercado de la competencia simbólica general; la misma expansión del propio sector de cuello blanco ha reducido el «factor de escasez» que interviene en el acceso a las ocupaciones no manuales rutinarias. La degradación de la situación económica de los trabajadores administrativos en comparación con los trabajadores de cuello azul, sin embargo, no ha afectado solamente a los ingresos: en la mayoría de los países, las otras formas de diferenciación económica que en el pasado tendían a separar a los trabajadores manuales y no manuales se han visto hasta cierto punto disminuidas. La misma idoneidad de la designación «administrativo» se pone en entredicho a la luz de la introducción de sistemas mecánicos para la realización de tareas que hasta entonces requerían un «trabajo de amanuense» por parte del administrativo. La influencia de cada uno de estos conjuntos de fenómenos sobre las relaciones de clase preexistentes se ha exagerado frecuentemente, no sólo en términos de su significado estadístico, sino también a causa de los efectos de la «feminiza-

ción» del trabajo administrativo. Pero es imposible negar la realidad de esos cambios o su conexión con los índices cada vez mayores de sindicación y proporcionan una indicación clara de algunas condiciones que rigen la sindicación de los trabajadores de cuello blanco en general —condiciones cuyo estudio puede abordarse a partir de los factores variables de la estructuración de clases.

Es evidente, en primer lugar, que existe una tendencia muy pequeña o nula a la sindicación donde la capacidad de mercado es superior y se asocia con la posibilidad de oportunidades de promoción en la jerarquía administrativa, lo cual se ve, además, respaldado por una forma de «reconocimiento» de clase que insiste en el «individualismo», cognitiva y evaluativamente. Las oportunidades de movilidad profesional son indudablemente de una particular importancia aquí. Históricamente, una de las diferencias características del trabajador administrativo respecto del trabajador manual ha sido el hecho de que el primero ha disfrutado nominalmente, y hasta cierto punto realmente, de unas posibilidades de promoción que no estaban abiertas al último. En la medida en que la posición de los trabajadores administrativos está sujeta a «bloques» profesionales de modo que las oportunidades de movilidad profesional están abiertas sólo a los que poseen calificaciones académicas especializadas, debería existir un fuerte estímulo para la sindicación y la acción colectiva. La existencia de «bloques» profesionales (una especie de balcanización), indudablemente es el factor principal que influye en la sindicación entre los que poseen una capacidad de mercado superior. Ocupaciones tales como el profesorado, donde son frecuentes altos índices de sindicación, incluso aunque el nivel de ingresos y ventajas económicas sea bastante considerable, son característicamente aquellas en las que, una vez alcanzada una determinada posición ocupacional, las oportunidades de una movilidad profesional posterior son limitadas. Así, en Inglaterra, por ejemplo, los maestros alcanzan un techo salarial en una edad relativamente temprana: y las posibilidades de promoción a puestos directivos, estadísticamente hablando, son en verdad muy escasas<sup>26</sup>.

Todas las sociedades capitalistas presentan amplias disparidades en cuanto a los índices de sindicación de los trabajadores de cuello blanco según los distintos sectores industriales, que están influidos por divergencias en la forma característica de las relaciones paratécnicas. Los trabajadores de cuello blanco se hallan menos concentrados en establecimientos productivos grandes y homogéneos que los trabajadores manuales —ciertamente, uno de los factores que tienden a

<sup>26</sup> Cf. Asher Tropp. *The School Teachers* (Londres, 1957).

promover un alto nivel de sindicación. La centralización administrativa, sin embargo, especialmente si va asociada a una racionalización técnica desarrollada de las condiciones de trabajo, suele estimular la sindicación: así, la administración pública normalmente muestra índices de sindicación muy elevados en los escalafones inferiores. En Francia, por ejemplo, el 40 por 100 de los funcionarios de la administración están afiliados a los sindicatos en comparación con un porcentaje de sólo aproximadamente un 15 por 100 en el sector privado; en Japón, la cifra asciende a un 90 por 100. La mecanización de ciertas tareas administrativas ha sido interpretada generalmente como un proceso de la «proletarización» de los niveles inferiores del sector laboral de cuello blanco y, por tanto, como el factor principal que subyace a la elevación del nivel de sindicación; pero en realidad los estudios comparativos sobre las variaciones en la sindicación de los trabajadores de cuello blanco indican que la centralización y la racionalización administrativas constituyen un factor de mayor peso específico<sup>27</sup>. Las razones para el nivel relativamente bajo de sindicación de los trabajadores no manuales no son evidentemente por completo diferentes de los factores que influyen en las relaciones entre los sindicatos de trabajadores manuales y no manuales. Aparte del caso japonés, parece ser cierto en líneas generales, como se ha señalado antes, que el contacto directo con los sindicatos de cuello azul ha proporcionado frecuentemente un estímulo para la sindicación de los trabajadores de cuello blanco: así, con la excepción de los funcionarios de la administración pública, la afiliación sindical tiende a ser más alta entre los trabajadores administrativos de industrias, como la minería, la ingeniería o los transportes, donde éstos se encuentran en contacto inmediato con trabajadores manuales fuertemente sindicados.

#### 4. ¿Proletarios o no? La teoría de la «nueva clase obrera»

Ya he subrayado que constituye un error, o cuando menos induce a error, hablar de una clase como de un «actor», especialmente en la forma en que se inclinan a hacerlo escritores como, por ejemplo, Lukács y Touraine. Una clase no es ni siquiera un «grupo»; el concepto, como lo he definido, se refiere a un conjunto de formas de estructuración basadas en niveles comúnmente compartidos de capacidad de mercado. Esto se aplica en particular a la posición de la clase media en las sociedades capitalistas contemporáneas, dado

<sup>27</sup> Cf. Lockwood *op. cit.* pp. 89 ss.

que los individuos de la clase media normalmente carecen de una clara concepción de identidad de clase e, incluso cuando están sindicados, se caracterizan por no adoptar ninguna forma de conciencia de conflicto.

Desde principios de siglo, cuando el índice de crecimiento relativo del sector de cuello blanco se hizo por primera vez evidente, se ha propuesto la idea —especialmente, por supuesto, por autores marxistas— de que esta «nueva clase media» se dividiría en dos: porque en realidad no constituye una clase, ya que su posición y la imagen y actitudes de sus miembros no pueden interpretarse en función de relaciones de propiedad. De aquí, continúa el argumento, que la mayoría de los trabajadores de cuello blanco se «proletizarán», como corresponde a su condición de grupo no propietario, mientras que una pequeña minoría irá a parar a la clase dominante. Hoy día, unos setenta años después, los hechos siguen desmintiendo esas previsiones. En las sociedades contemporáneas, existen dos conjuntos relacionados de procesos que se señalan comúnmente al objeto de apoyar las variantes modernas de la noción expresada por el incómodo término «proletarización». Uno es el crecimiento en la postguerra de los sindicatos de trabajadores de cuello blanco, el otro, la influencia de la mecanización. Como he indicado ya cada uno de ellos expresa cambios significativos a ciertos niveles de la estructura de clases. Pero estos cambios no implican ningún proceso fundamental de interpenetración entre la clase obrera y la clase media. Por lo que se refiere a los sindicatos de los trabajadores de cuello blanco, hay indicios de que el proceso de su crecimiento, que en la mayoría de los casos no significa un incremento de la «densidad sindical», sino un aumento simplemente proporcional a la expansión del sector no manual como tal<sup>28</sup>, no lleva consigo ninguna consecuencia particular para el movimiento obrero en su totalidad. En otras palabras, este crecimiento tiende a acomodarse a la estructura existente, cualquiera que ésta sea en una sociedad determinada. En donde existen algunas divergencias y conflictos pronunciados entre los sindicatos manuales y no manuales, éstos persisten o incluso se ven acentuados; cuando existe un alto grado de penetración mutua, el auge del sindicalismo de cuello blanco no altera significativamente esa situación.

El impacto de la mecanización es quizás más difícil de valorar. Ciertamente no se trata de un fenómeno reciente, aunque los últimos años hayan presenciado la introducción de nuevas técnicas automatizadas en el trabajo de oficina. Si bien muchos estudios sobre la

<sup>28</sup> Para cifras sobre Gran Bretaña, ver Bain. *op. cit.*, pp. 38-9.

condición de los trabajadores de cuello blanco ignoran la distinción, es tan necesario diferenciar la «mecanización» de la «automatización» en la oficina como en la fábrica —aunque en ningún caso esta última forma de tecnología, que sólo afecta a un sector reducido de la fuerza de trabajo, posea la significación que algunos (incluyendo a Marx y más recientemente a Marcuse) han tratado de reivindicar para ella. Es erróneo suponer, como los autores marxistas hacen generalmente, que los efectos de la mecanización del trabajo administrativo, cuyos comienzos se pueden remontar a las dos últimas décadas del siglo XIX, hayan eliminado progresivamente las diferencias entre el trabajo administrativo y el de taller. La mecanización, tal y como existe en el trabajo de la fábrica, tiende a definir el carácter total de la tarea obrera, reduciendo frecuentemente el papel del trabajador al de «vigilar la máquina». Pero esto no ha sido generalmente lo que ha ocurrido con la mecanización en la oficina, en donde las máquinas de escribir, las calculadoras, los dictáfonos, etc., figuran como elementos auxiliares del trabajo administrativo más que como transformadores del mismo. Las mujeres, que componen una categoría dentro de la fuerza de trabajo que sufre una discriminación sistemática en términos del nivel de ingresos y de oportunidades de promoción, monopolizan en gran medida esas ocupaciones que son totalmente rutinarias (por ejemplo, mecanógrafa, estenógrafa). En relación con otros trabajos administrativos, el juicio expuesto por un investigador reciente resume correctamente la situación: «lo que esas máquinas realmente sustituyen es una gran cantidad de laboriosos esfuerzos manuales en la comprobación de datos y los cálculos aritméticos rutinarios... un cierto conocimiento del negocio continúa siendo la calificación deseable del trabajador administrativo, independientemente de que su trabajo sea realizado por medios manuales o mecánicos»<sup>29</sup>.

La tendencia reciente hacia la automatización de las tareas de oficina, mediante el empleo de computadoras en ocupaciones propias de trabajadores de cuello blanco, sí comporta una reorganización más completa del trabajo de la oficina. Pero la investigación sobre la influencia de la adopción de métodos automatizados sobre las relaciones paratécnicas indica que, lejos de contribuir a la «proletarización» de los administrativos, normalmente producen una disminución en la demanda de trabajadores para tareas rutinarias, aumentando

<sup>29</sup> Jon M. Shepard, *Automation and Alienation* (Cambridge, Mass., 1971), p. 43. Cf. también Dorothy Wedderburn, «Annäherung von Angestellten und Arbeitstätigkeiten?», y posteriores contribuciones en Günter Friedrichs, *Computer und Angestellte*, vol. 2 (Frankfurt, 1971).

la necesidad de personal cualificado y con educación superior. Así, un estudio realizado por el US Bureau of Labour Statistics, en veinte oficinas que introdujeron computadoras en gran escala, muestra que cerca de dos tercios de los empleados de las oficinas permanecieron en el mismo nivel de empleo anterior a la introducción de las computadoras, un tercio fueron ascendidos a posiciones superiores, mientras que no más de un 1 por 100 fueron degradados a empleos más rutinarios. Cifras semejantes aparecen en la mayoría de los estudios. En relación con aquellos que intervienen directamente en el manejo de las computadoras de la oficina —operadores de computadoras, programadores, etc.—, la investigación demuestra que el nivel de calificación educativa y el período de entrenamiento necesario son sensiblemente mayores que el que se pide a otros empleados en posiciones no supervisoras<sup>30</sup>.

Continuamos escuchando la opinión expuesta por autores marxistas ortodoxos de que, según una formulación reciente, «los trabajadores asalariados... se encuentran cuidadosamente *separados* del resto del proletariado por artificio de la burguesía, no por análisis científico [*sic*]. El hecho de que vistan una camisa blanca y sean pagados a fin de mes difícilmente puede considerarse suficiente como para cuestionar su afiliación *objetiva* a la clase obrera, incluso si su conciencia *subjetiva permanece confusa*»<sup>31</sup>. Probablemente ya es tiempo de abandonar esas ingenuidades; de hecho, algunos de los autores marxistas más originales, y otros influidos por ellos, las han abandonado, intentando sustituir la idea tradicional de «proletarización» por una concepción de una «nueva clase obrera», dirigida por trabajadores técnicamente cualificados cuyas condiciones laborales parecen a primera vista separarles decisivamente del grueso de los trabajadores manuales.

Existen en realidad diversas teorías sobre la «nueva clase obrera». Nos referiremos a otras en el siguiente capítulo. En esta sección me ocuparé sólo del concepto de la «nueva clase obrera» que va unido a la idea de que partes de lo que se solía llamar la «nueva clase media», junto con ciertos grupos de trabajadores manuales, se están desplazando para formar lo que Garaudy, siguiendo a Gramsci,

<sup>30</sup> US Department of Labor, *Adjustments to the Introduction of Office Automation*, Boletín núm. 1276 (Washington, 1960). Otras contribuciones a una bibliografía actualmente muy grande incluyen Leonard Rico, *The Advance against Paperwork* (Ann Arbor, 1967); H. A. Rhee, *Office Automation in Social Perspective* (Oxford, 1968); Enid Mumford y Oliver Banks, *op. cit.*; W. H. Scott, *Office Automation* (OECD, 1965).

<sup>31</sup> Maurice Bouvier-Ajam y Gilbert Mury, *Les classes sociales en France*, vol. 1 (París, 1963), p. 63.



denomina un «bloque histórico», que posee un potencial revolucionario en el neocapitalismo. A diferencia de otras teorías sobre la «nueva clase obrera», ésta ha sido desarrollada principalmente por escritores marxistas, especialmente en Francia, y ha recibido un importante estímulo de los acontecimientos de Mayo de 1968. En contraste con el enfoque marxista más tradicional, no intenta explicar la conducta y los valores de los trabajadores de cuello blanco como una «falsa conciencia de clase», o negar el significado general de la expansión del sector no manual en las sociedades capitalistas, sino que más bien busca una nueva base para incorporar sectores de los trabajadores de cuello blanco a la «clase obrera», definida de una forma particular. Esto se fundamenta en la importancia crucial que revisten las ideas científicas y técnicas para el neo-capitalismo: la producción y difusión del conocimiento científico se convierte en la principal «fuerza de producción» en la sociedad neo-capitalista. Los ingenieros, los científicos, los técnicos de todo tipo, ocupan así un lugar fundamental en el orden socio-económico. Pero en lugar de afiliarse con otros grupos de la «clase media», estos trabajadores constituyen una nueva vanguardia de la clase obrera —no porque estén «proletarizados», en el sentido convencional del término, en relación con la renta y los beneficios económicos; sino porque experimentan, de una forma aguda, una «contradicción» entre su necesidad de un control autónomo sobre su trabajo (la producción de conocimiento) y las exigencias burocráticas de la organización a la que se ven sujetos. Touraine expresa así esta noción:

No pensamos aquí en los nuevos «proletarios», en los trabajadores de cuello blanco que deben llevar a cabo tareas tan repetitivas, monótonas y coactivas como las de los trabajadores en la cadena de montaje, sino más bien en categorías relativamente superiores: trabajadores técnicos, diseñadores, empleados de cuello blanco de alto nivel, ayudantes técnicos, que no toman parte en el juego burocrático pero que están más directamente expuestos a sus consecuencias que los trabajadores de tipo tradicional...<sup>32</sup>

El proceso necesariamente autónomo de la creación de conocimientos técnicos («universalmente válidos») choca con la subordinación de dichos conocimientos a los objetivos económicos de la empresa productiva<sup>33</sup>

<sup>32</sup> Alain Touraine, *La société post-industrielle* (Paris, 1969), pp. 82-3.

<sup>33</sup> Serge Mallet, *La nouvelle classe ouvrière* (Paris, 1963); Pierre Belleville, *Une nouvelle classe ouvrière* (Paris, 1963). Ver asimismo Mallet, «La nouvelle classe ouvrière en France», en *Les classes sociales dans le monde d'aujourd'hui*, op. cit.

Cualesquiera que sean sus deficiencias, la teoría parece ajustarse a la tendencia contemporánea del sector de cuello blanco en las sociedades capitalistas, que hasta cierto punto se ha orientado hacia un crecimiento específico de las ocupaciones técnicamente especializadas. Sin embargo, es susceptible de un cierto número de objeciones. En primer lugar, una de las premisas sobre las que descansa, la suposición de que en el neocapitalismo el conocimiento ha reemplazado a la tecnología como principal fuerza productiva, es en extremo discutible —una cuestión que se examina por extenso más adelante (páginas 309-10). Aun en el caso de que esta premisa fuera aceptable en la forma en que está formulada, existirían ciertas razones para poner en duda las pretensiones globales de la teoría, porque tiende a exagerar considerablemente el grado en el que los trabajadores «científicos y técnicos» han penetrado incluso en aquellas industrias que emplean una técnica altamente desarrollada<sup>34</sup>. Más grave, sin embargo, es la ambigüedad, la ausencia de una definición del sentido en que la «nueva clase obrera» es una «clase». En algunas ocasiones, el término se emplea en un sentido semejante a la noción de Garaudy de nuevo «bloque histórico» para referirse a una integración del grueso de la clase obrera (manual) con los «productores de conocimiento»; en otras, para designar una mezcla de estos últimos con aquellos segmentos de la clase obrera que, a causa de la automatización de sus tareas, se convierten en «controladores» de las máquinas más que en «operadores» sujetos a los dictados de la máquina; y en otras, finalmente, para describir exclusivamente a los nuevos expertos técnicamente calificados. Pero en ninguno de estos casos está claro a qué lógica obedece la definición de este grupo como una «clase» —y, al igual que la mayor parte de los enfoques anteriores de la teoría de las clases, tiende a fundir los dos aspectos de la división del trabajo que he distinguido: el conocimiento científico como base de la capacidad de mercado y como base de la posición en un sistema de las relaciones paratécnicas.

Por último, debe señalarse que la teoría no concuerda con la realidad, si se la presenta como una interpretación genérica de la ascensión de una nueva forma proto-revolucionaria en la sociedad neo-capitalista. En los Estados Unidos, que ostentan la mayor proporción de trabajadores que podrían ser comprendidos en la «nueva clase obrera», no hay indicio alguno de las potencialidades revolucionarias previstas por los autores de la teoría. No es accidental, por cierto, que la doc-

<sup>34</sup> Cf. Stanley Aronowitz, «Does the United States have a new working class?», en George Fisher, *The Revival of American Socialism* (Nueva York, 1971), p. 203.

trina de la «nueva clase obrera» haya sido desarrollada fundamentalmente por autores franceses: porque, en cierto sentido, se puede decir que el «bloque histórico» fue visto en acción durante los sucesos de Mayo de 1968. Pero las razones para esto pueden radicar no tanto en los factores especificados en la teoría, y generalizados al neo-capitalismo en su totalidad, como en otras características de la estructura de la sociedad francesa que, dada la larga tradición de afiliación de los trabajadores de cuello blanco y los de cuello azul al movimiento sindical, pueden explicar la incidencia tanto del radicalismo de la clase obrera como del de la clase media en ese país. Como trataré de demostrar en el próximo capítulo, la explicación ha de buscarse precisamente aquí.

## CAPITULO 11

### LA CLASE OBRERA EN LA SOCIEDAD CAPITALISTA

He indicado ya que hay razones para considerar con alguna reserva la presunción convencional de que todas las sociedades capitalistas pueden, en un futuro próximo, seguir el camino recorrido por los Estados Unidos, experimentando un crecimiento del sector de cuello blanco de tal magnitud que iguale o sobrepase la proporción de trabajadores manuales en el conjunto de la fuerza de trabajo. Sea lo que fuere, es importante rechazar la tendencia, hoy en día bastante fuerte en la literatura no marxista sobre las clases, a considerar que la «sociedad de clase media» es una realidad en los países capitalistas. Si entendemos por esta frase el predominio estadístico de los trabajadores de cuello blanco sobre los trabajadores de cuello azul, entonces esto es a todas luces falso. Prácticamente todas las sociedades capitalistas son «sociedades de clase obrera», con una gran mayoría de fuerza de trabajo no agrícola ocupada en puestos de trabajo manuales. Merece la pena insistir en que la producción industrial sigue siendo en muchos aspectos el sector clave de la economía, y representa una gran proporción de trabajadores manuales en todas partes. Más aún, en contra de lo que frecuentemente se supone el declive relativo del trabajo manual no es en la mayoría de los países la consecuencia de ningún tipo de disminución significativa en el volumen del sector industrial. Así en Inglaterra, en 1881, el 50 por 100 de la población activa trabaja en la manufactura; en 1951 la cifra era

de un 49 por 100, con sólo pequeñas fluctuaciones intermedias<sup>1</sup>. En términos estadísticos, el crecimiento en los servicios se ve compensado por una merma proporcional de trabajadores en la agricultura. Pero también es importante no olvidar el peso que sigue teniendo la agricultura, cuando menos en un considerable número de sociedades capitalistas. Aunque en países como Inglaterra o los Estados Unidos el sector agrícola es pequeño, y en cualquier caso altamente mecanizado, esto no ocurre, por ejemplo, en Francia o en Italia. Como en otros aspectos, no se puede contemplar estas diferencias como sintomáticas de «atrasos» en el desarrollo económico sin considerar sus consecuencias sobre otros aspectos (firmemente establecidos) de la estructura social de las sociedades en cuestión.

### 1. La estructuración de la clase obrera

En el capítulo precedente, nos hemos ocupado de los factores que influyen en la estructuración mediata de la clase obrera. Bastará con recalcar aquí que la división entre trabajadores manuales y no manuales en términos de movilidad inter e intrageneracional, continúa siendo, gracias a la acción de la «zona amortiguadora», una fuente principal de estructuración de clases en el neo-capitalismo. Es evidente, sin embargo, que esto no funciona de una forma indiferenciada; en general, por ejemplo, las oportunidades de movilidad intergeneracional ascendente de la clase obrera se concentran ante todo en la categoría de los trabajadores manuales cualificados.

A lo largo del desarrollo histórico de la clase obrera, al menos en las sociedades occidentales, la influencia de la segregación vecinal y regional ha sido fundamental para la estructuración y la conciencia de clase. Dicha segregación ha adoptado varias formas. Así, todas las sociedades avanzadas presentan diferencias regionales en la distribución de trabajadores en ocupaciones manuales, especialmente en el sector industrial. En Inglaterra, por ejemplo, se puede trazar una línea a través del centro del país que marca una especie de división de clases, con una fuerte implantación de la clase obrera en el centro y en el Norte y una proporción superior a lo normal de la clase media alta en el Sur, especialmente en Londres y el Sureste. Pero han existido también, históricamente, divisiones importantes entre las comunidades. No sin cierta razón el arquetipo de «trabajador proletario»<sup>2</sup>, miembro de una «cultura de la clase obrera» claramente

<sup>1</sup> George Sayers Bain, *op. cit.*, pp. 15 ss.

<sup>2</sup> David Lockwood, «Sources of variation in working class images of society», *Sociological Review* 14, 1966

diferenciada y con una fuerte conciencia de clase, ha sido asociado con industrias tales como la minería que agrupan a los trabajadores en pueblos o ciudades aisladas. También son importantes, por supuesto, los distintos tipos de relaciones paratécnicas que suelen caracterizar el trabajo manual en dichas comunidades, que a menudo implican una fuerte vinculación a pequeños grupos de trabajo en un «entorno técnico» bastante homogéneo. Hasta qué punto las comunidades de «trabajadores proletarios» han llegado a constituir algo más que una proporción relativamente pequeña del conjunto de los trabajadores manuales no agrícolas, es una cuestión que sigue en el aire; probablemente son más características de aquellas sociedades (en particular la propia Inglaterra) que entraron en la Revolución Industrial en una fase temprana, cuando el proceso de industrialización era principalmente de carácter «no dirigido». Aunque no eran completamente desconocidas en los Estados Unidos, el desarrollo de esta forma de discriminación de clases que ha sido más bien rara, especialmente fuera de la costa Este — y por un conjunto de razones similares a las que explican el desarrollo relativamente débil de la clase alta en esa sociedad.

Es un error suponer que la formación de grandes zonas urbanas, a causa de su alto nivel de anonimato y de movilidad espacial, tiende necesariamente a diluir la claridad de la estructuración de la clase obrera. Para empezar, esta óptica en la medida en que implica un contraste implícito o explícito con el tipo de segregación de clase del «trabajador proletario», exagera la significación histórica de este último: la creación de la clase obrera, tal y como existe en las sociedades capitalistas, ha implicado en grado sustancial una migración directa desde las zonas rurales a las urbanas. A pesar de la importancia de las «fluctuaciones ecológicas» que producen movimientos cíclicos de auge y declive de los barrios urbanos, es posible en la mayor parte de las ciudades europeas, señalar zonas que durante generaciones han sido de una forma «estable» barrios de clase obrera. Las pautas que Wirth identifica como características de un «modo de vida urbano» monolítico son de hecho principalmente —aunque, de nuevo, en menor medida en los Estados Unidos— atributos de la clase media urbana. No obstante, los tipos de entorno en los que tiene lugar la estructuración inicial de la clase obrera en el curso del proceso de industrialización condicionan evidentemente la naturaleza de las «culturas de clase obrera» que surgen. La obra clásica de Duveau, *La vie ouvrière en France*, por ejemplo, identifica cuatro tipos de entorno obrero en la Francia del siglo XIX: 1) la gran ciudad, como París o Lyon, en la que las zonas obreras, aunque distintas

y claramente definidas, participaban en cierto modo en la vida cosmopolita más amplia de la ciudad. «En Lyon, como en París, el sentimiento de solidaridad que se crea por la ciudad domina al creado por el taller o la fábrica». 2) En centro urbano de tamaño mediano como Orléans, en el que la industria está dispersa en su localización y la producción está diversificada. El trabajador se asemeja en este caso al tipo «diferencial tradicional» postulado por Lockwood, en tanto que puede darse una conciencia de la identidad de clase, pero el entorno no proporciona las condiciones necesarias para que la conciencia de clase lleve a cabo su función mayéutica. Aquí «la ciudad interpreta sólo una melodía simple y no oímos el contrapunto sofisticado de París o de Lyon». 3) La «ciudad de la compañía» como Le Creusot, el entorno homogéneo y aislado del «trabajador proletario» en donde «la ciudad, sin ninguna personalidad propia, desaparece ante la fábrica». 4) La pequeña y aún predominante comunidad rural, donde el trabajador está ocupado en una producción artesanal para el mercado o en un trabajo de fábrica estacional —esta última situación crea frecuentemente un alto nivel de radicalismo socialista<sup>1</sup>.

Antes de pasar a un estudio más detallado de las influencias de las relaciones paratécnicas sobre la estructuración de la clase obrera, y más especialmente sobre la conciencia de clase, merece la pena en este momento considerar la relación entre la primitiva formación de la clase obrera y el concepto de «institucionalización del conflicto de clases», expuesto por Dahrendorf y otros. La teoría de la institucionalización del conflicto de clases considera los numerosos y con frecuencia violentos episodios de la historia laboral del siglo XIX<sup>4</sup> como punto de partida de su argumentación. La defensa de esta teoría por parte de Dahrendorf se desarrolla de la siguiente manera. Marx esperaba que, con el desarrollo del capitalismo, se produjera un crecimiento acumulativo de la protesta obrera, a medida que los levantamientos aislados y esporádicos del tipo observado en Gran Bretaña durante la primera parte del siglo XIX se transformaran en un enfrentamiento de clases generalizado a nivel nacional. Pero esto no ha sucedido así. La violencia del conflicto de clases ha cedido y ha sido sustituida por modos de arbitraje formalizados; aunque las huelgas son frecuentes, normalmente tienen lugar sin choques

<sup>1</sup> Georges Duveau, *La vie ouvrière en France sous le Second Empire* (París, 1946), pp. 226, 227 y 228.

<sup>4</sup> El más fructífero análisis de la experiencia británica se encuentra en E. P. Thompson, *The Making of the English Working Class* (Londres, 1963); una crítica de este trabajo aparece en R. Currie y R. M. Hartwell, «The making of the English working class?», *Economic History Review* 18, 1965.

violentos entre los grupos opuestos. El conflicto de interés ha sido reconocido y formalizado y, gracias a ello, contenido. Y, lo que es más importante, esto ha hecho posible la fragmentación del conflicto de clases en «conflictos industriales» y «conflictos políticos». El «conflicto industrial», escribe Dahrendorf, «ha sido separado de los antagonismos que dividen a la sociedad política; se ha logrado mantenerlo en un aislamiento relativo». El análisis de Lipset de la «lucha de clases democrática» en la sociedad capitalista constituye una especie de contrapartida natural de esta idea: la posibilidad de una confrontación de clases general que polarice la sociedad, está controlada por la formalización de los intereses opuestos en la competencia regulada de los «partidos de clase» en la política.

La tesis de Dahrendorf ha sido criticada duramente por suponer una desconexión demasiado estricta entre la industria y la política, y, ciertamente, algunas de sus afirmaciones sobre la cuestión parecen desorbitadas: por ejemplo, la proposición de que, en la sociedad «post-capitalista», la «pertenencia a una clase industrial no predefine la clase política a la que pertenece el individuo, ya que en las relaciones entre la industria y la sociedad política entran en juego factores determinantes y mecanismos de ubicación independientes»<sup>5</sup>. No deseo cuestionar, sin embargo, la validez esencial de la afirmación de que en las sociedades capitalistas contemporáneas existe un aislamiento básico del conflicto industrial y político, sino las deducciones que Dahrendorf extrae de este hecho. Aunque Marx *estaba* equivocado al esperar un desarrollo acumulativo del conflicto de clases manifiesto con la creciente maduración de la sociedad capitalista, se equivocaba por distintas razones de las que sugiere la teoría de la institucionalización del conflicto de clases expuesta por Dahrendorf. El punto de vista de este último autor se basa explícitamente en la noción de que, mientras que en el capitalismo decimonónico los conflictos económicos y políticos se «superponían», en el «postcapitalismo» se han separado. El conflicto de clases, en el sentido marxiano, se evita, o mejor dicho se mitigan sus efectos, gracias a esta disociación —y éste es uno de los principales cambios sociales que prepara la superación del «capitalismo» como tal. La opinión que deseo proponer es, al menos en un sentido importante, la antítesis de ésta. Es decir, la separación institucional de (las *manifestaciones* del) conflicto de clases en las esferas industrial y política, lejos de significar la superación del capitalismo, *es el modo normal de la estructuración del conflicto de clases en la sociedad capitalista*. Los aspectos políticos de la protesta obrera en el siglo XIX, como ha sugerido Bendix, re-

<sup>5</sup> Dahrendorf, *Class and Class Conflict*, pp. 277 y 271



presentan conflictos producidos sobre todo por la *falta de incorporación* de la clase obrera al marco institucional de la sociedad capitalista. Son, para utilizar un término de Smelser, «explosiones hostiles» cuyos orígenes deben explicarse sobre la base de factores (derivados de la «superposición» de la *contradicción* y del *conflicto* de clases) específicamente característicos de las primeras fases de la industrialización capitalista. La separación del conflicto industrial y político, una vez que la incorporación de la clase obrera ha recorrido un camino considerable, es meramente sintomática del carácter genérico de la sociedad capitalista, fundamentada en la separación de la economía y la política. Aunque influida por las formas específicas de estructuración de la clase obrera, la «conciencia del conflicto» es en cierto sentido inherente a las perspectivas del trabajador en la sociedad capitalista; la «conciencia revolucionaria» no lo es.

## 2. Los orígenes de la conciencia del conflicto

Las posibles conexiones entre las diferentes formas de relaciones paratécnicas y la conciencia de clase de la clase obrera, han dado lugar a numerosas controversias. No es mi intención comentarlas, salvo para insistir en que no podemos esperar encontrar una conexión absolutamente precisa e invariable entre las dos, como algunos estudiosos del tema parecen haber supuesto; la influencia de cualquier conjunto de relaciones paratécnicas está necesariamente condicionada por otros factores que afectan a la estructuración y la conciencia de clase. Evidentemente, sin embargo, existe una diferencia básica entre la connotación de la expresión «relaciones paratécnicas» cuando se aplica este término a la masa de la clase obrera en la sociedad capitalista y sus implicaciones respecto de la situación laboral del núcleo principal de la clase media: pues el trabajo de la primera está muy a menudo mecanizado, subordinado a las exigencias de la máquina, en tanto que el de la segunda no lo está —de aquí, por supuesto, la proliferación de estudios que intentan examinar la influencia de la técnica sobre la conducta y la actitud cognoscitiva del trabajador.

De hecho, en este aspecto el análisis de Marx acerca de los orígenes de la conciencia de clases entre la clase obrera, es aceptable —siempre que tengamos presente que este análisis no establece los orígenes de la conciencia «revolucionaria», sino los de la del «conflicto». Diversas investigaciones llevadas a cabo durante el siglo XX han demostrado que, cuando menos, dos de los aspectos de las relaciones paratécnicas que, según Marx, contribuyen al desarrollo de la con-

ciencia de clase *tienden*, de hecho, a ejercer esa influencia: a saber, la concentración de obreros en grandes instalaciones industriales y el sometimiento a formas rutinarias de actividad productiva. Existen dificultades, sin embargo, para valorar la bibliografía sobre estos problemas, debidas no sólo a la fragilidad teórica de la misma, sino además a las grandes diferencias en el significado que se atribuye al término «conciencia de clase». Así, la mayoría de las investigaciones que tratan del «tamaño de la fábrica» se han limitado a enunciar las relaciones entre el tamaño de la empresa y las actitudes políticas, consideradas estas últimas, generalmente, según se manifiestan en la conducta electoral. Lipset, por ejemplo, cita estudios realizados en Alemania y en los Estados Unidos que indican que «cuanto más grande es la instalación industrial... más de izquierdas son los obreros», dándose una relación aparentemente directa y progresiva; el mismo tipo de relación se ha observado en Gran Bretaña. Pero en Francia, la relación es, al parecer, curvilínea, elevándose en cada uno de los extremos de la escala, tanto en las instalaciones pequeñas como en las grandes. En Japón, no parece existir en modo alguno una conexión significativa entre el tamaño de la fábrica y lo que los autores de uno de estos estudios describen como «conciencia de clase en el sentido marxiano»<sup>6</sup>. Los dos últimos casos representan ejemplos específicos de divergencias más amplias en la estructuración y en la conciencia de clase que se examinarán más adelante.

Un gran número de investigaciones, especialmente desde la guerra, se han consagrado al estudio de las posibles influencias de las diferencias en los tipos de técnica productiva sobre las actitudes de los trabajadores. La bibliografía sobre el tema ha dado lugar a numerosas clasificaciones de las variantes técnicas. Así, Blauner, en su estudio sobre los trabajadores americanos, establece una tipología cuádruple: la industria «artesanal» de la que las artes gráficas son un ejemplo, donde hay un bajo nivel de mecanización<sup>7</sup> y pre-

<sup>6</sup> Seymour Martin Lipset, *Political Man* (Londres, 1969), p. 237; Eric A. Nordlinger, *The Working Class Tories* (Londres, 1967), pp. 205-9; Richard F. Hamilton, *Affluence and the French Worker in the Fourth Republic* (Princeton, 1967), pp. 205-28; Shin-ichi Takezawa, «The blue-collar worker in Japanese industry», en N. F. Dufty, *The Sociology of the Blue-Collar Worker* (Leiden, 1969), pp. 190-1; para una investigación general, Geoffrey K. Ingham, «Plant size: political attitudes and behaviour», *Sociological Review* 17, 1969.

<sup>7</sup> En realidad, alcanzar una definición satisfactoria del término, engañosamente simple, «mecanización», presenta ciertas dificultades. Según un intento reciente se trataría de: «cualquier cambio tecnológico que aumenta la producción por trabajador (u hombre-hora), esto es, todo cambio que recorta el trabajo necesario por unidad de producción» (A. J. Jalte y Joseph Froomkin, *Technology and Jobs*, Nueva York, 1968, p. 17).

domina el trabajo especializado; la industria «con tendencia a la mecanización», con un grado más alto de mecanización, donde el obrero simplemente «atiende» la máquina; las industrias que implican una técnica de «cadena de montaje» con un nivel muy desarrollado de fragmentación del trabajo y tareas altamente específicas y rutinarias; e industrias de «proceso continuo», como las químicas, que suponen una corriente de producción automáticamente controlada en la que el trabajo consiste solamente en vigilar y mantener la maquinaria<sup>4</sup>. Como Dahrendorf y muchos otros han señalado, Marx estaba equivocado al suponer que la tendencia del desarrollo capitalista se encaminaba hacia la eliminación del trabajador cualificado —aunque el carácter del trabajo especializado se ha modificado por cuanto que el «trabajador artesanal tradicional», que trabaja por cuenta propia o en un establecimiento productivo muy pequeño, está siendo desplazado crecientemente por la mano de obra cualificada vinculada a empresas de mayor entidad. Indudablemente la persistencia del trabajo especializado es una importante causa de diferenciación dentro del conjunto de la clase obrera. La capacidad de mercado del trabajador especializado es característicamente superior a la de los trabajadores de nivel de especialización más bajo, un factor que influye ampliamente en la formación de los sindicatos, estimula el conflicto en el interior de los mismos, y contribuye a mantener las divergencias entre los grupos distributivos dentro de la clase obrera (a causa, por ejemplo, de la mayor seguridad de empleo del trabajador cualificado, que redundaba en mayores facilidades a la hora de conseguir hipotecas sobre la vivienda y permite una pauta de «gratificación diferida»). Estas diferencias en la estructuración de clases están relacionadas, a su vez, con las diferencias observadas generalmente en la conciencia de clase: aun en las grandes fábricas, por ejemplo, los trabajadores especializados son normalmente menos conscientes de los conflictos que otros trabajadores. Esto indica dos tipos de precauciones que deben adoptarse al valorar la influencia de la técnica, con arreglo a la clasificación propuesta en el esquema de Blauner: en primer lugar, la valoración de los efectos de las diferencias en las técnicas industriales sobre la conducta y perspectivas de los trabajadores es probable que sea un tanto compleja, puesto que éstos nunca actúan «solos»; y en segundo lugar, mientras que la mayoría de las organizaciones industriales pueden clasificarse de una forma general según el tipo de técnica, no todas las tareas en la división del

<sup>4</sup> Robert Blauner, *Alienation and Freedom* (Chicago, 1964), p. 7.

trabajo dentro de la organización tendrán el mismo nivel de especialización<sup>9</sup>.

La mayor parte de los investigadores que han estudiado la relación entre la tecnología y las actitudes obreras, como el mismo Blauner, se han ocupado primordialmente del efecto de la técnica muy mecanizada y racionalizada sobre la «satisfacción en el empleo» antes que de la conciencia de clase como tal<sup>10</sup>. Prácticamente, todos los estudios sobre los obreros de cadena de montaje de automóviles, el grupo más corrientemente investigado, concluyen que, como consecuencia del ritmo de trabajo fijado y del carácter extremadamente repetitivo y aislado del trabajo, esos trabajadores manifiestan un alto grado de «alienación» de su trabajo —la palabra «alienación» se emplea, por supuesto, en un sentido que sólo toca de un modo superficial las connotaciones originales del término en Marx. Se sugiere a menudo, sin embargo, que el predominio de este tipo de técnica en la producción va unido a un acusado grado de conciencia de conflicto, como consecuencia de la uniformidad de especialización y salarios que crea. Pero la brecha entre la «alienación», según se la concibe en estas investigaciones, y alguna forma definida de conciencia del conflicto, es grande; además, algunos estudios recientes no han logrado descubrir ninguna relación directa entre los tipos de técnica y la «satisfacción en el empleo» manifestada<sup>11</sup>. Un defecto de muchos de los estudios sobre el tema, particularmente característico de las investigaciones relativamente tempranas, consiste en no distinguir adecuadamente la influencia de las relaciones de autoridad. En contextos industriales tales como el de la cadena de montaje, el trabajo del obrero tiende a estar, en apariencia, controlado «por la máquina». Pero el modo de funcionamiento de cualquier tipo de técnica productiva siempre implica alguna forma de directriz humana, tal como la supuesta necesidad de aumentar la productividad, que no es fijada por el propio trabajador. Las pocas observaciones que se han hecho en circunstancias donde es posible disociar, hasta cierto punto, las relaciones paratécnicas del carácter del sistema de autori-

<sup>9</sup> Cf. Joan Woodward, *Industrial Organisation: Theory and Practice* (Londres, 1965).

<sup>10</sup> Ver, sin embargo, John H. Goldthorpe, «Attitudes and behaviour of car assembly workers: a deviant case and a theoretical critique», *British Journal of Sociology* 17, 1966.

<sup>11</sup> Cf., por ejemplo, Arthur N. Turner y Paul R. Lawrence, *Industrial Jobs and the Worker* (Boston, 1965). La noción de «satisfacción» en el empleo plantea dificultades evidentes, puesto que lo que constituye la «satisfacción» o su opuesto, está claramente sujeto a la relatividad de las expectativas.

dad, indican la significación parcialmente independiente de este último.

Según el análisis de Marx, la combinación de las influencias de la industria en gran escala y de la mecanización propicia el desarrollo de las asociaciones sindicales y éstas constituyen realmente el principal foco de agudización y acentuación de la conciencia de clase. Marx no ofreció ningún examen sistemático de las fuentes de la sindicación entre la clase obrera, pero se puede afirmar que en la sociedad capitalista hay dos posibles orígenes: 1) los sindicatos pueden representar un intento de compensar, en la medida de lo posible, el desequilibrio en el poder de mercado en las negociaciones entre trabajador y patrón; 2) los sindicatos pueden representar un intento de compensar, en la medida de lo posible, la posición de control subordinada del trabajador en la empresa en relación con la realización de su tarea en la división del trabajo. Cuando los conflictos entre obreros y patronos se orientan hacia el primer tipo de objetivo, se refieren a una lucha sobre *la modificación de la capacidad del mercado para asegurar las compensaciones económicas escasas*. Cuando se orientan hacia el segundo, se refieren a una lucha por *la mediación del control dentro de la empresa*. Calificaré al primero de estos casos de orientación hacia el «economicismo» y al segundo, de orientación hacia «el control». Las luchas por el control son luchas «políticas» —utilizando este término en sentido lato— puesto que necesariamente suponen intentos por parte de las asociaciones de la clase obrera de ganar influencia, o en un contexto más radical de hacerse con el control total, sobre el «gobierno» de la industria. Si la idea de Marx de que los conflictos sindicales tienden directamente a producir conflictos políticos (en el sentido más específico del término) no ha estado en consonancia con la realidad general de las sociedades capitalistas, debemos preguntarnos qué mecanismos intervienen normalmente *para mantener la mayor parte de los conflictos industriales dentro de los límites del economicismo*. Porque, dado el desarrollo de las técnicas formalizadas de la negociación colectiva en la industria —esto es, dado el reconocimiento de las esferas políticas y económicas como áreas separadas de los encuentros de negociación en los que la clase obrera desempeña un papel reconocido— todavía tenemos que preguntarnos qué factores explican el mantenimiento de este «encapsulamiento» parcial del conflicto. En otras palabras, cualquier tipo de extensión importante del conflicto industrial hacia el área del control plantea una amenaza a la separación institucional entre conflicto económico y conflicto político, que constituye una

de las bases fundamentales del Estado capitalista —puesto que sirve para poner de manifiesto las conexiones entre el poder político en la esfera política como tal y la más amplia subordinación «política» de la clase obrera dentro del orden económico.

Merece la pena recalcar que los choques «económicos» entre el empresariado y los sindicatos admiten en principio la conciliación, en tanto que las luchas por el control no. Así, si en un momento dado sólo hay una cantidad fija en el «pastel» de la renta a repartir entre salarios y beneficios, a lo largo de un extenso período de tiempo el tamaño del «pastel» puede aumentar, posibilitando, por lo tanto, incrementos salariales por acuerdos de productividad, etc. A largo plazo, un proceso tal solamente puede funcionar —sin tender a transformarse en enfrentamientos por el control— si existe un aumento continuo de los ingresos reales; pero esto es exactamente lo que han conseguido las economías capitalistas en el siglo xx. Este tipo de solución no es posible por lo que se refiere al control. Debe admitirse, sin embargo, que, en todos los contextos industriales —aun en las cadenas de montaje— los trabajadores mantienen un cierto grado de control, generalmente organizado de manera informal, sobre su medio ambiente y su trabajo. En tanto la acción sindical se oriente hacia la explicitación y el reconocimiento de este control informal, es improbable que llegue a comprometer los intereses de la dirección empresarial. En realidad, no hace sino conformarse a ellos al clarificar la realidad de la situación. La acción para mantener el «control defensivo» es muy distinta de la orientada a problemas de control que suponen la posibilidad de alterar las jerarquías de autoridad existentes en la empresa. Podemos, pues, estar de acuerdo con Mann en que «lo que llamamos *la institucionalización del conflicto industrial* no es ni más ni menos que limitación del conflicto al economicismo agresivo y al control defensivo»<sup>12</sup>. Sería de esperar que un alto grado de «economicismo agresivo» caracterice la sindicación de aquellos sectores industriales en los que existe un notable nivel de conciencia del conflicto acompañado de un desarrollo sindical que refleja al tiempo que promueve dicha conciencia; y, en general, así sucede. Los bien conocidos estudios de Kerr y Siegel indican que las comunidades de «trabajadores proletarios» poseen con mucho los índices de huelgas más altos, medidos por hombre-hora de trabajo perdidas; pero la tendencia a la huelga es también bastante

<sup>12</sup> Michael Mann, *Consciousness and Action Among the Western Working Class* (Londres, 1973), p. 21. El análisis que se expone a continuación en este capítulo tiene, en ciertos puntos, una deuda considerable con esta obra, y con conversaciones mantenidas con Michael Mann.

alta en las industrias que combinan instalaciones industriales en gran escala con un nivel desarrollado de mecanización. Los porcentajes de huelga son bajos, por el contrario, en las industrias donde existe un alto grado de especialización media, donde la división del trabajo en la empresa está diversificada, y donde existen muchas compañías pequeñas físicamente dispersas en una gran comunidad urbana<sup>13</sup>.

### 3. Sindicación y economicismo

Según el punto de vista que he expuesto en este capítulo y, de forma más general, en este libro, no hay dificultad en admitir las diferencias evidentes entre el movimiento obrero americano y el característico de las sociedades de Europa occidental. La evolución del movimiento obrero en los Estados Unidos ha planteado, desde luego, algo así como un problema irresoluble a la teoría marxista ortodoxa y, de un modo más general, a todos los enfoques que aceptan la idea de que la madurez del capitalismo —aparentemente desarrollado en su forma «más pura» en esta sociedad— conduce a una intensificación de la conciencia de clase revolucionaria<sup>14</sup>. El punto de vista que sugiero implicaría dos generalizaciones globales: 1) Que la orientación del movimiento obrero tiende a ser «socialista» cuando se forma en una sociedad en la que existen elementos «post-feudales» medianamente importantes y se verá integrado estrechamente en un movimiento político en la medida en que se dé una oposición a la incorporación activa de la clase trabajadora al «estado ciudadano»<sup>15</sup>. 2) Que la orientación del movimiento obrero tiende a ser «socialista-revolucionario» cuando se dan cada una de estas condiciones, pero los elementos «post-feudales» ofrecen una intensa resistencia al naciente industrialismo capitalista. La significación del término «resis-

<sup>13</sup> Clark Kerr y Abraham Siegel, «The interindustry propensity to strike—an international comparison», en Arthur Kornhauser *et al.*, *Industrial Conflict* (Nueva York, 1954).

<sup>14</sup> Cf. Werner Sombart, *Warum gibt es in den Vereinigten Staaten keinen Sozialismus?* (Tubinga, 1906), un planteamiento clásico del problema. Para análisis históricos más recientes, James Weinstein, *The Decline of Socialism in America, 1912-25* (Nueva York, 1967); John H. M. Laslett, *Labor and the Left* (Nueva York, 1970).

<sup>15</sup> Es importante subrayar la expresión «incorporación activa», porque aunque en algunos países los derechos políticos de masas fueron introducidos relativamente pronto, a menudo esto no fue más que un engaño. El teorema enunciado aquí se aplica especialmente a los primeros dirigentes socialistas. Como señaló Kautsky, el socialismo «era algo introducido en la lucha de clases del proletariado desde fuera, esto es, por intelectuales de la clase media» —tales individuos se encontraban muy a menudo visiblemente «atrapados» entre el progreso capitalista y la reacción de los terratenientes «semifeudales».

tencia» en esta proposición habrá de aclararse más adelante; y el empleo del término «socialista» plantea evidentemente muchas cuestiones. En la primera categoría mencionada más arriba, sin embargo, quiero incluir sociedades tales como Inglaterra, donde el movimiento obrero ha estado vinculado a formas de ideología socialista que son principalmente de carácter reformista, que no poseen unos ideales formulados claramente de destrucción revolucionaria del capitalismo. En la segunda categoría, los casos más destacados son los de Francia (en torno al cual girará mi exposición) e Italia, donde el movimiento obrero ha mantenido un fuerte nivel de compromiso con esos ideales —lo que, en la práctica, significa fundamentalmente un compromiso con el propio marxismo como guía ideológica.

El abismo entre la teoría del movimiento obrero de Perlman y la opinión expuesta por Marx unos sesenta años antes, expresa en cierto modo las diferencias entre el carácter de la sindicación de cuello azul en los Estados Unidos y la de los países de Europa. En lugar de vincular la sindicación con la conciencia de la comunidad de posiciones frente a los medios de producción y, por tanto, con la estructura de clases (en el sentido marxiano), Perlman explica el nacimiento del movimiento obrero americano en términos de un intento economicista por parte de los trabajadores de mejorar su capacidad de mercado a través de la introducción de un control sobre la oferta de trabajo —un proceso que fue inicialmente comenzado por los sindicatos de oficio<sup>16</sup>. Ciertamente está claro que el movimiento obrero en los Estados Unidos ha estado casi completamente limitado al desarrollo sindical, desconectado de los objetivos políticos socialistas o de las experiencias cooperativistas; no se ha producido realmente una «reducción» del conflicto industrial al economicismo, porque éste ha sido la característica predominante del movimiento obrero desde el siglo XIX en adelante.

En vez de ofrecer un análisis extenso de las divergencias entre el movimiento obrero americano y el de los países europeos, me centraré en esta sección sobre la segunda cuestión mencionada anteriormente: el problema de los orígenes de la continuidad de las posturas «socialista-revolucionarias» en las organizaciones laborales que representan los intereses de la clase obrera. Porque si bien el movimiento obrero en los Estados Unidos no comparte la afiliación a los partidos políticos socialistas que caracterizan a las sociedades

<sup>16</sup> Selig Perlman, *A Theory of the Labor Movement* (Nueva York, 1928). Para un intento más reciente de llevar a cabo un análisis claramente comparativo, véase Everett M. Kassalow, *Trade Unions and Industrial Relations: an International Comparison* (Nueva York, 1969).



européas, tiene más en común con algunas de ellas, como Gran Bretaña, que con aquellas en las que el movimiento obrero ha sido fuertemente penetrado por las ideas revolucionarias, como Francia e Italia. Pero también merece la pena comparar los modelos europeos en su conjunto con el desarrollo del movimiento obrero japonés.

Quizás la más sorprendente característica del movimiento obrero francés es la persistencia de la ideología revolucionaria a través de largos períodos de cambio social y económico —tanto en la sociedad misma como en la organización de los sindicatos más específicamente. Mientras que, por ejemplo, el ritmo del desarrollo económico a principios de siglo era lento, comparado con el de Gran Bretaña o Alemania, períodos posteriores en los que la prosperidad aumentó de un modo relativamente brusco no han disminuido significativamente su predominio; aunque han desaparecido las antiguas influencias anarco-sindicalistas, han sido reemplazadas por el comunismo, dominante en la C.G.T. Es fácilmente comprobable, por recientes investigaciones que demuestran la existencia continuada de una conciencia revolucionaria entre la clase obrera, que la «ideología oficial» de la C.G.T. no está divorciada de las actitudes de una proporción sustancial de trabajadores. Así, la investigación de Hamilton muestra que, según las palabras del autor, «existe un nivel muy alto de sentido de la injusticia entre los afiliados de la C.G.T. y un nivel extremadamente elevado de sentimiento revolucionario»<sup>17</sup>. Pero entre los trabajadores pertenecientes a otros sindicatos, incluso aquellos que manifiestan un anticomunismo bastante fuerte y activo, cabe encontrar una minoría considerable que expresa posiciones similares. Además, los trabajadores que no son miembros de ningún sindicato también muestran, según el estudio de Hamilton, un elevado desarrollo de la conciencia revolucionaria, aun en fábricas cuyo índice de sindicación es absolutamente nulo. Estos hallazgos contrastan marcadamente con los estudios sobre los trabajadores de la gran mayoría de países europeos y de los Estados Unidos. Así, cuando se aplica la analogía del «juego de equipo» y se pregunta a los trabajadores si ellos y sus patronos están o no «en el mismo lado», una mayoría de los trabajadores británicos, en diferentes tipos de contextos industriales, están de acuerdo, en que sí lo están, mientras que grupos comparables de trabajadores franceses opinan que se encuentran en lados opuestos<sup>18</sup>.

<sup>17</sup> Hamilton, *Affluence and the French Worker in the Fourth Republic*, páginas 229-30. Véase asimismo Touraine, *La conscience ouvrière*, pp. 150-84 y 277-301.

<sup>18</sup> Cf., por ejemplo, Dorothy Wedderburn y Rosemary Crompton, *Workers Attitudes and Technology* (Cambridge, 1972), p. 43; y Odile Benoit, «Stratut dans l'entreprise et attitudes syndicales des ouvriers». *Sociologie du travail* 4

Las respuestas de los obreros franceses a sondeos acerca del carácter de la sociedad que, según sus previsiones o esperanzas, ha de sustituir al capitalismo, evidencian que sus actitudes se «nutren» considerablemente del sindicalismo de orientación comunista. En su mayor parte, estas respuestas tienden a identificar los objetivos del socialismo revolucionario con el establecimiento de un Estado obrero según el modelo de la URSS, reflejando así el carácter fuertemente pro-soviético de la C.G.T. y el P.C.F. Pero el hecho importante es que la conciencia de una «sociedad alternativa revolucionaria» está estrechamente unida a la percepción de la privación del trabajo —fenómeno que aporta los principios de explicación de la ausencia relativa de una tendencia economicista en el sindicalismo francés, por comparación con la aparente «desradicalización» sufrida por el movimiento obrero de otros países europeos desde comienzos de siglo. Esto nos remite a los estudios sobre la «satisfacción en el empleo» mencionados en la sección precedente de este capítulo, y, más en concreto, a la conexión entre la satisfacción en el empleo y el sindicalismo. Los estudios de este fenómeno en Gran Bretaña y los Estados Unidos indican que existe una correlación directa entre la participación sindical y el nivel de satisfacción en el empleo manifestado: en contextos industriales semejantes, los trabajadores que son sindicalistas militantes están más «satisfechos» que los meros afiliados o los que no están sindicados. Esta situación, que aparentemente contradice el punto de vista de Marx, aunque no la noción de «conciencia trade-unionista» de Lenin, se invierte entre los trabajadores afiliados a la CGT en Francia, donde la militancia sindical expresa los niveles más altos de insatisfacción en el empleo. Estos obreros, comparados con los afiliados a los sindicatos reformistas en Francia, consideran asimismo que las empresas en las que trabajan tienen pocas posibilidades para ofrecerles incrementos en la retribución económica, incluso cuando se trata de empresas que son en realidad prósperas<sup>19</sup>. Así pues, se puede sugerir que existe una importante influencia *reciproca* entre el radicalismo de la dirección obrera y la persistencia de la conciencia revolucionaria entre la clase obrera. La tendencia al economicismo que ha caracterizado al movimiento obrero en la mayoría de los países europeos no se explica solamente en función del aburguesamiento de una «aristocracia obrera» o en función de la tendencia de los dirigentes obreros a renegar de los ideales revolucionarios de

1962. Debería señalarse, no obstante, que esta analogía no constituye en sí misma una base adecuada para distinguir la conciencia del conflicto de la conciencia revolucionaria.

<sup>19</sup> Hamilton, *op. cit.*, pp. 220-5.

las masas por motivos de engrandecimiento personal<sup>20</sup>. La cuestión, más bien, es que existe un vínculo contingente entre una orientación hacia el control y una orientación hacia el mejoramiento de la capacidad de mercado, un vínculo aportado por el *contenido político manifiesto* de los primeros movimientos obreros de protesta. La «diseminación» de los aspectos políticos del conflicto y la ruptura de este vínculo dependen del éxito con que el Estado capitalista logre consumar la separación institucional de la economía y la política, gracias a la incorporación de la clase obrera a un sistema de «derechos ciudadanos» desarrollado.

Un factor que influye claramente en este proceso es probablemente el grado en que la orientación política del movimiento obrero posee inicialmente un carácter fuertemente revolucionario. Pero en el caso de Francia debemos tratar de explicar qué es lo que crea y *perpetúa* en ese país la relación entre una orientación revolucionaria hacia el control y el radicalismo de los dirigentes obreros. El análisis precedente indica, sin embargo, *los mecanismos* que, desde el lado de la experiencia de la propia clase trabajadora, sirven para estabilizar la organización institucional del Estado capitalista en la mayor parte de las sociedades europeas y en los Estados Unidos. Puede sugerirse que la primacía de una orientación hacia el economismo se mantiene no porque la mayoría de los trabajadores estén «satisfechos» con su trabajo o porque, como ha sugerido Dubin, en las condiciones sociales modernas el trabajo pierde importancia como fuente (potencial) de realización, sino porque los trabajadores se muestran dispuestos a vender su experiencia laboral «alienante» a cambio de recompensas económicas. Es decir, desde el punto de vista de la experiencia laboral y de las actitudes hacia el trabajo —al menos, de los trabajadores insertos en aquellos contextos industriales que suelen estar asociados con un alto nivel de «alienación» de la tarea a realizar o con un elevado grado de conciencia de conflicto— la «integración» de la clase obrera se basa no tanto en una adopción normativa de los ideales y creencias generalmente aceptados por las clases media y alta como en una aceptación «pragmática» del orden industrial existente<sup>21</sup>. La importancia de esto es evidente. Ello no implica que la ausencia de lo que se define como «retribuciones» favorables aporta, por sí misma, las condiciones para un resurgimien-

<sup>20</sup> Cf. J. A. Banks, *Marxist Sociology in Action* (Londres, 1970), pp. 87-138, sobre la dirección sindical en las industrias de la minería, el hierro y el acero en Gran Bretaña.

<sup>21</sup> Un análisis más detallado aparece en Michael Mann, «The social cohesion of liberal democracy», *American Sociological Review* 35, 1970.

to en grandes proporciones de la conciencia revolucionaria en los países donde ésta, en gran medida, no existe hoy en día —el análisis teórico de la conciencia de clase que he desarrollado indicaría que esto no sucede así. Pero entraña que el mantenimiento de los niveles de «integración» que han caracterizado las últimas décadas, según muestran, por ejemplo, los índices de huelgas, depende muy considerablemente de la capacidad de las sociedades capitalistas para mantener los niveles crecientes de ingresos reales que se han alcanzado en el pasado, *sin introducir medidas cuyo resultado sea orientar de nuevo al movimiento obrero hacia problemas de control*. Pero es discutible (véase el capítulo 16) que el surgimiento del neo-capitalismo vaya a impulsar el curso de los acontecimientos precisamente en esa dirección.

Esto deja todavía sin resolver, sin embargo, la determinación de los factores que explican las diferencias que separan a Francia de muchos otros países europeos \*. Pueden encontrarse dos interpretaciones de estas diferencias en la bibliografía existente. Una es la expuesta por teóricos actuales de la «sociedad industrial», particularmente asociada a la noción de «crepúsculo de las ideologías», y que puede denominarse teoría del desarrollo retardado; la otra, propuesta por algunos escritores marxistas actuales, es una teoría del desarrollo *desigual*. Aunque ambas muestran ciertas semejanzas, no son idénticas. La primera sostiene que cuando las tendencias revolucionarias continúan dándose entre la clase trabajadora ello se debe a que la sociedad en cuestión, por la razón que sea, no está todavía «plenamente industrializada» —es decir, que como Francia (e Italia) todavía conserva un sector agrícola de cierto peso. Dado que, continúa el argumento, la clase obrera tiende a ser revolucionaria solamente en las primeras etapas del desarrollo industrial capitalista, la supervivencia de ~~ideales~~ *ideales* revolucionarios en las sociedades contemporáneas no puede ser sino una anomalía temporal, un residuo del pasado que pronto habrá de ser barrido. Pero aunque esta visión puede tener una plausibilidad superficial, especialmente con respecto al caso italiano, no es esclarecedora. En la actualidad, Francia difícilmente puede considerarse un país «atrasado», utilizando cualquiera de los índices

\* Tal vez es necesario subrayar que ni en este capítulo ni en otras partes del libro se contempla la posibilidad de la revolución como tal, en Francia o en ningún otro lugar. Esta es, por supuesto, una cuestión que depende no sólo de aquellas fuerzas que pueden constituir (o que se consideran a sí mismas) una amenaza para el orden existente, sino también del alineamiento de grupos dentro de este orden y de las reacciones de las autoridades ante cualquier intento concreto de derrocarlo. El papel del P.C.F. en los acontecimientos de mayo de 1968 es ilustrativo al respecto.

convencionales de desarrollo económico; además, las diferencias en infraestructura que distinguen hoy a Francia de, digamos, Gran Bretaña han existido desde hace mucho tiempo; y, finalmente, la teoría no puede ofrecer explicación de por qué tuvieron que darse, *históricamente*, diferencias en el carácter y el nivel del sentimiento revolucionario entre las clases obreras francesa y británica. La concepción del «desarrollo desigual» es muy sofisticada, y se ajusta más a las realidades de la pasada historia de la sociedad francesa. Según este punto de vista, que Althusser ha generalizado a un nivel muy abstracto, el impulso hacia el cambio revolucionario en una sociedad determinada se produce por una «convergencia de contradicciones». En Francia, las contradicciones inherentes a la sociedad capitalista convergen con otras, tales como la coexistencia de un sector industrial medianamente desarrollado con un gran sector agrícola organizado de una manera relativamente primitiva.

Es indiscutible que la teoría del desarrollo desigual contiene un elemento considerable de validez, y al objeto de proseguir nuestro examen de la misma debemos volver sobre lo que, según he mantenido anteriormente, constituye el determinante primordial de la conciencia de clase revolucionaria: no el conflicto de clases en sí, sino el conflicto de clases que tiene lugar en el contexto de la «contradicción» tal y como la he definido. Con arreglo a esta interpretación, la creación de la conciencia revolucionaria se maximaliza notablemente en el momento de la transición desde la producción agrícola en pequeña escala a la producción industrial: es decir, en las etapas iniciales de la industrialización. Pero, en primer lugar, esto no siempre sucede y, en segundo lugar, en la mayoría de los casos el contexto revolucionario de la conciencia de la clase obrera eventualmente se desvanece. Así una teoría simplista de la conciencia revolucionaria, que considere ésta como el resultado inevitable de la migración de los trabajadores rurales hacia los centros industriales, es evidentemente insuficiente. ¿Qué es lo que determina el desarrollo de una conciencia de clase revolucionaria por parte de los trabajadores «migratorios»? Hay que distinguir por fuerza dos posibles conjuntos pertinentes de influencias: el carácter del contexto pre-industrial del cual proceden los trabajadores y la naturaleza del medio industrial al que se trasladan. Donde éstos «engranan» estrechamente, probablemente no se dará ninguna tendencia a la conciencia revolucionaria, ni siquiera a la conciencia de conflicto. Así, como Weber señaló en su estudio sobre los trabajadores agrícolas en la Alemania del siglo XIX, algunos emigrantes del campo (aunque una minoría) lograron adaptarse con bastante facilidad a su medio laboral, puesto que

se trasladaron de un contexto caracterizado por relaciones entre obreros y patronos de tipo patriarcal a otro en el que prevalecía el mismo tipo de organización, dentro de los establecimientos industriales en pequeña escala. Pero, como muestra el trabajo de Duveau, donde las condiciones rurales de trabajo están asociadas a un alto nivel de resentimiento difuso éste suele transformarse en sentimientos revolucionarios si el trabajador se desplaza a un contexto industrial. Esto, de hecho, parece haber sido una fuente importante de radicalismo en la Francia de finales del siglo XIX —una causa de adhesión, como sería de esperar, tanto al anarco-sindicalismo como al socialismo revolucionario. Ese fue precisamente el caso de los trabajadores temporeros, campesinos durante medio año y obreros industriales durante la otra mitad. Del trabajador temporero, Duveau señala: «de la misma forma que aparece en dos marcos materiales distintos, sus sentimientos muestran dos caras diferentes. Algunas veces parece piadoso y reservado, mostrando un gran respeto por todas las jerarquías sociales, mientras que otras expresa opiniones radicales y se declara partidario de la república "roja"»<sup>22</sup>. El tipo de conflicto experimentado por el trabajador temporero sobre una base cíclica —maximalizado cuando está implicado en la fábrica mecanizada en gran escala— es el que, cuando se da una migración más permanente, tiende a conducir a una resolución de esta actitud «esquizofrénica» en favor del radicalismo.

La investigación de Hamilton indica que el radicalismo rural continúa ejerciendo una influencia importante en la Francia contemporánea, y podemos aceptar la conclusión de éste y otros autores de que se trata de un fenómeno de significación básica, no sólo en lo que concierne a los orígenes de la conciencia de clase revolucionaria francesa, sino también por lo que se refiere a su persistencia en los tiempos actuales. Esto todavía tiene que relacionarse, sin embargo, con el más amplio desarrollo socio-político de la sociedad francesa en los siglos XIX y XX, al objeto de explicar el desarrollo y la continuidad del socialismo revolucionario. La tesis que podría sugerirse aquí tal vez no aporte nada nuevo, pero posee una profunda importancia: que las ideas socialistas no han nacido originalmente gracias al crecimiento y madurez del capitalismo en sí, sino a causa del conflicto entre el capitalismo y el (post) feudalismo. Donde este choque asume un carácter revolucionario, lo cual puede deberse a la intransigencia política de la aristocracia como tal o a las barreras puramente económicas que encuentra el desarrollo capitalista, el socialismo tenderá también a ser revolucionario. El socialismo revolucionario (y el anarquismo),

<sup>22</sup> Duveau, *op. cit.*, p. 229; cf. también Hamilton, *op. cit.*, pp. 258 ss.

que tienen en parte sus raíces en el radicalismo rural, será una característica más o menos crónica de una sociedad que, como la francesa, manifiesta un desarrollo «desigual», puesto que semejante sociedad tiene una larga historia de confrontaciones sin resolver entre el capitalismo «progresista» y el agrarismo semi-feudal «retrógrado» en el marco de una única estructura nacional global. En este sentido, como se ha reseñado previamente, la revolución de 1789 creó divisiones sociales más profundas que las que eliminó: mientras que contribuyó al fortalecimiento de una clase alta urbana, abandonó los centros tradicionales de poder rural, local —una división que se resume de alguna manera, por supuesto, en el contraste entre París y las provincias. He dicho antes que la disminución del sentimiento revolucionario entre la clase trabajadora, en otros países, puede interpretarse en función de los efectos de su «incorporación política» sobre su interés por una orientación hacia el control de la industria. Estos efectos no se producirán, sin embargo, cuando el reconocimiento político de la clase obrera en el seno del Estado no va acompañado de su contrapartida esencial, el reconocimiento del legítimo poder de negociación de los trabajadores organizados dentro de la propia esfera industrial. Esta situación es la que se suele dar en una sociedad dividida entre una esfera política «revolucionaria» y progresista y una infraestructura crónicamente «en oposición», o donde los patronos tienden a oponerse a la sindicación en favor de un patriarcalismo «semi-feudal»<sup>23</sup>. Debería, sin embargo, insistir en este momento en que mi intención no es retroceder aquí al tipo de punto de vista que mantiene que estos fenómenos son meramente residuales —el simple resultado de un retraso en el desarrollo capitalista que pronto será superado. Antes bien, lo que trato de afirmar es que como principio general, aplicable al surgimiento del industrialismo capitalista en todo país, la forma de ruptura con la sociedad post-feudal crea un complejo institucional, dentro del cual se acomodan una serie de profundos cambios económicos, que después llega a convertirse en un sistema persistente, extremadamente resistente a toda modificación esencial. En otras palabras, las formas características del Estado, de los partidos políticos y del movimiento obrero, una vez establecidas, constituyen un orden institucional, cuyos elementos básicos, por decirlo así, se «congelan»

<sup>23</sup> Cf. el interesante estudio de Ehrmann sobre las patronales en Francia. Como destaca el autor, ha habido sólo unos pocos estudios acerca de las patronales, en comparación con la extensa bibliografía sobre el movimiento obrero, aunque las primeras tal vez ejerzan una importante influencia sobre el carácter de este último (Henry W. Ehrmann, *Organised Business in France*, Princeton, 1957).

durante el proceso de transición a la sociedad capitalista (de acuerdo con la definición que hemos dado a este último término).

El examen de la perspectiva que he propuesto en lo tocante a la orientación hacia el control y los compromisos políticos de los movimientos obreros puede proseguirse en relación con el sindicalismo japonés, aunque carecemos aquí de espacio para discutir el caso del movimiento obrero japonés en profundidad. La diferencia más sorprendente entre los sindicatos occidentales y los japoneses es la relativa falta de interés de los últimos por algo que no sea la situación del obrero en la empresa inmediata en la que trabaja. El sindicalismo de empresa no se forma ni a partir de la «conciencia de empleo» de los sindicatos de oficio [*craft unions*] americanos, ni a partir de la conciencia de conflicto alienante característica de muchos contextos industriales europeos, sino sobre una copia de la solidaridad *buraku*. Como en Alemania, pero de una forma aún más específica, la supervisión del proceso de industrialización por parte de un estado autoritario y paternalista hizo posible una transformación de la mano de obra agrícola en industrial que evitó algunos de los choques en los modos de experiencia y conducta que se produjeron en otras sociedades, un esquema que continúa en el desarrollo posterior a la guerra del sindicalismo de empresa<sup>24</sup>.

En tales circunstancias las posibilidades de poner en práctica una política economicista son claramente limitadas; y por otro lado, cualquier intento de vincular de una forma directa una orientación hacia los problemas del control con objetivos políticos más amplios está en gran medida condenado de antemano al fracaso. De ello se deduce, por tanto, que la probabilidad de que se dé una tensión fundamental en el movimiento obrero japonés en tanto existe a nivel nacional, es muy elevada. Pues ni es posible optar por una orientación socialdemócrata, estabilizando las demandas laborales en torno a objetivos económicos, ni sostener una orientación revolucionaria que lleve las luchas al terreno del control. De hecho, basta dar una ojeada a la historia del movimiento obrero en el Japón para darse cuenta de

<sup>24</sup> Cf. Solomon B. Levine, *Industrial Relations in Postwar Japan*, pp. 59 ss. y *passim*; James C. Abegglen, *The Japanese Factory* (Glencoe, 1958), pp. 77-80. Para una crítica de Abegglen, a quien acusa de «basarse casi totalmente en fuentes gerenciales», véase Robert E. Cole, *Japanese Blue Collar* (Berkeley, 1971). Se trata de un libro importante, porque Cole muestra que la «excepcionalidad» del sistema industrial japonés debería interpretarse, no simplemente en función de su «cultura» tradicional, sino también con referencia a la forma característica de la infraestructura económica. Existen fuertes presiones económicas, por ejemplo, que mantienen el sistema *nenko* de salarios (el principio de antigüedad). Ver también Taira, *op. cit.*, para un análisis parcialmente coincidente.



que ha estado sujeto a lo que se ha denominado un «movimiento pendular» del «realismo al utopismo», entre el radicalismo y la moderación<sup>25</sup>. Por supuesto, esto es un fenómeno de larga duración, que antecede al surgimiento del moderno sindicalismo de empresa y que ha continuado dependiendo de otros factores además de este último: pero, en la época de la postguerra, la exacerbación del carácter «pendular» del movimiento obrero puede entenderse en gran medida en estos términos.

#### 4. La «nueva clase obrera» — una vez más

Lo mismo que las ideas asociadas con el desarrollo (supuesto) de una «nueva clase obrera», siguiendo el diagnóstico de autores como Touraine y Mallet, reflejan de diversas maneras el carácter de la sociedad francesa, así otras teorías que emplean el mismo concepto expresan aspectos de distintos tipos de estructuras sociales y económicas. Dos de estas teorías han adquirido cierta popularidad:

1) Un enfoque, identificado con S. M. Miller y otros autores americanos, sitúa la «nueva clase trabajadora» no en los niveles superiores del trabajo manual, sino en los inferiores. La «nueva clase obrera» es aquí un ejemplo de lo que he denominado genéricamente «infraclase»; en este caso, las minorías étnicas pobres en la base de la estructura de clases americana. Esta concepción de la «nueva clase obrera», sin embargo, comparte con otras algo más de lo que en principio podría parecer una mera semejanza terminológica. Aunque está conectada con la pobreza antes que, como en la perspectiva que se cita más adelante, con la abundancia, comparte con esta última la noción de que los cambios recientes en los márgenes de la clase obrera ejercen una influencia decisiva sobre las actitudes y la conducta de la mayor parte de los miembros de esa clase en su conjunto. Más aún, el reciente interés por la infraclase en los Estados Unidos forma parte de una reacción consciente contra el supuesto de que la abundancia en que vive el trabajador americano, en conjunción con otros factores, ha eliminado completamente la utilidad del término «clase» en esa sociedad.

2) La noción de la importancia de la «abundancia» en lo que atañe a la disolución de las formas más antiguas de estructuración de clase ha recibido particular atención en las obras de autores que escriben en o sobre los Estados Unidos y Gran Bretaña. Aunque esta

<sup>25</sup> Robert A. Scalapino, «Labour and politics in postwar Japan», en W. W. Lockwood, *op. cit.*, p. 673.

noción ha adoptado varios aspectos, en su formulación más simple implica la afirmación, o el supuesto, de que la elevación de los niveles reales de ingresos, particularmente marcada en los estratos superiores de la clase obrera, ha transformado las estructuras de clases tradicionales. Esta visión es evidentemente bastante distinta de la de los escritores franceses, y es engañoso agruparlas juntas bajo la denominación de teorías del «aburguesamiento» (*Verbürgerlichung*), como se ha hecho algunas veces. El término, en cualquier caso, no es especialmente apropiado, pues en la proposición, «los trabajadores se están convirtiendo en clase media», «la clase media» no se refiere a la burguesía propietaria de Marx, sino a los empleados de cuello blanco sin propiedad. En el caso de Gran Bretaña, el enfoque que relaciona los cambios que sufre la estructura de clases con el ascenso del nivel de abundancia material fue inicialmente expuesto en un contexto político específico. Las derrotas electorales del partido laborista en 1950 parecieron significar para muchos observadores un resultado a la vez que una transformación de los sectores opulentos de la clase obrera. Si la creencia de que el trabajador manual de un nivel de renta elevado se ha convertido en un «hombre de Orpington» puede parecer un tanto fantástica hoy en día, fue ciertamente propuesta no hace muchos años como un indicador profundamente significativo de la erosión de la estructura de clases existente<sup>26</sup>.

3) Hay todavía otra concepción de una «nueva clase obrera» que, aunque no es tan fácil de distinguir como las mencionadas anteriormente y en parte coincide con ellas, merece citarse. Este enfoque propone que ha tenido lugar una especie de separación entre la posición del trabajador como productor y su posición como consumidor. Ideas similares a este respecto pueden descubrirse en los escritos de autores de planteamientos teóricos muy divergentes como Dubin, Schelsky y Gorz. Según la expresión de Gorz, «el capitalismo civiliza el consumo y el ocio para evitar el tener que civilizar las relaciones sociales y las relaciones productivas y laborales»<sup>27</sup>. En cierto sentido, este punto de vista es, por supuesto, bastante opuesto al de los que, como Dubin, no consideran, como hace Gorz, las diversiones y placeres obtenidos al margen del trabajo como «falsos» o «manipuladores». El hilo común se encuentra, sin embargo, en la tesis de que la posición cambiante de la clase obrera en la sociedad neo-capitalista puede ser comprendida en términos de la disolución de las divisiones preexistentes entre los grupos distributivos, gracias a que una varie-

<sup>26</sup> Ver Dahrendorf, *Conflict after Class*, op. cit.

<sup>27</sup> André Gorz, «Work and consumption», en Perry Anderson y Robin Blackburn, *Towards Socialism* (Londres, 1965), p. 349.

dad de bienes de consumo para las «masas» y oportunidades de ocio se ponen al alcance de prácticamente todo miembro de la población.

Como la discusión acerca de la significación del «trabajador opulento» en Gran Bretaña, el debate acerca de la versión americana de la «nueva clase obrera» ha sido estimulado, en buena medida, por consideraciones de orden político. Se ha estimado que la presencia de una gran infraclase ejerce una profunda influencia sobre las opiniones políticas y la conducta de la clase trabajadora blanca. No es posible rechazar la conclusión de que la existencia de una infraclase bastante estructurada es un fenómeno de importancia fundamental que condiciona actualmente la experiencia americana. La «nueva clase obrera» de Miller está compuesta de negros, puertorriqueños y mejicanos, que trabajan en industrias de servicios no sindicalizadas, con un bajo nivel salarial y porcentajes muy altos de desempleo crónico; la «vieja clase obrera», predominantemente blanca, trabaja principalmente en ocupaciones especializadas y semi-especializadas, más altamente sindicalizadas y en sectores industriales y de construcción con niveles de ingresos elevados. La infraclase, pues, comparada con los trabajadores blancos, está fundamentalmente compuesta de emigrantes relativamente recientes a las áreas urbanas<sup>28</sup>.

Aunque es evidente que el surgimiento de una infraclase urbana masiva es, por diversos conceptos, un fenómeno específicamente americano, desarrollos similares, de carácter menos pronunciado, pueden observarse en otras sociedades avanzadas —como resultado, por ejemplo, de la emigración de indios occidentales y asiáticos a Gran Bretaña y argelinos a Francia. No hay indicios de que estos grupos, al menos en un futuro próximo, tengan posibilidades de alcanzar algún nivel significativo de entrada en las posiciones superiores de la estructura ocupacional, en cambio, todo parece indicar que el mismo tipo de modos de estructuración inmediata que han actuado en los Estados Unidos —operando especialmente a través de un mecanicismo de discriminación territorial claramente definido— se encuentran ya en un estadio muy avanzado con respecto a las minorías de color en Gran Bretaña y Francia. Tiene cierto interés, por ello, considerar brevemente el posible papel de esta «nueva clase obrera» en los Estados Unidos en función de la posibilidad de que un proceso paralelo tenga lugar en estas sociedades europeas.

Recientemente, se han propuesto en ciertos medios dos planteamientos totalmente incompatibles acerca del papel de la infraclase en la estructura social y política de los Estados Unidos: que es una

<sup>28</sup> S. M. Miller, «The "new" working class», en Arthur B. Shostak y William Gomberg, *Blue Collar World* (Englewood Cliffs, 1965), p. 7.

posible fuerza de cambio revolucionario, sirviendo como un foco potencial de agitación en la conciencia de clase que activará finalmente a la clase obrera blanca; y que constituye un factor que contribuye al predominio de actitudes conservadoras entre los trabajadores blancos. El primer planteamiento es hasta cierto punto acertado, tanto en la teoría como en los hechos. Como trabajadores emigrantes que, procedentes de un medio rural, pasan a trabajar en ocupaciones rutinizadas, es posible suponer que los miembros de la nueva infraclase urbana puedan manifestar alguna forma de conciencia de clase revolucionaria. Por otra parte, el estudio de Leggett sobre Detroit, según el cual los trabajadores emigrantes negros muestran un alto nivel de lo que el autor califica de «igualitarismo militante» y «radicalismo militante», parece confirmar en cierta medida esta suposición<sup>29</sup>. Pero los argumentos que sugieren que la potencialidad revolucionaria de la infraclase es muy limitada son igualmente fáciles de documentar. Teniendo en cuenta su tamaño dentro de la población global de los Estados Unidos, puede afirmarse categóricamente que ningún movimiento obrero revolucionario de amplia base puede sostenerse solamente sobre la infraclase, y si hay algo de cierto, en la segunda perspectiva antes mencionada, se sigue que no hay ninguna probabilidad previsible de que las actitudes de la infraclase puedan actuar como un catalizador de la clase obrera blanca. Además, si las divisiones étnicas pueden promover la estructuración de clases, también contribuyen a romperla: y la infraclase está fragmentada en sí misma en tres grandes grupos étnicos. Finalmente, hay pocos indicios de que la conciencia de clase de los trabajadores negros esté penetrada por la ideología revolucionaria, en el sentido que hemos dado a este término previamente; el «igualitarismo radical» de Leggett y el «radicalismo militante» no parecen representar sino una versión extrema del individualismo igualitario común a todos los niveles de clase en los Estados Unidos.

Pero indudablemente podemos esperar «explosiones de hostilidad» crónicas por parte de los miembros de la infraclase en tanto que se les niega el acceso al ejercicio de los «derechos ciudadanos», en un plano de igualdad con los trabajadores blancos, en las esferas política y económica. Parece bastante claro que la incorporación política activa de las masas de la infraclase (urbana), largamente demorada entre los trabajadores agrícolas del Sur, se está produciendo ahora rápidamente. Dentro de la industria misma, sin embargo, subsisten todavía grandes barreras para la equilibración de las desigualdades en la capacidad de mercado que diferencian a la infraclase

<sup>29</sup> Leggett, *op. cit.*, p. 80 *v. passim*

de la clase obrera blanca. Ciertamente, uno de los factores que inciden en este caso son las barreras levantadas por, o derivadas indirectamente de, las actuaciones de algunos sindicatos, y tiene una importancia obvia preguntarse hasta qué punto están estas acciones guiadas por actitudes generales que podrían constituir la base del conservadurismo político frecuentemente atribuido a los trabajadores blancos. Mucho de lo escrito acerca del asunto ha sido más un resultado de especulaciones mal informadas que de investigaciones concretas; y sólo recientemente se ha hecho accesible ese material como base para una evaluación mejor fundamentada. Dichas investigaciones no parecen apoyar la opinión convencional de que los prejuicios están concentrados entre la clase trabajadora blanca ni la noción de que esto constituye la fuente principal de las actitudes políticas derechistas. Así, una investigación de las elecciones presidenciales de 1964 mostró que no más de un 20 por 100 de los trabajadores manuales blancos, fuera del Sur, votaron a Goldwater, proporción mucho más baja que entre los trabajadores no manuales (blancos); en las elecciones de 1968, el apoyo a Wallace entre la clase obrera blanca no sureña no fue más alto que entre la clase media<sup>30</sup>.

Lo que estas investigaciones no muestran es si las actitudes de prejuicio que claramente existen dentro de la clase trabajadora blanca, aun cuando no estén más extendidas que entre la clase media, están agrupadas entre aquellos trabajadores que están, o que creen estar, en competencia más directa con los trabajadores negros por los empleos. Si, como podría suponerse, esto es así, las implicaciones sociales de estas actitudes podrían ser mucho más grandes de lo que su distribución estadística sugiere. Es decir, se podría sostener que los trabajadores blancos peor pagados, a través de la resistencia que oponen a la penetración de los trabajadores negros en empleos más altamente remunerados que los suyos propios, o simplemente a que alcancen una situación de paridad económica, contribuyen a la existencia de una «zona amortiguadora» que se interpone entre la masa de la infraclase y el conjunto de la clase obrera blanca.

La mayor parte de los estudios acerca de la infraclase, sin embargo, han descuidado lo que tal vez sean los fenómenos más básicos que sirven para diferenciarla de la clase obrera «tradicional» —fenómenos localizados en la infraestructura económica del neo-capitalismo y que, independientemente de las diferencias que puedan darse en las actitudes hacia las minorías étnicas por parte de las clases obreras de los diferentes países, podrían depender de características ampliamente

<sup>30</sup> Richard F. Hamilton, «Liberal intelligentsia and white backlash», *Dissent*, Invierno, 1972, pp. 228-9.

compartidas por todas las sociedades capitalistas. Estas características pueden ser comprendidas en el contexto del surgimiento de lo que algunos economistas han llamado el «doble mercado de trabajo». Se trata de algo que, aunque se podría afirmar que ha existido durante mucho tiempo en Japón, cabe considerar correctamente como un rasgo que se está desarrollando rápidamente en las economías occidentales. Se puede entender en función de una distinción entre mercados «primarios» y «secundarios»<sup>31</sup>. Un mercado primario es aquel en el que las ocupaciones disponibles manifiestan las características asociadas tradicionalmente con los empleos de cuello blanco: un nivel alto y estable o progresivo de ganancias económicas, seguridad de empleo y posibilidades de movilidad profesional. Un mercado secundario es aquel en el que no se dan estas condiciones: donde hay un bajo nivel de ganancias económicas, escasa seguridad en el empleo y pocas oportunidades de promoción profesional. En el pasado, la diferenciación entre éstos ha tendido a seguir las líneas de especialización dentro de la clase obrera, en las sociedades europeas y en los Estados Unidos: los trabajadores cualificados han disfrutado de las ventajas de un mercado primario de trabajo. Cuando, no obstante, segmentos considerables de la clase obrera se ven afectados por una tendencia creciente a la negociación colectiva de contratos a largo plazo, la distinción entre mercados primarios y secundarios comienza a trascender las divisiones de especialización. *La discontinuidad persiste, sin embargo*. En otras palabras, el trabajador que posee una capacidad de mercado que sólo le permite ingresar en un empleo de tipo secundario, no tendrá jamás la oportunidad de conseguir un empleo en el mercado primario. Puede decirse que hay dos fuentes principales de descalificación para el empleo primario que suelen operar aun en el caso de que las capacidades formales de mercado sean iguales en otros aspectos. Una es la descalificación sexual, resultante en parte de los prejuicios sociales, pero también de las interrupciones de la disponibilidad laboral (como consecuencia del matrimonio y el nacimiento de los hijos) que todavía influyen decisivamente en las condiciones del trabajo femenino; la otra, una descalificación étnica, que es responsable de la excesiva presencia de la infraclasses en los empleos de tipo secundario.

Los factores que elevan el nivel de empleo primario en el sector manual pueden distinguirse sin mucha dificultad, y parecen probablemente estar estrechamente relacionados con la planificación para aumentar la productividad característica del neo-capitalismo, tanto

<sup>31</sup> Peter B. Doeringer y Michael J. Piore, *Internal Labour Markets and Manpower Analysis* (Lexington, 1971), pp. 164-83 y *passim*.

en términos macro-económicos como a nivel de la empresa individual. La planificación y la producción necesariamente implican hacer cálculos a largo plazo sobre la oferta de trabajo y tienden a conducir a un énfasis en la lealtad de los trabajadores hacia la empresa. Puesto que esto aumenta inevitablemente los costos de la mano de obra, cabe esperar que los patronos intenten aislar las ocupaciones secundarias de tal manera que complementen su inversión laboral a largo plazo con un fondo de mano de obra altamente «disponible» en el que un acusado grado de cambio en el trabajo pueda ser tolerado o aun fomentado. La infraclase se convierte en un importante depósito de esta oferta de trabajo, por dos razones: dado que los resultados del «círculo vicioso de la pobreza» afectan a este grupo más que a ningún otro, sus miembros no poseen en todo caso sino bajos niveles de educación o de cualificaciones negociables en el mercado; y la separación de los puestos de trabajo de tipo secundario sería probablemente más aceptable para la clase obrera en su conjunto si estas ocupaciones están destinadas en gran medida a los considerados étnicamente inferiores. En muchas sociedades europeas contemporáneas la falta de una minoría étnica indígena conduce a la aparición de una «infraclassa transeúnte» (que resulta no ser tan transeúnte después de todo) que es importada de fuera<sup>32</sup>.

En tanto estos cambios afectan a proporciones sustanciales de la clase obrera en las sociedades neo-capitalistas, son ciertamente al menos tan significativos como factores de modificación de la estructura de clases preexistente como aquellos que, según se ha postulado, derivan de la «abundancia» o de las alteraciones en las pautas de consumo. Como han señalado acertadamente Goldthorpe y Lockwood, la tesis de que el surgimiento de un sector opulento de trabajadores manuales produce una transformación básica en las actitudes y conducta puede ser cuestionada en muchos aspectos. En primer lugar, identifica la «abundancia» con la «renta», que constituye solamente una de las fuentes de remuneración económica que han servido en el pasado para separar la capacidad de mercado de los trabajadores manuales de la de los trabajadores de cuello blanco. Son precisamente tales tipos de modificaciones en la capacidad de mercado de estos trabajadores manuales lo que tenemos que examinar si esperamos encontrar alguna tendencia hacia la disolución de las relaciones

<sup>32</sup> Cf. Stephen Castles y Godula Kosack, *Immigrant Workers and Class Structure in Western Europe* (Londres, 1973). Como los autores señalan: «Prácticamente todos los países capitalistas avanzados poseen un estrato inferior, discriminado sobre la base de la raza, la nacionalidad u otras características especiales, que realiza los peores trabajos y soporta las condiciones sociales menos deseables» (p. 2).

de clase preexistentes. Por muy importantes que puedan ser estos cambios, todavía sólo afectan a una minoría de los trabajadores; y donde tienen lugar dejan intactas otras fuentes principales de estructuración de clase que contribuyen a separar a la clase obrera de la clase media. Aunque, en su investigación acerca de los «trabajadores opulentos» de Luton, Goldthorpe y Lockwood identifican ciertas diferencias en la conciencia de clase entre estos trabajadores y el «trabajador tradicional» (hipotético), apenas se aprecia una disminución en la sindicación o en los votos laboristas<sup>15</sup>. Finalmente, debería insistirse en que, aun si sólo tenemos en cuenta la renta y pasamos por alto otras consideraciones, los cambios en las diferencias de renta que han ocurrido conciernen únicamente a los márgenes de las clases; y, en buena medida, éstos pueden ser interpretados más adecuadamente como parte de un declive general de la posición de los trabajadores de cuello blanco inferiores que como una ascensión de los trabajadores de cuello azul a la clase media.

La versión restante de la teoría de la «nueva clase obrera» puede ser criticada por razones en cierto modo similares: es decir, que menosprecia el foco central de las relaciones de clase fundadas en la producción. La pertinencia de esta observación se aplica de forma diferente a los distintos autores. Para los influidos por el marxismo, los efectos de la incorporación de la clase trabajadora a la economía «de consumo de masas» contribuyen a encubrir o a sumergir los efectos de las relaciones de clase, pero no las eliminan enteramente. Los miembros de la clase obrera pueden no ser conscientes de sus intereses como grupo sectorial en la sociedad capitalista, y por tanto, como en la versión marcusiana de este planteamiento, ya no constituyen una amenaza revolucionaria para el orden existente. Esto no se debe, sin embargo, a la superación de su situación alienante en la esfera de la producción, sino a la fabricación de «falsas» necesidades de consumo que encubren las privaciones inherentes a la estructura de clase. Con todo, este punto de vista comparte el supuesto, también desarrollado por autores no marxistas, de que la *trascendencia* de las relaciones de clase como influencia sobre la conducta y las creencias está radicalmente disminuida por la asimilación de la clase trabajadora a las pautas globales de consumo comunes a todos los miembros de la sociedad.

Si se aceptan las ideas que he formulado en éste y en capítulos previos, hay que hacer numerosas objeciones teóricas a esta concepción. Pero independientemente de éstas, su base empírica es altamente cuestionable. Es evidente que, puesto que los miembros de la

<sup>15</sup> Goldthorpe *et al.*, *op. cit.*, vol. 3, pp. 157-9



clase obrera participan de la elevación general de los ingresos reales característica de las economías capitalistas, reciben una parte de los bienes de consumo creados por la moderna producción industrial. Pero de ello no puede inferirse directamente, más de lo que puede deducirse del aumento de opulencia en sí, que las diferencias establecidas entre los grupos distributivos van a desaparecer. Los elementos de juicio que poseemos indican lo contrario; es más, si las viejas comunidades de «trabajadores proletarios» se hallan en declive, esto no se debe a ninguna uniformidad de pautas de consumo *per se*, sino que es el resultado de la importancia económica decreciente de las industrias con las que éstas han sido asociadas y la consiguiente emigración de los trabajadores más jóvenes a las grandes ciudades. La influencia de los medios de comunicación de masas, de la difusión de la «cultura de masas» en general, se señala habitualmente como una de las causas primarias de la supuesta «homogeneización» de las pautas de consumo, las necesidades y los gustos. Pero la investigación sobre «el flujo de dos pasos de la comunicación» muestra que un contenido formalmente idéntico, difundido por los medios de comunicación de masas, puede ser interpretado y respondido de muy diferentes maneras. Lejos de ser erradicadas por el contenido uniforme de los medios de comunicación de masas, las formas existentes de diferenciación en la estructura social pueden ser activamente reforzadas por ellos, como consecuencia de la mencionada selectividad de percepción y respuesta.

No intentaré, en este punto, resumir ninguna de las conclusiones de carácter general que pueden ser extraídas de cuestiones que he tocado en los tres capítulos precedentes. Pues las cuestiones teóricas planteadas aquí no están limitadas al orden capitalista, sino que conciernen a la totalidad de las sociedades avanzadas; así pues, pasaré ahora a un examen del socialismo de Estado, para volver a un plano de análisis más abstracto en los capítulos finales.

## Capítulo 12

### EL SOCIALISMO DE ESTADO Y LA ESTRUCTURACION DE CLASES

#### 1. Variaciones en la infraestructura y desarrollo

Si resulta engañoso generalizar sobre «la sociedad capitalista» solamente por referencia a un solo país, como Gran Bretaña en el siglo XIX o los Estados Unidos en el XX, es igualmente ilusorio generalizar sobre «socialismo de Estado» —como se ha hecho a menudo— teniendo en cuenta únicamente a la Unión Soviética. No sólo existen ciertas diferencias esenciales entre el desarrollo de la Unión Soviética y el de otros países socialistas, sino que además estas sociedades difieren considerablemente entre ellas mismas. Como ocurre en el caso de los países capitalistas, esas diferencias pueden ser comprendidas en términos de diferentes «vías» de desarrollo, que surgen de las variaciones en la combinación de elementos «tradicionales» y «modernos». Las primeras etapas de la historia de la Rusia Soviética estuvieron condicionadas por el hecho de su aislamiento en un mundo de potencias capitalistas hostiles. Las luchas que conducen al nacimiento de la ideología stalinista del «socialismo en un solo país», por supuesto, expresan los problemas que tuvieron que enfrentar los revolucionarios victoriosos que se encontraron con que no eran la vanguardia de un proceso de transformación socialista revolucionario que marchaba arrollando a través del mundo industrializado, sino los gobernantes de una sociedad fundamentalmente campesina. El surgimiento del socialismo de Estado en otros países de Europa del Este tuvo lugar, como en Rusia, en el contexto de los efectos desinte-

gradores de una guerra mundial; pero la presencia del poder militar y la ayuda económica soviéticos fueron esta vez el factor que hizo posible la toma del poder por parte de los partidos comunistas indígenas.

En tanto que Rusia en 1917 se encontraba, según cualquier índice de nivel de industrialización o sofisticación de las técnicas productivas, en un nivel bastante bajo de desarrollo económico, Checoslovaquia estaba relativamente industrializada en la época en que experimentó su transición al socialismo de Estado —y, en este sentido, se encuentra todavía hoy (juntamente con la República Democrática Alemana) por delante del resto de las sociedades del Este de Europa. En 1948, cuando se inició la planificación estatal, Checoslovaquia había alcanzado una posición económica comparable a las de las sociedades avanzadas de la Europa Occidental. Muchos estudios que han intentado establecer comparaciones entre los índices de desarrollo económico e incremento de la productividad en los países capitalistas y socialistas han tomado, como en otros aspectos, a la URSS como punto de referencia; pero en muchos aspectos Checoslovaquia aporta una base más útil para la comparación<sup>1</sup>.

Es importante reconocer, además, que la expresión «planificación estatal» puede referirse a un número de fenómenos variables. En todos los casos, el término denota una socialización masiva de la industria y del comercio bajo el control directivo del aparato estatal. Pero la extensión y el carácter de este control varía. El grado en que se permite la propiedad privada de pequeñas empresas o de tierra, difiere según los distintos países. En Polonia, por ejemplo, la propiedad privada de la tierra, en manos de campesinos independientes, predomina fuertemente sobre la que es controlada por el Estado: sólo un 14 por 100 aproximadamente de la tierra cultivada está en manos del Estado o es administrada por colectivos<sup>2</sup>. Ninguna sociedad del Este de Europa ha impuesto la colectivización del campesinado de un modo tan despiadado como la Unión Soviética durante el período stalinista. En Polonia y Yugoslavia, las medidas originalmente tomadas para llevar a cabo un proceso de colectivización en masa fueron abandonadas frente a la resistencia del campesinado; aunque en otras sociedades, como Checoslovaquia y Hungría, la política de constitu-

<sup>1</sup> Cf. Jan M. Michal, *Central Planning in Czechoslovakia* (Stanford, 1960), página 1.

<sup>2</sup> Boguslaw Galeski, «Sociological research on social changes in Poland's rural areas», en J. Szczepanski, *Empirical Sociology in Poland* (Varsovia, 1966), página 80.

ción de colectivos agrarios se ha seguido desarrollando a pesar de dicha oposición.

Varios de los países del Este de Europa poseían ya una notable tradición histórica de intervención estatal en la vida económica. Este es el caso de Polonia y Checoslovaquia, por ejemplo, las cuales en otros aspectos presentaban grandes diferencias en cuanto a la estructura socio-económica. La Polonia de antes de la guerra, que, como Alemania en la última parte del siglo XIX, carecía de un conjunto de empresarios industriales seguros de sí mismos, mostró una fuerte inclinación hacia el *étatisme*, con un considerable nivel de propiedad estatal de los sectores industriales de mayor importancia. En Checoslovaquia, el pronunciado grado de concentración vertical y horizontal existente en la industria contribuyó a la consolidación de la intervención estatal en la economía bajo el protectorado checo<sup>1</sup>. Sin salirse de los cauces marcados por la doctrina de «la única vía al socialismo», manifiesta en la importación universal de los métodos soviéticos de planificación macroeconómica y organización industrial, los modos de dirección estatal de la producción industrial variaron considerablemente. Así, comparando los dos países más industrializados en las fases iniciales de la socialización de la economía, mientras en Checoslovaquia en 1949 sólo algo más de un 3 por 100 de la fuerza de trabajo permanecía en el sector privado, en Alemania del Este las *sowjetische Aktiengesellschaften*, las empresas nacionalizadas y cooperativas, sólo englobaban en conjunto a algo más de dos tercios de la población activa total, dejando aproximadamente un tercio todavía empleado en el sector privado. En general, sin embargo, la socialización de los sectores industrial y comercial se produjo mucho más rápidamente en la Europa del Este de la postguerra que en la fase comparable del primer desarrollo de la Unión Soviética<sup>4</sup>.

Las diferencias infraestructurales preexistentes, no todas igualmente adecuadas a la implantación de modelos de dirección económica derivados de la experiencia soviética, junto con los problemas genéricos creados por la planificación central fuertemente coordinada, se unieron para originar las modificaciones en política económica introducidas en muchos países socialistas estatales en los últimos años cincuenta y de nuevo, en forma un tanto diferente, en los años sesenta. Aunque éstas estuvieron influidas de alguna manera por los cambios en la propia Unión Soviética, siguieron caminos distintos

<sup>1</sup> Cf. Alfred Zauberman, *Industrial Progress in Poland, Czechoslovakia, and East Germany* (Londres, 1964), pp. 1-2.

<sup>4</sup> Nicholas Spulber, *The Economics of Communist Eastern Europe* (Nueva York, 1957), pp. 86-7 y *passim*.

en las diferentes sociedades. Los modos de planificación económica elaborados durante la primera fase del desarrollo de la Unión Soviética estaban relacionados específicamente con la necesidad de efectuar una gigantesca movilización de recursos a fin de promover un rápido proceso de industrialización, dentro de un contexto político-social inusitado —un contexto que no era aplicable directamente a las economías «subdesarrolladas» del Este de Europa de la postguerra, como la de Polonia, y menos aún a la de países como Checoslovaquia. La interpretación habitual de las reformas económicas de los últimos años cincuenta en las sociedades socialistas estatales supone que éstas entrañaron una relajación de la dirección centralizada de la economía en favor de una reintroducción de ciertas influencias de economía de mercado. Pero merece la pena distinguir dos aspectos en parte independientes de esta relajación, puesto que puede aducirse que la forma en la que éstos se combinan tiene importantes implicaciones socio-políticas para la mediación del control en las diferentes economías. Un aspecto es la *descentralización de la toma de decisiones autorizada* en la formulación de la política de planificación; el otro se refiere a la *determinación* de los precios, y al grado en que se permite que ésta esté influida por las preferencias del consumidor. El primero se refiere, muy importantemente, al grado de descentralización de la planificación en manos de las empresas productivas o asociaciones de tales empresas —en contraste con la situación del sistema anterior, en el que las unidades económicas eran tratadas como meros instrumentos para la realización de los planes nacionales. En tanto dicha descentralización tiene lugar, esto tiene unas implicaciones potenciales significativas para la posición general del partido comunista dentro del Estado. La descentralización «en la cumbre» puede o no ser complementada con la descentralización «desde la base», operando a través de la tolerancia o el estímulo de la evaluación del funcionamiento de empresas en términos de beneficios más que de producción bruta. Hay importantes fuentes posibles de tensión entre éstas.

Con ciertas excepciones específicas —la más notable de las cuales es el estancamiento de Checoslovaquia en el período 1962-4— los países socialistas han continuado manteniendo por término medio altos índices de desarrollo económico, aun si éstos han disminuido hoy en día con respecto a la fase temprana<sup>3</sup>. En lo que atañe al fomento o extensión del proceso de industrialización ha habido, en

<sup>3</sup> Cf., para una breve evaluación, Gregory Grossman, «Economic reforms: a balance sheet», en George R. Feiwel, *New Currents in Soviet-Type Economies* (Scranton, 1968)

la mayor parte de estas sociedades, grandes cambios en la composición general de la fuerza de trabajo. Uno es, por supuesto, una declinación constante en la proporción de la población activa que trabaja en ocupaciones agrícolas. Esta todavía permanece alta, sin embargo, en comparación con las sociedades capitalistas. En Yugoslavia, por ejemplo, con un 57 por 100 de fuerza de trabajo agrícola, a un nivel técnico predominante primitivo, se parece más, en este sentido, a Grecia que a las sociedades avanzadas de Europa Occidental. Incluso Checoslovaquia (1961) tiene un 28 por 100 de su fuerza de trabajo ocupada en el sector agrícola. Pero dentro de la población activa no agrícola ha ocurrido el mismo fenómeno que en las sociedades capitalistas: la relativa expansión del sector de cuello blanco y, particularmente, el aumento proporcional de trabajadores «profesionales y técnicos». El último grupo representa aproximadamente el 6 por 100 de la fuerza de trabajo en Yugoslavia, por ejemplo, sólo un 2 ó 3 por ciento por debajo de lo observado en Gran Bretaña.

## 2. Diferencias en la capacidad de mercado

La escasez de referencias en Marx a las formas de organización económica y social que habrán de caracterizar el futuro orden cuya construcción comienza tras la disolución del capitalismo, ha presentado una gran dificultad para los intérpretes marxistas del socialismo de Estado. Los escritos de Marx ponen de relieve que tiene que haber una «fase de transición», que constituye lo que se ha denominado, en el pensamiento marxista soviético ortodoxo «socialismo», distinguiéndolo del «comunismo» que representa la esperada «etapa superior» de la sociedad sin clases. Pero aun los comentarios de Marx sobre la «fase de transición», que se encuentran principalmente en sus notas críticas al Programa de Gotha del Partido Socialdemócrata Alemán y que no estaban destinadas a la publicación, son de carácter breve y general. La doctrina de «clases no antagónicas», desarrollada por Stalin, representa un intento de completar un rasgo evidente, aunque pobremente elaborado, de las ideas de Marx sobre la etapa de transición del «socialismo»: que aunque las clases continúan existiendo después del derrocamiento del capitalismo, su carácter es claramente diferente del que poseían bajo el sistema anterior.

De hecho, no está nada claro que la concepción de las «clases no antagónicas», aplicada originariamente en la Unión Soviética, guarde mucha relación con la situación futura concebida por Marx. Porque aunque Marx sostuviera que un país como Rusia podía proporcionar el estímulo para un proceso de cambio revolucionario,

esperaba, en cambio, que el proceso se centrara sobre las sociedades capitalistas más desarrolladas; y la principal base teórica de la transición hacia un orden sin clases descansa sobre la noción de la *Aufhebung* dialéctica del proletariado como «única clase» que sobrevive en la sociedad tras la desaparición de la burguesía. Pero esta situación es a todas luces inaplicable a una sociedad que está solamente en el comienzo del desarrollo capitalista, y las clases «no antagónicas» mencionadas en el esquema de Stalin son, por supuesto, el campesinado (colectivizado) y la clase obrera.

Según la teoría stalinista, dado que la abolición de la propiedad privada de los medios de producción elimina el conflicto de clase, debe reinar necesariamente la armonía entre las clases en la sociedad socialista postrevolucionaria: la «explotación del hombre por el hombre» es eliminada, y el campesinado y la clase obrera trabajan «en equipo» (junto con el «estrato» de los intelectuales) hacia el progreso de los intereses compartidos por todos. Los autores recientes, especialmente en países socialistas distintos de la Unión Soviética, han sido más realistas, admitiendo que puede haber divisiones de intereses entre las clases residuales en la «etapa de transición». En esta fase de desarrollo, son inevitables los conflictos de intereses a corto plazo en términos de la distribución de los recursos escasos<sup>6</sup>. Todos los planteamientos de este tipo, sin embargo —bastante inevitablemente— están ligados a la noción marxiana de clase derivada de la existencia de la propiedad privada de los medios de producción. La teoría que he elaborado antes sugiere un enfoque diferente. Hay dos conjuntos de problemas conexos que deben analizarse en relación con la existencia de clases en la sociedad socialista de Estado: hasta qué punto están presentes las condiciones que promueven la estructuración de clases y, en la medida en que éstas existen, si su importancia está declinando o, por el contrario, son genéricas a la sociedad. Estos problemas no pueden ser simplemente resueltos mediante alguna comparación simple entre el papel de la propiedad privada en el capitalismo y su ausencia en el socialismo de Estado, aunque

<sup>6</sup> Las discusiones más sofisticadas sobre estos asuntos, sin salirse en líneas generales del marco del marxismo ortodoxo, son las de los sociólogos y teóricos polacos. Cf. Szczepáński, *op. cit.* Compárese esto con una visión soviética típica reciente, que repite el dogma de que, después de la Revolución de Octubre, «la clase obrera y el campesinado se convirtieron en clases totalmente nuevas, desconocidas previamente en la historia. Surgió y se desarrolló una *intelligentsia* nueva, del pueblo. En la Unión Soviética los intereses de los obreros y campesinos ocupados en trabajos de tipo manual y los intereses de los intelectuales no son antitéticos...» (A. N. Maslin y G. V. Osipov, «Trends towards the combination of intellectual and manual labour», en G. V. Osipov, *Industry and Labour in the USSR*, Londres, 1966, p. 181).

esto constituye indiscutiblemente una de las principales fuentes de contraste entre los dos tipos de sociedades. Además, la retórica de la «etapa de transición» no puede ser aceptada en sus términos, puesto que, como ya he argüido, las sociedades socialistas estatales no representan la superación del capitalismo, sino un tipo alternativo de desarrollo. Con arreglo al enfoque que he elaborado, el carácter de clase de la sociedad capitalista se deriva, en un sentido fundamental, de la mediación institucional global del poder establecida en la separación de las esferas «política» y «económica». La contrastación entre ésta y la forma institucional del Estado y la economía característica del socialismo de Estado plantea una serie de problemas teóricos generales que abordaremos directamente en el capítulo siguiente. De momento, por tanto, consideraré los factores que afectan al nivel de estructuración de clases en las sociedades socialistas actuales, dejando las implicaciones más amplias de esto para un examen posterior.

En las condiciones de mercado que prevalecen en las economías capitalistas, la división entre trabajo manual y no manual y entre trabajo industrial y agrícola ha estado caracterizada por diferencias económicas persistentes. Como ha indicado Parkin, al analizar hasta qué punto se separan los países socialistas de esta pauta, es útil distinguir entre el período inmediatamente posterior a la revolución, que —salvo en la Unión Soviética— se puede decir que corresponde generalmente con la fase anterior a la primera ola de reformas económicas, y el período subsiguiente en el que ciertas políticas gubernamentales propias del período de la «reconstrucción socialista» se liberalizan o abandonan<sup>7</sup>. Pero éstas son cuestiones polémicas y no creo que un razonamiento basado en las estadísticas disponibles de la renta pueda ser tan fidedigno como Parkin parece entender. Después de todo, la interpretación de estadísticas comparables referentes a países capitalistas plantea muchas dificultades, aunque la información que tenemos a nuestra disposición a este respecto es mucho más detallada y comprensiva que la que se refiere a las sociedades socialistas estatales. Además, algunos de los datos más antiguos probablemente no son intrínsecamente merecedores de nuestra confianza, una cuestión de cierta importancia si se está intentando inferir tendencias. Por tanto, si sigo en líneas generales el análisis de Parkin en los próximos párrafos, no será sin ciertas reservas más amplias que las que él parece tener acerca de las conclusiones que pueden extraerse de estos datos.

<sup>7</sup> Parkin, *Class Inequality and Political Order*, pp. 141 ss.; y también, «Class stratification in socialist societies», *British Journal of Sociology* 20, 1969.



En la mayoría de los países del Este y en la Unión Soviética, la etapa posterior a la revolución estuvo caracterizada por intentos más o menos afortunados de erradicación violenta de los grupos clave de la estructura de clases preexistente, incluyendo no sólo a los grandes capitalistas industriales y financieros, sino también, en diversos grados, a la «antigua clase media», formada por los pequeños propietarios y campesinos terratenientes. Por razones ideológicas y también para ganarse o mantener el apoyo activo de las masas de la clase obrera industrial y del campesinado frente a las reacciones hostiles de las clases desposeídas, los gobiernos posteriores a la revolución introdujeron una serie de medidas igualitarias de carácter radical. En la Unión Soviética, en los años anteriores a 1931, el Estado revolucionario tomó importantes medidas políticas encaminadas a mejorar la posición económica de la clase obrera industrial con respecto a otros grupos no propietarios en la sociedad. Aunque la renta del campesinado colectivizado es difícil de estimar para fines comparativos, no parece haber razón alguna para dudar de que en la primera etapa postrevolucionaria, y todavía hoy en día, la remuneración económica de la clase obrera era considerablemente más alta que la de los trabajadores en las granjas colectivas. Pero las diferencias en la renta y otras formas de retribución económica entre los calificados de *fizicheskii* (trabajadores manuales o «físicos») y los *umstvennyi* (trabajadores no manuales o «intelectuales») sufrieron una acusada reducción en el período posterior a la revolución<sup>8</sup>; lo mismo que las que separaban a los trabajadores cualificados de los no cualificados.

En 1931, Stalin llevó adelante un cambio de política, contra el igualitarismo económico, bajo el estímulo de los problemas ocasionados por la productividad y la reconversión masiva de la mano de obra bajo el primer plan quinquenal. Como consecuencia de ello, las diferencias de renta comenzaron a desarrollarse de nuevo en la Unión Soviética, siguiendo una pauta comparable en muchos sentidos a la que es característica de las sociedades capitalistas. En la actualidad, sin embargo, esta tendencia se ha invertido de nuevo como resultado de un plan político deliberado: los salarios mínimos han sido elevados, se han introducido reformas fiscales que favorecen a los grupos de renta más bajos y las diferencias generales entre el trabajo manual y no manual han sido otra vez reducidas<sup>9</sup>. Mientras que en

<sup>8</sup> Maslin y Osipov, *op. cit.*, p. 181 y *passim*. Ver asimismo I. Kostin, *Wages in the USSR* (Moscú, 1960); Mervyn Matthews, *Class and Society in Soviet Russia* (Londres, 1972), pp. 72-107.

<sup>9</sup> Para análisis pertinentes, cf. Alex Inkeles, «Social Stratification and mobility in the Soviet Union», y Robert A. Feldmesser, «Toward the classless society?», en Reinhard Bendix y Seymour Martin Lipset, *Class, Status, and Power* (Lon-

1940 los ingresos de los trabajadores manuales cualificados eran ligeramente más bajos que los de los trabajadores de cuello blanco de los niveles inferiores, hoy los salarios de los primeros son considerablemente más altos —y, puesto que la proporción de mujeres en la fuerza de trabajo es mayor y está distribuida de una forma más igualada en todo el sistema ocupacional que en las sociedades capitalistas, esto no puede ser explicado en modo alguno en función de una concentración de trabajadores femeninos en las ocupaciones no manuales inferiores<sup>10</sup>. El esquema en otras sociedades socialistas estatales parece haber sido muy semejante, aunque las variaciones entre la distribución general de las diferencias económicas en períodos diferentes parecen haber sido menos pronunciadas de lo que han sido en la Unión Soviética. A la inmediata fase postrevolucionaria siguió una etapa en la que las diferencias en las retribuciones económicas sufren una dilatación; este proceso se ha invertido, al parecer, recientemente gracias a la intervención política que ha reestructurado la forma del mercado de trabajo. En muchas de las sociedades socialistas estatales contemporáneas, parece ocurrir ahora que las remuneraciones económicas, no sólo de los trabajadores cualificados, sino, expresadas en términos de ganancias medias, de los trabajadores manuales *en conjunto*, son más altas que las de los oficinistas o administrativos de más bajo nivel<sup>11</sup>.

dres, 1967); David Lane, *The End of Inequality?* (Londres, 1971), pp. 31-2 y 54-79. El debate acerca de la desigualdad de los ingresos continúa en los países socialistas estatales. Así, un autor soviético actual escribe: «No deberíamos temer la profundización de las diferencias salariales como algo que se contradice con nuestros objetivos de desarrollo social. Es cierto que, a la postre, las diferencias salariales entre los trabajadores deberían ser erradicadas. Sin embargo, existe el peligro de adelantarse sin motivo» (J. Volkov, *Literaturnaya Gazeta*, núm. 19, Moscú, junio 1972).

<sup>10</sup> Lane, *op. cit.*, p. 73; cf. Norton T. Dodge, *Women in the Soviet Economy* (Baltimore, 1966). En la Unión Soviética, el índice de participación de las mujeres en la fuerza de trabajo es casi el doble que en los Estados Unidos. Cerca del 80 por 100 de las mujeres soviéticas entre los veinte y los treinta y nueve años —el período de embarazo y crianza de niños— están empleadas (en comparación con el 33 por 100 de las mujeres americanas en sus últimos veinte). Aunque las mujeres representan una elevada proporción de la población laboral de cuello blanco, no están tan agrupadas en los trabajos rutinarios como en los países occidentales: un 53 por 100 de los profesionales, incluyendo los científicos y los ingenieros, por ejemplo, son mujeres.

<sup>11</sup> Cf. P. J. D. Wiles y Stefan Markowski, «Income distribution under communism and capitalism», pts. 1 y 2, *Soviet Studies* 22, 1970 1, y Lidia Beskid, «Real wages in Poland during 1956-1967», *Eastern European Economics* 7, 1969. Una investigación general de los cambios habidos en la distribución de la renta en las sociedades capitalista y socialista, aparece en Jean Marchal y Bernard Ducross, *The Distribution of National Income* (Londres, 1968).

Quizás sea legítimo concluir de estas consideraciones que las formas de diferenciación en la capacidad de mercado que operan en las sociedades capitalistas son considerablemente modificadas como resultado de la mediación institucional del poder que prevalece en el socialismo de estado. Por supuesto, los factores que afectan a la capacidad de mercado en las economías capitalistas no desaparecen en modo alguno enteramente: la posesión de cualificaciones manuales sigue siendo una importante fuente de diferenciación en la capacidad de mercado dentro del ámbito del trabajo manual en general, y la posesión de cualificaciones simbólicas *especializadas* otorga capacidades de mercado superiores que aquellas asociadas con las cualificaciones manuales. Sin embargo, podemos estar bastante seguros de que la separación en la capacidad de mercado que ha caracterizado históricamente a las sociedades capitalistas es menos visible en el socialismo de estado. Hay dos cuestiones con respecto a esto: una es la renta relativamente más alta de los trabajadores manuales, medida sólo en términos de salario; la otra es que los trabajadores de cuello blanco de nivel inferior no disfrutaban de las mismas ventajas en lo que se refiere a otras formas de gratificación económica —seguridad en el empleo, beneficios marginales, etc.— que han distinguido tradicionalmente el trabajo manual del no manual en los países capitalistas.

### 3. Niveles de estructuración de clases

Hay pocos materiales acerca de la movilidad intergeneracional que permitan llevar a cabo a una comparación estadística precisa de las variaciones en los niveles de estructuración mediata entre las sociedades socialistas estatales. No obstante, unas tentativas de contrastación pueden basarse sobre la información que existe, y éstas pueden también servir para formular ciertas conclusiones acerca del grado en que las pautas típicas de movilidad en las sociedades socialistas estatales difieren de las características del capitalismo. Las pautas de movilidad obviamente difieren entre las sociedades socialistas estatales que están altamente industrializadas, como Checoslovaquia, y las que poseen grandes sectores campesinos, como la actual Polonia o la URSS anterior a la última guerra. En los dos últimos países, una considerable proporción de trabajadores manuales y no manuales proceden del sector agrícola: los índices de movimiento hacia el trabajo no manual, sin embargo, parecen haber sido más altos en la Unión Soviética que en Polonia. Ciertas investigaciones indican que en la propia Polonia, los índices de movilidad desde el sector agrario a las ocupaciones manuales en el período de la postguerra

(1956-1968) son marcadamente más altos que antes de la guerra<sup>12</sup>. Pero esto debe atribuirse con toda seguridad a la expansión en el nivel de industrialización y a los cambios resultantes en la estructura ocupacional: el mismo estudio muestra que en los índices de movimiento intergeneracional en la industria desde las ocupaciones manuales a las de no manuales de un período posterior no son muy diferentes de los del período anterior a la guerra. Por añadidura, los índices de movilidad descendente del trabajo no manual al manual son bajos, indicando una movilidad «de intercambio» relativamente pequeña. Polonia se sitúa en este sentido en uno de los extremos, sin embargo, y ciertamente los índices de movilidad descendente parecen ser sensiblemente más altos que los de Checoslovaquia<sup>13</sup>.

En lo que atañe a los índices brutos de movilidad entre las ocupaciones manuales y no manuales, podría parecer que existen pocas diferencias significativas entre la mayor parte de las sociedades capitalistas y las socialistas. Pero semejante conclusión sería superficial. La movilidad desde el trabajo manual al no manual en las sociedades del Este de Europa y la Unión Soviética difiere de las sociedades capitalistas en que la movilidad de «largo alcance» es más común —es decir, aquella movilidad que «salta» las ocupaciones administrativas y de cuello blanco de nivel inferior. Esto se refiere claramente al diferente alineamiento de las capacidades de mercado que caracteriza a las sociedades socialistas. Indica que las ocupaciones no manuales inferiores no constituyen esa especie de «zona amortiguadora» que forman en el orden capitalista y que indudablemente sirven en parte para cortar la tendencia a una estructuración de clases mediana centrada en torno a la división entre el trabajo de cuello blanco y el de cuello azul. Pero de nuevo aquí parece intervenir un importante factor temporal, ligado al contraste entre la fase postrevolucionaria y el período posterior. En la etapa que sucede a la toma del poder por el partido comunista, dos conjuntos de fenómenos facilitaron la movilidad «de largo alcance». Por una parte, el *desclasamiento* de un gran número de hombres que ocupaban las posiciones más altas de la administración, como resultado de la revolución misma. Por otra, la promulgación de medidas calculadas para favore-

<sup>12</sup> W. Wesolowski, *Struktura i dynamika społeczeństwa polskiego* (Varsovia, 1970). Sobre Checoslovaquia, véase Zdenek Sirmiska y Blanka Varakova, «La stratification sociale de la société socialiste», *Revue française de sociologie* 13, 1972 (una discusión de Pavel Machonin *et al.*, *Ceskoslovenska společnost-Sociologická analýza sociální stratifikace*, Bratislava, 1969).

<sup>13</sup> Cf. Daniel Kubat, «Social mobility in Czechoslovakia», *American Sociological Review* 28, 1963. Kubat mantiene, sin embargo, que los índices globales de movilidad están decreciendo.

cer las oportunidades educativas de los hijos de los campesinos y de los trabajadores manuales, a través del uso de cuotas educativas. Estas lograron superar con éxito palpable la dominación de la educación superior por parte de personas procedentes de medios sociales de cuello blanco. En años posteriores, sin embargo, existen claros indicios de que este proceso sufre una reversión; las cuotas han sido abandonadas en la mayor parte de los casos, y hay un desequilibrio creciente en el reclutamiento para la educación superior, que redundará en perjuicio de las oportunidades de los procedentes medios manuales o campesinos. Muchos autores han supuesto que esto conducirá a un sistema de «herencia educativa» comparable al observado en las sociedades capitalistas. Pero todavía está por verse hasta qué punto sucederá una cosa así.

Las pautas de movilidad intergeneracional también podrían parecer, en principio, indistinguibles de las de muchas sociedades capitalistas. La disponibilidad de canales de movilidad en la «jerarquía profesional» desde el trabajo a pie de máquina a los puestos de gerencia no es aparentemente más grande en el socialismo de Estado que en el capitalismo. Pero esto sería otra vez una conclusión engañosa, si se ofrece simplemente como una comparación directa, porque el «contenido profesional» de los niveles superiores del trabajo de cuello azul y de los niveles inferiores de trabajo de cuello blanco difiere del que es característico de las sociedades capitalistas. En muchas de las sociedades socialistas estatales existen considerables oportunidades de movilidad profesional desde las categorías no cualificadas a las cualificadas. Estas posibilidades parecen haber alcanzado un desarrollo más alto en Yugoslavia donde, según Milic, más de un 80 por 100 de los trabajadores manuales cualificados han recibido su formación profesional después de entrar en el empleo<sup>14</sup>; pero en otros países socialistas la disponibilidad de oportunidades de movilidad en la esfera del trabajo manual es en general sensiblemente superior a la ofrecida por esquemas profesionales semejantes en la mayoría de las sociedades capitalistas, en las que, con excepción del Japón, los altos índices de cambios de empleo han desanimado a las empresas de la inversión en formación profesional. En el caso de las ocupaciones de cuello blanco la situación se desarrolla en cierto modo a la inversa. Los índices relativamente altos de movilidad intergene-

<sup>14</sup> Vojin Milic, «General trends in social mobility in Yugoslavia», *Acta Sociologica* 7, 1965, p. 131; sobre la Unión Soviética, M. Kh. Liberman y V. V. Petrov, «An analysis of systems of vocational training in industry», en *Osipov, op. cit.*

racional hacia posiciones de gerencia superiores en las sociedades de socialistas estatales están estrechamente vinculados a la importancia que se da a la posesión de calificaciones educativas especializadas. Mientras que éstas poseen indiscutiblemente una mayor significación a este respecto en las sociedades capitalistas, no deja de ser cierto que en éstas últimas la entrada en los puestos de trabajo de cuello blanco de nivel inferior proporciona alguna perspectiva de movilidad profesional con respecto a los escalones más altos de la jerarquía del *management*. Si podemos hablar de una «convergencia» de modelos de estructuración mediata entre las sociedades capitalista y socialista, se trata quizás de que la primera se está moviendo hacia la última y no al contrario. Pues puede suceder que no solamente es cada vez más difícil para el trabajador que comienza su carrera en un rutinario trabajo de oficina conseguir una promoción, sino que, en la diferenciación entre empleo primario y secundario, las empresas tenderán cada vez más a invertir en la formación profesional de un cuerpo «estable» de trabajadores leales a la empresa. Cualquiera que sea la «convergencia» que haya tenido lugar, sin embargo, apenas ha eliminado lo que podemos considerar como una diferencia básica entre las sociedades capitalistas y socialistas —una diferencia que es además acentuada por la ausencia relativa en el socialismo de ciertos aspectos de la estructuración inmediata que promueven una división generalizada entre las clases obrera y media en el capitalismo. Las características principales de las variaciones en las relaciones paratécnicas que tienden a separar a los trabajadores manuales y no manuales dentro de la empresa están estrechamente entrelazadas con la organización técnica de la industria moderna y se dan en todas las sociedades avanzadas. El trabajo «de oficina» está físicamente separado de las condiciones del trabajo «a pie de máquina»; el carácter de las tareas que intervienen en la manipulación de símbolos, pese a las incursiones de la mecanización en las tareas administrativas, contribuye necesariamente a separar la experiencia laboral de los empleados de cuello blanco de la de la gran mayoría de los trabajos manuales. Otros factores de separación física entre los trabajadores de cuello azul y los de cuello blanco que encontramos frecuentemente en la sociedad capitalista, tales como el uso de entradas y bares separados, etc., están normalmente ausentes en la organización socialista de las fábricas. Pero dos influencias adicionales son importantes, o potencialmente importantes, como mecanismos anulatorios del «efecto acumulativo» de las diferencias en las relaciones paratécnicas características de las sociedades capitalistas. Una es la existencia de distinciones de *status* que son generales en los países del Este de Europa y en la Unión

Soviética, y que tienden a seguir la pauta establecida de variación en las remuneraciones económicas: a los trabajadores manuales cualificados se les asigna un *status* más elevado que a los empleados de cuello blanco de nivel inferior, quienes no participan del mismo tipo de afiliación de *status* a la esfera de los gerentes y los profesionales que se da generalmente en los países capitalistas. Reviste una particular importancia, no obstante, y merece la pena estudiarse en cierto detalle, la influencia de los distintos tipos de relaciones de autoridad en la industria.

#### 4. Gestión y autoridad en la empresa

He señalado, en los capítulos anteriores, que es un error asimilar las relaciones paratécnicas y los modelos de autoridad en la industria, como suelen hacer muchos autores. Sin embargo, no es sorprendente si éstos son frecuentemente descritos como un único aspecto de la estructura de la empresa, puesto que así es como tienden a aparecer dentro de la organización de la vida industrial en las sociedades capitalistas. He sugerido que ésta es una de las características necesarias de la mediación institucional del poder en estas sociedades, en las que la economía no está «politizada». En el socialismo de Estado, estas condiciones no se dan y de ello debería deducirse que el carácter y la dinámica de la autoridad industrial son correspondientemente distintas. Trataré de demostrar que esto es precisamente lo que sucede y que las semejanzas aparentes en el carácter de los sistemas de gestión de los dos tipos de sociedades realmente ocultan diferencias significativas. Estas diferencias son de una importancia primordial para diagnosticar las principales causas de tensión en la sociedad socialista. Aunque el estudio de esta cuestión debe dejarse para el próximo capítulo, será útil en este momento bosquejar un marco de referencia para los problemas tratados allí.

En varias sociedades de la Europa del Este, la transición al nuevo orden fue acompañada por la aparición de «consejos obreros» que reivindicaron el control directivo de la industria; pero su existencia fue efímera y fue sucedida por un sometimiento general de la organización industrial a las directrices ortodoxas stalinistas. Como en la Unión Soviética, la necesidad de asegurar «la disciplina laboral», especialmente en aquellos países, como Polonia, donde el objetivo del gobierno era promover una rápida expansión del sector industrial, se antepuso a la «experimentación social» del período revolucionario. El principio de «gestión de un sólo hombre» reintrodujo un sistema

de autoridad industrial en el cual los trabajadores manuales estaban, de hecho, tan supeditados a las órdenes autoritarias desde «arriba» como sus colegas de las sociedades capitalistas. Antes de 1948, en Polonia, Hungría y Bulgaria, que conservaban todavía un sector privado medianamente importante, los sindicatos desempeñaron un papel dirigente, procurando completar la socialización de la economía y controlando la toma de decisiones de la dirección. Después de esta fecha, sin embargo, con la introducción de las medidas de tipo soviético, los sindicatos se convirtieron cada vez más en un mero apéndice que ayudaba a asegurar la subordinación de la fuerza de trabajo a la suprema autoridad de la dirección. Yugoslavia, de hecho, adoptó el principio de «gestión de un solo hombre» ya en 1946. Pero después la ruptura con la Unión Soviética y la evolución hacia un sistema económico descentralizado después de 1954, los consejos obreros comenzaron a adquirir una influencia real cada vez mayor en la gestión de los establecimientos industriales. Cualquiera que sea la validez de las afirmaciones de que los consejos obreros están efectivamente controlados por los miembros del partido comunista, el resultado supone indudablemente una ruptura de la conjunción del trabajo manual y la «exclusión de autoridad» dentro de la empresa que, en el capitalismo, ha sido uno de los principales factores de la estructuración inmediata de clase. Los consejos obreros asumen la responsabilidad de la contratación del personal de dirección a todos los niveles e intervienen asimismo en la formulación de las normas de producción y en la fijación de las categorías salariales<sup>15</sup>.

Mientras que el sistema yugoslavo de consejos fue estimulado por el gobierno central, los de Polonia y, en una fecha posterior, Checoslovaquia, que utilizaremos para fines comparativos, se formaron, en un principio, casi exclusivamente sobre la base de movimientos espontáneos a nivel de empresa y sólo recibieron la aprobación formal del Partido Comunista *a posteriori*<sup>16</sup>. Así, en Polonia en 1956, en varias plantas industriales dispersas, tales como la fábrica de automóviles de Zeran, las asambleas de trabajadores manuales y no manuales efectuaron colectivamente propuestas para la introducción en la gestión de las fábricas de la «autonomía de los trabajado-

<sup>15</sup> Existe hoy en día una extensa bibliografía sobre los consejos obreros yugoslavos. Ver, por ejemplo, ILO, *Workers' Management in Yugoslavia* (Ginebra, 1962); Adolf Stumthal, *Workers' Councils* (Cambridge, 1964); Paul Blumberg, *Industrial Democracy* (Londres, 1968).

<sup>16</sup> Cf. Stumthal, *Workers' Councils*, pp. 119-39; André Babeau, *Les conseils ouvriers en Pologne* (Paris, 1960).



res»<sup>17</sup>. Esto trajo consigo dos tipos de resultados. En las denominadas «empresas experimentales», se fomentó la participación de los trabajadores en la elaboración de los planes de producción y en la distribución de los beneficios obtenidos. Pero generalmente, como en el caso de la fábrica de Zeran, se dio una tendencia hacia la revitalización de los consejos obreros que habían hecho una breve aparición durante la fase de reconstrucción inmediatamente posterior a la guerra. La intención que había tras la restauración de los consejos obreros era contrarrestar el papel de los sindicatos como «segundo gobierno» y como tal estaba estrechamente unida a los difusos objetivos políticos de la reforma del Partido y de la organización estatal. Hacia finales de 1956, después de que Gomulka llegara al poder, se decretó formalmente el reconocimiento de la existencia de los consejos obreros, coincidiendo con la promulgación de otros decretos destinados a promover la descentralización económica a través de la autonomía de la empresa individual. Ni la extensión del control de los trabajadores ni la descentralización a nivel de la empresa alcanzaron un desarrollo parecido al de Yugoslavia, y los consejos obreros sólo ejercieron una influencia efectiva sobre la gestión empresarial durante un corto período de tiempo. En Checoslovaquia, ciertos intentos de instaurar esquemas de autogestión que tenían una temprana y vigorosa historia antes de la enérgica disolución de los consejos obreros en 1949, se llevaron a cabo de forma esporádica en 1966-67. En 1968, la rápida extensión de tales proyectos elevó el problema del control de los trabajadores al primer plano de la atención pública. El «programa de acción» del Partido Comunista de abril de ese mismo año reconoció explícitamente que: «Hay necesidad de comisiones democráticas en las empresas con poderes bien definidos en relación con la gestión. Los directores y los altos cargos deben ser responsables ante estas comisiones de la marcha general de la empresa y serán elegidos por ellas»<sup>18</sup>. Se ha estimado que, a principios de 1969, se habían establecido consejos obreros que representaban aproximadamente a un millón de trabajadores. Los consejos obreros polacos han recibido mucha menos atención en la bibliografía sobre el tema que la experiencia yugoslava, o que el breve episodio checoslovaco. En el próximo capítulo trataré de demostrar, sin embargo, cómo el caso polaco es igualmente instructivo para iluminar aspectos genéricos de la posición de los trabajadores en las sociedades socialistas estatales.

<sup>17</sup> «La courte expérience des conseils ouvriers en Pologne», *La documentation française*, núm. 2453, 26 agosto 1958.

<sup>18</sup> Citado en Robert Vitak, «"Workers" control: the Czechoslovakian experience», *The Socialist Register*, 1971 (Londres, 1971), pp. 254-5

### 5. El desarrollo de la «intelligentsia»

Con la excepción de Checoslovaquia, y hasta cierto punto de la República Democrática Alemana y de la Rusia Soviética, las sociedades socialistas han experimentado un proceso de desarrollo industrial acelerado en una época histórica muy posterior al de las sociedades capitalistas —incluidas las relativamente «recién llegadas» como Japón. De aquí que la rápida creación de «cuadros técnicos», capaces de supervisar la introducción de técnicas industriales avanzadas en unas sociedades anteriormente «subdesarrolladas», haya constituido uno de los objetivos de los gobiernos de dichos países; la formación de una «élite popular con conocimientos técnicos» era todavía más necesaria en la Europa del Este, dado que muchos de esos países habían sufrido una auténtica sangría de este tipo de personal como consecuencia de la guerra. En parte como respuesta a esta necesidad, se establecieron proyectos para el entrenamiento en el propio trabajo de obreros especializados. Pero éstos se vieron acompañados de una rápida expansión de la educación universitaria y técnica —complementada por la costumbre de enviar estudiantes a que completaran su educación técnica en la Unión Soviética.

El término *intelligentsia* se ha empleado de muy diversas maneras. Pero la forma más útil de aplicarlo, dentro del contexto de las sociedades socialistas estatales, es refiriéndonos muy ampliamente a todos aquellos individuos que han recibido algún tipo de educación superior especializada o técnica que les ha permitido el acceso a puestos profesionales o de gerencia. Según el marxismo soviético ortodoxo, la posición de la *intelligentsia* en la sociedad socialista debe ser completamente diferente de la de sus homónimos en el orden capitalista. En este último, el lugar de la *intelligentsia* en la estructura de clases se ve afectado por influencias mutuamente opuestas: como empleados sin propiedad, la *intelligentsia*, junto con los trabajadores de cuello blanco de nivel inferior y los trabajadores manuales, se encuentran separados de la clase dirigente propietaria; pero en la medida en que los miembros de este grupo desempeñan un papel importante en la coordinación y dirección mismas de esa dominación y se afilian a la clase dirigente más que al proletariado, pueden ser considerados como un elemento auxiliar de esa clase. La «nueva *intelligentsia*» es fundamentalmente diferente, tanto porque su antiguo papel de lacayo de la burguesía ha sido necesariamente destruido con la abolición de la propiedad privada como porque recibe una gran infusión de individuos procedentes de medios obreros.

Poco se puede discutir sobre el hecho de los «orígenes proletarios» de una considerable proporción de la *intelligentsia* en las socie-

dades socialistas estatales. La comparación de los orígenes sociales de los estudiantes en los niveles inferiores de educación entre las sociedades de socialistas y capitalistas proporciona algunos contrastes muy agudos, especialmente si la situación en las primeras se compara con la existente en los países de la Europa Occidental. En el estudio de Zagorski sobre Polonia, por ejemplo, se demuestra (1969-70) que más de la mitad de los estudiantes de enseñanza superior proceden de medios manuales o campesinos; una proporción todavía más alta es referida en un estudio anterior sobre Hungría; y las investigaciones sobre la Unión Soviética demuestran que cerca del 50 por 100 de los estudiantes en los niveles educativos superiores proceden de entornos obreros o campesinos<sup>19</sup>. Resultados similares se obtienen si se examina directamente la procedencia de clase de los miembros de la *intelligentsia*. El informe de Milic sobre Yugoslavia (1960) indica que, de los que ocupan puestos de trabajo de gerencia, más del 60 por 100 son de extracción campesina u obrera; aunque la proporción de los que tienen un origen similar y ocupan empleos profesionales es más baja, alcanza cerca del 50 por 100<sup>20</sup>. Estos hallazgos, por supuesto, contrastan de un modo acusado con los de estudios sobre la movilidad en las sociedades capitalistas —aunque, debido a la escasa información que poseemos sobre la movilidad descendente, no se pueden hacer cálculos precisos.

Sin embargo, se deben hacer ciertas puntualizaciones al interpretar la significación de este contraste. En primer lugar, el grado de «proletarización» de la *intelligentsia* es menos acentuado si se hacen distinciones dentro de la categoría general de «educación superior». Esto queda muy claro, por ejemplo, en la investigación antes mencionada sobre la Unión Soviética. Las cifras que indican que cerca de la mitad de los que cursan estudios de tipo superior proceden de medios «proletarios» se hacen menos impresionantes cuando queda demostrado que los estudiantes con semejante origen están desproporcionadamente agrupados en los centros de formación profesional y técnica en lugar de en las instituciones de nivel universitario. En segundo lugar, a pesar de la proporción relativamente alta de miembros de la *intelligentsia* que proceden de medios campesinos y manuales, es todavía normal que un hombre con orígenes de cuello blanco tenga una posibilidad considerablemente mayor de entrar a formar parte de las filas de la *intelligentsia* que uno de orígenes

<sup>19</sup> Las cifras relativas a Rusia proceden de un estudio en Sverdlovsk, citado por Lane, *The End of Inequality*, pp. 112-13.

<sup>20</sup> Milic, *op. cit.*, pp. 125 ss.

más humildes<sup>21</sup>. Finalmente, y lo que es, al menos en potencia, más importante de todo, parece ser cierto en líneas generales que el índice de «proletarización» está decreciendo. Existen razones evidentes para esperar que una tendencia así tenga lugar. La serie de circunstancias que potenciaron en un principio la movilidad de un gran número de individuos desde los niveles inferiores de la estructura de clases, fueron hasta cierto punto específicas del momento histórico, comprendiendo la existencia de muchos puestos cuyos antiguos ocupantes habían sido, por una razón u otra, separados de los mismos, y la creación «de invernadero», propiciada por un vigor ideológico todavía fresco, de una «nueva *intelligentsia*»

<sup>21</sup> La investigación de Widerszpil en Polonia mostró que, de los escolares de extracción social obrera, solamente el 7 por 100 aspiraba a la educación universitaria; el porcentaje correspondiente a los de orígenes no manuales ascendía al 30 por 100. Citado en Zygmunt Bauman, «Economic growth and social structure», en Jerzy J. Wiatr, *Studies in Polish Political System* (Varsovia, 1967), p. 23.

## Capítulo 13

### LA CLASE Y EL PARTIDO EN LA SOCIEDAD SOCIALISTA ESTATAL

#### 1. La concepción de la «nueva clase»

No constituye ninguna suposición nueva que el advenimiento de un tipo de sociedad que se basa en la socialización de los medios de producción engendrará una nueva clase dirigente, una clase quizá incluso más firmemente afianzada en su posición que las que la precedieron en la historia. Esta opinión fue expresada a fines de siglo por Machajski y por otros, mucho antes de que cualquier sociedad de este tipo se hiciera realidad. En épocas más recientes, sin embargo, la teoría de la «nueva clase» se ha visto relacionada sobre todo con el análisis de las sociedades socialistas contemporáneas expuesto por Milovan Djilas. En palabras de este último, «los Estados comunistas han visto, en definitiva, el origen de una nueva forma de propiedad o de una nueva clase dirigente y explotadora... la revolución comunista llevada a cabo en nombre de la liquidación de las clases ha tenido como consecuencia la autoridad más completa de una nueva clase única».

La opinión procede en parte de un punto de vista que descansa en la distinción hecha por Dahrendorf entre los sentidos «estrecho» y «amplio» de la propiedad. La transición al socialismo de Estado ha abolido los títulos legales de la propiedad privada en los medios de producción, pero el control de la propiedad permanece aún en manos de un grupo minoritario. Esta nueva clase está compuesta por los «que tienen privilegios especiales y ventajas económicas

debido al monopolio administrativo que ejercen», y su posición se deriva del papel dominante desempeñado por el Partido Comunista en la vida económica y política. Se trata de una «clase burocrática», consecuencia del monopolio de poder ejercido por el Partido, pero que socava cada vez más el papel del propio Partido: «Lo que una vez fuera un Partido vivo compacto, lleno de iniciativas, está desapareciendo para transformarse en la oligarquía tradicional de la nueva clase, que atrae irresistiblemente a sus filas a los que aspiran a unirse a la nueva clase y reprime a los que tienen cualquier ideal»<sup>1</sup>. La «nueva clase» es, en un sentido importante, una «clase política», porque los privilegios de propiedad que ostentan proceden directamente de la fusión de las esferas política y económica características del socialismo de Estado —en oposición al capitalismo—. En el capitalismo, señala Djilas, los políticos pueden emplear sus cargos gubernamentales para asegurarse ventajas financieras personales, pero en el socialismo de Estado, el acceso a las posiciones políticas lleva consigo el control de los medios de distribución de las ventajas económicas en su totalidad. Tanto el tremendo poder sustentado por la nueva clase como las ventajas económicas de las que se benefician sus miembros dependen de este hecho.

Como varios autores recientes han subrayado<sup>2</sup>, la opinión de Djilas no deja de tener cierta base real. Aunque una gran parte de la dirección del Partido Comunista en el periodo pre-revolucionario en las sociedades socialistas procedía de las filas de los intelectuales y de los profesionales, la masa de los afiliados al Partido estaba compuesta principalmente por trabajadores manuales y por campesinos dependientes. Pero en los años siguientes la proporción de estos trabajadores en el Partido ha disminuido en todas partes: y esta disminución supera con mucho lo que podría predecirse sobre una base puramente estadística como consecuencia de un aumento considerable del volumen relativo del sector de trabajadores de cuello blanco en general. Más aún, los miembros de la intelectualidad tienden cada vez más a dominar los niveles superiores de la dirección del Partido y están representados desproporcionalmente entre los militantes del Partido. El carácter de la alteración en la afiliación global del Partido se puede documentar gracias a los estudios recientes llevados a cabo en varias sociedades socialistas estatales. Así, en la Unión Soviética, en 1959, los trabajadores industriales manuales suponían un 48

<sup>1</sup> Milovan Djilas, *The New Class, an Analysis of the Communist System* (Nueva York, 1957), pp. 35-6, 39 y 40.

<sup>2</sup> Véase, por ejemplo, Parkin, *Class Inequality and Political Order*, páginas 150 ss.; Lane, *The End of Inequality*, pp. 116 ss.

por 100 de los afiliados al PCUS, y los campesinos de las granjas colectivas, un 31 por 100; los trabajadores no manuales comprendían sólo un 20 por 100 del total. Hacia 1968, sin embargo, la proporción de trabajadores manuales había descendido al 39 por 100, y la de los campesinos de las granjas colectivas a un 16 por 100, mientras que la proporción de trabajadores de cuello blanco había aumentado más del doble, ascendiendo a más de un 45 por 100 del total de afiliados. La *intelligentsia* es particularmente prominente dentro de esta última categoría; examinadas en relación con las categorías ocupacionales, los datos nos muestran que existe una relación directa entre el nivel ocupacional y la afiliación al Partido —una gran mayoría de los que se encuentran en los puestos más altos son miembros del Partido, pero los niveles de afiliación descienden bruscamente en los niveles más bajos. Tendencias similares han aparecido en estudios hechos en Polonia, Checoslovaquia y Yugoslavia. En Polonia, por ejemplo, un estudio realizado en 1961 demostró que, entre aquellos que habían recibido una educación superior, la probabilidad de que fueran afiliados al POUP era tres veces superior que entre otros grupos, y que la probabilidad de que fueran militantes destacados del Partido era diez veces superior. Cifras más recientes sobre la extracción social de los miembros del Partido Comunista en los países de socialistas muestran que la categoría social de «funcionarios e intelectuales» comprende en el caso más bajo (en Rumania) el 23 por 100 del total de los afiliados al Partido, y en el caso máximo (en Yugoslavia) no menos del 70 por 100<sup>1</sup>.

Pero se pueden hacer varias objeciones a las ideas de Djilas. En primer lugar, si existe una «nueva clase» que se ha convertido en la clase dirigente en las sociedades socialistas estatales, su composición parece diferente de la que señala Djilas. Según su interpretación, el núcleo de la «nueva clase» está compuesto por aquellos que ocupan posiciones burocrático-políticas en el aparato del Partido —esto es, por funcionarios *full-time* del Partido. Pero si existe alguna zona importante de incipiente estructuración de clases en el socialismo de Estado se trata sin duda de la división entre la *intelligentsia* y los otros grupos de la población. En este sentido, no sería correcto afirmar, como lo hace Djilas, que el propio Partido tiende a dis-

<sup>1</sup> Zygmunt Bauman, «Economic growth, social structure, elite formation», *International Social Science Journal* 2, 1964. Un estudio más reciente realizado en Polonia muestra que la proporción de afiliados del POUP que presentaba la *intelligentsia* en 1970 ascendía al 33 por 100; Adolf Dobieszewski, *Wybrane problemy teorii i praktyki funkcjonowania partii* (Varsovia, 1971), p. 289; *The Problems of Peace and Socialism*, núm. 9, 1970.

minuir en importancia a medida que la «nueva clase» se convierte en una «clase burocrática»; más bien sucede lo contrario: la base de la formación de la «nueva clase» parece la penetración y dominación del Partido por quienes poseen una educación superior, que van desalojando de forma creciente a los antiguos «hombres del Partido». Es más, como han observado muchos críticos, existe una diferencia fundamental entre el control sobre la propiedad colectiva, como lo llevan a cabo los funcionarios del Partido en las sociedades de socialismo de Estado, y los derechos de disposición de que disfrutaban los poseedores de propiedades privadas en las sociedades capitalistas. Los primeros no permiten, como lo hacen los segundos, la transmisión directa de las ventajas económicas a través de las generaciones. Si existe un alto grado de cierre en la estructuración mediata de la «nueva clase», debe funcionar a través de la «herencia» de ventajas educativas.

El propio Djilas sostiene que la pauta de reclutamiento de la «nueva clase» es bastante diferente de la de la clase alta en la sociedad capitalista: «El origen social de la nueva clase se encuentra en el proletariado, del mismo modo que el de la aristocracia surgió en una sociedad campesina y la burguesía en una sociedad artesana y comercial... en ningún caso puede perder sus relaciones con el proletariado»<sup>4</sup>. Aunque, como he señalado anteriormente, parece ser que el grado de «proletarización» de los trabajadores de cuello blanco de nivel más alto está declinando, esto aún constituye uno de los contrastes más significativos en relación con la situación en las sociedades capitalistas. Existe cierto fundamento para suponer que es difícil que este declive alcance proporciones que puedan crear un nivel de estructuración mediata comparable al característico de la clase alta en la mayoría de las sociedades capitalistas. En estas últimas, un nivel de estructuración relativamente alto se mantiene en gran medida gracias a las ventajas conferidas por la posesión de riqueza privada: ésta, o bien facilita la «entrada directa» de los hijos de padres pertenecientes a la clase alta en las ocupaciones más elevadas (la forma más evidente es el caso típico en el que un hijo se convierte en director del negocio de su padre), o ayuda a conseguir el acceso a ventajas educativas que pueden conducir a un resultado final similar (el ejemplo más obvio es la existencia de un sistema desarrollado de escuelas y universidades privadas). En las sociedades de socialistas, estos fenómenos son casi desconocidos. Lo que

<sup>4</sup> Djilas, *op. cit.*, p. 41.



es probable que se convierta en un factor de creciente importancia es la acción del «círculo vicioso» de la privación económica y educativa que afecta a los niveles inferiores de la estructura de clases en las sociedades capitalistas. Pero dada la relativa falta de estructuración de clases sobre la base de una división entre el trabajo manual y no manual, esto probablemente asumirá una forma diferente en el socialismo de Estado. Los individuos procedentes de medios manuales especializados probablemente saldrán mejor parados en términos de la movilidad inter-generacional hacia la *intelligentsia*; los más desfavorecidos serán los procedentes de medios campesinos o manuales semi-especializados o sin especialización. De esto se deduce, por tanto, que podemos esperar encontrar, a la larga, índices elevados de movilidad «a largo plazo» en las sociedades socialistas. Esto no es realmente compatible, como Džilas parece sostener, con un alto nivel de estructuración de clase en los escalones superiores de la sociedad. Dados los otros aspectos en los que su planteamiento puede cuestionarse, es razonable concluir que la tesis de la «nueva clase» es exagerada. Aunque hay condiciones que indiscutiblemente promueven una incipiente estructuración de clases en los niveles superiores de los países socialistas, están contrarrestadas por los factores que diferencian a estas sociedades del orden capitalista.

## 2. Las formaciones de élite y la mediación del control

Lo que es válido para las posiciones de la *intelligentsia* en general, es válido para las posiciones de las élites en particular. Es decir, está bastante claro que las sociedades socialistas estatales manifiestan un sistema mucho más «abierto» de movilidad de élites que el que caracteriza a las sociedades capitalistas en su conjunto. Así, los diez miembros del Presidium soviético en 1957, que eran al mismo tiempo secretarios del Comité Central, procedían todos de medios campesinos o manuales. De los miembros del Comité Central elegido en 1961, más de un 85 por 100 procedía de tales medios. La información sobre los orígenes de los que se encuentran en posiciones de élite en otras esferas de la Unión soviética es difícil de obtener; sin embargo, parece ser que, si bien los accesos a estas posiciones son mucho más «abiertos» que en la mayoría de las sociedades capitalistas, están menos dominados por los procedentes de medios campesinos o de cuello azul que los puestos en la élite política. Esto parece ser especialmente cierto en relación a la élite económica: entre los dirigentes militares soviéticos, la proporción que procede de medios «proletarios» sólo

es ligeramente más baja que la que caracteriza a la dirección política<sup>3</sup>. Uno de los pocos estudios detallados sobre la extracción social de los grupos de élite en las sociedades de socialistas estatales se encuentra en una reciente investigación sobre los llamados creadores de opinión en Yugoslavia. La investigación se ocupaba de los «creadores de opinión» en varias esferas de la sociedad yugoslava: dirigentes políticos y económicos, así como personas sobresalientes en los campos científico, artístico y literario. Los resultados revelaron un modelo en líneas generales semejante al de la Unión Soviética, salvo en que la proporción de miembros de la élite económica que procedían de medios campesinos o manuales era más alta que en la élite política (71 por 100 frente a un 68 por 100). En los otros grupos, por el contrario, la mayor parte de los individuos procedían de medios intelectuales<sup>4</sup>.

Como en otros aspectos de la sociedad socialista, es posible que estas características sean relativamente transitorias y se deriven de los cambios a corto plazo introducidos por la renovación del personal de élite a que dio lugar la toma del poder por parte del Partido Comunista. La «invasión» aparentemente creciente del Partido por parte de los empleados en profesiones no manuales terminará, cabe suponer, con el remplazo de la «primera generación» por una nueva generación de individuos procedentes de entornos de cuello blanco. Pero aunque parece probable que el carácter relativamente abierto de la movilidad de élites disminuirá hasta cierto punto en el futuro, hay razones para creer que el acceso a las posiciones de élite política seguirá teniendo un carácter menos restringido que en las sociedades capitalistas. Aunque los empleados no manuales, y más específicamente la *intelligentsia*, pueden llegar a dominar la afiliación del Partido Comunista en general, la situación en lo que atañe a los puestos administrativos más altos dentro del propio Partido es un tanto distinta. Como Brzezinski y Huntington señalan con respecto a la Unión Soviética, probablemente se da un cierto grado de «selección negativa» de los hijos de la intelectualidad de cuello blanco en el reclutamiento para una carrera de *apparatchik*. El proceso profesional que se requiere para alcanzar una posición política elevada exige un tipo de compromiso profesional e ideológico que probablemente está menos desarrollado entre los procedentes de los niveles más altos; la orientación ideológica de la dirección actual del Partido, junto con los modelos

<sup>3</sup> Zbigniew Brzezinski y Samuel P. Huntington, *Political Power: USA/ USSR* (Nueva York, 1964), pp. 135-40.

<sup>4</sup> *International Study of Opinion Makers*, 1969 (sección yugoslava), citado en Lane, *op. cit.*, pp. 116-18.

que han sido establecidos hasta la fecha, nos permiten prever que la carrera de dedicación completa al Partido continuará siendo una posibilidad atractiva y realista para individuos ambiciosos procedentes de medios campesinos o manuales<sup>7</sup>.

En lo que se refiere a la clasificación de las formaciones de élite que he expuesto anteriormente, los grupos de élite en las sociedades de socialistas se aproximan al tipo que he caracterizado como «élite solidaria». Cualquiera que sean los cambios que puedan ocurrir en el futuro, las élites en el socialismo de Estado se han nutrido, hasta la fecha, en su mayor parte, de individuos procedentes de un amplio espectro de medios sociales; pero también han estado estrechamente unificadas por la influencia general de la ideología marxista soviética. Cada uno de estos aspectos de la formación de élite debe atribuirse, en gran medida, al papel del Partido Comunista, que domina la jerarquía de élites en todos los países socialistas. Indiscutiblemente, el poder efectivo ejercido por la élite del Partido supera con creces al mantenido por la dirección política de cualquiera de las sociedades capitalistas —una proposición aplicable tanto al «ámbito» [*issue-strength*] como al grado de «consolidación» de este poder. En relación con el esquema que he bosquejado en el capítulo 7, es evidente que el sistema de dominación de las sociedades socialistas tiende hacia el tipo de la «élite de poder». A menudo se hace hincapié en que el poder del Partido Comunista en las sociedades socialistas estatales descansa sobre un fuerte control de los medios de producción y difusión de ideas. Esto es bastante correcto. Pero también se debe insistir en que el papel del partido en la mediación del control depende de su lugar central dentro de un sistema de integración muy compacto de la élite: es decir, su monopolio, a través de la ocupación de cargos en las diversas ramas del aparato administrativo, de las posiciones clave en las distintas esferas institucionales.

A la luz de las reformas económicas introducidas recientemente en muchas de las sociedades socialistas estatales, algunos autores han sugerido que esta posición de monopolio se verá sometida a una presión cada vez mayor. Según este planteamiento, la *intelligentsia* —o, más exactamente, la intelectualidad científica y técnica— se está transformando en la principal fuente de oposición al aparato del partido y acabará desplazando eventualmente a los *apparatchiki* tal como han existido hasta ahora<sup>8</sup>. Aquellos que tienen una educación especializada no compartirán las mismas perspectivas ideológicas

<sup>7</sup> Brzezinski y Huntington, *op. cit.*, pp. 139 ss.

<sup>8</sup> Cf. Albert Parry, *The New Class Divided* (Nueva York, 1966); ver también Aron, *La lutte des classes*, pp. 331 ss.

que los burócratas del partido; y socavarán el poder de estos últimos porque, en una sociedad altamente industrializada, los expertos técnicos consiguen cada vez más poder. Esta teoría, obviamente, está estrechamente relacionada con las teorías generales de la «tecnocracia», criticadas por extenso más adelante: como tal presenta muchos puntos vulnerables, como indicaré posteriormente (pp. 302-13). Con respecto a los países socialistas este punto de vista ha sido expuesto normalmente con referencia a la Unión Soviética, y en esta sociedad parecen darse ciertos hechos que la apoyan. Así, ha existido recientemente una visible tendencia entre los funcionarios del gobierno soviético a ser escogidos entre el personal técnicamente preparado. Los dirigentes políticos soviéticos que han sucedido a Jrushchev —Brezhnev, Podgorni y Kosygin— son todos graduados en institutos técnicos<sup>3</sup>. Pero se puede dudar que esto constituya una prueba fehaciente del ascenso de una nueva élite tecnocrática dentro del aparato gubernamental. La teoría —como la expresa Parry— de «la división de la nueva clase» presupone que los tecnócratas forman un grupo con carácter propio dentro de la élite, distinto de los funcionarios del Partido de viejo estilo. Sin embargo no parece realmente que los «tecnócratas» constituyan un grupo semejante en lo que atañe a la educación ni con respecto a sus perspectivas. Por el contrario, la llegada de los que poseen una educación técnica a las posiciones más altas, al menos en la esfera política, ha sido controlada en gran medida por el propio aparato del Partido. El uso de las escuelas del Partido como un filtro de cualificación para el acceso a las posiciones dirigentes contribuye a subrayar la escisión entre el reclutamiento de la élite política y el de otras élites mencionado previamente. Los que llegan a ser funcionarios de nivel superior del Partido, aun cuando hayan recibido una educación técnica especializada, tienden a experimentar una transformación de sus perspectivas y actitudes en el curso de su brillante carrera burocrática.

Así, aunque se puede afirmar que está surgiendo una importante causa de escisión entre las élites en las sociedades socialistas, no hay que entenderlo como una mera confrontación entre los funcionarios del Partido y los «tecnócratas» o como la prefiguración necesaria de la muerte de los *apparatchiki* de viejo estilo —una especie de tesis del «crepúsculo de las ideologías» en miniatura. Si hay una fuente genérica de oposición y conflicto dentro de las élites, se trata, hasta cierto punto, de una fuente que trasciende la influencia de la educación técnica en sí, y se centra sobre una división entre la administración política superior, que procura mantener un control fuertemente cen-

<sup>3</sup> John S. Reshetar, *The Soviet Polity* (Nueva York, 1971), pp. 360-1.

tralizado sobre la vida económica, y la presión en favor de la descentralización de la toma de decisiones en la esfera económica <sup>10</sup>.

### 3. Fuentes de tensión en el socialismo de Estado

El socialismo de Estado se basa en el intento de imponer directrices políticas a la actividad económica —directrices políticas que en todas las sociedades del Este de Europa, se ajustaron estrictamente en un principio al modelo pre-existente de organización económica que prevalecía en la Unión Soviética. En el pasado, esto dio a los países socialistas, *en cierto sentido* al menos, una homogeneidad mayor de la que presentan las sociedades capitalistas. Es decir, la semejanza general en la estructura del Partido Comunista, en su modo de dominación de la política y la economía, y las políticas económicas seguidas en el período inicial de la postguerra, sirvieron para producir una homogeneidad aparente en la estructura socio-económica entre las diferentes sociedades. Así, Seton-Watson escribió en 1955: «Estoy convencido de que en todos los países soviéticos la tendencia de gobierno es idéntica, y que las diferencias están siendo superadas rápidamente. Es la semejanza entre los regímenes, la profunda imitación por parte de todos de la historia pasada de la Unión Soviética, lo que debe destacarse» <sup>11</sup>. La imposición misma de un tipo «monolítico» de sistema político-económico sobre las diferentes sociedades, es lo que ha creado una de las mayores fuentes de tensión interna dentro de ellas. La afirmación de Seton-Watson no podría formularse hoy con la misma validez, pero, con la excepción parcial de Yugoslavia, las sociedades socialistas estatales continúan manifestando una fuerte similitud general en su «super-estructura».

Particularmente en los países más industrializados del Este de Europa esto constituye en sí una de las fuentes fundamentales de tensión. Pero podemos también distinguir otros dos factores (o conjuntos de factores) variables que influyen en la estructura social interna en las sociedades socialistas, y están directamente relacionados con los dos aspectos de la «descentralización» mencionados en el capítulo anterior. Uno es el carácter del control ejercido por la

<sup>10</sup> Debemos desconfiar de las afirmaciones categóricas como «en la sociedad socialista los antagonismos clave que suceden en el nivel social son aquellos que se producen entre el partido y la burocracia estatal, por un lado, y la *intelligentsia*, por otro» (Frank Parkin, «System contradiction and political transformation», *Archives européennes de sociologie* 13, 1972, p. 50).

<sup>11</sup> Hugh Seton-Watson, *East European Revolution* (Londres, 1955), p. xvi.

esfera política sobre la dirección de la vida económica; el otro, la mediación del control en los niveles inferiores en la empresa económica. Aunque en cada uno de estos aspectos intervienen elementos que afectan a todas las sociedades socialistas estatales, su influencia se ve condicionada, en gran medida, por la *variación en la «concordancia» entre la super-estructura impuesta, que se deriva de la primera fase post-revolucionaria, y la infraestructura existente*. La mayor parte de los estudios que han examinado los cambios que están ocurriendo presuntamente en el socialismo de Estado toman a la Unión Soviética como fuente de sus datos. Pero, si la Unión Soviética proporcionó el «modelo» (conscientemente seguido) del desarrollo inicial de las sociedades socialistas estatales, se puede decir que la situación es en la actualidad bastante diferente. Hay varios aspectos bastante evidentes en los que las sociedades del Este de Europa difieren de la Unión Soviética, así como entre ellas mismas. En la Unión Soviética, el Partido Comunista llegó al poder como consecuencia de un proceso de cambio revolucionario interno; con la excepción de Yugoslavia —que, significativamente, se desvió del «modelo impuesto» en una etapa temprana— las «revoluciones socialistas» que tuvieron lugar en los otros países fueron facilitadas o directamente realizadas gracias a la utilización del poderío militar soviético. Así, no sólo existe un nacionalismo incipiente que amenaza todo intento de potenciar «un único socialismo» en los países del Este de Europa, sino que, en general, se puede decir que la legitimidad del aparato gubernamental tiene un fundamento menos firme que en la Unión Soviética. Por otra parte, al menos en algunas sociedades del Este de Europa (de nuevo, el ejemplo más notable es el de Checoslovaquia), existía una clase media de cuello blanco más desarrollada y más firmemente arraigada que la que imperaba en Rusia antes de 1917. Un grupo semejante siempre constituye un foco contrarrevolucionario en potencia, capaz de resistir la fragmentación en «personal de cuello blanco de nivel inferior», por un lado, e *intelligentsia*, por otro, que tiende a producirse como resultado del desarrollo del socialismo de Estado. Finalmente, el proceso de la «socialización de los medios de producción» ha avanzado, por regla general, menos en las sociedades del Este de Europa que en la Unión Soviética, especialmente en la agricultura, y esto puede contribuir a la persistencia de intereses opuestos a los del gobierno centralizado.

Se ha convertido en un lugar común hoy en día decir que la Unión Soviética y las sociedades del Este de Europa están experimentando un gran proceso de transición, que está produciendo, o

habrá de producir, cambios profundos en su organización social<sup>12</sup>. La visión más corriente es la que sostiene que el sistema de poder político característico del socialismo de Estado, incluyendo la dominación «monolítica» del Partido Comunista, debe ceder ante un orden más «pluralista». Este aserto no se basa necesariamente, aunque sí frecuentemente, en una concepción de la «convergencia» de las sociedades industriales. El tema subyacente a este tipo de planteamiento es fácilmente discernible: aunque el papel autocrático desempeñado por el Partido Comunista puede ser importante, y aun necesario, durante la rápida transformación de una sociedad agraria en una sociedad industrializada, una vez que este objetivo ha sido alcanzado el desarrollo de una economía compleja y moderna requiere una diversificación de los centros de control. Este punto de vista está a menudo estrechamente ligado a la idea de que los «tecnócratas», más inclinados a una política de «relaciones humanas» y económicas pragmática que hacia las consideraciones ideológicas que guían a los funcionarios del Partido, constituyen la nueva élite<sup>13</sup>.

A pesar de la aceptación general que ha alcanzado, la tesis no es del todo convincente. Cada una de las premisas sobre las que descansa es cuestionable: que la dominación continuada del Partido Comunista en la vida política y económica es «funcionalmente incompatible» con la organización de una sociedad o economía avanzadas; y que, dada la existencia de tal «incompatibilidad», el socialismo de Estado se orientará necesariamente hacia un pluralismo (o experimentará una serie de brotes revolucionarios que transformarán violentamente la sociedad «desde abajo»). La fragilidad de la primera premisa puede demostrarse por la enunciación de su opuesto (igualmente verosímil): que el carácter complejo de una sociedad avanzada exige una *centralización* de los organismos directivos, al objeto de coordinar e integrar los complicados mecanismos del orden social y económico moderno. De hecho, tal oposición de planteamientos simplifica en exceso el problema en cuestión y, como expondré más adelante, hay ciertos aspectos en los cuales estas nociones aparentemente contrarias tienen cada una un elemento de validez. Pero aun si la primera premisa fuera aceptable, que según está formulada no lo es, la segunda

<sup>12</sup> Cf. Daniel Bell, «Ten theories in search of reality», *The End of Ideology* (Nueva York, 1961); David Lane, *Politics and Society in the USSR* (Londres, 1970), pp. 175-96.

<sup>13</sup> Para una exposición de las ideas divergentes sobre la posible tendencia de desarrollo en la Unión Soviética, ver Zbigniew Brzezinski, *Dilemmas of Change in Soviet Politics* (Nueva York, 1969); para una discusión de mayor alcance, cf. Stephen Fischer-Galati, «East Central Europe: continuity and change», *Journal of International Affairs* 20, 1966.

no se seguiría de esa manera tosca en que normalmente se propone. En la mayor parte de estas estimaciones, la idea de «incompatibilidad funcional» permanece sin examinar. Cuando el concepto, como se aplica en este contexto particular, es analizado más de cerca, resulta estar referido a una o más de las siguientes proposiciones: que el *apparat* existente carece de los individuos que poseen el conocimiento especializado necesario para administrar una economía moderna (esto es, la tesis de la «tecnocracia» otra vez); que la vida económica no puede ser dirigida (eficientemente) por una organización básicamente *política*, sino que debe ser controlada por *managers* más que por políticos, por competentes desde el punto de vista técnico que estos últimos puedan ser; que las concepciones ideológicas generales del marxismo y de la introducción de un orden sin clases a las que se adhieren de una forma efectiva o nominal los gobiernos de los socialismos de Estado están fuera de lugar en una economía industrial moderna; que la posición dominante del Partido Comunista se deriva de las condiciones sociales pasajeras y relativamente fluidas que prevalecían cuando llegó al poder, y que su influencia debe, por tanto, declinar con la «rutinización» que tiene lugar en la sociedad post-revolucionaria; y finalmente, como supuesto general subyacente, que la existencia de una o varias de estas circunstancias conduce necesariamente a cambios en el sistema preexistente.

La última proposición, puede ser aceptada, si se le añade que en ningún caso la respuesta a la «incompatibilidad funcional» es automática, como se da a entender frecuentemente. Un modo de organización social y económica que produce tensiones definidas no sufre por este motivo necesariamente un cambio, y aun si tal cambio tiene lugar, la dirección que sigue no es inevitablemente hacia la «adaptación»: si algunas de las proposiciones enunciadas previamente son exactas, la respuesta de las organizaciones del partido, o la de los gobiernos de Estado socialistas en general, podría ser reforzar más de lo que está hoy en día la posición del Partido, y no es obvio de ninguna manera que semejante vía de acción esté predestinada al fracaso final<sup>14</sup>. Es ingenuo suponer, por ejemplo, que si es cierto que una economía altamente centralizada produce una «ineficiencia» productiva en ciertas áreas fundamentales de la actividad económica, esto conduzca directamente a presiones que buscan algún tipo de modificación esencial de la vida económica. Tales presiones deben implicar una oposición activa y efectiva por parte de grupos particulares al estado actual de cosas, y esto a su vez depende de la «visibi-

<sup>14</sup> Cf. Robert Bass, «East European Communist elites: their character and history», *ibid.*, pp. 114-17.



lidad» de los fenómenos en cuestión; puede decirse que uno de los mayores defectos de gran parte de la bibliografía acerca de las tendencias contemporáneas del desarrollo de las sociedades de socialistas estatales es que supone no solamente un «funcionalismo social» cuestionable, sino también un «funcionalismo económico» completamente ilegítimo.

De las proposiciones enumeradas anteriormente, la segunda y la cuarta son las más plausibles. La primera, la versión modificada de la tesis tecnocrática, no resiste un examen detenido mejor que los otros aspectos de este tipo de planteamiento. Es discutible hasta qué punto los responsables de tomar las decisiones más generales que afectan a la vida económica y política necesitan poseer una competencia técnica especializada, en lugar de buscar el consejo y utilizar la experiencia de los que sí tienen esta competencia. En verdad, tal situación es prácticamente ineludible, puesto que la gama de decisiones que deben tomarse es muy extensa, y ningún individuo o pequeño grupo de individuos podría dominar el enorme cuerpo de conocimientos especializados que potencialmente se requieren incluso dentro de una empresa moderna en gran escala, por no hablar de la economía o la política en general. Aunque hay probablemente una tendencia hacia el ascenso de hombres técnicamente «informados» dentro de las élites del Partido —tal como se ha indicado ya respecto de la Unión Soviética— esto es completamente diferente del «gobierno de los expertos» pronosticado por muchos comentaristas, y no tiene por qué significar ninguna alteración básica en la posición dominante del Partido, por las razones mencionadas previamente<sup>15</sup>. La tercera proposición, que mantiene la «incompatibilidad funcional» de la teoría marxiana de la ausencia de clases con un orden industrial avanzado, es igualmente sospechosa. En los socialismos estatales, el marxismo ya no es simplemente una teoría intelectual de la sociedad, sino un pabellón ideológico que legitima el papel dirigente del Partido Comunista; como ideología, su nivel de persuasiva no puede reducirse directamente al grado de validez «científica» que pueda otorgarle el observador occidental. Que el orden sin clases previsto por Marx llegue o no a ser una realidad en los países socialistas estatales no comporta ninguna consecuencia definitiva para el futuro del

<sup>15</sup> Cf. Jeremy Azrael, *Managerial Power and Soviet Politics* (Cambridge, Mass., 1966), el cual arguye que los gerentes están de acuerdo con la ideología general del sistema y no constituyen una fuerza partidaria de un cambio político radical; y George Fischer, *The Soviet System and Modern Society* (Nueva York, 1968), que identifica el ascenso de lo que denomina el «ejecutivo dual», cuya instrucción se basa en los conocimientos de tipo técnico y en el trabajo de Partido.

marxismo ortodoxo soviético como ideología política de base; después de todo, el cristianismo sobrevivió durante muchos cientos de años en sociedades que presentaban desigualdades de riqueza muy pronunciadas, a pesar de su fuerte énfasis contra la avaricia y la ostentación de posesiones (¡aunque quizás no debería hacerse demasiado caso de este ejemplo!).

Las dos proposiciones restantes, referentes a la relación general entre política y economía y al carácter «temporal» de la dominación del Partido Comunista, son más importantes, y cada una de ellas puede ser útilmente relacionada con el problema de «centralización» *versus* «devolución» en las esferas política y económica. Me he referido previamente en diversos puntos a los factores implicados en la «rutinización» de las sociedades socialistas estatales, e indudablemente existen procesos en desarrollo que están modificando significativamente el carácter de las estructuras del Partido en los diferentes países, por cuanto que los problemas planteados a una élite en el poder son completamente distintos de los que enfrenta una organización subordinada que trata de alcanzar el poder. Pero los procesos de cambio que están teniendo lugar probablemente van a disminuir menos el monopolio del Partido Comunista sobre la vida política y económica en general que a abrir nuevas fuentes de división dentro del Partido. Esto no debe caracterizarse como un cisma entre «burócratas» y «tecnócratas», sino como una discusión entre dos tipos de «hombres del Partido»: a saber, los *miembros* militantes del Partido, procedentes crecientemente, como hemos visto, de la *intelligentsia*, y la élite del Partido, formada por los funcionarios de dedicación completa. Las implicaciones de esto (que no excluyen, por supuesto, la existencia de luchas entre facciones *dentro* de la élite en torno al «problema de sucesión», etc.), pueden desarrollarse además en relación con las tensiones derivadas del intento de subordinar la vida económica a la dirección de la política: y analizando éstas podemos volver sobre algunas de las ideas que he procurado elaborar en el examen de los países capitalistas.

He señalado anteriormente que hay dos aspectos de la «descenralización» del control económico resultantes de las nuevas medidas políticas y económicas adoptadas en la mayoría de los países socialistas a partir de los últimos años cincuenta (o, más exactamente, como resultado potencial de estas reformas, puesto que en realidad muchas de ellas han sido más extensamente discutidas que puestas en práctica). Cada aspecto tiene paralelismos bastante directos en las sociedades capitalistas, pero el carácter de los elementos que intervienen es en otros sentidos bastante diferente en cada una de las dos

formas de la sociedad avanzada. Uno se refiere a la mediación del control en los niveles superiores de organización económica, el otro, a la mediación del control en los niveles inferiores. En las sociedades socialistas se dan conexiones entre estos dos niveles que están ausentes, en gran medida, en el capitalismo. En los países capitalistas, el debate acerca del problema de «la propiedad y el control» se ha llevado a cabo, en su mayor parte, separadamente del relativo al carácter y futuro del movimiento obrero contemporáneo, como si se tratara de dos conjuntos de cuestiones absolutamente dispares. En gran medida, esta situación refleja, de hecho la realidad. Los mecanismos que facilitan el economicismo tienden a «bloquear» la orientación al control del movimiento obrero. En las sociedades socialistas estatales, sin embargo, la situación es diferente. Las cuestiones que afectan a la mediación del control a ambos niveles de la empresa tienden a estar estrechamente relacionadas, de modo que la modificación de la organización económica en uno de los niveles tiene consecuencias inmediatas en el otro. Además, la separación de economía y política, característica de la sociedad capitalista, limita las repercusiones que cualquier tensión o cambio en la estructura económica pueda tener en el sistema político, y viceversa; aunque dichas repercusiones casi siempre se dejan sentir, son muy a menudo indirectas y difusas. En el capitalismo, la existencia de la propiedad privada legitima el funcionamiento independiente de la empresa<sup>16</sup>. Este principio no está afectado por la fragmentación de la propiedad por acciones en las sociedades anónimas, o por ningún otro fenómeno relacionado con el *managerialismo*. En la sociedad socialista estatal, por otro lado, el conflicto económico tiene necesariamente implicaciones directamente políticas.

Ahora bien, la presión en favor de conceder una mayor independencia de control a nivel de empresa, como parte del movimiento general hacia la descentralización económica de los últimos años cincuenta, se originó en la percepción de los economistas y de otros intelectuales de que la economía de mando firmemente estructurada, heredada del temprano desarrollo de la Unión Soviética, conducía a diversas formas de despilfarro e ineficacia económicos. De este modo, fueron, en gran parte, consideraciones «técnicas» las que impulsaron el «libermanismo» y potenciaron la expansión de su influencia. En las sociedades en que se introdujeron tales reformas, éstas fueron, en su mayor parte, sancionadas por la dirección del Partido en términos «tecnocráticos», como meras técnicas económicas de poca o nula

<sup>16</sup> Cf. sobre este punto en Ernst Halperin, «Beyond Libermanism», en Brzezinski, *op. cit.*, pp. 105-6.

significación ideológica intrínseca. Esto es, desde luego, uno de los factores que ha movido a tantos observadores a hablar del ascenso de un nuevo grupo tecnocrático que desafía la dominación del Partido Comunista. Pero, en realidad, al *apparat* le interesa apadrinar tal legitimación de la extensión de la independencia del control gerencial de la vida económica, porque es la única realmente compatible con el actual nivel de «responsabilidad» ante el Partido. El objeto principal de su argumentación es, sin embargo, que *existe una antinomia fatal entre los dos aspectos de la descentralización que he distinguido previamente* (la devolución del control económico a las manos de los gerentes y una mayor capacidad de respuesta a los mecanismos de los precios), *y que ésta debe explicarse en función de la falta de «bloqueo» en la mediación del control en los niveles superiores e inferiores de la empresa.*

La introducción de una mayor independencia en la gestión empresarial, justificada de un modo «tecnocrático», y que entraña una orientación hacia los beneficios, se va a encontrar, por todas partes, con una fuerte resistencia por parte del grueso de los trabajadores en la empresa. Esto es así, precisamente, porque no hay ninguna posibilidad de orientación hacia el economicismo por parte de los trabajadores manuales o no manuales de nivel inferior en las sociedades socialistas estatales. Probablemente sólo hay una forma de justificar la independencia del control gerencial que pueda ser aceptable para los trabajadores dentro de la organización: esto es, *si va unida a alguna forma de autogestión obrera.* El surgimiento pasajero de los consejos obreros polacos, por tanto, reviste un interés particular, por cuanto que proporciona una prueba fehaciente de la realidad de esta tendencia y sienta las bases para una comparación con la experiencia yugoslava. (La historia polaca más reciente ofrece nuevas fuentes de material: así, por ejemplo, las reivindicaciones de los estibadores de Szczecin, presentadas al gobierno en diciembre de 1970, reclamaban la dimisión de la dirección existente del sindicato y la creación de consejos obreros autónomos.) En la mayoría de las sociedades socialistas estatales, cualquier presión en favor de la introducción efectiva de la autogestión no podrá encontrar sino resistencia por parte de la burocracia central del Partido, puesto que representa una amenaza potencial al sistema existente mucho mayor que la planteada por los elementos «tecnocráticos». En Yugoslavia, la introducción de consejos obreros fue fomentada directamente desde el gobierno central después de la ruptura con la Unión Soviética, como medio de asegurarse el apoyo de las masas a las nuevas medidas económicas y políticas. El resultado ha sido la creación de

una forma viable de «socialismo de mercado». La experiencia yugoslava demuestra que la «devolución dual» —un grado razonable de independencia gerencial, junto con consejos obreros (aunque la realidad se aparte un tanto de los ideales)— no es incompatible con el mantenimiento de la dominación general del Partido Comunista. Pero es evidente que un sistema semejante no podría introducirse actualmente en otros países socialistas sin una reorganización sustancial de las estructuras existentes del Partido —reorganización que tuvo lugar en una fase del desarrollo más temprana y fluida en Yugoslavia. Por consiguiente se puede argumentar que la mayoría de las sociedades socialistas estatales se encuentran en una situación en cierto modo paradójica. Una legitimación «tecnocrática» de la descentralización a nivel de la dirección empresarial, que probablemente es en extremo compaginable con la continuidad de la dominación actual del Partido en la vida política y económica, tenderá a estimular un resurgimiento de las reivindicaciones en favor de una extensión de la gestión obrera —y a producir así un «contra-comunismo», cuyas concepciones ideológicas se basan en las cooperativas locales y la auténtica participación obrera en el ejercicio de la autoridad en la industria. Por esto es por lo que no son los «tecnócratas», sino los militantes del Partido quienes tienen la posibilidad de constituir un potente foco de oposición a la estructura gubernamental de poder existente: este grupo representa una fuente de dirección que, aunque adhiere al comunismo, puede cuestionar la rigidez del marxismo ortodoxo. La probabilidad de que se produzcan serias confrontaciones entre tales grupos disidentes y los niveles superiores de la organización del Partido es menor en la propia Unión Soviética. Por supuesto no porque no se den las mismas tensiones genéricas, sino a causa de los factores ya mencionados: en la mayoría de las sociedades del Este de Europa la dominación del *apparat* está menos fuertemente enraizada que en la Unión Soviética. El nivel de industrialización anterior a la transición al socialismo de Estado es un elemento importante, aunque no el único, que afecta a esta cuestión<sup>17</sup>.

<sup>17</sup> Bauman ha aducido recientemente, en mi opinión bastante poco convincentemente, que las principales fuentes de tensión en la sociedad socialista estatal pueden ser comprendidas sobre la base de la hipótesis de que estas sociedades se encuentran en una «etapa temprana de la industrialización» (Zygmunt Bauman, «Social dissent in East European politics», *Archives européennes de sociologie* 12, 1971, p. 41). Para otras contribuciones al debate sobre esta cuestión, ver los artículos de Kosiński en el mismo volumen y de Lane y Parkin en el volumen siguiente de la misma revista; Aron ofrece una serie de comentarios acerca de éstos en «Remarques sur un débat», en el último volumen.

#### 4. El industrialismo y el cambio social: Resumen

El socialismo de Estado, como he recalcado anteriormente, no representa la superación del capitalismo, sino un modo alternativo de promover la industrialización o de alcanzar índices elevados de desarrollo económico. Pero, como tal, está basado en una mediación institucional del poder radicalmente distinta de la característica de la sociedad capitalista. En el capitalismo, la separación de las esferas económica y política, en virtud de la cual grandes sectores de la vida económica quedan sujetos al movimiento de los mecanismos del mercado, es la condición para la existencia de las clases. En la sociedad socialista estatal, por otra parte, la economía ha quedado subordinada al control directivo de la administración política, a través de la abolición de la propiedad privada, y esto ha creado indudablemente diferencias muy importantes en relación con el capitalismo.

La sociedad socialista estatal carece de una forma distintiva de clase alta como la que caracteriza al orden capitalista. A este respecto, se puede decir que el término de Djilas, la «nueva clase», no es un modo apropiado de designar la función del Partido en este tipo de sociedad o el sistema de privilegios que ha llegado a construirse en torno a éste. El poder ejercido por los funcionarios superiores del Partido supera con creces al mantenido por las élites políticas en las sociedades capitalistas; y las posiciones del Partido pueden ser, como Djilas insiste, medios para la adquisición de un nivel significativamente alto de remuneración económica. Pero admitir la validez fáctica de estas afirmaciones no es lo mismo que demostrar la aparición de una formación de clase comparable a la que es típica de la sociedad capitalista. Ni tampoco puede probarse esto plausiblemente con respecto a la *intelligentsia*. La abolición de la propiedad privada limita el surgimiento de una estructuración de clases «en las alturas» en el socialismo de Estado principalmente porque impone ciertas restricciones al monopolio de la transmisión de privilegios a través de las generaciones. De un modo similar, la división entre trabajo manual e intelectual no tiene la misma significación de clase en el socialismo de Estado que en el capitalismo, ni en lo que atañe a la pura diferenciación de las remuneraciones económicas ni en lo que se refiere a la estructuración de clases.

Pero esto no es en modo alguno compatible con la «paulatina desaparición» del Estado o con el planteamiento ortodoxo de los gobiernos socialistas de que la situación actual es únicamente una etapa de transición en el movimiento hacia la eliminación eventual de la «explotación del hombre por el hombre» en la etapa superior de la sociedad comunista. Por el contrario, el nivel relativamente

bajo de estructuración de clases en países socialistas se ha conseguido a cambio de un considerable costo para las libertades humanas, y depende en un alto grado del control político centralizado sobre la vida económica. Hay aquí un genuino dilema, ocultado por la presunción de Marx de que existe cierta vinculación inevitable entre la «ausencia de clases» y la supresión del Estado. Pues la eliminación del «principio de clase» depende de la sujeción de las fuerzas del mercado a la dirección política; pero esto consolida en lugar de reducir el poder del Estado. Una indicación de los probables resultados de la descentralización del poder, concediendo un margen más amplio para la elaboración independiente de la política económica a nivel de la empresa, es la proporcionada por el «socialismo de mercado» de Yugoslavia, donde la introducción de un nuevo sistema económico parece haber traído consigo una expansión de las diferencias en la capacidad de mercado desde 1950, y puede estar favoreciendo un endurecimiento de la estructuración de clase<sup>18</sup>.

En cualquier caso, es improbable que algún otro país del Este de Europa vaya tan lejos como Yugoslavia en la dirección del «socialismo de mercado». La tendencia de desarrollo más probable en las sociedades socialistas estatales, en un futuro próximo al menos, oscilará entre la relajación de los controles políticos sobre el orden económico y la reimposición de una fuerte jerarquía de mando política. Si esta conclusión es correcta, ello significa que la situación en las sociedades avanzadas es sensiblemente diferente de la sugerida por cualquiera de las dos versiones de la idea de «convergencia» vigentes hasta hace pocos años. El punto de vista marxista soviético acerca de esta cuestión mantiene, por supuesto, la posición de que el socialismo de Estado representa el «futuro» del capitalismo, la superación del sistema capitalista por la que, gracias a un proceso revolucionario o evolutivo, han de pasar todas las sociedades capitalistas más pronto o más tarde. La versión occidental desarrollada por autores como Sorokin, Rostow y Kerr, busca fundamentalmente una interpretación actualizada de la teoría de la «sociedad industrial»<sup>19</sup>. La idea, ateniéndonos a lo expuesto por dichos autores, ha sido presentada de

<sup>18</sup> Parkin, *Social Stratification and the Political Order*, pp. 172-4; cf. también Georg von Wrangel, *Wird der Ostblock kapitalistisch?* (Munich, 1966), páginas 219-28.

<sup>19</sup> Ver Pitrim A. Sorokin, *Russia and the United States* (Londres, 1950), y «Mutual convergence of the United States and the USSR to the mixed socio-cultural type», *International Journal of Comparative Sociology* 1, 1960; C. Kerr et al., *Industrialism and Industrial Man* (Londres, 1960). Una discusión general puede encontrarse en Bertram D. Wolfe, «The convergence theory in historical perspective», *An Ideology in Power* (Nueva York, 1969).

distintas formas. Probablemente, el punto de vista más frecuente es aquel que supone, explícita o implícitamente, que las sociedades socialistas estatales se mueven en una dirección tal que su organización social y económica se parecerá cada vez más a la de los países capitalistas (lo que quiere decir, normalmente, los Estados Unidos). La versión más sofisticada reconoce una convergencia mutua de los dos tipos de sociedad avanzada, en tanto que uno reintroduce un cierto grado de autonomía de mercado y el otro se ve forzado a adoptar una planificación centralizada. Ambas interpretaciones, sin embargo, se basan esencialmente en una exposición ingenua del industrialismo como fuerza sintetizadora que promueve la homogeneidad entre todas las sociedades que lo experimentan. A este respecto, curiosamente, tales autores siguen el ejemplo del propio Marx, y continúan la visión decimonónica del Estado, según la cual éste está subordinado y determinado por el carácter de la organización económica. El modo mismo en que se ha desarrollado la sociedad socialista estatal demuestra la insuficiencia de semejante punto de vista. Así, en la Unión Soviética —al igual que, bajo un conjunto diferente de circunstancias, en Alemania y en Japón— el poder político fue utilizado para encauzar y dirigir el proceso de industrialización, y hay poco fundamento para la afirmación (tomada de Saint-Simon) de que el advenimiento de una sociedad industrial necesariamente efectúa una reversión de esta relación. El caso de Checoslovaquia constituye una ilustración especialmente apropiada de este punto, puesto que en este ejemplo una sociedad altamente industrializada se ha transformado sustancialmente por la imposición de un nuevo sistema de poder político —aunque la historia de la postguerra de este país al mismo tiempo indica algunos de los límites de la dirección política sobre la vida social y económica.



## Capítulo 14

### LAS CLASES EN LA SOCIEDAD CONTEMPORANEA

#### 1. Crítica de las teorías tecnocráticas

La idea de la obsolescencia (futura) de la propiedad preside la teoría social del siglo XIX. Así, la encontramos como tema dominante en las obras de Saint-Simon; y de nuevo en las de Marx, en su concepción de la transformación revolucionaria del capitalismo. Algunos rasgos de doctrina saint-simoniana vuelven a aparecer posteriormente en los escritos de Durkheim: para éste, la influencia de la propiedad se elimina por la abolición de la herencia —lo mismo que se ha suprimido la transmisión de los privilegios conferidos por los derechos de sangre aristocráticos, quedará abolida la transmisión de los privilegios otorgados por la propiedad. En su versión más actual, sin embargo, la concepción de la obsolescencia de la propiedad se expresa en todo un abanico de teorías tecnocráticas de la sociedad.

Podemos referirnos a las teorías tecnocráticas contemporáneas, genéricamente, como teorías de «la sociedad postindustrial» (un término aparentemente acuñado por Bell, pero también usado por Touraine), aunque se han empleado diversos términos para referirse a la misma cuestión: «sociedad tecnocrática» (Brzezinski), «sociedad postmoderna» (Etzioni), «sociedad postcultural» (Steiner) y aun sociedad «postcivilizada» (Boulding) —entre otros. Aunque difieren entre sí de distintas maneras, comparten ciertas características básicas, y podemos discutir las ideas de Bell y Touraine como representativas, en gran medida, del pensamiento de la mayoría de esos autores.

Como otros partidarios de la concepción de la «sociedad postindustrial», Daniel Bell es plenamente consciente de que el origen de la mayor parte de los aspectos de la noción se remonta a los primeros años del siglo XIX<sup>1</sup>. Esto puede interpretarse como una muestra del rancio abolengo que posee la teoría; pero al mismo tiempo no puede sino causarnos cierta perplejidad, por cuanto que el objeto mismo de la idea de sociedad postindustrial no es otro que el de abarcar algunos de los rasgos más «modernos» de las sociedades avanzadas. Según Bell —como sugiere la expresión «sociedad postindustrial»— el mundo contemporáneo está al borde de una reorganización social y económica de índole fundamental, que va a relegar el «industrialismo» a la historia pasada. Dado que los Estados Unidos son el país más desarrollado desde un punto de vista técnico, se infiere que esta reorganización ha progresado allí al máximo. La primera característica de la sociedad postindustrial es que la producción industrial, la fabricación de mercancías, ya no constituye el interés dominante de la fuerza de trabajo; la producción industrial se ve desplazada cada vez más por el sector de servicios. Bell, sin embargo, utiliza este último término en un sentido mucho más amplio que el convencional, puesto que incluye bajo él todas las formas de trabajo de cuello blanco: el «sector de servicios» comprende el «comercio, las finanzas, los seguros e inmuebles; servicios personales, profesionales, de negocios y de reparación; y la administración general»<sup>2</sup>. El aspecto característico de tales ocupaciones es que requieren el ejercicio de capacidades técnicas más que físicas, la posesión de conocimientos más que de fuerza de trabajo manual. Bell argumenta que, en cierto sentido, en la sociedad postindustrial la posesión de conocimientos confiere poder de la misma forma que la posesión de propiedad lo hacía en los siglos XIX y principios del XX en la sociedad industrial. Pero es más exacto afirmar que en la sociedad postindustrial una nueva *forma* de conocimiento adquiere cada vez más importancia. Este es el «conocimiento teórico»: un conocimiento de carácter abstracto y altamente codificado, que puede aplicarse a un amplio espectro de circunstancias.

La importancia específica del conocimiento teórico para la sociedad postindustrial estriba en que permite una continua innovación y un desarrollo auto-sostenido. El desarrollo de los sistemas automa-

<sup>1</sup> Cf. Daniel Bell, «The measurement of knowledge and technology», en Eleanor Sheldon y Wilbert Moore, *Indicators of Social Change* (Nueva York, 1969); «Technocracy and politics», *Survey* 16, 1971; y «Labour in the post-industrial society», *Dissent*, Winter, 1972.

<sup>2</sup> Bell, «Technocracy and politics», p. 4.

tizados de procesamiento de la información y planificación social hace del control y dirección del progreso técnico en una escala sin precedentes algo posible y necesario. Este es un fenómeno que Touraine también destaca de manera particular. La «sociedad postindustrial», afirma, podría también denominarse igualmente la «sociedad programada», ya que quizás su característica más esencial es que su curso de desarrollo está gobernado por la aplicación sistemática del conocimiento técnico a fines sociales y económicos predeterminados<sup>3</sup>. Es por esta razón, arguyen Bell y Touraine, que la universidad, que es el principal lugar en que se formula y evalúa el conocimiento teórico, se convierte en la institución clave de la nueva sociedad que está naciendo. Si la fábrica fue el epítome de la sociedad industrial, como principal fuente de la producción de bienes, la universidad (no la oficina, como sostenía Max Weber), como fuente de producción del conocimiento teórico, es el núcleo central del orden postindustrial. Esto no quiere decir, continúa Bell, que en la sociedad postindustrial el grueso de la población se convierta en «tecnócratas». El hecho es que los tecnócratas reemplazan ciertamente a los industriales o líderes del mundo de los negocios en la toma de las decisiones que afectan a toda la sociedad. Es decir, la creación de medidas políticas que conciernen a la industria y a la economía pasa a manos de los especialistas técnicos empleados por la autoridad política. A causa de las múltiples complejidades de la moderna organización social y económica, todas las formas de toma de decisiones adoptan un carácter técnico.

En opinión de Touraine, los «tecnócratas» se convierten en la nueva clase dominante en la naciente sociedad postindustrial. El conflicto de clases no se desvanece con la desaparición de la sociedad industrial (un punto de vista aparentemente diferente del de Bell), sino que sus fuentes y carácter se alteran de un modo significativo. Mientras que en la sociedad industrial, las luchas de clase se desarrollan en torno a la apropiación de los beneficios económicos, en la sociedad postindustrial se refieren a los efectos alienantes de la subordinación a las decisiones tecnocráticas. Aunque persisten las formas más tradicionales del conflicto de clases, incluyendo el movimiento obrero, y aunque las ideologías asociadas con ellas pueden continuar, hasta cierto punto, inspirando los nuevos antagonismos, la clase obrera ya no es, en palabras de Touraine, «un actor privilegiado» de la escena moderna. El economicismo pierde cada vez más relevancia ante la mucho más envolvente alienación del control tecnocrático que es la causa principal de conflicto en el mundo postindustrial. «El objeto

<sup>3</sup> Alain Touraine, *La société post-industrielle*, op. cit.

de la lucha ya no es simplemente la obtención de beneficios, sino el control del poder para tomar decisiones, para influir y para manipular»<sup>4</sup>. Este tipo de conflicto, evidentemente, no se reduce a la sociedad capitalista, puesto que los imperativos tecnocráticos se hacen sentir en cualquier sociedad que esté suficientemente avanzada desde un punto de vista técnico. De nuevo no muy de acuerdo con Bell, Touraine recalca la importancia de los conflictos entre los tecnócratas y la vieja clase dominante; en oposición a esta última clase, el grupo tecnocrático es a menudo liberal (¿o incluso socialista?) en sus opiniones políticas, como conviene a una clase ascendente que está accediendo al poder.

Bell y Touraine coinciden en que un tecnócrata es algo más que un simple técnico. Por consiguiente, sus planteamientos se separan de los de Veblen, el cual esperaba el reemplazamiento de los industriales y financieros, que persiguen su propio interés privado a expensas del de la sociedad en general, por los ingenieros que perseguirían racionalmente fines técnicos que beneficiarían a todos. La tecnocracia no es meramente la aplicación de métodos técnicos a la solución de problemas definidos, sino un *ethos* penetrante, una visión del mundo que subsume la estética, la religión y el pensamiento tradicional bajo el modo racionalista. En palabras de Bell:

En su énfasis en el enfoque lógico, práctico, capaz de resolver problemas, instrumental, ordenado y disciplinado de los objetivos, en su confianza en el cálculo, en la precisión y medida y en un concepto de sistema, constituye una visión del mundo (que)... entronca profundamente con la visión newtoniana del mundo, y con los escritores del siglo XVIII, herederos del pensamiento de Newton, quienes verdaderamente consideran, como Hume hace decir a Cleanthes en su *Diálogos sobre la Religión natural*, que el autor de la naturaleza debe ser una especie de ingeniero, puesto que la naturaleza es una máquina; y creyeron, además, que en un corto espacio de tiempo el método racional lograría someter todo pensamiento a sus leyes<sup>5</sup>.

Sólo en la sociedad postindustrial, sin embargo, llega a ser este *ethos* omnicomprendivo. Se aprecian aquí claras reminiscencias no sólo de la interpretación de Weber de la expansión de la racionalización y la burocracia en el mundo moderno, sino de la más reciente filosofía social de la escuela de Frankfurt. Así, en la «sociedad unidimensional» de Marcuse el antiguo conflicto de clases que, a través del control de la conducta y actitudes de las masas, llega a ser, si no eliminado, sí al menos aquietado por la prosperidad generada gracias a la técnica moderna. Como Habermas trata de documentar por ex-

<sup>4</sup> *Ibid.*, *The May Movement* (Nueva York, 1971)

tenso, el modo tecnocrático, basado en la legitimación técnica de la toma de decisiones política, es de hecho, «ideológico». Estos autores están de acuerdo en que el carácter del conflicto de clase se ha alterado básicamente desde los siglos XIX y principios del XX, y que la clase obrera ya no puede ser considerada como el portador de las esperanzas de una futura transformación de la sociedad<sup>6</sup>. Aunque en algunos aspectos es erróneo identificar a estos pensadores como exponentes de la teoría de la «sociedad tecnológica», es indudable que tienden a considerar que el modo tecnocrático es dominante, o tiene posibilidades de llegar a serlo, tanto en las sociedades capitalistas como en las socialistas<sup>7</sup>. Para estos autores, sin embargo, el moderno universo tecnocrático produce la posibilidad de crear un nuevo tipo de orden social con las características que, según Marx, distinguen el orden socialista del futuro.

Ni Bell ni Touraine adoptan una postura semejante, aunque la posición de Touraine está mucho más próxima de esto que el punto de vista formulado por el autor americano. Pero evidentemente se deduce de sus ideas que el principal tipo de oposición al poder tecnocrático insistirá en la «participación» en la toma de decisiones, y asumirá frecuentemente una forma *cultural* o, siguiendo a Roszak y otros, «contra-cultural». Dada la orientación general de las teorías tecnocráticas, esto permite una explicación aparentemente prefabricada de la inquietud estudiantil y de la política de la «nueva izquierda» —y puede conducir fácilmente a una condena de éstas como esencialmente «irracionales», puesto que parecen representar una protesta contra la propia razón, o más bien contra la aplicación sistemática de la razón en el *ethos* tecnocrático<sup>8</sup>. Esta no es, sin embargo, la opinión de Touraine. Para él, dado que la universidad en la sociedad postindustrial es el principal «órgano productivo» para la creación y difusión de los sistemas de ideas técnicas, se deduce que los antagonismos producidos por la nueva forma de sociedad tenderán a encontrar allí su expresión más agudizada. No se trata simplemente de una protesta irrazonable contra las condiciones necesarias de la existencia moderna; es una lucha genuina contra la propensión de la sociedad

<sup>5</sup> «Technocracy and politics», p. 10.

<sup>6</sup> Jürgen Habermas, «Zwischen Philosophie und Wissenschaft: Marxismus als Kritik», *Theorie und Praxis* (Neuwied, 1967).

<sup>7</sup> Cf. Claus Offe, «Technik und Eindimensionalität: eine Version der Technokratietheese?», en Jürgen Habermas, *Antworten auf Herbert Marcuse* (Frankfurt, 1968).

<sup>8</sup> Cf., por ejemplo, Zbigniew Brzezinski, *Between Two Ages* (Nueva York, 1970), pp. 222-36. Para Marcuse y Habermas, por supuesto, esta es una «falsa razón»

postindustrial a considerar a los individuos nada más que como «medios» para la realización de los imperativos técnicos.

Nadie sueña con decir que hoy en día los estudiantes son la clase dominada o incluso que sólo ellos son la vanguardia militante de los oprimidos. Pero los estudiantes son algo más que portavoces de grupos faltos de conciencia o inarticulados. Son representantes de todos los que sufren más a causa de la integración social y de la manipulación cultural dirigida por las estructuras económicas que por la explotación económica y la miseria material<sup>9</sup>.

Las teorías tecnocráticas son atractivas precisamente porque parecen reflejar algunos de los rasgos más sorprendentes y distintivos del mundo contemporáneo. El nacimiento de la innovación técnica, la escala masiva de la moderna planificación social y económica, la expansión de la educación superior, por un lado, y la difusión de la protesta estudiantil y los intentos de construir una «contra-cultura», por otro —éstos son los fenómenos que forman el punto de partida de esas teorías y cuya influencia en las sociedades avanzadas intentan explicar. Y sin embargo, el mero hecho de que las teorías tecnocráticas no son nuevas, de que se remontan a los primeros orígenes del industrialismo en la Europa del siglo XIX, debería ponernos en guardia respecto a su pretensión de diferenciar lo que es nuevo en el emergente universo «postindustrial» de lo que meramente pertenece a la era «industrializada» de la historia pasada reciente<sup>10</sup>.

En primer lugar, cualquier concepción de la sociedad «postindustrial» sufre de los mismos defectos que la de la «sociedad industrial». La idea sustentada por la teoría de la sociedad postindustrial es que la nueva forma de orden social sucede a la sociedad industrial del mismo modo que la última sucede supuestamente al feudalismo. Pero mientras que la noción de «sociedad industrial», como he indicado previamente, puede ser aplicada válidamente si se utiliza sólo en un sentido limitado, desde Saint-Simon en adelante se ha empleado normalmente de una forma que conlleva la suposición de que el predominio de la «industria» sobre el «agrarismo» en cualquier sociedad significa que puede ser automáticamente clasificada con otras dentro de un tipo unitario. Esto entraña dos ramificaciones adicionales: que el desarrollo

<sup>9</sup> Touraine, *The May Movement*, p. 355.

<sup>10</sup> La mayor parte de las obras acerca de la tecnocracia, por razones históricas un tanto diferentes, son francesas o americanas. Las siguientes, de una amplia bibliografía, pueden ser mencionadas como representativas: Georges Gurvitch, *Industrialisation et technocratie* (París, 1949); Henri Lefebvre, *Positions contre les technocrates* (París, 1967); Jean Meynaud, *Technocracy* (Londres, 1968); C. Koch y D. Senghaas, *Texte zur Technokratie-Diskussion* (Frankfurt, 1970); Daniel Bell, «Toward the Year 2000: Work in Progress», *Daedalus*, 1968.

de una sociedad está en cierto sentido «determinado» por su organización económica general, o, en las versiones más radicales, por su nivel de sofisticación tecnológica; y que, consecuentemente, la sociedad más «desarrollada» industrialmente muestra a las otras la imagen de su futuro. La primera de estas tres suposiciones dominó la mayor parte del pensamiento social decimonónico a través de la idea de que las transformaciones que han afectado al mundo moderno pueden ser comprendidas últimamente en forma de una doble polaridad (*Gemeinschaft-Gesellschaft*, solidaridad mecánica/solidaridad orgánica, *folksociety*/sociedad secular, etc.). La segunda presunción, también importante, pero igualmente equivocada, representa la perspectiva general según la cual el Estado es un mero epifenómeno de la sociedad<sup>11</sup>. Las dos se perpetúan en el concepto de «sociedad postindustrial»: éste trata de paliar las viejas dicotomías añadiéndole simplemente un tercer tipo que presuntamente viene a sustituir al segundo; y mantiene el engañoso supuesto de que el nivel de desarrollo industrial o tecnológico «en última instancia» (tomando prestada la frase de Engels) determina otros aspectos de la organización política y social<sup>12</sup>.

Dado que estos supuestos son intrínsecos a la noción de «sociedad post-industrial», resulta posible para muchos autores proponer que la tendencia hacia la nueva sociedad está más altamente desarrollada en los Estados Unidos. Esta opinión es sostenida con fuerza por Bell, y aún más inflexiblemente por Brzezinski, según el cual: «la América contemporánea es el laboratorio social del mundo. ... Es en los Estados Unidos donde los dilemas cruciales de nuestra era se manifiestan más radicalmente...»<sup>13</sup>. Nadie duda que los Estados Unidos constituyen, desde un punto de vista técnico, la más «avanzada» de las «sociedades avanzadas». Nadie pretendería negar que algunas formas de técnica que actualmente están siendo extensamente empleadas o

<sup>11</sup> Cf. Gramsci: «El éxito de la sociología está relacionado con la decadencia del concepto de ciencia política y arte político que aparecieron en el siglo XIX...» (Antonio Gramsci, «Notes on Machiavelli's Politics, *The Modern Prince and Other Writings*, Londres, 1957, pp. 181-2). Pero este juicio es también aplicable al propio marxismo, excepto para Gramsci y aquellos que han sido influidos recientemente por él.

<sup>12</sup> Bell admite que, «lo mismo que una sociedad industrial ha sido organizada política y culturalmente de diversas formas por la URSS, Alemania y Japón, así también, la sociedad postindustrial puede tener formas políticas y culturales diversas» («The measurement of science and technology», *op. cit.*, p. 158).

<sup>13</sup> Brzezinski, *op. cit.*, p. 196; cf. Lipset: «en lugar de aportar las relaciones políticas y de clase europeas un modelo para el futuro de los Estados Unidos, es la organización social de los Estados Unidos la que ha presentado la imagen del futuro europeo» (Seymour Martin Lipset, «The changing class structure and contemporary European politics», en Graubard, *op. cit.*, p. 338).

exploradas en América serán después introducidas o se apropiarán de ellas otros países industrializados. Pero esto es completamente distinto de suponer que los Estados Unidos, desde el punto de vista de su estructura social y política, representan el prototipo de la nueva sociedad que está surgiendo en el mundo moderno. Como en el caso de la Unión Soviética en relación con las sociedades socialistas estatales, la opinión de que los Estados Unidos han sido, son y continuarán siendo bastante distintos en su organización socio-política de la mayoría de las otras sociedades capitalistas constituye un buen ejemplo de este tipo de planteamientos. El gran tamaño del país; el hecho de que, hasta hace poco, haya sido una sociedad de inmigrantes; las posibilidades de movilidad ascendente (probablemente más aparentes que reales, según indican recientes investigaciones) que existieron gracias a la expansión hacia el Oeste de la población hacia zonas ricas en recursos materiales; la ausencia de un pasado feudal; la presencia de una nutrida infraclase — todos estos factores contribuyen a diferenciar el desarrollo de los Estados Unidos del de los países capitalistas de Europa Occidental y del Japón. Por ende (como también ocurre, de una forma mucho más inflexible, en la relación entre la Unión Soviética y los países del Este de Europa) el hecho de que los Estados Unidos constituyan un modelo para el resto de las sociedades avanzadas, se debe tanto a su poder político y penetración económica en otros países, como a la «lógica interna» de su desarrollo tecnológico.

Estas observaciones pueden generalizarse. Aun si limitamos nuestra atención al desarrollo de la técnica, podemos concluir que hay un fallo en toda perspectiva que suponga que el progreso tecnológico (o el «retraso», alternativamente) puede ser interpretado adecuadamente en la forma propuesta o sugerida por muchos partidarios de las teorías tecnocráticas. El planteamiento correcto, a mi entender, es lo que podría denominarse una concepción «de salto de rana» del progreso tecnológico. La imagen del futuro que la sociedad tecnológicamente avanzada muestra a la sociedad menos desarrollada es a menudo la imagen de un *futuro evitable*. Esto puede ser así a causa de las decisiones conscientemente tomadas por parte de los gobiernos y otras instancias, en respuesta a los efectos observados de la forma de técnica en cuestión. Pero *incluso estrictamente dentro del dominio de los imperativos tecnocráticos*, el efecto de «salto de rana» tiende a suceder frecuentemente. Lo que pasa es que la adopción de un modo tecnológico dado sirve para concretizar y estabilizar un sistema socio-técnico existente en el seno de una sociedad dada o de un tipo de sociedad; el avanzar más allá de esto suele, entonces, ser posible en



una sociedad que está más «retrasada», pero que, precisamente gracias a ello, es capaz de saltar por delante de la otra porque puede introducir innovaciones tecnológicas más radicales. Las tecnologías que en un momento determinado son «avanzadas», en época posterior se convierten a menudo en un freno para el progreso; esto puede ocurrir a corto o a largo plazo.

En gran parte, las recientes teorías tecnocráticas están basadas en la idea de que está teniendo lugar un alejamiento radical de la técnica preexistente en la aplicación de la *ciencia* a la producción: la ciencia, o el conocimiento técnico en general, pasa de ser un apéndice del progreso productivo a convertirse, en sí misma, en la principal fuerza productiva. «El industrialismo» es un sistema para la producción de mercancías; el «postindustrialismo» es cualitativamente diferente porque la producción de conocimientos asume la primacía. Una vez más, esto no es en realidad una idea nueva, y es cuestionable hasta qué punto lo es la realidad misma. La técnica moderna puede ser asombrosa por su magnitud, su complejidad, y por las hazañas de la conquista del tiempo y del espacio que hace posible. Pero no hay nada que sea específicamente nuevo en la aplicación del «conocimiento teórico», a la técnica productiva. De hecho, como sobre todo subrayó Weber, la racionalidad de la técnica (más que el «capitalismo» en el sentido marxiano) constituye el factor principal que desde un principio ha distinguido el industrialismo de todas las formas precedentes de orden social. Al adoptar el punto de vista marxiano respecto a la evolución del capitalismo, se tiende a exagerar el grado en que el industrialismo puede caracterizarse por la producción de bienes (debido, en parte, a las ya citadas dificultades que plantea «el trabajo intelectual improductivo»; pero Marx fue un pensador demasiado perceptivo como para no reparar en el hecho de que, en la tecnología capitalista, «la propia ciencia se convierte en una fuerza productiva». En un sentido más general, Marx estaba probablemente equivocado al considerar la producción y la utilización de herramientas como la cualidad básica que distingue a la vida humana de la animal. Lo que caracteriza más distintivamente a la cultura humana es que el hombre es lo que Mumford llama «un animal creador de pensamiento, dueño de sí mismo y que se diseña a sí mismo...»<sup>14</sup>). Es un mito que el hombre industrial sea un producto de la máquina; desde sus primeros orígenes el industrialismo es la aplicación de la racionalidad calculadora al orden productivo. En este sentido, la tecnología moderna no es en absoluto «postindustrial», sino que es la realización del princi-

<sup>14</sup> Lewis Mumford, *op. cit.*, p. 9.

pio de la aceleración del desarrollo técnico intrínseco al industrialismo en sí.

Sin embargo, en un sentido más específico, la teoría de la sociedad postindustrial se ve estimulada por la disminución general de la proporción de la población laboral empleada en puestos de trabajo de tipo manual en las sociedades avanzadas —y particularmente, por supuesto, por el hecho de que, dentro de la expansión global del trabajo de cuello blanco, los índices de crecimiento de las ocupaciones técnicas y profesionales han sido especialmente altos. Esto nos remite directamente a la cuestión del papel de la propiedad en el orden social moderno. La idea de que «el conocimiento es poder» es antigua, y presenta diversas dificultades bien conocidas. La más obvia de ellas estriba en el hecho de que la ecuación nos dice poco acerca de quien mantiene el poder (efectivo) en una situación dada: el caso es que evidentemente no siempre, ni siquiera generalmente, aquellos que poseen conocimientos *especializados* detentan ellos mismos el poder. El «experto», como señaló Weber, es indudablemente una creación de los tiempos modernos; pero desde tiempos inmemoriales los monarcas y gobernantes se han apoyado en los que poseían conocimientos especializados para mantener su dominación. La «indispensabilidad funcional» del experto en la administración política y económica de las sociedades contemporáneas avanzadas no le proporciona más poder necesariamente que el que le proporcionaba el mundo preindustrial. A este respecto, el lacónico comentario de Wiles sobre la tesis de Bell: «las nuevas técnicas simplemente dan a los gobiernos opciones», viene como anillo al dedo; esto puede expresarse alternativamente en la observación de Sartori de que hay una diferencia fundamental entre una situación en la que «los poderosos poseen conocimientos» y el tipo de circunstancia predicha en la mayor parte de las teorías tecnocráticas, según la cual «el que tiene conocimiento, tiene poder»<sup>15</sup>.

Por ello debemos mostrarnos igualmente cautelosos con respecto a la noción de que, en las sociedades avanzadas, el poder se está «difundiendo hacia abajo» entre los que poseen experiencia técnica especializada, así como con respecto a la idea de que los «tecnócratas» (como quiera que se interprete este término) constituyen una nueva clase dominante en ascenso. La «tecno-estructura» de Galbraith (cfr. pp. 200-01) sugiere la opinión anterior. Debe admitirse, como propone la sociología de las organizaciones convencional, que los especialistas técnicos de la empresa moderna en gran escala suelen

<sup>15</sup> Peter Wiles, «A comment on Bell», y Giovanni Sartori, «Technological forecasting and politics». *Survey* 16, 1971, pp. 41 y 66.

poseer una autonomía definida sobre sus propios campos de competencia que les sitúa parcialmente al margen de la «línea» vertical de autoridad. Pero este mismo hecho impide el ejercicio de una tasa significativa de poder efectivo por su parte, porque limita la generalidad («ámbito») de las decisiones que están bajo su dominio. El poder significativo, dentro de algún tipo de organización, consiste en la capacidad para determinar o formular *políticas*, y ésta, prácticamente siempre, queda en las manos precisamente de los «no especialistas» que dirigen la organización. Las decisiones tomadas en la «tecno-estructura» facilitan o limitan la *competencia* de las medidas forjadas por las instancias de nivel superior, pero no constituyen una limitación a su capacidad para poner en práctica esas medidas.

Más interés presenta el punto de vista de que los tecnócratas forman una clase dominante naciente en las sociedades avanzadas. Esta opinión no identifica a los «tecnócratas» con los especialistas técnicos como tales —esto es, los que aplican la experiencia técnica a áreas específicas de conocimiento— sino con los que con una formación técnica de carácter general se valen de la «visión del mundo tecnocrática» para acometer problemas generales de la dirección política o económica. Según esta perspectiva, la educación técnica constituye cada vez más una *cualificación* para acceder a las posiciones de poder. Pero los elementos de juicio que poseemos acerca de la clase alta y de las formaciones de élite en las sociedades avanzadas sencillamente no respaldan esta tesis. En el caso de las sociedades socialistas estatales tal vez se ajuste más a la realidad; pero, como ya he procurado demostrar, aun en éstas no ocurre así. En los países capitalistas, las cualificaciones educativas unidas al reclutamiento para los grupos de élite todavía tienden a ser en gran medida las asociadas a un medio de privilegios materiales. Lo que influye en el reclutamiento para la élite no es que el aspirante posea una graduación en Física o en Ingeniería, sino que el título esté extendido por Oxford o por Harvard; y cualquiera que sea la variabilidad que pueda existir en el grado de «cierre» del reclutamiento para la élite entre las diferentes sociedades, lo cierto es que en todas partes la posesión de riquezas o propiedad privada continúa desempeñando un papel fundamental como modo de facilitar el acceso al tipo de proceso educativo que influye en la entrada a las posiciones de élite. La existencia de una clase alta propietaria, aunque no constituye necesariamente una «clase dirigente» en el sentido en que he definido ese término, es un fenómeno básico para diferenciar las sociedades capitalistas de las socialistas estatales, y todo concepto, sea el de la «sociedad industrial» o el de la «sociedad pos-industrial», que olvide esta dife-

rencia (que, naturalmente, refleja el contraste esencial subyacente en la mediación institucional del poder entre los dos tipos de sociedades avanzadas), es inaceptable.

Negar la utilidad de la noción de «sociedad postindustrial» no significa proponer que no hay cambios significativos que afecten al carácter de las sociedades avanzadas en el mundo contemporáneo. La cuestión es que estos cambios no pueden explicarse satisfactoriamente sugiriendo que el «industrialismo» está siendo reemplazado por el «postindustrialismo». La fácil retórica de las teorías tecnocráticas encubre en realidad una incapacidad general para abordar problemas que requieren un análisis concreto y preciso; la idea de que un tipo de orden social que lo abarca todo, esto es, la «sociedad industrial», está siendo sustituido por otro sistema general no hace sino ocultar la necesidad de examinar las relaciones y las causas de conflicto entre los subgrupos —y clases— de los que se componen las sociedades.

## 2. La técnica y el moderno orden social

Nada se presta más fácilmente a observaciones banales que la «unidad global» del hombre moderno. El desarrollo espectacular de los medios de comunicación y la difusión de la información, que permite el contacto virtualmente instantáneo entre lugares en lados opuestos del mundo, y la rapidez del transporte aéreo, anulan todos los significados sociales previos del tiempo y el espacio. Se necesita una enorme imaginación para creer, sin embargo, que estos fenómenos crean un «mundo único» en y por sí mismos; y constituye una falta de imaginación no ver que el proceso de creación de un mundo único es dialéctico, que unifica tanto como fragmenta. La teoría de la obsolescencia del Estado nacional es tan antigua como la de la obsolescencia de la propiedad (y las dos ideas han sido frecuentemente relacionadas, como ocurre en las obras de Marx). El internacionalismo ciertamente tiene un nuevo significado en el siglo xx. No sólo los avances en los transportes y comunicaciones, sino la formación de redes multinacionales económicas y políticas, y el carácter cada vez más internacional de las grandes corporaciones, son fenómenos específicamente modernos. Pero aunque todos ellos afectan al funcionamiento de los Estados nacionales, no señalan el fin de su existencia, y en algunos aspectos contribuyen al fortalecimiento de su autonomía. La unidad primordial del análisis sociológico, la «sociedad» de los sociólogos —en relación, al menos, con el mundo industrializado— ha sido siempre, y debe continuar siendo, el Estado nacional, limitado administrativamente. Pero la «sociedad», en este sentido,

no ha sido *nunca* ese sistema aislado, de «desarrollo interno», que se ha supuesto, normalmente en la teoría social. Una de las más importantes debilidades de las concepciones sociológicas del desarrollo, desde Marx en adelante, ha sido la tendencia persistente a concebir el desarrollo de una sociedad como el «desenvolvimiento» de influencias endógenas dentro de una sociedad dada (o, más a menudo, dentro de un «tipo» de sociedad). Los factores «externos» son considerados como un «entorno» al que la sociedad tiene que «adaptarse», y, por tanto, como meramente condicionales en la progresión del cambio social. En parte, este planteamiento a menudo es consecuencia del empleo de analogías orgánicas, en las que el modelo de desarrollo social se concibe como paralelo al del crecimiento de un organismo joven, que «despliega» sus potencialidades en un proceso de maduración susceptible de predicción. Pero esa opinión suele estar, asimismo, asociada a la noción de que es el nivel de desarrollo económico general o tecnológico de una sociedad lo que «en último extremo» determina los procesos de cambio que la afectan. De hecho, toda comprensión adecuada del desarrollo de las sociedades avanzadas presupone el reconocimiento de que los factores que contribuyen a la evolución «endógena» siempre se combinan con influencias «del exterior» para determinar las transformaciones que sufre una sociedad. Podemos distinguir, desde un punto de vista analítico, dos tipos de influencias: la transmisión de la «cultura» material e ideológica desde una sociedad a otra y las relaciones de dominación o subordinación *políticas* (a menudo coercitivas) que se dan entre una sociedad y otra u otras. El segundo tipo es en numerosas ocasiones el más importante, pues constituye con frecuencia el canal a través del cual opera el primer grupo de influencias. Pero éste ha recibido mucha más atención que el segundo, porque se adapta mucho más fácilmente al supuesto de que la técnica o la «organización económica», en sentido amplio, es en última instancia el motor del desarrollo social.

La penetración de esta última noción en la sociología puede considerarse como un reflejo de algunas de las características esenciales de la propia sociedad capitalista; en concreto, la separación de entre lo «económico» y lo «político» y el grado mismo de autonomía concedido al primero. Incluso Marx, el crítico radical del capitalismo, no puede escapar a esta perspectiva. La lección todavía no ha sido aprendida, ni por la mayoría de los marxistas posteriores ni por sus oponentes —sin excluir a muchos de los teóricos tecnocráticos. Pero es una lección que no debería necesitar enseñarse en el mundo moderno. La «sociedad industrial» puede no ser la sociedad milita-

rista que fue el feudalismo; sin embargo, aunque a este respecto Saint-Simon pudo estar en lo cierto, no lo estaba al creer que el advenimiento del industrialismo implicaba el fin del poder político coactivo, sostenido por la fuerza militar. De no ser por el predominio que el modelo endógeno de desarrollo ha mantenido en la sociología no habría apenas necesidad de subrayar hasta qué punto el poder político-militar ha determinado el carácter de las sociedades avanzadas. Las sucesivas guerras mundiales han acelerado el progreso del desarrollo tecnológico en todas las sociedades avanzadas, y han proporcionado el vehículo para la preeminencia contemporánea de los Estados Unidos como primera potencia industrial del mundo; han servido para concluir lo que la transición al industrialismo no logró llevar a cabo en Alemania y Japón —la desintegración de la hegemonía de las élites terratenientes tradicionales; y han aportado el contexto para los procesos de cambio revolucionario que han creado la sociedad socialista estatal, en primer lugar, en la Unión Soviética, y posteriormente en otras sociedades del Este de Europa.

Al analizar la influencia de la técnica, y del desarrollo tecnológico en general, en las sociedades avanzadas del mundo contemporáneo, por consiguiente, debemos examinar las relaciones y los conflictos internacionales junto con el carácter del desarrollo industrial «interno» de las sociedades específicas o de los tipos de sociedad. Estas consideraciones son cruciales a la hora de contrastar el desarrollo del capitalismo y del socialismo de Estado. Marx, desde luego, previó la transformación revolucionaria del capitalismo como un proceso ramificado de carácter internacional que crearía una comunidad socialista supranacional. El hecho de que el socialismo de Estado haya significado, no la supresión del capitalismo en las sociedades industrialmente desarrolladas, sino un modo de organización económica y social alternativo al orden capitalista, ha producido un conjunto totalmente distinto de circunstancias. El aislamiento político de la Unión Soviética en los primeros años de su existencia, junto con la primacía que se otorgó a la industrialización, originó una sociedad basada en la completa subordinación de la actividad económica al control centralizado del Estado. Considerado juntamente con la ascendente prosperidad de los países capitalistas, el resultado —fortalecido con la aparición de sociedades socialistas en el Este de Europa— ha sido la creación de una situación internacional en la cual el progreso económico y, más particularmente las tasas de crecimiento industrial, han llegado a adquirir una importancia de primer orden, y son consideradas como índices de la «superioridad» relativa de los tipos de orden social en competencia.

De nuevo ésta es una razón por la que las teorías de la «sociedad industrial» (y de la «sociedad post-industrial») siguen teniendo una atracción especiosa. La primacía que ha llegado a concederse a la consecución de índices elevados de crecimiento económico sitúa la «eficiencia» económica en primera línea, y de este modo estimula las formas de desarrollo industrial paralelo que parecen emanar de una «lógica interna» inherente al industrialismo, que hace converger al capitalismo y al socialismo de Estado. La aplicación acrítica de las concepciones de la «sociedad industrial» implica necesariamente que la existencia de formas de técnica compartidas por la mayoría o por todas las sociedades avanzadas significa, *ipso-facto*, que participan de propiedades estructurales y dinámicas similares. Hay dos puntualizaciones que deben hacerse aquí. Primero, aunque el predominio de similitudes tecnológicas entre las diferentes sociedades o tipos de sociedades entraña semejanzas en los sistemas de relaciones paratécnicas, la significación de éstas puede variar según el contexto socio-político más amplio en que están insertas. Y en segundo lugar, aun la existencia de acusados paralelismos en la estructura social de las sociedades no implica que éstos sean «necesarios», en el sentido de que sean *engendrados* por desarrollos paralelos observados en la técnica.

Cada uno de estos comentarios guarda una relación de afinidad con una consideración general de la influencia de la técnica industrial en el capitalismo en comparación con las sociedades socialistas estatales. Así, las sociedades socialistas están experimentando el mismo tipo de transformación progresiva de la fuerza de trabajo, incluyendo la expansión relativa del sector no manual, que ha tenido lugar en los países capitalistas como consecuencia del desarrollo tecnológico en la industria. Es más, dentro de la categoría general del trabajo no manual la expansión es más rápida, en ambos tipos de sociedades, entre las ocupaciones profesionales y técnicas que suponen alguna forma de cualificación educativa superior. Pero el impacto de estos cambios, en ciertos aspectos, es un tanto diferente en cada tipo de sociedad. En las capitalistas, esos cambios deben interpretarse teniendo en cuenta el telón de fondo de una división históricamente muy arraigada en la estructuración de clases que ha separado al trabajador manual del no manual. En las sociedades socialistas estatales, por otro lado, la capacidad de control político de la organización económica originada por la mediación institucional del poder ha dado lugar a una situación diferente: la «cola de los trabajadores no manuales se ha liberado de su encierro dentro de una «clase media». La expansión de la educación superior en

estas sociedades ha conducido a la creación de un grupo bastante diferenciado, la *intelligentsia*, que no tiene realmente una contrapartida directa en la sociedad capitalista contemporánea. Esto se debe solamente en parte a que la división manual-no manual no tiene la misma significación en lo que atañe a la estructuración de clases: también es consecuencia de la ausencia (o ausencia relativa) de la propiedad privada en el socialismo de Estado. En las sociedades capitalistas, la continua concentración de propiedad en manos de pequeñas minorías de la población influye fuertemente en los procesos profesionales y de reclutamiento de la élite, aun cuando no se puede afirmar categóricamente que los «determine».

El problemático papel de la técnica en ningún sitio queda mejor ilustrado que en el carácter de la autoridad industrial en el capitalismo y en las sociedades socialistas estatales. Aquí como he recalado, existen evidentes paralelismos entre los dos tipos de sociedades<sup>16</sup>. La mayoría de los países socialistas están muy lejos de crear las condiciones consideradas por Marx como implícitas en la superación de la democracia política burguesa: la eliminación del dualismo de la «participación» política en el Estado y la sujeción a la dominación del gerente capitalista en la esfera de la actividad económica. En la Unión Soviética, aun bajo Lenin, pero particularmente con Stalin, la disciplina industrial encaminada a incrementar la productividad llegó a ser el principio fundamental, como elemento necesario en la consecución de una industrialización rápida. El resultado fue un sistema de relaciones autoritarias en la industria que, bastante deliberadamente, fueron tomadas prestadas de las estructuras de gestión empresarial desarrolladas en Occidente, y que se distinguieron poco de estas últimas respecto al carácter impuesto de las exigencias a las que los trabajadores estaban sometidos. Dado que un sistema similar de autoridad industrial fue instituido en las sociedades de la Europa del Este, pareció como si las relaciones de autoridad características del orden capitalista industrial fueran un elemento intrínseco de la industria moderna, con independencia del contexto, salvo que los trabajadores en las sociedades socialistas estatales carecían del poder colectivo proporcionado por el derecho a la huelga. Pero semejante opinión sería falaz. Si se acepta el análisis expuesto en los capítulos anteriores, se deduce que las semejanzas aparentes en las relaciones de autoridad en la industria entre las dos formas de sociedad realmente ocultan grandes diferencias respecto a la estructura y la dinámica. El derecho y la propensión a la

<sup>16</sup> Cf. Reinhard Bendix, *Work and Authority in Industry* (Nueva York, 1956).



huelga *no es*, como ha sido considerado a menudo por los pensadores socialistas, un mecanismo que amenace (potencialmente) la integridad del orden capitalista. Antes bien, se trata de un elemento focal en el mantenimiento de la orientación al economicismo que permite la persistencia del sistema vigente de autoridad industrial, y más generalmente la continua separación de economía y política que Marx correctamente consideró como un rasgo distintivo de la sociedad capitalista. A pesar de la existencia de claras manifestaciones de conflicto que necesariamente caracterizan este tipo de orden industrial, puede argumentarse que, de hecho, es inherentemente más estable que el existente en las sociedades socialistas estatales, que está sujeto a la ocasional, pero mucho más profundamente arraigada erupción del antagonismo de los trabajadores que lleva consigo una orientación hacia el control.

### 3. La pertinencia del análisis de clase

La inaplicabilidad del análisis de clase para las sociedades capitalistas contemporáneas ha sido proclamada por dos escuelas de pensamiento bastante diferentes en la moderna sociología. Ambas están de acuerdo, en un sentido definido, en que las relaciones de clase fueron básicas para el capitalismo del siglo XIX, pero consideran que esta afirmación ya no es cierta en la actualidad. Una de estas escuelas de pensamiento comprende a varios teóricos tecnocráticos, en especial Marcuse y, en una versión ligeramente diferente, Habermas. Según Marcuse, la transformación del capitalismo del siglo XIX en una sociedad «unidimensional» o «totalitaria» no ha eliminado las clases —el fundamento de la explotación clasista identificado por Marx no ha desaparecido— pero ha socavado eficazmente la forma del conflicto de clases tal y como existió en el siglo XIX, sobre la que se basaba la predicción marxiana de la destrucción revolucionaria del capitalismo. En la sociedad «unidimensional», los sindicatos y los partidos obreros se integran en el orden existente, y no ofrecen ninguna alternativa al mismo.

La segunda escuela de pensamiento —asociada especialmente a obras de algunos sociólogos americanos contemporáneos— suele mantener una opinión política distinta y una argumentación bastante diferente. Según este enfoque, que en algunos aspectos también refleja la noción de sociedad «postcapitalista» expresada por Dahrendorf, el análisis de clase ya no es pertinente para el orden social moderno, no porque éste sea cada vez más «unidimensional», sino, por el contrario, porque se convierte en más «pluralista» o diver-

sificado. Se señalan varios factores como promotores de tal diversificación. La idea de la obsolescencia de la propiedad tiene de nuevo cierta importancia en esta cuestión. Estos autores se refieren al ascenso del grupo de los directivos empresariales como prueba de que la propiedad ya no confiere poder en la gran empresa; a la extensión de los derechos políticos y al desarrollo de los modernos partidos políticos como testimonio del hecho de que el poder político ha llegado a separarse de la propiedad privada; y, sobre todo, a la importancia cada vez menor de la propiedad privada como fuente de beneficios y su sustitución por la posición ocupacional. La última afirmación va normalmente unida a la opinión de que la «herencia» de la posición ocupacional no puede producirse de la misma manera que la herencia de la propiedad privada, y, por tanto, la familia tiene cada vez menos importancia como punto de transmisión de los privilegios económicos de una generación a otra; la familia, se insiste, está aislada del mundo del trabajo y de las oportunidades de los hombres en el mercado del trabajo<sup>17</sup>. Esta tesis, por consiguiente, afirma que la sociedad capitalista contemporánea está diversificada en dos sentidos básicos: en relación con las fuentes de poder económicos y político y, más particularmente, en virtud de la jerarquía graduada de las diferencias socio-económicas basadas en la estructura ocupacional. Parsons ha explicado esta última cuestión: «Existe, por supuesto, una dimensión jerárquica del sistema ocupacional... pero, sobre todo en los rangos superiores, sólo es una de las diversas dimensiones de la diferenciación. Reviste una importancia particular el hecho de que no hay una ruptura definida entre la clase alta y baja; aun la famosa distinción entre el trabajo manual y no manual ha dejado de tener una significación primordial»<sup>18</sup>.

Los textos de Marcuse tienen su origen en una desilusión ante el marxismo «clásico». Junto con otros filósofos sociales de la escuela de Frankfurt, Marcuse ha abandonado la temeraria torpeza con la que los marxistas ortodoxos intentaban sostener los puntos de vista tradicionales sobre el conflicto entre la burguesía y el proletariado, y la inmanencia de la revolución. En este aspecto, los pensadores de la escuela de Frankfurt realmente tienen una justificación. La pobreza del principal argumento usado para sostener la teoría marxista ortodoxa sobre las clases —la idea de que el poten-

<sup>17</sup> Cf. Arthur Stinchcombe, «Social structure and organisations», en James G. March, *Handbook of Organisations* (Chicago, 1965).

<sup>18</sup> Talcott Parsons, «Equality and inequality in modern society, or social stratification revisited», *Sociological Inquiry* 40, 1970, p. 24.

cial revolucionario de la clase obrera se ha extinguido, y la miseria ha sido vencida (temporalmente) por el desarrollo imperialista de las sociedades capitalistas a costa del «tercer mundo» — ha sido muy clara. Ha existido en buen grado el imperialismo explotador, de una forma o de otra, durante el siglo pasado, pero es a todas luces erróneo suponer que los frutos de tal explotación, o la «transferencia de la lucha de clases al conflicto entre naciones ricas y naciones pobres», pueden explicar por qué el desarrollo de las sociedades capitalistas no se ha adaptado a la predicción de Marx. El factor de enorme importancia que explica el aumento en los ingresos reales de los trabajadores en relación con el siglo pasado es la elevación de la productividad, determinada fundamentalmente por el cambio tecnológico; y tenemos que considerar otros factores, en cualquier caso, que expliquen por qué la estructura de clases del capitalismo contemporáneo difiere de la descrita en la visión marxista. Las teorías del imperialismo, cualquiera que sea su validez en otros aspectos, han servido simplemente como una «racionalización» para eludir una confrontación directa con los problemas planteados por los procesos internos de cambio experimentados en los países capitalistas desde el siglo XIX.

Al no estar de acuerdo con esta vía de escape, y al reconocer la necesidad de comprender los cambios que se han producido en la sociedad capitalista desde comienzos de siglo, el análisis de Marcuse efectúa una ruptura valiosa con las formas más ortodoxas del marxismo. Pero se trata de una ruptura que a la vez no es lo bastante radical y resulta demasiado radical. No es bastante radical en cuanto que Marcuse tiende a aceptar el tipo de planteamiento que mantiene que Marx acertó básicamente en el diagnóstico de su propia época, pero que ha sido refutado por los acontecimientos que han ocurrido desde entonces. Marcuse escribe como un marxista obligado a aceptar que la clase obrera no ha cumplido, y probablemente no va a cumplir, el papel revolucionario en la transformación del capitalismo que prometía en el siglo XIX. Pero no acepta que esto se deba sobre todo a los aspectos erróneos o engañosos del análisis de Marx que se daban ya en sus primeros planteamientos. Lo que los escritores alemanes describen como *Spätkapitalismus*, significando, entre otras cosas, que el «nivel superior» del capitalismo ha sido superado en la actualidad, es mejor considerarlo realmente como la madurez del orden capitalista; lo que ellos describen como «nivel superior del capitalismo» no es sino una fase en la plena institucionalización de la separación de la economía y la política, que representa el rasgo definitivo de la sociedad capitalista. Para decirlo de

otra manera, el error fundamental, que procede de Marx, es *identificar «sociedad burguesa» y capitalismo*. Por otro lado, la concepción de Marcuse es demasiado radical, porque dado que presupone una vinculación intrínseca entre la clase obrera y el potencial revolucionario para crear un orden enteramente diferente del predominante en la sociedad capitalista, la ausencia de tal potencial se interpreta como una prueba de que las relaciones de clase han perdido hoy en día su significado —o, más exactamente, se han sumergido en la totalidad «unidimensional» unificada.

Esta conclusión es tan inaceptable como su opuesta, según la cual el grado de diversidad dentro de las sociedades modernas excluye el reconocimiento de las «clases»<sup>19</sup>. El aumento del control de los gerentes en las grandes empresas representa indudablemente un desarrollo significativo dentro del moderno capitalismo —aunque sea el que el mismo Marx señaló hace cien años. Se puede dudar, por las razones ya mencionadas, si el nivel de control directivo efectivo en las grandes firmas de las economías capitalistas contemporáneas es tan completo o no como se afirma normalmente; pero no se puede negar que el fenómeno existe en una escala bastante amplia. En tales circunstancias, por definición, el propietario no mantiene un poder económico directo, y en este sentido existe una diversificación de las fuentes de poder. Pero como ya he explicado, esto no equivale en modo alguno a afirmar que ya no tiene sentido, o que ya no es útil, hablar de la existencia de una «clase alta» en la sociedad capitalista; y esta cuestión debería ser tratada, en todo caso, como parcialmente separable de la relación de dicha clase con los medios de dominación, es decir, del hecho de si trata o no de una «clase dominante». En lo tocante a la distribución del poder, sin embargo, la propiedad privada conserva una importancia fundamental dentro del orden económico, en dos aspectos. En primer lugar, independientemente del nivel de control de los gerentes en las empresas y del grado de difusión de la propiedad por acciones, continúa siendo cierto que la posesión de propiedad a menudo proporciona un acceso directo al poder económico; en segundo lugar, y más significativamente, a pesar de la vasta extensión del

<sup>19</sup> Parsons, de hecho, continúa utilizando el término «clase», pero lo redefine haciéndolo prácticamente equivalente a «grupo de status» (y emplea el término «status» para designar la «posición»). Propone «definir *status de clase* con relación a la unidad de la estructura social, como la posición en la dimensión jerárquica de la diferenciación del sistema societal; y considerar la *clase social* como un agregado de dichas unidades, individuales y/o colectivas, que, según su propia estimación y la de otras entidades sociales, ocupa posiciones en la sociedad de status aproximadamente igual a este respecto» *ibid.*, p. 241.

sector público en la sociedad neo-capitalista, es todavía cierto que la búsqueda de beneficios en cualquier tipo de inversión constituye el motor básico del sistema económico en su totalidad. Dentro del orden político, es harto evidente que la propiedad privada raramente «compra» poder como solía hacer en el siglo XIX. Pero suponer que las conexiones entre la propiedad privada y el poder político han sido destruidas totalmente por el desarrollo de los derechos políticos y el sistema de partidos modernos, implica simplemente ignorar los fuertes vínculos que existen en todos los países capitalistas entre los negocios y los partidos conservadores o liberales. En estos aspectos, la propiedad privada sigue siendo un elemento fundamental en el sistema de poder de la sociedad capitalista, incluso cuando, como en los Estados Unidos, las élites están claramente integradas dentro de una «clase dominante».

La argumentación que se refiere al carácter graduado de la estructura ocupacional se basa sobre premisas un tanto diferentes de las relativas a la distribución del poder. En realidad cabe distinguir dos proposiciones implícitas en esto: que el orden económico constituye una jerarquía graduada que no muestra «rupturas» definidas; y que las oportunidades de un individuo de alcanzar una posición determinada en esta jerarquía ya no están fundamentalmente regidas por la posición de la familia de la que procede. Este último punto puede tocarse en primer lugar. La tesis recuerda la valoración de Durkheim de las desigualdades «internas» y «externas»: la desigualdad externa es característica de la etapa de transición en la evolución de la sociedad de tipo moderno, y desaparece cuando queda abolida la herencia de riqueza o propiedad; la determinación del éxito en el orden ocupacional se hace entonces completamente independiente de la transmisión de cualidades a través de la familia<sup>20</sup>. Pero esto enuncia un ideal saint-simoniano que, de hecho, no ha llegado a realizarse, y a la luz de la investigación reciente sobre la movilidad social y las oportunidades educativas no plantea excesivas dificultades mostrar el porqué de esta situación. La razón elemental es que la distribución de talentos y capacidades en una sociedad (es decir, de las «desigualdades internas») está en sí muy condicionada por las variaciones en la organización de la familia: pero además, los estudios sobre la movilidad social demuestran inequívocamente que la familia de origen influye en las oportunidades de movilidad ocupacional incluso cuando

<sup>20</sup> Emile Durkheim, *The Division of Labor in Society* (Glencoe, 1964), páginas 375-88.

se mantiene constante una aptitud patente<sup>21</sup>. Por supuesto, es indiscutible que, en la sociedad contemporánea, la familia «se contrae» en lo que se refiere al grado en que los lazos de parentesco proporcionan una base para la formación de relaciones económicas. Pero esto constituye, después de todo, uno de los principales elementos que intervinieron en los comienzos mismos del desarrollo de la sociedad capitalista, una de las condiciones para la superación del feudalismo; el carácter formalmente «abierto» de las oportunidades económicas en la economía capitalista ha sido, y continúa siendo, algo distinto de las oportunidades vitales diferenciales que crea en realidad —*ésta es precisamente la base para la existencia de las clases*.

El problema de las «fronteras» de clase ha complicado constantemente la teoría de la clase. Las dificultades, como he sugerido previamente, proceden de dos supuestos erróneos que han dominado gran parte de la bibliografía sobre el tema. El primero se basa en el intento implícito o explícito de trazar un paralelismo demasiado estricto entre la estructura económica y social del feudalismo y la del capitalismo, como si las divisiones entre las clases pudieran ser tan claramente delimitadas y tan específicas como las que había entre los estamentos feudales. Si se nos permite repetir la argumentación, la propia creación de las «clases», por oposición a los «estamentos», presupone la desaparición de los tipos de criterio que se aplicaron dentro del orden feudal. De hecho, la teoría marxiana ha contribuido en grado sumo a fomentar un planteamiento tan erróneo, pues, en su más característico énfasis, mantiene que el feudalismo y el capitalismo son sistemas clasistas basados en el mismo principio de la propiedad minoritaria de los medios de producción: así, parece que la clase dominante en el capitalismo debería ser un grupo tan claramente distinto como la aristocracia feudal. Pero, en la realidad no puede ser así. Esto conduce a la segunda cuestión: el hecho de que no se analiza lo que he denominado «estructuración de clases» como un fenómeno *variable* que interviene en las inter-conexiones entre la economía y la sociedad. Las divisiones de clase no pueden trazarse

<sup>21</sup> Cf. la observación hecha recientemente por un economista laboral de que «las decisiones tomadas dentro de la familia determinan quién buscará trabajo, durante cuánto tiempo y dónde. Los miembros de la familia distribuyen el trabajo y los ingresos entre ellos según criterios personales, independientemente de los procedimientos de colocación del mercado privado. Los niños no deciden por sí mismos si van o no a trabajar. La esposa no elige por sí misma entre un trabajo a jornada completa o de media jornada. O cuándo dejará de trabajar. Las presiones familiares respecto a los ingresos y otras gratificaciones intervienen en todas estas decisiones» (Stanley Lebergott, «Labor force and employment trends», en Sheldon y Moore, *op. cit.*, p. 98).

como las líneas en un mapa, y el grado en que se da la estructuración de clases depende de la interacción de diversos tipos de factores. Se debería insistir en que esto *no* es lo mismo que decir que la clase es un fenómeno «multidimensional» que puede analizarse como un agregado de varias «dimensiones» jerárquicas, como han pretendido a veces algunos (malos) intérpretes de Weber que identifican «clase» y «estratificación». En la historia de las sociedades capitalistas, la estructuración de clases ha alcanzado un máximo desarrollo en tres niveles, separando las clases alta, media y obrera. Hasta qué punto continuará ocurriendo esto es una cuestión que examinaremos en el último capítulo. Pero debería recalcar que no hay oposición entre la idea de que el capitalismo es intrínsecamente una sociedad clasista, como he expuesto a lo largo de este libro, y la noción de «pluralismo» —al menos como interpretan este último término algunos autores, como Kerr, para quien el pluralismo supone una orientación hacia una «confianza en los mercados, los planes y las negociaciones colectivas; hacia una diversificación o incluso una multiplicación de los centros de poder; hacia combinaciones infinitamente complejas de racionalidad e irracionalidad, de moralidad e inmoralidad, de principios y pragmatismo; hacia un aumento del número de directivos y aún mayor del de los que son dirigidos; hacia muchos conflictos sobre las normas y las recompensas»<sup>22</sup>. El error estriba en asociar sin más esta pluralidad de fenómenos con el «industrialismo».

<sup>22</sup> Clark Kerr, *Marshall, Marx and Modern Times* (Cambridge, 1969), p. 78.

## Capítulo 15

### EL FUTURO DE LA SOCIEDAD CLASISTA

#### 1. Racionalización, clases y burocracia

Las teorías tecnocráticas más recientes, consciente o inconscientemente, deben mucho a Max Weber. En algunos aspectos es evidentemente erróneo considerar a Weber como un defensor del punto de vista tecnocrático, puesto que para Weber no es el ingeniero o el especialista técnico la figura característica de la cultura moderna, sino el experto administrativo; es más, tuvo el cuidado de indicar que el burocrata está normalmente subordinado al mando del «no especialista» que tiene una visión más amplia que la conferida por el dominio de los conocimientos técnicos o administrativos. Pero la concepción de racionalización, siguiendo el uso weberiano<sup>1</sup>, se basa en una interpretación de la importancia fundamental de la técnica en la vida social moderna. Existe una clara conexión en el pensamiento de Weber entre técnica, en el sentido de aplicación de la racionalidad instrumental al mundo material, y organización burocrática, en el sentido de aplicación de la razón técnica a la actividad social. Así, Weber compara en numerosas ocasiones a la burocracia con la «máquina» bien engrasada, en la que la conducta sujeta a normas del funcionario burocrático representa el diente del engranaje de la maquinaria. La racionalización entraña algo más, sin embargo, que la simple extensión de la razón técnica —es decir, la instrumentalización de la aplicación de los me-

<sup>1</sup> Cf. mi *Politics and Sociology in the Thought of Max Weber*, pp. 45 ss.



dios más «efectivos» a «fines» definidos. El proceso de expansión de la racionalidad técnica va acompañado de otros dos fenómenos: la «desmistificación» del mundo, y el reemplazamiento concomitante de las normas religiosas o místicas por imperativos «racionales-legales» abstractos. Estas series paralelas de cambios surten efectos curiosamente opuestos. Por un lado, la religión, la magia, el misticismo son inevitablemente expulsados de la organización de la conducta humana en las grandes esferas institucionales de la sociedad; por otro, las formas predominantes de protesta social se convierten en erupciones utópicas, fútiles, contra los imperativos de la racionalización, y asumen un carácter «místico».

La polaridad entre racionalización y carisma que recorre los escritos de Weber proporciona una justificación de este punto de vista. El carisma, el principal elemento común a todos los movimientos de protesta a través de la historia, posee, en palabras de Weber, un carácter «específicamente irracional». Pero esto significa dos cosas, que no están claramente diferenciadas en sus escritos. El carisma, en otras palabras, se opone a la razón en dos sentidos: es un abandono de la razón aplicada técnica o rutinariamente (en el caso típico, la racionalización inherente a la técnica o, más específicamente, al procedimiento burocrático), así como de la racionalización en el sentido de validación legal-racional de la acción (es decir, la sustitución de los imperativos de valor religiosos o místicos como base para la legitimación general de la acción). Es el hecho de que estos dos sentidos no estén separados lo que permite a Weber colocar los más diversos movimientos y creencias dentro de la categoría única de lo «carismático» y, lo que resulta más importante en el contexto presente, sirve para clasificar las formas modernas de ideología política (incluyendo los componentes normativos del marxismo) juntamente con la religión y el misticismo en la categoría de lo «irracional». Como Marcuse ha resaltado con cierto vigor, la «dominación del hombre por el hombre» que lleva envuelta la sistematización burocrática de la actividad aparece así como inseparable de la búsqueda de valores «racionales» —esto es, no religiosos ni místicos. La propia respuesta de Marcuse a esto es adoptar el segundo aspecto de los dos tipos de racionalización, y contraponer a éste la visión de un nuevo orden social basado en una nueva racionalidad.

El análisis de Marcuse no es convincente, sin embargo, precisamente porque no recoge los problemas planteados por la racionalización en el primer sentido y porque, en su concepción de la «sociedad unidimensional», acepta básicamente la idea weberiana de la racionalización del mundo moderno inherente a su concepción de la

burocracia<sup>2</sup>. La diferencia estriba en que lo que Weber considera como el destino inexorable del hombre moderno, Marcuse estima susceptible de cambio; pero este último autor apenas indica cómo puede realizarse de un modo factible el proyecto de reorganización revolucionaria de la sociedad, y en lugar de ello sus ideas parecen utópicas —una visión de un modo nuevo tan al margen de la realidad social existente como las visiones religiosas con las que el mismo Weber la habría relacionado. Al objeto de comprender la influencia de la racionalización en la cultura moderna, tenemos que considerar los dos aspectos mencionados anteriormente —y las formas de contrarrespuesta que cada uno de ellos suele producir.

Puede aceptarse fácilmente que el surgimiento inicial del industrialismo capitalista en la Europa del siglo XVIII presupuso a la vez que aceleró en gran manera la transformación de las visiones del mundo de índole religiosa, reemplazándolas por representaciones y legitimaciones racionales del universo social. Marx lo expresó con su habitual mordacidad, escribiendo que «[la burguesía] ha sumergido el éxtasis más divino del fervor religioso, del entusiasmo caballeresco, del sentimentalismo filisteo, en el agua helada del cálculo egoísta... En una palabra, la explotación, velada por ilusiones políticas y religiosas, se ha sustituido por la explotación desnuda, desvergonzada, directa y brutal»<sup>3</sup>. Como otros racionalistas del siglo XIX, Marx desechó las formas de revivalismo religioso y del misticismo que aparecían esporádicamente como residuos de la era precedente o como *expresiones* irracionales de la protesta contra la alienación inherente al orden capitalista<sup>4</sup>. Pero a este respecto, Weber tenía probablemente razón: el desarrollo de una representación racionalizada de la realidad social y natural está vinculado dialécticamente a la posibilidad crónica, no ciertamente de algún tipo de revitalización total de la religión organizada, sino del resurgimiento de diversos tipos de revivalismo religioso, misticismo e irracionalismo en el arte, la literatura y la filosofía. Las formas de protesta social fundamentadas en creencias que surgen en tales contextos necesariamente tienden a adoptar un carácter «total»; es decir, cuestionan el *ethos* dominante en su totalidad. Weber se mostraba partidario, como muchos de los teóricos tecnocráticos, de clasificar tales tipos de movimientos de protesta social juntamente con los movimientos de matiz

<sup>2</sup> Marcuse. «Industrialisation and capitalism in the Thought of Max Weber» en Otto Stammier, *Max Weber and Sociology Today* (Oxford, 1971).

<sup>3</sup> «Manifiesto of the Communist Party», *Selected Works*, p. 36.

<sup>4</sup> Así, la octava tesis sobre Feuerbach declara: «Todos los misterios que conducen la teoría hacia el misticismo, encuentran su solución natural en la práctica humana y en la comprensión de esta práctica».

político como respuestas (en último extremo fútiles) a la racionalización. Pero aunque es cierto que pueden existir afinidades entre los dos, y que el uno puede nutrirse del otro, debemos reconocer que hay una forma de respuesta política a la racionalización que no intenta desacreditar la racionalidad como *ethos* cultural general, y que, por consiguiente, está basada muy profundamente en la aceptación de este *ethos*; se trata de una respuesta que forma parte del socialismo marxiano, así como de otras formas de socialismo y anarquismo. Se fundamenta en un rechazo de la racionalización en el primer sentido señalado anteriormente: o, mejor dicho, depende de la premisa de que la «racionalización», en el sentido de transmutación racional del *ethos* cultural moderno, proporciona a los hombres la comprensión necesaria para controlar la «racionalización» en el sentido del dominio de la racionalidad técnica en la vida social.

La descripción de Weber de la «jaula de hierro» a la que la expansión de la burocratización condena al hombre moderno —sin esperanza de perdón— cobra gran parte de su verosimilitud de su asimilación de los dos aspectos de la racionalización. Porque es difícil resistirse a la idea de que la racionalización de la cultura es un proceso acumulativo ineludible (aunque obligado siempre a provocar resistencias y a los intentos de construcción de «contra-culturas»); y así parece que fuera igualmente inevitable lo que Weber llamó el «parcelamiento de la vida humana», representado por la burocracia. Ahora bien, según esta concepción, el socialismo parece destinado a la futilidad. Por un lado, la teoría socialista defiende una creciente organización de las relaciones sociales, colocando la dirección de la vida económica bajo un control central; por otro, uno de los temas fundamentales subyacentes al pensamiento socialista es la idea de facilitar a los hombres la forma de escapar de las consecuencias de la organización sistemática de la vida social que entraña la moderna división del trabajo<sup>3</sup>. El resultado de la implantación de las medidas socialistas socavaría algunos de los mismos ideales que inspiran a los pensadores socialistas, en concreto, los que se refieren a la extensión de la libertad y la autonomía del individuo frente a las restricciones sociales. Esto podría parecer que confirma la conclusión de Weber de que el socialismo revolucionario es esencialmente «utópico», y por lo tanto, una versión secular de los ideales religiosos que llevaron a los hombres a cuestionar el mundo existente en momentos anteriores de la historia. Pero podemos aceptar que hay un elemento paradó-

<sup>3</sup> Cf. el análisis de Durkheim en *Socialism* (Nueva York, 1962), pp. 55-63 y *passim*.

jico en la teoría socialista sin mantener que sus fines sean irrealizables de cara a la racionalización necesaria de la vida social moderna. Lo que es inexorable en el mundo moderno es el avance de la racionalización de la cultura; y las formas de protesta que reflejan a la vez que tratan de abolir tal racionalización están, por consiguiente, condenadas a fracasar, a menos que alguna especie de acontecimiento catastrófico destruya completamente la civilización contemporánea. Pero no se puede aplicar este mismo criterio a los movimientos orientados hacia el otro aspecto de la racionalización, cuyo prototipo es, según Weber, la organización burocrática. El problema estriba en que, si el enfoque weberiano de la burocracia, en general, y del moderno Estado racional, en particular, es insatisfactorio, también lo son las interpretaciones que ofrecen de estos fenómenos las principales tendencias de la teoría socialista —sin exceptuar a la teoría marxiana. El análisis del Estado moderno constituye quizás el problema crucial en este punto, pero las cuestiones implícitas revierten sobre las otras grandes instituciones de la sociedad.

Lo que quiero sugerir en este momento es que los dos aspectos de la racionalización que he distinguido (se podrían hacer, por supuesto, discriminaciones analíticas más sutiles) aparecen como dos temas entrelazados en el socialismo marxiano. Uno de ellos comporta una llamada a la extensión general de la comprensión y el control racionales de la vida social que, según Marx, falta en el capitalismo. El modo capitalista de producción borra del mapa las formas alienadas de la conciencia humana representadas por los sistemas de creencias religiosas, pero los sustituye por el «Dios oculto» del mercado. Las irrationalidades detectadas por Marx en el funcionamiento de la economía capitalista expresan esta situación. El socialismo, basado en el control racional de la vida económica, proporciona un modo de completar el proceso de racionalización en el plano de la organización global de la actividad social del hombre. He defendido antes el punto de vista de que los orígenes del socialismo están ligados no solamente al advenimiento del propio capitalismo, sino más específicamente al choque entre capitalismo y feudalismo. El segundo tema inherente al pensamiento socialista, que quiero proponer, deriva su nivel de intensidad (y su nivel de apoyo) fundamentalmente del grado de acentuación y agudización de enfrentamiento. Este tema, relacionado con el otro aspecto de la racionalización, se refiere a la *liberación* de los hombres de la imposición coercitiva de la voluntad de otros individuos. Su expresión característica es la idea saint-simoniana, desarrollada por Marx, de la superación del poder «político» del Estado en la proyectada sociedad socialista.

La paradoja de la ideología socialista radica en el corazón mismo de la teoría marxiana del Estado capitalista. Podemos rechazar la idea, incompatible con el pensamiento de un hombre de la talla intelectual de Marx, de que sostuvo una concepción de la «desaparición» del Estado directamente emparentada con la que aparece en algunas versiones menos acabadas de la filosofía anarquista. Marx no creía en la «destrucción» del Estado, sino en su *Aufhebung*, que significaba la fusión del Estado y la sociedad y la subordinación del Estado a la sociedad. Cómo consideró que esto podría llevarse a cabo, está indicado en su estudio de la propuesta de estructura de la Comuna de París, que suponía la existencia de funcionarios revocables con mandatos cortos, elegidos entre la masa del pueblo<sup>6</sup>. De aquí sólo hay un paso a la noción de «democracia industrial», que, sin embargo, nunca fue descrita por Marx de forma precisa, y que opera en líneas similares<sup>7</sup>. Pero estas recomendaciones no fueron elaboradas en detalle en ninguno de los escritos de Marx, y parece plausible deducir que representan un intento de construir unas bases concretas y defendibles para un conjunto más difuso de ideas que Marx asimiló, en las primeras etapas de su carrera intelectual, de los primeros pensadores socialistas: ideas concernientes a la erradicación de la «dominación del hombre por el hombre», expuestas por Saint-Simon y muchos otros autores socialistas anteriores y contemporáneos. Una creencia semejante se expresa frecuentemente en los primeros escritos de Marx, como cuando en el *Manifiesto comunista* se afirma que «el libre desarrollo de cada uno es la condición para el libre desarrollo de todos»<sup>8</sup>.

Las dificultades que presenta la conciliación de este tipo de concepción con las consecuencias que se deducen de la proposición de que las irracionalidades de la economía capitalista deben ser superadas por la organización de la producción conscientemente dirigida, son lo suficientemente claras como para no requerir una discusión por extenso. Pero un problema semejante se plantea aun en la versión más compleja de la posibilidad de la superación del Estado. Pues para asumir el control directivo sobre la producción y distribución de bienes en la sociedad, de tal forma que se ponga en correlación la producción con las necesidades, el Estado debe, de algún modo, estar situado aparte y «por encima» de la sociedad. Esto no puede ser de otra manera, porque el Estado (u otra instancia directiva) tiene

<sup>6</sup> «The civil war in France», *Selected Works*, pp. 292-4.

<sup>7</sup> Hay varias alusiones acerca de esto dispersas a lo largo del tercer volumen del *Capital*.

<sup>8</sup> «Manifesto of the Communist Party», *Selected Works*, p. 53.

que ser responsable de la puesta en práctica y coordinación de las decisiones que afectan a la sociedad en su conjunto. La separación parcial inevitable del Estado respecto de la sociedad, y su superioridad sobre la misma, depende de la necesidad de aplicar «conocimientos» especializados en la administración y de la exigencia de la concentración administrativa en la toma de decisiones. Estos aspectos aparecen, de forma básica, como planos bien distintos en los escritos de Marx sobre la teoría del desarrollo capitalista. Una parte de la teoría económica del capitalismo se ocupa de la identificación de los mecanismos mediante los cuales el mercado capitalista logra vencer su irracionalidad inherente —pero sólo para socavar los principios mismos sobre los cuales se basa como sistema de producción. Es decir, Marx señala los cambios a través de los cuales la estructura competitiva, «anárquica» del capitalismo primitivo da paso paulatinamente a un sistema que está equilibrado para la transformación al socialismo, mediante los procesos de centralización y concentración de capitales. La teoría de las clases y del desarrollo del potencial revolucionario de la clase obrera con la evolución de la sociedad capitalista, que produce eventualmente la emancipación del hombre de las limitaciones de la sociedad clasista, constituye el otro plano. En las obras de Marx, por supuesto, los dos están unidos, porque se supone que el desarrollo del capitalismo los relaciona de forma integral: el carácter cambiante de la economía capitalista se dirige a la posibilidad concreta de la coordinación centralizada de la producción, lo que se realiza gracias a la acción revolucionaria de la clase obrera.

El verdadero carácter de la evolución de las sociedades capitalistas es, sin embargo, radicalmente diferente. Mientras que la madurez del capitalismo implica un tipo de resultado generalmente de acuerdo con las expectativas de Marx en relación con la primera serie de procesos, no ocurre así en relación con la segunda. El potencial revolucionario de la clase obrera depende del choque inicial con el capitalismo, no de la madurez del modo de producción capitalista. En cierto sentido, no obstante, esto ha ocultado el elemento paradójico que el pensamiento de Marx comparte con otras formas de la teoría socialista, puesto que ha significado que la transformación revolucionaria del capitalismo no ha llegado a su realización; el carácter del problema sólo es plenamente evidente en las sociedades socialistas estatales.

La ambigüedad de la teoría del Estado de Marx y la fragilidad de su interpretación de los orígenes de la autoridad burocrática, atestiguan las consecuencias intelectuales de los planos divergentes en el pensamiento marxiano. Ya he indicado (págs. 56-7) los dos ele-

mentos de la concepción del Estado de Marx: por una parte, que la existencia del Estado depende de la dominación clasista, de lo cual se deduce que la abolición (superación) del Estado se lleva a cabo sobre todo mediante la abolición de las clases; por otra, que el Estado es el vínculo de las necesidades administrativas de una sociedad y economía complejas. La interpretación marxiana de la burocracia es débil porque vincula la existencia de la dominación burocrática únicamente con la primera de estas proposiciones; la concepción weberiana de la burocracia, por el contrario, es imperfecta porque, al asimilar los dos aspectos de la racionalización, se remite casi totalmente al segundo.

La sugerencia de que, con la abolición del capitalismo, el Estado será reabsorbido en la sociedad sólo es defendible en relación a la proposición de que el Estado es una expresión de la asimetría de los intereses de clase; además debemos reconocer que la cuestión de la «inclinación» clasista del Estado es separable —pero de ninguna manera totalmente de la cuestión de los factores que determinan el nivel de racionalización burocrática del aparato estatal. En el capitalismo, como Marx (y Weber) insistieron, el carácter del Estado refleja necesariamente la distribución de los intereses de clase, en dos sentidos: aislando la esfera de lo «político» de la de lo «económico» y reconociendo derechos de «plena e igual participación» sólo en la primera; y sancionando y protegiendo la existencia de la propiedad privada como principio legitimador de la empresa económica. La concepción marxiana de que cada uno de éstos sirve para separar el Estado de la sociedad y para promover el surgimiento del Estado como un «poder autónomo» es absolutamente válida. Pero éstos son, en parte, distintos de la separación burocrática del Estado y la sociedad. La teoría marxista de la superación del Estado está basada en la premisa de que, a través de la abolición de la propiedad privada en la esfera económica, se hará posible la fusión de lo «político» y lo «económico», desapareciendo necesariamente el poder específicamente «político». La desaparición del poder «político», sin embargo, puede interpretarse en dos sentidos. En un sentido dialéctico, puede decirse que la esfera de lo «político» es erradicada cuando ya no es claramente separable de la de lo «económico». Desde este punto de vista, el Estado queda abolido cuando las condiciones de democracia política que caracterizan al orden capitalista son superadas por la socialización de los medios de producción. Pero, a la luz del ejemplo histórico de las sociedades socialistas estatales, es bastante evidente, a lo que esto conduce: a un acentuamiento de la separación *burocrática* del Estado respecto de la sociedad, como predijo Weber. La idea

de que la ausencia de clases y la superación de lo «político» están, pues, intrínsecamente unidas, no es pura sofistería; porque la mediación institucional del poder creado por la integración de la economía y la política, como hemos examinado anteriormente por extenso, proporciona una vía de escape a la sociedad de clases. Sin embargo, es obvio que lo que sucede en tales circunstancias es que la desaparición de lo «político» se iguala, no con la abolición del Estado, sino con la dominación del aparato estatal sobre la vida económica, y de esta forma con el robustecimiento del poder burocrático.

## 2. Las clases y el conflicto de clases

Desde los comienzos, en las postrimerías del siglo XVIII, de las grandes series de transformaciones sociales comprendidas en las dos formas de «revolución» que caracterizan a la época moderna —la «revolución política» y la «revolución industrial»— los hombres han vislumbrado la llegada de una nueva era en la que los grandes conflictos y divisiones de la sociedad humana serían finalmente eliminados. Semejante concepción aparece en las obras de Saint-Simon y Comte; de forma más influyente en las de Marx; y en los escritos de una serie de figuras menores del pensamiento del siglo XIX. Los desastres de las dos guerras mundiales han ayudado a los pensadores del siglo XX a tener menos confianza en el porvenir que los de la época anterior. Pero las interpretaciones de las tendencias de desarrollo de las sociedades avanzadas continúan planteando esas posibilidades, con una intensidad mucho menor, y en forma de análisis sociológicos más que de milenarismo revolucionario. Las concepciones del «crepúsculo de las ideologías», y la mayoría de las versiones de teoría tecnocrática, expresan la opinión de que, en la sociedad contemporánea, los conflictos sociales profundamente arraigados del pasado han sido superados en favor de un general «consenso en los objetivos». Más específicamente, por supuesto, se sostiene que la lucha de clases que marcó la historia europea del siglo XIX, y que Marx convirtió en pieza central de su esquema teórico y de su proyecto práctico para la reorganización revolucionaria del capitalismo, ha desaparecido en la actualidad. A este respecto, algunos de los que han intentado formular una «teoría crítica» de la sociedad contemporánea, procurando preservar la visión de una imagen radicalmente nueva del hombre industrial, han compartido los supuestos de los autores que proclamaron el «crepúsculo de las ideologías». A la vista de esta tendencia crónica en el pensamiento social a prever el declive incipiente, o la desaparición, de los conflictos fundamentales



que han enfrentado a los hombres en el pasado, debemos insistir en la ubicuidad del conflicto en la vida social. El conflicto es un hecho irremediable de la condición humana, la fuente ineludible de mucho de lo que es creador, así como destructivo, en la sociedad humana. Afirmar esto, evidentemente, no equivale a decir que el carácter y las causas de los conflictos actuales no puedan haber cambiado significativamente con respecto a los que impulsaban a los hombres en épocas pasadas.

La opinión de que el conflicto de clases, que caracterizó al siglo XIX, no es ya un rasgo importante de la sociedad capitalista, se basa en un conjunto comúnmente aceptado de observaciones empíricas, y en una interpretación de la evolución del capitalismo a lo largo de los últimos ciento cincuenta años. Entre las observaciones empíricas, cuatro son particularmente pertinentes: 1) los enfrentamientos violentos entre obreros y patronos, relativamente comunes en el siglo XIX han disminuido en favor de formas rutinarias de huelgas y de negociaciones colectivas; 2) la postura revolucionaria adoptada por el movimiento obrero en los albores de su historia, en varios países europeos, se ha transformado en la social-democracia reformista; 3) el volumen de la clase obrera ha decrecido, y continúa decreciendo, en relación con la clase media; 4) la afiliación sindical no se ha incrementado en las dos o tres últimas décadas. De estas cuatro proposiciones sólo la última puede ser cuestionada sobre una base estrictamente empírica, aunque, como he mencionado previamente, pueden hacerse ciertas reservas concernientes a la tercera proposición aquí reseñada. La estabilización de la afiliación sindical, una cuestión a la que algunos autores han dado mucha importancia<sup>9</sup>, es un fenómeno que parece reducirse a los Estados Unidos; en las sociedades europeas, y en el Japón, los índices de afiliación sindical han tendido a aumentar.

Sea como fuere, el problema que quiero realmente tratar es la interpretación teórica de tales observaciones. Este es un lugar adecuado para ofrecer un resumen de las afirmaciones fundamentales que he propuesto en este libro. Ya he señalado la inconsistencia inherente a las ideas de aquellos autores que arguyen que, aunque la interpretación marxiana del capitalismo fue bastante válida para el siglo XIX, ha sido desmentida por los procesos posteriores de cambio social. Tras esta inconsistencia, bastante común por otra parte, se encuentra una concepción del desarrollo de la sociedad

<sup>9</sup> Cf. la discusión de Bell acerca de Irving Bernstein, «Union growth and structural cycles», en Walter Galenson y Seymour Martin Lipset, *Labour and Trade Unionism* (Nueva York, 1960), pp. 89-93.

capitalista en el siglo pasado que es compartida casi universalmente. Se trata de una visión general desarrollada originalmente, o latente, en la economía política clásica, y clarificada por Marx. Los teoremas implícitos pueden ser fácilmente enunciados. Son: que el componente esencial del «capitalismo» es la competencia desenfrenada de una multiplicidad de productores; que cualquier movimiento hacia la disminución en el número de productores competitivos, respecto al capital, o hacia la organización colectiva de los trabajadores, respecto al trabajo, sirve para amenazar la hegemonía del sistema capitalista; y por consiguiente que el declive del capitalismo puede reconocerse por el grado en que se produzcan estas dos últimas clases de procesos. A éstos podemos añadir la noción de que el funcionamiento del capitalismo, como orden social y económico, se ve inhibido por la intervención estatal en la vida económica.

Si se aceptan estos principios, entonces se deduce que la última mitad del siglo XIX muestra ya que el capitalismo está en su ocaso. Los enfrentamientos violentos entre patronos y obreros aparecen entonces como la consecuencia del capitalismo en su forma «pura», y la llamada institucionalización del conflicto de clases, al apartarse de las premisas originales sobre las que se basa la economía capitalista, parece representar, como muchos autores (en cierto modo al contrario que Marx) han supuesto, un mecanismo de contención de los efectos del conflicto de clases inherentes al capitalismo desenfrenado. Una interpretación de este tipo parece apoyarse en el hecho de las prolongadas luchas que las organizaciones obreras tuvieron que librar para alcanzar el reconocimiento de la legitimidad de la negociación colectiva, y los partidos obreros para alcanzar el reconocimiento dentro de una comunidad política democrática de plenas libertades. Esto, a su vez, conduce a la idea de que la última parte del siglo XIX fue en líneas generales el período en el que las luchas de clase fueron más intensas; y que, en los últimos setenta años, el proceso de desarrollo en la mayoría de los países capitalistas ha manifestado un declive progresivo en la intensidad y significación social del conflicto de clases.

La perspectiva que he desarrollado es claramente diferente de ésta, en cierto modo casi totalmente opuesta. Lo que es juzgado típicamente como la cima del desarrollo capitalista es más útil considerarlo como la fase temprana del surgimiento de la *sociedad capitalista*. Es importante subrayar el término en este momento, aunque he usado los términos «capitalismo» y «sociedad capitalista» casi indiferentemente en los capítulos anteriores. La aparición de la sociedad capitalista presupone no solamente una serie de transformaciones

económicas que comprenden la formación del capital industrial y financiero y la producción para el mercado, sino también profundos cambios sociales y políticos que crean una forma específica de mediación institucional del poder. Hay dos componentes fundamentales envueltos: uno concierne a la esfera política. En la economía política, y en la teoría marxiana, como he insistido a menudo, la naturaleza del Estado moderno se trata de una forma muy inadecuada —fruto del supuesto general de la primacía de la organización económica como influencia sobre el desarrollo capitalista. El «modelo abstracto» de la sociedad capitalista —la sociedad capitalista en su forma «más pura»— restringe la función del aparato estatal al papel de garante último de las obligaciones contractuales. Este modelo constituye una concepción errónea del desarrollo real de las sociedades capitalistas, porque sólo se aproxima a la realidad en el caso de unos pocos países, de los cuales Gran Bretaña es el ejemplo principal; y es imposible sostenerlo en un nivel teórico más general.

Si la tesis que he descrito en el capítulo 12 es correcta, existe una conexión inherente entre capitalismo y democracia liberal que va más allá de lo que se supone normalmente. En el pensamiento de Marx, la ética de la «libertad de oportunidades», que llega a prevalecer en la esfera económica en la transición desde la sociedad postfeudal, está directamente ligada al nacimiento de las ideologías democráticas. Pero, como Marx pone de relieve en una temprana crítica de Hegel, la democracia política burguesa es una ficción porque (entre otras razones) sólo una pequeña minoría de la población puede realmente participar en el sistema electoral. El hecho de que las organizaciones de la clase obrera sean capaces de presionar para extender los derechos políticos constituye una debilidad en la estructura general de la sociedad capitalista, puesto que hace posible el ascenso de los partidos obreros de masas que, por lo menos en algunos países, pueden conseguir realmente el derrocamiento revolucionario del orden capitalista sin salirse del marco político existente. El planteamiento que he desarrollado en capítulos anteriores sugiere que dicha interpretación es errónea —en parte, precisamente porque ignora, en concreto, un aspecto fundamentalmente «político» del movimiento obrero del siglo XIX. La clase obrera, o las organizaciones políticas que la representaban, tenían que luchar para asegurarse la plena incorporación a la comunidad política en el Estado nacional; el resultado de esta incorporación, sin embargo, no ha debilitado, sino estabilizado, o completado, la mediación institucional del poder en el orden capitalista. *La social democracia, en otras palabras, es la forma normal que adopta la inclusión política sistemática de la clase*

*obrero dentro de la sociedad capitalista.* Lo que precisa explicarse específicamente no es la tendencia «reformista» del brazo político del movimiento obrero una vez que ha sido aceptado dentro del orden liberal democrático —esto es, cuando la separación de lo «político» y lo «económico» se ha reconocido no simplemente como un principio formal, sino como una realidad institucionalizada—, sino aquellos casos (los Estados Unidos) donde el movimiento obrero no ha estado estrechamente relacionado con algún tipo de socialismo y los casos (Francia) donde una orientación revolucionaria se ha convertido en una característica muy acusada.

He mantenido con insistencia que el rasgo estructural básico de la sociedad capitalista es la existencia de una mediación institucional del poder que implica una separación de lo «político» y lo «económico», de forma que los modos característicos de participación en una esfera no están determinados por los de la otra. Una forma diferente de expresar esto es diciendo, como hace Macpherson, que el capitalismo es un «sistema en el que la producción se lleva a cabo sin una distribución autoritaria del trabajo o de las remuneraciones, sino por medio de relaciones contractuales entre individuos libres (cada uno de los cuales posee algún recurso aunque sólo sea su propia fuerza de trabajo) que calculan sus formas de acción más rentables y emplean sus recursos según dictan estos cálculos»<sup>10</sup>. En un sistema semejante siempre hay cierta tensión entre el Estado y la economía; la «separación» de las dos esferas supone siempre al mismo tiempo una dependencia mutua, y los cambios en una esfera ponen en juego desarrollos recíprocos o contrarios en la otra. Por esto no es contradictorio afirmar que el mantenimiento del aislamiento de las esferas «política» y «económica» depende de la existencia de inter-conexiones definidas entre las mismas. La «intervención» estatal —el término es, por supuesto, en sí mismo engañoso, pero hoy en día convencional— en la vida económica es, en este sentido, no sólo compatible con el capitalismo; es intrínseca al mismo. El declive del *laissez faire*, y el auge del moderno Estado del bienestar, deben ser comprendidos en función de tales mecanismos de realineamiento mutuo de la política y la economía. El papel del Estado al fijar los sistemas fiscales, limitando el monopolio, influyendo en la utilización del trabajo y en la movilidad laboral, e incluso, en el neocapitalismo, introduciendo la planificación a largo plazo, puede alterar significativamente las condiciones bajo las que se establecen y mantienen las relaciones contractuales; pero ninguno de estos modos de intervención atenta contra

<sup>10</sup> C. B. Macpherson, «Post-liberal democracy?» *Canadian Journal of Economics and Political Science* 30, 1964.

el carácter esencial de la organización de la actividad económica<sup>11</sup>. El uso de un término como «madurez» tiene sus desventajas, puesto que sugiere, al hablar de la «madurez» de la sociedad capitalista, que ésta posee un ciclo natural de crecimiento, madurez y decadencia, que estamos en situación de predecir. Un planteamiento semejante está ciertamente implícito en el punto de vista marxiano, con su descripción de la transformación interna progresiva del capitalismo «clásico» que culmina en la revolución socialista, así como en otras escuelas de pensamiento socialista. Pero el capitalismo ha demostrado ser un sistema económico clástico, capaz de experimentar grandes modificaciones internas sin promover el tipo de cataclismo revolucionario que predijo Marx. Aunque es evidentemente cierto que el punto en que se sitúe el «nivel superior» del desarrollo capitalista depende de cómo sean definidos los conceptos de «capitalismo» y «sociedad capitalista», con arreglo a los términos que he sugerido es perfectamente apropiado considerar este nivel como coincidente con el tipo genérico más reciente: lo que he denominado neocapitalismo.

En lo que atañe al fenómeno de la «institucionalización del conflicto de clases», el punto de vista que he procurado establecer es de nuevo distinto y en cierto sentido contrario a la ortodoxia prevalente, que acepta a Marx a fin de refutarle. La idea existente es sencilla y puede ser expresada del siguiente modo. Hay una tendencia inherente hacia el conflicto de clases en la sociedad capitalista que, de no «regularse», produce una clase obrera revolucionaria que arremete contra el resto de la sociedad en una violenta lucha de clases. El reconocimiento de intereses de clase divergentes, formalizados en la negociación colectiva, sirve para controlar y proporcionar mecanismos de salida para esos conflictos, socavando, así, el potencial revolucionario de la clase obrera. La interpretación que he defendido,

<sup>11</sup> Cf. Macpherson: «El Estado puede, como hacen comúnmente los Estados, interferir por medio de los impuestos y subsidios diferenciales, del control de la competencia y los monopolios, del control del uso de la tierra y del trabajo, y de todas las formas de regulación que confieren ventajas o desventajas a algún tipo de producción o a algunas categorías de productores. Lo que el Estado hace, de este modo, es alterar los términos de las ecuaciones que cada hombre efectúa cuando está calculando el desarrollo más rentable de su acción. Algunos de los datos para el cálculo se cambian, pero esta adversidad no afecta al resorte fundamental del sistema, que consiste en que los hombres actúan según les indica su cálculo de ganancias netas. En tanto los precios sigan oscilando en respuesta a estas decisiones calculadas, y en tanto sigan determinando la producción de mercancías y su distribución, podemos decir que la naturaleza esencial del sistema no ha cambiado» (Macpherson, «Post-liberal democracy?», *op. cit.*, p. 494).

sin embargo, sostiene que la conciencia revolucionaria tiende sobre todo a caracterizar el punto de impacto del postfeudalismo y del industrialismo capitalista, y no es endémica de la sociedad capitalista en sí. La «institucionalización del conflicto de clase» no constituye un proceso que minimice la existencia o los efectos del conflicto de clase, negando su transcendencia revolucionaria potencial, sino que es la forma característica en la que se expresa el conflicto de clase en la sociedad capitalista desarrollada. Una vez más, es la presencia de la conciencia de clase revolucionaria, antes que su ausencia, lo que reclama una explicación especial.

### **3. Viejas clases y nuevos conflictos: El problema del neocapitalismo**

Como en muchas áreas de la teoría de clase (al menos) dos planteamientos más bien divergentes se han desarrollado a partir del examen de las consecuencias de la expansión relativa del sector de cuello blanco y de los cambios tecnológicos estrechamente conectados con ésta que afectan a las ocupaciones no manuales de nivel inferior. Un buen número de autores han supuesto simplemente que el crecimiento en el sector administrativo que ha tenido lugar en las últimas décadas anuncia la llegada de una «sociedad de clase media» en la que la continua expansión de la clase media debilita progresivamente, y elimina eventualmente, las formas de estructuración de clases que han existido previamente. Esto representa una especie de replanteamiento actualizado de la teoría de la sociedad sin clases, emparentada con la idea saint-simoniana de la sociedad de «clase única»: las clases desaparecen de la sociedad a medida que cada individuo se convierte en miembro de la clase media. Un segundo punto de vista, defendido principalmente por los autores marxistas más recientes, considera la existencia de una división dentro de las filas de los trabajadores de cuello blanco, que separa a los ocupados en trabajos rutinarios, que se ven arrojados a la clase obrera, de los situados en un nivel superior que tienden a asociarse con la clase alta.

Las objeciones que pueden plantearse frente al primer punto de vista anterior son tan fundamentales que apenas es necesario discutir las con detalle. En primer lugar, se basa en una proyección sobre el futuro antes que en la realidad presente. En segundo lugar, se fundamenta una vez más en gran medida sobre el supuesto explícito o encubierto de que los Estados Unidos pueden considerarse como el prototipo del desarrollo futuro de las otras sociedades capitalistas. Pero, como he subrayado en más de una ocasión, las diferencias que

presentan los Estados Unidos frente a los otros países capitalistas en cuanto al nivel y carácter de la estructuración de clases obedecen a razones muy precisas. En tercer lugar, en los Estados Unidos como en cualquier otro lugar, una proporción elevada de los puestos de trabajo de cuello blanco de nivel inferior, incluyendo especialmente los que han sido modificados por la introducción de la mecanización, juntamente con muchas formas de trabajo de servicios creadas recientemente, están ocupados por personal femenino. Dado que las mujeres todavía tienen que esperar su liberación de la familia, sigue sucediendo, en las sociedades capitalistas, que las trabajadoras son, en gran medida, periféricas al sistema de clases; o, en otras palabras, *las mujeres son en cierto sentido la «infrac clase» del sector de cuello blanco*. Tienden a monopolizar las ocupaciones que no sólo tienen una retribución económica baja, sino que carecen además de beneficios económicos subsidiarios, tienen una seguridad en el empleo limitada y ofrecen pocas oportunidades de promoción.

Finalmente, y lo que es más importante desde un punto de vista teórico, los modos típicos de estructuración de clases, y la penetración del «reconocimiento» de clase, dentro de la clase media tienden inevitablemente a disminuir la influencia social (o cultural) específica de la última en relación con la fuerza centrífuga de la clase obrera, por un lado, y la clase alta, por otro. Esto significa que *la clase media raramente tiende a desempeñar un papel directo en las luchas de clase manifiestas*. Pero es importante no confundir esto con la noción de que, en lo que se refiere a la propia estructuración de clases, se está produciendo un nuevo proceso de «polarización» que está engrosando efectivamente la clase obrera mediante un desclasamiento masivo de los trabajadores de cuello blanco empleados en ocupaciones rutinizadas. El hecho de que muchas de las ocupaciones en cuestión hayan llegado a ser dominadas por mujeres contribuye probablemente a solidificar tanto como a disolver la «zona amortiguadora» entre las clases media y obrera, y ciertamente debe conducirnos a rechazar alguna de las afirmaciones más radicales sobre la «proletarización» de los niveles inferiores del sector de cuello blanco. Posiblemente menos importante que el proceso de rutinización es el cierre parcial de las posibilidades de movilidad profesional para los hombres en ciertas clases de ocupaciones no manuales. Como he sugerido ya en un capítulo anterior, esto constituye una causa importante de elevación del nivel de militancia y sindicalización del sector de cuello blanco. Hasta qué punto llegan a integrarse los sindicatos del sector de cuello blanco en el movimiento obrero, sin embargo, y hasta qué punto entraña su militancia algún tipo de conciencia revolucionaria,

depende de los mismos factores que determinan el carácter del movimiento obrero en su conjunto en cualquier sociedad dada.

En la sociedad neocapitalista, el tipo de cambios señalados por muchos autores, que afectan a la división tradicional entre trabajo manual y no manual<sup>12</sup>, tienen un significado de menor alcance que otros dos conjuntos de fenómenos que están probablemente influyendo crecientemente sobre el carácter del conflicto de clases: el surgimiento de una infraclase manual, y las ramificaciones de la planificación estatal a largo plazo. En los Estados Unidos, la infraclase se compone fundamentalmente de tres grupos étnicos, el más grande de los cuales no es por ningún concepto un recién llegado al país, mientras que los otros lo son relativamente (mejicanos y puertorriqueños). El volumen proporcional de la infraclase en los Estados Unidos y el hecho de que el elemento mayoritario dentro de ella haya formado parte de la sociedad, aunque no se haya asimilado culturalmente, durante un gran período de tiempo, separan una vez más a este país de otras sociedades capitalistas en las que es posible detectar la presencia de una infraclase naciente. Sin embargo, aun en los Estados Unidos, la integración de la masa obrera negra en la fuerza de trabajo industrial no es sino un fenómeno relativamente reciente, resultado de las migraciones en masa hacia las ciudades del Norte.

Se puede sugerir que la aparición de una infraclase en una sociedad determinada tiene un potencial radical a la vez que reaccionario. Dado que los miembros de la infraclase proceden en general de entornos rurales y se trasladan a un medio industrial urbano, constituyen una posible fuente de resurgimiento de la conciencia revolucionaria. Pero la probabilidad de que penetre en la clase trabajadora en su conjunto —y mucho menos en los Estados Unidos— es mínima y servirá casi con toda seguridad para producir un efecto opuesto, debido al choque de intereses que supone. Se puede poner en tela de juicio la proposición de que la clase obrera, como resultado del «autoritarismo» cultural, constituye el principal depósito de los prejuicios irracionales contra las minorías étnicas. Pero es evidente que hay una división básica de intereses, que con toda seguridad llegará a ser cada vez más pronunciada en el futuro, entre el nuevo «ejército de reserva» del capitalismo, empleado en ocupaciones inseguras que sólo producen un bajo índice de ganancias econó-

<sup>12</sup> *Ibid.*, p. 495. La conclusión de Hörning a su investigación de las diferentes teorías de la «nueva clase obrera»: «Die Verbürgerlichungs- und Integrationshoffnungen sind unbegründet. Gleichermassen scheint aber auch die Euphorie über eine "Neue Arbeiterklasse" unangebracht» (Karl N. Hörning, *Der neue Arbeiter*, Frankfurt, 1971, p. 8).



micas, y aquellos que ocupan puestos de trabajo manuales estables que producen ingresos elevados.

Aun en aquellas sociedades que no desarrollan una infracase distintiva, hay razones para suponer que operarán exigencias semejantes, aunque con consecuencias menos divisorias que en aquellas donde interviene una diferenciación étnica. Estos fenómenos están directamente vinculados con los tipos de planificación económica característicos del neocapitalismo, y pueden producir una escisión dentro de la clase obrera que trascienda parcialmente las formas más antiguas de división entre niveles de cualificación. Entre los empleados cualificados se ha dado siempre una fuerte tendencia a disfrutar de un grado sustancialmente más alto de seguridad en el empleo que otros trabajadores manuales. Las empresas han considerado normalmente la mano de obra cualificada como una forma importante de inversión de capital, y se han mostrado dispuestas, de acuerdo con ello, a ofrecer superiores condiciones de empleo a tales trabajadores. Esto ha sido invariablemente uno de los principales factores que influyen en el carácter de los sindicatos de oficio y contribuyen a la creación de una «aristocracia obrera». Como resultado, sin embargo, de la dominación de la economía por parte de las grandes corporaciones y del surgimiento de la planificación estatal, es probable que un nivel más alto de seguridad en el empleo se extienda a algunos tipos de trabajadores no cualificados dentro de la empresa. La planificación estatal en el neocapitalismo difiere de forma básica del control directivo de la actividad económica característico de las sociedades socialistas estatales. En la sociedad neocapitalista, la planificación indicativa y las políticas de precios y renta necesariamente tienen que contar con el apoyo de los empresarios y del trabajo organizado; el grado de control directo que las élites políticas pueden obtener sobre los dos últimos grupos es en general bastante restringido. Gran parte de los impulsos hacia el desarrollo de la planificación capitalista provienen del hecho de que, en ciertos aspectos, el Estado y las grandes corporaciones tienen intereses paralelos en potenciar un desarrollo económico estable y progresivo y en regular la inflación. Pero estos objetivos sólo pueden alcanzarse con éxito con la colaboración de los sindicatos. El «precio de compra» del apoyo sindical ciertamente es probable que sea principalmente economicista —al menos inicialmente—; es decir, tal apoyo podría ser brindado sólo si se garantiza que la clase obrera podrá obtener su parte de los beneficios creados por el crecimiento económico progresivo. Debe hacerse evidente rápidamente que la forma más segura de tratar de conseguir esto es haciendo posible la participación de los trabajadores en la

empresa de una manera regular: mediante la negociación de contratos a largo plazo. Tal desarrollo, sin embargo, probablemente estará en consonancia con las necesidades de la dirección de las grandes empresas, que desearán invertir en un núcleo de fuerza de trabajo que esté económicamente comprometido con la organización —clarificando, por lo tanto, la distinción entre empleo primario y secundario.

Se espera que los resultados de semejante proceso no sólo van a potenciar la estructuración de una infraclase separada de la clase obrera en su conjunto, sino que también van a proporcionar nuevas fuentes de tensión o contradicción en el seno de la estructura de clases existente en la sociedad neocapitalista. En los primeros capítulos, he sugerido que la mediación institucional del poder típica de la sociedad capitalista, hasta hace poco, se ha visto estabilizada por la intervención de factores que reducen la actividad sindical a una orientación hacia el economicismo (junto al «control defensivo»). Se ha tratado, por supuesto, de una estabilidad frágil que está —dependiendo también de otras características de cualquier sociedad dada— potencialmente expuesta a verse amenazada por el resurgimiento de movimientos dirigidos hacia la reorganización del control industrial. El equilibrio del economicismo y de la conciencia de conflicto que ha caracterizado la primera fase del desarrollo capitalista se verá sometido a presión merced a los cambios económicos que comporta el neocapitalismo. Pues es difícil imaginar que las formas de vinculación entre el Estado y la economía que supone la planificación macroeconómica puedan formarse sin estimular una reorientación del movimiento obrero hacia el control. Esto obedece a diversas razones. Una es que la dirección sindical puede ser reacia, u oponerse directamente, a participar en esa especie de *liaison* con las élites políticas y económicas que implica la planificación neocapitalista. Probablemente, esto va a ser especialmente cierto con respecto a los intentos, por parte de la esfera política, de poner en práctica medidas destinadas a regular la circulación monetaria y frenar la inflación. Si los intereses de las grandes corporaciones y del moderno Estado capitalista son generalmente convergentes, se deduce que el esfuerzo para moderar la inflación tenderá a dirigirse principalmente hacia la regulación de los ingresos en vez de los precios —aunque los conflictos sobre los controles de los precios entre las élites política y económica están abocados a producirse. La dirección sindical puede desaprobado cualquier intento de regular los ingresos, pero ciertamente se opondrá a la aplicación de medidas que traten de restringir los aumentos en los ingresos sin imponer limitaciones de la misma índole a los aumentos de los precios.

Por tanto, cabe esperar un crecimiento del nivel de actividad huelguística, consecuente con una lucha entre los sindicatos obreros y el Estado. Pero esto normalmente puede tener lugar dentro de los límites de las estructuras existentes; mayor importancia potencial revisten las posibles consecuencias que pueden resultar respecto de la relación entre los sindicatos y la masa de trabajadores en los sectores económicos o industrias particularmente afectados por la planificación neocapitalista. Pues, en un sentido importante, las formas de negociación económica que se ponen en juego en el neocapitalismo pueden chocar con una orientación hacia el economicismo. La limitación del conflicto de clases al economicismo, como he intentado dejar claro en anteriores análisis, depende de la capacidad del capitalismo para producir un incremento regular en los salarios monetarios, y un aumento general en los salarios reales (que, por ser menos visible, puede ser más acelerado que el primero sin poner en peligro el sistema existente), juntamente con un conjunto de actitudes, hacia el trabajo y hacia la sociedad más amplia, que sirvan para impedir la percepción de la posibilidad o la necesidad de reorganizar el carácter del control industrial. Cualquier presión para la regulación externa de los salarios, aun si posee la ratificación sindical oficial, tenderá así a ser rechazada en y por sí misma. La negociación de los convenios colectivos a largo plazo por los sindicatos ofrece un modo de hacer frente a tal resistencia: pero es probable que el resultado de esto sea precisamente estimular una conciencia renovada respecto a los problemas del control entre la base obrera, toda vez que el intento de asegurar acuerdos laborales implica tanto que el trabajador reconoce haber contraído un compromiso a largo plazo con la empresa, al mismo tiempo que ésta reconoce sus obligaciones hacia él, como que llega a darse cuenta de la extensión de la negociación colectiva a una esfera que concierne a un aspecto de la relación contractual mucho más amplio que el monetario. La posibilidad de que la dirección sindical tenga que afrontar un descontento creciente entre los afiliados o adoptar una postura que abandone hasta cierto punto el economicismo en favor de una orientación hacia el control, depende del grado en que procure seguir operando dentro de un marco economicista y de «control defensivo».

En semejante situación podemos predecir un reavivamiento del interés por los esquemas de autogestión obrera. Así, se puede encontrar un paralelismo entre las sociedades neocapitalistas y socialistas —pero los procesos sociales que intervienen en cada caso son claramente diferentes en muchos aspectos. En la sociedad neocapitalista, es probable que surjan una serie de tensiones básicas asociadas con

intentos de implantar una planificación económica, que no tienen parangón en el socialismo de Estado. Una de éstas se centra en torno a la distinción entre empleo de tipo primario y secundario, que puede llegar a ser particularmente significativa allí donde existe una infraclasses diferenciada. Esto, como he precisado, puede representar concebiblemente una fuente significativa de escisión en los niveles inferiores de la estructura de clases, que trasciende en parte las líneas tradicionales del conflicto de clase. Donde no se dan grandes tensiones en este nivel, el conflicto puede transferirse a la división más familiar entre trabajadores cualificados y no cualificados dentro de la clase obrera: los sindicatos de oficio no acogerán probablemente sin cierta renuencia acuerdos contractuales que hasta cierto punto cortan las viejas diferenciaciones basadas en ventajas económicas. En tanto se den oposiciones de intereses en estos niveles de la estructura de clase, y se produzcan conflictos manifiestos, la tendencia hacia la ramificación del conflicto de clase, involucrando a la masa de la clase obrera y rompiendo con la orientación hacia el economicismo, se verá debilitada. Sin embargo, la posibilidad de que se reaviven los conflictos de clase directamente relacionados con la naturaleza del control industrial, produciéndose, así, un trasvase de los mismos a la esfera política, no deja de ser fuerte. Pero hasta qué punto adoptarán dichos conflictos la forma de una confrontación revolucionaria de la clase obrera con la estructura existente del Estado capitalista no es una cuestión que pueda inferirse de su carácter genérico. En este sentido, las recientes previsiones marxistas de que la plena transformación revolucionaria de la sociedad capitalista está por fin al alcance de la mano, no son más realistas que lo que han sido en generaciones pasadas. Hay casos en los que un acontecimiento semejante es concebible: pero se trata de países (Francia, Italia) cuyo desarrollo, por razones específicas, ha creado un sistema de clases que no es representativo del de la mayoría de los países capitalistas.

#### 4. Explotación y ausencia de clases

He sugerido que existen dos planos en la teoría socialista, que le dan un aspecto paradójico. Estos pueden relacionarse fácilmente con las condiciones que produjeron originalmente el socialismo (y la sociología) como un cuerpo de pensamiento coherente: la lucha entre el postfeudalismo y el naciente capitalismo industrial. La visión de una supresión de la explotación del hombre por el hombre, la perspectiva de la entrada en un nuevo reino de libertad humana, fue estimulada

por el derrumbamiento de las limitaciones sociales, económicas y morales consustanciales al orden tradicional. En este sentido, el anarquismo y el socialismo se nutren de fuentes similares<sup>11</sup>. El anarquismo es un socialismo libre de su paradoja; pero es precisamente esto lo que hace que no sea más que una irresuelta *promesse de bonheur*, evocada en tiempos actuales por los slogans brillantemente patéticos de mayo de 1968 —*Sous le pavé, la plage!* En las escuelas revolucionarias del pensamiento socialista, existe algo más que un simple eco del espíritu religioso que en tiempos anteriores había despertado la imaginación, y creado imágenes ultramundanas de una libertad humana universal. Pero la teoría socialista es mucho más que una versión secularizada de la visión del mundo religiosa precedente, por mucho que esta última pueda haber contribuido a su elaboración como fuente de inspiración ideológica. El advenimiento de «la sociedad de mercado simple», y su inminente superación por el capitalismo, produjo una serie de auténticas libertades sociales y económicas que, examinadas en la perspectiva del orden precedente, estimularon a la vez una percepción de la maleabilidad potencial de la sociedad humana y la idea de que las futuras transformaciones podrían completar la emancipación aparentemente ya comenzada por el nacimiento de nuevas formas sociales. A este respecto, el socialismo puede interpretarse adecuadamente como una radicalización de la ideología burguesa, y ha de considerarse como parte de una reacción al pasado feudal.

En su otro aspecto, el socialismo comprende un intento por completar la racionalización de la sociedad humana, haciendo posible la aplicación de la racionalidad técnica a la propia organización social. Esto explica en parte la fuerte afinidad que existe entre muchas ramas del pensamiento socialista y la perspectiva de la ciencia natural. Ningún socialista, por supuesto, podría aceptar esa forma de teoría social que desarrolló solamente los rasgos positivistas del pensamiento de Saint-Simon —la filosofía de Comte— y que en consecuencia hacía hincapié en la regulación y en el control en el seno de un nuevo Estado corporativo. Pero la tendencia a identificar el socialismo con el racionalismo científico, en sí mismo una norma legitimadora de la *Praxis*, redimiéndole así de la necesidad de una sanción moral o normativa independiente salvo de su propia validez científica, ha sido inevitablemente muy acentuada.

Sin embargo, la búsqueda de la eliminación de la explotación está en contradicción patente con el empeño de racionalizar la orga-

<sup>11</sup> Cf. la defensa de la *Makhnouchina* en Gabriel y Daniel Cohn-Bendit, *Obsolete Communism, the Left-Wing Alternative* (Londres, 1969), pp. 220-32.

nización social a través de la dirección consciente de la vida social y económica. Los dilemas inherentes a este antagonismo no se hallan resueltos en la teoría marxiana, ni lo han sido por el desarrollo práctico de las sociedades avanzadas desde el final del siglo XIX. ¡La contradicción que Marx identificó en el capitalismo es en sí misma contradictoria! El enfrentamiento actual entre las sociedades capitalista y socialista ha dado, en efecto, una forma concreta a los problemas en cuestión. En las sociedades capitalistas, el sistema de clases continúa constituyendo el eje fundamental de la estructura social, y sigue siendo el cauce principal de las relaciones de dominación explotadora. Las sociedades socialistas estatales, por otra parte, han progresado verdaderamente hacia un orden sin clases, pero sólo a costa de crear un sistema de dominación política que ha alterado el carácter de la explotación social en lugar de disminuirla necesariamente. El reto para el pensamiento socialista actual, o más bien para aquellas formas de la filosofía política que intentan avanzar más allá de los confines tradicionales de las ideas socialistas sin abandonarlas del todo, estriba en explorar los límites de la oposición entre los dos aspectos de la racionalización, y, a partir de ahí, intentar construir una nueva reconciliación entre ellos.

## POSTFACIO (1979)

Aunque sólo han transcurrido seis años desde la primera edición de este libro, durante ese período se han registrado grandes cambios en el clima intelectual de las ciencias sociales. Escribí el libro en plena efervescencia de la «nueva izquierda», que impugnaba tanto el marxismo ortodoxo como las modalidades tradicionales de la sociología académica, particularmente el funcionalismo estructural. En aquel tiempo, resultaba necesario defender la trascendencia de los conceptos de clase y conflicto clasista para el análisis de las sociedades industrializadas, frente a las opiniones de la nueva izquierda y de la sociología académica. Ambos grupos de autores tendían a considerar, si bien por razones distintas, que la división en clases y, en concreto, la lucha de clases revestían cada vez menos importancia en los países industriales avanzados (véase págs. 269-74, arriba). Un punto de vista muy común entre los sociólogos académicos —que todavía goza de partidarios hoy en día— relacionaba el crepúsculo de las clases con la creciente diversificación interna de las sociedades avanzadas. Yo traté de demostrar que este punto de vista guardaba una estrecha afinidad con una interpretación del industrialismo capitalista que durante mucho tiempo rivalizó con el análisis marxista: la «teoría de la sociedad industrial»<sup>1</sup>. Por otra parte, numerosos

<sup>1</sup> Cf. mi «Classical social theory and the origins of modern sociology», *American Journal of Sociology*, 81, 1976.

exponentes de la nueva izquierda, influidos por Marcuse, atribúan la decreciente aplicabilidad del análisis de clase al carácter «unidimensional» de las sociedades industrializadas. Estos puntos de vista aparentemente opuestos —el uno recalca la diversificación; el otro, la consolidación— temían en realidad mucho en común. Ambos aceptaban que la «institucionalización del conflicto clasista» socava radicalmente el papel que solían desempeñar las divisiones de clase, como foco de las luchas económica y política, en fases anteriores del desarrollo de las naciones industrializadas.

Al disentir de estas opiniones, no buscaba ni mucho menos un retorno a la postura marxista ortodoxa, como la que propugnaban el marxismo soviético o la mayoría de los partidos comunistas occidentales de finales de los sesenta. Entendía que los ataques de la nueva izquierda contra el «comunismo senil»<sup>2</sup> contenían elementos de fundamental importancia sociológica y política, sobre todo, en lo que respecta a los problemas de la «racionalización» y la burocracia como fuentes de dominación en la sociedad contemporánea, sea capitalista o socialista de Estado. La estrategia más adecuada para estudiar tales problemas parecía ser la de intentar una apropiación creativa tanto de Marx como de Max Weber. La posición que desarrollé a lo largo del libro debe considerablemente más al primero que al segundo, aunque no dudé en someter las obras de Marx a un sustancial análisis crítico. Deseaba, y sigo deseando, verme libre de diversas formas de dogmatismo que han afligido tradicionalmente a muchos escritos marxistas. Una de ellas es el dogmatismo del texto: la presunción de tener un acceso privilegiado a los verdaderos significados de los textos de Marx y de que éstos jamás son ambiguos o incoherentes. Otra puede calificarse de dogmatismo de la cita: la suposición de, al objeto de validar una tesis sobre un particular estado de cosas en la sociedad, basta con evocar una cita de Marx que parezca concordar con ella. Una tercera forma es el dogmatismo escolástico: el supuesto de que todas las respuestas a las cuestiones contemporáneas del análisis social pueden encontrarse en la obra de Marx, si se buscan con el suficiente ahínco. Las tres están relacionadas con un cuarto tipo de dogmatismo, que cabría denominar «purificación dogmática»: el dogma de que el marxismo tiene un carácter

<sup>2</sup> Gabriel y Daniel Cohn-Bendit: *Obsolete Communism, the Left Wing Alternative* (Harmondsworth: Penguin, 1960).



único y cerrado en sí mismo, y por tanto que hay que protegerlo de la contaminación con el «pensamiento burgués»<sup>3</sup>.

Desde su publicación, este libro ha sido objeto de toda una serie de valoraciones críticas. El período transcurrido desde entonces ha sido testigo de la aparición de un número de trabajos importantes que guardan relación directa con los problemas que en él se planteaban. En este examen prestaré particular atención a las siguientes cuestiones:

1. La relación entre la concepción marxiana de las clases y el análisis weberiano de la clase como situación de mercado.
2. El problema de la «nueva clase media» en la sociedad capitalista.
3. La relación entre desarrollo capitalista y burocracia.
4. La naturaleza del Estado capitalista y su relación con el conflicto de clases.

### 1. Marx y Weber: sociedad clasista y estructuración de clases

En este apartado me concentraré en ciertas interpretaciones erróneas de mis puntos de vista que han aparecido con bastante frecuencia en las recensiones críticas; interpretaciones que, sin duda, derivan en parte de las propias faltas de mi exposición. Una de las más corrientes consiste en atribuir a la obra una óptica weberiana o «neo-weberiana»<sup>4</sup> por el hecho de que dedica un espacio considerable al estudio de Max Weber y tiene muy en cuenta sus ideas. Ahora bien, no pretendí defender la postura weberiana frente a la marxista, ni tampoco producir una especie de síntesis entre Marx y Weber en lo que atañe a los problemas de la estructuración de clases. Por si no quedara claro, debo subrayar que no estimo esa síntesis ni deseable

<sup>3</sup> Para dos visiones sobre esta cuestión, véase Martin Shaw, *Marxism versus Sociology* (Londres: Pluto Press, 1974); y T. B. Bottomore, *Marxist Sociology* (Londres: Macmillan, 1975).

<sup>4</sup> Véase, por ejemplo, Rosemary Crompton y Jon Gubbay, *Economy and Class Structure* (Londres: Macmillan, 1977), págs. 29-40 y *passim*; David Binns, *Beyond the Sociology of Conflict* (Londres: Macmillan, 1977), págs. 47-54; Richard Ashcraft, «Class and class conflict in contemporary capitalist societies», *Comparative Politics*, 11, 1979.

ni posible. Naturalmente, el problema de las conexiones intelectuales entre el pensamiento de los dos autores no es en modo alguno fácil de resolver, ya que ambos presentan problemas de interpretación<sup>5</sup>. Pero qué duda cabe que también existen divergencias muy profundas tanto entre sus perspectivas metodológicas como entre sus escritos más sustantivos, y que éstas se reflejan directamente en sus respectivos análisis del capitalismo, las clases y el conflicto de clases<sup>6</sup>.

La significación de la obra de Weber para el análisis de clase, cuando se yuxtapone a la de Marx, estriba en que identifica una serie de áreas importantes relativamente poco desarrolladas en los escritos de aquél. Estas comprenden algunos aspectos de cada una de las cuatro cuestiones que acabo de enumerar. En todas ellas, como intenté demostrar a lo largo del libro, la obra de Weber suscita problemas que deben abordarse directamente: el mercado como vehículo de formación de clases; el significado político y social de la «nueva clase media» en el capitalismo; la importancia de la burocracia como forma de dominación; el carácter del Estado como foco de poder político y militar. Pero en ninguno de estos casos adopté soluciones weberianas.

Buena parte de las críticas cosechadas por *La estructura de clases en las sociedades avanzadas* se centraron en torno a mi introducción al concepto de «capacidad de mercado». Los críticos aducían que, en mi análisis, «la noción (weberiana) de 'capacidad de mercado' reemplazaba a la relación (marxista) con los medios de producción»<sup>7</sup>; o también que era «evidente que la principal preocupación de Giddens es la definición y análisis de la clase en el plano del mercado»<sup>8</sup>. Pero ninguna de estas aseveraciones describe con exactitud mis preocupaciones; verdaderamente, responden a lecturas injustificadamente erróneas de la posición desarrollada en el libro. Al analizar el surgimiento del moderno sistema de clases, hice especial hincapié no en los mercados como tales<sup>9</sup>, sino en la naturaleza del *mercado capitalista*. Me

<sup>5</sup> Cf. «Marx, Weber and the development of capitalism», en mi *Studies in Social and Political Theory*, *op. cit.*

<sup>6</sup> Para una breve discusión de estos contrastes, véase «Marx and Weber: problems of class structure», en *Studies in Social and Political Theory*, *op. cit.*

<sup>7</sup> Wini Breines y Margaret Cerullo, crítica de *La estructura de clases de las sociedades avanzadas*, *Telos* 28, 1976, pág. 235.

<sup>8</sup> Binns, *op. cit.*, pág. 48.

<sup>9</sup> Cf. Karl Polanyi *et al.*, *Trade and Market in Early Empires* (Nueva York: Free Press, 1957).

proponía con ello subrayar la singularidad de la sociedad capitalista por contraste con los tipos de formación social precedentes. Aunque ya no considero ni precisa ni adecuada la caracterización de la «sociedad preclasista» que brindé en la obra, todavía suscribo el punto de vista general que establecí en ella. El capitalismo es una «sociedad clasista» en un sentido más fundamental que el feudalismo o que otros tipos de sociedad históricamente anteriores. Pues sólo con el advenimiento del capitalismo una relación clasista de índole explotadora pasa a formar parte del propio mecanismo del proceso productivo; fenómeno de importantes implicaciones para valorar el alcance del «materialismo histórico» y el problema de la relación entre base y superestructura<sup>10</sup>. En las sociedades precapitalistas, el proceso explotador entraña la expropiación del excedente, pero la relación de explotación no se confunde —como sucede bajo el capitalismo— con la propia tarea del trabajo. La formación del capitalismo no es un mero producto de la expansión de los mercados de bienes en lo que, siguiendo a J. B. Macpherson, calificué de «sociedad de mercado simple (véase pág. 153, arriba). El desarrollo del comercio fue un factor significativo en la disolución de las relaciones de producción y consumo locales propias de la sociedad post-feudal, pero en la «sociedad de mercado simple», el productor conservaba un grado considerable de control sobre el proceso de trabajo. El rasgo distintivo del capitalismo, que lo constituye en una sociedad clasista, es la intersección del mercado de bienes y del mercado de trabajo dentro del proceso de producción en sí. Como recalcó Marx en el primer volumen de *El capital*, el desarrollo del capitalismo presupone, por tanto, la creación de una masa de trabajadores asalariados formalmente «libres»; la fuerza de trabajo se convierte en una mercancía susceptible de compra-venta. Aunque no deseo entrar en el juego de las citas de Marx, tal vez merezca la pena, no obstante, repetir el pasaje mencionado en la página 95:

<sup>10</sup> Cf. mi *Central Problems in Social Theory* (Londres: Macmillan), cap. 4. Las condiciones históricas de su existencia (esto es, de la existencia del capitalismo) no están en modo alguno dadas por la mera circulación de dinero y de mercancías. Esto sucede sólo cuando el propietario de los medios de producción y de subsistencia se enfrenta en el mercado con los trabajadores libres que venden su fuerza de trabajo. Y esta condición histórica comprende una historia del mundo. El capital, por tanto, anuncia desde su primera aparición una nueva época en el proceso de la producción social. (Las cursivas son mías.)

La fuerza de trabajo deviene «una mercancía como cualquier otra»; pero al mismo tiempo *no puede* ser una mercancía cualquiera porque implica actividades de seres vivos. En el contexto de la producción capitalista, la propiedad, al igual que el capital, confiere a sus dueños o poseedores una gama definida de derechos o capacidades. Los que carecen de ella, empero, no son meros objetos inertes de los que los dueños del capital puedan disponer a voluntad. La posesión de la «mera fuerza de trabajo» también facilita a los dueños de la misma determinadas capacidades de acción en relación con el capital. Al emplear el término «capacidad de mercado», no pretendí seguir la equiparación que hace Weber entre «situación de clase» y «situación de mercado». Más bien, quería resaltar el carácter central que posee el *contrato de trabajo* dentro del sistema capitalista. Desde la óptica del capitalista, este contrato conlleva la necesidad de coordinar y controlar las actividades de seres humanos sobre los cuales carece de prerrogativas del tipo de las que están implícitas en las relaciones feudales de lealtad (tampoco posee una capacidad directa de coerción física). Y desde la óptica del obrero, el contrato proporciona una base de resistencia frente a la dominación del empresario, al posibilitar acciones tendentes a influir sobre las condiciones en que se contrata la fuerza de trabajo. La retirada colectiva de la fuerza de trabajo, o la amenaza de retirarla, viene a constituir, así, una característica esencial de los conflictos entre capital y mano de obra.

Suponer que, en el capitalismo, los mercados de productos y de trabajo pueden separarse del proceso productivo es una insensatez, o puro dogmatismo<sup>11</sup>. Por lo demás, es inútil conjurar el encantamiento ritual de que las relaciones de clase se fundan en las «relaciones de producción», si esa expresión se deja sin explicar. Lejos de querer sustituir las «relaciones de producción» por el concepto de «capacidad de mercado», lo que traté de hacer fue identificar cuáles

<sup>11</sup> Véase, por ejemplo, Crompton y Gubbay, *op. cit.*; Goran Therborn, *What Does the Ruling Class Do When it Rules?* (Londres: New Left Books, 1978), págs. 138-42. Resulta muy característica de este punto de vista la crudeza con que Therborn opone una posición weberiana caricaturizada a una interpretación cuasi-althusseriana de Marx. Cf. la observación de Laclau de que «el surgimiento de un mercado de trabajo libre es el factor decisivo para la aparición del capitalismo», que sale a relucir en una crítica a la formulación de Althusser y Balibar de la noción de modo de producción (Ernesto Laclau, *Politics and Ideology in Marxist Theory*, Londres: New Left Books, 1977, pág. 75).

eran los principales componentes de las relaciones de producción en el seno del orden económico capitalista, y demostrar cómo intervienen en la estructuración de las relaciones de clase (págs. 121-7, arriba). La expresión «relaciones de producción» se emplea a menudo para referirse indistintamente a tres modalidades de relaciones socio-económicas que, a mi juicio, conviene diferenciar. Estas relaciones son aquellas que intervienen en:

1. La división del trabajo dentro de las técnicas de producción (relaciones paratécnicas).
2. Las relaciones de autoridad dentro de la empresa.
3. Las conexiones entre producción y consumo, tal y como se ponen de manifiesto en los «grupos distributivos».

Cada una de éstas debe comprenderse dentro del contexto global de la relación capital/trabajo asalariado. Max Weber tendía a separarlas de la estructura de clases del capitalismo, al considerar las dos primeras como elementos de un proceso general de «racionalización» de la vida económica y relacionar la tercera con la esfera de los «grupos de status». Es precisamente aquí donde la visión de la «situación de clase» como algo equivalente a la «situación de mercado» resulta más consecuente, por comparación con Marx. En contraste con la concepción de Weber, mi descripción de la estructuración de clases busca analizar estos tres conjuntos de elementos como partes integrales del capitalismo en tanto sociedad clasista. Específicamente, lo que me propuse fue criticar el punto de vista weberiano (en lugar de ignorarlo pura y simplemente, como han solido hacer muchos marxistas), punto de vista que «arranca de la premisa de la racionalidad inherente a la técnica, que es considerada como el generador del proceso global de racionalización»<sup>12</sup>.

Al analizar la estructuración de clases, di gran importancia a un cuarto factor, la movilidad social. No veo razón alguna para revisar

<sup>12</sup> Terence Johnson, «The professions in class struggle», en Richard Scase, *Industrial Society: Class Cleavage and Control* (Londres: Allen & Unwin, 1977), pág. 94. Una presentación exacta de mi posición respecto de la racionalidad de la técnica y la autoridad la ofrece Louis Maheu, «Rapports de classe et problèmes de transformation», en Louis Maheu y Gabriel Gagnon, *Changement social et rapports de classes* (Montreal: Presses de L'Université de Montréal, 1978), págs. 21 y sa.

este énfasis teórico, pero la pertinencia de la movilidad para la formación de clases sigue siendo un tema controvertido. Reviste importancia señalar que una determinada concepción de la movilidad social, en forma de «igualdad de oportunidades», desempeñó un papel cardinal en la teoría de la sociedad industrial<sup>13</sup>. Rechazar esta teoría no supone, empero, menospreciar la significación de las conexiones existentes entre los distintos niveles y modos de movilidad y de estructuración de clases<sup>14</sup>. Esto lo ha reconocido incluso Polantzas, quien de todos los teóricos modernos es tal vez el que más se acerca a los puntos de vista de Schumpeter (véase pág. 121, arriba). Pese a que en una obra reciente Poulantzas habla con desprecio de «la estupidez de la problemática burguesa de la movilidad social»<sup>15</sup>, en esa misma obra, más adelante, acaba por reconocer —un tanto a regañadientes— la importancia de la movilidad inter- e intrageneracional tanto para la formación de clases como para la conciencia de clase en la sociedad capitalista<sup>16</sup>. Como es lógico, la importancia de la movilidad no depende simplemente de la distribución efectiva de las oportunidades de movilidad, sino también de las implicaciones ideológicas de las nociones de «igualdad de oportunidades», etc.

Antes de abandonar la cuestión del «weberianismo» y pasar a asuntos más enjundiosos, tal vez convenga recordar algunos de los principales temas de *La estructura...* A veces se considera que la obra expresa una perspectiva semejante a la de *Class Inequality and Political Order*, de Frank Parkin, que apareció más o menos por las mismas fechas. Pero en realidad nuestros puntos de mira son bastante dispares (por lo que se refiere a la caracterización tanto del capitalismo como del socialismo de Estado, aunque aquí sólo me ocu-

<sup>13</sup> Cf. «Classical social theory and the origins of modern sociology», *op. cit.*

<sup>14</sup> Algunos autores, sin embargo, han puesto en entredicho la validez empírica de mis afirmaciones respecto de la movilidad de clases. Cf. Karl Ulrich Mayer, «Ungleiche Chancen und Klassenbildung», *Soziale Welt* 4, 1979; John Goldthorpe y Patricia Llewelyn, «Class mobility in modern Britain: three theses examined», *Sociology* 11, 1977.

<sup>15</sup> Nicos Poulantzas, *Classes in Contemporary Capitalism* (Londres: New Left Books, 1975), pág. 33, y de nuevo en la pág. 284.

<sup>16</sup> Véase, por ejemplo, págs. 261 y ss. y 282 y ss. Véase también el interesante estudio de Daniel Bertaux, *Destins personnels et structure de classe* (París: Presses Universitaires, 1977). Bertaux intenta sustituir el término «movilidad social» por el de «proceso antroponómico» de la «producción, distribución y consumo de seres humanos» (pág. 45).

paré de la primera). La concepción de Parkin se encuentra mucho más próxima a una posición weberiana intacta, no reconstruida, que la mía. Su acento general recae sobre la distribución de las desigualdades o «recompensas» asociadas con las relaciones clasistas. La significación de la propiedad privada en forma de capital apenas se analiza. Cuando se menciona la propiedad —siempre de forma sumaria<sup>17</sup>—, se hace en términos de las recompensas económicas que puede conferir. Su «clase dominante» no se define en función de la propiedad, sino en función del hecho de que está formada por trabajadores intelectuales<sup>18</sup>. Mi concepción —tomada de Marx— de la trascendencia del contrato de trabajo para el sistema de clases capitalistas, y por ende de la significación de la capacidad de mercado para la estructuración de clases, difiere sustancialmente de los puntos de vista de Parkin. A lo largo de todo el libro, traté de demostrar la enorme importancia de la propiedad privada para la organización de la sociedad capitalista. Aunque pensaba, y todavía pienso, que es justificable defender un modelo de tres clases de la sociedad capitalista, mi análisis, en su totalidad, se basa en la aceptación de la relación capital/trabajo asalariado como elemento esencial del «principio estructural»<sup>19</sup> que domina en el capitalismo.

## 2. El problema de la «nueva clase media»

La polémica en torno a la «nueva clase media» no ha dejado de ocupar un lugar destacado en el análisis social desde los debates sobre el revisionismo en el Partido Socialdemócrata alemán. Yo discerní, en el libro, tres interpretaciones fundamentales de la expansión de las ocupaciones de «cuello blanco». Una de ellas, particularmente grata a algunos autores americanos, consistía en que el aumento rela-

<sup>17</sup> Frank Parkin, *Class Inequality and Political Order* (Londres: Paladin, 1972; primera ed., 1971).

<sup>18</sup> *Ibid.*, págs. 23-4. Parkin parece haber cambiado de punto de vista hace poco, sin embargo. Véase su artículo «Social Stratification», en Tom Bottomore y Robert Nisbet, *A History of Sociological Analysis* (Nueva York: Basic Books, 1978), en especial págs. 608-16. Después de escribirse este posfacio apareció *The Marxist Theory of Class: A Bourgeois Critique* (Londres: Tavistock, 1979), del mismo autor. He examinado este libro en «Classes, capitalism and the state», *Theory and Society* (de próxima aparición).

<sup>19</sup> *Central Problems in Social Theory, op. cit.*, págs. 103 y ss.

tivo del sector de cuello blanco anuncia el advenimiento de una «sociedad de clase media»: Esta manera de ver las cosas está ligada a la idea de que las formas tradicionales del conflicto de clases desaparecerán progresivamente a medida que se complete el proceso de *aburguesamiento*. En contraste directo con esta interpretación, Mallet y otros trataron de hacer encajar a una parte de los ocupantes de los puestos de trabajo intermedios en una «nueva clase obrera», en lugar de una «nueva clase media». La tercera visión del problema era la del marxismo ortodoxo: que la mayor parte del sector de cuello blanco no va a ascender sino a descender de posición, en un proceso de proletarización, y por tanto que ni la nueva clase media ni la nueva clase obrera tienen existencia alguna. Yo rechacé todas estas teorías, pero no *in toto*. Las dos primeras, a mi entender, se derivaban en cierta medida de una generalización excesiva del caso de sociedades muy concretas, tendencia que me preocupé de criticar a lo largo de toda *La estructura...* Las mismas categorías ocupacionales que presuntamente intervenían en la vanguardia revolucionaria de la «nueva clase obrera» en Francia, donde se originó esta concepción, eran consideradas por los autores estadounidenses como uno de los sectores más tranquilos y estables de la «sociedad de clase media». La tercera perspectiva parece sencillamente no concordar con los hechos, que no casan de ninguna manera con las ideas tradicionales de que los trabajadores de cuello blanco están siendo (¡finalmente!) arrojados al proletariado<sup>20</sup>.

En los últimos años, sin embargo, algunos autores marxistas han prestado considerable atención al estudio de las características distintivas de la clase media de cuello blanco. Entre los escritos que merecen mencionarse figuran los de Carchedi, Wright y Poulantzas. El menos interesante es el que presenta Carchedi<sup>21</sup>, viciado de una

<sup>20</sup> Según Mallet, «toda persona dotada de sentido común debe admitir la cada vez menor importancia, cualitativa y cuantitativa, del proletariado tradicional» (Serge Mallet, *Essays on the New Working Class*, St. Louis: Telos Press, 1975, pág. 80). Para Sweezy, «los primeros efectos de la introducción de maquinaria —expansión y homogeneización de la fuerza de trabajo, así como reducción en los costos de su producción (valor)— se han invertido en gran medida (en el capitalismo contemporáneo)» (Paul M. Sweezy, *Modern Capitalism*, Nueva York: Monthly Review Press, 1972, pág. 160).

<sup>21</sup> Guglielmo Carchedi, *On the Economic Identification of Social Classes* (Londres: Routledge & Kegan Paul, 1977). Carchedi llama a su funcionalismo



forma particularmente impenitente de funcionalismo. Carchedi define la producción capitalista como si comportara una reciprocidad de funciones entre capital y trabajo asalariado. «Desempeñar la función del trabajo» es participar en el proceso de generar plusvalía; «desempeñar la función del capital» es «tomar parte exclusivamente en el proceso de producción de plusvalía», lo cual quiere decir intervenir en el «control y supervisión» del trabajo<sup>22</sup>. Los que ejercen la primera función constituyen el «obrero colectivo». En el capitalismo contemporáneo, dominado por los grandes monopolios, la función del capital es desempeñada de forma colectiva, no por individuos; así pues, la contrapartida del «obrero colectivo» es el «capitalista global», compuesto por los que llevan a cabo el «control y supervisión» de los trabajadores. Acto seguido, se identifica a la nueva clase media con aquellos que desempeñan funciones propias tanto del obrero colectivo como del capitalista global. Esto se refiere, según Carchedi, tan sólo a la «identificación económica» de la nueva clase media; tal identificación, aduce, debe preceder a los análisis más complejos, que podrían efectuarse (pero que él no intenta) si se introdujeran las «dimensiones ideológica y política».

Desde el punto de vista de Carchedi, la nueva clase media es un desarrollo específico del surgimiento de las grandes compañías. Aceptando la tesis gerencial, que califica de «descripción ideológica de la aparición de la función global del capital», Carchedi afirma que la nueva clase media es un fenómeno derivado de la difusión del control del capital. La función del capital ha dejado de ser patrimonio exclusivo de la «clase capitalista»; la clase media carente de propiedad también interviene en ella. Y debido a que los miembros de la nueva clase media no tienen una «propiedad real» de los medios de producción, la función global del capital no siempre domina sobre la del obrero colectivo: la segunda puede dominar sobre la primera. En resumidas cuentas, los miembros de la nueva clase media «están, en parte, del lado del capital y, en parte, del lado del trabajo. Esta contradicción es inherente a su posición. Además, cuando se encuentran del lado del capital son a la vez explotadores (u opresores) y

«determinación dialéctica». Para una crítica informativa de Carchedi, véase R. W. Connell, «Complexities of fury leave... a critique of the Althusserian approach to class», *Theory and Society* 8, 1979.

<sup>22</sup> *Ibid.*, pág. 4.

oprimidos. Este es otro elemento contradictorio más inherente a su posición»<sup>23</sup>.

Las opiniones de Carchedi guardan cierto parecido con las de Wright, como éste mismo reconoce<sup>24</sup>. Según Wright, la nueva clase media comprende «situaciones de clase contradictorias» en la sociedad capitalista. Afirma que las relaciones clasistas que intervienen en la producción capitalista son analizables en función de tres conjuntos básicos de elementos: control de la fuerza de trabajo, control de los «medios físicos de producción» y control de la asignación del capital. Cabe observar que la división entre las clases capitalista y obrera implica una unidad de todos y cada uno de estos tres elementos. El capitalista controla la asignación del capital, los usos que se dan a los medios de producción y las relaciones de autoridad a que está sometida la mano de obra; el trabajador queda excluido de estas tres formas de control. Las «situaciones de clase» contradictorias, por el contrario, son aquellas que no se agrupan en ninguno de estos polos, sino que entrañan mezclas de los tres conjuntos de elementos. Así, los gerentes o directivos medios, por ejemplo, tienen poco o nada que decir en cuanto a la asignación de las inversiones de capital, pero disfrutan de cierto grado de control sobre los medios de producción y sobre la fuerza de trabajo de otros. Los gerentes de alto nivel se encuentran en «situaciones contradictorias», en la «frontera con la burguesía»; lo mismo les ocurre a los capataces y contramaestres, sólo que en la «frontera con el proletariado»<sup>25</sup>. Los oficinistas y empleados de cuello blanco, afirma Wright, ocupan situaciones contradictorias entre la pequeña burguesía, o antigua clase media, y la clase obrera. Wright hace una apuesta compensatoria por la proletarización: «Queda por ver si efecto neto de estas dos tendencias —la expansión de los empleos de cuello blanco y la proletarización del

<sup>23</sup> *Ibid.*, pág. 118. El análisis de Carchedi es en realidad bastante más complicado de lo que da a entender esta descripción de sus temas fundamentales. Como señala Connell, su libro está marcado por un verdadero «frenesí categórico».

<sup>24</sup> Eric Olin Wright, *Class, Crisis and the State* (Londres: New Left Books, 1978), pág. 62. Wright comenta la obra de Carchedi por extenso en «Class structure and income inequality» (tesis doctoral inédita de la Universidad de California, Berkeley, 1976).

<sup>25</sup> Wright, *Class, Crisis and the State*, *op. cit.*, págs. 77-8.

trabajo de cuello blanco— ha disminuido o incrementado las situaciones contradictorias entre la clase obrera y la pequeña burguesía»<sup>26</sup>.

Los estudios de Carchedi y Wright son importantes en la medida en que marcan una ruptura con la tendencia de los autores marxistas a denegar que la posición de clase de los trabajadores de cuello blanco posea algún rasgo distintivo por comparación con la masa obrera —aunque, como he señalado, debe recordarse que algunos analistas marxistas (principalmente revisionistas) figuraron entre los primeros en prestar atención al fenómeno de la «nueva clase media»<sup>27</sup>. Pero tanto las ideas de Carchedi como las de Wright suscitan objeciones fundamentales. Por mi parte, rechazo cualquier género de funcionalismo, sea marxista o de otro tipo<sup>28</sup>. Ahora bien, aparte de esto, la modalidad de análisis seguida por Carchedi presenta serias limitaciones. Su enfoque es de índole objetivista; supone que las clases pueden «identificarse económicamente», sin tener en cuenta el conflicto y la conciencia de clase. Carchedi parece pensar que las clases se forman económicamente antes de entrar en relaciones «ideológicas y políticas»<sup>29</sup>. Poulantzas, entre otros, ha proporcionado una crítica convincente de este tipo de enfoque, como yo mismo traté de hacer en *La estructura...* Y lo que es más importante en el presente contexto, la formulación de las funciones del capitalista global y del obrero colectivo que nos ofrece Carchedi parece elevar el «control y supervisión del trabajo» —esto es, las relaciones de autoridad o el poder— a un puesto central a expensas de la propiedad del capital. Su equiparación del capitalista global con una «estructura jerárquica y burocrática»<sup>30</sup> se aproxima extrañamente a las visiones de Dahrendorf y Galbraith. Lo que Carchedi denomina insistentemente «propiedad real», como algo opuesto a la propiedad legal, se concibe de tal forma que propiedad y autoridad quedan fusionadas<sup>31</sup>.

<sup>26</sup> *Ibid.*, pág. 81.

<sup>27</sup> Emil Lederer y J. Marschak, «Der neue Mittelstand», *Gundriss der Sozialökonomik*, vol. 9 (I), 1976.

<sup>28</sup> Cf. *Central Problems in Social Theory*, *op. cit.*, págs. 111-15 y 210-22.

<sup>29</sup> Cf. T. Johnson: «What is to be known? The structural determination of class», *Economy and Society* 7, 1977, quien argumenta que los «niveles de abstracción de Carchedi entrañan en última instancia un esencialismo económico».

<sup>30</sup> Carchedi, *op. cit.*, pág. 6.

<sup>31</sup> Esta afirmación aparece en un artículo de Urry citado por Carchedi en págs. 33-6 de su libro; la réplica de Carchedi a la crítica resulta muy poco persuasiva.

Toda una serie de cuestiones que, con arreglo a mi conceptualización, implican una relación entre la «mediación institucional del poder» y la «mediación del control» son barridas bajo el felpudo del concepto de «capitalista global». Carchedi sólo examina el análisis de Dahrendorf de forma sumaria. Pero en lo que atañe a la caracterización de la nueva clase media, su concepción se diferencia de la de aquél únicamente en la medida en que sostiene que los miembros de la misma desempeñan a la vez la función del «capitalista global» y la del «obrero colectivo»; Dahrendorf, en cambio, distingue dos segmentos en la nueva clase media, ligados respectivamente al capital y al trabajo asalariado. Carchedi no parece tener escrúpulo alguno en asimilar su «capitalista global» a la clase dominante de Dahrendorf, que se define en términos de «control investido de autoridad»<sup>32</sup>.

El examen de Wright, aunque se hace eco de las críticas que atribuyen a mi estudio una óptica weberiana<sup>33</sup>, se asemeja, no obstante, en algunos puntos a mi análisis de los principales factores que configuran la estructuración de clases —salvo que no considera que los fenómenos pertenecientes a la esfera extralaboral (esto es, los «grupos distributivos») afecten a la formación de clases. El «control de la fuerza de trabajo», tal como Wright emplea la expresión, se refiere a las relaciones de autoridad en el seno de la empresa productiva; el control de los «medios físicos de producción» no difiere sustancialmente de lo que yo denominé «relaciones paratécnicas». Sin embargo, podemos dudar que tenga alguna utilidad referirse a las ocupaciones de cuello blanco como si entrañasen específicamente «situaciones contradictorias». Muchos autores emplean el concepto de «contradicción» de una manera sumamente vaga, a menudo como mero sinónimo de «conflicto» o «antagonismo». Entiendo que es tan necesario como importante distinguir entre conflicto y contradicción, aun cuando yo mismo ya no seguiría punto por punto la distinción entre el uno y la otra que tracé en *La estructura...*<sup>34</sup>. Sea como fuere, en el capitalismo, el nexo básico de contradicción, como seguramente acordará Wright, debe buscarse en la relación entre capital y trabajo asalariado. Todas las relaciones clasistas, como reconoce Wright, son

<sup>32</sup> Carchedi, *op. cit.*, nota 66 al cap. 1, págs. 114-15.

<sup>33</sup> Wright, *op. cit.*, pág. 90, nota 75.

<sup>34</sup> Véase *Central Problems in Social Theory, op. cit.*

contradictorias; y, por tanto, aquellas en que interviene la nueva clase media son «doblemente contradictorias»<sup>35</sup>. Pero esta afirmación, en el mejor de los casos, induce a error. Pues sin ningún género de dudas es la *clase obrera*, no la nueva clase media, la que experimenta y encarna de modo más acusado el carácter contradictorio de la producción capitalista. Para Wright, en cambio, las situaciones de clase «más contradictorias» son «las ocupadas por los gerentes medios y por los que cabe denominar en general 'tecnócratas'»<sup>36</sup>. Pero Wright no ve en estos grupos un potencial revolucionario, a la manera de la nueva clase obrera de Mallet. El término «contradictorio», tal y como lo aplica Wright a la estructuración de la nueva clase media, resulta absolutamente impropio.

Hay al menos tres aspectos más en los que tanto el análisis de Carchedi como el de Wright se me antojan insuficientes como interpretaciones de las relaciones de clase que intervienen en el trabajo de cuello blanco. Primero, ninguno de los dos autores presta la debida atención a la influencia del mercado de trabajo sobre la estructuración de clases. Yo traté de demostrar con todo detalle la importancia histórica de ciertos aspectos de la capacidad de mercado de los trabajadores de cuello blanco para su formación como clase: la posesión de cualificaciones educativas de diversos tipos, el nivel de seguridad en el empleo y otros beneficios, así como las oportunidades de promoción dentro de una jerarquía «profesional». Qué duda cabe que estos aspectos han sufrido hasta cierto punto una erosión, sobre todo cuando se compara las ocupaciones de cuello blanco de nivel inferior con la situación de los obreros especializados. Pero tampoco puede haber duda alguna respecto de su vigencia permanente y de su importancia tanto para el conflicto como para la conciencia de clase. Segundo, ambos autores (en contraste con Poulantzas) menosprecian el significado de la división manual/intelectual. Dicha separación se ha considerado a veces como una de las preocupaciones fundamentales de la teoría marxista<sup>37</sup>. En el contexto más inmediato de la estructuración de clases, su importancia ideológica y material radica en que es un aspecto de la división del trabajo. Las «relaciones de

<sup>35</sup> Wright, *op. cit.*, pág. 62.

<sup>36</sup> *Ibid.*, pág. 78.

<sup>37</sup> Cf. Alfred Sohn-Rethel, *Intellectual and Manual Labor* (Londres: Macmillan, 1978), que desarrolla toda una epistemología en torno a la separación entre trabajo manual e intelectual.

producción» no deben circunscribirse exclusivamente al control de los «medios físicos de producción», como supone Wright, sino abarcar también la influencia que tienen el carácter material de la tarea y el entorno laboral sobre las relaciones sociales. El significado de la división manual/intelectual no estriba en que unos trabajadores ejecuten «operaciones mentales» y otros no, sino en que el «papeleo» implica normalmente un entorno laboral (la «oficina») diferente (y por lo general separado) del del «trabajo manual» (los «talleres»). Tercero, ambos autores pasan por alto la participación de la mujer en la fuerza de trabajo de cuello blanco. El deterioro de las condiciones económicas de trabajo de los empleos administrativos y la «mecanización de la oficina» se han visto acompañados en todas partes de la expansión de los que denominé en el libro «una *infrac*clase femenina de mano de obra de cuello blanco». La doble discriminación que sufren las mujeres —la discriminación de un mercado de trabajo segmentado más la sujeción a la esclavitud doméstica— todavía espera una adecuada teorización desde el punto de vista del análisis de clase. Pero el hecho de que la proletarización del trabajo de cuello blanco de nivel inferior haya entrañado al propio tiempo su feminización, probablemente ha consolidado, en lugar de disolver, las divisiones pre-existentes entre la clase obrera y la nueva clase media (véase página 340, arriba). Sea como fuere, por lo que afecta a la capacidad de mercado, no resulta nada legítimo pasar por alto las conexiones entre la explotación basada en la clase y la basada en el sexo.

La discusión de Poulantzas de la nueva clase media, o como él prefiere llamarla, «nueva pequeña burguesía», conserva los acentos teóricos más generales de su obra *Poder político y clases sociales*<sup>38</sup>. Al revés que Carchedi, no sostiene que la «identificación económica» de las clases pueda preceder al examen de sus dimensiones políticas e ideológicas: las clases se forman en una conjunción de «niveles» económicos, políticos e ideológicos (y se definen siempre en y a través del conflicto de clases)<sup>39</sup>. El principal criterio económico que

<sup>38</sup> Nicos Poulantzas, *Political Power and Social Classes* (Londres: New Left Books, 1973). Me basé en ciertos apartados de la edición francesa del libro (1968), sin analizar los argumentos detalladamente.

<sup>39</sup> «Desde el principio, en la determinación de la clase intervienen luchas de clase económicas, políticas e ideológicas, y estas luchas se expresan en la forma de posiciones de clase en la coyuntura» (*Classes in Contemporary Capitalism*, *op. cit.*, pág. 16).

aplica para diferenciar a la nueva pequeña burguesía de la clase obrera es la distinción entre trabajo productivo e improductivo: el proletariado se compone de los que intervienen en el trabajo productivo. Su criterio «político» primordial es el contraste entre posiciones de supervisores y posiciones de supervisados; y su principal criterio «ideológico», la división entre trabajo manual e intelectual. Dado que Poulantzas recalca que las clases no pueden definirse desde un punto de vista exclusivamente económico, se muestra dispuesto a reconocer que algunos tipos de trabajadores productivos no forman parte de la clase obrera: los criterios político-ideológicos pueden colocarlos en la nueva pequeña burguesía. Es más, Poulantzas rebate específicamente la conclusión a que llegan los partidarios de la tesis de la proletarización: los trabajadores de cuello blanco están netamente separados de la clase obrera, señala, en virtud del hecho de que participan en la dominación ideológica del trabajo intelectual sobre el manual <sup>40</sup>. Uno de los rasgos distintivos del análisis de Poulantzas, y una de las razones por las que habla de una «nueva pequeña burguesía» y no de una «nueva clase media», es su afirmación de que tanto la nueva como la antigua pequeña burguesía (antigua clase media) pueden categorizarse como una sola clase. Esto no se debe a que sean lo mismo económicamente, sino a que comparten una posición y una perspectiva político-ideológicas comunes; aquí Poulantzas cita alguna de las características que yo calificué de «reconocimiento de clase» (págs. 126 y 216-18, arriba).

En *La estructura...* rechacé la teoría de la plusvalía y la distinción entre trabajo productivo e improductivo asociada con ella a favor de una concepción más amplia de la explotación. Hoy en día pienso que mi rechazo de estas nociones fue demasiado categórico; y aunque todavía deseo situar la teoría de la plusvalía dentro de una concepción más amplia de la dominación explotadora en la sociedad clasista, la definición de explotación que brindé (págs. 149-50) era un tanto inadecuada. No obstante, se pueden poner importantes reparos al intento de Poulantzas de utilizar la distinción entre trabajo productivo e improductivo como criterio económico básico para discernir entre clase obrera y «nueva pequeña burguesía». Su versión del concepto de trabajo productivo resulta particularmente restrictiva. Se trataría, para él, de aquél que crea plusvalía mediante la

<sup>40</sup> *Ibid.*, págs. 230 y ss.

producción de mercancías materiales. Ahora bien, si vinculamos el trabajo productivo, conceptuado de esta manera, con sus restantes criterios, llegamos a la curiosa conclusión de que la dominación de la clase media en las sociedades capitalistas avanzadas es aún mayor de lo que ni los más entusiastas partidarios del surgimiento de una nueva clase media se hubieran atrevido a pensar. Así, según los cálculos de Wright, si se aplican sus criterios a la fuerza de trabajo norteamericana, la pequeña burguesía constituiría el 70 por 100 de la población activa, mientras que la clase obrera tan sólo formaría el 20<sup>41</sup>. Pero, aparte de este argumento estadístico, hay otras razones para poner en duda que la distinción entre trabajo productivo e improductivo sea una base apropiada para diferenciar a la nueva clase media de la clase obrera<sup>42</sup>.

Particularmente poco convincente resulta la afirmación de Poulantzas de que tanto a la «antigua» como a la «nueva pequeña burguesía» cabe considerarlas como si pertenecieran a una misma «clase media». En ciertos aspectos, y en ciertas coyunturas, los miembros de ambas clases sí tienen, qué duda cabe, intereses y formas de conciencia comunes. Pero las divisiones que los separan son, como mínimo, tan profundas como las características que comparten. La situación económica de la primera sufre la amenaza crónica del gran capital de las macroempresas; mientras que el desarrollo de estas últimas supone uno de los principales elementos promotores de la expansión de las «carreras» de cuello blanco lucrativas. El pequeño capital se opone a menudo a la expansión de las actividades estatales, las cuales, sin embargo, tienden también a contribuir a cambios económicos que favorecen a ciertas categorías de trabajadores de cuello blanco carentes de propiedad. Además, el «reconocimiento de clase» de estos últimos, que se orienta frecuentemente a hacer carrera dentro de organizaciones de grandes dimensiones, sólo puede relacionarse de un modo marginal con el individualismo independiente del pequeño empresario. En la confusión conceptual de la antigua y la nueva clase media apuntan asimismo ciertas dificultades no resueltas de la posición teórica general de Poulantzas. Nos referimos a su intento de eludir el «economicismo». Al combinar los «niveles económico, político e ideológico», Poulantzas asegura mantener la

41 Wright, *op. cit.*, pág. 55.

42 Para un examen de éstas, véase Wright, *op. cit.*, págs. 46-50.



primacía del dominio de lo económico. Pero resulta difícil ver que la mantenga efectivamente en el caso de la unidad entre la antigua y la nueva clase media que postula: pues ambas poseen diferentes bases económicas, y si para Poulantzas forman una misma clase, ello obedece exclusivamente a sus afinidades «ideológicas».

En resumidas cuentas, pese al interés de algunas de las formulaciones de los autores citados en este apartado, no creo que su obra pueda conducirme a modificar sustancialmente el análisis de la nueva clase media que presenté en *La estructura...* Las fuentes de estructuración de clase de la misma son más heterogéneas que las de las clases dominante y obrera; y, como recalqué (pág. 340, arriba), la nueva clase media rara vez desempeña un papel destacado en las luchas de clase manifiestas. Pero en todas las sociedades capitalistas avanzadas su importancia política y social es muy considerable; y esto es algo que reconocen hoy muchos más autores marxistas que hace unos cuantos años.

### 3. Desarrollo capitalista y burocracia

Uno de los principales propósitos de *La estructura...* era explorar las relaciones entre propiedad y autoridad, o entre lo que hoy en día denominaría genéricamente «asignación» y «autorización», en tanto mecanismos estructurados que constituyen formas de dominación<sup>43</sup>. Los textos marxianos clásicos carecen de una teoría adecuada de la dominación burocrática y los autores marxistas rara vez han prestado suficiente atención a la tarea de integrar en un marco unitario los análisis críticos de la dominación burocrática y la dominación clasista<sup>44</sup>. Aquí hemos de abordar directamente la interpretación weberiana del desarrollo del capitalismo moderno, como proceso que promueve intrínsecamente la expansión de la burocracia, así como su vinculación de esta expansión con un «proceso de racionalización» más vasto. No pretendí ofrecer un análisis exhaustivo de la noción

<sup>43</sup> *Central Problems in Social Theory, op. cit.*, págs. 100-1 y *passim*.

<sup>44</sup> El propio Marx calificó de «estupidez» la sugerencia de Bakunin de que los controladores de la propiedad «colectiva» en una sociedad socialista podían dar lugar a una nueva dominación de clase.

de racionalización en Weber<sup>45</sup>, sino que traté de distinguir, como fuentes separables de estructuración de clases, una serie de fenómenos que Weber asociaba conjuntamente a la dimensión racionalización-burocratización. Los análisis de Weber trazan un paralelismo directo entre las relaciones paratécnicas y el sistema de autoridad de la empresa productiva, y entre éste y el Estado capitalista. Y en la especificación de estas conexiones mutuas, la racionalidad técnica se supone íntegramente vinculada a la racionalidad de la dominación burocrática. A menudo, Weber compara a la burocracia con una máquina (cf. págs. 325 y ss., arriba): ambas son los medios más «técnico-racionales» para encauzar las energías hacia la consecución de determinadas metas. Un individuo dentro de una organización burocrática, dice Weber, «es sólo un diente en un engranaje en constante movimiento que le prescribe un ritmo de marcha esencialmente fijo»<sup>46</sup>.

Dos interrogantes básicos se desprenden de todo esto. ¿Hasta qué punto es la racionalidad técnica un resultado específico de la dominación clasista del capitalismo? ¿En qué medida es válido el análisis weberiano de la burocracia como organización que comporta una inevitable concentración de poder en el seno de «asociaciones de coordinación imperativa»? El punto de conexión entre ambas cuestiones ha de buscarse en el concepto de división del trabajo<sup>47</sup>. En la época en que escribí *La estructura...*, sólo se disponía de unos pocos análisis generales de la división del trabajo en la producción capitalista, destacando entre ellos el de Georges Friedmann<sup>48</sup>. Desde entonces, sin embargo, ha aparecido una contribución fundamental al tema, *Labor and Monopoly Capital*, de Braverman<sup>49</sup>.

Su punto de partida es la venta de la fuerza de trabajo como mercancía: al vender su fuerza de trabajo al capitalista, los trabaja-

<sup>45</sup> Cf., sin embargo, mi *Politics and Sociology in the Thought of Max Weber* (Londres: Macmillan, 1972), págs. 44-9.

<sup>46</sup> Max Weber, *Economy and Society* (Nueva York: Bedmeister Press, 1968), vol. 3, pág. 998.

<sup>47</sup> Cf. mi *Capitalism and Modern Social Theory* (Cambridge: Cambridge University Press, 1971), págs. 224-42.

<sup>48</sup> Georges Friedmann, *Industrial Society* (Glencoe: Free Press, 1955); cf. también *La travail en miettes*.

<sup>49</sup> Harry Braverman, *Labor and Monopoly Capital* (Nueva York: Monthly Review Press, 1974).

dores ceden el control de la tarea laboral. La consolidación y expansión de este control es el primer imperativo de la «gerencia»<sup>50</sup>. La división del trabajo desempeña un papel crucial en este proceso, pero no la división del trabajo en general: Braverman hace hincapié en la importancia que reviste distinguir entre la división social y la división técnica del trabajo. La primera, relativa a la separación de las tareas consagradas a la fabricación de productos enteros, se da en todas las sociedades; la segunda, que entraña la fragmentación detallada de la tarea en operaciones repetitivas que llevan a cabo diferentes individuos, es una característica específica de la producción capitalista. El progreso de la división técnica, aduce Braverman, es fundamental para el control gerencial del proceso de trabajo, ya que permite desposeer paulatinamente al trabajador de su conocimiento y dominio del mismo. El taylorismo, o «administración científica», es su forma más acabada y evolucionada: las distintas operaciones que realiza el trabajador se integran en un esquema técnico que abarca a la producción en su totalidad. Según Braverman, el «desmenuzamiento» del conocimiento y la habilidad laborales, que se maximiza con la aplicación del taylorismo, se ha convertido en un elemento intrínseco al desarrollo tecnológico del capitalismo. Los posteriores cambios en la ideología gerencial que aparentemente han reemplazado al taylorismo, como, por ejemplo, la aparición de un «enfoque de relaciones humanas», sólo tienen en realidad una significación marginal. El taylorismo se ha convertido en el credo organizativo secular de la producción capitalista.

El análisis de Braverman, por contraste con el de Weber, nos permite mostrar que la racionalidad técnica propia de la moderna empresa industrial no es neutral en relación con la dominación clasista. Apenas se puede exagerar la importancia de este hecho. La técnica industrial incorpora en su propia forma la relación capital/trabajo asalariado. La dominación clasista demuestra ser la médula ausente en el vínculo que Weber estableció entre la racionalidad técnica y la racionalidad de la forma de autoridad de mayor «eficacia técnica»: la burocracia. Aunque el uso que hace Braverman de la distinción marxiana entre la división del trabajo «en la sociedad» y

<sup>50</sup> Un punto de vista parcialmente coincidente es el esbozado en Stephen A. Marglin, «What do bosses do?», en André Gorz, *The Division of Labour* (Londres: Harvester, 1976).

«en la fábrica» —las divisiones social y técnica del trabajo— es cuestionable<sup>51</sup>, su énfasis en la integración de la división capitalista del trabajo con el control gerencial resulta muy iluminador. Además, brinda la posibilidad de restablecer una conexión directa entre el tema marxiano del «trabajo alienado» y el análisis de la naturaleza de la producción capitalista.

Pero con independencia de esto, el enfoque de Braverman adolece de limitaciones sustanciales, y pueden hacerse toda una serie de objeciones. Aquí, me limitaré a exponer aquéllas que tienen alguna relación con los problemas que plantea la concepción weberiana de la burocracia.

En primer lugar, aunque su enfoque altera radicalmente el carácter de las conexiones entre técnica y administración burocrática que postuló Weber, Braverman no tiene apenas nada que decir sobre la organización «interna» de la autoridad gerencial en la empresa capitalista<sup>52</sup>. De ahí que no quede claro qué es lo que sucede exactamente con el conocimiento y el control del proceso de trabajo que se arrebatan al obrero. Limitarse a afirmar que son expropiados por el «capital» resulta tan vago y poco satisfactorio como definir la «función global» del capital en términos del «control y supervisión de la mano de obra».

En segundo lugar, Braverman describe el «desmenuzamiento» del conocimiento y la habilidad del trabajador como un movimiento esencialmente unidireccional. El resultado es, curiosamente, un análisis que subestima la conciencia y las capacidades de los trabajadores, por comparación con los gerentes, y que, pese a sus divergencias respecto del modelo weberiano de progresiva «racionalización burocrática», nos pinta un proceso aparentemente tan irreversible como el entrevisto por Weber. Se deriva esta consecuencia de su intento expreso de ocuparse, en el libro, únicamente del «contenido 'objetivo' de la

<sup>51</sup> La distinción entre las divisiones social y técnica del trabajo no es tan difusa como asegura Braverman, y la división técnica del trabajo tampoco es privativa del capitalismo; la crítica marxiana de la división del trabajo (por ejemplo, entre los dos sexos, o entre campo y ciudad) no se limita a la división técnica del trabajo.

<sup>52</sup> Braverman parece considerar que *Monopoly Capital*, de Sweezy y Baran, va ha dicho todo lo que había que decir sobre este tema. Véanse sus comentarios en Braverman, *op. cit.*, págs. 251-6; el prefacio de Sweezy al libro de Braverman también parece adoptar el mismo punto de vista.

clase», y no de la «voluntad subjetiva»<sup>53</sup>. Pero gran parte del mismo se consagra a la «voluntad subjetiva» de la *gerencia*, tal y como se manifiesta en el taylorismo, etc. Resulta imposible separar los componentes «objetivos» y «subjetivos» de la clase del modo en que Braverman trata de hacerlo, como si los primeros pudieran analizarse separadamente, para introducir los segundos después<sup>54</sup> (en este punto existe una palpable semejanza entre los enfoques de Braverman y Carchedi). Además, el conocimiento del proceso de trabajo que ostentan los obreros no está confinado a la naturaleza de la tarea laboral: los obreros han sabido captar las implicaciones del cambio tecnológico tan bien como los propios gerentes, y han ofrecido una resistencia activa al mismo. Los estudios históricos de la clase obrera norteamericana indican no sólo que el impacto del taylorismo, gracias en no escasa medida a la resistencia obrera, fue considerablemente menor de lo que sugiere Braverman, sino que la difusión de concepciones más «humanistas» de las relaciones laborales obedeció también a esta resistencia obrera al taylorismo<sup>55</sup>.

Se puede generalizar este punto y centrarlo de nuevo en torno a la interpretación de la burocracia en Weber. La mayoría de los autores marxistas que han estudiado su tratamiento de la misma no han criticado suficientemente el modo en que caracteriza las jerarquías burocráticas. Es decir, han aceptado que los sistemas de administración burocráticos tienen efectivamente los rasgos que Weber les atribuye, pero los consideran como un resultado de las relaciones de clase capitalistas. Ahora bien, es importante desarrollar una crítica más frontal de la tesis weberiana de que el avance de la burocratización produce inevitablemente una jerarquía de poder cada vez más rígida en el seno de cualquier organización<sup>56</sup>. Como ha demos-

<sup>53</sup> Braverman, *op. cit.*, pág. 27.

<sup>54</sup> Cf. la crítica de Russel Jacoby a *Labor and Monopoly Capital*, *Telos* 29, 1976; y Gavin Mackenzie, «The political economy of the American Working Class», *British Journal of Sociology* 28, 1977.

<sup>55</sup> Véase Bryan Palmer, «Class, conception and conflict; the thrust for efficiency, managerial views of labour and the working class rebellion, 1903-22», *Review of Radical Political Economy* 7, 1975; H. G. J. Aitken, *Taylorism at Watertown Arsenal* (Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 1960); Stanley Aronowitz, *False Promises* (Nueva York: McGraw-Hill, 1973); y S. Aronowitz, «Marx, Braverman and the logic of capital», *Insurgent Sociologist*, invierno, 1978-9; Andrew L. Friedman, *Industry and Labour* (Londres: Macmillan, 1977).

<sup>56</sup> Aquí me baso en *Central Problems in Social Theory*, *op. cit.*, págs. 147-50.

trado Crozier, las relaciones entre los cargos de las organizaciones burocráticas ofrecen potenciales espacios de control a los subordinados, espacios que son inexistentes en los colectivos más pequeños de corte tradicional<sup>37</sup>. Así pues, no es justificable el contraste generalizado que Weber tendía a dibujar entre la autonomía de que disfrutaban los actores en las comunidades tradicionales y la naturaleza «férrea» de los sistemas burocráticos plenamente desarrollados. De hecho, cabe argüir que cuanto más inflexibles son y más estructuradas están las relaciones formales de autoridad en una organización, tanto más fácilmente las pueden manipular y eludir en su propio provecho quienes ocupan posiciones subordinadas. Y los subordinados defienden estos elementos de control con mejor éxito de lo que reconocía Weber.

En muchas ocasiones, los análisis marxistas ignoran la significación de la lucha en el plano de las prácticas cotidianas, bien sea dentro de las jerarquías burocráticas, o en el nivel de la fábrica; a este respecto, la obra de Braverman resulta un tanto convencional. Esta tendencia, singularmente pronunciada entre los marxistas ortodoxos, está sin duda alguna relacionada con el «fracaso» de la revolución proletaria en los países industriales avanzados. Se pasan, así, por alto las formas menos dramáticas de resistencia obrera, cuando no se las despacha como si careciesen de toda importancia. En *La estructura...*, yo traté de demostrar que los éxitos del movimiento obrero fueron muy considerables, y que proporcionaron el principal impulso que transformó al «Estado liberal» en el Estado «liberal democrático» (cf. págs. 336-9, arriba). La resistencia obrera tiene importancia, además, en lo que concierne a otras dos características del desarrollo de la clase obrera a lo largo de los últimos cien años: la prominencia de lo que definí como «conciencia del conflicto», por oposición a la «conciencia revolucionaria»; y la persistencia de diferenciaciones en cuanto a la habilidad entre los obreros manuales. El predominio de la conciencia del conflicto no es sorprendente dado el carácter «defensivo» de los intentos obreros para mantener o recobrar formas de control sobre circunstancias de su trabajo que se hallan excluidas del contrato capitalista y que sufren erosión a causa del desarrollo tecnológico. El rechazo de las prácticas rutinarias y opresivas puede adoptar las formas más dispares, desde el absentismo

<sup>37</sup> Michel Crozier, *The Bureaucratic Phenomenon* (Londres: Tavistock, 1964).

hasta el sabotaje<sup>58</sup>. Y sería sumamente erróneo ver algo secundario o carente de importancia en estas variedades de la resistencia obrera cotidiana por el mero hecho de que no encierren la promesa de una inminente demolición del modo de producción capitalista.

Sigo pensando que es correcto afirmar, como hice en el libro, que el proceso de diferenciación interna de la clase obrera ha sido fundamental para el desarrollo político y social de las sociedades capitalistas desde los días de Marx<sup>59</sup>. Recientemente, Andrew Friedman<sup>60</sup> ha realizado una destacada contribución al análisis de este problema. Sugiere este autor que, al vaticinar una homogeneización del trabajo por la progresiva desaparición de las diferencias de habilidad, Marx no concedió el suficiente peso al poder de la resistencia obrera en el plano de la empresa y a la necesidad que tienen tanto los capitalistas como los gerentes de incorporar la realidad de ese poder a sus estrategias gerenciales. La fuerza de trabajo se niega una y otra vez a ser una mercancía más. Friedman distingue dos tipos principales de estrategia gerencial que se pueden emplear para controlar la fuerza de trabajo. Denomina al primero «autonomía responsable»: los gerentes otorgan a los obreros una sustancial libertad de acción en el trabajo, con el fin de fomentar su adaptación a los cambios tecnológicos y económicos de una manera que se ajuste a los objetivos de la gerencia. La otra estrategia es la del «control directo», que trata de mantener subyugada a la fuerza de trabajo mediante una atenta supervisión, el mantenimiento de una estricta disciplina laboral y la aplicación de técnicas tayloristas para minimizar las responsabilidades del obrero. Braverman, afirma Friedman, sobrevalora la segunda de estas estrategias, como han tendido a hacer muchos autores marxistas. Esta sobrevaloración es producto de una «falta de comprensión de la importancia» de la resistencia obrera como fuerza capaz de provocar cambios acomodaticios en el modo de producción», error que a su vez «conduce a una visión del desarrollo capitalista basada en el determinismo tecnológico»<sup>61</sup>.

<sup>58</sup> Cf. Aronowitz, *False Promises*, *op. cit.*

<sup>59</sup> Cf. Aronowitz, *False Promises*, *op. cit.*, para un buen análisis de varios tipos de resistencia obrera y de recuperación del control sobre su situación de trabajo.

<sup>60</sup> Friedman, *Industry and Labour*, *op. cit.*

<sup>61</sup> *Ibid.*, pág. 7.

Asegura Friedman que los empresarios tienden a dividir a los trabajadores en dos categorías, y que aplican a cada una de ellas una estrategia diferente. Algunas categorías laborales se consideran esenciales para la rentabilidad a largo plazo de la firma; otras, como algo más periférico. Los trabajadores «centrales» disfrutan de mayor seguridad en el empleo que los «periféricos»; y estos últimos son más susceptibles de control directo, en una u otra forma. Dado que los trabajadores periféricos pueden estar separados de los centrales por barreras de índole sexual o étnica, la distinción de Friedman ayuda a elucidar el significado para el análisis de clase de los mercados de trabajo duales o segmentados (cf. págs. 258-60, arriba). Pero la diferenciación entre trabajadores centrales y periféricos, junto con el énfasis en el «micronivel», también ilumina los procesos mediante los cuales se mantiene la heterogeneidad de destreza frente a la innovación tecnológica. Frecuentemente, los trabajadores centrales pueden proteger su posición «especializada» aun cuando el cambio tecnológico haya simplificado las tareas laborales que desempeñaban; además, tienen la posibilidad de utilizar su privilegiada capacidad de mercado para adquirir los nuevos conocimientos especiales que demandan los mismos procesos de cambio tecnológico que destruyen los antiguos. «Las relaciones centro-periferia», concluye Friedman, «demuestran la fundamental desigualdad entre los trabajadores que se engendra a través de la lucha como parte del desarrollo *normal* de las sociedades capitalistas»<sup>62</sup>.

#### 4. La naturaleza del Estado capitalista y su relación con el conflicto de clases

En *La estructura...*, no me propuse ofrecer un análisis exhaustivo del Estado moderno, pero sí explorar la validez de una concepción muy arraigada de la relación entre las esferas política y económica en el capitalismo contemporáneo. Se trata de una perspectiva que guarda una relación particularmente estrecha con los escritos de las principales figuras de la «Escuela de Francfort» (Horkheimer, Adorno, Marcuse), aunque no se limita sólo a esos autores. Según este punto de vista (véase pág. 336, arriba), el desarrollo capitalista al-

<sup>62</sup> *Ibid.*, pág. 137.



canzó su culminación en el siglo XIX y tiene su epítome en la Inglaterra victoriana. Como el Estado apenas intervenía en la vida económica, la actividad económica se desenvolvía libremente, sin trabas de ningún género; en estas circunstancias, el conflicto de clases era manifiesto y agudo. Con el progresivo desarrollo del capitalismo, la economía se fue politizando cada vez más, y la lucha de clases perdió su puesto como fuente dinámica primordial de cambios transformadores. Tal concepción muestra algo más que una semejanza superficial con la teoría de la sociedad industrial, tal y como se expuso en las décadas de 1950 y 1960. Los partidarios de esta teoría ponían más énfasis en la «institucionalización del conflicto de clases», o en la consecución de los derechos ciudadanos, que en la intrusión del Estado en la vida económica; pero todos compartían la visión de una sociedad que, para bien o para mal, había logrado superar la amenaza transformadora que supone el conflicto de clases. Esta manera de ver las cosas, en cualquiera de sus dos versiones, me parecía errónea por dos razones: acepta acríticamente como prototipo del desarrollo capitalista el caso de la Inglaterra decimonónica; y se basa en premisas falsas de la economía política clásica. En lo que atañe a la primera razón, se ha demostrado que, en muchos aspectos importantes, la historia inglesa es más un «caso desviado» del desarrollo del capitalismo industrial que su prototipo. En lo que atañe a la segunda, el error fundamental consiste en identificar el capitalismo con la libre competencia en los mercados de trabajo y de bienes, como hicieron los economistas clásicos. A medida que el Estado expande la gama de sus actividades económicas, y a medida que crecen los sectores dominados por monopolios u oligopolios, se hace evidente que los mecanismos de la producción capitalista descubiertos por Marx quedan superados. Me pareció procedente afirmar que la sociedad capitalista se funda en la separación institucional de las esferas económica y política, pero no así equiparar esta separación con la libre competencia de mercado<sup>63</sup>. El «aislamiento» mutuo de ambas

<sup>63</sup> Poulantzas manifiesta una opinión similar. «Toda una tradición de la teoría política», señala, «basada en la delimitación ideológica de la autonomía de lo político con respecto a lo económico (esto es, la tradición teórica del siglo XIX, que gira en torno al tema de la separación de la sociedad civil y el Estado) confunde esta autonomía con esa forma específica de no intervencionismo político en lo económico que es característica del Estado liberal y el capitalismo privado». Según este punto de vista, la creciente intervención estatal disuelve la

esferas subsiste como uno de los rasgos fundamentales del neocapitalismo, aunque los modos en que se mantiene difieren claramente de los que eran característicos en fases anteriores del desarrollo capitalista.

Hoy en día pienso que, al discutir esta separación de las esferas económica y política, me concentré excesivamente en su faceta interna, dentro del Estado nacional. Ahora bien, esta separación opera también externamente, en las relaciones entre estados en el contexto de lo que Wallerstein ha denominado la «moderna economía mundial»<sup>64</sup>. Aunque cabe formular ciertas críticas a sus argumentos<sup>65</sup>, el examen de Wallerstein puede ser útil para complementar el análisis que proporcioné. Según este autor, la economía mundial europea, cuyos orígenes se remontan al siglo xv, es completamente diferente de los imperios que la precedieron. En éstos, las relaciones entre la metrópoli y las regiones subordinadas tenían un carácter predominantemente político; la recaudación de impuestos por parte del Estado imperial constituía la principal base de relaciones económicas dentro de sus fronteras. Lo económico, en otras palabras, estaba fusionado con lo político. Pero con el desarrollo de la economía mundial capitalista, la esfera de lo político queda confinada al Estado nacional, que monopoliza los instrumentos de la ley y los medios de violencia; mientras que las conexiones más amplias entre los estados nacionales adquieren un carácter primordialmente económico. «El capitalismo, en tanto modo económico», señala Wallerstein, «se basa en el hecho de que los factores económicos operan dentro de un ámbito más vasto de lo que cualquier sociedad política puede controlar totalmente»<sup>66</sup>.

Una de las principales contribuciones de Max Weber al análisis social fue recalcar la importancia de la formación del Estado para el desarrollo del capitalismo occidental, donde el Estado se define

autonomía de lo político y lo económico. Pero esto constituye un error: «El Estado intervencionista, por ejemplo, ejerce su intervención precisamente por medio de las formas particulares que asume su autonomía respecto de lo económico» (*Political Power and Social Classes*, *op. cit.*, págs. 151-2).

<sup>64</sup> Immanuel Wallerstein, *The Modern World-System* (Nueva York: Academic Press, 1974).

<sup>65</sup> Véase en concreto Robert Brenner, «The origins of capitalist development: a critique of neo-Smithian Marxism», *New Left Review* 104, julio-agosto, 1977.

<sup>66</sup> Wallerstein, *op. cit.*, pág. 348.

en función de su monopolio de la ley y la violencia dentro de unos límites territoriales específicos. Este énfasis contrasta con una de las tendencias dominantes en el pensamiento social del siglo XIX y principios del XX: el supuesto de que las relaciones de intercambio que intervienen en la industria moderna son fundamentalmente pacíficas (a diferencia del carácter «militarista» de la sociedad feudal)<sup>67</sup>. En Weber, la concentración del aparato represivo en manos del Estado se halla estrechamente ligada a su análisis de la racionalidad técnica y la burocratización, como una de las formas institucionales que adopta la centralización de los «medios de administración». Ahora bien, lo mismo que se puede descomponer este análisis y conectarlo con la estructura de clases del capitalismo en el plano de la burocracia y la división del trabajo, también puede hacerse respecto del Estado. Aquí sólo dispongo de espacio para un brevísimo esbozo. El surgimiento del Estado absolutista, mediante la concentración de poder en manos de la monarquía, fue la condición para el aislamiento externo e interno de los niveles económico y político, que a su vez fue la condición para la formación del mercado capitalista. Internamente, la consolidación del Estado tuvo su contrapartida en la creación de la sociedad civil como esfera separada del mundo político. Externamente, la aparición del Estado capitalista delimitó claramente el ámbito de la comunidad política a la soberanía sobre un territorio separado de otros. La naturaleza de la economía mundial capitalista se estableció como parte del mismo proceso que creó las condiciones internas para la expansión inicial de la empresa capitalista (antes del advenimiento de las «revoluciones burguesas» como tales).

Todo parece indicar que, históricamente, la concentración de los instrumentos represivos en manos del Estado estuvo íntimamente relacionada con el desarrollo del contrato de trabajo capitalista. En el *Ständestaat*, el «derecho» se insertaba todavía en el marco de los tradicionales derechos y obligaciones de los estamentos, lo mismo que la capacidad para recurrir a la fuerza al objeto de respaldar esos derechos y obligaciones<sup>68</sup>. La capacidad (legítima y efectiva) para recurrir a la violencia con el fin de asegurar el cumplimiento de las

<sup>67</sup> Cf. «Classical theory and the origins of modern sociology», *op. cit.*

<sup>68</sup> Cf. Gianfranco Poggi, *The Development of the Modern State* (Londres: Hutchinson, 1978), págs. 71 y ss.

obligaciones económicas intervenía directamente en la relación entre la clase dominante y los productores subordinados. Este era también el caso de los imperios, en la medida en que la recaudación de los impuestos descansaba directamente en la amenaza o el uso de la fuerza. En cambio, el contrato de trabajo capitalista entraña únicamente el intercambio «económico» de fuerza de trabajo «libre» por un salario, y no conlleva ningún otro tipo de derechos u obligaciones: el empresario, por tanto, ya no puede imponer disciplina a sus empleados a través del control *directo* que supone la violencia o la amenaza de violencia. Así pues, la expansión de los mercados capitalistas puede considerarse a la vez como condición y consecuencia de la «extensión» del control de los medios de represión fuera del ámbito de las relaciones sociales que intervienen en el proceso productivo, así como de su apropiación por parte del Estado. Naturalmente, entre el Estado absolutista y el moderno Estado nacional media un dilatado proceso de desarrollo; pero creo que el análisis que acabo de esbozar puede aportar una base para establecer una relación intrínseca entre el desarrollo capitalista y la separación interna/externa de las esferas económica y política, por un lado, y el papel de la violencia política en la historia, por otro.

En los últimos años, algunos autores marxistas han acabado por reconocer, como se esperaba que hicieran desde hace mucho tiempo, que el Estado no es un mero epifenómeno de la «base económica», y se ha registrado asimismo una ruptura con lo que denominé (pág. 56, arriba) la concepción «instrumental» del Estado. Los análisis del Estado de Poulantzas, Mandel y otros presentan, no obstante, grandes limitaciones. Por mucha «autonomía relativa» que se le conceda, se sigue considerando al Estado de una forma exclusivamente «negativa», en función del apoyo que representa (aunque sólo sea a largo plazo) para la hegemonía del capital<sup>69</sup>. El Estado únicamente se tiene en cuenta desde el punto de vista de su intervención en la reproducción de las relaciones sociales capitalistas. Pero frente a este tipo de análisis, cabe aducir que, si bien el Estado no es neutral respecto de la dominación clasista, tampoco interviene de forma unilateral en la perpetuación del capitalismo: El Estado participa de la contra-

<sup>69</sup> Véase Boris Frankel, «An the state of the state: Marxist theories of the state after Leninism», *Theory and Society* 7, 1979, para un importante examen de esta cuestión.

dicción primaria de la sociedad capitalista entre propiedad privada y producción socializada<sup>70</sup>. Una contribución notable al análisis del carácter contradictorio del Estado capitalista cabe encontrarla en los escritos de Claus Offe<sup>71</sup>. Offe distingue entre actividades estatales «asignativas» y «productivas». Las primeras son las que entrañan recursos controlados por el Estado, e incluyen las formas keynesianas de intervención estatal en la economía. Las actividades productivas, características de la fase de desarrollo contemporánea de las naciones capitalistas, se orientan a la intervención en el propio proceso de acumulación; «reemplazan» al mercado, y se organizan con vistas a «administrar» las tendencias a la crisis de la producción capitalista. Ambos tipos de actividad envuelven al Estado en contradicciones, porque en ambos el Estado se ve impelido a socializar la actividad económica en el proceso mismo de proteger los intereses del capital privado; pero el carácter contradictorio del Estado se acentúa cuando emprende actividades productivas en lugar de asignativas. «La existencia de un Estado capitalista presupone la *negación* sistemática de su naturaleza como *Estado capitalista*»<sup>72</sup>.

Este punto de vista cabe considerarlo como un equivalente lógico del análisis marxiano de las compañías por acciones, con el cual guarda una relación sustantiva. Según Marx, las compañías por acciones representan «la abolición del modo de producción capitalista dentro del propio modo de producción capitalista» (véase págs. 38-9, arriba). La compañía por acciones expresa de forma directa la contradicción primordial del capitalismo, siendo al mismo tiempo una anticipación de una nueva modalidad de organización económica y parte inseparable de la antigua modalidad. Lo mismo cabe afirmar de las actividades productivas del Estado. La «desmercantilización» de algunos sectores de la vida económica a través de la socialización estatal constituye una anticipación material de una sociedad nueva a la vez que ayuda a sostener la empresa capitalista. «Los intentos estatales de mantener y generalizar la forma mercantil requieren organizaciones

<sup>70</sup> Aquí sigo la noción de contradicción formulada en *Central Problems in Social Theory, op. cit.*, y no la que se utiliza en *La estructura...*, que hoy en día considero insuficiente.

<sup>71</sup> Claus Offe, *Strukturprobleme des kapitalistischen Staates* (Frankfurt: Suhrkamp, 1972); *Industry and Inequality* (Londres: Edward Arnold, 1976).

<sup>72</sup> Offe, *Struktur Probleme des Kapitalistischen Staates, op. cit.*, pág. 47.

que, en su *modus operandi*, cesan de estar sujetas a tal forma»<sup>73</sup>.

La indudable importancia de la obra de Offe no debe inducirnos a aceptarla en su totalidad. Pues Offe, en compañía de Habermas, sostiene que los conflictos entre capital y trabajo asalariado «tradicionales» tienen un significado considerablemente menor en el capitalismo contemporáneo de lo que yo pienso. Aunque tanto Offe como Habermas ven en el neocapitalismo más conflictos que la «primera generación de la Escuela de Francfort, no obstante, dan por hecho que el movimiento obrero se ha «incorporado» con éxito a la esfera política de las sociedades capitalistas avanzadas. Resulta curioso que Habermas, al menos aparentemente, conciba una mayor estabilidad en el capitalismo moderno que Daniel Bell, por ejemplo<sup>74</sup>.

El problema de la incorporación o integración de la clase obrera en el seno de la sociedad capitalista ocupa, desde luego, un lugar central en los debates entre marxistas y no marxistas acerca de la evolución contemporánea del capitalismo. Por mi parte, pese a las críticas que ha recibido lo mismo desde la izquierda que desde la derecha, no me siento inclinado a introducir modificaciones básicas en la posición que establecí en *La estructura...* Esta posición giraba en torno a tres conceptos esenciales:

1) Tanto el carácter de los movimientos obreros como su relación con la formación de partidos políticos y otras organizaciones se hallan fuertemente influidos por la experiencia específica de las distintas sociedades en las «fases críticas» del desarrollo inicial del industrialismo capitalista. El célebre problema de la «ausencia de socialismo en los Estados Unidos» no puede separarse del análisis del tradicional radicalismo de los movimientos obreros de países como Francia e Italia. Sigo estimando esencial distinguir entre «conciencia del conflicto» y «conciencia revolucionaria», y ver que la segunda no es una mera extensión de la primera. Pese a la ausencia de una conciencia revolucionaria en el movimiento obrero norteamericano, las luchas de clases han sido, sin duda, tan pronunciadas y encarnizadas como en cualquier nación europea. Como ha puesto de

<sup>73</sup> Claus Offe y Volker Ronge, «Theses on the theory of the state», *New German Critique* 6, 1975, pág. 145.

<sup>74</sup> En *The Cultural Contradictions of Capitalism* (Londres: Heinemann, 1976), Bell no se muestra tan confiado sobre la estabilidad del capitalismo como hace Habermas en *Legitimation Crisis* (Boston: Beacon, 1975).

relieve recientemente un comentarista norteamericano: «Adoptar posturas inflexibles en los campos de batalla económicos no es lo mismo que tener una conciencia de clase revolucionaria. En consecuencia es necesario sondear en otras partes para descubrir por qué la militancia sindical (de los Estados Unidos) no se ensanchó hasta convertirse en un radicalismo político de amplia base, pese a las presiones en ese sentido»<sup>75</sup>.

2) Los intentos de los movimientos obreros de conseguir plenos derechos políticos para la clase obrera dentro del marco del capitalismo liberal han acarreado enormes consecuencias para la evolución de las sociedades capitalistas avanzadas durante el siglo xx. Yo traté de cuestionar dos interpretaciones opuestas de este proceso. Por un lado, los autores marxistas han infravalorado el logro de «derechos ciudadanos» por parte de la clase obrera, considerándolo insuficiente para alterar el carácter del Estado capitalista. Por otro lado, autores como Bendix y Roth han propuesto la tesis de que las divisiones básicas que Marx atribuía al conflicto de clases eran en realidad resultado del hecho de que la clase obrera estuviera excluida de toda participación en el Estado; con la consecución del derecho al voto, desaparece el soporte básico del conflicto de clases. Ninguno de estos enfoques me parecía correcto. El punto de vista que desarrollé, y que sigo defendiendo hoy en día, adeudaba mucho a varios escritos de Macpherson; entre otras cosas, la visión del aislamiento de las esferas «política» y «económica» en el capitalismo avanzado como un proceso en dos etapas. La consolidación de la economía de mercado capitalista estuvo asociada a la sustitución del Estado absolutista por el «Estado liberal», primera fase del «capitalismo hegemónico». El Estado liberal, en palabras de Macpherson, «era un sistema de alternancia de partidos o multipartidista por medio del cual los gobiernos se hacían responsables ante los distintos sectores de la clase o clases que tenían voz política... La tarea del Estado liberal consistía en mantener y promover la sociedad liberal, que no era en esencia una sociedad democrática o igualitaria»<sup>76</sup>. El Estado «liberal

<sup>75</sup> Alan Dawley, *Class and Community* (Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 1976), pág. 236.

<sup>76</sup> C. B. Macpherson, *The Real World of Democracy* (Oxford: Clarendon Press, 1966), pág. 9.

democrático» sólo se consiguió gracias a la lucha de la clase obrera por el derecho al sufragio. Indudablemente, la aparición de la democracia liberal ha sido una importante influencia estabilizadora en el capitalismo moderno. Y el hecho de que la «forma política normal» del capitalismo avanzado sea la democracia liberal o social —y no el fascismo, como parecían pensar muchos marxistas en los años treinta— tiene importantísimas implicaciones políticas y sociológicas. Las conexiones entre el capitalismo y la democracia liberal poseen raíces más profundas de lo que sugieren las interpretaciones que atribuyen los limitados logros de los partidos socialdemócratas a los defectos de su liderazgo.

3) Hay que reconocer los elementos de validez que encierra el concepto de «institucionalización del conflicto de clases», pero rechazar al propio tiempo la lógica que subyace al mismo. Dicho concepto ha estado íntimamente vinculado a la teoría de la sociedad industrial y ha sido expuesto en dos versiones principales<sup>77</sup>. En ambas, el conflicto de clases, en el sentido de luchas de clase activas, se considera característico del período inicial del desarrollo capitalista. Con arreglo a la primera versión, empero, el establecimiento de modos de negociación laboral normativamente aceptados es tan sólo una parte de un proceso más general de diferenciación institucional, característico de un orden industrial. Según esta visión, con la madurez de la sociedad industrial, no sólo desaparece el conflicto clasista, sino que el propio concepto de clase pierde toda aplicabilidad. La segunda versión —asociada con Lipset, Dahrendorf y otros— se muestra más cautelosa. De acuerdo con estos autores, la «institucionalización del conflicto de clases —que vinculan estrechamente a la consecución de los derechos ciudadanos— merma su potencial transformador, sin eliminar completamente la lucha de clases. La condición para que desaparezca dicho potencial es la separación de los conflictos «industrial» y «partidista». Aunque no siento simpatía alguna por el primero de estos puntos de vista, pienso que el segundo sí contiene algunos elementos significativos. Pero mientras que los autores que han preconizado la segunda versión la asocian con la disolución final del potencial transformador del conflicto de clases —y consideran que los objetivos del movimiento obrero se agotan en la consecución

<sup>77</sup> Cf. «Classical social theory and the origins of modern sociology», *op. cit.*



de los derechos de la negociación laboral y el voto—, yo veo la «institucionalización» desde un ángulo bastante distinto. Entiendo que la separación del «conflicto industrial» y la participación política en la esfera característica de «lo político» es la forma genérica que adopta el aislamiento mutuo de la economía y la política en el capitalismo avanzado. Hemos de admitir que la separación institucional de la negociación económica y los mecanismos de participación política, en conjunción con la intervención del Estado, ha demostrado ser una influencia estabilizadora en la sociedad capitalista. Pero al propio tiempo esta separación depende de condiciones sociales sometidas a una presión crónica (incluso en aquellos países donde el movimiento obrero ha sido escasamente revolucionario). Estas condiciones se reflejan principalmente en el hecho de que la negociación económica en la fábrica se mantenga dentro de los límites del «economicismo», como algo opuesto a la «orientación hacia el control». Podría repetir lo que ya dije en el texto (págs. 242-3, arriba):

cualquier tipo de extensión importante del conflicto industrial hacia el área del control plantea una amenaza a la separación institucional entre conflicto económico y conflicto político, que constituye una de las bases fundamentales del Estado capitalista —puesto que sirve para poner de manifiesto las conexiones entre el poder político en la esfera política como tal y la más amplia subordinación «política» de la clase obrera dentro del orden económico.

### **Conclusión: capitalismo y socialismo**

Si hasta el momento no he examinado las sociedades socialistas estatales, ello no quiere decir que considere más satisfactorios los capítulos consagrados a las mismas que los dedicados a las naciones capitalistas. Más bien, ocurre lo contrario; los capítulos que se ocupan de las sociedades del Este de Europa me parecen hoy mucho más necesitados de revisión que las restantes partes del volumen. Sigo conservando la misma convicción básica que tenía cuando escribí el libro: que ya no resulta posible escribir críticas del capitalismo que no intenten simultáneamente abordar el socialismo como realidad actual, y no solamente como «utopía para el futuro». Sigo pensando que es correcto calificar a las sociedades del Este de Europa de «socialismos» de Estado más que de «capitalismos de Estado». Pero al mismo tiempo, sigo suscribiendo la opinión de Mallet de que

«el 'socialismo' de los países del Este, incluso en sus versiones más liberales, es al socialismo lo que los monstruos paleolíticos a las actuales especies animales: prototipos fallidos y toscos»<sup>78</sup>. El socialismo estatal, para repetir el argumento desarrollado en el libro, no puede considerarse como la superación dialéctica del capitalismo, sino como una formación social alternativa que también promueve la industrialización y el desarrollo económico<sup>79</sup>. Ahora bien, hoy en día ya no hablaría de la «paradoja del socialismo». La expresión tiene connotaciones demasiado negativas y no se ajusta a los puntos de vista que ahora estoy tratando de elaborar con cierto detalle, pero que todavía no había acabado de formular en la época en que escribí el libro. Lo que llamé la «paradoja del socialismo» tiene la misma forma lógica, aunque no idéntico contenido sustantivo, que la naturaleza contradictoria del capitalismo: el socialismo también tiene sus contradicciones.

<sup>78</sup> Serge Mallet, *Essays on the New Working Class* (St. Louis: Telos Press, 1975), pág. 123.

<sup>79</sup> Acaba de aparecer una importante contribución al análisis de la naturaleza de las sociedades socialistas: Rudolf Bahro, *The Alternative in Eastern Europe* (Londres: New Left Books, 1978). «La abolición de la propiedad privada de los medios de producción», aduce Bahro, «no ha significado en modo alguno su transformación inmediata en propiedad del pueblo. Antes bien, toda la sociedad es no propietaria frente a la maquinaria del Estado» (pág. 11). Por controvertibles que puedan ser algunas de las afirmaciones de Bahro, este libro debe considerarse ahora como el punto focal del análisis crítico tanto del marxismo, en particular, como del pensamiento y prácticas socialistas, en general.

## OBRAS CITADAS EN EL TEXTO

- Abegglen, James C., *The Japanese Factory* (Glencoe, 1958).
- Abegglen, James C., y Mannari, H., «Leaders of modern Japan: social origins and mobility», *Economic Development and Cultural Change* 9, 1960.
- Acton, H. B., *The Illusion of the Epoch* (Londres, 1962).
- Adorno, Theodor W., *Aufsätze zur Gesellschaftstheorie und Methodologie* (Frankfurt, 1970).
- Althusser, Louis, *For Marx* (Londres, 1969). [Hay trad. castellana: *La revolución teórica de Marx*, Ed. Siglo XXI.]
- Anderson, Perry, y Blackburn, Robin, *Towards Socialism* (Londres, 1965).
- Aron, Raymond, *Democracy and Totalitarianism* (Londres, 1968).
- , «La classe comme représentation et comme volonté», *Cahiers internationaux de sociologie* 38, 1965.
- , *18 Lectures on Industrial Society* (Londres, 1968). [Dieciocho lecciones sobre la sociedad industrial, Ed. Seix Barral, Barcelona.]
- , *La lutte des classes* (París, 1964).
- , *Progress and Disillusion* (Nueva York, 1968).
- Atkinson, Dick, *Orthodox Consensus and Radical Alternative* (Londres, 1971).
- Azrael, Jeremy, *Managerial Power and Soviet Politics* (Cambridge, Mass., 1966).
- Babeau, André, *Les Conseils ouvriers en Pologne* (París, 1960). [Los Consejos obreros en Polonia, Ed. Nova Terra.]
- Baechler, Jean, «Essai sur les origines du système capitaliste», *Archives européennes de sociologie* 9, 1968. [Los orígenes del Capitalismo, Edicions 62, Barcelona.]
- Bain, George Sayers, *The Growth of White-Collar Unionism* (Oxford, 1970).
- Bain, Joe S., *Industrial Organisation* (Nueva York, 1968).
- Banks, J. A., *Marxist Sociology in Action* (Londres, 1970).
- Bauman, Zygmunt, «Economic growth, social structure, elite formation», *International Social Science Journal* 2, 1964.
- , «Social dissent in East European politics», *Archives européennes de sociologie* 12, 1971.

- Bell, Daniel, «Labour in the post-industrial society», *Dissent*, Invierno, 1972.
- , «Technocracy and politics», *Survey* 16, 1971.
- , *The End of Ideology* (Nueva York, 1961). [El fin de las ideologías, Ed. Tecnos, Madrid.]
- , «Toward the Year 2000: Work in Progress», *Daedalus*, 1968.
- Belleville, Pierre, *Une nouvelle class ouvrière* (París, 1963).
- Bendix, Reinhard, *Embattled Reason, Essays on Social Knowledge* (Nueva York, 1970).
- , *Higher Civil Servants in American Society* (Boulder, 1949).
- , *Nation-Building and Citizenship* (Nueva York, 1964).
- , *Work and Authority in Industry* (Nueva York, 1956).
- Bendix, Reinhard, y Seymour Martin Lipset, *Class, Status and Power* (Londres, 1967).
- Benoit, Odile, «Status dans l'entreprise et attitudes syndicales des ouvriers», *Sociologie du Travail* 4, 1962.
- Bensman, Joseph, y Vidich, Arthur J., *The New American Society* (Chicago, 1971).
- Berg, Ivar, *The Business of America* (Nueva York, 1968).
- Berle, Adolf A., y Means, Gardiner C., *The Modern Corporation and Private Property* (Chicago, 1932).
- Beskid, Lidia, «Real wages in Poland during 1956-1967», *Eastern European Economics* 7, 1969.
- Birnbaum, Norman, «The crisis of Marxist sociology», *Social Research* 2, 1968.
- Blau, Peter M., y Duncan, O. D., *The American Occupational Structure* (Nueva York, 1967).
- Blauner, Robert, *Alienation and Freedom* (Chicago, 1964).
- Bloch, Marc, *Feudal Society* (Londres, 1961). [La sociedad feudal, Ed. UTEHA, México.]
- Blumberg, Paul, *Industrial Democracy* (Londres, 1968).
- Bottomore, T. B., *Classes in Modern Society* (Londres, 1966).
- Bouvier-Ajam, Maurice, y Mury, Gilbert, *Les classes sociales en France* (París, 1963).
- Braun, Siegfried, y Fuhrmann, Jochen, *Angestelltenmentalität* (Neuwied, 1970).
- Brzezinski, Zbigniew, *Between Two Ages* (Nueva York, 1970).
- , *Dilemmas of Change in Soviet Politics* (Nueva York, 1969).
- Brzezinski, Zbigniew, y Huntington, Samuel P., *Political Power: USA/ USSR* (Nueva York, 1964).
- Burns, Robert K., «The comparative economic position of manual and white-collar employees», *The Journal of Business* 27, 1954.
- Castles, Stephen, y Kosack, Godula, *Immigrant Workers and Class Structure in Western Europe* (Londres, 1973).
- Cohn-Bendit, Gabriel y Daniel, *Obsolete Communism, the Left-Wing Alternative* (Londres, 1969).
- Cole, Robert E., *Japanese Blue Collar* (Berkeley, 1971).
- Cox, Oliver C., *The Foundations of Capitalism* (Londres, 1959).
- Croner, Fritz, *Die Angestellten in der modernen Gesellschaft* (Colonia, 1962).
- Crozier, Michel, «Classes sans conscience ou préfiguration de la société sans classes», *Archives européennes de sociologie* 1, 1960.
- , «L'ambiguïté de la conscience de classe chez les employés et les petits fonctionnaires», *Cahiers internationaux de sociologie* 28, 1955.
- , *The World of the Office Worker* (Chicago, 1971).
- Currie, R., y Hartzwell, R. M., «The making of the English working class?», *Economic History Review* 18, 1965.

- Daheim, Hansjürgen, «Die Vorstellungen vom Mittelstand», *Kölner Zeitschrift für Soziologie und Sozialpsychologie* 12, 1960.
- Dahrendorf, Ralf, *Class and Class Conflict in Industrial Society* (Stanford, 1959). [*Las clases sociales y su conflicto en la sociedad industrial*, Ed. Rialp, Madrid.]
- , *Conflict After Class*, conferencia Noel Buxton (Essex, 1967).
- , *Essays in the Theory of Society* (Londres, 1968).
- , *Marx in Perspektive: die Idee des Gerechten im Denken von Karl Marx* (Hanover, 1953).
- Dissent*, invierno 1972, «The World of the Blue-Collar Workers».
- Djilas, Milovan, *The New Class, and Analysis of the Communist System* (Nueva York, 1957). [*La nueva clase*, Emecé, Buenos Aires.]
- Delefortrie-Soubeyroux, N., *Les dirigeants de l'industrie française* (Paris, 1961).
- Dobieszewski, Adolf, *Wybrane problemy teorii i praktyki funkcjonowania partii* (Varsovia, 1971).
- Dodge, Norman T., *Women in the Soviet Economy* (Baltimore, 1966).
- Doeringer, Peter B., y Piore, Michael J., *Internal Labour Markets and Manpower Analysis* (Lexington, 1971).
- Dollard, J. A., *Caste and Class in a Southern Town* (New Haven, 1937).
- Dolléans, Edouard, *Histoire du mouvement ouvrier* (Paris, 1953). [*Historia del movimiento obrero*, Ed. Zero, Algorta.]
- Domhoff, G. William, *Who Rules America?* (New Jersey, 1967).
- Dore, R. P., *Aspects of Social Change in Modern Japan* (Princeton, 1967).
- , *City Life in Japan* (Londres, 1958).
- Dufty, N. F., *The Sociology of the Blue-Collar Worker* (Leiden, 1969).
- Durkheim, Émile, *Professional Ethics and Civic Morals* (Londres, 1957).
- , *Socialism* (Nueva York, 1962). [*El socialismo*, Ed. Schapire, Buenos Aires.]
- , *The Division of Labour in Society* (Glencoe, 1964). [*De la división del trabajo social*, Ed. Schapire, Buenos Aires.]
- Duveau, Georges, *La vie ouvrière en France sous le Second Empire* (Paris, 1946).
- Ehrmann, Henry W., *Organised Business in France* (Princeton, 1957).
- Engels, Friedrich, *The Condition of the Working Class in England in 1844* (Londres, 1968). [*La condición de la clase obrera en Inglaterra*, Ed. Grijalbo, Barcelona.]
- Faunce, William A., *Problems of an Industrial Society* (Nueva York, 1968).
- Feiwel, George R., *New Currents in Soviet-Type Economies* (Scranton, 1968).
- Fischer-Galati, Stephen, «East Central Europe: continuity and change», *Journal of International Affairs* 20, 1966.
- Florence, P. Sargant, *Ownership, Control and Success of Large Companies* (Londres, 1961).
- Fogarty, M. P., «The white-collar pay structure in Britain», *Economic Journal* 49, 1959.
- Friedmann, Georges, *Industrial Society* (Glencoe, 1955).
- Friedrichs, Günther, *Computer und Angestellte* (Frankfurt, 1971).
- Friedrichs, Robert, *The Sociology of Sociology* (Nueva York, 1970).
- Fromm, Erich, *Marx's Concept of Man* (Nueva York, 1963). [*El concepto del hombre en Marx*, F.C.E., México.]
- Geiger, Theodor, *Die Klassengesellschaft im Schmelztiegel* (Colonia, 1949).
- , *Die soziale Schichtung des deutschen Volkes* (Stuttgart, 1932).
- Giddens, Anthony, *Capitalism and Modern Social Theory* (Cambridge, 1971) [*El capitalismo y la moderna teoría social*, Ed. Guadarrama.]

- , «Durkheim's political sociology», *Sociological Review* 19, 1971.
- , *Emile Durkheim: Selected Writings* (Cambridge, 1972).
- , «Elites in the British class structure», *Sociological Review* 20, 1972.
- , «Four myths in the history of social thought», *Economy and Society* 1, 1972.
- , *Politics and Sociology in the Thought of Max Weber* (Londres, 1972). [Política y sociología en Max Weber, Alianza Ed.]
- Goldthorpe, John, «Attitudes and behaviour of car assembly workers: a deviant case and a theoretical critique», *British Journal of Sociology* 17, 1966.
- Goldthorpe, John, et al., *The Affluent Worker in the Class Structure* (Cambridge, 1969).
- Gouldner, Alvin, *The Coming Crisis in Western Sociology* (Londres, 1971). [La crisis de la sociología occidental, Amorrortu Editores, Buenos Aires.]
- Gramsci, Antonio, *The Modern Prince and Other Writings* (Londres, 1957). [Notas sobre Maquiavelo, la política y el Estado moderno, Codilibro, Buenos Aires.]
- Graubard, R., *A New Europe?* (Londres, 1965).
- Gurvitch, Georges, *Industrialisation et technocratie* (París, 1949).
- , *Le concept de classes sociales de Marx à nos jours* (París, 1954). [El concepto de clases sociales de Marx a nuestros días, Nueva Visión, Buenos Aires.]
- , *La vocation actuelle de la sociologie* (París, 1950).
- Gurtsman, W. L., *The British Political Elite* (Londres, 1963).
- Habermas, Jürgen, *Antworten auf Herbert Marcuse* (Frankfurt, 1968).
- , *Theorie und Praxis* (Neuwied, 1967).
- Halbwachs, Maurice, *The Psychology of Social Class* (Londres, 1958). [Las clases sociales, F.C.E., México.]
- Hamilton, Richard, *Affluence and the French Worker in the Fourth Republic* (Princeton, 1967).
- , «The income difference between skilled and white-collar workers», *British Journal of Sociology* 14, 1963.
- Herrnstadt, Rudolf, *Die Entdeckung der Klassen* (Berlín, 1965).
- HMSO, *Sick Pay Schemes* (Londres, 1964).
- Hörning, Karl N., *Der «neue» Arbeiter* (Frankfurt, 1971).
- Horton, John, «Order and conflict theories of social problems as competing ideologies», *American Journal of Sociology* 71, 1965-6.
- , «The dehumanisation of anomie and alienation», *British Journal of Sociology* 15, 1964.
- Hoselitz, Bert F., *The Role of Small Industry in the Process of Economic Growth* (La Haya, 1968).
- Hoselitz, Bert F., y Moore, Wilbert E., *Industrialisation and Society* (La Haya, 1968).
- (The) Industrial Society, *Status and Benefits in Industry* (Londres, 1966).
- Ingham, Geoffrey K., «Plant size: political attitudes and behaviour», *Sociological Review* 17, 1969.
- ILO, *Workers' Management in Yugoslavia* (Ginebra, 1962).
- Jackson, J. A., *Social Stratification* (Cambridge, 1968).
- Jaffe, A. J., y Froomkin, Joseph, *Technology and Jobs* (Nueva York, 1968).
- Janowitz, Morris, *The Professional Soldier* (Nueva York, 1960).
- Johnson, Terence J., *Professions and Power* (Londres, 1972).
- Kalecki, M., *Essays in the Theory of Economic Fluctuations* (Londres, 1939).
- Kassalow, Everett M., *Trade Unions and Industrial Relations: an International Comparison* (Nueva York, 1969).

- Keller, Suzanne, *Beyond the Ruling Class* (Nueva York, 1963).
- Kelsall, R. K., *Higher Civil Servant in Britain* (Londres, 1955).
- Kerr, Clark, *Marshall, Marx and Modern Times* (Cambridge, 1969).
- Kerr, Clark, et al., *Industrialism and Industrial Man* (Londres, 1960).
- Kidron, Michael, *Western Capitalism Since the War* (Londres, 1970). [*El capitalismo*, Ed. Guadarrama.]
- Koch, C., y Senghaas, D., *Texte zur Technokratie-Diskussion* (Frankfurt, 1970).
- Kornhauser, Arthur, et al., *Industrial Conflict* (Nueva York, 1954).
- Kostin, L., *Wages in the USSR* (Moscú, 1960).
- Kubat, Daniel, «Social Mobility in Czechoslovakia», *American Sociological Review* 28, 1963.
- Kubota, Akira, *Higher Civil Servants in Postwar Japan* (Princeton, 1969).
- Kuper, Leo, *Living in Towns* (Londres, 1953).
- La documentation française*, «La courte expérience de conseils ouvriers en Pologne», núm. 2453, 26 de agosto 1958.
- Lane, David, *Politics and Society in the USSR* (Londres, 1970).
- , *The End of Inequality?* (Londres, 1971).
- Laslett, John H. M., *Labor and the Left* (Nueva York, 1970).
- Lederer, Emil, *Die Privatangestellten in der modernen Wirtschaftsentwicklung* (Tubinga, 1912).
- Lederer, Emil, y Marschak, J., «Der neue Mittelstand», *Grundriss der Sozialökonomik*, volumen 9, 1, 1926.
- Lefebvre, Henri, *Positions: contre les technocrates* (París, 1967).
- Leggett, John C., *Class, Race, and Labor* (Nueva York, 1968).
- Lenin, V. I., *What is to be Done?* (Oxford, 1963). [*¿Qué hacer? Obras escogidas*, tomo 1, Ed. Ayuso, Madrid.]
- Lenski, Gerhard E., *Power and Privilege* (Nueva York, 1966).
- Levine, Solomon B., *Industrial Relations in Postwar Japan* (Urbana, 1958).
- Lichtheim, George, *Marxism* (Londres, 1964). [*El marxismo*, Ed. Anagrama, Barcelona.]
- Lipset, Seymour Martin, *The First New Nation* (Londres, 1964).
- , *Political Man* (Londres, 1969). [*El hombre político*, Eudeba, Buenos Aires.]
- Lockwood, David, «Some remarks on "The Social System"», *British Journal of Sociology* 7, 1956.
- , «Sources of variation in working class images of society», *Sociological Review* 14, 1966.
- , *The Blackcoated Worker* (Londres, 1958).
- Lockwood, William W., *The State and Economic Enterprise in Japan* (Princeton, 1965).
- Luhmann, Niklaus, *Politische Planung* (Opladen, 1971).
- Lukács, Georg, *History and Class Consciousness* (Londres, 1971). [*Historia y conciencia de la clase*, Ed. Grijalbo, Barcelona.]
- Mackenzie, Gavin, «The economic dimensions of embourgeoisement», *British Journal of Sociology* 18, 1967.
- Macpherson, C. B., «Post-liberal democracy?», *Canadian Journal of Economics and Political Science* 30, 1964.
- , *The Political Theory of Possessive Individualism* (Londres, 1964). [*La teoría política del individualismo posesivo*, Ed. Fontanella, Barcelona.]
- Maki, John M., *Government and Politics in Japan* (Londres, 1962).
- Mallet, Serge, *La nouvelle classe ouvrière* (París, 1963).
- Mandel, Ernest, *Marxist Economic Theory* (Londres, 1968).
- Mann, Michael, *Consciousness and Action among the Western Working Class* (Londres, 1973).

- , «The social cohesion of liberal democracy», *American Sociological Review* 35, 1970.
- March, James G., *Handbook of Organisations* (Chicago, 1965).
- Marchal, Jean, y Ducross, Bernard, *The Distribution of National Income* (Londres, 1968).
- Marris, R., *The Economic Theory of «Managerial» Capitalism* (Londres, 1964).
- Marshall, T. H., *Class, Citizenship and Social Development* (Nueva York, 1964).
- , «The welfare state: a sociological interpretation», *Archives européennes de sociologie* 2, 1961.
- Marx, Karl, *Capital* (Volumen 1, Moscú, 1958; volumen 3, Moscú, 1959). [*El Capital*, Ed. Siglo XXI, Madrid.]
- , *Grundrisse der Kritik der politischen Ökonomie* (Berlín, 1953). [*Elementos fundamentales para la crítica de la economía política. Borrador*], Ed. Siglo XXI, Madrid.]
- , *The Poverty of Philosophy* (Londres, n. d.). [*Miseria de la Filosofía*, Ed. Aguilar, Madrid.]
- , *Theories of Surplus Value* (Londres, 1969). [*Teorías sobre la plusvalía*, Ed. Grijalbo, Barcelona.]
- , *Werke* (Berlín, 1962).
- Marx, Karl, y Engels, Friedrich, *Selected Works* (Londres, 1968). [*Obras escogidas*, 2 vols., Ed. Ayuso, Madrid.]
- , *The German Ideology* (Londres, 1965). [*La Ideología alemana*. Coedición: Ediciones Pueblos Unidos, Montevideo-Ediciones Grijalbo, Barcelona.]
- Matthews, Mervyn, *Class and Society in Soviet Russia* (Londres, 1972). [*Clases y sociedad en la Unión Soviética*, Alianza Ed., Madrid.]
- Meynaud, Jean, *Technocracy* (Londres, 1968).
- Michal, Jan M., *Central Planning in Czechoslovakia* (Stanford, 1960).
- Miliband, Ralph, *The State in Capitalist Society* (Londres, 1969). [*El Estado en la sociedad capitalista*, Ed. Siglo XXI.]
- , *The Socialist Register, 1971* (Londres, 1971).
- Milic, Vojin, «General trends in social mobility in Yugoslavia», *Acta Sociologica* 9, 1965.
- Miller, S. M., «Comparative social mobility», *Current Sociology* 1, 1960.
- Mills, C. Wright, *White Collar* (Nueva York, 1951). [*Las clases medias en Norteamérica*, Aguilar, Madrid.]
- Mommsen, Wolfgang J., *Max Weber und die deutsche Politik, 1890-1920* (Tübinga, 1959).
- Moore, Barrington, *The Social Origins of Dictatorship and Democracy* (Londres, 1969). [*Los orígenes de la dictadura y la democracia*, Ed. Península.]
- Mumford, Enid, y Banks, Olive, *The Computer and the Clerk* (Londres, 1967).
- Mumford, Lewis, *The Myth of the Machine* (Londres, 1967).
- Nakane, Chic, *Japanese Society* (Londres, 1970).
- Nettl, J. P., «Consensus or elite domination: the case of business», *Political Studies* 13, 1965.
- Nicolaus, Martin, «Proletariat and middle class in Marx: Hegelian choreography and the capitalist dialectic», *Studies on the Left* 7, 1967. [*Proletariado y clase media en Marx*, Cuadernos Anagrama, Barcelona.]
- Nisbet, Robert, «The decline and fall of the concept of social class», *Pacific Sociological Review* 2, 1959.
- Nordlinger, Eric A., *The Working-Class Tories* (Londres, 1967).
- Ostipov, G. V., *Industry and Labour in the USSR* (Londres, 1966).
- Ossowski, Stanislaw, *Class Structure in the Social Consciousness* (Londres, 1963). [*Estructura de clases y conciencia social*, Ed. Península, Barcelona.]



- Page, Charles H., *Class and American Sociology* (Nueva York, 1969).
- Parkin, Frank, *Class Inequality and Political Order* (Londres, 1971).
- , «Class stratification in socialist societies», *British Journal of Sociology* 20, 1969.
- , «System contradiction and political transformation», *Archives européennes de sociologie* 13, 1972.
- Parsons, Talcott, «Equality and inequality in modern society, or social stratification revisited», *Sociological Inquiry* 40, 1970.
- , «On the concept of political power», *Proceedings of the American Philosophical Society* 107, 1963.
- Perlman, Selig, *A Theory of the Labor Movement* (Nueva York, 1928). [*Teoría del Movimiento obrero*, Ed. Aguilar, México.]
- Phelps Brown, E. H., y Hart, P. E., «The share of wages in the national income», *Economic Journal* 42, 1952.
- Pirenne, Henri, «The stages in the social history of capitalism», *American Historical Review* 19, 1913-14.
- Popitz, Heinrich, et al., *Das Gesellschaftsbild des Arbeiters* (Tubinga, 1957).
- Poulantzas, Nicos, *Pouvoir politique et classes sociales de l'état capitaliste* (Paris, 1970). [*Poder político y clases sociales en el estado capitalista, Siglo XXI, Madrid.*]
- Reissman, Leonard, y Halstead, Michael N., «The subject is class», *Sociology and Social Research* 54, 1970.
- Renner, Karl, *Wandlungen der modernen Gesellschaft* (Viena, 1953).
- Reshetar, John S., *The Soviet Polity* (Nueva York, 1971).
- Rex, John, *Key Problems in Sociological Perspective* (Oxford, 1961).
- Rhee, H. A., *Office Automation in Social Perspective* (Oxford, 1968).
- Ricardo( David, *Letters of David Ricardo to John Ramsey McCulloch* (Nueva York, 1895). [*Obras y correspondencia, F.C.E., México.*]
- Rico, Leonard, *The Advance against Paperwork* (Ann Arbor, 1967).
- Robinson, Joan, *An Essay on Marxian Economics* (Londres, 1966). [*Introducción a la economía marxista, Ed. Siglo XXI, Madrid.*]
- Routh, Guy, *Occupation and Pay in Great Britain, 1906-60* (Cambridge, 1965).
- Saint-Simon, Henri de, *La physiologie sociale* (Paris, 1965).
- Sartori, Giovanni, «Technological forecasting and politics», *Survey* 16, 1971.
- Schonfield, Andrew, *Modern Capitalism* (Londres, 1969).
- Schumpeter, Joseph, *Imperialism, Social Classes* (Cleveland, 1961). [*Imperialismo y clases sociales, Tecnos, Madrid.*]
- Scott, W. H., *Office Automation* (OECD, 1965).
- Seton-Watson, Hugh, *East European Revolution* (Londres, 1955).
- Sheldon, Eleanor, y Moore, Wilbert, *Indicators of Social Change* (Nueva York, 1969).
- Shepard, Jon M., *Automation and Alienation* (Cambridge, Mass., 1971.)
- Shostak, Arthur B., y Gomberg, William, *Blue-Collar Work* (Englewood Cliffs, 1965).
- Sombart, Werner, *Warum gibt es in den Vereinigten Staaten keinen Sozialismus?* (Tubinga, 1906).
- Sorokin, Pitirim A., «Mutual convergence of the United States and the USSR to the mixed sociocultural type», *International Journal of Comparative Sociology* 1, 1960.
- , *Russia and the United States* (Londres, 1950).
- Speier, Hans, *Social Order and the Risks of War* (Cambridge, 1969).
- Spulber, Nicolas, *The Economies of Communist Eastern Europe* (Nueva York, 1957).

- Stammler, Otto, *Max Weber and Sociology Today* (Oxford, 1971).
- Strmiska, Zdenek, y Varakova, Blanka, «La stratification sociale de la société socialiste», *Revue française de sociologie* 13, 1972.
- Sturmthal, Adolf, *White-Collar Trade Unions* (Urbana, 1966).
- , *Workers' Councils* (Cambridge, 1964). [Los consejos obreros, Barcelona.]
- Sweezy, Paul, et al., *The Transition from Feudalism to Capitalism* (Londres, 1954). [La transición del feudalismo al capitalismo, Ed. Crítica.]
- Szczepánski, J., *Empirical Sociology in Poland* (Varsovia, 1966).
- Taira, Koji, *Economic Development and the Labour Market in Japan* (Nueva York, 1970).
- Tawney, R. H., *Religion and the Rise of Capitalism* (Londres, 1948). [La religión en el origen del capitalismo, Siglo Veinte, Argentina.]
- , *The Problems of Peace and Socialism* 9, 1970.
- Thompson, E. P., *The Making of the English Working Class* (Londres, 1963). [La formación de la clase obrera inglesa, Ed. Laia, Barcelona.]
- Touraine, Alain, *La conscience ouvrière* (París, 1966).
- , *La société post-industrielle* (París, 1969). [La sociedad post-industrial, Ed. Ariel, Barcelona.]
- , *Sociologie de l'action* (París, 1965). [Sociología de la acción, Ed. Ariel, Barcelona.]
- , *The May Movement* (Nueva York, 1971).
- Tropp, Asher, *The School Teachers* (Londres, 1957).
- Turner, Arthur N., y Lawrence, Paul R., *Industrial Jobs and the Worker* (Boston, 1965).
- Ullmann, Walter, *The Individual and Society in the Middle Ages* (Baltimore, 1966).
- US Department of Labor, *Adjustments to the Introduction of Office Automation*, Boletín núm. 1276 (Washington, 1960).
- , «Blue-Collar/White-Collar Pay Trends», *Monthly Labor Review* (junio 1971).
- Vogel, Ezra F., *Japan's New Middle Class* (Berkeley, 1963).
- Volkov, J., *Literaturnaya Gazeta*, núm. 19 (Moscú, junio 1972).
- Warner, W. L., *Social Class in America* (Chicago, 1949).
- Warner, W. L., y Lunt, P. S., *The Social Life of a Modern Community* (New Haven, 1941).
- Warren, Bill, «Capitalist planning and the State», *New Left Review* 72, 1972.
- Weber, Max, *Economy and Society* (Nueva York, 1968). [Economía y sociedad, F.C.E., México.]
- , *General Economic History* (Nueva York, 1961). [Historia económica general, F.C.E., México.]
- , *The Methodology of the Social Sciences* (Glencoe, 1949). [Ensayos sobre metodología sociológica, Amorrortu, Buenos Aires.]
- Wedderburn, Dorothy, y Crompton, Rosemary, *Workers' Attitudes and Technology* (Cambridge, 1972).
- Weinstein, James, *The Decline of Socialism in America, 1912-25* (Nueva York, 1967).
- Wesolowski, W., *Struktura : dynamika społeczeństw polskiego* (Varsovia, 1970).
- Wiatr, Jerzy J., *Studies in Polish Political System* (Varsovia, 1967).
- Wiles, P. J. D., y Markowski, Stefan, «Income distribution under communism and capitalism», *Soviet Studies* 22, 1970-1.
- Wiles, Peter, «A comment on Bell», *Survey* 16, 1971.
- Willener, Alfred, *Images de la société et classes sociales* (Berna, 1957).

- Wolfe, Bertram D., *An Ideology in Power* (Nueva York, 1969).
- Woodward, Joan, *Industrial Organisation: Theory and Practice* (Londres, 1965).
- Wrangel, Georg von, *Wird der Ostblock kapitalistisch?* (Munich, 1966).
- Yoshino, M., *Japan's Managerial System* (Cambridge, Mass., 1968).
- Zauberman, Alfred, *Industrial Progress in Poland, Czechoslovakia, and East Germany* (Londres, 1964).
- Zollischan, G. R., y Hirsch, W., *Explorations in Social Change* (Londres, 1964).